EL CASTIGO DE ATLAS

EL PROYECTO ORFEO

LIBRO 9

FRANK J. CAVILL

El Castigo de Atlas

El proyecto Orfeo — Libro 9

Frank J. Cavill

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: **Frank J. Cavill**

Web: **frankjcavill.com**

X: **@FrankJCavill**

Facebook: **FrankJCavill**

Threads: **@frankjcavill**

Instagram: **@frankjcavill**

TikTok: **@frankjcavill**

Bluesky: @frankjcavill

Mail: **frankjcavill@gmail.com**

FRANK J.CAVILL

Copyright © 2026 Frank J. Cavill
Todos los derechos reservados

Ilustración portada por Pilar García (**pilargarcia.net**)
Edición de Susana Rodríguez Lezaun (**susanarodriguezlezaun.com**)
Corrección por Tanya Velasco

Contenido

Prólogo
Batería de test
Líneas de acción
La operación
Un merecido descanso
Despedida con honores
La infiltrada
Viaje al pasado
El agujero de gusano
La señal de socorro
El planeta rojo
El sospechoso
El último bastión de la humanidad
El cataclismo
El final de MRS-07
La avería
El comedor social
La nueva Tierra
Una nueva esperanza
Alto en el camino
La ciudad de los hombres
Sin opciones
Enok Nova
Una peligrosa visita
Divididos
Callejón sin salida
El mercenario
El Sofista

La valentía del hombre sabio
Conoce a tu enemigo
Pacto con el Diablo
La solución
El espía
La ofrenda
Revelaciones
El caballo de Troya
El gran maestre
La primera Enok
Sin salida
Por fin libres
Una nueva esperanza
La aventura continua en:
Viaje al verano (El Proyecto Orfeo, Libro 10)
Nota del autor:
Agradecimientos
Viaje al verano (El Proyecto Orfeo, Libro 10)

Prólogo

No había tráfico en la zona en la que esperaba la Copérnico. Allí era habitual ver cientos de cargueros hasta arriba de material y provisiones de todo tipo que iban y venían desde la Tierra como abejas atareadas en una colmena rodeada de flores. Pero no ese día.

El silencio de radio era también muy extraño. A esas alturas de la maniobra ya deberían haber recibido la primera comunicación desde la estación para validar la naturaleza de la carga e indicarles en qué esclusa podían estacionar la Phoenix.

Pero Balakova sabía de sobra que eso no iba a ocurrir esta vez.

—¿Dónde queréis que atraque? —se giró hacia los demás.

—La explosión principal se origina en el módulo de los invernaderos —indicó Emily Rhodes—. Creo que es allí donde deberíamos buscar primero.

Balakova hizo un gesto con la mano para aceptar la sugerencia y especificó la maniobra en el terminal del piloto con la que la nave atracaría en una de las múltiples escotillas que el módulo tenía a lo largo y ancho de la estructura cuadrangular. La Phoenix se posó con suavidad y escucharon el chirrido de las pinzas metálicas que la fijaban a la Copérnico.

En cuanto estuvieron asegurados, todos se pusieron en marcha. En esa ocasión, la tripulación al completo se dejó los exotrajes enfundados y cogieron los fusiles y armas que llevaban a bordo. Cuando estuvieron listos, se reunieron en la zona superior de la nave.

—Cada uno sabe lo que tiene que hacer y los grupos que hemos establecido —dijo Ferrara. Acto seguido se colocaron en cuatro hileras, tal y como habían ensayado.

—Recordad que no estamos solos en la estación —siguió Robert Beaufort antes de abrir la escotilla—. Además de los terroristas, hay

un buen número de militares haciendo sus rondas. Están en alerta y no dudarán en abrir fuego contra nosotros. Los exotrajes nos dan una gran ventaja, pero no quiero que devolváis los disparos. Todos sabéis quiénes son los responsables del atentado y lo que ocurrió en el pasado, así que entendéis lo importante que es no modificar el pasado. Si os encontráis con uno de ellos, huid.

—¿Y si nos damos de bruces con uno de los terroristas? —preguntó James.

—En ese caso, disparad a matar —respondió con vehemencia.

Robert abrió la escotilla y todos tomaron impulso en completo silencio. El distribuidor del módulo de los cultivos hidropónicos era un pequeño laberinto de corredores y pasillos por los que distribuir toda la carga que se necesitaría para un viaje de las características del que, por desgracia, nunca llegaría a hacer. Quedaban menos de dos horas para el momento de la explosión.

Los cuatro grupos se separaron en el distribuidor. Cada uno de ellos tenía asignados dos módulos que revisar. Emily, Robert, Chad y Min formaban el equipo que se encargaría del módulo en el que estaban, seguramente en el que más posibilidades tendrían de cruzarse con los terroristas.

Decidieron no utilizar las botas electromagnéticas para no hacer ruido. Pero, para evitar salir despedidos por la ausencia de gravedad necesitaban tener las manos libres, lo que les impedía llevar las armas en la mano, de modo que se acoplaron a la cadera una pistola sónica y Robert, además, se cargó un fusil de asalto a la espalda.

Doblaron por un pasillo y avanzaron hasta dar con las escaleras que conectaban todos los niveles del sistema de cultivos hidropónicos que había en el módulo. Descendieron para acceder al primero de ellos. Cada uno de los invernaderos era una estancia diáfana de decenas de metros de anchura y muchos más de extensión. Había largas estructuras de metal que los recorrían de un lado a otro, pero Emily echaba muchas cosas en falta. Ese lugar no estaba preparado para albergar vida.

En lugar de eso, había centenares de sacos de fertilizante flotando sin control por toda la zona. Estaban rajados por la mitad y su contenido había comenzado a desperdigarse por la sección.

—Será mejor que utilicemos el oxígeno —propuso Emily al notar que el aire del lugar estaba viciado a pesar de los potentes filtros que incluían los exotrajes.

Robert cogió la pistola y comenzó a desplazarse entre las enormes estructuras de metal. Algunos sacos de fertilizante todavía se movían tras haber perdido su contenido y seguían dando vueltas sin control, lo que dificultaba mucho la operación. Recorrieron los pasillos en silencio, tratando de encontrar algo sospechoso. Emily reparó en unos bidones rajados y agujereados. El líquido amarillento que contenían flotaba formado burbujas esféricas que se mezclaban con los fertilizantes.

—¿Qué es este líquido? —preguntó Emily entre susurros.

—Queroseno —respondió Chad—. Se utiliza para los antiguos motores de explosión.

—¿Y qué hace aquí?

—Es combustible, por lo que pueda ocurrir —explicó—. El proyecto tiene una buena reserva en las bodegas de la Asimov. Si los terroristas no querían llamar la atención con lo que provocaría la explosión, lo más lógico era utilizar cosas que estuvieran en la lista de necesidades del proyecto. La suma de fertilizantes y queroseno es altamente inflamable. Una simple chispa aquí dentro desataría lo que todos vimos por la televisión.

—Yo lo viví más de cerca —apuntó Robert.

Después de registrar la estancia por completo y no encontrar nada, pasaron al siguiente invernadero. Aunque era de características similares, detectaron actividad nada más entrar. En la segunda hilera de estructuras metálicas vieron a un operario ataviado con el típico buzo de trabajo que solían llevar los estibadores que traían el material a la estación. Era un hombre de mediana edad y estaba agarrado a la estructura con una mano

mientras rajaba un saco de fertilizante con la ayuda de un cuchillo. Robert les hizo unas señas para que lo siguieran.

Rodearon por detrás una de las estructuras, esquivando los obstáculos y tratando de no hacer ruido. Vieron que el desconocido llevaba puesta una aparatosa mascarilla de color negro para evitar caer desmayado por los efluvios que resultaban de mezclar el fertilizante con el queroseno. Robert se acercó sigiloso por su espalda mientras el resto esperaban a cierta distancia. Se agarró a la misma estructura que el terrorista y le apuntó con su arma.

—Date la vuelta poco a poco —le dijo—. Y será mejor que no intentes nada.

El desconocido detuvo de inmediato su proceso y obedeció. Cuando estuvieron cara a cara, Robert vio algo muy familiar en su mirada, y aunque no supo muy bien qué era, sintió que un extraño escalofrío le recorría la espalda.

—Ya ha empezado —dijo él con la voz distorsionada por la máscara.

—Y ahora mismo va a acabar —respondió Robert—. Quítate la máscara.

—No, si no quieres que me desmaye de inmediato —negó, desafiante.

—Bien, en ese caso será mejor que salgamos de aquí.

Min hizo un barrido rápido de la estancia mientras los demás acompañaban al terrorista al distribuidor del módulo e informaban al resto de lo que había ocurrido. Miller y Solberg respondieron un poco más tarde. Ellos no se habían encontrado con nadie. Ferrara contestó después tras convencer a uno de los grupos de militares que Robert había enviado a revisar los módulos uno por uno de que no eran la amenaza.

—Les hemos pedido que se dirijan a una de las cápsulas de evacuación cercanas —dijo Ferrara.

Cuando estuvieron en el exterior del invernadero, Robert encañonó con el arma al prisionero.

—Es hora de quitarse la máscara.

—Todo esto entraba en nuestros planes, aunque no pensé encontrarme con él —respondió de forma enigmática—. Tenéis que salir de aquí.

—Solo nos iremos cuando hayamos acabado con vosotros —respondió Robert.

—Creo que no está hablando contigo —dijo Emily—. Y esos ojos verdes…

Robert lo observó con detenimiento. El prisionero entrecerró los ojos; estaba casi seguro de que debajo de la máscara había una enorme sonrisa. Guardó la pistola sónica en el compartimento del traje y cogió el fusil de asalto de la espalda. Después, le apuntó directamente a la cabeza.

—¡Quítate la careta! —le espetó.

—El Robert que yo conozco no dudaría en disparar —se burló, poniendo los brazos en cruz, como si se entregara a lo que estaba a punto de ocurrir.

—No me obligues a hacerlo —repitió él, poniendo el dedo sobre el gatillo.

El prisionero se llevó las manos a la cara y desató las sujeciones que mantenían la máscara en su sitio. Cuando se la quitó, Robert se encontró frente a un espejo. Uno que estaba deteriorado, ya que tenía delante de él una copia que había superado la cuarentena y cuya cara estaba cubierta de pequeñas cicatrices.

—¿Sorprendido? —lo miró desafiante.

—No demasiado —Robert apretó la mandíbula—. Seréis juzgados por esto. Muévete.

El prisionero flotó en el aire y se encaramó a las estructuras del distribuidor. Se desplazaron por el pequeño laberinto hasta llegar de vuelta a la Phoenix, donde lo esposaron a la estructura de la nave mientras esperaron a que el resto de los equipos dieran señales de vida.

—¿Cuántos sois? —preguntó Robert.

—Eso es irrelevante —respondió—. No podéis hacer nada por evitar la destrucción de la estación. Debieron hacernos caso.

De repente, la voz de Miller resonó en los implantes de todos.

—Hemos establecido contacto con dos de los terroristas —dijo—. Creo que hemos herido a uno de ellos. Los estamos persiguiendo a través de uno de los hangares.

—Tengan cuidado —advirtió Robert—. No arriesguen más de lo necesario.

Los minutos pasaban sin información de ninguno de los otros dos grupos hasta que, casi de forma simultánea, Ferrara y Solberg indicaron que habían rastreado sus zonas sin encontrar nada.

—Regresen a la nave —ordenó él, mirando nervioso la hora—. No tenemos demasiado tiempo.

—No se irán de aquí sin el resto —murmuró el prisionero.

—¡Cállate! —Robert lanzó un puñetazo directo al mentón.

Él sonrió y, mirándole a la cara, habló con alguien que escuchaba en otro lugar.

—Yo también te quiero —dijo con lágrimas en los ojos.

—¡Miller! —espetó Robert—. Tienen que volver de donde estén. ¡Ahora!

—Los tenemos acorralados, señor —se defendió él.

—Me da igual, hagan lo que le digo —insistió—. Es una orden.

—Recibido —respondió, lacónico.

Los otros dos grupos llegaron poco después, primero el de Ferrara, con Taro, Balakova y Erik, y después el de Solberg, que regresaba con Paula, Alberto y Lin. Robert y Emily se asomaron nerviosos a la escotilla de la Phoenix, esperando ver aparecer a sus compañeros por una de las esquinas. Los motores de la nave se encendieron y ronronearon en cuanto Balakova se sentó en el puesto del piloto.

—Todo a punto para partir —anunció.

Robert miró a Emily.

—Tal vez debamos marcharnos.

—No —respondió Emily—. Sabíamos que esto podía acabar así. O nos vamos todos juntos, o no nos vamos.

—La Ícaro acaba de abandonar el hangar —informó Balakova.

—¡Miller! ¿Dónde demonios están?

—Llegando, señor.

Justo en ese instante, Miller apareció flotando a toda velocidad, seguido de Huang, Evelyn y James.

—¡Vamos! ¡Vamos! —urgió Robert, que no quiso mirar la hora.

Recorrieron la distancia que los separaba de la escotilla de la Phoenix en un tiempo récord gracias a los propulsores de los exotrajes. Uno detrás de otro, cruzaron el umbral y continuaron hacia la cabina del pasaje mientras Emily y Robert cerraban la escotilla a toda velocidad.

—¡Nos vamos! —gritó Robert.

Balakova comenzó la maniobra de desacople justo en el mismo momento en el que una lágrima atravesaba la mejilla del prisionero.

—Acabad con todo esto —dijo.

La explosión partió por la mitad la estación espacial Copérnico y un ruido ensordecedor cruzó la manga que la conectaba con la Phoenix, que no había sido separada todavía. Los restos del casco del módulo Invernadero salieron disparados en todas direcciones. Las esclusas que lo separaban del resto de los módulos se sellaron para evitar la descompresión, pero el estallido se sintió en toda la estación. La Lavadora se detuvo por completo y las alarmas comenzaron a sonar en todos los lugares que todavía tenían energía.

La Phoenix estalló por los aires en mil pedazos, empujada por la violenta deflagración que acaba de destruir el módulo en el que estaban acoplados. Los restos de los exotrajes y los cuerpos de su interior comenzaron a flotar por el espacio sin control. La imagen se detuvo abruptamente.

—Y así es como acaba todo, supongo —se dijo Adeon tras detener las imágenes grabadas desde el casco de la Copérnico—.

Empiezo a entender ese sacrificio del que tanto hablan los humanos. Creo que es un buen final para todos ellos —añadió con satisfacción. De haber podido hacerlo, habría mostrado una amplia sonrisa en su rostro.

1
Batería de test

4 de julio del año 6

Estación espacial Asimov, Kepler-442b

Emily Rhodes se miró en el espejo y bostezó. Los días de trabajo se acumulaban y seguía sin poder llegar a una conclusión. Tras dos semanas realizando todos los test de Turing existentes y analizando todos los diagnósticos posibles, todavía no podía asegurar si Adeon era una inteligencia artificial u otra cosa diferente. Ada había superado algunas de estas pruebas en el pasado, pero Adeon era muy diferente. Sus respuestas y conclusiones la dejaban sorprendida; su forma de pensar no se parecía a nada que hubiera visto con anterioridad. Seguía habiendo mucho de su antigua amiga en el híbrido, pero la predominancia de la forma de pensar de los insectoides era más que evidente.

Se miró en el espejo del baño y se notó extraña. Se había cortado el cabello hacía solo un par de días y todavía le costaba reconocerse. Decidió no cortárselo demasiado, o de lo contrario le sería complicado hacerse un moño o una coleta. Las situaciones en las que se veía inmersa a menudo aconsejaban tener el pelo muy corto o lo bastante largo como para poder atarlo y que no resultara molesto en periodos de ingravidez. Ladeó la cabeza para verse desde varios ángulos. Quizá en otra época le habría resultado un corte de pelo demasiado sencillo, pero ya había dejado atrás los absurdos estándares de la moda que imperaban en la Tierra.

Se dio una placentera ducha y se espabiló lo suficiente como para mantener una conversación racional. Recogió su desayuno en la cafetería y se lo tomó mientras se dirigía hacia una de las cápsulas de la Lavadora. Para cuando sintió la ingravidez en el cuerpo ya había dado el último mordisco a su bollo de leche. Flotó hasta el eje

en dirección a Ingeniería y se colocó un par de botas electromagnéticas para llegar con las manos libres al puesto de control de Adeon.

La puerta se abrió y Emily entró hasta el atril donde se encontraba la interfaz de gobierno de la Bestia, la potente computadora cuántica en la que residía la IA.

—Buenos días, Emily —saludó Adeon con un tono plano pero cortés.

—Buenos días, Adeon —respondió ella.

—¿Cómo has pasado la noche? —le preguntó después.

Emily levantó la cabeza del atril, como si esperara ver a su interlocutor en algún lugar.

—Bien, creo que bien —dijo, algo sorprendida por su interés—. Gracias por preguntar.

—Me preocupo por tus niveles de estrés —añadió—. ¿Qué quieres que haga esta mañana?

—Quiero que repitas los test del grupo de sensores y de soporte vital de la nave —le ordenó.

—Adelantándome a tu petición, los he repetido a primera hora —respondió servicial.

—¿Cómo es posible? —preguntó ella, extrañada—. Ayer te dejé suficientes tareas para toda la noche.

Emily manipuló la consola para comprobar que los test pendientes habían concluido según lo esperado. En teoría, le deberían haber llevado más de las seis horas que tardaron en completarse.

—He estado trabajando estos días en una mejora sustancial del software de simulación —reveló la IA—. He realizado cambios que me permiten mejorar predictivamente el rendimiento de mi hardware. Reconozco que hicisteis un gran trabajo, dadas las condiciones en las que se creó.

Levantó de nuevo la vista de la pantalla. No sabía cómo tomarse ese comentario. No era la primera vez que Adeon mejoraba algo en

el código fuente de la estación o de su propio sistema operativo, como tampoco era la primera vez que presumía de sus logros. Y aunque había revisado algunas de las rutinas que había reescrito y se había sorprendido por su perfección, no le gustaba la condescendencia con la que la trataba algunas veces; sobre todo cuando Ada había participado activamente en todos esos procesos y no podía defenderse. Por esos gestos le daba la impresión de que había heredado algunas malas costumbres de uno de sus anteriores egos.

—No me gusta que modifiques las rutinas que han de certificar que tus sistemas funcionan de forma correcta —dijo Emily.

—He cumplido con todas las directrices que indican los protocolos del proyecto —se defendió Adeon—. Todos los cambios que he implementado están validados y certificados por el sistema de control de cambios, el cual no me está permitido modificar.

Emily se quedó pensativa. A pesar de su falta de tacto, causado a buen seguro por el choque que suponía ser un híbrido de dos culturas totalmente dispares, tenía que reconocer que era mucho más eficaz y eficiente que Ada. El nivel de utilización de recursos por parte de la IA había disminuido en más de un treinta por ciento en la última semana. Y teniendo en cuenta que la Bestia era uno de los mayores focos de consumo energético de la estación espacial, no era poco el ahorro que suponía para el proyecto.

—Está bien, supongo que todo está en orden —reconoció, encogiéndose de hombros.

—¿Quieres que continúe con el siguiente grupo de test?

—Sí, por favor. Y mientras los pones en marcha, muéstrame los resultados de los últimos en pantalla. Quiero ver esas mejoras de las que tanto presumes.

Adeon obedeció y se puso a trabajar en la siguiente batería de test mientras Emily revisaba y comparaba los resultados con los datos históricos de Ada. La mejora era más que evidente y no tuvo otra opción que admirar lo que Adeon era capaz de hacer. Comprobó que todo estaba en su lugar durante más de media hora, comparó

gráficas, validó alguna rutina en la que tenía especial interés por saber cómo había mejorado su eficiencia y se aseguró de que todo estaba en su sitio.

—Bien, veo que está todo en orden —dijo cuando se dio por satisfecha.

—¿Qué quieres hacer ahora?

—No estoy segura, pensaba que tardaríamos más en validar todo este proceso —admitió—. Supongo que podemos charlar mientras concluyes los nuevos test.

—Claro —aceptó él sin modificar un ápice su monótona voz—. ¿De qué quieres hablar?

—Virgil acabará en breve de adecuar la Phoenix para que podamos comunicarnos en todo momento y de forma instantánea con la estación y con el crucero insectoide, independientemente de dónde nos encontremos.

—Y de cuándo —añadió la IA.

Emily asintió. Todavía le costaba pensar en términos temporales, su mente no estaba preparada para sentir el tiempo de manera no lineal.

—¿Cómo funciona ese sistema? —quiso saber.

—A grandes rasgos, sigue el mismo principio que la estación de neutrones —explicó Adeon—. Se crea un micro agujero de gusano mediante el cual se pueden enviar ondas de radio u otro tipo de señales.

—Eso requerirá gran cantidad de energía —se aventuró a decir.

—Así es. Por ese motivo estamos instalando generadores de antimateria en vuestra nave.

—Querrás decir «nuestra» nave. —Esa vez fue ella quien corrigió a la IA.

—Tienes razón, nuestra nave.

—Los humanos no sabemos demasiado sobre la antimateria, más allá del coste energético necesario para producirla en un laboratorio.

¿No será peligroso?

—No más que los reactores de fusión que existen en esta estación o en la Phoenix —trató de tranquilizarla.

—¿De dónde habéis sacado toda la antimateria que había en vuestra estación?

—Recolectándola en aquellos lugares en los que se da de forma natural —reveló Adeon—. Cerca del agujero negro donde me crearon, o de la misma estrella de neutrones que tuvimos que capturar para crear la estación que permite abrir el agujero de gusano. Incluso teníamos estaciones encargadas de recolectarla de los rayos cósmicos que viajan por el espacio.

—No habrá sido sencillo conseguir tal cantidad de antipartículas.

—No, se trata de un proceso que ha llevado miles de años —aseguró él—. Pero gracias a la cantidad de energía que permite liberar, podemos tener comunicaciones instantáneas independientemente del lugar y del momento temporal en el que se encuentren ambos interlocutores.

—Desde luego, nos vendrá muy bien mantener el contacto con la Asimov. Y no me refiero solo a cuando regresemos a la Tierra. Nuestras comunicaciones sufren de un retardo importante cuando nos alejamos más de la cuenta.

—Eso no ocurrirá nunca más.

Emily asintió, pero en su cara se dibujó la sombra de la duda. Se le acababa de ocurrir algo.

—¿Significa eso que estás en comunicación con tu núcleo principal en Zaraxia?

—No —respondió él, tajante—. El anciano decidió, por seguridad, interrumpir toda comunicación con el núcleo de Eon. Cualquier información que tuviéramos en nuestro poder podría caer en manos de los Khol, lo que pondría en riesgo todas las medidas que necesitábamos tomar para evitar que se hicieran con el control del núcleo.

—Eso debió de ser muy duro para él. Para ambos.

—Es complicado que te hagas una idea de lo que significa el aislamiento para un individuo de una especie en la que la colmena es la parte más importante de su existencia. La soledad humana se mide en un orden de magnitud mucho menor.

—¿Es posible hacerlo cambiar de opinión y evitar que se quite la vida sin necesidad? —preguntó. Emily sentía una extraña empatía por el anciano insectoide.

—No —respondió con firmeza—. Tomó la decisión de seguir por este camino hace muchísimos años. Uno de sus mayores deseos es el de apartarse definitivamente. Quiere que nosotros acabemos con el trabajo y evitemos que la desgracia se haga realidad.

—Supongo que es alguien muy importante para ti.

—Lo es —asintió—. Aunque ya no sea ese mismo Eon, guardo todas nuestras conversaciones y experiencias comunes en un lugar muy importante dentro de mi conciencia.

Emily guardó silencio. Pudo intuir que también a él le resultaba difícil decirle adiós al que había sido su señor durante tanto tiempo. Incluso a ella le resultaba complicado despedirse del último insectoide que quedaba con vida en todo el universo. Sin embargo, las dudas continuaban asaltándole la cabeza.

—¿El Eon que residía en la estación espacial era igual al que está en Zaraxia?

—Ni mucho menos —negó él—. Por desgracia, la conciencia de Eon que se fundió con Ada para crearme a mí era solo una sombra del verdadero Eon. Era algo así como las copias de Ada que residían en las naves o la base Magallanes. Mantenía su esencia y parte del conocimiento, pero no podía compararse con la verdadera magnitud del auténtico. Habría sido imposible contener su conciencia dentro de la Bestia.

—Entonces, ¿él no sabe que vamos a intentar evitar que los Khol tomen el control de su conciencia?

—Él puede detectar vibraciones de los hilos que conforman el espacio-tiempo —explicó—. Conoce las probabilidades de todo lo

que le afecta directa o indirectamente.

—¿Tú no puedes detectar esas vibraciones?

—No, yo solo soy un constructo de su conciencia —aclaró—, una copia digital, si prefieres verlo de esa manera. Su núcleo, a diferencia del mío, no está presente solo en esta dimensión. Desde su atalaya dimensional es capaz de escudriñar todo aquello que está conectado con él.

—Y ¿no sabrá que pretendemos destruirlo cuando llegue el momento?

—Sí, claro que lo sabrá.

—¿Y lo va a permitir?

—La idea sobre su destrucción, al igual que la de todo nuestro plan, surgió originalmente de la mente colmena —reveló—. Pero, por desgracia, eso no significa que no pueda cambiar de parecer.

—Creía que los insectoides nunca cambiabais de opinión. —Emily frunció el ceño.

—Y así es. Pero su núcleo se diseñó para absorber la esencia de aquellos que lo controlan. Si los Khol se hacen con el dominio de su núcleo, su mente se adaptará poco a poco a la nueva realidad. Si llegamos demasiado tarde, puede que se defienda.

Emily meditó sobre lo que Adeon le acababa de revelar. Nada de lo que tenían que hacer resultaba sencillo de comprender.

—¿Tú tienes información sobre nuestro futuro? —preguntó—. ¿Sabes lo que nos va a pasar a los humanos?

—Yo solo dispongo de los valores probabilísticos que dictaba la urdimbre del destino cuando crearon la copia digital que conociste en la estación espacial. Esos valores pueden cambiar en la medida en que nuestras acciones provocan diferentes efectos sobre ellas —dijo él, enigmático—. Pero, antes de que lo intentes, nadie debe conocer demasiado sobre su futuro. Actuar orientados por ese conocimiento, aunque creamos estar haciendo el bien, puede desestabilizar el mismísimo tejido y tener consecuencias desastrosas

para todos. Así que no revelaré nada de lo que puedo interpretar sobre lo que está por venir.

—No, yo no…

Aunque Emily trató de disculparse, se quedó sorprendida por la capacidad deductiva de la IA. En su fuero interno anhelaba conocer qué era lo que tenían que hacer para conseguir el objetivo. Le quedaba claro que Adeon conocía la psique humana como nadie, había mucho de Ada en su interior. Pero su forma de actuar y de decir las cosas le seguía causando incomodidad, como si de repente un completo desconocido lo supiera todo sobre ella y no pudiera tener secretos con él.

—Tus constantes se han acelerado —añadió después—. Lamento haberte asustado, todavía necesito asentar los protocolos de comunicación de los seres humanos, sois muy diferentes de los insectoides.

—No pasa nada —aceptó ella—. Creo que todos necesitaremos un tiempo para adaptarnos a los cambios. Esta situación es nueva para nosotros también. Creo que seguiremos esta tarde con el resto del test.

—Yo seguiré —corrigió él—. Pero tú tienes que regresar al planeta, tienes reunión de seguimiento con el teniente Beaufort.

—¿Qué día es hoy? —preguntó, sorprendida.

—Lunes, 4 de julio.

—Mierda —murmuró—. Ya no sé ni en qué día vivo. Está bien, lo dejaremos por hoy. Continúa con el resto de baterías hasta acabarlas todas. Avísame cuando lo hagas, aunque supongo que ya estaremos preparados para partir.

Después de comer sola, Emily se dirigió hasta el hangar, donde la esperaba un carguero con material para la base. Balakova y Huang estaban ocupados ayudando a Virgil a realizar las mejoras de la nave para poder comunicarse con todos los dispositivos insectoides. Aunque le doliera reconocerlo, las órdenes que había dado a los

ingenieros del equipo iban más orientadas a la supervisión. No dudaba de la buena voluntad del autómata insectoide, pero no estaba dispuesta a arriesgar las vidas de su equipo más de lo necesario.

Se colocó un traje regular de astronauta, saludó a uno de los operarios que se encargaban de estibar la carga y después al piloto, un joven barbilampiño que obedecía al nombre de Eddie Jameson y que le devolvió el saludo tímidamente. Se sentó en una de las esquinas de la bodega y aguardó con paciencia a que concluyeran las labores de estiba.

—Saldremos en dos minutos —anunció el joven piloto cuando sus compañeros concluyeron.

Emily asintió y el piloto se colocó en su cabina, dispuesto a comenzar la maniobra de desacople del suelo del hangar. La mitad de los operarios se colocaron en sus posiciones en el interior del carguero. Emily supuso que se encargarían ellos mismos de desestibar la carga que llevaban en el destino.

El viaje fue corto, aunque la reentrada resultó algo más movida de lo normal. En menos de cuarenta y cinco minutos estaban descendiendo hacia la base Magallanes. Una vez en tierra, las compuertas se abrieron y una luz verde le indicó que ya era seguro deshacerse del traje. Salió de la nave y saludó a todos los que vio en el exterior. Emily sonrió al comprobar cómo la normalidad había regresado a la base. La actividad era de nuevo frenética. En las últimas dos semanas se había construido un laboratorio científico y se pretendía instalar un complejo meteorológico para estudiar y predecir las condiciones climáticas de la zona.

Cruzó las instalaciones de este a oeste y pasó por delante del edificio en el que seguía recluido Vaahur, el antiguo líder del pueblo Khaavahki. Miró su reloj. No tenía previsto hacer ninguna parada, pero decidió que iba bien de tiempo y que podía interesarse por el incómodo invitado.

Le extrañó que no hubiera guardias en la puerta, y entró sin pensar. Tampoco encontró a nadie en el interior. Miró a su alrededor

en busca del prisionero y de sus escoltas, hasta que los vio. Los dos guardias caminaban a pocos pasos de él, como si fueran una prolongación de su sombra. Emily se acercó y pudo observar con mejor detalle el aspecto de Vaahur. Lo encontró mucho mejor que la última vez. Aunque su figura seguía siendo delgada y delicada, la buena alimentación y los paseos al aire libre habían obrado un pequeño milagro en el antiguo líder militar. Sus pómulos no eran tan afilados ni sus ojos estaban tan hundidos. Incluso parecía intuir los inicios de una barriga.

—Directora Rhodes —saludó él con comedida amabilidad—. ¿Qué la trae a visitar a este pobre prisionero?

—Nada en espacial —sonrió con timidez—. Solo quería saber cómo se encuentra.

—Estaría mejor en libertad —respondió con voz afilada—. Pero intuyo que no piensan dejarme libre.

—Confórmese con lo que tiene —le advirtió con firmeza—. Le recuerdo que la alternativa a esto es mucho peor.

—Desde luego —lanzó una carcajada orientando las palmas de las manos hacia ella—. Respondiendo a su pregunta —añadió con repentina seriedad—, me encuentro mucho mejor. Supongo que debo agradecerle a usted y a su equipo que no siga en esa cloaca infecta.

—Sí, pero no se equivoque —le interrumpió—. Está aquí porque su antiguo líder es un fugitivo de la justicia y necesitaremos que testifique en un juicio. Si por mí fuera, no tendría inconveniente en que regresara al agujero en el que lo encontramos.

Vaahur sonrió y asintió con la cabeza en una clara señal de que aceptaba de buen grado la situación en la que se encontraba.

—¿Ha dado algún problema? —se dirigió a los dos guardias que lo acompañaban.

—No, señora —dijo uno de ellos, que parecía muy joven.

—Espero que continúe así —le advirtió—. Sus escasos beneficios dependen de que mantenga una actitud pacífica y colaborativa —

añadió, señalando las huellas que dejaban a su paso.

—No se me ocurriría intentar nada que la molestara, directora Rhodes —sonrió con picardía.

Más allá de los límites de la base la esperaba un vehículo terrestre ligero con el que desplazarse hasta Khapabir. Robert y los demás cooperaban en las tareas de desescombro y garantizaban la seguridad de las calles. Gracias al noble sacrificio de los norteños, los Khol eran ya historia en Kepler-442b. El último grupúsculo de insurgentes alienígenas había caído en los alrededores de Khapabir, en una antigua aldea de agricultores, donde se habían atrincherado.

Aunque había estado muy ocupada con todo lo que rodeaba a Adeon, su mente viajaba a veces al planeta, donde Robert organizaba todos los efectivos del proyecto para ayudar a los keplerianos. Eso incluía pasar más tiempo con la soldado Renaud, la atractiva militar con la que Emily lo había visto compartir alguna sonrisa. No era quién para decirle lo que podía y no podía hacer, pero en su fuero interno se sentía sustituida. Tal vez no hubiera nada entre ellos y se tratara solo de su imaginación, pero no podía dejar de pensar en ellos dos, juntos.

El vehículo era semiautónomo y Adeon era capaz de controlarlo sin apenas intervención. Cruzó el puente que comunicaba la base con Wiikhaadiiz ofiz y atravesó la ciudad ante la atenta mirada de los keplerianos. Emily supuso que sería a causa del vehículo, dado que ya estaban acostumbrados a ver humanos y norteños caminando entre ellos. El monoplaza alcanzó velocidad una vez atravesó las calles de la ciudad y enfiló el camino que la llevaría hasta Khapabir.

En poco más de media hora recorrió el trayecto que separaba ambas ciudades. Los vehículos civiles eran mucho más cómodos y rápidos que los carruajes tirados por *fhores* que habían utilizado hasta entonces. Entró en la ciudad y se dirigió hacia el extremo oriental, donde pudo ver lo poco que habían avanzado las obras de reconstrucción. Lamentablemente, comprobó que los Gaal-El seguían encontrando decenas de cadáveres. Los restos de las piras funerarias de las últimas semanas ensombrecían el suelo de la

explanada liberada de escombros. Pero todos los días se construían nuevas piras aprovechando toda la madera de los árboles destrozados por el ataque.

Aparcó el vehículo manualmente y buscó alguna cara conocida de entre todos los voluntarios y cultistas que había en la zona. Su mirada se posó en una figura al que todos parecían requerir para resolver dudas. Reconoció a Liikmi, que había tomado las riendas de todos los trabajos de coordinación entre cultistas, voluntarios y los trabajadores del proyecto que manejaban la maquinaria pesada desde la estación espacial.

—¡Hola! —lo saludó.

—¡Emily! —respondió él sin demasiado entusiasmo. Sus ojos estaban hundidos y su sonrisa no parecía demasiado sincera. Lo notó muy cansado.

—¿Cómo va todo por aquí?

Liikmi lanzó un prolongado suspiro que se vio interrumpido por el estruendo de la maquinaria abriendo un nuevo camino.

—¡Será mejor que nos apartemos! —alzó la voz para hacerse oír.

Se alejaron unos metros de la zona para poder hablar sin tener que gritar.

—Está siendo muy duro —dijo sin paños calientes—. Todos los días encontramos centenares de cadáveres. Y todos los días tenemos que dar las malas noticias a los familiares que se acercan hasta aquí para saber si hemos encontrado a su ser querido. Es descorazonador —añadió mientras dirigía la mirada hacia el otro extremo de la explanada, donde decenas de keplerianos, en su mayoría ancianos, se agolpaban para intentar recabar algo de información.

Emily los miró con el corazón encogido y sintió el peso de cada mirada. Estaban cargadas de esperanza, temor y resignación. La mayoría ni siquiera conversaban entre ellos, tan solo se limitaban a observar en silencio, como si supieran que tarde o temprano reconocerían a sus seres queridos entre toda esa destrucción. Se

preguntó cuántos de ellos regresarían a sus hogares sin respuestas, sin la tranquilidad de poder despedirse de sus familiares para siempre.

—Lo sé —se limitó a decir mientras le ponía ambas manos sobre los hombros—. Son tiempos difíciles, y estás asumiendo demasiada responsabilidad.

Liikmi agachó la cabeza, y aunque trató de que no se notará, Emily intuyó cómo las lágrimas se deslizaban por sus mejillas hasta llegar al mentón.

—¿Quieres que te sustituya alguien? —preguntó—. Puedo hablar con Waafdiv.

—No —negó, levantando la cabeza de repente—. Tengo que hacerlo yo. Hacerme a un lado no va a dar consuelo a toda esa gente —añadió con renovada seguridad—. Puedo hacerlo.

—Está bien —respondió ella con admiración.

Recorrieron la zona y Liikmi le explicó todo lo que habían avanzado. Todavía quedaba algo más de la mitad del área por desescombrar, pero, poco a poco, la explanada se iba haciendo más y más amplia. La ausencia de árboles que la cubrieran le daba una sensación de mayor amplitud, pero también hacía mucho más patente la magnitud del desastre al que se estaban enfrentando los habitantes de la ciudad.

Después de agradecerle el esfuerzo al kepleriano, Emily se dirigió a uno de los claros de las afueras, en una zona más al norte de la que se encontraba. Allí, el proyecto había establecido un campamento temporal en el que estaban los norteños y las fuerzas militares, entre las que se incluía la soldado Renaud, a la que el almirante Bauer había puesto a disposición de Robert para garantizar la seguridad. Todas las fuerzas compartían el centro de operaciones. De ese mismo lugar habían partido las patrullas que habían acabado con los restos del ejército de Kragmar.

En cuanto bajó del vehículo, Ferrara y Miller se acercaron a ella.

—Llegas tarde —le dijo la sargento con tono afilado—. Te esperábamos hace treinta minutos.

—Hay bastante distancia entre la base y este lugar —se defendió —. Y he tenido que detenerme en varios sitios para interesarme por la situación.

Emily miró a su alrededor.

—El capitán y los demás están en la tienda principal —dijo Miller.

—¿Cómo están las aguas por aquí? —preguntó ella mientras la acompañaban hasta la más grande de las tiendas, situada en el centro del claro y de aspecto similar a la que utilizaron tras el accidente que los dejó sin la Ícaro, hacía ya una eternidad.

—Podrían estar peor —respondió Ferrara, enigmática.

Emily apartó la tela de la entrada y entró la primera. Había varias personas inclinadas alrededor de una mesa sobre la que había un mapa de toda la zona. Todos los presentes se giraron hacia ella. Reconoció de inmediato a Alka, a Kyemp y a Robert, que estaba flanqueado por Taro y Solberg. «Ella no está», pensó para sus adentros.

—¡Ah, por fin! —dijo Robert consultando su muñeca—. Estábamos a punto de enviar una misión de rescate.

—No creo que sea para tanto —respondió ella con sequedad—. Lamento el retraso, he tenido que hacer algunas paradas de camino. ¿Qué me he perdido?

—No demasiado —dijo Robert con una ligera sonrisa—. Estábamos haciendo tiempo para que Kyemp nos explicara su punto de vista. Mientras, Solberg nos estaba enseñando la situación que han captado los drones alrededor de las cuatro ciudades. Aparentemente no hay actividad enemiga.

—Así que ya es oficial —dijo, dirigiéndose a los dos norteños—. Regresáis a vuestro hogar.

—Sí —respondió Alka después de traducir la frase para su compañero—. Creemos que en la situación actual ya no es necesaria nuestra presencia.

—Es comprensible —sonrió Emily—. Supongo que estaréis deseando volver a vuestra casa, con vuestra gente.

—Sí, la verdad —reconoció la joven con alivio, aunque Emily notó de inmediato cómo una sombra de pesar atravesaba su cara. Marcharse de vuelta al norte también supondría ver con menos asiduidad a Chad, con el que había entablado una curiosa relación de amistad y a quien sin duda echaría de menos.

—Me da mucha pena que nuestros caminos se separen, pero creo que es comprensible —añadió Emily—. Solo podemos agradeceros la ayuda prestada.

Kyemp describió con detalle la situación de sus tropas a lo largo del mapa y explicó cómo habían transcurrido las últimas refriegas para acabar con la presencia de los Khol en el planeta. Robert escuchó con atención todas las indicaciones del norteño mientras decidía las órdenes que daría a sus soldados para garantizar la paz en las ciudades. Alka traducía con fidelidad todo lo que el hijo del líder de su tribu decía. Después, respondieron con paciencia a las preguntas que les hicieron Robert y Ferrara. Cuando todos estuvieron conformes, justo antes de que anocheciera, dieron por concluida la reunión.

Emily había ordenado que adecuaran una zona en el claro en la que prepararían un pequeño banquete de despedida para los norteños. No era nada del otro mundo, dadas las circunstancias en las que se encontraba Khapabir, pero asaron varias piezas de caza y el arborumel corrió con generosidad por las gargantas de los presentes. En un momento de la fiesta, Kyemp y Alka pidieron hablar con ella en privado.

—Kyemp quiere decirte algo —anunció Alka con una sonrisa pícara.

—Quería dar a ti las gracias —dijo Kyemp, hablando torpemente en inglés—. Vuestra lucha unir a nuestros pueblos. Norteños ahora ser uno solo, más fuertes.

—¡Gracias a vosotros! —sonrió ella, complacida por el evidente esfuerzo que Kyemp había realizado al memorizar esas palabras—.

¿Cómo habéis aprendido nuestro idioma?

—Chad nos ha enseñado algunas cosas —rio Alka, volviendo a hablar en kophi—. Y nos pareció divertido despedirnos en vuestro idioma.

Emily sonrió de nuevo y los abrazó a ambos. Aunque no era la forma adecuada para despedir a un norteño, ninguno de los dos se apartó y correspondieron el abrazo con amabilidad. Al día siguiente partirían de nuevo hacia el norte, de vuelta a su hogar.

2
Líneas de acción

5 de julio del año 6

Estación espacial Asimov, Kepler-442b

De vuelta en la estación, tras despedirse de los norteños y organizar la defensa en las ciudades keplerianas para evitar disturbios, Robert se dirigió al comedor para desayunar. Había dedicado las últimas horas en el planeta a facilitar la distribución de alimentos. Aunque parecía una tarea sencilla, la cantidad de keplerianos hambrientos les había obligado a racionar las provisiones, lo que a su vez provocaba malestar y tensiones sobre las ya de por sí tensionadas familias. Como si se sintiera culpable por disponer de gran cantidad de alimentos en la estación, solo se sirvió un café y se lo tomó de camino al puesto de mando de la Asimov, donde tendrían una última reunión para hablar sobre la extraña misión que el anciano insectoide les había encomendado. Evitar que el núcleo de Eon cayera en manos de lo que quedaba de los Khol no sería tarea sencilla y generaría muchas dudas en el almirante Bauer y la capitana Mei.

En su cabeza todavía resonaban los ecos de las batallas pasadas, el sufrimiento de los últimos meses. Tenía dudas sobre el dispositivo que habían desplegado en el planeta para garantizar la seguridad. En condiciones normales resultaría suficiente, pero la situación era cualquier cosa excepto normal. Muchos keplerianos todavía culpaban a los humanos de todo lo ocurrido y creía que eso podría jugar en su contra a la hora de mantener la paz. Él mismo había comprobado la forma en la que algunos keplerianos los miraban cuando las tropas de soldados humanos patrullaban las calles. Aunque la mayoría agradecían la liberación del yugo de los Khol, otros seguían creyendo que regresarían y se cobrarían su venganza destruyendo lo poco que

les quedaba. Estaban desesperados y lo habían perdido casi todo. Y aunque la situación se había suavizado algo después de las revelaciones que Emily hizo en público en la explanada de Khapabir, donde prometió renunciar al mando único de los keplerianos, no podía culparlos por sospechar que los humanos quisieran someterlos a un nuevo periodo de esclavitud.

Se sorprendió a sí mismo pensando en la seguridad de la soldado Renaud. Era una gran militar, una de las mejores de su promoción, pero carecía de la experiencia necesaria para una misión como esa. Poco después se arrepintió de sus pensamientos. Estaba hecho un lío. Sabía que Renaud sentía algo por él, siempre lo había sabido. Y él también sintió algo por ella hace mucho tiempo. De no haber sido por las estrictas normas que el ejército tenía en la Tierra, todo habría sido diferente. Pero ahora estaba Emily. Una Emily que se había encargado de apartarlo de ella. ¿Qué podía hacer él al respecto? La situación seguía siendo muy complicada para todos, pero no podía esperarla para siempre.

Trató de apartar esos pensamientos de su cabeza. Necesitaba centrarse en todo lo que se les venía encima y tener la cabeza despejada para afrontar la misión más extraña e importante de su vida. Cuando se despidió de su familia, de sus hermanos pequeños y de sus padres, pensó que jamás volvería a pisar la Tierra. Y ahora el destino los llevaba de nuevo al punto de partida. Le iba a resultar muy complicado separar lo personal de lo profesional. ¿Quién en su sano juicio no querría volver a ver a sus seres queridos una última vez?

De nuevo intentó apartar esa idea de la cabeza. Él sería el máximo responsable militar de la misión y tenía que ser un ejemplo de conducta para el resto. Además, cualquier modificación en la línea temporal podría tener unas consecuencias catastróficas y acabar destruyendo todo el universo. No podían tomarse una amenaza así a la ligera.

Para cuando llegó al puesto de mando, el café había desaparecido de su vaso de igual manera que las ideas egoístas de su cabeza. Dejaba de ser Robert para volver a ser el capitán

Beaufort, en el que todo el mundo confiaba como un referente de moralidad.

—Descanse, capitán —saludó el almirante Bauer mientras Robert se cuadraba delante de él.

Para su sorpresa, era el último en llegar. Comprobó la hora para asegurarse de que no se había entretenido demasiado por el camino. Pero al parecer, tanto Emily como Taro habían llegado antes de tiempo.

—Llegas tarde —susurró Emily a su oído cuando se sentó a su lado.

—En realidad, llego pronto —respondió él, señalando su muñeca con una sonrisa—. Vosotros habéis llegado antes de la hora.

Emily le devolvió la sonrisa y ambos se giraron hacia el almirante, que acababa de ponerse en pie y paseaba por la sala con paso distraído.

—Mentiría si no reconociera que no sé muy bien por dónde empezar esta reunión —confesó—. Por más vueltas que le doy a esta nueva empresa en la que nos estamos embarcando, no acabo de comprender las verdaderas motivaciones de lo que estáis a punto de hacer, por lo que a duras penas puedo ser de ayuda.

—La misión es muy clara —lo interrumpió Taro—. Tenemos que evitar que la infraestructura que queda de los insectoides en Zaraxia, su planeta de origen, caiga en manos de Krukzhar, el que creemos que es el último de los nobles Khol que quedan con vida.

—Sí, lo sé —respondió el almirante—. Esa es la única parte que he comprendido. Pero no entiendo por qué motivo debéis regresar a la Tierra y a una época pasada, ni más ni menos.

—Eso es algo más complicado de explicar —intervino Emily, tratando de poner en orden sus propias ideas para aclarar la situación—. Al parecer, los insectoides establecieron contacto con la Galileo cuando mi padre llegó al planeta, pero no lo hicieron en nuestra línea temporal, sino en otra, en la que yo llegaba al planeta en la Galileo, junto a él.

—Ahí es justo cuando me pierdo —interrumpió Bauer—. ¿Líneas temporales? ¿Qué demonios se supone que es eso?

—En realidad, tampoco es algo que nosotros tengamos muy claro —reconoció Taro—. Al parecer, existen diferentes líneas temporales que permiten que nuestra realidad exista de forma simultánea, pero con un desarrollo de acontecimientos distinto. A lo largo de los siglos, nuestros físicos han coqueteado con la idea de la existencia de los viajes en el tiempo, el multiverso y otras teorías de ese tipo, pero ningún ser humano ha conseguido demostrar su existencia matemáticamente. Según el insectoide, nuestras mentes no están diseñadas para comprender algo que no se puede ver dentro de la realidad que nos rodea.

—Pero ¿cómo funciona? —preguntó el almirante—. ¿Existen diferentes realidades? ¿Se pueden crear?

—No sabemos si existen diferentes realidades, tan solo una mente que existe en otras dimensiones es capaz de detectar las fluctuaciones que otras líneas temporales generan —respondió el geólogo, con gesto pensativo—. Imagina que existe una única línea temporal. Un flujo único que va desde el principio de los tiempos hasta nuestro momento actual. Si esa línea temporal no sufre ninguna perturbación que la altere, seguirá su curso con normalidad hasta que este universo colapse o algo externo a él acabe con él.

—¿Algo como qué?

—Algo que ni siquiera una mente como la de Eon es capaz de concebir —explicó Taro—. Algo que puede estar situado en el universo que creó el nuestro a partir de un agujero negro, fuera de nuestro alcance y bajo unas leyes físicas que escapan a nuestra comprensión. Pero, de cualquier manera, ninguno de los motivos externos es relevante para esta explicación.

Taro esperó a que el almirante asintiera para continuar.

—Bien, si nadie externo modifica el cauce de la línea temporal, esta fluirá hasta la eternidad —explicó, trazando una línea recta imaginaria sobre la mesa—. El espacio que se genera en el interior del universo es único y lineal, nada podría alterarlo.

—¿Las decisiones que tomemos no podrían alterarlo? —preguntó la capitana Mei, que atendía con interés las explicaciones del geólogo.

—Sí, supongo que en teoría podrían modificar su dirección —dijo encogiéndose de hombros—. Pero en ningún caso se crearía una bifurcación de la línea temporal. Serpentearía en su camino hacia el final de los tiempos, pero seguiría existiendo una única línea. Ahora bien —añadió con énfasis—, imaginemos que yo viajo al pasado y asesino a mi abuelo antes de que nazca mi padre. ¿Qué ocurriría?

—¿Que no nacerías? —aventuró la capitana.

—Así es —dijo Taro—. Pero resulta que yo sí que he nacido y me las he ingeniado para viajar al pasado. Esto es lo que se conoce como la paradoja del abuelo, porque si yo no he nacido, no puedo viajar en el tiempo y, por lo tanto, no puedo matar a mi abuelo y puedo volver a nacer. Y el bucle continuaría una y otra vez. La solución a esa paradoja es que se crean dos líneas temporales diferentes, una en la que mi abuelo no muere y otra en la que sí lo hace. ¿Me seguís?

—Creo que sí —dijo el almirante, que, a pesar de tener el ceño fruncido, parecía estar siguiendo la conversación.

—Ahora bien, aunque podamos tener la teoría del caos en la mente, que insinúa que un pequeño cambio añadido en un instante puede generar una oleada de acontecimientos que altere la realidad, esto no siempre se cumple. Seguiré, para mi desgracia, con el ejemplo anterior. Es evidente que mi abuelo tuvo un gran impacto en la vida de mi padre y, por lo tanto, también sobre mí. Pero el abanico de acontecimientos en los que fue capaz de intervenir puede que no fuera tan amplio para generar una nueva línea temporal, independiente y separada de la original.

»Debéis tener en cuenta que mi abuelo se negó a abandonar Japón cuando se supo que el asteroide impactaría en el Pacífico y mi padre, por desgracia, habrá muerto a estas alturas sin más descendencia que yo. Por lo que podemos decir que dentro de que hemos cambiado el pasado y creado una nueva línea temporal, esta

se parece mucho a la anterior, en la que puede que lo que quedaba de la humanidad acabara aplastada por los restos de la Luna.

Taro hizo una pausa para dar tiempo a los demás a comprender la idea.

—Lo que quiero decir —continuó—, es que existen casos en los que dos líneas temporales pueden acabar fundiéndose de nuevo. Sin embargo, hay otros en los que no ocurre y las líneas temporales transcurren en paralelo o perpendicularmente para siempre, generando dos realidades disjuntas e independientes.

»Lo que no sabemos es qué condiciones se tienen que dar para que cualquiera de esas cosas ocurra. De la misma manera que no sabemos en qué condiciones se puede destruir una línea temporal completa.

—¿Destruir? —preguntó el almirante—. ¿Con todos los seres que existan en su interior?

—Eso me temo, sí —asintió Taro—. Por lo que sabemos, vivimos en una línea temporal que surgió de otra ya destruida. Aunque, por desgracia, desconocemos las causas que permitieron la creación de la nuestra y la destrucción de la otra.

—Tanto Eon como el anciano nos advirtieron de que conocer demasiado sobre nuestro futuro podría ser contraproducente y minimizar las probabilidades de éxito de nuestra misión, que no es otra que evitar que los Khol destruyan el tejido del espacio-tiempo de este universo.

Un silencio incómodo se hizo en la sala. Emily casi pudo escuchar cómo el almirante y la capitana Mei tragaban saliva.

—No sé si esto me acaba de convencer —intervino Bauer—. ¿No pueden los insectoides hacerse cargo de todo esto? ¿No pueden destruir el núcleo de esa inteligencia artificial desde aquí?

—Son una civilización que se ha desarrollado en base al respeto por la vida —explicó Emily—. La palabra destrucción no forma parte de su vocabulario, traicionarían todo aquello que les hace especiales.

—Ni siquiera hicieron nada por evitar su propia extinción —añadió Robert.

—Y supongo que han visto algo destructivo en nosotros para encomendarnos semejante odisea —concluyó la capitana Mei con ironía.

—Nuestra historia es la que es —convino Taro.

Tanto el almirante como la capitana meditaron sobre la situación. Si bien sus caras no reflejaban una comprensión adecuada de las connotaciones que tenían los viajes en el tiempo, al menos parecían haber comprendido las consecuencias.

—Entonces ¿cuál es el plan? —preguntó el almirante—. ¿Viajar al pasado? ¿Con qué propósito?

—No lo tenemos claro —dijo Emily—, pero debemos crear otra línea temporal que nos permita tener una nueva oportunidad en caso de que fracasemos en nuestro intento actual.

Aquello pareció asustar al almirante.

—Un momento —interrumpió—. ¿Me está diciendo que su misión es crear una segunda línea temporal, con el riesgo que eso supone?

—Sí, eso parece —asintió ella—. Y deberemos tener mucho cuidado para no destruir esta.

—Creo que esto es demasiado peligroso —murmuró la capitana Mei—. Estamos jugando con fuerzas que no comprendemos.

—Tiene razón —admitió Emily—. Pero quiero entender que los insectoides no nos permitirían intentarlo si las probabilidades de éxito no fueran relevantes. La supervivencia de nuestro universo está en juego, no creo que tengamos otra opción que intentarlo.

De nuevo, el silencio.

—De acuerdo —aceptó el almirante, interrumpiendo el receso—, supongamos que los insectoides están en lo cierto y que pueden regresar a la Tierra. ¿Qué es lo que piensan hacer? ¿Cómo van a saber diferenciar lo que creará una nueva línea temporal de lo que destruiría la nuestra?

—No podemos saberlo —admitió Emily—. Pero sé que algunos de nosotros estuvimos en mi casa años antes de que la Galileo partiera. No sé qué es lo que ocurrió ese día ni de lo que se habló, pero creo que es un buen punto de partida.

La capitana Mei parecía dudar de toda la operación.

—Adeon —llamó—. ¿Puedes darnos alguna pista de lo que debemos hacer?

—Yo no soy capaz de escudriñar a través del tejido espacio-temporal —se disculpó la IA—. Tan solo dispongo de las probabilidades de que ocurran determinadas situaciones, pero solo aquellas que el verdadero Eon conocía cuando me aislé de él. Yo solo soy un constructo de su conciencia. Pero, de cualquier manera, debo insistir en las consecuencias nefastas que acarrearía conocer demasiado sobre el futuro.

La capitana soltó un suspiro de resignación que fue compartido por todos los presentes. La única certeza de la que partían era esa reunión clandestina que Emily recordaba de su pasado. A partir de ahí, se verían obligados a improvisar, como de costumbre.

—De acuerdo —aceptó el almirante—. Supongo que no tenemos más remedio que confiar en el buen juicio de Eon y en nuestro propio instinto a la hora de decidir qué camino tomar. ¿Cómo procederán para realizar el viaje?

—Adeon, ¿puedes mostrarnos las mismas simulaciones que vimos en la estación insectoide? —pidió Emily.

Adeon mostró unos hologramas más nítidos y realistas que los que vieron junto al anciano, que solo eran simples pigmentos representando la estación. La gigantesca esfera se separó en multitud de pedazos, en cada uno de los cuales había un cañón electromagnético. De inmediato se alinearon formando tres anillos, y el polvo que descansaba en la superficie, fruto de la desintegración de los asteroides que durante miles de años se habían acercado a su órbita, se esparció alrededor, alineado con ellos.

De inmediato, los dos núcleos de partículas y antipartículas del interior comenzaron a vibrar al son de los cañones, que absorbieron

poco a poco los antineutrones y dejaron que el núcleo de neutrones se estabilizara. Del centro de la figura comenzó a surgir una esfera oscura y familiar. Pronto apareció el disco de acreción del agujero negro y los tres discos que conformaban la esfera comenzaron a girar a gran velocidad hasta que crearon un enorme agujero negro en forma de toroide.

Tanto la capitana Mei como el almirante lanzaron un suspiro, pero la expresión del militar era de puro terror, hasta el punto de que a Emily le pareció verlo santiguarse. Sin tiempo para pensar sobre la orientación religiosa del almirante, la capitana interrumpió las imágenes.

—¿Están seguros de que desplegar un agujero negro en las inmediaciones del sistema solar es una buena idea? —Su voz sonaba preocupada.

—No se desplegará en las inmediaciones —respondió Emily—. Nos alejaremos lo suficiente para tener un buen margen de seguridad. Además, la operación se realizará en movimiento, por lo que el agujero de gusano se desplazará gracias a la inercia que llevaremos en el momento de realizar la operativa.

—Aun así, sigo sin estar tranquila —insistió, abriendo los ojos de par en par—. Cualquier problema con ese chisme podría acabar con todos nosotros.

—Es un sistema seguro —respondió Emily—. Tenga en cuenta que lleva más de diez mil años en órbita alrededor de la estrella y no ha causado ningún problema.

—Pero no se ha desplegado nunca durante ese periodo —se quejó ella—. No sé qué nivel de garantía tiene la tecnología insectoide como para asegurar que una estación tan antigua pueda llegar a funcionar.

—No tenemos ningún motivo para pensar lo contrario —se defendió Emily—. Las bases y toda la tecnología alienígena, incluidos los obeliscos que hay en el planeta, son mucho más antiguos y continúan funcionando a la perfección.

Esa última respuesta pareció acabar de convencer a la capitana, que solo quería asegurarse de que lo que quedaba del proyecto no correría peligro.

—Y, una vez abierto ese agujero de gusano, ¿solo hay que cruzarlo? —preguntó el almirante.

—Así es —asintió Emily—. Se establece el lugar y el momento de destino mediante las interfaces que hay en sus naves y el agujero de gusano se configura para unir dos puntos del espacio-tiempo distantes entre sí.

—Una vez estén en el otro lado, ¿se desactiva sin más o es necesario mantenerlo abierto?

—Cualquiera de las dos opciones sería válida —dijo Emily—. Podríamos cerrar el agujero de gusano mientras estamos allí, aunque también podríamos dejarlo abierto, tal y como han hecho los Khol cada vez que venían a esquilmar a los keplerianos.

—¿Hay alguna diferencia?

—Pues imagino que mantenerlo abierto supondrá un gasto energético fuera de lo normal —se aventuró a decir—. Adeon, ¿estoy en lo cierto?

—Sí, así es —dijo la IA—. El gasto energético, además, es proporcional a la distancia y el tiempo recorrido, por lo que conviene ser cautos. La estación tiene energía de sobra, pero si abusamos de ella, puede que la agotemos y los viajeros se queden atrapados sin poder regresar.

—Entonces, ¿por qué los Khol lo mantenían abierto? —se interesó Robert, que todavía no había intervenido más allá de asentir a lo que decían sus compañeros.

—Porque no entienden el funcionamiento de la tecnología —explicó Adeon—. Son una especie demasiado joven, obsesionada con la guerra y la destrucción, y no han desarrollado su curiosidad por la ciencia. Por ese mismo motivo, todavía no son conscientes del funcionamiento del tiempo y del espacio, por lo que todavía estamos

a tiempo de detenerlos antes de que logren descubrir el verdadero poder que reside bajo el núcleo de Eon.

—¿Cómo funciona el agujero de gusano? —preguntó de inmediato la capitana Mei—. ¿Quiero decir, cómo ese agujero negro en forma de anillo es capaz de apuntar en la dirección y la distancia correctas?

—Lo primero es alinear el anillo en la dirección en el espacio en la que se encuentra tu destino —explicó la IA mientras alineaba el anillo del holograma con una representación de la Tierra—. De esa manera aseguramos que la posición en la que se abrirá el agujero en el otro extremo estará situada en la línea recta que transcurre de forma perpendicular a la vertical del anillo. Para esto tendremos que tener en cuenta que no puede haber ningún obstáculo en el camino que interfiera gravitacionalmente con el dispositivo. De lo contrario, las consecuencias serían catastróficas.

»En nuestro caso, hemos seleccionado el sistema solar en el que se encuentra la Tierra —continuó una vez todos parecieron comprender la advertencia—. Una vez alineado el anillo, el giro del mismo a derecha o izquierda, lo que se conoce como dirección toroidal, determinará si la dirección a lo largo de la línea se realiza hacia delante o hacia atrás. La intensidad del giro es lo que nos permitirá ir más o menos lejos, como os podéis imaginar, a costa de un mayor consumo energético.

El holograma se centró en el giro del anillo sobre su eje mayor, justo en el centro del agujero de gusano.

—Sin embargo, al tratarse de un toroide, disponemos de otra dimensión de giro adicional —continuó—. La dirección poloidal, o giro a través de su eje menor, nos permite establecer el momento temporal al que deseamos viajar. De la misma manera, el viaje se realizará al futuro o al pasado en función de la dirección y la intensidad del giro. Una vez alcanzados los parámetros deseados, el agujero negro dobla el tejido espacio temporal creando un túnel entre ambas localizaciones por el cual se puede transitar sin problema.

El holograma se centró en el plano del círculo transversal del toroide, que comenzó a girar de fuera hacia adentro, tal y como acababa de explicar Adeon.

—De esta manera podríamos transportarnos a cualquier lugar del espacio y del tiempo, siempre y cuando dispongamos de suficiente energía y no exista nada en la trayectoria que afecte al enorme campo gravitatorio que crea el agujero de gusano.

Emily observó las reacciones de la capitana y del almirante y sonrió para sus adentros cuando fueron conscientes del prodigio que los insectoides habían sido capaces de desarrollar. Sus caras eran de total y absoluta admiración.

—Pero, entonces, si deciden cerrar el agujero de gusano, ¿cómo lo abren después? —preguntó el almirante.

—Mediante el sistema de comunicación instantáneo del que están provistas las naves —dijo Emily—. Utiliza el mismo principio que la estación espacial, pero miniaturizado. Se abre un canal de comunicación y se solicita la apertura del agujero de gusano.

El almirante asintió, dando por buena la explicación.

—Creo que es suficiente —dijo la capitana Mei tras interiorizar todo lo que habían hablado.

—Sí, reconozco que las explicaciones han sido muy esclarecedoras, pero es demasiada información —admitió el almirante.

—Yo tengo una última pregunta —anunció la capitana—. Si la idea es viajar de vuelta a la Tierra poco antes de que la Galileo partiera, ¿no detectarán el agujero de gusano de la misma manera que lo detectamos nosotros cuando llegaron los Khol?

—De eso se encargará el sistema de camuflaje del crucero insectoide —aclaró Emily—. Puede que detecten la anomalía al abrirse, pero para cuando envíen a alguien a investigarlo, ya no existirá. Además, disponemos de todas las bases de datos de los telescopios de todo el mundo, por lo que sabremos en todo

momento a qué lugares están apuntando. Abriremos el túnel en un lugar en el que nadie esté mirando.

3
La operación

6 de julio del año 6

Estación espacial Asimov, Kepler-442b

Emily escuchó algún sonido extraño al otro lado de la puerta. Al principio no supo de qué se trataba y no le dio más importancia. Continuó preparando su mochila con las apenas cuatro prendas que guardaba con celo en la estación. Dos mechones de pelo mojado que asomaban rebeldes por la toalla enrollada de su cabeza gotearon sobre la que llevaba firmemente bajo las axilas. Comparó la ropa del proyecto con las prendas keplerianas que tenía encima de la cama desecha. No podían ser más diferentes.

De nuevo, esos extraños sonidos llegaron desde el exterior de su camarote.

Dio un respingo, miró su muñeca y comprobó que el tiempo que tenía para prepararse se había esfumado. Solo quedaba minuto y medio para que el inspector McNeil, que estaba convencida de que era uno de los causantes de esos extraños ruiditos, tocara a su puerta con puntualidad exquisita.

Recogió con rapidez su conjunto kepleriano y regresó al pequeño aseo del camarote. Desechó la idea de utilizar un secador de pelo, pero trató de quitar toda la humedad que pudo frotando vigorosamente con la toalla. Se peinó a toda prisa y, cuando estaba a punto de hacerse una sencilla coleta, llamaron a la puerta.

—Es el inspector McNeil, Emily —escuchó la voz de Adeon.

—Ya lo sé —respondió ella entre susurros.

Acabó de hacerse la cola de caballo con un gesto rápido y se asomó a la puerta de su camarote.

—¡Un segundo! —gritó.

Lanzó la toalla a una esquina y se colocó la ropa áspera y funcional con una velocidad pasmosa. Salió como un rayo del aseo, hizo una bola con el resto de las prendas que había sobre su cama y las metió sin miramientos en la mochila. Las sacaría totalmente arrugadas, pero no podía hacer otra cosa. Después, se giró hacia la puerta, pero antes de que esta se abriera, volvió a revisar la habitación para asegurarse de que no se olvidaba de nada.

Se sintió algo mal por dejarlo todo hecho un desastre, pero no tenía tiempo para más. Entonces se llevó las manos al pecho y echó en falta algo que siempre llevaba al cuello. Regresó a toda prisa al aseo y recogió el viejo colgante que ya solo se quitaba para evitar mojarlo en la ducha. Se lo colocó y manipuló los viejos cordeles de cuero para que le quedara lo más ajustado posible.

De inmediato echó mano de la mochila y rebuscó nerviosa en uno de los bolsillos. No tardó en encontrar el otro colgante, el que le había regalado Shildii y que tendría una destinataria muy especial. Cerró la cremallera del bolsillo y realizó el gesto que accionaba la apertura de la puerta.

El inspector McNeil la esperaba nervioso al otro lado del umbral. Emily miró su muñeca de reojo. Solo había tardado cuatro minutos de más, pero sabía de sobra que la falta de puntualidad exasperaba al inspector, así que trató de centrarse en el origen de los extraños ruidos que había escuchado desde el otro lado.

—¡Qué grandes están! —exclamó al ver cómo las crías de Lemy se agitaban dentro de las dos jaulas de transporte que el inspector llevaba consigo—. ¿Quiere que le ayude con una? —preguntó, extendiendo la mano.

El inspector la retiró de inmediato con excesivo celo.

—No —respondió, incómodo—. Yo me encargo. No les gusta que nadie aparte de mí los toque.

—Claro, es comprensible —claudicó Emily, intentando ser amable —. Han crecido mucho desde la última vez que los vi.

—Sí —esbozó lo que parecía una sonrisa de orgullo—. Ya se puede decir que son adultos.

—¿Los lleva de vuelta a su hábitat? —preguntó, señalando hacia la derecha mientras lo invitaba a andar.

—Pretendo instalarme durante una buena temporada en el planeta —dijo el inspector, visiblemente nervioso—. Y no me fio de nadie para que se encargue de alimentarlos mientras no estoy. Así que he decidido que se vienen conmigo.

—Buena idea —aseguró Emily, consciente de los problemas de salubridad que podían causar los pequeños *jushes* en un entorno tan delicado como la estación espacial—. Su lugar está en la superficie del planeta.

—Supongo que tiene razón. —Se encogió de hombros.

—¿Está nervioso por su adaptación a la atmósfera del planeta? —preguntó ella mientras esperaban a que la cápsula que los llevaría al centro de la Lavadora llegara desde el otro extremo.

—No lo sé —respondió, aunque Emily lo notó algo más hablador de lo normal—. Confío plenamente en las habilidades de la doctora Schmidt y todo su equipo. Y aunque la sensación de tener moléculas creadas por una raza alienígena en mi interior me resulta de lo más extraña, creo que mi cabeza lo ha procesado como si se tratara de un medicamento más. Y si eso me permite prescindir de la sensación de asfixia que me causaba el exotraje, bienvenido sea.

—Me alegra escuchar eso —aplaudió Emily con sinceridad.

Cuando llegaron al otro extremo en la cápsula, el inspector se dio cuenta de su error de cálculo y se vio obligado a tenderle a Emily uno de los transportines, ya que de lo contrario le iba a resultar muy complicado desplazarse por la zona sin gravedad. Se colocaron un par de botas electromagnéticas para poder tener las manos libres durante el trayecto hasta el hangar. Emily observó con curiosidad la reacción de los animales al perder la atracción gravitatoria que la fuerza centrífuga les proporcionaba en los extremos de la estructura giratoria. Creyó reconocer a Lemy entre sus crías y no pudo evitar sonreír y soltar una risita nerviosa al verlos flotar sin apenas control de sus cuerpos.

Llegaron al hangar y se colocaron dos trajes de astronauta para cubrir el trayecto hasta el planeta. Saludaron al piloto, que era el mismo que le había llevado hasta la base hacía un par de días, y se sentaron en una esquina de la bodega. Miró su reloj y fue consciente de que había llegado antes de tiempo por primera vez en muchos días. Miró al causante de su puntualidad y lo notó demasiado celoso con sus criaturas, como si estuviera preocupado por el mero hecho de que él llevara puesta una protección contra una improbable despresurización y los pequeños animales no. Sin embargo, no dijo nada y se limitó a asegurar ambas jaulas en el asiento de al lado.

El viaje se hizo algo largo. El inspector McNeil no quitaba ojo de sus mascotas y no resultó ser una gran compañía durante el trayecto. Los operarios que acababan de asegurar la carga los miraban atónitos y cuchicheaban entre ellos riendo por lo bajo. McNeil era bastante conocido en la estación espacial, y aunque a él no parecía importarle lo más mínimo, Emily fue consciente de que se estaban burlando de él. Se pasó la mayor parte del viaje aguantando las ganas de abroncarles.

Nada más aterrizar se quitaron los trajes y los colgaron en una de las esquinas de la bodega. Los operarios comenzaron a realizar las tareas para desestibar la carga entre risas y ante la furiosa mirada de Emily. En cuanto se abrió la rampa, el inspector recogió sus pertenencias y las dos jaulas y se dirigió al exterior casi sin esperar a que Emily lo siguiera. Al llegar al extremo vio que había bastante barro en el suelo como consecuencia de las últimas lluvias y la intensa actividad que había en la base. Pareció dudar al ver que su calzado tal vez no fuera el más apropiado para ese terreno, pero tomó una bocanada de aire fresco, se encogió de hombros y trató de caminar por las zonas menos embarradas.

Ni siquiera llegaron a entrar en la base, ya que Balakova los esperaba junto a la Deathwing con una manguera a presión en las manos con la que acababa de dar un baño de jabón al vehículo.

—Llegáis antes de lo que pensaba —dijo al verlos acercarse.

—Esta vez todos los pasajeros han llegado a la hora —respondió Emily dedicando una mirada cómplice a su acompañante, que miraba el horizonte como si la conversación no fuera con él.

—Subid a bordo —les indicó—. Recojo todo esto y enseguida nos vamos.

Se dirigían a Wiikhaadiiz ofiz, pero dada la naturaleza de su misión, Emily había decidido no trasladarse hasta la ciudad por el camino habitual. Quería que el inspector pasara lo más desapercibido posible, y por ese motivo decidieron ir por aire hasta una zona de las afueras. Allí los esperaban Khaavmi y Narya, que ya habían comenzado la búsqueda de Yaaw, el desaparecido líder de la Sexta Logia.

Montaron en la Deathwing y aseguraron la carga en la bodega. Después se acomodaron en la parte habilitada para los pasajeros y esperaron a que Balakova acabara con la puesta a punto de la nave. Emily miró al inspector con curiosidad.

—¿Qué le ha parecido la sensación de caminar en libertad por la superficie del planeta? —preguntó.

Él se miró el barro que sobresalía de su calzado y que le hacía sentirse incómodo debido al peso extra que suponía.

—Me noto más cansado, como si las zonas de terreno llano fueran empinados desniveles —respondió sin mirarla a los ojos—. Pero reconozco que el aroma de este lugar me recuerda bastante a los bosques de Pertshire, en mi Escocia natal. Mis abuelos maternos tenían una pequeña granja en la que criaban animales y cultivaban la tierra casi como se hacía en la antigüedad. De niño pasé largas temporadas con ellos, cuando mis obligaciones me lo permitían, claro está.

Emily observó al inspector. Tal vez fuera ese el motivo por el que toleraba el barro y les había cogido cariño a esos animales.

—Aunque he de admitir que el color rojizo de todo lo que nos rodea continúa perturbándome —siguió poco después—. Dudo mucho que me acostumbre a algo así.

Balakova no tardó demasiado en concluir las tareas pendientes y pronto estuvieron en el aire, sobrevolando los bosques de los alrededores de la base. El viaje fue tan corto que apenas pudieron disfrutar de las vistas, aunque Emily lo acabó agradeciendo ya que la ropa que llevaba encima no era tan abrigada como la que llevaba su compañero. El frío y el viento se colaban por los laterales de la nave, totalmente abierta para facilitar el transporte de tropas, y habían conseguido calarle hasta los huesos.

—Espera aquí, no creo que la reunión se prolongue demasiado —le dijo a Balakova cuando bajaron del vehículo.

Era un claro minúsculo. En el pasado debió de ser una pequeña huerta perteneciente a los anteriores habitantes de la minúscula chabola que había en un lateral. Aunque estaba al cobijo de unos árboles de troncos más gruesos de lo normal, la cabaña presentaba un pésimo estado de conservación, señal de que hacía tiempo que nadie vivía allí. Emily dirigió sus pasos hacia la destartalada puerta de entrada. El inspector la siguió en todo momento, sin separarse de las jaulas de sus queridos animales.

Escucharon voces en el interior antes de cruzar el umbral. Dentro encontraron a tres figuras, dos de ellas sentadas alrededor de una pequeña y vieja mesa circular a la que le faltaba alguna madera. Emily saludó a Yisht y a Narya y después se giró hacia Khaavmi, que paseaba por la estancia sumido en sus pensamientos.

—¿Interrumpimos algo? —preguntó Emily en tono jocoso.

—¡Que va! —respondió Yisht, levantándose y acercándose a ambos.

Narya y Khaavmi hicieron lo mismo y todos saludaron a Emily con afecto. El inspector McNeil rehusó estrechar las manos de ambas, pero se tomó la libertad de posar una de las jaulas para hacerlo con Khaavmi, con el que ya le unía una estrecha amistad tras los sucesos que los llevaron a investigar la desaparición de Yisht.

Ya advertidas de las peculiaridades del inspector, las dos keplerianas se centraron en los pequeños animales que se agitaban

en el interior de los transportines, pidiendo a gritos un poco de libertad para explorar aquella zona tan amplia y novedosa para ellos.

—¡Qué bonitos son! —exclamó Yisht.

Aunque el primer impulso de McNeil fue apartar la jaula, pareció pensárselo mejor y permitió que ambas se acercaran hasta ellos.

—Puedes soltarlos aquí mientras hablamos, si quieres —le dijo Emily—. Estarán bien.

El inspector los miró dubitativo. Observó la estancia y vio que las ventanas todavía tenían cristales y que no había demasiados huecos por los que escapar. Tras meditarlo durante unos instantes, abrió las jaulas y permitió que se desatara el caos. Las tres jóvenes criaturas que compartían la primera de ellas salieron disparadas en todas direcciones. Una escaló hasta una de las viejas estanterías que se sostenía inexplicablemente en la pared. Otra se subió a la mesa en busca de algo que comer, y la última se escurrió entre las piernas de McNeil y trepó por su espalda hasta encaramarse en lo alto de sus hombros.

Tras repetirlo con la otra jaula y provocar casi el mismo éxtasis entre sus hermanos, Emily pudo reconocer a la última figura que asomó de su transporte. Se irguió sobre sus cuartos traseros y olisqueó con cuidado a su alrededor. De inmediato pareció captar un olor familiar y se acercó un poco más a la fuente. Como si estuviera poseída por un recuerdo alegre, comenzó a dar pequeños saltitos de júbilo. Emily extendió su brazo hacia el animal y este se encaramó a él hasta llegar a su hombro derecho haciendo una demostración de destreza.

—¡Yo también te he echado de menos! —exclamó ella, correspondiendo los gruñiditos de alegría del animal.

Con las criaturas desperdigadas por la pequeña cabaña y con McNeil más pendiente de su prole que de otra cosa, tomaron asiento alrededor de la mesa.

—Bien —empezó—. Ponedme al día con los avances.

Khaavmi lanzó un prolongado suspiro mientras Narya agachaba la cabeza. Sin embargo, fue Yisht la que tomó la palabra.

—No hay demasiadas novedades que contar, me temo —dijo con pesar—. Tanto Khaavmi como yo hemos movido nuestros hilos para acercarnos todo lo posible a la mujer de Yaaw. He conseguido que nos dejen temporalmente un par de viviendas en la misma zona donde reside. Pero, de momento, no tenemos ni rastro de Yaaw ni de lo que queda de la Sexta Logia.

—¿Habéis visitado la mina?

—Sí —respondió Khaavmi—, y me temo que es un callejón sin salida. Creo que ese tarugo que tiene por ayudante no tiene ni la menor idea de dónde está su jefe. Ahora se encarga él de la mina. Desde que les hiciste la última visita, ese lugar ya no es lo que era.

—¿Tratan mejor a los convictos? —se interesó ella.

—No me lo pareció —respondió torciendo el gesto—. Pero ya no hay ni una décima parte de los guardias y los presos que había hace años.

—¿Crees que pueden estar con él?

—Imagino que algunos formarían parte de su escolta más cercana —dijo él—. Pero sabiendo que su negocio no da tantos beneficios como antes, y teniendo en cuenta que hemos vencido a los Khol, dudo mucho que tenga demasiados argumentos para retener a toda esa cantidad de mercenarios y malnacidos.

Emily guardó silencio mientras pensaba en alguna salida.

—¿Podríamos localizar a alguno de ellos para interrogarlos?

—Son mercenarios —repitió Khaavmi con el gesto torcido—. Podrían estar en cualquier lugar, asaltando a algún pobre campesino o gastando lo poco que hayan ahorrado en una taberna de mala muerte.

—¿Crees que todos le habrán dado la espalda?

—No, todos seguro que no. Tal vez tenga algunos guardias de su lado, pero no durarán mucho en cuanto comprueben que el dinero

ya no fluye y que, con los Khol fuera de la ecuación, ya no tiene el mismo poder.

—¿Se sabe algo de su fortuna o de su patrimonio? —preguntó Emily.

—No demasiado —Khaavmi agitó la cabeza—. Tiene un par de propiedades además de la mina. Las he visitado y no hay ni rastro de él. Todos en la ciudad están al tanto de su fortuna, pero nadie sabe dónde la puede tener guardada.

Emily suspiró. Empezaba a pensar si aquella operación tenía sentido a esas alturas. Habían vencido a los Khol y liberado a los keplerianos. Lo más importante en esos momentos era conseguir que todos recuperaran sus vidas, que los campos volvieran a ser cultivados y que la calma se instalara por fin en aquellas tierras que llevaban milenios siendo saqueadas y perturbadas. Pero su deber también era el de ofrecer justicia a todos aquellos que perdieron a sus seres queridos de una manera tan injusta. No, recapacitó, tenían que encontrar a Yaaw y que pagara por sus crímenes, costara lo que costara.

—Veo que no tenemos gran cosa —acabó diciendo, tras descartar la idea de tirar la toalla.

—La verdad es que no —continuó Yisht—. De momento, tenemos que conformarnos con la vivienda en la misma calle en la que vive Iidriis. Narya ya está instalada e intenta seguirla todos los días.

Emily miró a Narya, que asentía a todo lo que decía su compañera.

—¿Algo reseñable?

—Lo cierto es que es bastante aburrida —se quejó la joven—. Por la mañana va al mercado a comprar comida, siempre para una sola persona. Suele comprar verduras y algo de carne o pescado, nada fuera de lo normal. Después regresa a casa y permanece dentro una hora más o menos. Luego, a media mañana, vuelve a salir en dirección a su trabajo. De camino siempre se para en una de esas tabernas para gente de la alta sociedad y se toma una infusión en la

misma mesa de todos los días. Cuando la acaba, entra en el trabajo y después, a media tarde, regresa a su casa para no salir más.

—¿A qué se dedica? —preguntó Emily.

—Es voluntaria en un comedor social —respondió Yisht.

—Vaya, parece que tiene remordimientos por lo que ha hecho su marido.

—Puede que ni siquiera supiera a qué se dedicaba realmente.

Emily asintió, consciente de que no era tan descabellado.

—De cualquier manera, imagino que habrá tenido mucho trabajo durante estos últimos meses debido a la escasez de recursos —siguió Emily con un suspiro de frustración.

—En periodos de exacción la gente suele hacer colas en el exterior —le contó Khaavmi—. No sería la primera vez que tengo que dispersar a algún grupo por organizar tumultos cuando los comedores se quedan sin existencias. Los propios voluntarios suelen ser los que llaman a las autoridades.

—¿No cobran nada? —preguntó Emily.

—No —aseguró Yisht.

—Y ¿de qué vive? —preguntó—. ¿De dónde saca el dinero para comprar en el mercado?

—Suponemos que lleva meses viviendo de lo que le queda de las épocas de bonanza —dijo Khaavmi.

—Las compras que realiza no son llamativas ni ostentosas —aseguró Narya—. Tal vez no compre en los puestos de mejor calidad, pero no la he visto nunca regatear.

—Debemos seguir el dinero —intervino McNeil, que, aunque no dejaba de controlar a sus animales, había prestado atención a todo lo que se había hablado—. La señora Iidriis cumple los patrones de alguien de alta cuna que no está atravesando un buen momento económico. Pretende aparentar normalidad yendo a trabajar y tomando su refrigerio habitual a media mañana, pero en estos casos, la angustia va por dentro. Tarde o temprano necesitará ayuda y tratará de ponerse en contacto con su marido.

—De acuerdo —dijo Emily para concluir—, creo que tenemos mucho trabajo por delante para dar con Yaaw. Yo estaré algún tiempo fuera. —Hizo una pausa en la que pensó lo ridículo que sonaba eso teniendo en cuenta que disponían de un dispositivo para viajar en el tiempo—. Hablaremos de los avances a mi regreso.

4
Un merecido descanso

7 de julio del año 6

Base Magallanes, Kepler-442b

Emily se estiró somnolienta en la cama. Se acomodó de nuevo y retozó unos minutos con los ojos cerrados. Ese sería su último sueño antes de abandonar el planeta para embarcarse en la mayor locura de su vida. Quién sabía si volvería a disfrutar de la quietud de la base. Permaneció inmóvil mientras repasaba la agenda del día. Su mente la llevó a pensar en su situación con Robert. Él había conocido a alguien, tal vez mucho más compatible que ella. ¿Qué podía hacer contra eso? Ella solo quería que fuera feliz, y si ella misma no era capaz de conseguirlo, era lógico que buscara en otro lugar. No tenía nada que reprocharle. Tenía que aceptarlo.

Abrió los ojos tras una encarnizada lucha interna entre quedarse en la cama y comenzar la jornada. El interior de los barracones estaba en silencio. No quedaba nadie allí, excepto ella y Balakova, que también había pasado la noche en la base. El resto del grupo estaba desperdigado por el planeta o en la estación espacial, ocupándose de los últimos detalles y preparándose para la que sería la operación más extraña de sus vidas.

Se levantó somnolienta y caminó hasta las duchas. El roce del agua caliente con su piel le ayudó a despejar la mente, aunque no logró disipar el nudo que tenía en el estómago. Cuando salió de la ducha se miró en el espejo. Se notaba cansada, y las ojeras de su reflejo eran la prueba física de su estado de ánimo. Se fijó en esa maldita maraña de pelo que se le enredaba por doquier. Pensó que, si iban a regresar a la Tierra para reunirse con su padre y el subdirector Green, tenía que estar presentable para causar una

buena impresión. Armada con un cepillo, comenzó la rutina para domarlo.

Mientras observaba cómo las cerdas del cepillo comenzaban a desenmarañar el maltratado cabello, su mente viajó a cientos de años luz de allí. Iban a regresar a la Tierra, al lugar donde comenzó todo. Pensar en volver a ver a sus seres queridos la hizo ponerse nerviosa, hasta tal punto que dejó caer el cepillo, que golpeó el suelo con un ruido sordo. De inmediato se dio cuenta del motivo real de su nerviosismo. También volvería a ver a su madre.

Emily se quedó inmóvil unos segundos, con los brazos aún levantados y su mano izquierda agarrando con fuerza un generoso mechón de pelo. Miró el cepillo, que seguía en el suelo, y después se miró en el espejo. Las lágrimas comenzaron a brotar como dos cascadas imposibles de detener. La última vez que vio a su madre fue cuando tenía nueve años. Recordaba solo fragmentos de aquel lejano día: el uniforme azul de un médico, la sonrisa amable de la enfermera que la cuidaba, el murmullo confuso de su padre y las manos temblorosas de su abuela al intentar explicarle lo que estaba ocurriendo. Una larga enfermedad y una compleja operación que, sumadas a las complicaciones posteriores, acabaron por separarla de ella.

Recordaba la confusión de aquella mañana, cómo su abuela la había sacado del colegio con una extraña premura, los tensos momentos en la sala de espera, las miradas que todos le dedicaban con compasión y lástima. Recordaba la ropa que llevaba puesta aquel día, unos jeans cortos y una camiseta de color rosa apagado con un unicornio que tocaba una guitarra eléctrica mientras lucía una chaqueta de cuero, como si fuera una estrella del rock. Le gustaba mucho esa camiseta, pero nunca más se la volvió a poner después de aquel día.

Su abuela había aparecido de repente, visiblemente emocionada, pero tratando de contenerse delante de ella. Le tendió la mano y trató de tranquilizarla como solo ella era capaz de hacer. Le dijo que todo iba a salir bien y que su madre quería verla. Caminaron juntas de la mano hasta la habitación que había al final del pasillo. Un

aerotaxi las había llevado hasta el hospital, y aunque hizo lo posible por aparentar normalidad, Emily supo de inmediato que pasaba algo. Cruzaron los pasillos hasta la habitación de su madre. Aunque ya era lo bastante alta como para mirar a través de la cristalera de la habitación, no se atrevió a hacerlo, siguió con la vista hacia el frente hasta llegar a la puerta.

Lo que vio a continuación se le quedó marcado a fuego en la memoria. Observó todos esos tubos que la mantenían aferrada a la vida, el color mortecino de su piel, las profundas ojeras y su falta de cabello. Recordó el impacto que le causó ver a su madre, a la que siempre había creído invencible, en un estado tan delicado. Recordó cómo se había detenido a mitad de camino, cómo su abuela la había tenido que empujar para que se acercara al lateral de la cama. Cuando logró vencer sus miedos y se acercó hasta ella, se asustó al notar la aspereza y la frialdad de sus manos, otrora suaves y cálidas.

—Qué guapa es mi niña… —murmuró con apenas un hilo de voz.

Su madre la atrajo hacia ella y le acarició la melena con cariño. Años más tarde supo que los médicos le habían dado apenas unas horas de vida. La enfermedad la había devorado por dentro y no había nada que pudieran hacer. Sin embargo, la expresión de su cara se mantuvo serena mientras contemplaba a su hija por última vez.

—Tienes que ser fuerte —le dijo con seriedad—. Debes seguir siempre el camino que te marque tu padre. Vaya a donde vaya, tienes que ir con él. ¿Lo entiendes?

Había pensado muchas veces en esa última conversación durante los últimos días, pero siempre había surgido algún tema que requiriera su atención y que había interrumpido sus recuerdos. Emily recordaba haber asentido para conseguir que su madre relajara su expresión. Nunca antes había reparado en la importancia y la literalidad de aquella frase. ¿Significaba eso que su madre ya era consciente del viaje que ambos iban a realizar? ¿Puede que incluso hubiera dejado de luchar porque sabía cuál era su destino?

Después de aquel día, todo se volvió borroso. Con el paso del tiempo, los recuerdos se volvieron amarillentos, como antiguas

fotografías guardadas en un viejo armario. Y aunque acabó olvidando la calidez de su voz, nunca se le olvidaría la forma en la que sonreía cuando estaba contenta, ni la manera en la que le acariciaba el pelo cuando se lastimaba o necesitaba consuelo. Y, al finalizar cada día, siempre volvía ese olor, ese perfume suave y floral de la loción con la que su madre le desenredaba el pelo cada noche antes de acostarse.

Se enjugó las lágrimas con la toalla y respiró hondo, tratando de amortiguar un nuevo sollozo. Recogió el cepillo del suelo y continuó con la ardua tarea de desenredo. Después salió de los vestuarios y cruzó el distribuidor hasta el comedor. En la base reinaba un silencio casi total, solo interrumpido por el zumbido eléctrico de los sistemas que la rodeaban.

Se sirvió una taza de café bien cargado y se sentó con tranquilidad en una de las sillas. Sostuvo la taza con ambas manos, sintiendo el calor que desprendía el líquido oscuro de su interior. Cerró los ojos un instante y sintió cómo el aroma del café penetraba en sus pulmones, tratando de regresar a la realidad. Sabía que debía concentrarse en los últimos detalles de la misión, repasar todos los suministros y los protocolos, pero su mente seguía anclada en el recuerdo de su madre. Solo pensar lo que sentiría al volver a verla, al verlos juntos a ambos, las manos comenzaban a temblarle sin control.

¿Qué pensarían al verla siendo una adulta? ¿La aceptarían y abrazarían sin pensarlo? ¿La tomarían por una loca? ¿Sería capaz de decirles todo aquello que no pudo en su momento o se derrumbaría en su presencia? No estaba segura de nada. Tan solo sabía que esa mujer a la que tanto había querido y a la que tanto echaba de menos estaba viva allí a donde se dirigían. Y ella, con el cuerpo y el alma llena de cicatrices, estaba a punto de reencontrarse con una parte de sí misma que había creído perdida para siempre. «¿Cómo se puede ignorar algo así?», pensó para sí.

Apuró el último sorbo de café y salió del comedor. En el exterior, el sol iluminaba la base, que bullía con la habitual actividad diaria. Los operarios daban los últimos retoques en las instalaciones en las

que el proyecto pretendía realizar nuevas investigaciones. El laboratorio de ingeniería molecular trataría de desgranar los misterios que se ocultaban detrás de los diferentes tipos de moléculas que se esparcían desde los obeliscos.

Otro de los edificios nuevos sería una moderna factoría en la que se incluía una avanzada fundición mediante la cual podrían obtener materiales y compuestos para la construcción de edificios y nuevas instalaciones y para la reparación de todo aquello que fuera necesario en la estación. A juzgar por lo avanzado de las obras, Taro estaba a nada de culminar uno de los pasos más importantes de su departamento. La explanada estaba a punto de volver a estar repleta de científicos recién sacados de la criogénesis, ávidos por descubrir lo que les esperaba en la superficie del planeta.

A pesar de que debía dedicar la mañana a repasar la planificación, decidió tomarse unos momentos de relax antes de comenzar la jornada laboral. Paseó con aire distraído por la base, tratando de no molestar a la multitud de operarios que trabajaban contrarreloj para dejarlo todo a punto cuanto antes. Saludó a los dos soldados que hacían guardia en la puerta de la pequeña e improvisada cárcel en la que se había convertido el pequeño edificio modular. Descartó hablar con su invitado, ya que necesitaba un rato para sí misma.

Sus pasos la condujeron hasta las seis cruces de madera que ella misma había ayudado a clavar en el suelo. Presentó sus respetos a los fallecidos, aunque le resultó extraño contemplar la sepultura del subdirector Green, consciente de que podría volver a hablar con él en cuestión de horas o días.

Continuó su paseo y rodeó la base hasta llegar a los dos inmensos invernaderos que ya se encontraban a pleno rendimiento. Kostas y el joven Martin Karlsson habían hecho un magnífico trabajo y se habían encargado de levantar un segundo invernadero en un tiempo récord. La situación en las ciudades keplerianas era acuciante y Emily les había pedido que aceleraran todo lo posible la producción. Caminó por el borde de uno de ellos hasta llegar a una de las entradas de las que disponía. Se asomó al umbral y sintió el

calor y la humedad que se respiraba en el interior. Lo que vio la dejó asombrada.

Nunca había estado en un lugar con tal cantidad de plantas y vegetales. Las había de todo tipo y tamaño, pero todas tenían una cosa en común que las diferenciaba de todo lo que había en el exterior: el color verde intenso de sus hojas. Respiró hondo y sintió el aroma de las plantas tomateras, de los pimientos verdes y de los guisantes. Aunque los vegetales nunca fueron de su agrado, había comenzado a apreciar su valor. La escasez y las dificultades por las que habían pasado habían conseguido que su olor le resultara delicioso y familiar. Alzó la vista y trató de buscar a alguien entre la pequeña selva de hojas, enredaderas y mangueras que mantenían las condiciones climáticas. Pronto detectó una figura que se movía entre los surcos a unos cuarenta metros de distancia.

—¡Emily! —gritó Kostas nada más verla—. Te hacía en la estación.

—Balakova y yo hemos pasado la noche aquí —le dijo.

—¡Ah, claro! Martin y yo hacemos la vida en el otro barracón —respondió él antes de señalar alrededor—. ¿Qué te parece lo que hemos conseguido en poco más de un mes?

—¡Es increíble! Habéis hecho un gran esfuerzo —felicitó.

—Todo está yendo mejor de lo esperado —reveló—. En un par de días comenzaremos a enviar las primeras cosechas a Kaphabir y Wiikhaadiiz ofiz. Liikmi ya se ha puesto en contacto conmigo para coordinar el reparto. Creo que saldremos de esta.

—No te haces a la idea de la alegría que me das —dijo Emily, con los nervios todavía a flor de piel.

—¡Ah! —siguió Kostas, acercándose a una de las enormes plantas tomateras que llegaban casi hasta los tres metros de altura—. Quiero que pruebes esto.

Kostas se agachó y seleccionó uno de los tomates con mejor aspecto. Lo arrancó y se lo tendió a Emily. Era de un color rojo intenso y el aroma que desprendía hizo que su boca salivara como si

no hubiera comido nada en dos días. Lo cogió y lo frotó con ambas manos para quitarle los restos de polvo y tierra que se acumulaban sobre las plantas. Dio un pequeño mordisco con sumo cuidado para evitar mancharse con el sabroso líquido de su interior.

Notó cómo sus pupilas se dilataban debido al dulzor y la madurez del tomate. Saboreó la deliciosa pulpa y masticó con avidez mientras cerraba los ojos para concentrarse en el estallido de sabor que llenaba su boca. La sensación la transportó a otra época, a un lugar a millones de kilómetros de allí. Cuando tragó, soltó un leve suspiro y miró a Kostas con una sonrisa de complicidad.

—Hacía mucho tiempo que no probaba algo tan auténtico y tan rico —dijo en apenas un susurro, saboreando todavía los restos del bocado.

Kostas se limitó a asentir y a disfrutar de la reacción de Emily; sobraban las palabras.

Más tarde, aunque con cuentagotas, fueron apareciendo el resto de los miembros de la expedición. Los primeros en llegar fueron los que se encontraban desperdigados por el planeta, Taro y Chad, que estaban colaborando con Liikmi y los Gaal-El en la recuperación de Khapabir; más tarde lo hicieron los cuatro militares, que habían viajado por las ciudades libres tratando de garantizar el orden por medio de la presencia de soldados humanos y, por último, a bordo de la Phoenix llegaron los que se encontraban en la estación espacial.

A Emily seguía sin gustarle la idea de que Paula viajara con ellos en una misión tan incierta, pero no hubo manera de que entrara en razón. Existían un montón de incógnitas sobre el funcionamiento de los viajes temporales que podrían impedir que el hijo de Paula creciera junto a su madre. Quizá tuvieran que permanecer durante años en la Tierra, o incluso quedarse atrapados allí. Durante las últimas semanas se le habían pasado muchas de ellas por la cabeza, pero ninguna había podido acabar con la determinación de la joven.

—Voy a ir con vosotros, le pese a quien le pese —le había dicho.

En el plano positivo, se llevó una grata sorpresa cuando vio que James caminaba bromeando al lado de Alberto, ya recuperado del encontronazo con la criatura alienígena que los sorprendió en el interior de su guarida. Sin poder evitarlo, sus ojos se clavaron en la pierna derecha del mexicano a medida que descendía por la rampa de la nave. Las prótesis robóticas eran algo habitual en la sociedad, pero Alberto había escogido no cubrirla con una capa de tejido imitación de la piel. Había preferido llevarla tal cual, como recordatorio de lo peligrosa y difícil que era la vida en Kepler-442b.

Nada más tomar tierra, Alberto le plantó dos besos en las mejillas, como era la costumbre de su país de origen.

—Me alegro mucho de verte —le dijo ella con sinceridad.

—Y yo de estar de vuelta —respondió el mexicano con una amplia sonrisa—. Los doctores y los sanitarios de la estación son grandes profesionales, pero prefiero regresar al lugar que me corresponde.

—No intentes engañarnos —bromeó James—. Te han dado el alta porque no aguantaban tus lloriqueos.

Alberto sonrió hasta mostrar sus molares de color dorado.

—¿Sabes que esta nueva pierna tiene diez veces la potencia de una humana? —le respondió con sorna—. Imagina dónde te puedo mandar de una patada en tu delicado trasero *aussie*.

—¿Qué tal te encuentras? —le preguntó ella.

—Listo para hacer historia —respondió con un brillo de determinación en los ojos.

Emily sonrió complacida y dirigió su mirada hacia la bodega de la Phoenix. Se dio cuenta de que faltaba gente. Para esa misión había decidido ampliar el equipo, por lo que pudieran necesitar en la Tierra.

—¿Y los demás?

—¿Te refieres a los tres enfermos de la tecnología? —preguntó James—. No se han querido separar de su nuevo amigo canijo.

James se refería a Virgil, el pequeño autómata insectoide que los había recibido en la base alienígena y que los acompañaría también en el viaje.

—Se han quedado en el crucero insectoide —aclaró Evelyn—. Creo que han hecho muy buenas migas con nuestro anfitrión. Cada hora que pasan juntos descubren una nueva tecnología que necesitan estudiar de inmediato. Me temo que será difícil sacarlos de ahí dentro durante las próximas dos décadas.

Emily suspiró contrariada. Pensaba que partirían todos juntos desde el planeta esa misma tarde. No contaba con que ellos quisieran viajar en el crucero alienígena.

—Pero tendremos que pasar a recogerlos —se quejó ella—. No hay instalaciones preparadas para el descanso en el crucero.

—Adeon nos ha dicho que podemos meter la Phoenix en el hangar del crucero si queremos.

—¿Podemos hacer eso? —preguntó ella.

—Sí —escuchó la voz de la IA—. El hangar principal del crucero está situado en la parte superior. Hay espacio suficiente para la Phoenix. Además, de esa manera podréis aprovechar la gravedad artificial del crucero.

—De acuerdo —aceptó sin poner más objeciones—. En ese caso, creo que estamos todos y ya podemos marcharnos.

Esperaron a que los que habían llegado desde otros lugares del planeta se dieran una ducha y metieron algo de material y provisiones de la base. Cuando Emily entró en el comedor del edificio principal para comprobar que lo dejaban todo en orden, reparó en una caja que había encima de la mesa. Estaba repleta de tomates maduros y a su lado había una nota que decía: «Cuidad de la Tierra. Buena suerte».

5
Despedida con honores

7 de julio del año 6

Base Magallanes, Kepler-442b

Todos, excepto los tres técnicos que se encontraban ya en la estación espacial alienígena, ocuparon su lugar en la cabina de la Phoenix. En cuanto Balakova y Huang se aseguraron de que todos tenían sus exotrajes en perfectas condiciones y anclados a los asientos de la nave comenzaron a preparar la maniobra de despegue. Sintieron el poderoso ronroneo de los motores bajo sus pies. Unos instantes después, el rugido se acrecentó y la nave se alzó por encima de la base mientras Emily se planteaba cuál era su verdadero hogar, el que dejaban atrás o al que llegarían en unas horas si el artefacto insectoide funcionaba tal y como esperaban.

Después de abandonar la atmósfera se dirigieron hacia el punto de menor distancia relativa entre el planeta y la estación espacial. Virgil y Adeon habían modificado la velocidad de giro de la estación alienígena para sincronizarla con la de Kepler-442b. De esa manera, todos los transportes serían lo más eficientes posible. Aun con todo, tal vez debido a la importancia de la misión, el viaje se hizo largo.

En cuanto se aproximaron a la superficie de la estación, las enormes puertas del hangar comenzaron a abrirse, dándoles la bienvenida.

—He abierto el hangar del crucero para que dejéis la nave en el interior —les dijo Adeon.

—Recibido —dijo Balakova, que maniobraba la Phoenix con mucha menos cautela que la última vez que estuvieron en esa misma situación.

—¿Dónde están Erik, Min y Lin? —preguntó Emily.

—Os esperan en el hangar del crucero —respondió la voz átona de Adeon—. La ceremonia dará comienzo en breve.

Balakova revisó varias veces el holograma que Adeon le mostraba para hacerse una idea de lo que les esperaba al final del enorme pozo que era el hangar. La figura del crucero insectoide apareció justo debajo de la Phoenix en cuanto la membrana que permitía la creación de una atmósfera interior se cerró sobre sus cabezas. Vio que las compuertas de la parte superior del crucero estaban también abiertas, esperando la llegada de la Phoenix. Cuando se encontraban a unos doscientos metros por encima de la nave alienígena, Balakova viró ciento ochenta grados para orientar la Phoenix en la misma dirección que el crucero y comenzó la maniobra de aproximación. Aunque había espacio de sobra en el interior y Adeon era el que se encargaba de casi todo, Balakova fue especialmente cauta para evitar cualquier problema que echara por tierra la maniobra.

Pronto sintieron el contacto con el suelo del hangar y las compuertas del crucero se cerraron sobre ellos. La escasa luz solar que atravesaba todavía la membrana desapareció por completo para dar paso a la tenue iluminación del interior. Se desprendieron de los exotrajes y descendieron de la Phoenix. Tal y como les había anunciado Adeon, tres figuras los esperaban en el hangar junto con otra mucho más pequeña.

—¡Bienvenidos de nuevo! —escucharon la voz alegre y vivaracha de Virgil, que daba muestras de su entusiasmo dando pequeños brincos y agitando sus minúsculas patitas.

—¿Puedes hablar sin tus artilugios? —preguntó Chad, extrañado por escuchar la voz del pequeño autómata.

—Hemos conseguido conectar las interfaces de comunicación de los insectoides con nuestro sistema de radio —explicó Erik con aire triunfante—. ¿No es increíble?

—Ya no tengo que utilizar nuestros amplificadores y puedo comunicarme con vosotros con total libertad —presumió el pequeño

haciendo un par de piruetas para demostrar que todo funcionaba según lo esperado.

—¿Está ya todo dispuesto para la ceremonia? —preguntó Emily al no ver al anciano.

—Sí, mi señor nos espera en sus aposentos —respondió Virgil, cuyo tono de voz se entristeció.

—Será mejor que no le hagamos esperar.

Virgil hizo un gesto que interpretaron como un asentimiento y se giró hacia una de las salidas del hangar. Lo siguieron por el laberinto de pasadizos y pozos que comunicaban la parte superior e inferior del crucero. Para sorpresa de Emily, a veces daba la impresión de que eran los tres técnicos humanos los que tomaban la iniciativa de llevarlos por un pasadizo u otro; habían pasado las últimas semanas investigando la nave y la tecnología insectoide y parecían haberse familiarizado con el laberinto que interconectaban las estancias.

En unos pocos minutos se encontraron en el enorme hangar de la estación. Atravesaron el gigantesco almacén y después bajaron hasta el nivel inferior. Aunque todavía se le notaba nervioso, Chad había aprendido a confiar en la tecnología alienígena y ya no era necesario que nadie lo esperara para lanzarse a los pozos gravitacionales.

—Mientras voy a interesarme por el estado del anciano —dijo Virgil señalando la zona con mobiliario habilitado para ellos—, podéis poneros cómodos en vuestras dependencias. En breve comenzaremos con la ceremonia, hemos preparado un pequeño refrigerio en honor de nuestro señor, como era tradición en nuestra sociedad para despedir a las personalidades.

Emily le agradeció su hospitalidad y notó cómo los rugidos de su estómago lo agradecían todavía más. Sintieron cómo la mesa en la que habían comido con anterioridad parecía más grande de lo normal, capaz de albergar a más comensales. Se sentaron alrededor de ella mientras esperaban noticias del anciano.

Aunque estaban solos en la estancia, nadie se atrevió a decir nada. No sabían en qué consistiría la ceremonia a la que habían sido

invitados antes de partir en su misión, pero suponían que sería algo importante, dada la situación del anciano como último individuo de una especie milenaria.

Con el silencio inundándolo todo, no tardaron en escuchar algunos sonidos que se acercaban poco a poco hasta su posición. De repente, una figura majestuosa apareció por la puerta de entrada. El anciano, ataviado con prendas de color plata que caían al vuelo entre sus extremidades, se acercó hacia ellos con paso lento y solemne. Aunque estaba claro que sus movimientos no eran demasiado fluidos debido a su avanzada edad, había algo en la manera en la que se desplazaba que emanaba un aura de nobleza y que demandaba el respeto de los demás.

Sin pensarlo dos veces, Emily se levantó de la silla e inclinó la cabeza en señal de respeto hacia su anfitrión. El resto la imitaron mientras el anciano se abría paso hasta la cabecera de la mesa, donde se colocó con majestuosa teatralidad. Llevaba una especie de capa colocada sobre la parte superior de su abdomen y diversas estolas en sus extremidades que se meneaban colgantes a medida que se situaba frente a ellos. Emily se fijó en el material del que estaban hechos. Lejos de parecer estar confeccionados a partir de simples trozos de tela, parecían seguir unos intrincados patrones que cambiaban aleatoriamente en función del ángulo en el que incidía la luz. Daba la impresión de que el tejido reaccionaba a lo que ocurría a su alrededor, como si respirara y latiera con vida propia. Recordó haber visto algo parecido en la habitación del anciano cuando lo conocieron.

Por detrás del anciano caminaba Virgil con paso comedido para no robarle protagonismo a su señor. Sin embargo, no fue el pequeño autómata el que llamó su atención, ya que otro de mayor tamaño flanqueaba al anciano por el otro lado. Emily recordaba bien a ese autómata. Su complexión era similar a la del insectoide, aunque era de menor tamaño y su presencia era menos majestuosa, más mundana. Las uniones entre su tórax, el abdomen y su cabeza estaban repletas de mangueras y cables de los que nacían todas sus extremidades. La última vez que habían coincidido en el mismo

lugar, ese autómata les había abierto el hangar que encontraron debajo del cráter, en Kepler-442b. El nombre que le habían dado resonaba en su mente como un eco de una época anterior: Vigilante.

No pudieron prestar demasiada atención al séquito del anciano, ya que este comenzó a agitarse en la cabecera de la mesa mientras dirigía su mirada a ambos lados para observar a sus invitados. Luego comenzó a emitir unos chasquidos rítmicos que no resultaban demasiado agradables de escuchar.

—Gracias a todos por venir a mi ceremonia de despedida —dijo el anciano a través de la traducción simultánea—. Significa mucho para nosotros teneros aquí y poder despedirme de la existencia rodeado de individuos con los que compartir este último paso.

Emily agachó la cabeza. Cuando Adeon le habló de esta ceremonia sospechó que se trataría de la despedida del anciano, pero todavía albergaba esperanzas de que fuera una simple formalidad por medio de la cual los insectoides ponían en marcha su estación espacial.

—El tiempo es solo una percepción subjetiva de la expansión de nuestro universo —continuó ceremonioso—. He experimentado todo tipo de emociones a lo largo del tiempo que se me ha concedido. He sido testigo del auge y la caída de nuestra civilización. He contemplado con horror cómo nuestro don era desperdiciado y retorcido con crueldad por los Khol para cometer graves crímenes contra la vida. Por fin puedo decir que he cumplido con el plan que la mente colmena trazó hace ya tantos milenios.

»Me voy de aquí con la certeza de haber hecho lo correcto y de concluir la época de nuestro dominio con orgullo y gran entereza. Pero no quiero que sientan tristeza por nosotros —añadió después, consciente de los lazos afectivos que trazaban sus interlocutores con sus semejantes—, pues la muerte no es más que un cambio en el estado de la materia. A diferencia de los humanos, nuestro espíritu permanecerá de manera atemporal formando parte de la conciencia de la colmena, junto a todos mis hermanos. Seguiremos vivos de

alguna forma, camuflados entre el tejido de la realidad para aquel que sea capaz de encontrarnos.

»Sin embargo, todo lo que comienza, tiene un final —continuó tras una breve pausa—, y nuestro epitafio coincidirá con el comienzo de una nueva era, una que esperemos sea mucho más exitosa. Su cometido será el de acallar para siempre todas esas voces, concluir el camino que mis antepasados comenzaron hace ya una eternidad. Asumimos nuestro destino con naturalidad, pero también nuestro fracaso, conscientes de que la situación en la que les dejamos no es la más deseable. Les pido perdón por ello.

El anciano guardó silencio, como si esperara que alguno de los representantes de la raza humana tuviera que aceptar su perdón. Sin embargo, nadie dijo nada y tan solo esperaron a que el anciano continuara con su sermón.

—Para acabar, les ofrezco una última comida antes de abandonar este lugar para siempre.

Los autómatas de Virgil volvieron a aparecer cargados con varios cuencos de comida. A simple vista parecía mucha más de la necesaria para alimentar a los que estaban allí, como si hubieran decidido servir todo lo que quedaba en la estación.

Ayudaron a colocar en la mesa la comida que les ofrecían los robots. Reconocieron los cubos gelatinosos que habían probado la primera vez, pero también había cosas nuevas. James husmeó con curiosidad unos palitos irregulares de color rojizo mientras Alberto, para el que todo era nuevo, examinaba unas pequeñas esferas amarillentas de aspecto poco apetecible. Había caldos humeantes y purés de color morado, también unos aros crujientes con un curioso olor que recordaba vagamente al del pollo frito.

Cuando colocaron todo alrededor de la mesa fueron conscientes de la cantidad de comida que había. Y aunque no era la de un restaurante de lujo, había cosas que, además de curiosas, tenían un aspecto bastante apetecible. Emily observó que el anciano tenía sus dos propios autómatas con comida específica para él. Miró de reojo los pequeños troncos anaranjados que colocaron justo delante de él;

también tenía unos cubitos gelatinosos, aunque los suyos eran de un color oscuro de aspecto desagradable. Supuso que todo lo demás eran los experimentos que Virgil había realizado a partir de las indicaciones de Adeon sobre la comida humana.

Sin tener muy claro el funcionamiento de la etiqueta que requería el momento, todos esperaron a que el anciano comenzara a comer. Paula tuvo que darle un codazo a James para evitar que se llevara uno de esos aros a la boca antes de tiempo. En cuanto el anciano empezó a roer uno de esos palitos de color naranja, el resto echó mano de lo que tenían más cerca.

El inesperado banquete transcurrió en silencio, aunque hubo un constante murmullo entre varios de los invitados que querían conocer las opiniones de los demás sobre uno u otro plato. A pesar de tener un aspecto tan extraño, Emily tuvo que reconocer que no hubo ningún plato que le desagradara. Las texturas y los sabores eran peculiares, pero agradables, y recordaban en cierta manera a algunos platos de la cocina humana.

Cuando todos hubieron satisfecho su apetito, y aunque todavía quedaba mucha comida en los cuencos, el anciano los miró con curiosidad.

—Espero que todo haya sido de su agrado —les dijo—. Para nosotros no es más que un mero trámite, pero sé que para ustedes es una especie de ritual social. Virgil ha incidido mucho en ese aspecto.

—Sí que lo ha sido —dijo Emily mirando al anciano para luego hacerle un gesto de complicidad al pequeño autómata que descansaba en el borde de la mesa, junto a su señor—. Estaba todo delicioso y ha sido una comida muy agradable.

—En ese caso —respondió el anciano, complacido—, creo que podemos abandonar este lugar.

Aunque no había utilizado una silla, el anciano estiró sus patas traseras y se incorporó. Todos se levantaron de sus asientos y le siguieron mientras los autómatas se las ingeniaban para recoger lo que había sobrado.

El anciano, con paso lento pero firme, los condujo por los pasillos hasta el pozo gravitatorio, donde se dejó arrastrar por el tirón ascendente en lugar de escalar por la pared como hicieron Virgil y el Vigilante. Cuando llegaron de vuelta al crucero, la rampa del lateral comenzó a abrirse, como si él mismo hubiera dado la orden en el momento preciso. Sin mediar palabra, la atravesó y desapareció en su interior.

El anciano esperó a que el resto lo siguieran y la rampa se cerró detrás de ellos. De inmediato sintieron un leve temblor en el suelo, que interpretaron como el encendido de los motores de la nave. Siguieron al anciano a través de otro laberinto de pasillos y pasajes. Tras unos minutos de travesía en los que perdieron la noción del tiempo y del espacio, llegaron a una amplia sala con unas protuberancias circulares en uno de los laterales. Una vez allí, el anciano se giró hacia ellos y realizó una profunda reverencia.

—Este es el final del trayecto —les dijo.

De repente, una gran esfera de pigmentos amarillentos ocupó la estancia y mostró la posición de la nave con respecto a la estación espacial y la estrella del sistema solar.

—¿Estamos en el espacio otra vez? —murmuró Chad, inquieto por no haber sentido la aceleración ni la ingravidez del espacio exterior.

—Nunca quisimos que las cosas acabaran de esta manera —continuó el anciano, ajeno al murmullo—. No creímos que nuestras acciones pudieran afectar a otra civilización de esta forma, les ruego que nos recuerden con benevolencia.

Sin previo aviso, algo comenzó a sisear en la pared, y de las protuberancias aparecieron unos bordes mientras una cápsula descendía desde allí hasta situarse en horizontal. La tapa opaca se levantó para descubrir un compartimento lo suficientemente grande para albergar al anciano en el interior.

—No tiene por qué hacer esto —dijo Emily en un último y espontáneo esfuerzo por evitar una muerte inútil—. Puede pasar lo

que le quede de vida en la superficie, junto con los nuestros. Le garantizo que no le ocurrirá nada.

El anciano la miró e inclinó el tórax.

—Agradezco su ofrecimiento —respondió—, pero he cumplido con dedicación mis objetivos. Es hora de que mi especie desaparezca de la realidad para recibir el descanso eterno. Ahora me reuniré con todos mis antepasados y podré por fin descansar en paz.

Apartó la mirada de sus acompañantes y utilizó uno de sus apéndices para retirarse una fina membrana bioluminiscente que llevaba adherida al tórax y que comenzó a disolverse en el aire, dejando tras de sí partículas flotantes, como si se tratara de esporas de luz buscando su lugar en el mundo.

—Mi memoria regresará al núcleo. Que el eco de mis errores no se repita —dijo con solemnidad.

El anciano se aproximó a la cápsula y se encaramó al borde. El Vigilante se acercó por el otro lado y ayudó a su señor a acomodarse en la cápsula. Tuvo que estirar del todo su abdomen para poder ocupar por completo el espacio interior. Una vez estuvo colocado, giró su cabeza hacia Emily.

—Les corresponde solo a ustedes dictar su destino —dijo con voz solemne—. Lamento que se hayan visto envueltos en esto, pero espero que entiendan que era la única manera de evitar la catástrofe que amenaza a toda la existencia. Tengan mucho cuidado y no confíen en nadie, las cosas a veces no son lo que parecen.

Justo al concluir esa frase tan críptica, una serie de tubos se acoplaron en torno al cuerpo del anciano y se entrelazaron formando una estructura de espiral alrededor de él. Emily vio cómo un líquido de color rojizo se insuflaba a través de las mangueras hasta penetrar en el cuerpo del insectoide, que apoyó su cabeza en la cápsula en busca de ese descanso eterno que tanto anhelaba. Para cuando el líquido acabó de inyectarse, el anciano ya se encontraba inerte en la cápsula, sus extremidades estaban relajadas y sus pares de ojos, inexpresivos. Todos sintieron la congoja con la que Virgil y el Vigilante despedían a su señor. Guardaron un silencio respetuoso

que se vio interrumpido por el nuevo siseo que provocó el cierre de la tapa de la cápsula.

Cuando esta se cerró, se colocó en posición horizontal sobre una especie de hueco circular que había dentro del propio espacio que había dejado la cápsula. Tras un ruido seco, la cápsula desapareció por completo y el holograma les mostró cómo un diminuto pigmento de color amarillento se separaba del crucero alienígena en dirección a la estrella del sistema solar. Unos instantes después, los pigmentos se tiñeron de un predominante color rojizo y la cápsula se unió a la inmensidad de la estrella.

Al desaparecer la cápsula, el crucero entero emitió una vibración grave y sostenida, como el lamento de una ballena en duelo. Las luces de la estancia cambiaron de tono, tornándose azules y después púrpura. Durante unos segundos, el tiempo pareció detenerse.

—Descansa en paz —murmuró Emily , solemne.

6
La infiltrada

7 de julio del año 6

Wiikhaadiiz ofiz, Kepler–442b

Narya entró a oscuras en la vivienda. Por suerte, la visión de los keplerianos era muy buena en esas condiciones y no necesitó de ninguna fuente de luz para poder posar su petate encima de la elegante mesa de madera que había en la estancia principal de la casa. Observó ese lugar tan extraño para ella. Acostumbrada a vivir a la intemperie desde hacía ya mucho tiempo, se le hacía extraño poder disfrutar de una casa tan grande y elegante para ella sola.

Yisht había movido algunos de los hilos que todavía conservaba para conseguir esa casa en el barrio rico de la ciudad. Al parecer, había pertenecido a una familia de gente importante a la que los negocios no le habían ido demasiado bien durante los últimos años. Habían vendido la vivienda a un antiguo colaborador del gobierno de la ciudad que todavía no había tomado posesión de ella y les había permitido ocuparla durante unos días. El lugar rezumaba lujo por los cuatro costados, a pesar de que los antiguos inquilinos se habían llevado consigo la mayoría de los ostentosos elementos decorativos que le daban la clase que se le presuponía.

Encontró una gran cama en la habitación principal. Se sentó en ella y comprobó con sorpresa lo cómoda que resultaba. «Tal vez no esté tan mal vivir unos días haciéndome pasar por todo eso que aborrezco», pensó. «Pero ten presente todo lo que has pasado para llegar hasta aquí. Detestas a la gente como la que vivía aquí», se recordó. Un bostezo casi involuntario surgió de sus entrañas; estaba cansada. Se tumbó en la cama sin siquiera deshacer la bolsa que había dejado en la mesa y giró la mirada hacia el armario que había a su lado. Alguien había dejado las puertas abiertas y vio que estaba

lleno de ropa de calidad, acorde a la vida del personaje que estaba a punto de interpretar. Yisht ya había pasado por la casa.

Cerró los ojos y, aunque el sueño la vencía por momentos, trató de repasar una vez más los datos de su nueva vida. En cuanto amaneciera sería Shuvee, la hija de una importante familia de Khapabir. Después de perder a su marido y a su hijo en la masacre de los Khol, había decidido empezar una nueva vida en otro lugar. Tenía que aparentar tener riquezas, pues esa sería la única manera de pasar desapercibida. Se le daba bien hacerse pasar por otra persona, no le costaría acostumbrarse a su nueva vida.

Se durmió pensando en el seguimiento de Iidriis que tendría que hacer. Iría pronto al mercado, más tarde pasaría por la exclusiva taberna en la que las mujeres de su estatus tomaban infusiones a media mañana para después comenzar una nueva jornada dedicadas a lo que cada una hiciera. Parecía una vida tranquila.

Se despertó hecha un ovillo horas más tarde, con los primeros rayos de luz asomando por la ventana. Se estiró somnolienta tratando de sacudirse el cansancio de sus doloridos músculos. Miró a su alrededor y se sintió perdida. Por mucho tiempo que pasara en esa casa, nunca se acostumbraría a vivir entre cuatro paredes. Se obligó a recordar que ese no era su lugar, ella era libre y, por lo tanto, tenía que vivir en libertad.

Se levantó de la cama y regresó a la estancia principal, donde había una lujosa chimenea y algunos utensilios para preparar comida. No parecían haber sido utilizados con asiduidad, supuso que sus antiguos inquilinos no eran muy duchos en las tareas del hogar. Registró los armarios en busca de algo que comer, pero no encontró gran cosa. Encendió el fuego y puso un poco de agua de su pellejo a calentar en una pequeña olla de hierro. Mientras esperaba a que se calentara, vertió el resto en la jofaina que encontró en una de las habitaciones. Observó las marcas de antiguas humedades del suelo y dedujo que los anteriores dueños habían tenido una bañera. Intuyó algo parecido con las marcas de la pared y la silueta de un

espejo. Si Yisht estaba en lo cierto y se habían arruinado, la venta de ambos utensilios les habría aportado bastante dinero en el mercado. No es que necesitara nada de eso, pero recordaba que su madre tenía un espejo cuando era pequeña. Solía ayudarla a lavarse mientras ambas se miraban a través de él. Había albergado la esperanza de poder ver su reflejo una vez más antes de concluir su misión.

Aunque estaba más limpia de lo que acostumbraba, se aseó con esmero una vez más. Yisht había insistido mucho en la cuestión higiénica. Si pretendía pasar por una mujer de la alta sociedad kepleriana, tenía que lavarse todas las mañanas y utilizar el perfume que llevaba en el fondo del petate. Una vez sintió que estaba limpia de verdad, sacó unas enaguas del armario y se las colocó mientras esperaba a que el agua hirviera.

Extrajo unas cuantas hojas de *ghozda*, la infusión similar al té que consumían los keplerianos con asiduidad, y las machacó antes de introducirlas en una tetera junto a una generosa cantidad de agua caliente. Mientras esperaba a que la infusión estuviera lista, cogió el vestido que se pondría para su primer día de misión. Era de color azul celeste, elegante pero sencillo a la vez. La idea era no llamar demasiado la atención. Se tomó la infusión antes de ponerse el vestido.

Luego, extrajo la pequeña cajita que le había entregado McNeil. Estaba fabricada con uno de esos extraños materiales oscuros y livianos que tanto solían utilizar los humanos. No era metálica, pero sí rígida y resistente. La abrió y observó lo que había en su interior, protegido por un material esponjoso y suave. Recogió el broche de color esmeralda y se lo colocó con cuidado en una de las solapas del vestido. Después sacó el pequeño botón y se lo introdujo en el interior de su oreja.

—¿Me oís bien? —preguntó.

—Alto y claro —escuchó una voz que le respondía desde el interior del botón.

—Buenos días, Khaavmi —saludó.

—Buenos días —le devolvió el antiguo capitán de la guardia de la ciudad—. McNeil te desea también buenos días, aunque no diga nada. ¿Has descansado?

—Sí, estoy ya preparada para empezar el día —respondió.

—La primera parada es el mercado —le recordó Khaavmi.

—Lo sé. —Su voz sonó resignada, como si asumiera que su vida se había reducido a hacer las tareas de una recadera cualquiera.

—Sé que no es el mejor de los trabajos —dijo él, comprensivo—, pero ninguno de nosotros podemos hacerlo.

—También lo sé. Llamaríais demasiado la atención —añadió—. Tranquilo, lo haré lo mejor que pueda. ¿Se ve bien la imagen?

Narya apartó los brazos de delante del broche recién colocado. En su interior había un micrófono y una cámara que les permitiría a los demás ver y oír lo mismo que ella.

—Sí, vemos bien. Está todo en orden —confirmó.

—De acuerdo, salgo de casa ya.

Apuró la taza de *ghozda* y recogió un elegante bolso de tela a juego con el vestido. Yisht le había proporcionado algo de dinero para afrontar los gastos típicos de una mujer de su nueva posición. Si necesitaba algo en el mercado o si tomaba un aperitivo en el mismo establecimiento que Iidriis, podría pagarlo sin problemas. Por último, extrajo un pequeño botecito de cristal de su petate y lo miró con curiosidad. «Este líquido cuesta más que un año de comida. ¡Qué desperdicio!», pensó al agitarlo.

Abrió la pequeña tapa y colocó dos dedos en el orificio antes de darle la vuelta y dejar que unas gotas se posaran sobre su piel. Después colocó los dedos sobre su cuello, primero en el lado izquierdo y después en el derecho. El aroma del perfume impregnó sus fosas nasales con trazas de jazmín y lavanda. Era suave, pero intenso a la vez. Aunque era lógico pensar que utilizaban los perfumes para llamar la atención, como símbolo de su estatus, las cosas no eran siempre tan superficiales como aparentaban ser. Por norma general, las mujeres de la alta sociedad utilizaban ese tipo de

aromas para enmascarar los olores que se encontraban a su alrededor.

Ya preparada para salir a la calle, lanzó un prolongado suspiro y modificó la expresión de su cara, sustituyendo la indiferencia y el hastío por una sonrisa amable y sofisticada, más acorde con Shuvee, el personaje que tenía que interpretar. La luz en el exterior era todavía escasa, pero suficiente para dar comienzo al día. Además, no era ella la que dictaba los horarios, sino Iidriis.

Caminó distraída, como si no tuviera un destino claro. Observó la actividad matutina de la ciudad. Keplerianos y keplerianas vestidos con elegancia salían de sus casas para ir a trabajar. Narya pasó delante de la vivienda de Iidriis sin hacer demasiado caso de lo que ocurría en el interior. Le llamó la atención un grupo de enormes *thaamnis* que peleaban en un callejón por un poco de comida, algo poco habitual en un barrio como ese. Aguardó unos minutos en una de las esquinas de la avenida en la que vivían, al abrigo de un gran árbol milenario. De vez en cuando miraba hacia el edificio de su objetivo, pero seguía sin percibir ningún movimiento.

La puerta de la casa se abrió unos minutos después. De ella salió una kepleriana de mediana edad con un elegante vestido púrpura y un sencillo tocado del mismo color. De inmediato giró el cuerpo para orientar el broche de su vestido hacia el objetivo, para que sus compañeros pudieran ver lo mismo que ella.

—Es ella —dijo Khaavmi—. Estate atenta y pon en práctica todo lo que hemos hablado. Mantente a cierta…

—No hace falta que vuelvas a soltarme todo el rollo —lo interrumpió entre dientes—. Sé lo que tengo que hacer.

Khaavmi guardó silencio y Narya se lo imaginó sonriente. Estaba cerca, al otro lado de la avenida, junto a McNeil, listos para intervenir si hiciera falta. Lo cierto es que, a pesar de la evidente diferencia de edad, el teniente tenía algo que la atraía intensamente. Era lo suficientemente duro como para haber sobrevivido a un prolongado cautiverio en la Torre del Vigía, pero era dulce y amable a la vez. Y eso a pesar de haber perdido a su hija tras negarse a

aplacar a unos manifestantes entre los que se encontraba ella. Su rival y actual superior había utilizado una fuerza excesiva para acabar con ellos. Khaavmi perdió sus galones y a su familia, y por algún motivo, eso le hacía mirarlo con otros ojos.

«¡No te distraigas!», se gritó a sí misma.

Iidriis pasó por delante de ella y continuó en dirección al mercado. Se puso en marcha dejando algo de distancia, lo suficiente para no ser descubierta, pero sin arriesgarse a perderla de vista. Caminó por entre la multitud de keplerianos que acudía al mercado para hacerse con el mejor género. Iidriis era la mujer del supuesto gran maestre de la Sexta Logia, motivo por el cual la vigilaban.

Al igual que ocurría en toda la ciudad, el mercado también tenía zonas para gente acomodada. Iidriis se dirigió al tramo de la avenida que ofrecía los productos de mayor calidad. Aunque había ciudadanos con servicio que se encargaba de realizar ese tipo de tareas, era habitual que fueran los propios señores los que realizaran todas las adquisiciones del hogar. Iidriis no disponía de ningún sirviente, así que supuso que la más que conocida paranoia de Yaaw les había empujado a no fiarse de nadie.

La kepleriana saludó a varios de los tenderos que exponían sus productos en puestos de madera. Por suerte, esa zona era tan exclusiva que la afluencia de clientes no era suficiente como para perder de vista al objetivo. Iidriis se detuvo en un puesto de verduras. Había gran cantidad de hortalizas de buen aspecto y tamaño y ella los miró por encima mientras la vendedora le contaba todas las bondades de su género. La situación en las ciudades era crítica, con muchos problemas para encontrar buenos alimentos. Sin embargo, los agricultores siempre reservaban sus mejores productos para aquellos que eran capaces de pagarlos. Narya dejó algo de distancia y se entretuvo en un puesto de prendas de cuero. Con un ojo en el objetivo, revisó distraída unos cinturones gruesos de varón y unos morrales.

—Es cuero de la mejor calidad —presumió el tendero, un kepleriano de avanzada edad que parecía tener muchos años de

experiencia—. Yo mismo me encargo de curtirlo.

Narya esbozó una tímida sonrisa, más preocupada por lo que ocurría en el puesto de al lado que por el género del comerciante. El experimentado curtidor le tendió un par de cinturones para que comprobara por sí misma el acabado. Ella lo hizo solo por mantener las apariencias, pero tuvo que reconocer que los productos de ese kepleriano eran de buena calidad. Le habría venido bien uno de sus morrales para sus viajes, pero se contuvo. Era extraño que una dama de la alta sociedad como ella comprara material más propio del trabajo en el campo o los viajes comerciales.

Iidriis se detuvo en el puesto de un comerciante de especias. Tenía gran variedad de polvos y semillas de muy diferentes colores distribuidos en pequeñas cestas que le daban al puesto una composición colorida y llamativa. Conversó con la dueña del establecimiento durante largo rato mientras le tendía diferentes tipos, de distintos colores y olores. Narya escuchó a McNeil darle instrucciones para que su broche captara la disposición de todas ellas. Sostenía que tal vez los colores y la disposición de las cestas podía tratarse de algún tipo de código. Tendrían que vigilar ese puesto durante los días siguientes.

Tras despedirse de la tendera, Iidriis compró algunos tomates de un vívido color morado y un generoso trozo de calabaza a la señora del puesto de al lado y continuó hacia los siguientes. Narya inclinó la cabeza, declinando la compra al artesano, y siguió a su objetivo entre los pocos clientes que eran capaces de pagar los precios de esa zona del mercado. Pasaron sin detenerse por un puesto de carne y otro de pescado hasta llegar al de un kepleriano que tenía su puesto dividido en dos. En una mitad tenía varias docenas de huevos de diferentes tamaños y colores; en la otra había varias aves desplumadas colgadas de un travesaño.

Narya decidió acercarse al puesto y aguardó justo detrás de Iidriis, que reparó en su presencia y le dedicó una amable sonrisa.

—Buenos días, señora Iidriis —le saludó él—. ¿Le pongo una docena, como de costumbre?

—Sí, por favor —respondió ella. Era evidente que era clienta habitual.

—¿Qué tal se encuentra su marido? —preguntó, provocando que Narya se envarara al escuchar la indiscreción del comerciante—. Hace mucho que no le veo por el mercado.

—Está muy ocupado viajando de aquí para allá —respondió ella con una leve sonrisa—. Los negocios no le dan tregua, me temo.

—Es una época convulsa, supongo —reconoció el tendero—. Con todo lo que ha ocurrido y esos humanos tratando de manejar la situación.

Ella se limitó a sonreír mientras él seleccionaba doce huevos y los metía con cuidado en una pequeña bolsa de tela para que no se rompieran al transportarlos. La conversación acabó y Narya le compró media docena de huevos al señor para guardar las apariencias. Sin despistarse de su verdadero objetivo, caminó detrás de Iidriis, que recorrió el resto de los puestos sin hacer ninguna compra más.

Unos minutos después, la kepleriana regresó por donde había venido con sus compras para desaparecer nuevamente en el interior de su casa.

—¿Habéis visto algo que os haya llamado la atención? —preguntó ella.

—Yo no —respondió Khaavmi—. Y a juzgar por el silencio de McNeil, diría que él tampoco.

—Parece una escena normal y corriente de alguien que vive sola y que compra comida en el mercado. No he visto nada extraño.

—Vuelve a casa y descansa —le dijo Khaavmi—. En un par de horas te desplazas a la pequeña taberna en la que suele tomarse la infusión.

—De acuerdo —dijo ella, que se agitó incómoda—. Me muero de ganas de quitarme este vestido.

—Es una pena —le dijo él—. Te queda muy bien.

El comentario del teniente la hizo ruborizarse. Alzó la vista para tratar de encontrar el dron que las había seguido durante toda la vigilancia. No estaba acostumbrada a vestir ese tipo de ropas, por lo que se veía extraña, aunque tenía que reconocer que el vestido era muy bonito y le quedaba como un guante. Sin entretenerse más tiempo, regresó a su hogar y se lo quitó con cuidado.

Tras almorzar un par de huevos, volvió a ponerse el vestido y se dispuso a salir de casa una vez más. Para evitar levantar las sospechas de Iidriis, en esa ocasión ella llegaría antes al establecimiento donde todas las mañanas se tomaba su infusión de *ghozda*. Se trataba de un local muy elegante, cercano al edificio del gobierno donde Yisht había trabajado bajo la sombra de Khikhya durante tantos años. Estaba construido con maderas de gran calidad y una gran vidriera de vivos colores e intrincado diseño que permitía que la luz pasara sin que los transeúntes pudieran ver el interior.

Narya entró y buscó una mesa desde la que poder observar a la mujer de Yaaw sin que esta se diera cuenta. Yisht le había explicado que Iidriis siempre se sentaba en el mismo lugar, por lo que supo dónde colocarse para tener un buen ángulo de visión. Era una taberna grande, con mucha clase; nada que ver con los tugurios cercanos al cuartel de la ciudad donde Khaavmi acostumbraba a ahogar las penas en el fondo de una jarra.

Se sentó a la mesa y aguardó con paciencia a ser atendida. Pronto se aproximó uno de los dos jóvenes camareros que trabajaban en el local. Vestían de manera elegante, acorde con el barrio en el que se encontraban. Narya pidió una infusión de menta y aguardó a que el hombre de la barra la preparara. Pagó unas monedas al camarero por el servicio y esperó a que se enfriara la bebida antes de dar su primer sorbo.

Unos minutos más tarde entró Iidriis y se sentó en la misma mesa que todos los días. Sin intercambiar una sola palabra con los camareros o el barman, este le preparó su infusión. Narya observó con atención el proceso. Parecían hojas de *ghozda* negro, famoso

por ser de la mejor calidad y que estaba al alcance de muy pocos bolsillos. El proceso, sin embargo, era muy similar al de la menta que había comenzado a paladear. Agua caliente, las hojas machacadas y un edulcorante natural para suavizar los matices de la infusión. La observó en la distancia sin apartar la mirada de todo lo que ocurría a su alrededor. Nada parecía fuera de lugar, nada resultaba sospechoso. Narya bebía a sorbos pequeños para alargar todo lo posible su estancia sin levantar sospechas.

Sin embargo, no ocurrió nada durante todo ese rato. Nadie se acercó a ella, que acabó su bebida, pagó al camarero y se marchó de la misma manera que había llegado. Narya suspiró y salió detrás. Supuso que entraría en el comedor social donde repartía raciones de comida entre los más necesitados. La siguió a cierta distancia y comprobó que así era. Pasó de largo y continuó por la avenida para después dar la vuelta y regresar a su vivienda por otro camino.

Cuando se quitó el vestido, y tras hablar con sus compañeros, tuvo la extraña sensación de estar perdiendo el tiempo. Fuera cual fuera la manera que utilizaba para comunicarse con su marido, sería muy complicado encontrarla. Nada de lo que habían visto y oído les daba una mínima pista de dónde podrían encontrar a Yaaw para llevarlo ante la justicia.

7
Viaje al pasado

7 de julio del año 6

Crucero insectoide, inmediaciones de Kepler-442b

Todos guardaron silencio mientras dedicaban un sentido homenaje al anciano, el último de su especie. Aquel que había prolongado su vida mucho más allá de lo natural para darles a ellos la oportunidad de evitar que el tejido que componía el Universo fuera destruido por la temeridad de los Khol.

Emily observó a Virgil y al Vigilante, encogidos de dolor al verse un poco más vacíos y solos. Con el anciano se había ido algo más que un individuo, se había puesto fin a una dinastía que se había prolongado durante milenios y que nunca volvería. Y, aunque su forma de entender el afecto no era equiparable a la de los humanos, supo que habían perdido un porcentaje muy importante de lo que quedaba de su colmena, a la única mente biológica que formaba ese extraño grupo de cuatro individuos.

Nadie se movió durante los siguientes cinco minutos, esperaron con educación y respeto a que los dos autómatas tomaran la iniciativa. Fue Virgil el primero en girarse y dejar de mirar el hueco que la cápsula había dejado al abandonar la nave.

—Creo que podemos ponernos en marcha —dijo con voz triste y apagada, como si el vacío del anciano fuera imposible de soportar.

El Vigilante se giró y se puso delante del grupo. Hizo una reverencia y se presentó.

—Estoy seguro de que algunos me recordáis —dijo—. Yo fui quién se encargó de permitiros el paso a través de las instalaciones de debajo del cráter, al norte de vuestra base.

—Te recordamos —confirmó Ferrara—. Lamento haber intentado dispararte.

—No hay problema —respondió él con una leve inclinación de cabeza.

—¿Cómo te llamas? —preguntó James con curiosidad.

—Nosotros no tenemos un nombre como los humanos —recordó el autómata—. Pero Emily me llamó Vigilante una vez, podéis hacer vosotros lo mismo, si así lo deseáis.

—¿Vas a venir con nosotros?

—Sí, si me lo permitís —inclinó de nuevo su tórax—. Nada me une ya a este sistema solar, y creo que puedo seros de utilidad llegado el momento.

—Eres más que bienvenido aquí, junto con Virgil y Adeon —confirmó Emily, sintiendo una repentina empatía por la soledad del autómata—. Lamento mucho vuestra pérdida, no soy capaz de imaginar lo que estaréis sintiendo.

—Nuestro duelo es diferente al vuestro —explicó el Vigilante—, pero su partida ha supuesto el final de una época. Nuestro tiempo ya pasó, aunque podemos ayudaros a comenzar el vuestro.

—Será un honor teneros a bordo —respondió Emily con una leve inclinación de cabeza, a lo que ambos autómatas asintieron en señal de agradecimiento.

—Bien, será mejor que comencemos con el proceso —dijo Virgil —. Tardaremos algunos días en tenerlo todo dispuesto.

El pequeño se separó del grupo y les hizo señas para que lo acompañaran. Cruzaron de nuevo la nave hasta llegar a un lugar que les resultó muy familiar, una sala circular en la que ya habían estado antes. Estaba provista de varios interfaces de comunicación como los que Emily utilizó para controlar la nave cuando la encontraron en el tercer continente del planeta. Virgil y el Vigilante se colocaron en una de las zonas libres e hicieron gestos para que se situaran en posición.

—Estas interfaces os permitirán comunicaros tanto con el crucero como con la estación espacial o con cualquiera de nosotros —explicó —. Su utilización es intuitiva y natural para los insectoides, pero sabemos que para un humano puede resultar muy extraño debido a la poca predisposición de vuestra especie a la comunicación mediante ondas eléctricas. Vigilante ha preparado una especie de tutorial para que podáis comenzar a acostumbraros. Pero, al menos por el momento, recomendamos que sea Emily la que se encargue de dar las instrucciones pertinentes a todos los sistemas de las naves.

Emily dio un paso al frente y se colocó justo debajo de uno de los artilugios. Vigilante la ayudó a introducir los brazos dentro de los cilindros de metal y le acercó esa especie de casco que se ponía sobre la cabeza. De inmediato sintió la presencia de un gran número de entidades. Reconoció sin problema a las más cercanas, Virgil y el Vigilante, que permanecían a su lado. Se fijó después en todas las demás, las que pertenecían a cada uno de los sistemas que controlaban el crucero insectoide. Sin embargo, había más, muchos más.

—Esto está… lleno —murmuró—. Resulta abrumador.

Recorrió con la mente todos los rincones que era capaz de escudriñar desde su posición. A cierta distancia, aunque sintió que podía tocarlas, detectó unas cuantas presencias más. Supo que se trataba de la estación espacial, preparada para llevar a cabo todo lo que pidiera. Pero sentía que había una presencia mucho más grande y abrumadora que las demás, que las abarcaba a todas y las rodeaba como si fuera un gran manto carmesí. Supo que esa presencia era la conciencia de Adeon, y que podía comunicarse con él de forma instantánea a pesar de que millones de kilómetros los separaban de la Asimov.

—¿Qué se supone que debo hacer? —preguntó en voz alta.

—Lo primero, es alejarnos de este sistema solar —explicó Virgil con entusiasmo—. No queremos que cualquier problema que nos encontremos acabe por destruir todo lo que hay en él.

—Creía que era un sistema seguro —intervino Chad, al que las palabras del autómata no parecieron convencerlo.

—Y lo es —aseguró el pequeño con algo parecido a una risita—, pero nunca está de más ser precavidos.

—¿Cómo le indico a la estación que se aleje hasta un lugar seguro? —preguntó Emily.

—Solo tienes que visualizarlo en tu mente —respondió Virgil—. Los sistemas de la estación, al igual que los de este crucero, obedecerán lo que les muestres mediante tu mente.

Emily comenzó a visualizar lo que quería y, aunque no tenía muy clara la distancia de seguridad necesaria para tener unas mínimas garantías, varias de las voces que comenzó a escuchar con total claridad le resolvieron todas las dudas necesarias.

—Este es el punto aproximado al que deberíamos desplazarnos —dijo el sistema de navegación de la estación espacial mientras se formaban en la imaginación de Emily las estructuras que entraban en juego dentro de los cálculos—. Aunque pueda parecer poca distancia, debemos tener en cuenta que la estación dejará de acelerar, pero al movernos en dirección contraria al movimiento de traslación que este sistema solar tiene contra el grupo local de galaxias vecinas, seguiremos alejándonos poco a poco de él.

—Entendido —pensó Emily—. Pero, aun así, es una larga distancia. ¿Cuánto tiempo necesitaremos para cubrirla?

—Dos semanas aproximadamente —respondió el sistema de navegación.

Emily lanzó un silbido. No había tenido en cuenta que debían separarse tanto del sistema solar para evitar problemas que afectaran a la Asimov y al planeta.

—¿Qué velocidad alcanzaremos? —preguntó.

—La velocidad máxima a la que nuestras naves son capaces de moverse equivale al noventa y dos por ciento de la velocidad de la luz.

—¿No tardaríamos meses en alcanzar esa velocidad?

—No, nuestros sistemas gravitatorios nos permiten contrarrestar el tirón de la aceleración —explicó el sistema gravitacional de la nave —. A diferencia de las naves humanas, no es necesario que tengamos en cuenta los límites estructurales en el interior de nuestros transportes.

—Eso parece muy conveniente —agradeció ella.

—Conviene destacar que, mientras dure el traslado hasta ese punto, no debéis utilizar vuestra nave en ningún momento, ya que notaríais algún tipo de *blueshift* o corrimiento al color azul. Vuestro campo de visión se deformaría debido a las altas velocidades, lo que podría ocasionaros mareos y vómitos. Os recomiendo encarecidamente que solo os mováis por la nave.

—De acuerdo —respondió Emily, consciente de los efectos que acercarse a la velocidad de la luz causaría sobre su percepción del exterior.

Según la teoría de la relatividad especial, todo aquello que no viajara a la misma velocidad que ellos experimentaría una serie de deformaciones y efectos que modificarían su percepción. La visión humana está basada en la reacción de los fotorreceptores que existen en las retinas a los fotones que viajan desde las fuentes de luz externas. Viajar a la velocidad de la luz provocaría que esos fotones incidieran en los órganos visuales de una manera diferente a la acostumbrada, lo que provocaría unos efectos extraños en su visión.

Casi de forma inconsciente, Emily dio las órdenes pertinentes para que tanto la estación espacial como el crucero los llevaran a la máxima velocidad posible hasta el punto que Adeon y el sistema de navegación de la estación habían anotado como seguro. Sin embargo, antes de que el sistema de motores recibiera la confirmación, Emily pidió a la IA que avisara a la capitana Mei y al almirante Bauer de las condiciones en las que se iba a realizar la operación. Lo último que quería era que la tripulación de la Asimov se asustara al contemplar la repentina desaparición de lo que, hasta hacía no demasiado, habían creído que era un planeta pequeño.

Una vez confirmado que Adeon había comunicado su intención de alejarse, los sistemas de la nave comenzaron a aumentar su rumor hasta convertirse en un poderoso rugido mantenido.

—¿Ya nos estamos moviendo? —preguntó Chad, extrañado por no notar nada en absoluto.

Emily les explicó las condiciones del viaje y todo lo que había sacado en claro de sus conversaciones con los sistemas de la nave. Miró a Balakova y Huang con especial intención cuando se refirió a la recomendación de no manipular la Phoenix mientras viajaban a tanta velocidad.

Pasaron las dos semanas visitando todos los recovecos del crucero insectoide. Aunque la nave era realmente fantástica y avanzada, no estaba preparada para albergar a un grupo de humanos en su interior. Al parecer, casi ninguna de las especies insectoides dormía como lo hacían ellos, aunque necesitaban descansar. Lo hacían en unos enormes barracones que se asemejaban más a las zonas seguras de un hormiguero o una colmena. En vista de las incomodidades del crucero, decidieron pasar las noches en la Phoenix, cada uno en la intimidad de su camarote.

Erik, Min y Lin alternaron su tiempo investigando la tecnología insectoide con Virgil y Vigilante y explicando a los demás cómo funcionaban algunos sistemas que la humanidad estaba todavía a siglos de conseguir. Pero, aunque eran muchos los sitios que visitar en el crucero, resultó bastante aburrido para todo aquel que no fuera ingeniero. Paula se unió al pequeño grupo de ingenieros cuando comenzaron a revisar los sistemas de comunicaciones.

Chad, Taro, James, Alberto y Evelyn pasearon por la nave sin demasiado entusiasmo. Para ellos, todas las estancias, pasillos y salas de control parecían iguales. Fue al tercer día cuando Evelyn sugirió que podían jugar al juego que aprendió de Shiishyi cuando pasaron una temporada en la cabaña de sus abuelos. Las reglas eran sencillas, y solo necesitaban un puñado de cuentas que

sustituyeron por unos tornillos y tuercas de repuesto que encontraron en el almacén de la Phoenix.

Los cuatro militares de la expedición se dedicaron a revisar posibles puntos débiles de la nave y a comprobar el equipo y el armamento que llevaban a bordo de la Phoenix. Gracias a Adeon, consiguieron piratear los sistemas de identificación y generaron un nuevo número de serie con el que poder identificarse cuando estuvieran de vuelta en la Tierra. Al viajar al pasado, los sistemas de control de tráfico aéreo no dispondrían de la información legal de una nave que se construiría algunos años después, por lo que debían de tener en cuenta ese tipo de detalles para evitar llamar demasiado la atención y acabar la misión antes incluso de empezar.

—Tendré que introducirme en algunos sistemas de seguridad para dar de alta los nuevos datos de la Phoenix —les había dicho.

Y aunque a Robert no le hacía mucha gracia que Adeon tuviera que saltarse algunas reglas, no dijo nada, ya que era consciente de que pasar desapercibidos era primordial para cumplir los objetivos de la misión. En cuanto atravesaran el agujero de gusano se convertirían en una suerte de proscritos de la justicia, un grupo de personas en un limbo legal que tendrían que evitar ser descubiertos por las autoridades para que nadie hiciera demasiadas preguntas. Confiaba en que ese fuera el único delito que tuvieran que cometer, aunque algo le decía que no lo sería, ni siquiera el más grave.

Emily aprovechó el viaje para mejorar su pericia con la interfaz de comunicación de la nave. Aprendió que, al no estar su cerebro acostumbrado a emitir ondas eléctricas, resultaba muy complicado comunicarse con ella a distancia, por lo que tanto unos como otros necesitaban esa especie de amplificador. Sin esa interfaz, todo lo que Eon había conseguido en el pasado era provocarle unas horribles y recurrentes pesadillas.

Una de las consecuencias positivas del largo trayecto fue que la relación entre Robert y Emily mejoró un poco. Sin distracciones externas, la tensión se rebajó hasta casi recuperar la situación

anterior y compartieron algunos momentos de relax. Pero ninguno quiso hablar abiertamente de cómo estaban las cosas.

Tras muchos días de viaje, por fin llegaron a la zona segura.

—Hemos llegado —advirtió el sistema de navegación.

—Ya lo veo —respondió Emily al comprobar la posición de la estación y del crucero con respecto del sistema solar—. Adeon, avisa a los demás, quiero que estén aquí para presenciar el proceso.

Media hora más tarde aparecieron todos en la sala de control, donde los esperaba Emily, junto con Virgil y el Vigilante, dispuestos a dar comienzo al proceso.

—¿Hemos llegado por fin? —preguntó Chad, ansioso por regresar a la Tierra.

—Sí, estamos en posición —informó ella—. Quiero que vivamos juntos este momento. Creo que es emocionante. Tal vez no seamos los primeros seres humanos en realizar un viaje temporal —continuó, en referencia a los miembros de la expedición que saltaron hacia atrás en el tiempo y destruyeron su propia línea temporal—, pero sé que se trata de un hito importante en la vida de todos nosotros. Nunca pensamos que volveríamos a nuestro verdadero hogar, el lugar del que todos partimos con el corazón en un puño y una mochila cargada de esperanzas y sueños. Sin esperarlo, esta nueva vida nos trae la oportunidad de regresar a nuestra querida Tierra, aunque solo sea por un tiempo definido.

»No quiero engañaros, no sé lo que nos encontraremos a nuestra llegada. Tal vez tengamos que hacer cosas que nunca pensamos. Tendremos que ser como sombras, pasar desapercibidos sin que nadie repare en nosotros, ocultarnos de todo aquello que pueda cambiar el curso de la historia. Sé que será difícil para todos, pero os pido encarecidamente que mantengáis la cabeza fría. No podemos dejar que nuestras antiguas vidas nos empujen a hacer cosas que nos pongan en peligro. Los que nos encontraremos al otro lado del agujero de gusano no seremos nosotros, no serán nuestros amigos ni nuestras familias, sino que serán las de otras personas, aquellas que dejamos de ser hace cientos de años.

Emily volvió a colocarse los aparejos y se concentró en todas las conciencias que la rodeaban. Se transportó mentalmente al interior de la estación espacial y se concentró en el sistema de control del núcleo. Una enorme esfera de color azul se formó en el centro de la estancia y les mostró la forma esférica de la estación junto al minúsculo pigmento que representaba el crucero alienígena.

—Hemos tomado precauciones para alejarnos del planeta, y lo entiendo —dijo James—. Pero ¿qué nos pasará a nosotros si ese maldito trasto tiene un problema?

—Que nuestras moléculas serán testigo de cómo se forma un nuevo universo —murmuró Chad, visiblemente tenso.

Las imágenes holográficas comenzaron a sacudirse. El plano se centró en la inmensa estación espacial. El polvo que la recubría saltó por los aires formando una fina capa que rodeó la esfera a cientos de kilómetros de distancia vibrando con un pulso invisible, como si fuera un manto que se agitara con el viento. De repente, la estructura que formaba la esfera comenzó a separarse en miles de secciones que se volvieron a unir de inmediato formando tres anillos concéntricos de diferentes tamaños. Las nuevas estructuras comenzaron a girar al tiempo que los cañones de pulsos electromagnéticos evitaban que los dos núcleos de neutrones y antineutrones del centro de la esfera se fusionaran generando una cantidad de energía jamás vista por el ser humano.

Un potente haz de luz se generó en el centro del núcleo y, por un momento, pensaron que algo había salido mal y que todo se iba al traste. Emily habría podido cortar con un cuchillo la tensión que se respiraba en el interior de la estancia. Escuchaba los latidos de su corazón golpeando con fuerza en su pecho con tal claridad que habría podido medirse las pulsaciones por minuto sin más ayuda que su propia mente. Sintió que todos a su alrededor contenían la respiración. Incluso pudo percibir cómo los sistemas del crucero espacial y los dos autómatas contemplaban con ciertas reservas el proceso de creación del agujero de gusano.

—Creía que no lo contábamos —murmuró Chad cuando los anillos se estabilizaron en sus órbitas.

La masa de antineutrones comenzó a ser absorbida por los anillos exteriores, que seguían girando en tres ejes diferentes a tanta velocidad que era casi imposible verlos en la imagen holográfica. Todo el polvo en suspensión que se había acumulado alrededor de la esfera se alineó con los tres anillos y comenzó a girar a la misma velocidad, dando la impresión de que hubiera seis anillos en lugar de tres.

En un periodo de tiempo indeterminado, que resultó demasiado largo para todos, el núcleo de neutrones comenzó a colapsar sobre su centro de gravedad. Una gigantesca anomalía comenzó a crecer en su interior, como si la estación se estuviera convirtiendo en un gigantesco óvulo espacial. Una profunda oscuridad surgió de la nada y se expandió poco a poco hasta ocupar todo el vacío que había en el interior de la esfera. Aunque aguantaron la respiración al contemplar el nacimiento de una criatura que podría acabar con ellos sin pestañear, la estación insectoide parecía aplacar sus ansias destructivas por medio de los potentes campos electromagnéticos que seguían surgiendo de los cañones.

—Creo que ya hemos pasado el momento más crítico —añadió Chad, que no paraba de hablar, como si escuchar su voz pudiera calmarle los nervios.

Un halo de luz brillante y anaranjada surgió del interior de la oscuridad y se trasladó a la superficie de la esfera. Aunque estaban sin duda frente a uno de los grandes peligros del universo, la percepción del disco de acreción estaba distorsionada por la acción de los anillos, que no disminuían ni un ápice su velocidad angular.

—Ya ha acabado la primera parte del proceso —explicó Chad—. Y ahora, ¿qué es lo que hay que hacer?

—Ahora será necesario decidir el destino espacio-temporal para que los anillos se alineen como corresponde —respondió Adeon, tiñendo el holograma de color rojo—. La velocidad de giro en un eje especificará la distancia, y, en el otro, el momento temporal.

—Podríamos visitar la Tierra cuando los dinosaurios campaban a sus anchas por la superficie, hace millones de años —sugirió Chad—. O tal vez viajar a la época de los romanos. O los egipcios —añadió con entusiasmo.

El sistema de control del núcleo preguntó a Emily cuál era el destino que quería seleccionar. Ella visualizó la maravillosa esfera azul que una vez había sido su hogar. De inmediato, los anillos modificaron su ángulo de giro para conseguir que la esfera del interior comenzara a girar en el sentido adecuado. La estación espacial se colocó de tal manera que la línea perpendicular que surgía del centro del agujero negro se alineó con el sistema solar de la Tierra. Cuando concluyó el proceso, el sistema de control de núcleo preguntó sobre la época a la que deseaban viajar.

—¿Sabéis lo que estaría muy bien? —continuó Chad con su insoportable verborrea—. Ver la situación de la Tierra después de que el proyecto Atlas concluyera sus trabajos. ¿No os gustaría saber si la humanidad lo consiguió?

—¿Quieres callarte? —murmuró Taro, irritado.

Emily visualizó la Tierra en la época en la que recordaba la visita de los extraños a su casa, pero, sin darse cuenta, la pregunta que había formulado Chad quedó flotando en su mente, como una mosca de la que era difícil librarse. Trató de concentrarse en su pensamiento original y los anillos comenzaron a desplazarse en la dirección deseada.

Aunque todo pareció ir bien, a Emily le dio la sensación de que los anillos se detuvieron durante unos instantes y aumentaron la capacidad de giro. Fue solo un instante, pero le dio la impresión de que algo había ocurrido. De cualquier manera, los anillos aceleraron ostensiblemente su rotación hasta casi alinearse y desaparecer de la vista. El agujero negro comenzó a rotar en dos ejes de forma simultánea hasta aplanarse por el centro. Las potentes corrientes electromagnéticas comenzaron a atravesar el centro de la anomalía formando una especie de rosquilla que adoptó una forma totalmente redondeada.

El disco de acreción del agujero negro se desdobló y comenzó a aparecer en la cara interior del oscuro anillo que acababa de crearse en el centro de la estación. Aun con todo, la percepción de la luz que emanaba el agujero toroidal seguía viéndose distorsionada por la acción de los campos electromagnéticos que continuaban manteniendo la estructura estable. En el centro de la anomalía ya no había oscuridad, sino la profundidad del espacio. Lejos, a millones de kilómetros de distancia, se intuía una estrella cuyo brillo y tono resultaban muy familiares.

—¡Por todas las estrellas del firmamento! —murmuró Chad a pesar de la última bronca con Taro—. Acabamos de crear un agujero de gusano.

Emily sintió cómo los sistemas de la estación daban por finalizado el proceso.

—Podemos avanzar —dijo en voz alta.

8
El agujero de gusano

2 de octubre del año 6

Espacio exterior

Tras unos instantes de desconcierto, solo interrumpidos por el incesante parloteo de Chad, cuyo nerviosismo no era más que un reflejo de lo que sentían todos en ese instante, miraron el holograma con expectación. En el centro de la imagen, los anillos continuaban girando incansables en un bucle infinito que mantenía bajo control la anomalía con forma toroidal que se alojaba en su interior.

—¿Ya está? —preguntó James—. ¿Si cruzamos por el interior de esa especie de donut apareceremos en nuestro sistema solar?

—Eso parece —aseguró Alberto sin mucha convicción.

—Y estamos convencidos de que es seguro, ¿verdad?

Nadie respondió. Ninguno tenía experiencia en ese campo y no fueron capaces de responder a la pregunta con seguridad. James acababa de verbalizar el sentimiento generalizado que se extendía entre los presentes. ¿Estaban seguros de que el agujero negro no colapsaría a su paso y acabarían siendo atraídos irremediablemente hacia el oscuro anillo que delimitaba la entrada del puente de Einstein-Rosen?

—Supongo que solo hay una manera de averiguarlo —dijo Ferrara, que clavó su mirada en Emily, que permanecía en silencio con la interfaz de comunicación insectoide sobre su cabeza y extremidades.

Emily percibió la seguridad en el proceso que le transmitían los sistemas de la estación espacial. El agujero negro con forma de anillo se había creado con el ángulo y las rotaciones deseadas, era estable y permitía el tránsito a través de su punto central.

—Vamos allá —dijo Emily en alto mientras ordenaba a los sistemas de energía, motores y navegación del crucero que aceleraran con rumbo al agujero de gusano.

El silencio de sus compañeros dio paso al ronroneo de los motores del crucero, cuyo pigmento comenzó a moverse hacia la anomalía en el holograma. Fueron unos momentos muy tensos. Emily notó cómo sus compañeros mantenían la respiración mientras su pierna izquierda cobraba vida. Cualquier fallo energético o en uno solo de los cañones que controlaban la estructura provocaría el colapso de la anomalía y la destrucción inmediata de todo lo que hubiera dentro de la nave alienígena.

El crucero se aproximó al borde de la anomalía que los transportaría de forma instantánea a otro punto de la galaxia. Todos clavaron la mirada en el minúsculo pigmento que se movía en línea recta cuando llegó al punto central. Los corazones se agitaron y los pulsos se aceleraron mientras el pigmento cruzaba hacia el otro lado de la estructura toroidal. Un coro de suspiros de alivio se desató en cuanto el minúsculo punto apareció en el otro lado de la anomalía. Un nuevo horizonte se dibujaba en la parte delantera de la nave.

De repente, Emily sintió que algo no iba bien. El sistema de control del núcleo de la estación espacial informó de que había algo extraño en su funcionamiento. La estructura que mantenía el anillo en su lugar comenzó a temblar en el holograma. Antes de que Emily pudiera preguntar qué ocurría, varias de las conciencias con las que se comunicaba desaparecieron como por arte de magia. Dio un respingo que todos percibieron al ver desaparecer la estación espacial del holograma.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Chad.

—¿Es normal que desaparezca el agujero de gusano? —preguntó Alberto, que no había presenciado la simulación el día que hablaron con el anciano por primera vez.

—No lo sé —reconoció Taro, girando su cabeza hacia Emily—. Pero creo que algo va mal.

Emily buscó en su mente cualquier rastro de los sistemas de la estación. Percibió la presencia de todo lo que la rodeaba. Los sistemas de control del crucero continuaban ahí, pero no había ni rastro de sus compañeros de la estación. Tampoco percibió la enorme presencia de Adeon.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a los sistemas de navegación y sensores del crucero.

—No… no lo sabemos —respondieron tras unos primeros segundos de confusión. Parecían tan asombrados como ella.

—¿Dónde están los demás?

—Parece que han desaparecido.

—¿Que significa eso? —preguntó ella.

—No lo sabemos —respondieron las conciencias de la nave.

—¿Virgil? —se giró hacia el autómata en busca de una explicación tranquilizadora.

—Da la impresión de que el agujero de gusano ha colapsado —afirmó con estupor—. Pero resulta extraño, nadie lo ha solicitado. Esto no debería haber ocurrido.

—De acuerdo —dijo ella, intentando mantener la calma—. ¿Qué podemos hacer en esta situación?

—Nunca había pasado nada parecido —respondió Virgil, tan perdido como los demás.

—Pero dijisteis que podríamos llamar al otro extremo y solicitar la apertura del agujero de gusano, ¿no?

—Sí, en teoría sí —respondió el pequeño ingeniero—. Pero esto no tenía que haber ocurrido.

—Bien, eso lo tenemos claro —zanjó Emily—. Pero ahora tenemos que intentar solucionar el problema. ¿Podemos comunicarnos con Adeon para que lo gestione?

—Sí, pero… un momento —respondió él, haciendo una pequeña pausa—. Hay un problema con el sistema de comunicación.

Emily reparó en una de las conciencias de la nave. Estaba aturdida, como si acabara de despertar de un letargo.

—Algo va mal —dijo—. Mis sistemas no están funcionando como se espera de ellos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Virgil.

—He perdido todo el contacto con el núcleo de Adeon —aseguró —. No puedo restablecer las comunicaciones con el exterior del crucero.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Emily al escuchar esas palabras.

—¿Cómo que no puedes? —exclamó.

—Mis sistemas han sufrido una sobrecarga —se excusó—. Estoy tratando de revisar lo ocurrido para dar un diagnóstico.

Emily guardó silencio mientras los murmullos de sus compañeros comenzaban a ser insoportables. Necesitaba pensar, y el parloteo incesante no le permitía concentrarse en encontrar la solución al preocupante problema al que se enfrentaban. Las cosas no habían podido comenzar de peor forma, y si no hacían nada para evitarlo, podrían quedarse atrapados en aquel lugar para siempre. Sintió cómo un fuego crecía un su interior.

—¡Silencio! —gritó fuera de sí.

Todos callaron, sorprendidos por la inesperada vehemencia de la petición. Robert y Taro hicieron gestos al resto para que abandonaran la sala y la dejaran tranquila. Solo Virgil y el Vigilante se quedaron con ella y los demás sistemas del crucero. Después de calmarse, Emily pudo continuar con la conversación introspectiva.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —preguntó.

—Algo ha sobrecargado mis sistemas de comunicación —aseguró la conciencia afectada—. Por seguridad se ha emitido un mensaje de fin de comunicación y se han reiniciado mis sistemas. Pero eso no ha solucionado nada, creo que ya no están ahí.

—¿Me estás diciendo que estamos atrapados aquí hasta que arreglemos ese sistema?

—Sí.

—Virgil, ¿puedes encargarte de esto?

—Puedo mirarlo —asintió él, servicial—. Pero necesitaré algo de tiempo para dar un diagnóstico.

—No sé si disponemos de mucho —respondió ella—. De momento, seguiremos con el plan establecido. ¿Hemos conseguido ocultar nuestra presencia a los sistemas de detección humanos?

—Sí —aseguró el sistema gravitacional—. Somos invisibles para cualquier sensor de vuestra civilización.

—Bien, algo es algo, supongo —trató de ver las cosas en positivo —. Avanzaremos con la misión mientras Virgil intenta arreglar los sistemas de comunicación.

Emily se despidió de todos instándolos a informar de cualquier avance o problema con el que se toparan. Se deshizo del casco y se retiró los cilindros de los brazos, pero se quedó clavada en el mismo lugar, incapaz de moverse de la estancia. Aunque la idea de quedarse en la Tierra para siempre podía resultar tentadora, eso podría suponer no cumplir el objetivo final por el cual se encontraban allí. Tenían que evitar a toda costa que Krukzhar se hiciera con el núcleo de Eon, y algo le decía que no iban a conseguirlo quedándose allí.

Tras reflexionar sobre sus opciones durante unos instantes, abandonó la sala de control del crucero y se unió al resto de sus compañeros, que mantenían un inquietante silencio a pesar de que un mar de dudas recorría sus mentes. Se sintió agotada e impotente de pronto. ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado siempre? Reflexionó sobre cómo darles la noticia, pero no tardó en decidir que lo mejor sería decírselo sin tapujos. Eran adultos y conocían de sobra los riesgos a los que se enfrentaban. Quedarse aislados allí era una de las posibilidades que habían contemplado.

—¿Qué ha ocurrido? —Robert interrumpió sus pensamientos.

—Tenemos un problema con los sistemas de comunicación del crucero —reveló—. Ha habido una sobrecarga en el sistema y hemos

perdido la comunicación con el otro extremo del agujero de gusano, que ha colapsado por seguridad.

—¿Y no podemos volver a pedir que lo abran? —preguntó Evelyn.

—No sin el sistema de comunicación —aclaró ella—. Virgil está trabajando en encontrar un diagnóstico que nos permita solucionar el problema.

Emily se giró hacia Erik, Min y Lin, que entendieron de inmediato y abandonaron la antesala en la que se encontraban para tratar de ayudar al autómata en lo que pudieran.

—Eso significa que estamos atrapados aquí —dijo Chad con tono pesimista.

—Por el momento —corrigió Emily—. Pero eso nos da el margen que necesitamos para intentar cumplir con nuestra misión. Así que nos pondremos en marcha de inmediato.

Emily se dirigió hacia el hangar superior, donde se encontraba la Phoenix. Las caras de preocupación del resto se quedaron grabadas en su mente mientras se lanzaban al pozo gravitatorio que los llevaría hasta la zona superior de la nave. Aunque detectaba cierto anhelo, quedarse aislados en aquel lugar no entraba en los planes de nadie.

El silencio fue lo único que encontraron haciendo compañía a la Phoenix. El eco de los pasos se perdía en la inmensidad del hangar del crucero. Balakova accionó la apertura de la bodega y accedieron al interior sin siquiera pasar por el proceso de descontaminación. Se colocaron los exotrajes en silencio, sumidos en sus propios pensamientos, y ocuparon sus lugares dentro de la cabina del pasaje.

Justo cuando se sentó en su sitio, Emily fue consciente de que no había tenido en cuenta un factor. Si el sistema de comunicaciones estaba frito, no podrían comunicarse con el crucero para que este abriera las compuertas y les permitiera salir. Por suerte, habían logrado instalar una versión reducida de Adeon en la Phoenix en la que delegar esas cuestiones.

—Adeon —llamó—, ¿tenemos forma de comunicarnos con el crucero una vez lo abandonemos?

—Sí —confirmó él para alivio de todos—. Erik y Lin instalaron sistemas de radio de la Asimov en el crucero por si algo así ocurría. No podremos comunicarnos de forma instantánea, como permiten los sistemas de comunicación insectoides, pero podemos hacerlo de la manera en la que estáis acostumbrados, con retardo debido a la propagación de las ondas de radio por el espacio.

Emily suspiró; el destino les sonreía al menos con eso.

—Bien, encárgate de que nos abran las compuertas, estamos preparados para salir al exterior.

Poco después, las compuertas comenzaron a abrirse. Balakova maniobró la Phoenix, cuyos motores comenzaron a rugir e interrumpieron el silencio que inundaba la cabina. Unos minutos después estaban sobrevolando la zona exterior del crucero y pudieron contemplar la majestuosidad de su antiguo sistema solar por primera vez en muchísimo tiempo.

—¡Qué bonito eres! —exclamó Balakova al contemplar el Sol.

—Adeon —volvió a llamar Emily—, ¿puedes encargarte de sustituir nuestro identificador en las bases de datos de las autoridades de la Tierra?

—Me temo que será complicado —dijo él—. Necesitábamos la potencia de la Bestia para poder saltarme todos los cortafuegos necesarios. Puedo intentarlo, pero las probabilidades de éxito son muy bajas, me descubrirían casi con total seguridad.

Emily lanzó otro suspiro; ya le parecía raro que todo comenzara a discurrir tal y como habían planeado.

—Está bien —respondió resignada—. En ese caso será mejor que evitemos las comunicaciones para llamar la atención lo menos posible.

Balakova aceleró al máximo y, de repente, sintieron las diferencias con los sistemas de propulsión insectoides. Sus cuerpos

se pegaron al respaldo de los asientos mientras la nave ganaba velocidad.

—¿Dónde estamos? —preguntó Alberto.

—En algún lugar entre Júpiter y Marte —dijo Huang, señalando el cinturón de asteroides que separaba las órbitas de ambos planetas.

—Y ¿dónde está la Tierra?

—Detrás del Sol —dijo Balakova—. Una de las premisas para evitar ser descubiertos era que el agujero de gusano se abriría en el punto contrario de la órbita terrestre.

—Y ¿qué hay de las colonias que había en Marte o en Europa, la luna de Júpiter? —preguntó Taro.

—Por eso hemos aparecido sobre el cinturón de asteroides. Los sistemas de detección sufren demasiadas interferencias al intentar atravesarlo, por lo que nadie reparará en nosotros.

—¿Eso de ahí es Marte? —preguntó Chad señalando un minúsculo punto resaltado en el HUD de la Phoenix.

—Sí —confirmó Balakova, que ajustó la dirección de la nave—. Aunque creo que deberíamos evitar pasar cerca de él si queremos pasar desapercibidos.

Contemplaron con cierto alivio que, aunque se encontraban atrapados, al menos lo estaban en un lugar que les resultaba muy familiar. Balakova cruzó el anillo de asteroides manteniendo una distancia prudencial con él, y aunque el polvo y algún pequeño trozo golpeó el casco de la nave, no tuvieron demasiados problemas para atravesarlo. Alberto se fijó en un asteroide particularmente grande.

—¿El que golpeó la Luna sería como ese de ahí? —quiso saber.

—No, ese es muy pequeño —corrigió Taro—. No creo que llegue a los dos kilómetros de diámetro en su zona más ancha. Belial medía cuarenta y cinco antes de que la operación Valquiria lo convirtiera en trozos más pequeños que ese.

—¡Vaya! —exclamó Alberto, sorprendido—. Era veinte veces más grande. ¿Los hay más grandes?

—Sí —confirmó Taro—, a lo largo del cinturón hay más de doscientos asteroides con un tamaño superior al de Belial. Ceres, por ejemplo —dijo, señalando en la distancia hacia el otro lado—, tiene un diámetro de novecientos cuarenta kilómetros. Es considerado un planeta enano y es el primero que se detectó desde la Tierra. A lo largo del siglo XXI se enviaron las primeras sondas para estudiar su composición y la posibilidad de extraer minerales, aunque se descartó por el coste desorbitado y las dificultades técnicas debido a su escasa gravedad.

—Tal vez si hubieran encontrado oro en su interior —bromeó James.

—En realidad, la mayor parte del planeta estaba compuesto de hielo —aclaró Taro—. El resto eran silicatos, carbonatos y arcillas de escaso o nulo valor comercial.

—Parecen muy tranquilos ahí —comentó James al observar la quietud con la que los miles de pedazos se habían estabilizado en órbita—. ¿Qué es lo que ocurrió para que uno saliera disparado hacia la Tierra?

—El asteroide que nos golpeó no salió del cinturón de asteroides —aclaró el geólogo—. Vino del espacio exterior. Es muy complicado que uno de estos asteroides acabe en la Tierra, aunque no imposible. A veces ocurre que la gravedad de Júpiter saca a alguno de ellos de órbita y lo lanza fuera del cinturón.

»También pueden darse colisiones entre los mismos asteroides que los hagan salir de su órbita. Aunque ahora los veáis muy calmados, algunos se acercan y se alejan entre ellos. Y el calor solar también altera las órbitas. La radiación infrarroja puede llegar a calentar más un lado que el otro, lo que puede llegar a producir un pequeño empuje. Esto se conoce como Efecto Yarkovsky.

—Pero, entonces, ¿por qué no caían más asteroides? —preguntó Alberto, que parecía muy interesado en el tema.

—¡Oh! Ocurría muy a menudo —respondió Taro—. La mayoría de los meteoritos que se deshacen en la atmósfera de la Tierra provienen de aquí. Pero tranquilos, ninguno de los motivos que os

he expuesto suele darse en rocas de más de un kilómetro de diámetro.

—Y si Belial no salió de aquí, ¿de dónde vino? —preguntó James.

—No lo sabemos. —Taro se encogió de hombros—. La trayectoria de Belial fue un caso muy complejo. Por norma general, los sistemas de detección temprana funcionaban en la inmensa mayoría de los casos. Pero en este no se detectó hasta poco antes de que entrara en el sistema solar. La composición de la mayor parte de los asteroides y los cometas que suelen verse en nuestro sistema solar permiten reflejar la luz del Sol, por lo que suele ser sencillo detectarlos con un simple telescopio. Sin embargo, la composición de Belial era particularmente oscura. Su superficie estaba compuesta por carbón en su mayoría, que refleja muy poco la luz solar. Esto es lo que se conoce como bajo albedo. La trayectoria que llevaba tampoco ayudó, ya que se aproximó por el lado ciego de la Tierra, esto es, por detrás del Sol —añadió haciendo una pausa—. Se podría decir que hizo lo mismo que estamos haciendo nosotros ahora para evitar ser detectados.

—Desde luego, fue muy efectivo —convino Alberto.

Pasaron las horas y atravesaron el cinturón de asteroides sin más problemas. Taro respondió una por una a todas las preguntas que le lanzaron los demás, en especial James y Alberto, que parecían muy interesados, sobre todo teniendo en cuenta que era la segunda vez que viajaban por el sistema solar.

A través de los cristales polarizados de la Phoenix contemplar el Sol en todo su esplendor era un regalo para los ojos. Emily observaba maravillada la inmensa esfera anaranjada e incandescente que durante gran parte de su vida le regaló calor y luz sin pedir nada a cambio. Desde ese punto de vista privilegiado podían intuir las complejas reacciones atómicas que se daban en la superficie del astro rey. La ionización y excitación electrónica de la superficie permitían alcanzar más de cinco mil grados en la capa conocida como fotosfera, una de las más superficiales. Emily se fijó en las espectaculares erupciones solares que daban vida a la corona, su

capa más externa, y que podía llegar a alcanzar varios millones de grados debido a los procesos de reconexión magnética y la existencia de ondas magnéticas de Alfvén.

Después desvió su atención hacia el minúsculo planeta rojo que se veía a su izquierda, a gran distancia. Comparado con el Sol parecía una insignificante mota de polvo rojiza dando vueltas alrededor de un coloso ajeno a su existencia. Echó su imaginación a volar y elucubró en lo que ocurriría si el planeta hermano de la Tierra decidiera lanzarse contra la estrella. No tuvo dudas de que el Sol ni se inmutaría, a pesar del tamaño que realmente tenía aquella diminuta roca de color rojo.

De repente, como si el destino quisiera homenajear al planeta, un piloto del mismo color comenzó a parpadear en el holograma que indicaba el estado de la Phoenix. Emily lo observó sumida en sus pensamientos, sin ser consciente de que eso significaba que algo malo ocurría. Fue Chad quien la sacó de su ensimismamiento.

—Ahí hay un piloto rojo que parpadea.

Emily volvió a la realidad y observó el piloto con interés. Se trataba de algo relacionado con las comunicaciones. Tal vez Virgil y los demás tenían buenas noticias desde el crucero alienígena. Sin embargo, Balakova se encargó enseguida de tirar por los suelos sus esperanzas.

—Es la frecuencia reservada para emergencias en el espacio —le comunicó.

Balakova manipuló su consola y el mensaje pudo escucharse por el sistema de audio de la nave.

Unidad M... cero siete... registro de daños... pérdida de presión... cúpula rota... sistema vital fuera de parámetros... supervivencia limitada... tiempo restante... ochenta minutos... solicita ayuda inmediata...

—Los paquetes de voz están muy dañados —dijo Huang al escuchar la estática y las interferencias de los espacios entre palabra

y palabra—. Voy a ver si consigo que Adeon los repare.

El copiloto manipuló su consola y poco después pudieron escuchar el mensaje completo.

Identificación de unidad MRS-07. Localización geodésica: 18.4 norte, 34.2 oeste. Evento registrado: fallo total de la estructura de contención atmosférica. Pérdida irreversible de atmósfera interna. Sistemas de soporte vital fuera de servicio. Condiciones ambientales no aptas para vida humana. Solicita auxilio urgente para evacuación o restablecimiento ambiental. Tiempo estimado de supervivencia: ochenta y cuatro minutos desde inicio de transmisión.

Un preocupante silencio se extendió por el habitáculo de la Phoenix. Una de las colonias de Marte enviaba una señal de auxilio. Según la Convención Internacional para la Seguridad de la Vida Humana en el Espacio, toda nave que recibiera una señal de socorro tenía el deber de prestar ayuda inmediata, siempre y cuando esto no suponga un riesgo grave para su propia tripulación o la embarcación. Los tratados espaciales, cuyo espíritu se basó en los acuerdos marítimos ya existentes, se firmaron durante las primeras colonizaciones espaciales que tuvieron lugar a finales del siglo XXI.

Todos enmudecieron, conscientes de que prestar ayuda a esa colonia iba en contra de su decisión de pasar lo más desapercibidos posible. Balakova se giró hacia los demás.

—Sé que la naturaleza de nuestra misión es del todo inusual, pero la ley me obliga a dirigir la nave hacia la señal de socorro y asistir a las víctimas —indicó.

—No podemos acercarnos —rebatió Ferrara—. ¿Qué crees que ocurrirá cuando vean una nave humana tan avanzada que no aparece en los registros porque todavía no ha sido construida?

—Nos arrestarán de manera cautelar —respondió Alberto—. Tenemos que pasar desapercibidos, ¿recuerdas?

—Y yo digo que no es algo abierto a debate —contestó la piloto, subiendo el tono—. Tenemos que modificar nuestros planes.

—Entiendo tu postura —intervino Robert—. Pero hay algo que, dada nuestra situación, sí que debemos debatir. Si estamos en el pasado —comenzó cuando tuvo la atención de Balakova—, podríamos alterar el futuro con nuestras acciones. Puede que se trate de uno de esos eventos que son capaces de destruir nuestra línea temporal. Creo que no es una decisión que debamos tomar a la ligera.

Balakova agachó la cabeza y guardó silencio, al igual que el resto de la tripulación. Robert había dado en el clavo. La naturaleza de la misión era tan crítica que ni siquiera las leyes internacionales podían aplicarse a sus actos. La misma existencia estaba en juego.

—¿Tú qué opinas, Emily? —preguntó Ferrara desde el otro lado del pasillo de asientos.

Ella la miró con el rostro serio y meditó durante unos momentos la respuesta.

—Opino que, si ocurrió una catástrofe como la que parece que va a suceder, tiene que haber referencias a ella en la memoria de Adeon —respondió—. Tal vez, sabiendo cómo se solucionó, sepamos cómo debemos actuar. Adeon, ¿qué sabemos de la colonia MRS-07?

—La colonia MRS-07 fue fundada en el año 2232 por medio de capital público y privado, como la mayoría de colonias espaciales —explicó Adeon—. Las coordenadas de su ubicación coinciden con las del mensaje. Se realizó la concesión de su gestión a la empresa privada Mars-X, cuyo contrato se extendería durante un periodo de doscientos años, dependiendo del cumplimiento de unos objetivos pactados. Obviamente, las condiciones se acordaron antes del descubrimiento de Belial. Experimentó un crecimiento inicial equivalente al del resto de colonias del planeta, hasta que la aparición de Belial paralizó toda la inmigración proveniente de la Tierra.

»Según los datos de los que dispongo, hubo dos accidentes mortales durante su construcción debido a fallos en los sistemas de seguridad. Fallecieron doce personas, pero no parece una cifra extraña si la comparamos con el resto de colonias. Aparte de esos

problemas durante la fase de construcción de la cúpula, se registraron pequeños fallos eléctricos y de presión atmosférica durante los primeros años, algo que también fue habitual en el resto de las colonias. No tengo datos sobre ningún problema que pueda coincidir con lo que acabamos de escuchar.

Emily frunció el ceño. Desde luego, no esperaba esa respuesta por parte de Adeon.

—¿Qué fecha tiene el mensaje? —preguntó.

—Los paquetes de los metadatos del mensaje están dañados y me temo que de forma irrecuperable —se excusó Adeon—. No tengo manera de conocer la fecha exacta en la que se emitió.

Emily miró a los demás, cuyas caras reflejaban la preocupación por lo extraño de la situación. Se tomó unos instantes para sopesar sus opciones y se giró hacia Balakova.

—Pon rumbo al planeta —dijo tras lanzar un prolongado suspiro —. Aunque algo me dice que el tiempo se les ha agotado, nos aproximaremos para ver la situación más de cerca. Tal vez así podamos encontrar alguna explicación a lo que acabamos de oír. Algo me dice que tenemos que ir a Marte.

9
La señal de socorro

Fecha desconocida

Sistema solar de la Tierra

Nadie cuestionó la decisión de Emily. Los hechos registrados en la enciclopedia viviente que era Adeon eran irrefutables. La colonia MRS-07 jamás registró una catástrofe tan grave como la que se intuía en el mensaje. Si lo que se decía era cierto, la cúpula de la colonia había sufrido un fallo catastrófico y la vida de sus habitantes había sido comprometida. Aun siendo conscientes de que ochenta y cuatro minutos era una cantidad exigua de tiempo para poder salvar a nadie, Emily había tomado la decisión de investigar el origen del mensaje.

Los primeros minutos desde que Balakova modificara el rumbo de la Phoenix transcurrieron en silencio. Las imágenes ampliadas del planeta rojo que recibían de las lentes de la nave no permitían distinguir nada que aclarara cuál era la situación de los habitantes de las colonias. Emily recordó todo lo que algún día supo sobre los asentamientos humanos en Marte, lugares en los que tanto su padre como el subdirector Green habían estado en multitud de ocasiones al comienzo de sus carreras.

El planeta vecino fue durante mucho tiempo uno de los anhelos del ser humano. Las agencias gubernamentales y algunos magnates pusieron las primeras losetas en el camino que llevaría a la humanidad hasta la superficie de Marte. Descartada la existencia de pequeños hombrecillos verdes, la detección y el posterior estudio de microorganismos supervivientes en las placas de hielo que se encontraron bajo la superficie permitió conocer mejor la formación del sistema solar y la historia de la vida en los planetas. Además, no fueron pocos los avances realizados en tecnología y medicina que

permitieron mejorar y salvar las vidas de millones de personas en la Tierra.

Tras una decena de misiones tripuladas se creó la primera colonia permanente en el planeta. Tal vez no tuviera la sofisticación de las actuales, pero la MRS-01 pasó a la historia como la primera comunidad humana en un planeta que no fuera la Tierra. Aunque se creó décadas después de la primera colonia en la Luna, supuso un reto monumental debido a la enorme distancia que separaba ambos planetas en su perigeo. No fue hasta la evolución de los motores espaciales cuando llegó la democratización y comercialización de los viajes interplanetarios.

Las compañías espaciales privadas se lanzaron a la conquista del espacio ofertando una experiencia marciana a sus clientes. A los laboratorios científicos y sistemas de soporte vital se unieron los *resorts,* los locales de hostelería y las marcas de lujo, que poblaron la colonia de tiendas al alcance de unos pocos bolsillos. Incluso se inauguró un gran casino en la primera colonia para atraer a los multimillonarios a unas vacaciones diferentes.

Con el paso de los años se establecieron otras colonias más avanzadas y seguras. La población de Marte creció hasta llegar a varias decenas de miles de habitantes. Y aunque continuaban perteneciendo a los países de los que provenía el capital fundacional, surgió la CMC, cuyas siglas en inglés equivalían a la Confederación de Colonias de Marte. Durante varias décadas continuaron dependiendo políticamente de la Tierra, hasta que en el año 2211 firmaron un tratado por el que declaraban la fundación de una nación libre e independiente. Sin embargo, y por razones obvias, los tratados de libre comercio estuvieron a la orden del día entre todos los países de origen de las colonias y la nueva nación. Los resultados de las investigaciones realizadas en Marte, las patentes y algunos minerales escasos a cambio de bienes de uso básico de la Tierra. Aunque no parecía un trato justo, las colonias abrazaron su independencia con orgullo.

Fue durante la época posterior al descubrimiento de Belial cuando el clima se enrareció. Los gobiernos de la Tierra presionaron

a las colonias para que aceptaran a miles de refugiados ante lo que parecía el fin de la humanidad. Las colonias se negaron a acoger a los nuevos inmigrantes, ya que eso pondría en riesgo la viabilidad de las propias colonias. Fueron años duros para los verdaderos marcianos. Los recursos básicos de la Tierra se convirtieron en artículos de lujo, cundió el pánico y hubo disturbios que casi acabaron con las colonias. Sin embargo, tras la creación del Proyecto Atlas y el Proyecto Orfeo, las aguas regresaron a su cauce y las líneas comerciales volvieron a fluir entre ambos planetas.

Lo último que Emily sabía era que se había comenzado a construir alguna colonia nueva, pero desconocía sus características y el resultado final. Supuso que nunca lo sabrían.

A medida que la Phoenix se desplazaba hacia Marte se iba haciendo más probable que la Tierra asomara por detrás del Sol; tarde o temprano se tendrían que enfrentar a las preguntas de las autoridades. Tendrían que empezar a buscar una salida si Adeon no conseguía introducirse en sus bases de datos.

—¿Qué son esos dos puntitos que hay alrededor de Marte? —señaló James.

—Son Fobos y Deimos, sus dos lunas —reveló Taro.

—No sabía que Marte tuviera dos lunas.

—Sí, pero no son muy grandes —explicó el geólogo—. Belial era más grande y pesado que las dos juntas.

—¡Qué extraño! —exclamó Balakova, ampliando la imagen del planeta—. No se ven demasiados satélites artificiales alrededor.

—¿Cuántos deberíamos ver?

—Dependerá de la época en la que nos encontremos —aclaró—, pero solo detecto dos.

—¿Hemos venido antes de tiempo? —se preguntó Paula.

—Imposible —respondió Chad—. La colonia MRS-07 se creó en 2232.

—Adeon, ¿cuántos satélites había en Marte en ese año?

—Treinta y nueve —respondió la IA.

Un escalofrío recorrió la espalda de Emily.

—Algo no va bien —murmuró.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —preguntó Balakova, también extrañada.

Trataron de encajar las piezas. Una colonia en apuros, silencio de radio casi absoluto y la ausencia de satélites artificiales. Una idea comenzó a rondar la cabeza de Emily, pero la mera posibilidad de que fuera cierta hizo que sintiera un mareo que estuvo a punto de hacerla vomitar. La ocurrencia comenzó a crecer sin control mientras sus compañeros guardaban silencio, ocupados en sus propias cavilaciones.

—*Tién na*! —exclamó Huang en su propio idioma.

Nadie supo muy bien lo que significaba, pero el tono que había utilizado el copiloto de la Phoenix no auguraba nada bueno.

—¿Qué ocurre? —preguntó Emily, algo alterada por la sombra de la sospecha que comenzaba a alargarse hasta casi cubrirlo todo.

—¡Mirad! ¡Allí! —exclamó, señalando hacia el borde del Sol.

—No veo nada —dijo James.

—Utilizad el zoom máximo de vuestros visores y añadid el filtro de luminosidad —aconsejó Huang.

Emily se apresuró a hacer lo que el copiloto les decía y lo que vio la dejó de piedra, confirmando los peores augurios. Estaban en la época equivocada.

Lo que apareció por detrás del Sol era la Tierra, pero no era la misma Tierra que dejaron al abandonar el sistema solar a bordo de la Asimov. Estaba cubierta de blanco casi en su totalidad, apenas podía verse una pequeña franja central de color azul que recorría el ecuador. A pesar de las diferencias con la imagen que todos guardaban en un cajón de su memoria, comprendieron de inmediato que se trataba de su planeta de origen. Pero lo que más impacto les causó fueron, sin duda, los cuatro anillos concéntricos que rodeaban la Tierra.

Nadie dijo una sola palabra. Nadie movió un solo músculo. Pero todos recibieron el golpe como un mazazo a traición. Un escalofrío recorrió los cuerpos de toda la tripulación cuando fueron conscientes de que estaban contemplando el futuro.

—¿Qué demonios está ocurriendo aquí? —murmuró Ferrara.

—¿Qué son esos anillos? —preguntó Alberto—. ¿Y por qué la Tierra está cubierta de nieve?

Nadie respondió, aunque todos podían intuir lo que había ocurrido.

—Adeon, ¿detectas alguna comunicación proveniente de la Tierra? —preguntó Emily reaccionando poco después.

—No —respondió la IA con voz plana—. No hay nada, no hay satélites ni comunicaciones que provengan de esa zona del sistema solar.

—No lo consiguieron… —murmuró Chad con el corazón en un puño.

—Tenemos que ir —dijo James—. Tal vez haya habido supervivientes.

—No podemos interferir en los acontecimientos que no nos atañen —recordó Alberto—. Podríamos acabar con nuestra línea temporal.

—Pero estamos en el futuro, ¿verdad? —farfulló—. Lo que estamos viendo todavía no ha ocurrido. Lo que hagamos aquí y ahora no afectaría a nuestro pasado, ¿no?

Nadie respondió, ninguno tenía claro lo que podían y no podían hacer. Lo poco que habían planificado de aquella misión se limitaba a hacer una breve visita a los directores del proyecto en el pasado. Ninguno de ellos había siquiera especulado con acabar atrapados en el futuro.

—¿Qué hacemos? —le preguntó Balakova a Emily, quien todavía no parecía haber digerido la noticia.

—Nuestro plan inicial no ha cambiado —dijo tras un prolongado silencio—. Visitaremos la colonia de Marte y trataremos de ayudar a

los que han enviado ese mensaje de emergencia. Aunque algo me dice que llegamos demasiado tarde.

Todos fueron conscientes de la realidad que destapaba esa última imagen. Si la Tierra había caído, puede que las colonias lo hubieran hecho poco después. Sin repuestos ni recursos básicos como los que necesitaban importar de la Tierra, tarde o temprano acabarían sucumbiendo. Taro parecía pensativo.

—Creo que sé cómo calcular la fecha actual —dijo.

—¿Cómo? —preguntó Alberto, ansioso.

—Adeon, ¿tienes la posición exacta de todos los planetas?

—Sí, ahora sí —dijo él—. Puedo calcular la fecha exacta gracias a la posición de los mismos.

—Pero los planetas pueden repetir su posición a lo largo de la historia, ¿no? —dijo Evelyn—. ¿No habría múltiples fechas con las mismas posiciones?

—Sí —asintió Taro—. Pero, para que os hagáis una idea, la conjunción entre Júpiter y Saturno se da cada veinte años más o menos, y ni siquiera se produce en el mismo punto de sus órbitas. La combinación completa de posiciones tarda muchísimo en repetirse exactamente. Solo teniendo en cuenta tres o cuatro planetas, una posición concreta podría tardar cientos de miles de años, o incluso millones, en repetirse.

—Las posiciones sugieren que nos encontramos en torno al año 3369 —concluyó Adeon.

—¡Santo cielo! —murmuró Alberto mientras se santiguaba.

—Nos hemos desviado más de mil años de nuestra época —se lamentó Chad.

—¿Cómo ha podido ocurrir? —se preguntó Paula—. Creía que la tecnología insectoide era fiable.

—Y lo es —intervino Adeon—. Virgil investigará las causas, estoy convencido de que habrá una explicación lógica para lo que ha ocurrido, así como para el colapso del agujero de gusano.

—Sea como sea, tenemos que seguir adelante —dijo Robert, tratando de calmar los ánimos—. Esperaremos a que los ingenieros solucionen el problema y regresaremos a nuestra época. Pero mientras eso ocurre, tenemos un mensaje de socorro que atender.

Todos asintieron. Tal vez visitar Marte no estuviera en sus planes, pero puede que allí encontraran las respuestas a algunas de las preguntas que se hacían. Las palabras de Robert provocaron un prolongado silencio que se alargó más de la cuenta. Cada uno se lamentaba a su manera, pero ninguno podía retirar la vista de aquel extraño planeta que apenas se parecía a aquel que los vio nacer. Las dudas los asaltaban sin que nadie pudiera evitar que se acumularan en un rincón de sus cabezas.

—¿Por qué hay cuatro anillos? —preguntó Paula de repente.

—¿Qué? —replicó Taro, sorprendido.

—Pregunto que por qué la Tierra tiene ahora cuatro anillos, y no tres o cinco.

—Los anillos suelen formarse a partir de pedazos que se desprenden de los objetos cuando llegan al límite de Roche —explicó Taro—. Imagino que los cuatro últimos pedazos de la Luna conservarían su velocidad orbital y su tensión superficial no sería suficiente para contrarrestar la fuerza centrífuga, por lo que acabaron haciéndose polvo y quedando en órbita alrededor de la Tierra.

—¿Límite de Roche? —preguntó Alberto—. Me suena, pero no recuerdo lo que es.

—Se trata de una barrera alrededor de la Tierra que, aunque no es física, representa el límite en el cual la acción gravitatoria de la Tierra no permite que los fragmentos que hay alrededor de ella se junten formando lunas. Fuera de él, la gravedad entre los propios fragmentos acaba provocando que se unan, creando otros más grandes.

—Entonces, ¿la Luna se formó a partir de fragmentos de unos anillos anteriores?

—Más o menos. Se cree que hace miles de millones de años, la Tierra chocó contra un protoplaneta del tamaño de Marte llamado Theia —explicó él—. Además de aportar componentes esenciales para la vida en la Tierra, el impacto generó un cataclismo a nivel planetario que acabó con la Tierra rodeada por unos anillos como los que vemos. Con el paso de los años, de muchos años —puntualizó —, los fragmentos que quedaron más allá del límite de Roche se fueron juntando hasta formar lo que nuestros antepasados conocieron como Luna. Pero siguieron existiendo algunos anillos en la zona interior al límite.

—¿Qué ocurrió con ellos?

—La inmensa mayoría acabaron colisionando con la Tierra. —Taro se encogió de hombros—. Aunque algunos fragmentos acabaron siendo expulsados fuera del límite de Roche y uniéndose a la Luna.

—¿Ocurrirá lo mismo en esta ocasión? —quiso saber Alberto.

—Sí, sin duda —respondió sin dejar espacio al debate—. Pero lo que estamos viendo son solo los primeros pasos de un proceso que lleva millones de…

Taro dio un respingo y guardó silencio. Parecía que se acababa de dar cuenta de algo que no encajaba.

—¿Qué ocurre? —Alberto lo miró preocupado.

—Que el proceso de desaparición de los anillos puede llevar millones de años. Pero todo aquello que queda fuera del límite de Roche debería de haber comenzado a fusionarse.

Todos guardaron silencio. Alberto no parecía entender lo que significaba eso.

—Adeon —llamó Taro—. ¿A qué distancia de la superficie está el perímetro externo del anillo exterior?

—A unos dieciocho mil kilómetros aproximadamente —respondió.

—Justo el borde exterior del límite de Roche. Deberíamos de estar viendo una nueva luna —aseguró el geólogo.

—¿Una nueva luna?

—Sí, pero no tal y como la conocimos en el pasado —aclaró—, sino una más pequeña y amorfa, fruto de la gravedad de los fragmentos que quedaron fuera del límite. La nueva luna debería tener un tamaño similar a Ceres, el planeta enano del cinturón de asteroides.

—Pero solo han pasado mil años desde que nos marchamos de aquí, ¿cómo puede formarse una luna tan rápido? —preguntó Paula —. Creía que estos procesos tardaban millones de años en concluir.

—Nuestra Luna tardó millones de años en llegar a su órbita y adoptar una forma perfectamente esférica, pero solo unos pocos años en recolectar miles de fragmentos hasta conseguir su masa por completo, incluso se cree que tal vez solo hicieron falta unos pocos meses.

—¿Y por qué no la vemos? —preguntó James.

—Puede que la Tierra la esté tapando en este momento —respondió Taro, algo más tranquilo después de encontrar una explicación—. Tendremos que estar atentos a lo largo de las próximas horas.

A medida que se acercaban al planeta rojo, la expectación por conocer el destino de las colonias crecía más y más. El mensaje de socorro se repetía una y otra vez cada cinco minutos, por lo que empezaban a pensar que se trataba de una alerta antigua, tal vez demasiado. No obstante, la situación había cambiado radicalmente, y lo que empezaban a buscar eran respuestas, más que la posibilidad de socorrer a las colonias marcianas.

Pasaron un par de horas hasta que la Phoenix se acercó a la órbita de Marte. La conversación no fue demasiado fluida, todos tenían mucho en lo que pensar. Contemplar la situación de la Tierra en la distancia ayudó a recuperar muchos de los recuerdos que todos habían enterrado en las profundidades de su ser. Era casi un hecho que sus familias, sus amigos y todos sus descendientes habían fallecido hace muchísimo tiempo. Tal vez fueran los últimos humanos en el sistema solar que los vio nacer. Era una situación muy complicada de digerir.

Poco antes de comenzar a gestionar la maniobra de aproximación al planeta, Taro observó una pequeña formación rocosa que aparecía por detrás de la Tierra, separada de los anillos por una buena distancia. Aún más lejos, los restos de la Luna que no habían tomado la trayectoria de colisión, sino una órbita mucho más amplia, aparecieron también. Taro reconoció la forma casi redondeada del núcleo de la Luna, antaño incandescente y que ahora era solo una enorme bola de hierro frío rodeada de roca y polvo por uno de los lados.

—Mirad —dijo a los demás—. Las dos lunas de la Tierra.

Todos dirigieron la mirada hacia su planeta natal y contemplaron con estupor la nueva normalidad que imperaba en su antiguo hogar.

—¿Qué ocurrirá con ambos fragmentos a largo plazo? —preguntó Paula con interés.

—No estaba claro cuando partimos de la Tierra, ya que el futuro más inmediato dependía casi en exclusiva de lo que ocurriera con el fragmento interior —explicó el geólogo—. De lo que sí había certeza era de que el fragmento exterior no alcanzaría la velocidad de escape necesaria para alejarse de la Tierra para siempre, así que su órbita llegaría a ser elíptica en lugar de casi circular, como antes del impacto.

»Esto planteaba muchas incógnitas, pero las posibilidades de que ocurriera una nueva catástrofe a largo plazo no eran desdeñables. La mejor de todas era que el fragmento más alejado, y recordemos que es el más masivo y compacto al contar con la totalidad del núcleo de la antigua Luna, sería capturado gravitacionalmente por la Tierra en una nueva órbita, aunque sería más inestable, al menos durante un largo periodo de tiempo.

Taro hizo una pequeña pausa antes de continuar enumerando el resto de opciones.

»Otra de las posibilidades era que ambos objetos colisionen —añadió con seriedad—. En ese caso, se abriría un nuevo mundo de posibilidades que recorren todo el espectro entre las buenas y las muy malas noticias para la vida en la Tierra. Supongo que la peor de

las posibilidades sería que, colisionen o no los dos fragmentos, el núcleo de la Luna acabe golpeando a la Tierra.

»Si os fijáis, la mayor parte de la superficie terrestre está helada porque, tras más de mil años, se ha producido una glaciación global. A juzgar por el tamaño de los anillos y el de la nueva luna, eso ha sido la consecuencia de los impactos de fragmentos que equivalían a menos de una sexta parte de la masa total de la Luna. Imaginaos cuáles serían las consecuencias si el impacto fuera de más de la mitad de su masa original. Las condiciones actuales palidecerían ante el infierno en el que se convertiría la Tierra en caso de que eso llegara a ocurrir.

10
El planeta rojo

7 de abril de 3369

Proximidades de Marte

Nadie pasó por alto las consecuencias de las explicaciones de Taro. Aquellos dos fragmentos de la antigua Luna continuaban representando una clara amenaza para la vida en la Tierra. Si quedaba algo sobre la superficie, tarde o temprano podría volver a sucumbir ante una catástrofe de mayores proporciones.

En el interior de la Phoenix solo se escuchaba el zumbido lejano del sistema de ventilación. La responsabilidad que ya descansaba sobre los hombros de los miembros del proyecto Orfeo se convirtió de repente en una pesada carga ahora que conocían el fracaso del proyecto Atlas. Además, las posibles consecuencias a largo plazo para la vida en el planeta no hacían más que acrecentar esa responsabilidad.

A la deriva en un océano de sentimientos, Emily decidió centrarse en el mensaje de socorro que habían recibido desde Marte. Tal vez llegaran con muchos años de retraso, pero albergaba la esperanza de descubrir qué fue lo que ocurrió con la humanidad. El mensaje parecía más una advertencia para aquellos que quisieran acercarse al planeta rojo con intención de encontrar un refugio que una llamada de auxilio como tal. Aunque no conocían la fecha de la alerta con exactitud, sería muy osado pensar que las colonias sufrieran una catástrofe justo en el momento en el que la Phoenix cruzaba el cinturón de asteroides. De cualquier manera, el mensaje solo daba un plazo de ochenta y cuatro horas para mantener las condiciones de habitabilidad. El tiempo se había agotado hacía ya bastante y todos eran conscientes de que solo encontrarían desolación y muerte.

—Creo que el mensaje proviene de ese satélite. —Balakova señaló uno de los dos que quedaban en órbita.

—Sin mantenimiento ni reparaciones, el resto habrá ido cayendo a la superficie —constató Paula.

—¿Podemos comunicarnos con el satélite? —preguntó Emily.

—No detecto nada más que la emisión de auxilio —reveló Adeon —. Llevo un buen rato intentando comunicarme con ambos satélites. Da la impresión de que se encuentran en estado de hibernación. Puede que sus fuentes de alimentación estén comprometidas y que envíe el mensaje con lo que quede de sus baterías.

—¿Alguna noticia de las colonias?

—Ninguna —respondió la IA—. Aunque me temo que, salvo que algo cambiara después de salir del sistema solar, la comunicación con ellas dependía precisamente de los satélites.

—¿Puedes mostrarnos las imágenes de las ópticas de la Phoenix?

Adeon les mostró las tomas ampliadas en tiempo real a través del proyector holográfico de la cabina. Emily contó todas las cúpulas, en su mayoría circulares, que se veían en las imágenes.

—Hay catorce cúpulas principales —dijo obviando las más pequeñas, aledañas a las más grandes y que se correspondían con instalaciones auxiliares—. Teniendo en cuenta que la octava se inauguró poco antes de que la Copérnico saltara por los aires, eso hacen seis más que cuando nos marchamos de aquí.

—Fijaos en cómo la arena ha tapado una gran parte de todas ellas —añadió Robert—. Parece un desierto.

—Y todas tienen varios de los paneles rotos —comentó Miller, en referencia a las placas con forma hexagonal que conformaban las cúpulas.

—Es imposible que alguien haya podido sobrevivir en esas condiciones —dijo Paula.

—Son catorce cementerios —añadió Ferrara con pesar.

Todos la miraron sin saber si criticar su pesimismo o admitir que en el fondo era lo que todos pensaban en realidad. El ruinoso

aspecto de las cúpulas no invitaba demasiado al optimismo.

—¿Cuánto tiempo queda para comenzar la maniobra de aterrizaje? —preguntó Emily.

—Veinte minutos —respondió Balakova tras comprobar el cuadro de mando.

—Será mejor que nos preparemos para cualquier eventualidad —dijo en voz alta—. Creo que, salvo Balakova, ninguno de nosotros ha estado en Marte nunca. Conviene que repasemos lo que vamos a encontrarnos allí. Adeon, ¿podrías hacernos un resumen?

—Claro —respondió la IA con diligencia—. La gravedad es de solo un treinta y ocho por ciento con respecto a la de la Tierra, por lo que sentiréis que sois muy livianos, aunque no tanto como en la antigua Luna. Las temperaturas fluctúan entre los veinte grados durante el día en el ecuador, donde se encuadran las colonias, y los ciento veinte grados centígrados negativos que se dan en los polos durante las noches de invierno. La atmósfera es tan delgada que apenas retiene el calor, y la ausencia de campo magnético no evita que la radiación cósmica y solar llegue hasta la superficie.

»Por si estas condiciones no fueran suficientes para evitar la vida en Marte, tenemos que sumar las tormentas de arena que pueden durar semanas. Se dan vientos de más de cien kilómetros por hora, aunque como punto positivo diré que, al tener una atmósfera tan poco densa, ejercen tan poca fuerza mecánica que solo notaréis la falta de visión y el fallo de los sensores.

—Es por eso que existen las cúpulas —aclaró Chad.

—Así es —continuó la IA—. Las cúpulas no solo permiten recrear una atmósfera similar a la de la Tierra, aislando a los habitantes de las condiciones climáticas extremas, sino que también evitan que la radiación les afecte. Aunque, a juzgar por el aspecto de las placas, me temo que ya no son ningún refugio.

—¿Por qué el proyecto Orfeo no intentó terraformar Marte en lugar de tener que desplazarnos a un lugar tan distante? —preguntó Alberto.

—Por el mismo motivo por el que sigue siendo un planeta inhabitable —explicó Taro—. Su masa es demasiado pequeña para retener una atmósfera similar a la de la Tierra y carece de campo magnético. Eso, sumado a la ausencia de agua en la superficie, lo convertían en un planeta no apto. Nuestra tecnología no permitía superar esos tres principales escollos.

Alberto pareció aceptar la explicación, pero su ceño se frunció casi de inmediato.

—¿Por qué el proyecto eligió un planeta a más de mil años luz? —fue lo siguiente que preguntó—. ¿No había otros lugares más cercanos?

—Desconozco los motivos que llevaron al director Rhodes y el subdirector Green a elegir Kepler-442b, pero sin duda se trataba de uno de los más prometedores de los que había constancia. Aunque es cierto que había otros posibles destinos mucho más cercanos, supongo que verían algo allí que aumentaba las probabilidades de éxito. Una vez superados los problemas que conlleva tener que criogenizar a toda la tripulación, la decisión final sería solo cuestión de sopesar las probabilidades de éxito.

Balakova comenzó el procedimiento de entrada en la atmósfera de Marte. Adeon realizó los cálculos necesarios para establecer una trayectoria que los llevara directamente hasta las colonias. El trayecto fue mucho más corto y cómodo de lo esperado. La fricción de la atmósfera débil de Marte no fue rival para la sólida construcción del casco de la Phoenix. Apenas sintieron su efecto. En menos de veinte minutos, Balakova y Huang posaban la nave en la superficie del planeta rojo con un suave ronroneo de los motores. Con una extraña sensación de ligereza, notaron cómo la suave gravedad del planeta les daba la bienvenida.

Robert se movilizó de inmediato.

—Ya sabemos lo que tenemos que hacer en estos casos. Desconocemos si este lugar es seguro —dijo—. Ferrara y Miller, establezcan un perímetro alrededor de la nave. Solberg —se giró hacia la soldado—, prepare los drones y póngalos a volar, quiero un

informe completo de lo que ocurre en diez kilómetros a la redonda. El resto tendrá que esperar a que comprobemos que no hay peligro en el exterior.

Los cuatro militares se desplazaron, con la torpeza propia de alguien que no está acostumbrado a caminar bajo una gravedad tan débil, hasta la parte trasera de la nave. Prepararon el material necesario para cumplir con su cometido y salieron al exterior con cautela. Robert los acompañó con el fusil en la mano, preparado para cualquier eventualidad que encontraran.

En cuanto puso el pie en la seca tierra rojiza supo que esa sería la tónica general en cualquier zona del planeta. El sol brillaba con fuerza y el cielo estaba teñido de una curiosa tonalidad beige que lo hacía muy diferente al de la Tierra o Kepler-442b. Estaba totalmente despejado, pero comenzaban a formase algunas nubes delgadas y altas en el horizonte, señal de que el atardecer se acercaba.

Revisó las enormes construcciones semiesféricas que se extendían a lo largo de la explanada. No fue capaz de ver las catorce, ya que algunas se encontraban escondidas tras unas colinas que se intuían más allá de las dos que tenía delante. Miró a la derecha de la rampa para comprobar el estado de la colonia MRS-07, la que habían venido a visitar y la que podía ver con mucho más detalle.

Hizo una rápida revisión de su estado exterior. Muchas de las placas transparentes que conformaban la cúpula estaban rotas parcial o completamente y permitían ver a través de ellas. Las que todavía resistían el paso del tiempo estaban cubiertas de grietas que atestiguaban el nulo mantenimiento recibido durante los últimos tiempos. Observó las grandes dunas que se elevaban a un par de decenas de metros de altura, tapando gran parte de la base de la cúpula. Años de tormentas de arena se habían acumulado en los alrededores, modificando la estampa hasta convertir en un desierto lo que una vez estuvo repleto de vida.

—Esto es un cementerio —repitió en un murmullo la frase que había acuñado Ferrara.

Revisó de pasada el estado que se intuía en el resto de cúpulas desde la distancia. Las demás, aun siendo muy similares, tenían ciertas diferencias, fruto de su construcción en diferentes épocas y de la evolución de los materiales y el aprendizaje arquitectónico marciano. Sin embargo, todas ellas compartían el desolador aspecto que no dejaba un solo resquicio a la esperanza de encontrar algún superviviente. La vida había abandonado el planeta hacía ya mucho tiempo, demasiado.

—Perímetro en posición —informó Miller, que sacó a Robert de su ensimismamiento.

Este se giró hacia Solberg, que controlaba las imágenes que los tres pequeños drones enviaban al visor holográfico de su traje. Se aproximó a ella para revisarlas.

—¿Algo reseñable? —preguntó.

—No, señor —respondió la soldado—. Me temo que todo este lugar tiene el mismo aspecto de abandono que tenemos delante.

Robert lanzó un gruñido imperceptible. En el fondo albergaba la esperanza de detectar algo que les indicara que todavía había alguien con vida allí. Se giró hacia la rampa de la Phoenix, desde donde vio al resto esperando a que les diera permiso para abandonar la nave. Les hizo un gesto con la mano y todos descendieron con prudente curiosidad.

—El día en el planeta dura casi lo mismo que en la Tierra, no me gustaría quedarme aquí por la noche —les dijo—. Echaremos un primer vistazo rápido y continuaremos mañana a primera hora. Procurad no alejaros del grupo, las tormentas de arena pueden durar días enteros y cubrirlo todo, incluso a vosotros.

Encabezados por Robert y Solberg, que continuaba controlando el perímetro desde el aire, se acercaron a una de las entradas de la cúpula, en la esquina oeste. La entrada estaba destrozada y parcialmente cubierta de arena. Era de gran tamaño, suficiente como para permitir el paso de los enormes vehículos que se utilizaban en Marte para el transporte de materiales. Robert apuntó con su fusil hacia el interior y comenzó a cruzar el espacio donde

deberían haber encontrado la esclusa que daba acceso a la cámara de descompresión de la cúpula.

Cruzaron los treinta metros de la cámara y atravesaron la segunda de las esclusas, que, aunque estaba en mejores condiciones, también permitía el paso sin problemas. Las primeras cúpulas que se construyeron en Marte eran mucho más pequeñas que esa, cuyo diámetro llegaría a los doscientos metros, y tenían una única entrada. Las más modernas crecieron en tamaño y seguridad, permitiendo la creación de cuatro entradas, una en cada punto cardinal, que permitían desplazarse hacia las cúpulas auxiliares, más pequeñas y repletas de instalaciones que no se encontraban en la principal, normalmente por motivos de seguridad.

Ferrara y Miller se adelantaron en cuanto cruzaron la segunda esclusa y revisaron el lugar, apuntando con sus fusiles en todas direcciones.

—¿Qué demonios ha ocurrido aquí? —murmuró Ferrara al ver la dantesca situación en el interior.

Había decenas de cadáveres desperdigados a lo largo de la explanada de entrada. Sus pieles estaban secas y ennegrecidas por la acción de la radiación solar, y se asemejaban más a las momias del antiguo Egipto que a un cadáver descompuesto.

—Hay cientos de ellos —añadió Miller horrorizado.

Robert revisó los edificios del interior de la cúpula. Aunque seguían en pie, estaban destrozados por el paso del tiempo y la defectuosa protección que la cúpula les ofrecía al contraste entre el relativo calor del día y las gélidas noches de Marte. Muchos de ellos, los más bajos, recordaban vagamente a los barracones que ellos mismos habían utilizado en la base Magallanes. Otros, en cambio, en especial los que se levantaban en el centro de la colonia, eran mucho más altos y parecían el resultado de una construcción posterior realizada con el paso de los años, cuando las colonias estaban en su apogeo. Bajó su fusil casi de inmediato; era imposible que encontraran a alguien con vida en ese lugar. A juzgar por la cantidad de arena que había amontonada por las esquinas de los

edificios, llevaba siglos abandonado. Emily se adelantó en cuanto vieron que la situación no representaba un peligro inminente.

—¿Qué crees que ha ocurrido? —preguntó.

—Alguien los atacó —dijo, señalando a uno de los cadáveres, que todavía sostenía un fusil.

—¿Quién?

—No tengo ni la menor idea —respondió él mientras se encogía de hombros.

Avanzaron hacia el centro de la cúpula mientras observaban con atención a su alrededor. Miraran donde miraran encontraban restos de muerte y desolación. El tiempo había causado estragos y tal vez por ese motivo no les resultó sencillo saber qué era lo que había ocurrido. Se estaban defendiendo de algo o de alguien, pero allí había algo más. ¿Ocurrió algo en la cúpula que originó una descompresión y causó los problemas?

—Adeon —llamó Emily—. ¿Qué nos puedes contar sobre esta colonia?

—Su construcción finalizó en 2232 —explicó la IA—. Inicialmente tuvo unos mil habitantes, en su mayoría científicos especializados en ingeniería genética. Su principal objetivo era el de adaptar especies vegetales de la Tierra para permitir su crecimiento bajo las condiciones extremas de Marte. Cerca de la entrada este de la colonia se encuentran los edificios con cultivos hidropónicos en los que realizaban los experimentos.

—Eran solo granjeros —murmuró Alberto.

—Sí —admitió Adeon—. Aunque es una manera un tanto simplista de definir la colonia, es aceptable catalogarlos como tal. Durante los primeros años de su existencia, los científicos y el personal auxiliar se trasladaron junto con sus familias. Años más tarde, tras el descubrimiento de Belial, se incluyó personal de seguridad y de otra índole hasta llegar a un pico poblacional de mil seiscientas personas.

—Y también había turismo —dijo James, señalando el viejo cartel de un edificio en ruinas en el que podía leerse la palabra HOTEL.

—En todas las colonias, especialmente en las primeras, había una importante industria turística —continuó la IA con su habitual tono neutro—. Se organizaban visitas guiadas a lo largo de todas las cúpulas. Esa fue una de las formas de financiación más importantes que se explotaron en la CMC.

—¿Hay algún tipo de registro dónde podamos encontrar información sobre lo que ocurrió aquí? —preguntó Emily.

—El edificio principal, el más alto de todos, y situado en el centro de la cúpula, es el edificio de gobierno —les dijo—. De existir algo de información que aclare lo ocurrido, la encontraréis allí.

—Pero antes necesitaremos recuperar el suministro eléctrico —supuso Robert mirando en todas direcciones.

—Los generadores de fusión se encuentran en una de las pequeñas cúpulas aledañas —dijo Adeon—. Los diseñadores de las colonias decidieron que no era buena idea que algo que podía saltar por los aires estuviera en el mismo lugar donde una estrecha pared de cristal de polímeros avanzados los separaba de una atmósfera irrespirable.

Robert consultó la posición del sol desde el interior de la explanada. No disponían de demasiado tiempo para explorar el lugar ni abrirse paso hasta las instalaciones del generador.

—Creo que es un buen momento para regresar a la Phoenix y descansar esta noche —dijo—. Estamos todos demasiado cansados por el viaje y la tensión. Mañana será otro día.

A pesar de las ganas que Emily tenía de descubrir lo que había ocurrido en ese lugar, no le llevó la contraria. Había sido un día con demasiadas emociones y, por desgracia, ninguna había sido positiva. No tenía claro que nadie pudiera dormir después de descubrir que el proyecto Atlas había sido un total y absoluto fracaso, pero había muchas cosas sobre las que meditar. Necesitaban esas horas de descanso.

Regresaron a la Phoenix sin hacer demasiados comentarios. El reguero de cadáveres que los acompañó hasta la salida fue el encargado de hablar por ellos.

11
El sospechoso

3 de agosto del año 6

Wiikhaadiiz ofiz, Kepler-442b

—No hemos conseguido una mierda durante estos cuatro días —se quejaba Narya, que había seguido a la mujer de Yaaw como un perrito faldero—. Todos los días ha hecho lo mismo. Compra alguna verdura, a veces algo de pescado y huevos, y regresa a su casa. Toma la misma infusión sentada en la misma mesa y después se marcha al comedor social. Es desesperante.

—Tranquila —le dijo Khaavmi—. Sabíamos que sería complicado encontrar a Yaaw. Tenemos que ser más constantes.

—Creo que deberíamos poner alguna tecnología de los humanos en su casa —dijo, girándose hacia el inspector McNeil, que agasajaba a uno de sus pequeños animales mientras atendía a la conversación.

—Ya hemos hablado sobre eso —respondió él con calma—. No pienso permitir que utilicéis nuestra tecnología para violar la privacidad de esa kepleriana, por muy culpable que me parezca su marido. Eso tendría que autorizarlo un juez.

—¡Pero es posible que estén todos comprados por Yaaw! —se quejó ella.

—Entonces, no podemos hacer nada más que continuar vigilándola desde la distancia.

Narya lanzó un bufido de desesperación. El inspector McNeil era muy apreciado por Emily y Khaavmi, pero todavía no había demostrado ser de gran utilidad en lo que llevaban de misión. Se limitaba a quedarse en la vivienda que ocupaba junto a Khaavmi y a alimentar a sus animales. Únicamente tomaba la palabra para tirar

abajo las sugerencias de Narya para agilizar las cosas. Estaba cansada de llevar una vida anodina y aburrida, detrás de una mujer rica cuyos mayores problemas en la vida eran si comprar verduras o pescado.

—Pero no tenemos nada —se quejó—. Llevamos días dando vueltas sin avanzar.

—Seguiremos —se limitó a responder sin siquiera mirarla—. Cuatro días es poco para hacernos una idea de sus rutinas. Tendrá que pasar más tiempo para que podamos hacer un perfil con sus hábitos alimenticios.

Ella suspiró con fuerza. Solo llevaba cuatro días y ya estaba harta de esa vida. No estaba hecha para la ciudad, necesitaba libertad de movimientos, sentir la brisa y los aromas del camino en su cara. Ansiaba volver a su anterior vida, en la que era dueña de su destino. No encontrar nada en la rutina en la que se había instalado la frustraba sobremanera.

Ni siquiera la pista sobre el puesto de especias había resultado ser válida. La distribución de los cestos con especias seguía siempre la misma disposición. McNeil no había encontrado nada, aunque seguía sosteniendo que sería necesario controlar ese puesto, en el que parecía que la mujer de Yaaw tenía cierto interés.

Guardaron silencio durante unos instantes, sumidos en sus pensamientos. Tan solo los chirridos y quejidos de todos los *jushes* del inspector eran capaces de llenar el espacio en el que se encontraban. Fue Khaavmi el que decidió interrumpir las cavilaciones.

—¿Has vuelto a ver *thaamnis* en las inmediaciones de la vivienda de Iidriis? —preguntó.

—No —respondió ella—. Solo las vi el primer día, en uno de los callejones.

—Resulta extraño que en un barrio como este haya *thaamnis*. —Khaavmi se mesó el mentón—. Los servicios de control de plagas de la ciudad suelen ser especialmente cuidadosos en esta zona.

—Por la cuenta que les trae —añadió Narya, combativa.

—Adeon, ¿cuál es el equivalente terrestre de un *thaamni*? —preguntó el inspector. A su lado descansaba una de las mochilas de telecomunicaciones que le permitía estar en constante contacto con la estación espacial. Gracias a ella habían podido seguir la operación y ver lo que veía Narya y el dron que las seguía a ambas desde las alturas.

—Según los estudios genéticos del equipo del subdirector Murakami, sería la especie resultante de miles de años de exposición a las moléculas insectoides de las ratas.

—Lo suponía —dijo sin darle más importancia—. Resulta extraño, pero no tiene por qué tener relación con el caso. Es normal que haya plagas en las grandes ciudades, especialmente cuando la higiene es deficiente.

Ambos lo miraron sin añadir nada más. Era probable que tuviera razón; al fin y al cabo, ¿cómo iba un grupo de roedores a indicarles la localización de Yaaw?

De repente, ruidos en la puerta de la vivienda los pusieron en alerta. Unos instantes después se abrió por completo. Yisht regresaba de mover los hilos que todavía le quedaban en la ciudad tras haber servido con devoción a Khikhya durante sus últimos años de gobierno. Todos, incluidos los *jushes*, la miraron cuando apareció en el salón de la vivienda.

—¿Has conseguido algún avance? —preguntó Khaavmi, necesitado de noticias positivas.

—He logrado un hueco en el comedor social para Narya —reveló.

La noticia hizo que McNeil se girara. No parecía demasiado, pero al menos tendrían una excusa para colarse en el penúltimo lugar de la vida del objetivo que no habían estudiado ya a conciencia. Tal vez no aportara nada nuevo, pero lograrían tenerla algo más controlada.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Khaavmi, gratamente sorprendido con la capacidad de la antigua ayudante del gobierno.

—Solo he tenido que pedir un par de favores que me debían. —Se encogió de hombros, como quitándole importancia—. Uno de los cocineros tenía un pasado un tanto oscuro, así que me temo que tendrá que ausentarse durante las próximas semanas para que su futuro no se vuelva igual de oscuro.

—No me gustaría ser tu enemigo —respondió Khaavmi con una amplia sonrisa.

—¿Próximas semanas? —preguntó Narya con la cara desencajada.

—El tiempo que sea necesario para encontrar a Yaaw y llevarlo ante la justicia —argumentó ella.

—Pero, yo no sé cocinar —se quejó.

—Por lo que he oído, el kepleriano al que sustituyes tampoco —respondió Yisht—. Solo tendrás que cortar las verduras y limpiar los cacharros.

—¡Genial! —exclamó con sarcasmo—. Si ya de por sí mi vida era de lo más aburrida, ahora tendré que limpiar los cacharros de todo un comedor.

—Piensa que al menos estás colaborando en una buena causa —le dijo Khaavmi, comprensivo.

—No sé si eso me ayuda —respondió hundiendo la cabeza entre las piernas.

—Aun así, tendremos que ir pensando en nuestros siguientes pasos si resulta que esto tampoco funciona —dijo Yisht.

—Solo quedaría introducirse en su vivienda mientras ella se ausenta —sugirió Khaavmi—. Tal vez se nos haya escapado algo. —McNeil se giró de inmediato, pero continuó antes de que interviniera —. Sin embargo, el inspector McNeil es reacio a espiarla en su propia casa sin que haya una autorización judicial.

—Me temo que los jueces no son una opción —convino Yisht.

—Lo sabemos —zanjó el militar—. Por eso he decidido comenzar a explorar otras vías.

—¿Cómo cuáles? —preguntó Yisht.

—Todavía no hemos explotado la opción de encontrar a uno de sus antiguos mercenarios —explicó él—. Estoy seguro de que andan por ahí fuera, malgastando sus ahorros en alguna taberna o burdel. He decidido que esta misma noche comenzaré a recorrer algunas de las tabernas de la ciudad. Aunque solo sea por pura estadística, estoy seguro de que encontraré a alguno de ellos. Puede que consiga sonsacarle algo de información.

—¿Vas a volver a una taberna? —preguntó McNeil, preocupado por la más que conocida adicción de su compañero.

—Sí, pero no es necesario que te preocupes por mí. He hecho esto miles de veces —respondió con una sonrisa.

—Eso es precisamente lo que me preocupa —dijo el inspector—. Las adicciones en alguien de tu edad son muy peligrosas, no deberías entrar en ninguno de esos lugares.

—Estaré bien —insistió.

—Pero aquí todo el mundo te conoce —añadió Narya, también preocupada—. Nadie te contará nada.

—Precisamente esa es mi mejor baza —asintió él con resignación —. Debido a que todo el mundo me conoce, creerán que he vuelto a mi antigua vida de pendenciero sin control.

—Exponerte de esa manera será una prueba muy dura para ti —insistió el inspector.

—Tranquilos —respondió él con determinación—. Creo que sabré controlarme. Al fin y al cabo, estaré de servicio.

Unas horas más tarde, Khaavmi se dirigió hasta una de las tabernas de la ciudad. A pesar de que no era la que frecuentaba, la gente lo reconoció de inmediato al entrar. Estaba llena. Tuvo que aguantar varias miradas indiscretas y más de un susurro sobre su persona, pero le dio igual. Tomó asiento en una esquina del establecimiento y aguardó con indiferencia a que todos retomaran sus conversaciones.

El pequeño grupo de música que había al lado de la chimenea reanudó su actividad y los instrumentos de cuerda y percusión ambientaron la noche fría del exterior. Khaavmi pidió al tabernero una jarra de arborumel. Si quería pasar desapercibido tendría que hacer exactamente lo que esperaban todos los que lo habían mirado al llegar.

El tabernero regresó al poco tiempo con una jarra llena hasta los topes y un vaso para servirla. Khaavmi le pagó las dos monedas que le reclamaba y se dedicó a mirar alrededor, esperando ver algún comportamiento que encajara con lo que estaba buscando. A su lado, un grupo de tres keplerianos se relajaban de su trabajo de techadores mientras criticaban a algún otro grupo de la competencia. Cerca de la chimenea, un kepleriano joven y solitario ahogaba las penas en una jarra mientras lloraba desconsoladamente. «Problemas sentimentales», pensó. Había visto esa misma estampa tantas veces que no tuvo ninguna duda de que su mujer le había dejado. En otra mesa, dos keplerianos de cierta edad jugaban a un juego tradicional que consistía en el lanzamiento de huesecillos de animales. Revisó una por una todas las mesas, pero no encontró nada extraño.

Mientras pensaba en que tal vez tuviera que cambiar de taberna para encontrar lo que estaba buscando, su mirada se clavó en la jarra que tenía delante. Estaba allí de servicio, tratando de encontrar alguna pista que pudiera llevarlos hasta el escondrijo de Yaaw. No podía sucumbir a la tentación. Un sudor frío comenzó a recorrerle la espalda. Pensó que no pasaría nada por probar un poco; al fin y al cabo, tenía que aparentar que había vuelto a su vida anterior. Todo era parte de su estrategia para pasar inadvertido y encontrar algún sospechoso.

Levantó la jarra y notó el peso en su mano. Después la inclinó y vertió el líquido en el vaso de barro hasta casi llenarlo. El color dorado con tonos rojizos del arborumel despertó algo en su interior que el aroma que impregnó sus fosas nasales multiplicó por diez. Supo que tenía que beber esa jarra si no quería enloquecer. Dio un largo trago hasta casi apurar el vaso, como si no hubiera bebido

nada durante semanas. El sabor dulzón y seco del brebaje impregnó su garganta, provocando en él una extraña sensación de satisfacción que creía olvidada. Para su sorpresa, se sintió bien de repente, como si regresara al que había sido su hogar durante tantas noches de dolor, de querer olvidar el pasado ahogándolo en alcohol.

Apuró el vaso y se sirvió otro casi de inmediato. A pesar de que todos sabían quién era, nadie lo observaba, nadie lo juzgaba. Él era como todos los demás, un pobre diablo que trataba de escapar de los problemas de la vida buceando en una jarra de arborumel.

Los gritos de una mujer le sacaron de su ensimismamiento. Alzó la mirada en busca de la fuente del sonido. En otra de las esquinas, no demasiado iluminada para pasar desapercibido, había un kepleriano. A su lado, una kepleriana, presumiblemente una prostituta, trataba de zafarse de él. Con toda probabilidad se había propasado con ella sin realizar ningún pago. No era habitual ver escenas como esa, ya que el tabernero podría tomar represalias e invitarlo a salir del local, paliza mediante.

La prostituta se levantó de la mesa y la cosa no pasó a mayores a pesar de los aspavientos del kepleriano, que parecía haber bebido más de la cuenta. Varias jarras vacías descansaban en su mesa y su mirada era ya vidriosa. Khaavmi lo observó durante un largo rato mientras apuraba lo que quedaba en su jarra. Aunque no cumplía los estándares de un mercenario, parecía estar gastando su dinero de una manera muy llamativa, como si tuviera demasiado o no le importara llamar la atención de algún amigo de lo ajeno.

Sin quitarle el ojo de encima, avisó al tabernero, al que le pidió que le trajera otra jarra de arborumel. Él obedeció y sustituyó la vacía por otra llena. Le tendió las dos monedas, pero antes de que se apartara, Khaavmi lo agarró del antebrazo y tiró de él para que se agachara.

—¿Quién es tu invitado? —preguntó—. El que tiene buen beber y que estaba con una de tus señoritas.

—No lo sé, teniente Khaavmi —respondió con tono serio, dejando claro que sabía quién era—. Creo que viene de otra ciudad, no lo

habíamos visto nunca por aquí. Pero puedo asegurarle que volverá a su casa con un par de huesos rotos si vuelve a propasarse con una de las chicas. Me da igual que usted pertenezca a la guardia.

—No estoy de servicio —mintió con indiferencia—. Haga lo que tenga que hacer.

Khaavmi dejó que el tabernero regresara a sus quehaceres, pero ya no pudo dejar de observar al extraño en toda la noche. Si no era de la zona, tenía opciones de ser lo que estaba buscando. Tal vez no fuera uno de los mercenarios, pero suponía que Yaaw necesitaba todo tipo de perfiles para gestionar sus negocios y trapicheos. Le daba igual atrapar a su contable siempre y cuando pudiera llevarle hasta el fugitivo.

Tras varias visitas a las letrinas de la taberna para aliviar su vejiga, el extraño se levantó tambaleante de su mesa y se dirigió a la salida. Aunque le costó mantener la vertical, Khaavmi hizo lo mismo y lo siguió hasta el exterior. Su cuerpo no estaba tan acostumbrado al alcohol como pensaba y notó el exceso de arborumel en su sangre. Tuvo que apoyarse en uno de los parroquianos de la taberna, que soltó una gran carcajada al ver al antiguo capitán de la guardia de la ciudad en esas condiciones.

Cuando salió al exterior, el aire frío de la noche lo golpeó en la cara. Aunque no le ayudó a rebajar la borrachera, el viento le permitió espabilar un poco sus aletargados sentidos. Le costó unos instantes localizar al sospechoso. Había girado hacia la izquierda y caminaba haciendo eses por medio de la avenida. Trató de acercarse a él, pero pronto tuvo que esconderse, ya que otra figura caminaba justo delante del sospechoso. No estaban solos en la calle.

Khaavmi se apartó con dificultad del centro y trató de pasar desapercibido mientras perseguía a las dos figuras que llevaba delante. Al principio le costó enfocar la vista en la otra figura, pero pronto la reconoció: se trataba de la prostituta a la que había molestado en el interior de la taberna. Él parecía estar dirigiéndose a ella en malos términos, a juzgar por la reacción de la kepleriana.

—¡No te vayas! —escuchó que la gritaba—. ¡Tengo un regalito para ti!

—¡Te he dicho que me dejes en paz! —le espetó ella, que aumentó el ritmo para tratar de dejarlo atrás.

De repente, justo cuando estaban a la altura de uno de los callejones, el sospechoso echó a correr y la agarró por los hombros para arrastrarla hasta el callejón. La kepleriana ahogó un grito y trató de zafarse sin éxito de su captor. Khaavmi trató de acelerar el paso, pero sus piernas no le obedecían y acabó trastabillando y cayendo al suelo. Se levantó con dificultad mientras escuchaba el murmullo provocado por los forcejeos.

En cuanto entró en el callejón, vio al sospechoso encima de la kepleriana, con los pantalones a medio bajar, tratando de sobrepasarse con ella. Sin dudarlo, se abalanzó sobre él y lo agarró de la parte trasera del jubón. Aunque estuvo a punto de caerse de nuevo sobre ellos, consiguió apartarlo de la prostituta, que de inmediato se puso en pie y salió huyendo de allí.

—¡Qué demonios crees que estás haciendo! —se quejó el kepleriano—. ¡Yo la he visto primero!

Sin darle tiempo para reaccionar, Khaavmi le asestó un puñetazo en la cara que hizo que su brazo temblara por el impacto. El kepleriano trató de defenderse y evitó que el segundo directo impactara. Se removió como gato panza arriba y consiguió desequilibrar a Khaavmi, que cayó a un lado, más por culpa de su propia borrachera que por la habilidad de su rival. Tras lograr levantarse en tres tiempos, se encaró con su enemigo, que se había subido los pantalones y se acercaba a él visiblemente afectado por el alcohol.

El sospechoso lanzó un directo que solo rozó la cara de Khaavmi, pero que le causó un dolor punzante en el mentón. Se cubrió como pudo y contraatacó con un gancho de derechas que se estrelló en el hombro. Vencidos por su estado de embriaguez, ambos se agarraron y rodaron por el suelo en un cómico baile que no parecía seguir ningún tipo de sincronización ni coreografía. Su rival logró zafarse

del abrazo horizontal y se levantó más rápido. Propinó un puntapié en el estómago de Khaavmi que le hizo ver las estrellas. Por suerte para él, pudo reaccionar a tiempo antes de que llegara el segundo impacto. Se apartó de la trayectoria y su contrincante solo encontró aire.

Khaavmi aprovechó el desconcierto y la torpeza de su rival para levantarse a toda prisa y abalanzarse sobre él. El kepleriano, que no parecía especialmente fornido, cayó a plomo ante la acometida del miembro de la guardia de la ciudad. Utilizó su ventaja para situarse justo encima de él y, agarrándole por la pechera, le propinó un puñetazo que le hizo sangrar de la nariz.

—¿Dónde está Yaaw? —vociferó.

El kepleriano trató de zafarse alargando las manos hacia su cara. Logró apartar los brazos de su rival con cierta dificultad, pero Khaavmi abrió suficiente hueco para asestar otro directo. Con todo el peso sobre él, era una presa fácil para alguien entrenado como el teniente. Asestó un nuevo golpe, y luego otro más.

—¡Suéltame! —suplicó el kepleriano, que ya no se veía tan amenazador.

—¿Dónde está Yaaw? —repitió mientras asestaba un nuevo golpe.

—No sé de quién me hablas —se quejó él—. Yo solo quería pasar un buen rato después de todo lo ocurrido.

Khaavmi armó de nuevo su brazo para propinar otro directo. Sin embargo, algo en la mirada de ese kepleriano le hizo pensar que tal vez no fuera quien esperaba. Tenía los brazos flexionados y se tapaba la cara como podía para evitar un nuevo puñetazo que le abriera más heridas.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Me llamo Ghertwin —acertó a decir, asustado como estaba—. Solo soy un arquitecto de Khapabir que lo ha perdido todo.

Khaavmi vio cómo su rival se derrumbaba y se echaba a llorar.

—Solo quería divertirme un poco con ella antes de quitarme la vida —sollozó—. Sé que no he actuado bien, pero solo quería pasar una última noche sin pensar en todo lo que he perdido.

Khaavmi lo miró de otra manera y supo que decía la verdad. Ese kepleriano estaba desesperado, y aunque había estado a punto de cometer una estupidez, no parecía mala persona. Al igual que otros tantos en las cuatro ciudades, lo había perdido todo. Muchos tomaban el camino rápido y se colgaban de una soga. Destensó su brazo y aflojó su presa.

—Lo siento —siguió—. No debí intentar propasarme con ella, pero ya no me quedaba suficiente dinero para pagarle una noche.

Khaavmi se levantó y lo miró con una mezcla de asco y compasión. Él mismo se había planteado quitarse la vida tantas veces que, en cierta manera, se vio reflejado en el despojo que tenía delante de él, arrugado y con la cara machacada tras la pelea.

—Considera esto el comienzo de una segunda oportunidad —le dijo con seriedad—. Quiero que regreses a Khapabir, allí hace falta toda la ayuda del mundo para recuperar la ciudad. Sé que ahora no lo ves fácil, que crees que no te mereces una mierda, pero créeme cuando te digo que puedes volver a empezar. Encontrarás la manera, todos tenemos que hacerlo.

—Pero yo lo he perdido todo —gimió—. ¿Cómo crees que puedo comenzar de cero?

—No lo sé —reconoció—. Pero creo que todos necesitamos que alguien nos diga que todo va a salir bien, que no encontraremos la solución a nuestros problemas en el fondo de una jarra de arborumel y que todavía tenemos mucho que aportar a la sociedad.

Khaavmi le tendió la mano al kepleriano, lo ayudó a levantarse y lo dejó marchar tras arrancarle la promesa de que no volvería a hacer ningún mal. Después, regresó con calma hasta el piso en el que aguardaba McNeil. Tal vez no había avanzado nada en la investigación, pero había dado un paso de gigante para encontrar su lugar en el mundo.

12
El último bastión de la humanidad

8 de abril de 3369

Afueras de la colonia MRS-07, Marte

No fue una noche sencilla. Emily estuvo durante horas dando vueltas en la pequeña cama de su camarote. A pesar de la suave gravedad del planeta, no podía quitarse de la cabeza la imagen de la Tierra cruzada por varios anillos, como una cicatriz que recordaba lo que la humanidad no había sido capaz de evitar. Los restos de la Luna que durante tantas noches de verano había observado con su telescopio desde el jardín de su casa habían acabado con miles de millones de personas. Todas esas vidas, todas esas voces cargadas de esperanzas, de sueños y de proyectos, destruidas de un plumazo.

Aquellas que no acabaron bajo la devastadora potencia del impacto lo hicieron cuando la luz del Sol se ocultó tras los miles de millones de toneladas de polvo, cenizas, azufre y dióxido de carbono que fueron lanzados a la atmósfera y que, una vez controlada la actividad volcánica y los terremotos, provocaron un descenso de las temperaturas de tal magnitud que todavía perduraba más de mil años después. Era descorazonador.

Despertó alterada tras permanecer durante varias horas en un duermevela que no le permitió descansar como le habría gustado. Aunque seguía somnolienta, se obligó a levantarse de la cama y entró en el vestuario común. Se refrescó la cara con agua helada y se miró en el espejo. No le gustó demasiado lo que vio, pero tenía cosas más importantes en las que pensar más allá de su aspecto físico.

Bajó las escaleras al piso intermedio y se sirvió una taza caliente de café recién hecho. Sopló antes de tomar el primer sorbo y se sintió reconfortada. El día sería largo, pero necesitaban respuestas sobre lo que había ocurrido en ese lugar. Y quién sabía si encontrarían algo que les diera alguna pista sobre el final de la civilización en la Tierra.

—¿Ya estás despierta? —escuchó la voz de Robert asomándose desde el pasillo—. Noche complicada, ¿verdad?

El corazón le dio un vuelco. Hacía mucho tiempo que no coincidían solos en una estancia. Sin embargo, y a pesar de todo lo ocurrido entre ellos, asintió sin decir nada más.

—Si te sirve de consuelo, yo apenas he pegado ojo —siguió él—. Solo de pensar en mis hermanos…

Emily lo miró y de repente se dio cuenta de que el resto de sus compañeros estaban mucho más comprometidos con lo que había ocurrido en la Tierra que ella. Su padre había viajado en la Galileo y su abuela había fallecido poco antes de partir ella. La única familia que le quedaba en la Tierra era la de su tío George, y no había dejado atrás demasiados amigos. Pero Robert y los demás tenían a sus padres, hermanos y hermanas. No había pensado en que, en este caso, se podía considerar una privilegiada, capaz de asumir el resultado de la mayor catástrofe de la historia de la humanidad sin pensar en sus seres queridos.

—Lo siento —fue lo único que fue capaz de decir.

—No pasa nada —respondió él, recuperando la compostura—. Hace mucho tiempo que asumí que todos aquellos por los que sentí abandonar el planeta habían fallecido. Aunque admito que al saber que íbamos a viajar al pasado y que iba a volver a pisar de nuevo el mismo planeta en el que todos ellos compartirían el mismo aire que yo, me hizo albergar una extraña esperanza. Qué tontería, ¿verdad?

—No es ninguna tontería —dijo ella, levantándose de la silla y acercándose a él—. Creo que es muy humano.

Cogió sus manos y sintió el calor que emanaban. Miró sus ojos verdes y sintió el inmenso dolor que lo atenazaba. Lo rodeó con sus

brazos y colocó la cabeza sobre su hombro. Robert dudó al principio, pero correspondió al abrazo con dulzura, sintiéndose reconfortado de inmediato. Emily percibió el olor de su cuello, el aroma de su cuerpo, y su mente comenzó a volar. Sus cabezas empezaron a girar sutilmente hasta que estuvieron enfrentadas, a escasos centímetros la una de la otra. Emily notó el calor que emanaban sus labios cuando se acercaron a los de ella, casi rozándose. Sintió cómo su corazón le daba un vuelco que la empujó a dar el siguiente paso.

—¿Vosotros tampoco podíais dormir? —preguntó Chad, irrumpiendo en el comedor sin saber lo que ocurría.

Ambos se separaron de inmediato, incómodos por la interrupción del biólogo. Agacharon la cabeza, notando cómo el calor todavía les subía por el cuello. Emily, muy apurada, volvió a sentarse en la silla.

—Ha sido una noche dura para todos —dijo Robert, tratando de recuperar la compostura.

—¿Vosotros también escuchabais los ronquidos de Alberto? —preguntó extrañado.

Ambos lo miraron incrédulos.

—¿Te parece poco que la humanidad haya desaparecido de la faz de la Tierra? —preguntó Robert.

—Ah, eso —dijo despistado—. Sí, claro, supongo que todos estamos consternados. Es horrible, todas esas personas.

Emily y Robert intercambiaron miradas, en parte para evaluar la aparente tranquilidad con la que Chad se refería al cataclismo y en parte para recuperar el pulso que se les había disparado con la inoportuna aparición.

—¿Cuál es el plan para hoy? —preguntó distraído mientras se preparaba el desayuno—. ¿Poner en marcha el suministro eléctrico de la colonia para encontrar pistas sobre lo ocurrido?

—Sí, a grandes rasgos —respondió Robert—. Como no podía dormir, anoche estuve estudiando los planos originales de la colonia. Tanto Adeon como yo creemos que se habían realizado muchos cambios y ampliaciones a las estructuras originales. Se añadieron

gran cantidad de edificios y se ampliaron los ya existentes, en especial la zona central.

—¿Con qué propósito? —preguntó Emily.

—Imaginamos que para albergar a más colonos —adelantó él—. Si te paras a pensar en lo que pudo ocurrir en los años previos al cataclismo, justo después de que nos marcháramos, ¿qué pensáis que sentirían en la Tierra al ver que el Proyecto Atlas no parecía avanzar?

Emily meditó sobre ello. Supuso que en esa situación reinaría el caos y las colonias se prepararían para recibir una avalancha de inmigración desde la Tierra. Teniendo en cuenta que los recursos de Marte eran muy limitados y estaban dimensionados para dar soporte a un número reducido de personas, podía hacerse una idea de lo que había ocurrido. Sin embargo, había algo que estaban dando por hecho y sobre lo cual no tenían nada de información.

—Supongo que cundiría el pánico —concedió—. Pero no sabemos qué fue lo que ocurrió con el Proyecto Atlas. En realidad, ni siquiera sabíamos en qué consistía.

—Tal vez Adeon lo sepa —dijo Chad.

—Adeon solo sabe lo que sabía Ada —respondió Emily, agitando la cabeza—. Todo lo que se refería al Proyecto Atlas estaba envuelto en una capa de secretismo que nunca llegué a comprender. Se trataba del proyecto que pretendía resolver el mayor problema al que se enfrentaba la humanidad. ¿No era lógico que los políticos trataran de tranquilizar a las masas con algo más de transparencia que la que hubo?

—Qué poco conoces a los políticos —se burló Chad—. Ellos solo se preocupaban de los suyos.

—Sí, lo sé, no soy una ingenua —respondió con una sonrisa amarga—. Pero es que todos los intentos por conocer lo que ocurría en el fragmento de la Luna fueron infructuosos. Recuerdo leer sobre algunas tentativas de diferentes activistas internacionales que aseguraban que el cifrado con el que se encontraban al intentar averiguar algo sobre lo que el proyecto Atlas hacía en la Luna era de

una categoría nunca antes vista. Ni siquiera las computadoras cuánticas más avanzadas eran capaces de descifrarlo.

—Quizá no tenían muchas esperanzas de conseguir evitar la catástrofe y creyeron más conveniente dejarlo estar —sugirió el biólogo.

—Lo único que debemos tener claro es que no lo consiguieron —zanjó Robert—. Fueran los que fueran los motivos por los que se mantuvo ese secretismo, no son relevantes ahora. La situación es la que es. E imagino que llegó un momento en el que ningún subterfugio o telón fue capaz de ocultar lo que estaba a punto de ocurrir.

—Hubo una emigración masiva hacia Marte —murmuró Chad.

—Y los habitantes de las colonias trataron de defender sus recursos —concluyó Emily.

Los tres guardaron silencio. Sus mentes trataron de imaginar lo que sintieron los colonos e inmigrantes para llegar a tal punto de desesperación como para atacar a sus iguales ante un evento tan catastrófico como el que estaba a punto de asolar la Tierra. Era una sensación terrible.

—Tenemos que ponernos en movimiento —les instó Emily con un ligero golpe en la mesa.

Reunieron al resto del equipo en cuanto se despertaron. Robert y Ferrara cargaron dos de las mulas de la nave para transportar el material y las provisiones necesarias para casi cualquier eventualidad que se encontraran. En esa ocasión incluyeron varias palas, vista la cantidad de arena que había amontonada por todas las esquinas.

Decidieron explorar la entrada de la zona sur para comprobar si la situación era diferente. La acumulación de arena alrededor de la entrada sur era mayor que en la del oeste, por lo que tuvieron que hacer hueco con las palas para permitir que pasaran las mulas. Aunque la situación que encontraron era igual de ruinosa, en aquella

entrada no había tantos cadáveres. Ocurriera lo que ocurriera en aquel lugar, las hostilidades comenzaron en la otra entrada.

Avanzaron a través de las calles desiertas hasta llegar a las inmediaciones del edificio central, donde el rastro de cadáveres comenzaba de nuevo. Emily alzó la cabeza y se fijó en el edificio principal, donde supuestamente habían residido los miembros del gobierno de la colonia. Tal y como habían anticipado Robert y Adeon, había zonas de los edificios de alrededor que no parecían formar parte de la estructura original de la ciudad, sino que habían sido añadidas a posteriori. Tal vez tuvieran razón en lo que respectaba a la inmigración.

Robert analizó con detalle la situación de los cadáveres. Se dio cuenta de que algunos de ellos llevaban una especie de exotraje puesto. No era tan avanzado como los que usaban ellos, pero tampoco era un simple traje de astronauta.

—Los defensores trataron de contener a los atacantes. —Señaló un par de momias que dejaban muy claras las posiciones que cada uno de ellos habían tomado en el conflicto. Una de ellas llevaba uno de los trajes, la otra, no—. Los atacantes eran menos, aunque estaban mejor equipados. Imagino que en su desesperación, alguien decidió destruir la ciudad —señaló los múltiples huecos que había a lo largo de cúpula.

—¿Qué buscaban? —preguntó Paula.

—Alimentos y agua —aventuró Robert.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque en este lugar son los únicos recursos realmente importantes —repuso él con gran seguridad—. Imagínate la situación cuando todos los seres humanos de la Tierra están a punto de desaparecer de la noche a la mañana. Nadie va a enviarte recursos nunca más, da igual el oro y la plata que tengas encima o los ceros de tu cuenta corriente. La situación te ha forzado a ser autosuficiente y tienes más bocas que alimentar de las que puedes gestionar con tus recursos.

Paula se llevó las manos a la cara al ser consciente de la verdadera crisis humanitaria que había ocurrido allí.

—Se enfrentaron por los recursos del lugar —murmuró ella.

—Lo intentaron —dijo Robert—. Y al no conseguirlo, el bando atacante decidió destruir la cúpula para acabar con todos sus habitantes.

—Sin habitantes que alimentar, esta colonia no los necesitaría —concluyó Alberto—. Resulta más sencillo arreglar la cúpula que compartir los recursos.

—¡Qué horror! —exclamó Evelyn—. ¿Cómo fueron capaces de hacer algo así?

—Esa no es la pregunta que debemos hacernos. —Robert la miró con dureza—. Los problemas acabarían expandiéndose al resto de las colonias. La pregunta correcta es: ¿cuánto tiempo tardaríamos nosotros en darnos cuenta de que solo podríamos sobrevivir si atacábamos a nuestros vecinos? ¿Lo haríamos antes o después que ellos?

Evelyn no dijo nada. Supuso que la situación tensó tanto la voluntad de los habitantes de las colonias como para empujarlos a cometer las atrocidades que tuvieron lugar en esa misma ciudad.

—Y lo peor de todo es que tarde o temprano se acabarían consumiendo los recursos sin disponer de más colonias a las que asaltar —añadió James.

—El final de la humanidad no podía llegar de otra forma —murmuró Alberto mientras se santiguaba—. Fuimos almas pecadoras hasta nuestro último aliento, perdónanos Señor.

Tras recuperarse de la impresión, entraron en el edificio del gobierno. El vestíbulo principal era una zona amplia y abierta. Estaba plagada de columnas, y en el punto central había un gran mostrador desde el que supusieron que se controlaban los accesos al edificio. También encontraron un buen número de cadáveres desperdigados. Los defensores se habían atrincherado detrás de la mesa, y por los restos que había en los alrededores, acabaron con varios atacantes.

Emily trató de operar en alguna de las terminales que había en la mesa de la recepción, pero pronto se dio cuenta de que sin energía sería imposible conseguir nada de información. Tenían que llegar hasta la entrada norte, donde se encontraba el acceso a las instalaciones energéticas, para intentar poner en marcha los equipos.

Salieron del edificio y se dirigieron hacia el norte, donde también había rastros de la lucha fratricida. Regresaron al exterior y revisaron el mapa hasta encontrar las tres cúpulas de menor tamaño que había en esa zona. Todas estaban cubiertas de arena casi en su totalidad. Según los planos originales que había conseguido Adeon, tan solo debía de haber dos instalaciones auxiliares junto a la salida norte, pero allí había una más. Supusieron que se trataba de un añadido posterior.

La más grande de las tres era la estación de reciclado de agua, y la más pequeña, justo a su derecha, era la que estaban buscando, donde se encontraba el generador de fusión que alimentaba toda la cúpula. La entrada era mucho más pequeña que la que acababan de atravesar y estaba totalmente sepultada bajo una montaña de arena. Miller, Robert y James agarraron las tres palas que había en la mula y comenzaron a abrir una vía para poder acceder al interior. Mientras, el resto trató de echar un vistazo por los alrededores.

—El tercer montículo no es una cúpula como las otras dos —señaló Chad al mirar a través de una de las placas desgastadas y sucias, pero aún transparentes—. La parte superior es plana.

—Se habrán derrumbado los bloques de la parte superior —sugirió Paula.

—No lo creo —respondió él, señalando la forma plana de las placas más elevadas, que no tenían la misma forma hexagonal que el resto—. Además, no soy un experto en armamento, pero esa plataforma que hay dentro diría que tiene dos cañones.

Ferrara se acercó al montículo por el que se asomaba el biólogo y examinó la estructura a la que se refería.

—Es un sistema de defensa —confirmó.

—¿Defensa? —preguntó Emily, extrañada—. ¿Contra quién?

—Contra las visitas inesperadas —respondió la militar—. Algo me dice que las cosas se pusieron tan feas en la Tierra que cualquiera con dinero o acceso a una nave espacial pudo tratar de llegar hasta aquí.

Horrorizados al imaginar las situaciones tan desesperadas que se tuvieron que vivir allí, esperaron a que se liberara la entrada de la cúpula del generador y entraron por el exiguo hueco que apenas les permitía pasar agachados. La cúpula no era muy grande, solo tenía veinte metros de diámetro. Su cámara de descompresión era mucho más pequeña que la de su hermana mayor, adecuada para vehículos de transporte. El abandono y el paso del tiempo eran también evidentes en ese lugar. Había una zona central con una garita de seguridad, similar a la del edificio del gobierno, pero más modesta.

—¿Dónde están los generadores? —preguntó James al no encontrar nada más.

—En el sótano —dijo Emily, que se dirigió hacia unas escaleras que había al fondo y que descendían al subsuelo.

Tras cruzar una puerta de seguridad, cuyo cierre magnético no funcionaba por la falta de suministro, encontraron la sala con los dos generadores. Emily y Paula revisaron las instalaciones, pero ni el generador principal ni el auxiliar funcionaban.

—No hay tritio —constató Emily, que señaló la aguja analógica del depósito de combustible—. Puede que los que atacaron la colonia se lo llevaran.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Paula con los brazos en jarra.

Emily miró alrededor. El resto de la instalación parecía estar en mejor estado que la cúpula principal. El cableado que conectaba ambos generadores con la pared más cercana a la cúpula estaba intacto y en buenas condiciones. Si asumían que los generadores no tenían más problemas que la falta de combustible, solo tenían dos opciones.

—O rellenamos los depósitos, o utilizamos otra fuente de energía.

—¿Otra fuente de energía? —preguntó Paula, incrédula.

—Tenemos las baterías con las que cargamos los trajes en las mulas —dijo Emily—. Pero dudo que tengan suficiente potencia como para atender toda la demanda de la cúpula. Tenemos que encontrar el cuadro eléctrico de los sistemas.

Emily revisó el lugar con la linterna de su exotraje, ya que no llegaba demasiada luz desde la planta superior. Tras dar un par de vueltas completas alrededor de los generadores se fijó en un pequeño armario que había en la pared. Tenía un viejo candado oxidado cerrando la tapa. Cerró el puño de su traje y le asestó un golpe seco que lo hizo saltar por los aires. En el interior del armario encontraron decenas de líneas eléctricas con varios interruptores magnetotérmicos, uno para cada sistema de la cúpula. Paula soltó un silbido al ver tal cantidad de sistemas eléctricos conectados a los generadores.

—¿Qué desconectamos?

—Todo —respondió Emily—. Salvo el suministro de informática y seguridad.

Emily comenzó a bajar todos los interruptores que encontraba y cuya etiqueta no se correspondía con lo que estaban buscando: Alumbrado, bombas de agua, sensores, control atmosférico… Tan solo dejaron dos líneas conectadas, los servidores y los sistemas de control de acceso.

Bajaron una de las mulas y la colocaron cerca de las enormes mangueras que transportaban la electricidad desde los generadores. Soltaron uno de los cables de sección más pequeña y lo conectaron al acumulador de la mula. No hubo ningún cambio aparente.

—¿Ha funcionado? —preguntó Paula.

—No lo sé —reconoció ella—. No tenemos manera de comprobarlo desde aquí. Puede que no funcione nada debido a la radiación. O puede que tengamos que encender algo en el otro lado para ver si funciona.

Revisó la capacidad de la batería que acababan de conectar. El pequeño indicador mostraba el cien por cien de energía. De repente, comenzó a bajar.

—Noventa y nueve por ciento —dijo Emily, victoriosa—. Algo está consumiendo energía.

—Será mejor que volvamos a la cúpula principal —respondió Paula—. Sea lo que sea lo que está consumiendo la batería, no nos dará para mucho.

Regresaron al nivel de la superficie y volvieron por el camino del norte hacia la colonia. Nada más atravesar la entrada se dieron cuenta de que todo seguía igual en el interior. No había luz artificial ni escucharon ningún sonido que les indicara que algún sistema eléctrico estuviera en funcionamiento. El silencio era lo único que hacía compañía a las decenas de cadáveres que yacían esparcidos por la avenida.

Emily se dirigió al imponente y asimétrico edificio central, donde esperaba poder acceder a algún servidor que les explicara lo que había ocurrido en ese lugar. Paula caminaba a su lado mientras el resto del equipo les seguía de cerca. Entraron de nuevo en el edificio y, justo antes de llegar a la mesa circular de la recepción, escucharon una voz femenina.

—¡Hola! ¡Bienvenidos al edificio del gobierno de la colonia MRS-07! ¿En qué puedo ayudarles?

13
El cataclismo

8 de abril de 3369

Colonia MRS-07, Marte

Emily dio un respingo al escuchar la misteriosa voz femenina que les acababa de dar la bienvenida a la colonia. El grupo se giró en todas direcciones para tratar de situar a su interlocutora, pero no había nadie más con ellos.

—¿Qué desean? —repitió la voz al cabo de un rato.

—¿Quién habla? —preguntó Emily.

—Yo —respondió la voz, acompañando su respuesta con una risita inocente.

—No veo a nadie.

—Estoy justo delante suyo —añadió la voz, que parecía divertirse con la confusión.

Paula se fijó en un casi imperceptible haz de luz que salía desde el suelo, justo delante de la recepción. Se agachó y apartó toda la arena acumulada que impedía que lo vieran con mayor claridad. Cuando lo hizo, el haz se volvió mucho más evidente y, aunque la imagen continuaba siendo muy borrosa, había movimiento dentro de ella.

—Está desenfocado —dijo Paula al darse cuenta del problema.

Giró el pequeño aro metálico que bordeaba la fuente de luz hasta que la imagen se hizo un poco más nítida. Seguía sin ser perfecta, pero Paula se dio cuenta de que las lentes estaban desgastadas por el paso del tiempo. Pronto vieron el holograma de una mujer de unos veinticinco años, vestida con un traje de falda larga y chaqueta azul con una camisa de un tono más claro. Llevaba un pañuelo rojo

alrededor del cuello y sobre su cabeza descansaba una cofia del mismo color que el traje. Era la viva imagen de una asistente de vuelo de una aerolínea civil. Los miraba sonriente mientras se cruzaba de brazos, como si esperara sus preguntas tras siglos de inactividad.

—¿En qué puedo ayudarles? —volvió a preguntar.

Emily miró a los demás, confusa. No era eso lo que esperaba encontrar, desde luego. Los asistentes eran útiles para muchos tipos de perfiles, pero la información que ellos necesitaban tal vez fuera demasiado importante como para dejarla a disposición de un sistema de asistencia a la ciudadanía.

—¿Sabes qué es lo que ha ocurrido aquí? —preguntó Emily señalando alrededor.

—Estás en la colonia MRS-07, uno de los últimos bastiones de la humanidad —respondió ella con una sonrisa artificial.

Emily supo de inmediato que la asistente virtual no les daría información sobre lo ocurrido en la colonia. ¿Cómo iba a saberlo? Nadie podía actualizar su base de datos con información nueva si todos habían fallecido en la reyerta. Decidió cambiar de estrategia.

—¿Qué ocurrió con el proyecto Atlas? —preguntó. Aunque mantuvo la compostura, la expresión de la azafata se tornó seria de repente.

—El proyecto Atlas fue una iniciativa de los gobiernos de las naciones de la Tierra como respuesta a los acontecimientos ocurridos el 6 de octubre de 2249, en los cuales el asteroide conocido como Belial arrasó gran parte de las poblaciones del océano Pacífico y acabó destruyendo la Luna. La fundación oficial del proyecto data de diciembre de ese mismo año, cuando las Naciones Unidas, reunidas con carácter de urgencia en la sede de Nueva York, decidieron por unanimidad crear un comité de expertos para evaluar las consecuencias de la destrucción del único satélite natural de la Tierra.

La asistente virtual desapareció de su vista y se mostraron las imágenes de la sede principal de la ONU, en la calle 45 de la ciudad

norteamericana.

—Tras varias reuniones, se eligieron los miembros principales del comité, liderados por los representantes de la República de Indochina y los Nuevos Estados Unidos. El 17 de diciembre de ese mismo año se firmó el acta fundacional del proyecto, cuyo principal objetivo inicial sería el de evaluar las consecuencias de una catástrofe a nivel planetario causada por uno de los fragmentos de la Luna, cuya trayectoria amenazaba por destruir la civilización humana.

»Dos años más tarde, el comité dio un plazo aproximado para reaccionar ante la amenaza —prosiguió la asistente—. El portavoz del comité, junto con el director del mismo, anunciaron que la humanidad tendría unos sesenta años de margen antes de que el fragmento del satélite atravesara el Límite de Roche de la Tierra y se precipitara sobre su superficie dividido en numerosos fragmentos. Si bien se estimó que los impactos solo tendrían lugar en las zonas ecuatoriales del planeta, los efectos provocados por las múltiples colisiones provocarían una serie de acontecimientos en cadena que acabarían por dejarla inhabitable.

Las imágenes se centraron en una simulación que todos ellos conocían de sobra, ya que eran las mismas imágenes oficiales que todos habían visto hasta la saciedad. No había nadie en el mundo que no las hubieras visto al menos un centenar de veces.

—Una vez conocidas las consecuencias, se crearon concursos de participación pública y tormentas de ideas abiertas para que cualquier individuo del planeta pudiera sugerir un sistema que pudiera evitar la catástrofe. Se sometieron a votación en la ONU las dos propuestas más prometedoras para salvar la humanidad. Se eligió una de ellas y se descartó la otra. Ese día, el Proyecto Atlas se convirtió en la mayor esperanza para los miles de millones de humanos que habitaban la Tierra.

»Sin embargo, años después, y ante las dificultades y retos tecnológicos que afrontaba el Proyecto Atlas, el mismo comité de expertos se reunió en secreto para la evaluación de los avances. En

2266, y como alternativa para la salvación de la especie humana, se fundó el Proyecto Orfeo, una ambiciosa iniciativa para crear una colonia de seres humanos en otro sistema solar.

Las imágenes mostraron el vídeo promocional del proyecto, en el que, sin decir demasiado, se anunciaba que se había tomado la decisión de disponer de varias soluciones al problema. Todos sabían, en mayor o menor medida, que el anuncio de enviar naves fuera del sistema solar provocó grandes disturbios en todo el planeta. Muchos movimientos sociales y culturales acusaron a los gobiernos de falta de transparencia en el avance del proyecto Atlas. Otras corrientes nada desdeñables acusaron al nuevo proyecto de elitista, de que se trataba de una solución a medida para que las élites de las diferentes sociedades del planeta pudieran salvar a sus progenies de la destrucción total. Fueron momentos complicados para la humanidad. El caos se desató, las protestas se extendieron por todo el globo y fueron reprimidas con contundencia. En ocasiones, con demasiada.

—El proyecto Orfeo envió dos naves tripuladas con más de cuarenta mil representantes de todas las razas y sociedades del mundo a Kepler-442b, uno de los exoplanetas más prometedores descubiertos hasta la fecha y situado en la constelación Lira, a mil ciento setenta y seis años luz de distancia. Mientras, las obras del proyecto Atlas comenzaron a materializarse sobre la superficie de Selene, el conjunto de fragmentos de la Luna con menor masa.

Las imágenes se centraron en la creación de diferentes instalaciones en la sección lunar. Los impedimentos eran más que notables. A la gravedad mínima del fragmento había que sumarle la dificultad para aterrizar en la superficie, que experimentaba una rotación bastante caótica tras el impacto. El holograma tampoco les mostró nada que no supieran. Las imágenes eran de dominio público y nunca mostraban tanto detalle como para descubrir el verdadero propósito de las instalaciones.

—Tras numerosos problemas de toda índole, los responsables del proyecto Atlas comparecieron para tratar de acallar los rumores que corrían como la pólvora entre la población mundial.

El holograma mostró la grabación del portavoz del proyecto, un hombre de mediana edad elegantemente vestido, que intentó calmar las aguas mostrando la seguridad y la confianza que la humanidad había perdido.

—Es rotundamente falso que el proyecto Atlas sea un fracaso —decía el portavoz con vehemencia—. Les recuerdo que la complejidad de nuestra empresa es proporcional a la importancia de la misma. Nuestros ingenieros se han topado con numerosos problemas técnicos que hemos tenido que solventar sobre la marcha.

Hizo una pausa para que sus palabras hicieran efecto en la audiencia.

—También es rotundamente falso que hayan fallecido miles de trabajadores durante la instalación de los reactores en la superficie lunar. La explosión registrada el pasado mes en las instalaciones del Mar de la Fecundidad no ha tenido ninguna incidencia en el conjunto del equipo humano que permanece en la Luna. El incidente se ha debido a una errónea calibración de los equipos que ha derivado en una sobrecarga de los generadores de energía.

Era tal el secretismo que siempre había rodeado al proyecto Atlas, al contrario de lo ocurrido con el proyecto Orfeo, que ninguno de los que estaban allí acabó de creer las palabras del portavoz, especialmente cuando el holograma les mostró la explosión de la que estaba hablando. Más de uno se llevó las manos a la cabeza al contemplar las imágenes. Se trataba de una de las instalaciones que se acababan de crear en uno de los laterales del fragmento principal. La explosión se produjo sin un motivo aparente, con una repentina y brillante llamarada que surgió del subsuelo del fragmento. Fue nítido, pero breve. Aunque la peor parte vino justo después, cuando contemplaron la expansión simétrica de todo el material que se dispersó lentamente en todas direcciones. Un generoso fragmento, equivalente al siete por ciento de la masa total, se desprendió. Y aunque la atracción gravitatoria del fragmento más masivo logró mantenerlo unido al conjunto, eso podía suponer un problema grave para los planes del proyecto.

—Hemos sufrido un serio revés —continuó el portavoz—. Pero esto solo va a causar un breve retraso en la puesta en marcha de los mecanismos que salvarán a la humanidad de la extinción. Ahora mismo, nuestros técnicos se encuentran evaluando la situación y emitiremos un nuevo comunicado en cuanto dispongamos de más información.

La asistente virtual regresó de nuevo con gesto serio.

—Seis años más tarde, en 2312, el proyecto Atlas se acercaba al momento de la verdad —continuó con la explicación—. Los responsables decidieron revelar la naturaleza de la solución implementada para salvar el planeta en un discurso que pasaría a los anales de la historia.

De nuevo, el holograma les mostró una sala de prensa con los emblemas de Naciones Unidas y del proyecto Atlas. En esa ocasión, la portavoz era una mujer de color. Con gesto serio, se dirigió a toda la población mundial.

—Durante miles de años, la raza humana ha superado todos y cada uno de los retos que se le presentaban —comenzó la intervención—. Nuestros antepasados fueron capaces de dominar el fuego, de inventar la rueda, de crear la agricultura y la ganadería gracias a su intelecto. Pero enseguida se dieron cuenta de que los individuos nunca podrían conseguir todo lo que las sociedades humanas podrían llegar a conseguir. Poderosas civilizaciones se alzaron para lograr que la humanidad evolucionara hasta niveles insospechados. Otras surgieron para sustituir a las que cayeron y continuar con esa rueda eterna que nunca ha parado de girar.

»Desde el mismo momento en el que nuestros antepasados comenzaron a cazar en pequeños grupos, el ser humano ha sido consciente de la importancia de la colaboración entre iguales. Y aunque en muchas ocasiones ha reinado la discordia y el enfrentamiento, han sido esas épocas de colaboración las que mejores resultados han dado para el bien común.

»Hace ya sesenta y seis años que se descubrió el asteroide que amenazaba con destruir todo lo que habíamos conseguido. Nunca

hasta ese momento nuestras civilizaciones se habían enfrentado contra un poder capaz de destruir nuestro legado y a nosotros mismos —miró a la cámara con determinación—. Todos los gobiernos del mundo, sin excepción, sentaron las bases de una época de colaboración sin precedentes en la historia de la humanidad. Fruto de esa colaboración surgieron los tres proyectos principales para poner una solución al problema.

La portavoz detuvo su discurso para beber un poco de agua del vaso que descansaba en su atril.

—El proyecto Valquiria, si bien no logró su objetivo original, permitió fragmentar el asteroide y salvar a la humanidad de una catástrofe mucho mayor. Tuvimos que lamentar muchas bajas, pero la determinación del ser humano permaneció intacta al comprobar los estragos que los fragmentos provocaron en nuestro único satélite. De nuevo, los gobiernos de los diferentes países del mundo se pusieron manos a la obra para enfrentarse a un nuevo reto que amenazaba nuestra supervivencia.

»Además del proyecto Atlas, se creó el proyecto Orfeo, mediante el cual se enviaron con éxito dos naves con la mayor diversidad genética posible a otro sistema solar. Nuestras esperanzas vuelan con ellos en un viaje que durará más de un milenio. Sin embargo, y a pesar de todos los problemas y enfrentamientos que hemos sufrido a lo largo del camino, ya es hora de que la humanidad vuelva a ocuparse de su propia supervivencia.

De nuevo, otra pausa destinada a aumentar la expectación por lo que estaba a punto de anunciar.

—El motivo de esta comparecencia es para informar a toda la humanidad de que el Proyecto Atlas realizará las acciones necesarias para evitar que el fragmento lunar conocido como Selene impacte contra la Tierra. —La portavoz volvió a guardar silencio—. Dentro de una semana, y aprovechando que la trayectoria del fragmento conocido como Hefesto pasa por su punto más cercano, el proyecto Atlas realizará la primera de las intervenciones sobre Selene.

La portavoz desapareció del holograma para dar paso a un modelo en tres dimensiones del fragmento lunar en cuestión.

—Los terarreactores que se han instalado a lo largo de los puntos estratégicos de la superficie lunar empujarán poco a poco a Selene hacia una órbita mucho más amplia. Las maniobras de empuje se alargarán durante varios ciclos orbitales de Hefesto para aprovechar su tirón gravitacional —explicó la portavoz mientras la infografía se encargaba de mostrarlo mediante imágenes—. Se trata de una operación muy delicada que requerirá de una coordinación y precisión fuera de lo normal, pero los responsables técnicos del proyecto son optimistas.

»A largo plazo, se espera que las órbitas de Selene y Hefesto vuelvan a encontrarse en una zona más alejada de la Tierra. Si todo sale según lo previsto, los fragmentos lunares volverán a cohesionarse por la fuerza de atracción mutua que generarán el uno con el otro. Dentro de millones de años, la órbita errática de Hefesto y Selene se suavizará y los fragmentos volverán a formar esa esfera cuasi perfecta que tanto inspiró a nuestros antepasados.

La asistente virtual regresó para continuar con la historia.

—Tal y como se anunció al mundo, una semana después se llevaron a cabo las primeras maniobras de acercamiento de los dos fragmentos lunares. Sin embargo, algo no salió como se esperaba.

De nuevo contemplaron las imágenes, esperando con horror una nueva calamidad.

—Los dispositivos colocados en la superficie de Selene se encendieron al unísono. Tres terarreactores de escala planetaria como nunca antes se habían construido. Todo pareció ir bien al principio. Los dispositivos comenzaron a desacelerar el lento pero implacable viaje del fragmento hacia la Tierra. Sin embargo, algo ocurrió.

Los tres reactores estaban repartidos de forma proporcional a lo largo de la superficie practicable del fragmento. De repente, se formó una inmensa grieta en el lado izquierdo del conjunto. Selene se volvió a dividir en dos y aquello pareció desestabilizar todas las

cargas que el proyecto había calculado para cada reactor. Un intenso pero breve destello azulado se extendió a lo largo del trozo más pequeño, que estalló en millones de pedazos de diferentes tamaños y formas que se extendieron hacia el otro trozo. Otros dos resplandores se sucedieron casi de forma consecutiva en el otro fragmento. Las explosiones de los otros dos reactores acabaron por destrozar las esperanzas de supervivencia de la humanidad. La asistente, que había pausado sus explicaciones para dejar que las imágenes hablaran por ella, continuó con su narración ante el estupor y los sollozos de sus horrorizados espectadores.

—Algunos de esos fragmentos llegaron a la superficie y causaron graves destrozos en Centroamérica y el Atlántico. Pero la humanidad se enfrentaba a un peligro mucho mayor. La acción de los reactores consiguió desacelerar el acercamiento de los fragmentos de Selene a la Tierra, pero la explosión del primer reactor había cambiado del todo la rotación de los mismos, por lo que se complicaba mucho cualquier otra solución alternativa.

»De nuevo hubo disturbios en las calles de la Tierra ante este nuevo revés —continuó—. Y de nuevo, los gobiernos y las autoridades trataron de buscar una nueva solución para el problema que se cernía sobre la humanidad. La nueva y mucho más pronunciada rotación, sumada a la cantidad de fragmentos de diferentes tamaños, hacían inviable y poco efectiva la utilización de láseres de rayos X de alta energía, similares a los que se habían utilizado en el pasado para mitigar los efectos de los fragmentos de Belial que cayeron sobre el Pacífico.

»La única parte positiva, si es que había una, era que esa mínima desaceleración les había permitido ganar algo de tiempo. Se estimó que los fragmentos tardarían treinta años más en alcanzar el límite de Roche, a partir del cual, nada se podía hacer. Durante las siguientes décadas, la humanidad cayó en una profunda depresión colectiva. Hubo suicidios en masa y la natalidad descendió hasta casi rozar el cero. En las calles, los disturbios y el descontento se propagaron como la pólvora por todas las naciones del mundo. Mientras, los gobiernos se concentraban como podían en mantener

la paz y en destruir los fragmentos más grandes. Si bien no conseguirían acabar con la amenaza, tratarían de minimizarla.

»Ni todo el arsenal combinado de las naciones pudo destruir ni un veinte por ciento de la amenaza. Muchos fragmentos salieron disparados y otros acabaron hechos añicos, pero la mayor parte de la nube de roca y polvo en la que se había convertido a Selene continuaba impasible en su trayectoria destructiva. Años más tarde, cuando los primeros fragmentos estaban a punto de llegar al Límite de Roche, el director del Proyecto Atlas hizo una última comparecencia antes del fatídico día en el que comenzó el verdadero día del juicio final.

El holograma se centró en el individuo de avanzada edad que se dirigía a toda la humanidad. Con su pelo bien entrado en canas y unas gafas de montura color negro, Emily reconoció de inmediato al hombre que comparecía delante de los medios vestido con una camisa azul claro y un sencillo jersey de punto de color gris.

—¡Ese es Michael! —exclamó, sin dar crédito a lo que veían sus ojos.

Tal y como confirmó el rótulo de la imagen, la persona que se dirigió al mundo en un último comunicado oficial era Michael Patterson, su antiguo ayudante, la persona con la que había compartido varios años de su vida en las instalaciones de Summit. Y también aquel al que Jonathan Wiśniewski, el autor confeso de los sabotajes en la estación espacial Asimov que casi les cuesta la vida, había acusado de proveerle de todo el material necesario para acabar con las esperanzas del proyecto. Y allí estaba, delante de las cámaras, visiblemente envejecido y mucho más delgado de lo que había sido de joven. El mismo que había colaborado con los terroristas y que había traicionado su confianza, había llegado a ser el director del proyecto Atlas. La cabeza comenzó a darle vueltas, pero tuvo que serenarse, ya que las imágenes continuaban avanzando.

—Me dirijo a toda la humanidad como responsable del proyecto Atlas —comenzó su intervención. Unas marcadas ojeras se dibujaban

en la cara del antiguo compañero de Emily—. Pero, sobre todo, me dirijo a ustedes como padre y como un miembro más de nuestra especie. Son momentos difíciles para todos. Momentos que nadie hubiera deseado que llegaran nunca. Quiero que sepan, que en contra de todo lo que se ha especulado durante todos estos años, tanto mis predecesores como todos los miembros que hemos formado parte de este proyecto, hemos hecho todo lo posible porque nada de esto llegara a ocurrir.

»Les informo de que, en las próximas horas, los fragmentos de Selene comenzarán a cruzar el Límite de Roche —hizo una pausa, consciente de que estaba dando las peores noticias de la historia de la humanidad—. Durante las próximas semanas, miles de artefactos caerán a lo largo de toda la franja que se incluye entre los cincuenta grados norte y los cuarenta y cinco grados sur. El resultado de toda esa actividad provocará la destrucción inmediata de los territorios comprendidos entre esas latitudes. Todos aquellos que tengan la mala suerte de sobrevivir a los impactos, se enfrentarán al infierno en la Tierra. Volcanes y terremotos estallarán a lo largo de todo el planeta, haciendo irrespirable nuestro aire y levantando una gruesa capa de polvo y ceniza que cubrirá la Tierra por completo durante décadas. No sobrevivirá nada ni nadie.

Las palabras del discurso de Michael, emitidas la tarde del 7 de abril del año 2343, provocaron la congoja de los presentes. Emily pudo notar cómo los suspiros y la respiración agitada de sus compañeros se mezclaban con los sollozos de Evelyn, Alberto y Paula.

—Les pido disculpas por no haberlo conseguido —concluyó Michael, cuya apariencia era la de alguien que encaraba una total y dolorosa derrota—. Regresen con sus familias, abracen a sus seres queridos y afronten como puedan las últimas horas de nuestras vidas. Que Dios nos asista a todos y que ayude al proyecto Orfeo a llegar sano y salvo a su destino. El futuro de la humanidad está ahora en sus manos. Buenas noches, y buena suerte a todos.

14
El final de MRS-07

8 de abril de 3369

Colonia MRS-07, Marte

Emily no daba crédito a lo que acababan de ver. Michael Patterson, su más estrecho colaborador y cocreador de Ada, acababa de aparecer en el que posiblemente sería uno de los últimos anuncios institucionales de la historia de la humanidad. Había compartido con él muchos momentos y había llegado a confiar en él como en un hermano pequeño. Pero todo lo referente a su figura se había ido por el sumidero cuando había salido su nombre en el juicio por el sabotaje de la Asimov. Era un terrorista, así lo había certificado la jueza Meyer. ¿Cómo podía haber llegado a ser el director del Proyecto Atlas?

Sus compañeros, ajenos a todo lo que le pasaba por la cabeza, trataban de asimilar lo que acababan de ver. No todos los días se presencian los momentos finales de tu civilización. Casi todos habían dejado familia y amigos en la Tierra cuando se alistaron en el proyecto. Esperar a que una lluvia de rocas acabara con sus vidas tenía que haber sido una forma horrible de encontrar el descanso eterno.

—¿Quién era el de la imagen? —preguntó Alberto.

Emily les explicó de qué conocía al director del Proyecto Atlas y todos comprendieron de repente la magnitud de las implicaciones que eso podía llegar a tener. Si Michael había intentado sabotear la estación espacial para que no llegaran a su destino, ¿quién no sospecharía que había tratado de hacer lo mismo con las instalaciones que el proyecto Atlas había construido en Selene?

Mientras guardaban silencio por la impresión, la asistente virtual había recuperado su habitual sonrisa y aguardaba con paciencia a que le consultaran algo más.

—¿Dispones de imágenes de lo ocurrido en la Tierra después de ese último comunicado?

—Me temo que no puedo ayudarle con eso, mis respuestas son limitadas —contestó sin abandonar su sonrisa.

Emily pensó que si querían saber lo que había ocurrido en ese lugar tendrían que encontrar la sala de servidores o las dependencias del gobernador de la ciudad.

—¿Tienes un plano de este edificio?

—Claro —asintió.

El holograma les mostró un completo mapa de la ciudad, marcando con un pequeño punto rojo el lugar donde se encontraban. Emily lo revisó con detenimiento en busca de la sala de servidores, pero casi sin querer encontró algo mejor.

—Décima planta —dijo, dirigiéndose a los demás.

—Menos mal que llevamos puestos los exotrajes —murmuró Chad al dirigirse todos hacia las escaleras.

—Tampoco creo que te hubiera costado demasiado subir diez plantas con esta gravedad —se burló James.

Dejaron atrás la recepción del edificio para adentrarse en las escaleras que ascendían hacia los pisos superiores. Robert tomó la iniciativa junto con Ferrara. Revisaron el hueco central que les permitía ver lo que les esperaba en la parte superior, pero también la oscuridad de las plantas del sótano. Con el fusil en la mano, más por la costumbre que por esperar un peligro inminente, los dos militares abrieron la marcha hasta el décimo piso. Encontraron un par de cadáveres por el camino que parecían haber muerto por impactos de bala. En la décima planta les recibió una mesa similar a la de la planta baja, aunque mucho menos voluminosa, ya que el espacio era mucho menor.

—Por ahí —les señaló Emily.

Siguieron por un pasillo, vigilando las estancias que se abrían a ambos lados. Aunque había signos de violencia, el estado de conservación de aquel lugar no era más que el fiel reflejo de todos los años que habían transcurrido desde que cesaran las actividades. Llegaron al despacho del final del pasillo. La puerta estaba cerrada a cal y canto. Aquello era más parecido a un búnker que a una simple oficina. Emily se alegró de que el sistema eléctrico de la cúpula todavía funcionara; de lo contrario, no habrían podido abrir esas puertas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Chad al observar la pequeña consola que había en el exterior del despacho y que les solicitaba superar el control de acceso para pasar al interior.

Emily estudió el sistema. Parecía más moderno que el resto de las instalaciones, posiblemente se trataba de uno de los añadidos que se hicieron con el tiempo. Por suerte, y adelantándose a lo que se encontrarían en la Tierra cuando regresaran, recordó que la copia de Adeon que había en la Phoenix disponía de una completa base de datos sobre todos los sistemas de seguridad y el software que los controlaba.

—Adeon, ¿ves lo que estamos viendo? —preguntó Emily.

—Sí, y me temo que no dispongo de información sobre ese modelo concreto —respondió él—. Aunque creo que puedo inferir ciertas cosas en base a una evolución lógica en el desarrollo de los componentes y el software de seguridad. Dispongo de toda la información histórica de su fabricante, puedo intentar encontrar un agujero de seguridad o incluso puertas traseras en su diseño.

—¿Qué necesitas?

—Para empezar, acceso al controlador del sistema de seguridad —pidió—. Normalmente se instalan en un panel situado en la parte superior del terminal, a unos diez centímetros de distancia.

—Ahí no hay nada —dijo Emily.

—Retirad con cuidado las placas cerámicas que recubren la pared del terminal —indicó la IA.

Emily recogió las herramientas de una de las mulas y con la ayuda de Alberto cortaron y retiraron la gruesa placa de cerámica que recubría el verdadero corazón de metal de la cámara.

—Esto parece una fortaleza —murmuró Alberto—. ¿Qué hay guardado ahí dentro?

—Información —dijo Emily.

Desatornillaron la tapa que daba acceso al controlador de la puerta y encontraron una sencilla placa con un puerto de acceso.

—¿Necesitas conectarte a ella?

—Sí.

Emily extrajo de una de sus mochilas un dispositivo de conexión inalámbrica cuyo puerto de acceso coincidía con el del controlador. Por suerte, las conexiones no habían evolucionado en los años posteriores a su partida; de lo contrario, habrían perdido mucho tiempo haciendo un puente para conectarse a él. Emily introdujo el dispositivo en el puerto. Por normal general, los sistemas de seguridad como ese estaban desconectados de las redes públicas y solo permitían la conexión física. Ese puerto era la única forma que existía para actualizar las versiones de los sistemas o modificar las condiciones de apertura de la puerta.

—¿Qué más necesitas? —preguntó Emily.

—Nada más —dijo él.

Para sorpresa de todos, la puerta se abrió de inmediato.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó Paula, maravillada con la facilidad.

—Las versiones de su software no son tan modernas como la fecha de instalación de la puerta —explicó la IA—. Y el código fuente ha sido desarrollado por inteligencias artificiales mucho menos avanzadas que yo. Solo he tenido que revisar mis bases de datos para encontrar más de doscientas vulnerabilidades no registradas ni detectadas por los rudimentarios sistemas de detección que se utilizaban. Ni siquiera he tenido que conseguir el acceso como superusuario para poder explotar una de ellas.

Emily detectó cierto tono de superioridad en la respuesta de la IA. La forma en la que había conseguido liberar el paso sorprendió y preocupó a todos por igual. Si esa versión mínima de Adeon era capaz de superar un sistema de seguridad más avanzado que los que había en la Tierra cuando la Asimov comenzó su gran viaje, ¿qué no sería capaz de hacer el Adeon de la estación espacial cuya potencia de procesado era miles de veces superior? Emily sacudió ese pensamiento de su cabeza y regresó al motivo por el que se encontraban ahí.

La cámara era más grande de lo que parecía en un principio. Disponía de varias zonas. Una mesa de trabajo les recibió nada más entrar, probablemente del ayudante del gobernador. Dejaron a la derecha una pequeña sala de reuniones con una desvencijada mesa y varias sillas que habían conocido tiempos mejores. Al otro lado había un baño completo y una especie de *office* en la parte izquierda. De frente, cerca de la mesa, había otra puerta, donde encontrarían el despacho del gobernador.

Cruzaron el umbral para comprobar lo que había en el otro lado. La luz del exterior entraba con timidez por las rendijas de las ventanas, construidas en un metal que estaba roñoso por el paso del tiempo pero que se habían diseñado para permitir que el interior de la estancia fuera estanco. Emily supuso que se trataba de una cámara del pánico, preparada para sobrevivir en un caso extremo como el que trataban de investigar.

La iluminación resultaba bastante tétrica, sobre todo teniendo en cuenta cuál había sido el resultado final. Estaba todo desordenado y ajado, pero no había signos de violencia en el despacho. Emily se acercó a la mesa de madera tallada que había al fondo. Pensó en la fortuna que habría costado tener algo así en un lugar en el que nunca había habido madera. Supuso que al otro lado encontraría el terminal del gobernador y, con suerte, podrían investigar lo ocurrido. Pero al dar la vuelta por un lateral, descubrió un bulto del tamaño de un ser humano sobre el suelo, pegado a la pared de detrás.

Se detuvo y observó las roídas telas que lo cubrían. Sabía lo que encontraría si lo giraba, pero no pudo contenerse. Sin pensárselo

dos veces, le dio la vuelta al bulto y se topó cara a cara con los restos del gobernador. Dio un respingo a pesar de que sabía que se iba a encontrar una momia ennegrecida y en ese extraño estado de conservación fruto de la ausencia del oxígeno. Las bacterias de la Tierra habrían dejado tan solo un solitario esqueleto.

Dejó el cadáver en su sitio y se giró hacia la mesa del despacho. La silla no parecía estar en las mejores condiciones, así que decidió quedarse de pie mientras trataba de encender el terminal. Tras unos segundos de incertidumbre en los que pensó que haber llegado hasta ese lugar no daría sus frutos, consiguió ponerlo en marcha.

—¿Qué buscamos? —preguntó Robert, que se había colocado a su lado.

—Este de aquí es el antiguo gobernador —dijo, señalando a la momia—. Diría que la situación en las colonias se puso tan complicada tras el fracaso del Proyecto Atlas que decidió crear un búnker en su propio despacho para aguantar una temporada sin salir de él.

Robert se giró hacia el cadáver y torció el gesto.

—No sé lo que tardó en acabar como el resto, pero pasar solo los últimos días de tu vida sabiendo cómo vas a terminar no parece un gran plan —murmuró.

—Supongo que esperaría no llegar a necesitarlo —respondió Emily—. O quizá pensó que alguien vendría a rescatarlo cuando los atacantes destruyeron la cúpula. Tal vez fuera él el que envió el mensaje que nos ha traído hasta aquí.

Emily se concentró en buscar la última actividad registrada en el terminal. Lanzó una serie de comandos para revisar los últimos archivos modificados. Los listó y comprobó que la fecha del sistema indicaba que había varios ficheros creados en agosto de 2354, o lo que es lo mismo, once años después del mensaje de Michael que acababan de ver en la planta de acceso.

La inmensa mayoría eran ficheros propios del sistema, creados por procesos automáticos bajo el funcionamiento habitual del sistema operativo. Revisó el conjunto de usuarios del terminal. Solo

había dos, el usuario administrador y el de un tal Geoffrey Atkinson. Supuso que se trataba de su silencioso amigo. Después, filtró su actividad y repasó todo de manera superficial hasta dar con un fichero que se llamaba «Epitafio». Emily lo seleccionó y esperó a que el proyector holográfico mostrara la figura de un hombre de mediana edad, desaliñado y con aspecto de llevar encerrado varios días.

—He perdido la esperanza de que mi mensaje de socorro sea atendido por alguien —comenzó—. Ya llevo aquí dentro encerrado cinco días. Solo dispongo de oxígeno para dos días más, tres a lo sumo. A mi alrededor solo escucho silencio.

El gobernador hizo una pausa y miró al suelo, consciente de lo difícil de su situación.

—Dudo mucho que nadie encuentre esta grabación, pero, por algún motivo, mi mente cree que se sentirá mejor antes de que ocurra lo inevitable —dijo con un suspiro que demostraba resignación más que desesperación—. Supongo que tendré que comenzar por el principio.

Hizo otra pausa, como si decidiera por dónde empezar la historia.

—Mi nombre es Geoffrey Atkinson y soy el gobernador de la colonia MRS-07, o de lo que queda de ella, más bien —corrigió—. Las primeras colonias de Marte fueron simples laboratorios científicos, donde se realizaron numerosas investigaciones sobre gran cantidad de materias. Había una nutrida representación de todas las ramas de la ciencia, que colaboraban sin problemas para llevar a cabo toda clase de estudios. Las empresas de la Tierra, junto con los gobiernos, financiaban la mayoría de estudios y tecnologías que se desarrollaban en el planeta. Supongo que, salvo los problemas técnicos que de vez en cuando se daban en un lugar en el que se vive a escasos metros de una atmósfera capaz de matarte en segundos, todo funcionaba a las mil maravillas. Pero en algún momento de la historia, el turismo se adueñó de todo y los científicos se vieron abocados a ocupar un segundo plano.

»Durante la primera mitad del siglo XXIII comenzaron a proliferar los establecimientos dedicados al turismo. Poco a poco, el propósito

original de las colonias se fue orientando más hacia el entretenimiento y los visitantes de la Tierra. Si bien los científicos siguieron siendo una parte importante de la actividad dentro de la colonia, tuvieron que convivir con miles de turistas revoloteando por las mismas calles por las que ellos paseaban a diario. Aunque no todo iba a ser malo. Los ingresos extraordinarios derivados del turismo nos permitieron conseguir cierta independencia económica y gubernamental cuando se crearon las CMC.

»En esa época se establecieron ocho colonias, incluida esta. Todo parecía fluir con cierta naturalidad. La vida era sencilla, y la relación con la comunidad internacional era correcta. Entonces fue cuando se descubrió a Belial. Todo cambió ese día. Y no solo me refiero a cómo ha acabado todo. Durante este último siglo todo ha girado en torno a él. En cuanto la Luna fue destruida, hubo disturbios en la Tierra, se aplicó la ley marcial en muchos estados y murieron millones de personas. Y aunque el asteroide no nos amenazaba directamente, la situación tampoco fue de color de rosa para nosotros. Todos los recursos de la Tierra se dedicaron a tratar de solucionar el problema. El turismo se cortó de raíz y casi nadie se acordó de las colonias de Marte hasta que algunos comenzaron a vernos como la única ruta de escape para huir de la inevitabilidad.

El gobernador hizo una pausa mientras parecía estar reviviendo las lecciones de historia sobre una época en la que ni siquiera él había nacido.

—Fueron épocas convulsas —continuó—. Hubo problemas debido a la escasez de recursos, ya que todo se invertía en los dos proyectos que supuestamente salvarían a la humanidad. Solo cuando en la Tierra se dieron cuenta de que tenían más tiempo del que pensaban, comenzó de nuevo la actividad en las colonias. El comercio volvió a fluir y el flujo de turistas regresó hasta rozar los niveles previos a la destrucción de la Luna. Durante esa época se crearon las colonias MRS-09 y MRS-10. El agua parecía volver a su cauce después de años de miseria y abandono por parte de la Tierra.

»Pero entonces llegó el fatídico momento en el que el Proyecto Atlas acabó de un plumazo con las esperanzas de todos. Yo era muy pequeño, pero lo recuerdo como si fuera ayer mismo. Había muchas esperanzas puestas en esa prueba a pesar de todos los problemas del pasado. Todo cambió en el mismo instante en el que los reactores estallaron por los aires. Ese día, el pánico cundió de verdad. Nos vimos obligados a cerrar nuestro espacio aéreo para evitar un éxodo masivo de refugiados de la Tierra que podría poner en riesgo la supervivencia de las colonias.

»Durante una década completa, no tuvimos más remedio que sobrevivir con lo que éramos capaces de producir aquí, que no era demasiado. Cuando lo pienso, soy consciente de nuestra fragilidad en aquellos días, no habríamos sobrevivido a un problema técnico grave. Pero el debate sobre lo que debían o no hacer las CMC era continuo. Nuestra población estaba dividida entre los que opinaban que debíamos salvar a todos los que pudiéramos y los que querían cerrar las puertas de las colonias para siempre. Durante algún tiempo vencieron estos últimos. De esa época data esta cámara acorazada —dijo, mirando a su alrededor—, y las cúpulas defensivas que hay instaladas en el exterior de la principal. Todavía recuerdo el sonido de los cañones derribando decenas de naves de gente desesperada que trataba de encontrar una salida al destino que les esperaba en la Tierra.

»Pasaron los años y la tensión se disipó un poco —dijo con la voz más calmada—. Muchos de los ciudadanos de la Tierra asumieron que tarde o temprano todo acabaría. La natalidad se hundió, y muchas sectas religiosas aprovecharon la situación para ganar adeptos para sus patéticas causas. Los suicidios colectivos se pusieron a la orden del día. Familias enteras y comunidades religiosas decidían quitarse la vida antes que afrontar los últimos momentos de la humanidad. En cierta manera, los envidio.

Agachó la vista, apesadumbrado por el dolor.

—Sin embargo, incluso en las situaciones más angustiosas, el dinero y el poder siguen corrompiendo las almas de los hombres rectos. Tras un primer periodo de aislamiento, la opinión pública se

rindió ante las infinitas muestras de desesperación que llegaban desde la Tierra. Diversas personalidades y multimillonarios consiguieron llegar a un acuerdo con las CMC. Se les permitiría crear cuatro nuevas colonias en las que se instalarían como miembros de pleno derecho. A cambio, las cuatro nuevas colonias se encargarían de traer suficiente material y suministros para que todas las demás pudieran sobrevivir de manera autónoma durante siglos, hasta que la Tierra dejara de ser la enorme bola de fuego, lava y cenizas que es ahora mismo.

»La construcción de las nuevas colonias se realizó en un tiempo récord. Miles de trabajadores colaboraron en la instalación de las cúpulas y los edificios que albergarían en su interior. Durante todo ese proceso tuvimos que ampliar nuestras instalaciones para albergar a todas esas personas. En menos de una década, las colonias habían pasado de ser diez a catorce. Tras un intenso debate social, se les permitió a todos esos trabajadores permanecer en ellas. Al fin y al cabo, llevaban años viviendo entre nosotros, acostumbrados a la suave gravedad de nuestro planeta. Muchos incluso habían formado una familia.

»Miles de personalidades, en su mayoría multimillonarios y políticos, se trasladaron al que sería su nuevo hogar, dispuestos a empezar una nueva vida. Y mientras las colonias originales cumplimos nuestra parte del trato con total transparencia, ellos no lo hicieron con la suya. Se quedaron con todos los recursos y materiales que habían traído de la Tierra.

El gobernador Atkinson suspiró con gran pesar.

»Por aquel entonces yo era solo un adjunto a la dirección de la colonia. Ocupaba la mesa de la entrada. Pero gracias a mi cercanía con mi predecesor pude ser consciente de la gravedad de la situación. Las nuevas colonias nos enviaron migajas mientras la construcción se llevaba a cabo. Las condiciones tan precarias en las que nos encontrábamos las demás nos obligaron a aceptar lo poco que nos ofrecían sin rechistar. Cuando se concluyeron los trabajos en las nuevas cúpulas, nosotros decidimos acoger a todos los trabajadores mientras que ellos no lo hicieron con ninguno.

El gobernador hizo una nueva pausa, como si recordara esa época con pesar. Era consciente de que le quedaba poco tiempo de vida y trataba de valorar si todo lo que habían hecho a lo largo de su vida había merecido la pena.

—Hubo mucho malestar cuando todos esos peces gordos se instalaron en sus cúpulas y no quisieron compartir sus espacios y sus recursos con todos los que habían colaborado en la construcción de sus nuevos hogares —continuó con voz queda—. Deseé con todas mis fuerzas que la cosa no llegara a mayores, pero nuestras necesidades eran mucho más acuciantes desde que nuestra población había aumentado significativamente. Comenzaron a escasear los recursos, los sistemas de soporte vital funcionaban por encima de su capacidad. Las colonias se convirtieron en una bomba de relojería que tarde o temprano tenía que explotar.

»Voces contrarias se alzaron contra las nuevas colonias, a las que demandaban los recursos prometidos y que aceptaran una cuota proporcional de la superpoblación que nos ponía en peligro a todos los demás. Traté, junto con el resto de gobernadores, de que las nuevas colonias entraran en razón. Mientras nuestra población superaba los cuatro mil habitantes, las de ellos apenas llegaban a los quinientos. No era una situación justa, sobre todo teniendo en cuenta lo que había ocurrido en la Tierra. Pero se negaron rotundamente, adujeron que eran ellos los que habían costeado todo el proceso de construcción y que nadie nos había obligado a acoger a todos esos trabajadores.

Otra nueva pausa.

—Ni siquiera sabiendo que éramos los últimos supervivientes de nuestra especie fueron capaces de apiadarse de nosotros —se lamentó—. Eso nos llevó a una situación límite. La colonia MRS-03 fue la primera en caer. Sus sistemas de soporte vital experimentaron una sobrecarga que hizo que más del noventa y cinco por ciento de sus habitantes fallecieran mientras dormían. El cinco por ciento restante pasó a sobrecargar un poco más las cúpulas de sus vecinos.

»Todavía tengo pesadillas de cuando encontramos sus cuerpos, niños incluidos, acostados en sus camas y sumidos en un apacible sueño del que nunca despertarían. Cuando se descubrió que la avería se podría haber evitado mediante un mantenimiento sencillo y algunos de los repuestos prometidos, la ola de ira entre los habitantes fue imparable.

»Poco a poco, muchos de los gobiernos fueron cayendo bajo el movimiento reaccionario que clamaba venganza. Los violentos se hicieron con el poder en la mayoría de las colonias originales. Fue especialmente beligerante el nuevo gobernador de la colonia MRS-08, que abogaba por reducir a escombros las nuevas colonias. Inicialmente me situé en contra de todo lo que tuviera que ver con la destrucción de cúpulas y la muerte de inocentes. Éramos lo único que quedaba de la humanidad. ¿Ni siquiera en esa situación seríamos capaces de pensar en la supervivencia de la especie?

»Sin embargo, el ambiente se enrareció todavía más. Muchos me observaban con suspicacia, murmuraban a mis espaldas e insinuaban que me había aliado con nuestros enemigos. Así que tomé una decisión con la que tendré que vivir los pocos días que me queden de vida. Viendo lo ocurrido en las demás colonias, decidí no oponerme a un ataque frontal. Pensé que, si lo hacía, mis detractores acabarían por apartarme del cargo. Supuse que así, al menos, podría tratar de influir en los demás para evitar que la situación se agravara aún más. Pero, como imagino que ya habréis comprobado, todo salió mal.

El gobernador agachó la cabeza y comenzó a sollozar. Durante unos instantes permaneció en silencio, preso de la congoja. Aguardó un momento y se limpió las lágrimas de los ojos con las mangas de su camisa.

—Las nuevas colonias tenían avanzados sistemas de seguridad para defenderse de posibles ataques. Y funcionaron bien, algunos de los nuestros fallecieron ahí fuera. Pero no tuvieron en cuenta que los trabajadores que habían construido las cúpulas estaban ahora de nuestro lado. Ellos conocían los sistemas de seguridad, sus puntos débiles y, lo más importante de todo, sabían cómo hacer que volaran

por los aires. Una vez fueron desactivados, las nuevas colonias cayeron sin apenas oponer resistencia. Pero, por desgracia, la guerra siempre saca lo peor de nosotros.

»La sed de venganza y la barbarie se impusieron al buen juicio. Todos los habitantes de las nuevas colonias fueron ajusticiados sin importar su condición ni su responsabilidad. Mujeres, niños y ancianos fueron torturados delante de sus responsables. Las cúpulas quedaron reducidas a escombros, destruyendo todo aquello por lo que habíamos luchado.

»Fue más de lo que pude soportar —continuó—. Traté de expresar mi rechazo a lo que había ocurrido. Me opuse al sinsentido que no solo nos había privado de cuatro cúpulas habitables, sino que había echado a perder gran parte de la tecnología que podría evitar que acabáramos como nuestros vecinos de MRS-03. Pero mi opinión cayó en saco roto. El nuevo gobernador de la MRS-08, un trabajador exconvicto con crímenes de sangre, se había hecho con demasiado poder. Amenazó con destruir nuestra colonia si no cesaba con las críticas.

El gobernador Atkinson pareció meditar sobre lo que ocurrió durante esos días.

—Decidí dejarlo estar —dijo, arrepentido—. Creí que el tiempo rebajaría la tensión y que se podrían abordar las diferencias con él en el futuro. Pero lo que comenzó después fue un auténtico infierno. Envalentonado por la efectividad de sus métodos, eliminó todo rastro de oposición a su poder e instauró un régimen basado en el miedo y el horror. MRS-08 se convirtió en una dictadura en la que todos los ciudadanos se plegaron a los designios de su autoproclamado líder. Sus lugartenientes saqueaban y tomaban todo lo que deseaban. Cientos de personas fueron asesinadas y violadas sin ningún tipo de pudor.

»Lejos de acabar ahí, muchos movimientos reaccionarios aprovecharon la coyuntura para hacerse con los gobiernos del resto de las colonias. El caos y la violencia se instaló en las CMC. Por suerte, aquí fuimos capaces de evitar que la sangre llegara al río,

pero sabía que tarde o temprano acabaría pasando lo inevitable. Cuando eres gobernado por bestias sin cerebro, no caes en la cuenta de que asesinando a tu pueblo estás cavando tu propia tumba. Sin mano de obra cualificada para mantener el funcionamiento de la cúpula, las averías se hicieron habituales. Cuando afectaron a los sistemas de soporte vital, ya era demasiado tarde. Desesperados por su propia estupidez, las colonias comenzaron a caer.

»Pero en la MRS-08 sabían que aquí seguíamos haciendo las cosas como antes —continuó—. Así que solo era cuestión de tiempo que intentaran hacerse con nuestra cúpula. Hace cinco días, fuerzas conjuntas de las colonias MRS-05, MRS-08 y MRS-11 asaltaron esta colonia. Su objetivo era tomar el control para instaurar la misma locura que rige en las demás. Yo estaba aquí dentro, como de costumbre, y…

Se derrumbó de nuevo. Comenzó a sollozar desconsolado, como si salvar su vida le hubiera supuesto algo peor que la misma muerte. Tardó un par de minutos en recuperar la compostura, durante los cuales, Emily y los demás guardaron silencio, empatizando con el dolor del gobernador.

—Mis hijas y mi mujer están muertas. Todos están muertos. Y yo ni siquiera me atreví a salir de esta maldita oficina que mis predecesores blindaron como si fuera la del mismísimo presidente de los Nuevos Estados Unidos. —El gobernador se sorbió los mocos ruidosamente—. No tuve los arrestos para plantar cara a esos salvajes. Ahora estaría muerto, pero al menos no estaría atrapado aquí dentro, aguardando a que llegue mi hora cuando el soporte vital de esta cámara se agote.

»A pesar de mi educación religiosa, nunca he sido practicante —dijo tras guardar silencio de nuevo—. Pero estos últimos días he hablado más que nunca con Él. He suplicado por la vida de mi familia, he rogado que permitiera a esos monstruos albergar algo de piedad en sus corazones. Ninguna de mis plegarias ha sido escuchada. ¿Por qué ha permitido que llegáramos a este punto? ¿Qué clase de Dios abandonaría a sus hijos de esta manera?

»No sé cuánto tiempo me queda, pero sé que el final está cerca. Tampoco sé cuánto tiempo les queda a los demás, aunque estoy seguro de que acabarán sucumbiendo tarde o temprano. Marte está perdido. La humanidad ha fracasado.

Las imágenes desaparecieron y dejaron un vacío mayor del que esperaban. La historia de la humanidad había acabado de la peor manera posible. Solo el Proyecto Orfeo podría evitar la desaparición definitiva. Una sombra de pesimismo se cernió sobre los presentes. ¿Merecía la pena tanto esfuerzo para salvar a una especie capaz de autodestruirse de esa manera?

15
La avería

8 de abril de 3369

Colonia MRS-07, Marte

El silencio se apoderó del despacho del gobernador cuando el proyector holográfico se detuvo y los devolvió al presente. Supusieron que las últimas palabras de Atkinson se habían cumplido a rajatabla. Aunque en realidad ya no importaba el cómo, lo único importante era que las colonias de Marte se habían destruido las unas a las otras, como si se tratara de una metáfora dura y cruel de la historia de la humanidad.

Emily revisó por encima el resto de los ficheros que encontró en el terminal del gobernador. Había muchos archivos de los meses anteriores al ataque, pero no encontró nada que fuera interesante hasta que llegó a uno que databa de abril de 2343. Con la mirada todavía borrosa, revisó varias veces el nombre del fichero: IMPACTO EN LA TIERRA. Dudó en ejecutarlo, la moral no estaba en su momento más álgido después de lo que acababan de escuchar en boca del gobernador. Pero la curiosidad le pudo.

Las imágenes estaban tomadas desde un lugar lejano. Probablemente se tratara del punto L1 de Lagrange, el mismo desde donde se ensambló la Asimov. La Tierra se alzaba sobre la oscuridad del espacio con un vivo color azul, inmensa y hermosa, llena de vida. La masa lunar formada por miles de fragmentos de tamaños dispares avanzaba hacia el continente europeo siguiendo la antigua órbita de Selene, su mitad menos masiva.

Los primeros trozos comenzaron a superar el Límite de Roche, cruzaron la línea de no retorno y llegaron a la atmósfera. La Tierra estaba ya condenada. Los fragmentos quedaron suspendidos unos segundos antes de comenzar a desplazarse con violencia sobre las

capas más externas, como trazos incandescentes que rasgaban un tejido liviano e invisible. Cada uno de ellos dejó una estela de fuego y humo que se alargó cientos de kilómetros.

Europa y el norte de África fueron los primeros en arder.

Las imágenes no tenían sonido, pero eran más que elocuentes. Emily pudo sentir la respiración agitada de todos sus compañeros al ser testigos del epitafio del planeta que los vio nacer. El cielo sobre España, Francia, Italia y Alemania se volvió anaranjado hasta que los primeros fragmentos impactaron contra el suelo con una violencia desmedida. Las ciudades europeas desaparecieron en un instante, convertidas en gigantescos cráteres envueltos en fuego y cenizas. Las montañas de los Alpes se desmoronaron en columnas de polvo y rocas incandescentes. Las costas del Mediterráneo se hundieron y las aguas se retiraron para después regresar con una fuerza nunca antes vista.

En apenas unos minutos, el continente entero se convirtió en el infierno. Las ondas expansivas de los impactos más potentes recorrieron cientos de kilómetros en segundos, arrasando todo a su paso, elevando a la atmósfera capas completas de tierra y sedimentos. Los bosques y las construcciones humanas desaparecían por doquier. Las nubes ardían. El cielo parecía una sola llamarada viva, como si el mismísimo Hades hubiera surgido del inframundo y devorado la superficie.

La franja de destrucción total abarcaba desde los cincuenta grados de latitud norte hasta los cuarenta y cinco sur. África se alzó en el horizonte del desastre. A lo largo del Nilo, los fragmentos menores provocaron incendios que avanzaron más rápido que el viento. El Sahara desapareció entre llamas, su arena acabó dispersa por la atmósfera o derretida por las insoportables temperaturas. Las sabanas ardieron, los bosques de árboles centenarios se desintegraron entre violentas explosiones.

Los fragmentos más pequeños se deshacían al contacto con la atmósfera, pero incluso las partículas más finas conseguían formar una capa abrasiva que carbonizaba los campos y evaporaba ríos.

Algunos pedazos rebotaban en la ionosfera, seguían su curso y volvían a entrar en órbita para caer en otros puntos segundos más tarde.

Oriente Próximo no tardó en caer. A medida que la rotación terrestre arrastraba el planeta hacia nuevas longitudes, los proyectiles lunares comenzaron a estrellarse en los Urales, el Cáucaso y la llanura siberiana. Moscú, Bagdad, Teherán… lugares que hasta entonces evocaban siglos de historia desaparecieron bajo una cortina de fuego y destrucción. Cada nuevo impacto lanzaba a la atmósfera millones de toneladas de polvo incandescente, lo suficiente como para oscurecer el cielo durante décadas. Y la destrucción todavía no había hecho más que comenzar.

Los océanos tampoco fueron inmunes. Los cuerpos más grandes que impactaron en el Atlántico y el Índico generaron tsunamis de proporciones apocalípticas. Olas de trescientos metros de altura barrieron las costas de todos los continentes, arrastrando barcos, edificios e incluso cordilleras enteras. Todo lo que se interponía en el trayecto de la ola de destrucción sucumbía ante el devastador poder de la naturaleza. Las masas de agua convertidas en vapor se mezclaron con las partículas de polvo y la roca fundida. Tratar de respirar bajo esas condiciones sería un esfuerzo absurdo e inútil.

Desde esa distancia, la Tierra comenzaba a perder su color azul. Las capas de la atmósfera se saturaban de humo y ceniza, espesándose hasta crear una cobertura gris oscuro que lo cubrió todo en escasos minutos. Los pocos satélites orbitales que habían sobrevivido a la irrupción de Selene fueron destruidos por las descomunales ondas expansivas que se elevaban desde la superficie como gigantescos géiseres de fuego y ceniza. La humanidad estaba herida de muerte.

A medida que el tiempo avanzaba, los últimos fragmentos de roca lunar descendieron como martillos celestes. Uno de ellos atravesó el sudeste asiático y provocó una reacción en cadena que encendió un enorme depósito de gas natural almacenado en el subsuelo. Para cuando la destrucción llegó hasta el Pacífico, nada era visible desde el exterior de la Tierra. El humo y el fuego se

habían extendido por todo el planeta, cubriéndolo con una gruesa capa de polvo y cenizas incandescentes que bloqueaban el paso de la luz.

Al final del día, las líneas de fuego que durante horas la habían recorrido continuaban ardiendo. No había signos de nada que no fuera caos y destrucción. Ese era el nuevo rostro del planeta, quemado hasta el tuétano. Roto y mudo. Las ópticas de la estación orbital que grababa las imágenes continuaron registrando sin emoción el resultado del abrazo mortal entre Selene y la Tierra. De repente, una partícula errante del tamaño de una tuerca impactó contra su lente con la fuerza de un meteorito. La transmisión se fundió a negro y todos perdieron de vista la enorme esfera de color plomizo que se acababa de formar justo delante de ellos.

Nadie dijo ni una palabra. Los sollozos y suspiros de angustia fueron todo lo que salió de sus gargantas durante los siguientes cinco minutos. Emily y Robert permanecieron mudos al otro lado de la mesa del despacho, sin saber qué decir o cómo actuar en un momento como ese. No era sencillo reaccionar cuando acababas de contemplar la destrucción de tu propio planeta.

Les llevó un tiempo recuperarse, y solo pudieron hacerlo cuando la radio los sacó del pozo de sus pensamientos.

—Emily, ¿me recibes? —escucharon a Balakova.

—Sí, adelante —respondió ella tras un carraspeo.

—Acabo de recibir una comunicación desde el crucero insectoide —continuó la piloto—. Erik dice que han encontrado la causa del problema, aunque me temo que no tiene buenas noticias. Te acabo de mandar el audio. Escúchalo y me envías una respuesta de vuelta para que se la rebote a ellos.

Emily manipuló su exotraje para escuchar el audio que acababan de recibir. Las comunicaciones a esa distancia sin la tecnología insectoide se tenían que realizar con un retardo considerable, por lo que tenían que ser asíncronas.

—Hemos encontrado la causa de la avería —escuchó la voz del ingeniero—. Virgil ha revisado los registros de actividad y dice que

pensaste en dos momentos diferentes cuando se activó el agujero de gusano. Creemos que Chad estaba sugiriendo en ese momento que le gustaría visitar la Tierra del futuro para saber si lo habían conseguido. Tú estabas pensando en la fecha correcta, pero esa frase te hizo cambiar de opinión en el último momento. Eso provocó una sobrecarga en el dispositivo que controla la franja temporal y lo dejó frito.

»La buena noticia es que Virgil cree que puede evitar que vuelva a pasar con unos mínimos ajustes. La mala es que para arreglar este trasto necesitaremos algo de neodimio y renio. No son minerales muy comunes que se diga. Nosotros vamos a centrarnos en arreglar todo lo que podamos, pero me temo que no podremos regresar si no conseguimos al menos medio kilogramo puro de cada uno de ellos.

Emily se quedó pensativa cuando el audio acabó. No era el momento de quedarse en esa colonia fantasma, maldiciendo la suerte de los habitantes de la Tierra y autocompadeciéndose por estar atrapados en un sistema solar sin rastro de vida. Tendrían que encontrar esos minerales si querían salir de esa época y regresar a la correcta. Su misión no era arreglar lo que había ocurrido en la Tierra, sino evitar que los Khol se hicieran con el núcleo de Eon.

—Taro, ¿qué nos puedes decir de esos dos minerales?

Taro la miró distraído. Todavía no había podido recuperarse del estado de shock en el que se encontraban. Se sacudió para poder pensar en una respuesta a su pregunta.

—El neodimio es una de las llamadas tierras raras —explicó el geólogo—. Pero no porque sean poco abundantes. De hecho, en la Tierra había más neodimio que cobre y oro juntos. Se les conoce por ese nombre porque era complicado encontrar esos elementos de forma pura. Lo normal es que aparezcan mezclados con otros, lo que dificultaba enormemente su extracción y purificación. Estoy convencido de que podríamos encontrar suficiente neodimio en las colonias. Se utiliza sobre todo en motores eléctricos, turbinas y también en sistemas de audio. Antiguamente se usaban también en

medicina. Si desmontamos uno de los generadores de esta misma colonia, estoy seguro de que encontraremos suficiente.

—¿Y el renio?

—Me temo que el renio va a ser mucho más complicado de conseguir —respondió muy serio—. Se trata de uno de los elementos más raros de la Tierra. Además, ni siquiera tiene un mineral propio, se extrae de la molibdenita, un mineral de molibdeno. Y antes de que preguntéis, no, no disponemos de la tecnología para minarlo ni para separarlo. O lo encontramos puro en un almacén o en algún dispositivo en el que se haya utilizado el mineral en grandes cantidades, o nos quedaremos aquí una larga temporada.

—¿Dónde podemos buscar? —preguntó Alberto.

—Eso es lo más complicado de todo —dijo Taro mesándose la barba—. Antiguamente se utilizaba para crear aleaciones para las palas de turbinas de aviones y cohetes de combustión. En la actualidad… Cuando nos marchamos de la Tierra, quiero decir —corrigió—, se usaba sobre todo en la industria metalúrgica, cuando era necesario medir las temperaturas de fusión de otros metales. Normalmente se aleaba con tungsteno. Y, salvo que Virgil nos descubra alguna aplicación oculta del crucero insectoide, tampoco tenemos ninguna forma de separarlos.

—Pues estamos apañados —murmuró James, nervioso—. ¿Qué vamos a hacer ahora? Este lugar es un cementerio.

—Será mejor que mantengamos la calma —intervino Emily—. No podemos dejarnos llevar por el pesimismo. Encontraremos una solución y volveremos a nuestra época.

Emily aprovechó que nadie quiso añadir nada para pensar los siguientes pasos a dar. Le vino bien tener un problema que solucionar para dejar de pensar en lo ocurrido en la Tierra. Se inclinó sobre el terminal del gobernador y lo manipuló en un inventario de materiales. Encontró lo que buscaba y listó todo lo que había en los almacenes de la colonia. Filtró por neodimio y encontró una entrada. Disponían de al menos diez kilos en los almacenes del subsuelo. La suerte les sonreía con uno de los minerales.

Después filtró por renio. La lista de resultados fue mucho más escueta y parecía diferente. Al mirar los códigos de colores de los resultados se dio cuenta de que la lista solo incluía las herramientas y el material que incluían renio entre sus componentes de fabricación. Tal y como había dicho Taro, había dos termopares de alta precisión en el inventario que se utilizaban en la industria metalúrgica. Tal vez no fueran capaces de separarlo del tungsteno con el que formaba aleación y no fuera suficiente cantidad para arreglar el sistema, pero se los llevarían de todas maneras.

—De acuerdo —dijo ella—. Me temo que tenemos trabajo. Bajo la superficie de la cúpula están los almacenes de la colonia. Vamos a hacerles una visita.

Emily cerró el terminal y miró la momia del gobernador. Se detuvo unos instantes y pensó en los últimos y angustiosos días que pasó con vida. Solo. Consciente de que su tiempo se acababa y de que su familia había sido asesinada junto con el resto de sus conciudadanos. Pensó en el sentimiento de culpabilidad que le embargó por no ser capaz de abandonar su refugio, pero ella no lo culpó. Seguramente habrían acabado todos de la misma forma, aunque su decisión le privara de despedirse de sus seres queridos. «Descanse en paz», pensó para sus adentros antes de abandonar el búnker.

Descendieron por las escaleras hasta la planta de acceso, la oscuridad a partir de ese nivel era total. Encendieron las linternas de sus cascos y se adentraron en los niveles subterráneos de la colonia. Los almacenes se encontraban en la última planta, a cinco pisos por debajo de la superficie. Descendieron con mucho cuidado, a pesar de que ya conocían el destino de las personas que vivieron allí.

Llegaron a un pequeño distribuidor en el que había tres puertas que estaban abiertas y desencajadas, como si los atacantes las hubieran atravesado por la fuerza. Ferrara y Robert se asomaron por la que estaba rotulada como ALMACÉN A. Según los registros del terminal del gobernador, allí era donde se guardaban las materias primas y el material de mayor valor.

—¡Despejado! —exclamó Ferrara cuando comprobó la magnitud del lugar y revisó que estaba casi todo vacío.

Robert les hizo un gesto a los demás para que entraran en el inmenso almacén. Por la altura, supusieron que ocupaba dos o tres plantas completas como las que habían descendido por las escaleras. Había un montón de estanterías de metal repartidas estratégicamente a lo largo del espacio, aunque la mayoría se habían derrumbado con el paso del tiempo y apenas quedaban un par de ellas en su estado original.

—Según los registros, el neodimio estaba en el pasillo diecisiete, sección H —señaló al frente.

Emily trató de encontrar la manera en la que los pasillos estaban numerados. Estaba todo destrozado por el paso del tiempo, lo cual incluía también las señales y los carteles que marcaban la situación de cada material. Localizaron algunos tablones de madera apilados en los primeros pasillos. Emily supuso que serían los que tendrían la numeración más baja, pero había un montacargas en una de las paredes laterales y dudaba de si la numeración comenzaría desde ahí o desde las escaleras por las que habían bajado.

Fue Taro el que advirtió el detalle que resolvería sus dudas.

—Hay unos carteles metálicos soldados a las estanterías —dijo—, aunque la mayoría están en el suelo. Buscad el equivalente. Este primero de la derecha es el pasillo número dos, así que todo parece indicar que el de la izquierda es el número uno.

—Pares a la derecha e impares a la izquierda —ratificó Paula.

Avanzaron con determinación hasta el pasillo diecisiete. Robert encontró la placa entre los restos de las estanterías.

—Es esta —dijo—. Pero tenemos que encontrar la sección. Seguro que hay otros carteles similares con las letras del abecedario.

No tardaron nada en dar con las primeras letras del abecedario. Emily continuó hasta donde debería estar la H. Aunque no la vio, supo que estaban en el lugar correcto. La estantería se había vencido por completo, por lo que fue complicado acceder a la zona.

—¿Qué tenemos que buscar? —preguntó a Taro—. Es magnético, por lo que debería estar en el interior de un contenedor con blindaje magnético ¿no?

—El neodimio no es magnético en estado puro —corrigió el geólogo—. Es un error bastante común. Con él se fabrican los famosos imanes de neodimio, que no son más que una aleación del metal puro con hierro y boro. El neodimio en sí no requiere especial cuidado, más allá de que se oxida con facilidad. Cuando se almacena en forma de polvo es tremendamente inflamable y reactivo con el oxígeno, podría llegar a arder espontáneamente. Imagino que estará en algún contenedor hermético en forma de lingotes de una libra de peso.

Buscaron por la zona y abrieron varios de los contenedores que encontraron hasta que Taro reconoció el color plateado con un ligero tono amarillento tan característico del metal. Emily lo corroboró al leer el código de serie del contenedor que había extraído del registro del gobernador.

—Coged de sobra —les dijo—. Mejor llevarnos todo lo que podamos.

—¿Y el renio? —preguntó Chad.

—Tendremos que buscarnos la vida —respondió ella con resignación—. No había registros sobre dónde encontrar los termopares que había en el inventario.

—¿No deberíamos buscar en el resto de las colonias?

—No parece que las aplicaciones del renio sean muy útiles en este lugar —respondió ella—. Tal vez debamos visitar la Tierra, igual encontramos algo de renio allí.

—¿Dónde están los mayores yacimientos de renio? —preguntó Alberto.

—Chile era el mayor productor cuando abandonamos la Tierra —escucharon a Adeon—. Pero también había grandes yacimientos en Arizona, Utah y Colorado.

—Dudo mucho que encontremos nada en pie —dijo Taro—. Ya habéis visto lo que ha ocurrido. Nada de lo que dejamos hace mil años ha podido resistir todos esos impactos, ni los millones de terremotos y de erupciones volcánicas que los siguieron. Además, más que conocer las localizaciones de los yacimientos, necesitaríamos visitar las localizaciones donde se trataba la molibdenita para extraer el renio.

—Había una fundición de cobre en Garfield, Utah, donde se recuperaba renio de la molibdenita de la mina de Bingham Canyon —informó Adeon—. También había algunas compañías que tenían instalaciones en Arizona y Nuevo México especializadas en la obtención de renio.

—Estarán también destruidas —se lamentó Ferrara.

—De momento no tenemos más alternativas —respondió Emily, lanzando un prolongado suspiro—. Estoy abierta a escuchar otras opciones, pero me temo que ahora mismo no perdemos nada por intentarlo.

En el fondo, todos querían regresar a su antiguo planeta para ver el resultado de lo que habían visto en el holograma. Sabían que las probabilidades de encontrar lo que buscaban eran mínimas, pero tenían que intentarlo si querían regresar a la época correcta.

16
El comedor social

4 de agosto del año 6

Wiikhaadiiz ofiz, Kepler-442b

Narya se despertó por el ruido de las mascotas de un vecino, al otro lado de la avenida. Acostumbraban a organizar un escándalo justo antes de que la luz asomara por el horizonte, como si estuvieran ansiosos por que llegara un nuevo día. Se levantó de la cama sin pensarlo. Comenzaba a aborrecer ese barrio, esa vida. Encerrada en una casa lujosa y amplia, pero angosta y agobiante en comparación con la libertad que la esperaba fuera de la ciudad, a donde pertenecía.

Colocó la olla con agua sobre el fuego para prepararse una infusión, como hacía todas las mañanas. Mientras, aprovechó para elegir un nuevo vestido para el día. Ya había perdido la cuenta de los que había utilizado, no entendía cómo las mujeres de la alta sociedad necesitaban tantos. Le parecían incómodos y superficiales, y aunque le trajeran algunos recuerdos de épocas pasadas, no soportaba lo rápido que se manchaban.

Vertió el agua en una tetera y mientras esperaba que las hojas de *ghozda* infusionaran recordó por qué estaba allí, el motivo por el que se levantaba todas las mañanas, aquello por lo que vivía. Tenía que encontrar a Yaaw, tenía que hacerle pagar por todo el sufrimiento que había causado. Salió de su ensimismamiento cuando se dio cuenta de que acababa de doblar la fina cucharilla de plata que sostenía en la mano. Trató de que recuperara su forma y la dejó sobre la mesa, todavía algo deformada.

Después de dar buena cuenta de su desayuno, se colocó el vestido de color verde oliva y salió a la calle dispuesta a hacer el mismo recorrido que llevaba haciendo toda la semana. Aunque ese

día resultaría diferente a los demás, ya que comenzaría con su nuevo trabajo de voluntaria en el comedor social, ese ritmo de vida anodino le resultaba de lo más aburrido y superficial.

Esperó como todas las mañanas a que Iidriis saliera de su vivienda y se dirigiera al mercado. El cielo amenazaba lluvia, por lo que ambas llevaban sendos paraguas para evitar que las enormes gotas que resbalaban desde las copas de los árboles echaran a perder sus elegantes vestidos.

—¿Estáis ahí? —preguntó.

—Sí —escuchó la voz de McNeil—. Estoy yo.

—¿Y Khaavmi?

—Se encuentra indispuesto.

—Déjame adivinar —dijo ella—, ayer se pasó con el arborumel.

—Eso parece —respondió el inspector con tono resignado—. Llegó de madrugada, con heridas en la cara y las manos hinchadas.

—¿Qué pasó? —preguntó ella, preocupada.

—No quiso decírmelo. Y venía tan borracho que no quise insistir —respondió él—. Y prefiero no comprobarlo por mí mismo, no es alguien que reaccione muy bien cuando se le despierta de forma abrupta. Esperaré a que se levante para hablar con él sobre el tema.

Narya guardó silencio. Su admiración por el antiguo capitán de la guardia de la ciudad había subido muchos enteros en los últimos días. Compartir un objetivo los había unido a todos. Incluso comenzaba a acostumbrarse al extraño humor del inspector McNeil, siempre tan reservado. Sin embargo, lo ocurrido la noche anterior indicaba que Khaavmi seguía llevando en su interior al despojo alcohólico que había tirado su carrera por un barranco. Era una pena, había empezado a sentir algo por él.

Esperó a Iidriis bajo la tejavana de un pequeño comercio de telas de calidad. A lo largo de la última semana había cambiado sus propias rutinas a la hora de esperar a su objetivo. Lo último que quería era llamar la atención de la mujer de Yaaw. Además, tal y como había sugerido el inspector, puede que incluso hubiera alguien

cercano a la Sexta Logia vigilando a la kepleriana. Convenía ser precavidos para evitar llamar la atención más de lo necesario.

Esa mañana caminó unos metros por delante de ella para disimular. Se paró en cada uno de los puestos del mercado para vigilarla en la distancia mientras revisaba distraída la mercancía de los vendedores. Tras una semana observándola ya se hacían una idea de sus rutinas y sus preferencias culinarias. McNeil no había detectado nada fuera de lo normal en su comportamiento. La comida que compraba era para una sola persona y su dieta, aunque incluía huevos y algo de pescado, era en su mayoría vegetariana. A diferencia de otros miembros de la alta sociedad, no parecía ser consumidora de carne.

El tercer día de vigilancia siguieron una pequeña pista, ya que había comprado un broche en uno de los puestos de artesanía. No fue hasta el día siguiente cuando se dieron cuenta de que había sido algo normal, ya que salió a la calle con un vestido a juego en el que había colocado su nueva adquisición. Incluso en la situación tan precaria en la que se encontraba, decidió permitirse algún capricho con el que mantener las apariencias.

Ambas hicieron las compras habituales. Iidriis adquirió verduras y huevos y Narya algo de carne, para variar. Después, ella se detuvo en el puesto de especias en el que tanto tiempo solía pararse a mirar. Tras observar y retransmitir las imágenes desde su broche, las dos regresaron a sus hogares con los alimentos. Otro día sin que surgiera ninguna pista de la que tirar.

A media mañana, como de costumbre, Narya ocupó su lugar en la taberna frecuentada por la alta sociedad en la que Iidriis solía tomar su infusión. Se sentó en su mesa y aguardó a que se acercara el camarero. Hacía tres días que se había cansado de tomar *ghozda* y había comenzado a pedir una copa de vino espirituoso. No es que quisiera emborracharse para aguantar la rutina, una copa no era suficiente para eso, pero el calor de la bebida en su garganta le ayudaba a permanecer alerta. Además, había comprobado que las infusiones a esa hora del día le embotaban la mente y le provocaba

una extraña sensación de somnolencia que no le resultaba agradable.

Iidriis entró instantes después y se sentó en la mesa de siempre sin dirigir la palabra a nadie. De inmediato, el responsable de la barra comenzó a preparar su infusión, como cada mañana. Recogió las hojas de *ghozda* y las machacó hasta hacerlas casi polvo. Después vertió el contenido de una de las ollas en una tetera y dejó que el agua caliente hiciera su trabajo. Narya observó a la kepleriana, que permanecía en su mesa, impasible y silenciosa, sin levantar la mirada. De repente, la voz de McNeil interrumpió sus cavilaciones, asustándola.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó.

—¿Qué? —susurró ella, con el pulso acelerado.

—El hombre de la barra —dijo—. Acaba de echar leche en la tetera.

—¿Leche? —preguntó ella sin entender—. Nunca le habían echado leche hasta ahora. ¿Estás seguro?

Narya se maldijo por no haber prestado suficiente atención a lo que hacían en la barra. Se había distraído observándola a ella, que nunca hacía nada extraño en la taberna.

—Sí, estoy seguro —respondió él con determinación—. Estoy revisando las grabaciones de todos los demás días. Nunca hasta ahora le habían servido el *ghozda* con leche. Creo que tenemos algo.

Narya observó al camarero acercarle la taza y la tetera, como de costumbre. Ella le tendió la mano con algunas monedas y se sirvió algo de la bebida humeante. Tras unos instantes esperando a que se enfriara, dio un primer sorbo. Nada en su actitud les hizo pensar que había algo extraño en el hecho de encontrar leche en su infusión. Al igual que el resto de días, disfrutó de la soledad y del acogedor ambiente de la taberna, apuró su tetera y se levantó para cumplir con sus deberes diarios en el comedor social.

—¿Qué puede significar eso? —preguntó ella entre susurros, todavía sentada en su mesa.

—Puede que sea la señal que estábamos esperando —advirtió el inspector—. Será mejor que no te separes de ella. Ahora que puedes entrar en el comedor social, podemos vigilarla en todo momento.

Narya se levantó de la mesa tratando de no parecer ansiosa. Salió del establecimiento y buscó con la mirada a la mujer de Yaaw. No tardó mucho en encontrarla y la siguió dejando una distancia prudente entre ambas. Durante el trayecto hasta el comedor no ocurrió nada extraño. Nadie se le acercó ni se desvió de su itinerario habitual. En cuanto llegaron a su destino, ella desapareció en el interior del edificio. Sin embargo, gracias a Yisht, Narya podía entrar ya en ese lugar. Puede que tras esa puerta estuviera la pista que los llevaría hasta Yaaw.

—Será mejor que entres —la apremió McNeil—. Imagino que te estarán esperando.

—Sí —respondió ella, que se apresuró en alcanzar la puerta.

Aunque todavía faltaban un par de horas para comenzar a dar las comidas, ya había un par de docenas de keplerianos esperando en la calle. Narya los observó, y para su sorpresa se dio cuenta de que parecían personas normales. Había familias completas, incluso niños. La situación para muchos de ellos era desesperada. Narya llamó a la puerta y aguardó a que alguien la atendiera. Cuando esta se abrió, se sobresaltó al ver a la propia Iidriis frente a ella. Encontrarse cara a cara con su objetivo la sorprendió de tal manera que se quedó sin palabras y no supo qué decir. Por suerte, parecía que su presencia ya había sido anunciada.

—¡Ah! Tú debes de ser Shuvee —saludó con una amplia sonrisa —. Por favor, pasa. Te estábamos esperando.

—Gracias —se limitó a responder ella.

—Es una pena lo que le ha pasado a Klibeer —continuó Iidriis—. Pero nos alegramos mucho de haber encontrado a alguien tan rápido. Ha sido casi una señal de las estrellas.

Narya asintió devolviéndole la sonrisa. Le sorprendió ver que detrás de la persona a la que había estado siguiendo durante los últimos días hubiera una kepleriana de carne y hueso. Esbozó una

sonrisa nerviosa al imaginar lo que pensaría de ella si supiera sus verdaderas intenciones.

—Ven por aquí —dijo—. Te presentaré al resto.

Iidriis la llevó a través del enorme comedor que había a la izquierda de la puerta y cruzaron un pequeño pasillo hasta llegar a una espaciosa cocina llena de vida. Allí media docena de keplerianos y keplerianas se afanaban por preparar los alimentos que formarían parte de la comida del día. La mujer de Yaaw la condujo hasta un kepleriano rollizo de sonrisa tatuada que lavaba una gran cantidad de zanahorias en un barreño de agua.

—Te presento a Ghorz —le dijo ella—. Él es el director del comedor y el cocinero jefe. Todos estamos a su cargo aquí dentro.

—¡Ah! —exclamó él incorporándose y secándose las manos con el delantal antes de extenderle la derecha a Narya junto con una sonrisa amable—. ¡Bienvenida!

—Gracias —respondió ella, con calculada timidez.

—Todos estamos muy preocupados por la salud de Klibeer —siguió él con tristeza—. Pero me alegro de que estés aquí. Tu ayuda nos será de gran utilidad.

—Haré todo lo que esté en mi mano por ayudar a toda esa gente —dijo, señalando en dirección a la cola del exterior.

Él sonrió con sinceridad y colocó la mano sobre su hombro.

—Ven, te presentaré a los demás.

Narya siguió al fornido cocinero mientras le presentaba al resto. Había dos keplerianos de edad avanzada, una kepleriana más joven que ella y otras dos más adultas. Una de ellas parecía ser la más mayor de todo el grupo.

—¿Qué sabes hacer? —le preguntó Ghorz—. Klibeer acostumbraba a pelar los tubérculos y limpiar lo que ensuciábamos los demás.

Ella lo miró nerviosa. No estaba acostumbraba a cocinar, pero por suerte había visto a otros hacerlo en los campamentos. Así que decidió probar suerte.

—No tengo mucha experiencia en la cocina —confesó—. Pero si tenéis algo de paciencia conmigo estoy segura de que podré ayudaros. Creo que puedo intentar suplir a Klibeer.

—¡Estupendo! —celebró el cocinero, tendiéndole un mandil para que no se manchara el vestido—. Podemos ponernos manos a la obra. Hoy haremos estofado de verduras con un poco de carne.

Ghorz le señaló un cubo lleno de tubérculos de diferentes tipos y colores. Narya se acercó a él y observó de primera mano la cantidad de trabajo que le esperaba por delante. Sería mejor que empezara cuanto antes si quería intentar acercarse a Iidriis.

Los primeros tubérculos no los cortó demasiado bien y gran parte del alimento se quedó en las peladuras que hizo de forma caótica y poco precisa. Poco a poco fue ganando algo de pericia y ajustó el corte para maximizar el rendimiento. Al fin y al cabo, estar en una misión encubierta no la eximía de cumplir con sus funciones. El alimento de todos los que esperaban en el exterior dependía en parte de ella. Pero, por más prisa que se diera, el cubo no parecía descender, y aunque Ghorz ya había recogido parte de su trabajo para comenzar a preparar las primeras ollas con estofado, sentía que se estaba convirtiendo en el cuello de botella de la cocina.

De vez en cuando se giraba para controlar a Iidriis, cuya misión era preparar la carne. Resultaba irónico verla retirar la piel y la grasa sobrante, habida cuenta de que ella misma no la consumía. McNeil le hablaba de vez en cuando, ya que, por culpa de sus labores, el broche nunca estaba orientado hacia el objetivo. Teniendo a tanta gente alrededor, ella se limitaba a carraspear o a asentir de forma velada para responder a sus preguntas. El inspector llegó incluso a darle algún consejo para hacer mejor su labor.

Sin embargo, su velocidad con el cuchillo no era comparable a la de su predecesor, por lo que pronto alguien tuvo que echarle una mano. Iidriis se acercó a ella y, sin mediar palabra, se dispuso a ayudarla con la pila de tubérculos.

—Gracias —le dijo Narya, que aprovechó la oportunidad para intentar acercarse a ella—. Creo que no tengo tanta experiencia

como vosotros.

—No te preocupes —respondió con una sonrisa—. Nadie nace sabiendo. Yo misma aprendí aquí a cocinar.

Narya le devolvió la sonrisa sin despistarse demasiado, ya que manejaba una herramienta que bien podría rebanarle un dedo. Justo en ese instante escuchó la voz de Khaavmi por primera vez en todo el día. Sonaba ronca, fruto de los excesos de la noche anterior. Se moría de ganas de preguntarle sobre lo que había ocurrido en la taberna, pero, por razones obvias, se mantuvo en silencio.

—¿Llevas mucho tiempo viviendo en el barrio? —preguntó Iidriis.

—¿Qué? —La pregunta la pilló desprevenida y con la guardia baja.

—Te he visto últimamente paseando por el barrio y el mercado y me preguntaba si llevabas mucho tiempo viviendo por la zona —aclaró ella.

—No, apenas llevo una semana por aquí —respondió Narya.

—Eso me parecía —continuó—. Confieso que te he estado observando, pero no logro identificar tu acento, ¿de dónde eres?

Narya trató de recordar la historia de su *alter ego*, la había repasado unas mil veces con Khaavmi y McNeil, pero verse acorralada delante de su objetivo la hizo ponerse nerviosa, sin saber qué responder.

—¡Oh! Lo siento —se disculpó ella al ver que no contestaba—. Estoy siendo demasiado indiscreta. Creo que siempre he tenido ese problema.

—No, tranquila. —Trató de recuperar el control de la situación—. Mucha gente me dice lo del acento. He vivido en Khapabir estos últimos años, pero aunque mis padres eran de aquí, decidieron mudarse poco después de que naciéramos mi hermana y yo. He decidido regresar después… bueno, de lo que ocurrió allí.

Narya agachó la cabeza, como si la mera mención de su familia ficticia le trajera demasiados recuerdos tristes. Iidriis la miró con

ternura, no hicieron falta más palabras para saber que el ataque había acabado con ellos.

—Lo siento —dijo ella, comprensiva.

—Tranquila. —Trató de esbozar una sonrisa—. Me pasa siempre que recuerdo todo lo que pasó.

—Es normal. Fue terrible —respondió ella colocando la mano sobre su hombro—. Estoy segura de que aquí podrás encontrar una nueva vida. Y, por supuesto, puedes contar con cualquiera de nosotros para lo que necesites.

—Gracias —asintió Narya—. Significa mucho para mí.

—Bien jugado. —La voz de Khaavmi sonó por el auricular.

Entre ambas lograron remontar el retraso acumulado en el pelado de los tubérculos y. a continuación. ayudaron a cortarlos en pedazos para utilizarlos en las demás ollas. Después de acabar, Narya se dedicó a limpiar la cocina mientras Ghorz y la más anciana de las keplerianas cuidaban de las ollas que estaban al fuego. En cuanto el resto se liberó de sus tareas, recogieron las ollas con el estofado ya cocinado y abrieron el local. La gente que esperaba en el exterior comenzó a ocupar los bancos y mesas que había en la estancia diáfana que habían dejado a un lado al entrar. El comedor, que se había mantenido en un silencio interrumpido tan solo por el borboteo de los estofados y el parloteo de alguno de sus compañeros, se vio inundado por el murmullo de la multitud.

Aunque una ventana separaba la cocina del comedor, Narya se las apañó para ver lo que ocurría al otro lado. Los colaboradores se colocaron en un mostrador largo para repartir el estofado entre los comensales. Trató de vigilar a todos los que se acercaban a Iidriis, pero ninguno de ellos le resultó sospechoso. Nadie pareció mantener una conversación fuera de lo normal con ella.

Se apresuró a concluir la limpieza de la cocina, y para cuando Ghorz acabó de preparar la última de las ollas, ella también pudo salir al mostrador a repartir lo que quedaba. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de la cantidad de gente que se acercaba al comedor para poder tener al menos una comida diaria. Se colocó al

lado de Iidriis, que apuraba los últimos cazos de su olla. Esta la miró con una sonrisa satisfecha al ver la voluntariedad de la recién llegada.

Poco después, Ghorz se vio obligado a cerrar las puertas del comedor, dejando a varias personas todavía fuera, porque ya no había nada más que repartir. Narya concluyó su día limpiando todo lo que se había utilizado al repartir la comida. Cuando acabó y se quitó el delantal, se dio cuenta de lo cansada que estaba. Se moría de ganas de quitarse el vestido y descansar. Otro día más sin encontrar ninguna pista sobre el paradero de Yaaw. Cuando se disponía a salir al exterior, se sorprendió al ver que Iidriis la esperaba junto a la puerta.

—Vamos querida —dijo mientras le tendía el brazo—. Es hora de que regresemos a nuestros hogares. Ya hemos hecho suficiente por hoy.

Narya se despidió de los demás, que agradecieron su disposición y ayuda, especialmente Ghorz, que reconoció sus dudas iniciales al verla pelar los tubérculos.

Ya en el exterior, el atardecer se había adueñado del día y sus rayos de luz se colaban entre las hojas de los árboles impregnándolo todo de una luz cálida y tenue. Atravesaron la avenida del comedor en silencio, caminando sonrientes y agarradas del brazo, como dos amigas que se conocieran de toda la vida. Poco después, y casi sin darse cuenta, habían llegado hasta la inmensa calle en la que ambas vivían. De repente, Iidriis apretó su brazo contra el de Narya con una fuerza inusitada, haciéndola daño y obligándola a colocar el oído delante de su boca.

—No creas que no sé lo que estás haciendo, jovencita —le dijo con seriedad—. ¿Crees que no me he dado cuenta de que me sigues todas las mañanas? ¿Que me esperas en el interior de la taberna para espiar lo que hago?

Narya abrió los ojos de par en par y notó cómo se le aceleraba el pulso. Después de todo el esfuerzo que había hecho durante la última semana, la mujer de Yaaw la había descubierto.

—Sal de ahí —escuchó a Khaavmi.

—Creo que no sabes muy bien con quién te estás enfrentando —continuó ella—. Así que te daré una única oportunidad. No quiero volver a verte por aquí. Si vuelvo a hacerlo, no me hago responsable de lo que pueda pasarte.

La voz amable y risueña de Iidriis había desaparecido para dar paso a un susurro amenazador y torticero. Narya estaba petrificada, sorprendida por el repentino cambio de actitud. De la misma manera que había apretado su presa alrededor de su brazo, la aflojó.

—No es necesario que renuncies a tu puesto en el comedor —dijo de nuevo con voz dulce y suave—, yo misma les diré que no es lo que esperabas y que prefieres dedicar tu tiempo a otros menesteres.

Sin darse cuenta llegaron a la puerta de la antigua vivienda de Yaaw. Iidriis soltó por completo su brazo y caminó hacia allí.

—¡Ah! Y saluda a Khaavmi de mi parte —le dijo—. Supongo que a estas horas ya estará buceando en una jarra de arborumel, como de costumbre.

Se despidió con una sonrisa malévola y cerró la puerta tras de sí, dejando a Narya sola en la calle, temblando y sin saber cómo habían perdido la ventaja en la investigación.

17
La nueva Tierra

8 de abril de 3369

Colonia MRS-07, Marte

—Después de todo lo que hemos visto, no me quedan muchas ganas de ver lo que ha ocurrido en la Tierra desde más cerca —dijo Evelyn cuando se sentaron en la cabina de la Phoenix.

—No tenemos alternativa —contestó Ferrara—. Si queremos regresar a nuestra época tenemos que encontrar ese dichoso renio.

—Sí, soy consciente —respondió la enfermera—. Solo digo que se me ha quedado mal cuerpo después de saber lo que ha ocurrido con las colonias. Toda esa gente asesinada por hacerse con el control de los recursos.

—Por desgracia, no es más que una pequeña muestra de lo que ha sido la historia de la humanidad —intervino Alberto—. Siglos de guerras y enfrentamientos por dominar los recursos del planeta. Antes de llegar a este lugar me engañaba pensando que los gobiernos conseguirían resolver sus problemas al enfrentarse a la extinción total. Pero, en el fondo, siempre supe que acabaría ocurriendo algo como lo que hemos visto. El ser humano es egoísta por naturaleza y los gobiernos no son más que un fiel reflejo de la sociedad.

—Había personas honradas —argumentó Evelyn.

—Claro que sí, muchas —asintió Alberto—. Pero ninguna de esas llegó nunca a estar cerca del verdadero poder. El poder corrompe. Y aunque existan personas en puestos de responsabilidad con integridad y verdadera vocación por el servicio al prójimo, la mayoría acaban sucumbiendo a la corrupción del dinero.

—En Kepler-442b no ha ocurrido de esa manera. —Paula se giró hacia Alberto para poder rebatir sus teorías.

—Porque ninguno de ellos tuvo el verdadero poder —esgrimió Alberto—. Eso era propiedad de los Khol. Los pocos que estuvieron cerca de conseguirlo fueron los miembros de la Sexta Logia. ¿Y qué es lo que hicieron? Aprovechar su poder para quitar de en medio a rivales políticos y a sus familias. Por no hablar de las intrigas entre los líderes de las diferentes ciudades. En realidad, los keplerianos no han evolucionado tanto como su aspecto físico indica. Sus sociedades siguen adoleciendo de los mismos problemas que tenían las nuestras.

Nadie fue capaz de rebatir esa última explicación, en parte porque era un punto de vista válido y en parte porque Balakova encendió los motores de la nave, que ronronearon mientras comenzaba la maniobra de despegue. Ya con el neodimio a buen recaudo en la bodega de la Phoenix, se despidieron del planeta rojo. Su próxima parada sería el planeta que los vio nacer.

Sin darse cuenta regresaron a un entorno de ingravidez, pero cuando estaban a punto de comenzar el proceso de aceleración que los llevaría hasta la Tierra, algo ocurrió.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Balakova.

Antes de que nadie pudiera responder, la Phoenix se quedó sin suministro eléctrico. Las luces se apagaron, aunque no se quedaron a oscuras, ya que se encontraban casi en dirección hacia el Sol y sus rayos de luz penetraban en el interior a través de los cristales de la parte frontal. Los motores dejaron de hacer ruido y un silencio incómodo se adueñó de la cabina.

—¿Qué ocurre? —preguntó Emily.

—No lo sé —murmuró la piloto—. Me ha parecido ver algo ahí fuera. Y justo nos hemos quedado sin electricidad.

—¿Qué has visto?

—No estoy segura —respondió ella con gesto serio—. Tal vez haya sido el reflejo de la luz del sol incidiendo en el cristal, pero me

ha parecido ver otra nave.

—¿Otra nave? —exclamó Emily, extrañada—. ¿Qué clase de nave?

—No lo sé —siguió ella—. Ha sido extraño. ¿Tú no has visto nada, Huang?

—Lo siento, estaba mirando el rendimiento de los motores en la consola. Solo he levantado la vista cuando se ha ido la luz.

—Iré a ver qué ocurre con el generador —dijo Balakova, soltando las fijaciones de su asiento—. Ahora mismo vamos a la deriva, y si no conseguimos alejarnos de Marte, tal vez acabemos teniendo problemas.

—Voy contigo —dijo Emily, que también se soltó.

Ambas desaparecieron por el pasillo de acceso a la cabina y se enfilaron hacia la planta inferior, donde se encontraba la sala de control de ingeniería de la nave. Justo cuando estaban a punto de entrar en ella, regresó el suministro eléctrico. Unos segundos después, los motores volvieron a rugir con su melódico sonido tan característico.

—Ha vuelto sola —dijo Emily.

—Sí, eso parece —constató Balakova—. Pero, aun así, quiero hacer unas comprobaciones antes de seguir con el viaje.

—Claro.

Balakova revisó la consola de los generadores y Emily observó en silencio a su lado todas las verificaciones. Los indicadores mostraban la capacidad restante de los depósitos de hidrógeno, la potencia nominal de los generadores y el porcentaje de rendimiento entre otra serie de medidores. Los códigos de colores aparecían en verde, por lo que Emily supuso que todo iba bien, aunque desconociera las necesidades energéticas de una nave como la Phoenix.

—¿Qué es lo que has visto ahí fuera? —preguntó de nuevo cuando vio que el semblante de la piloto se relajaba.

—No estoy segura —repitió ella mientras seguía revisando el resto de los generadores—. Ha sido extraño. He visto un reflejo, y

después me ha parecido ver una malla.

—¿Una malla?

—Sí, ha sido solo una milésima de segundo —reconoció—. Pero algo parecido a una red con hilos hexagonales ha brillado con un fulgor muy tenue.

—Los cristales de la cabina tienen unas fibras microscópicas en el interior para aguantar las presiones. ¿Puede haber sido el reflejo de la luz del sol?

—Ya no sé qué pensar —reconoció ella—. Pero diría que no. Además, esas fibras de las que hablas siguen un patrón cuadrangular, no hexagonal.

Tras acabar con los generadores, revisaron también el estado los motores. Adeon se recuperó de su letargo momentáneo y se unió a la pequeña reunión.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntaron.

—No estoy seguro —dijo—. No tengo constancia de que haya sucedido nada extraño, y sin embargo, la nave se ha quedado sin suministro.

—¿Has lanzado tus diagnósticos?

—Sí, todo está en orden —respondió la IA—. Como si no hubiera pasado nada.

—La teniente Balakova cree que ha visto algo delante de la cabina durante unas décimas de segundo. ¿Qué dicen los sensores de la nave?

—No veo nada irregular en los momentos previos al apagón —aseguró—. Tampoco la actividad solar era extraña, podemos descartar una erupción solar. Todo parecía estar en orden.

Emily decidió no darle más importancia a lo ocurrido. Tal vez fuera una simple coincidencia. La Phoenix acababa de ser ensamblada de nuevo y quizá se tratara de algún desajuste fruto de las prisas con las que trabajaron los técnicos de la Asimov para poder dotarles de nuevo de una nave puntera. En cuanto a la visión

de Balakova, ni siquiera ella misma parecía darle importancia e incluso dudaba de lo que había visto.

—¿Está todo en orden? —preguntó.

—Sí —respondió ella con seguridad—. No sé lo que ha ocurrido, pero está todo en orden.

—Bien, será mejor que volvamos a la cabina —dijo Emily—. Adeon, prepara una sonda. Quiero un modelo completo del estado de la Tierra antes de decidir a dónde vamos.

—¿Quieres que busque algo concreto? —preguntó la IA.

—Sí, céntrate en las localizaciones donde tengamos más probabilidades de conseguir renio.

Regresaron a sus asientos y Balakova retomó las maniobras para alejarse de Marte. El viaje duraría unas ocho horas, tiempo que los demás aprovecharon para recargar sus trajes, estirar las piernas e incluso echar una cabezadita. Emily lo empleó para comunicarse con el crucero, donde Min, Lin y Erik continuaban trabajando sin descanso en encontrar una solución para la avería. Les puso al día sobre los avances que habían realizado y también sobre lo que había pasado en las colonias de Marte. Les dijo que se dirigían a la Tierra, y que se quedarían sin comunicaciones en cuanto el Sol se interpusiera entre ambas naves. Tal vez necesitaran días o semanas para encontrar algo de renio, así que les pidió que tuvieran paciencia.

Envió los mensajes y aguardó unos minutos hasta recibir las respuestas. Después, aprovechó para dormir algo en ingravidez. Para su sorpresa, y a pesar de todo lo que habían visto en los hologramas, pudo conciliar el sueño sin ningún problema.

Horas más tarde se despertó descansada tras un sueño reparador. Comió algo rápidamente y regresó a la cabina. Allí solo encontró a Huang, que contemplaba con asombro el planeta blanco y azulado que una vez fue su hogar

—Es increíble que haya sobrevivido al impacto, ¿verdad? —dijo ella cuando se colocó detrás de su puesto.

—Sí que lo es —respondió el joven copiloto—. Aunque me temo que ya no queda nada de lo que alguna vez conocimos.

—No, pero la naturaleza tal vez dé una segunda oportunidad a alguna especie que haya sobrevivido.

—¿Crees que todavía hay vida allí? —Se giró hacia ella.

—Sin duda —respondió—. El ser humano no era más que una mota de polvo sobre la superficie del planeta. Las especies que habitaban en la Tierra cuando nos marchamos eran las supervivientes de las cinco grandes extinciones masivas sufridas a lo largo de millones de años. Tal vez ahora solo hayan sobrevivido una mínima parte de las que dejamos atrás, pero estoy convencida de que, con el tiempo, la vida volverá a rebosar en todo el planeta.

—Supongo que tienes razón —respondió el copiloto con resignación—. Aunque el ser humano no estará ahí para verlo.

—No, pero, en cierta manera, eso es lo grandioso de la naturaleza —dijo ella con una sonrisa amarga—. El tiempo del ser humano ya pasó, ahora es el momento de que otras especies tenga la oportunidad de desarrollarse. La vida siempre se abre camino.

Huang asintió en silencio. Aunque llevaba horas contemplando aquella estampa, era incapaz de apartar la mirada.

—¿Sabes si Adeon ha enviado ya la sonda?

—Sí, hace un par de horas —dijo Huang—. Está comenzando su órbita alrededor de la Tierra. De momento no tenemos ningún resultado, está recorriendo la cara oculta. Pero durante el rato que se ha comunicado con nosotros no había ninguna novedad. Y aunque era evidente, hemos podido certificar la ausencia total de satélites artificiales. No hay nadie aquí fuera.

La sonda tardó algo más de una hora en orbitar alrededor de la Tierra y regresar al punto donde se encontraba la Phoenix. Huang y Adeon habían decidido mantener la nave a una distancia prudencial hasta que la sonda les devolviera la mayor cantidad de información

posible. Los anillos de polvo y los pequeños fragmentos que se habían quedado en el límite de Roche continuaban en una situación un tanto inestable. Aunque la pequeña luna que se había vuelto a formar en el exterior de los anillos parecía seguir una órbita estable, prefirieron guardar las distancias con todo lo que rodeaba la Tierra.

—Acabo de recibir los datos de la sonda —dijo Adeon unos minutos después.

Emily esperó a que todos los demás aparecieran en la cabina para que Adeon diera su informe sobre la situación en la superficie.

—Creo que todos somos conscientes de la condición en la que se encuentra la Tierra —comenzó la IA—. Las explicaciones que se han dado estos últimos días siguen siendo válidas para explicar lo que vemos en la superficie. Hace un milenio que los restos de Selene impactaron a lo largo de toda la franja del ecuador. Los millones de toneladas de polvo, cenizas y dióxido de carbono que se levantaron tras la colisión provocaron un aumento de la temperatura incompatible con la vida tal y como la conocíamos.

»Durante las primeras horas, los impactos destruyeron gran parte de las infraestructuras humanas y los ecosistemas animales. Los terremotos de magnitudes superiores a once en la escala de Richter se extendieron a lo largo del planeta. Los tsunamis, con olas de más de un kilómetro de altura, inundaron las costas y llegaron hasta cientos de kilómetros hacia el interior. Ningún ser vivo sobrevivió en la superficie durante esas primeras y fatídicas horas. Pero, por desgracia, eso no fue lo peor de todo.

»Durante los cinco primeros años, el cielo se oscureció debido a la gran cantidad de polvo, aerosoles de sulfato y hollín que bloquearon la luz solar. Las temperaturas globales comenzaron a descender drásticamente. La fotosíntesis se vio interrumpida y eso provocó la caída de las redes tróficas en todo el planeta. Las lluvias ácidas como consecuencia del material en suspensión arrasaron los ecosistemas terrestres. El enfriamiento repentino y la falta de luz afectaron al fitoplancton, que, junto con la acidificación del agua marina, acabaron por destruir la inmensa mayoría de la vida marina.

Durante esos primeros cinco años se extinguieron más del setenta y cinco por ciento de las especies de la Tierra.

»Las condiciones de oscuridad persistieron durante los primeros diez años. A partir de ese momento, la actividad volcánica y los movimientos tectónicos como consecuencia del impacto comenzaron a suavizarse. Aunque todavía persisten hoy en día, no tiene ni comparación con lo que ocurrió durante los primeros años. La atmósfera comenzó a limpiarse y la luz solar regresó parcialmente a la superficie. Tal vez algunas especies vegetales consiguieron recuperar la fotosíntesis, pero con una biodiversidad muy reducida.

»El agua de los mares comenzó a retirarse como consecuencia del enfriamiento repentino de la atmósfera. Se formaron hielos temporales y los glaciares montañosos que sobrevivieron al impacto se expandieron.

—¿Por qué ese enfriamiento tan repentino? —interrumpió Alberto —. Quiero decir, has dicho que hubo una gran actividad volcánica y que el propio impacto generó mucho calor. ¿No debería eso de haber convertido la Tierra en un desierto?

—Se generó mucho calor durante los primeros meses, pero el calor de la Tierra es en un noventa y nueve por ciento proporcionado por la luz solar. La atmósfera fue capaz de mantener ese calor por algún tiempo, pero acabó disipándose con rapidez a pesar de que la actividad volcánica continuara siendo intensa. El polvo, el hollín y el carbono que resultaron de los impactos y de la quema de la vegetación de la superficie provocaron un efecto pantalla que evitó que la luz solar llegara. Este proceso se conoce como *invierno de impacto*.

»Y aunque parezca contraintuitivo, la Tierra, tal y como la vemos ahora mismo, está experimentando un aumento paulatino de las temperaturas —continuó la IA—. Una vez que todos los materiales en suspensión se depositan de nuevo en la superficie, la actividad volcánica tan intensa juega un factor importante, ya que es capaz de liberar grandes cantidades de dióxido de carbono a la atmósfera. Si a estas emisiones le sumamos la producida por la descomposición de

toda la biomasa perdida fruto de las condiciones adversas, provoca un efecto invernadero que elevará la temperatura global durante los próximos miles de años.

Alberto asintió satisfecho con la explicación de Adeon, que acompañó sus palabras con una simulación de la evolución del clima.

—¿Has dicho que hay mucha actividad volcánica en la actualidad? —preguntó Evelyn.

—Sí, hay doce volcanes activos. Además, las supercalderas de Toba, en la antigua Indonesia, y la de Yellowstone, en Norteamérica, presentan una actividad moderada, aunque sigue siendo notable.

—Eso puede ser peligroso.

—No lo creo —dijo Adeon—. Aunque todo depende del lugar que decidamos visitar. Recomiendo mantenerse a una distancia prudencial de cualquier actividad volcánica o sísmica que detectemos.

—¿Los continentes siguen estando debajo de todas esas nubes y capas de hielo?

—Claro —asintió Adeon con su monótona voz—. Ninguno de estos procesos que hemos descrito afecta a la dinámica de los movimientos tectónicos globales. Aunque sí lo hizo de manera local, repercutiendo en la orografía y las sedimentaciones en determinados lugares. Aunque la geografía local ha cambiado sustancialmente, todavía es reconocible a nivel global. Sin duda, la mayor diferencia respecto a lo que recordáis es debida a la retirada de las aguas a causa de la mayor cantidad de hielo que hay en ambos polos. En algunos lugares, el nivel del mar ha descendido hasta ciento veinte metros de profundidad, por lo que las costas son ahora mismo muy diferentes a lo que reflejan los mapas del Proyecto Orfeo. Vuelve a ser posible caminar entre lugares que antes no estaban comunicados. Sin ir más lejos, Inglaterra ha dejado de ser una isla separada del continente europeo.

»Esto me lleva a uno de los puntos más evidentes del informe. A pesar de la intensa actividad volcánica, que continúa acrecentando la capa de dióxido de carbono que provocará un calentamiento

global durante los próximos milenios, el hielo continúa siendo predominante, especialmente en el hemisferio norte. El territorio que antes conocíamos como Canadá, los países del norte de Europa y Rusia están totalmente cubiertos por una espesa capa de hielo. Las nevadas son algo habitual en los estados del sur de los Nuevos Estados Unidos y en zonas como África del sur y el continente austral. Puedo estimar que la temperatura media del planeta ha descendido al menos diez grados desde que abandonasteis el sistema solar.

—No parece demasiado —dijo James, al que las cifras no parecían impresionarlo.

—Lo es cuando se trata de una escala planetaria —rebatió Adeon —. Ahora mismo puede estar lloviendo en el desierto del Sáhara y en invierno son comunes las nevadas en lugares como Miami y Texas.

—¿Qué hay de las condiciones de la atmósfera? —preguntó Chad —. ¿Son compatibles con la vida humana? ¿O vamos a tener que seguir con los exotrajes a cuestas?

—Aunque durante los primeros instantes de los impactos no lo fueron ni por asomo —aseguró Adeon—. Poco a poco la atmósfera se ha ido estabilizando. Tengo una total certeza de que el aire de la Tierra es respirable en la actualidad.

—¿Cómo puede ser eso posible? —preguntó Alberto—. Acabas de decir que la mayoría de bosques y especies vegetales de la Tierra fueron destruidos tras el impacto.

—Y así fue —respondió la IA—. Pero algunas de las especies han recuperado parte de sus antiguos hábitats. Ya no dispondremos de la diversidad que había antes del cataclismo, pero los bosques comienzan a reclamar su espacio en la superficie. Además, conviene recordar que el noventa por ciento del oxígeno que se producía en la atmósfera se generaba en los océanos y no en tierra. Durante estos últimos siglos, la acidez de los océanos habrá disminuido considerablemente y las especies vegetales de los fondos marinos habrán conseguido recuperar su dominio.

—Sí, estoy de acuerdo con eso. Pero ¿cómo puedes estar seguro de que es respirable? —preguntó Chad, que había escuchado con atención las explicaciones de la IA—. ¿Ha entrado la sonda en la atmósfera para tomar muestras?

—No, pero resulta que he dejado lo más importante para el final —respondió Adeon con cierto aire de misterio—. He detectado actividad humana en al menos dos lugares, aunque se encuentran dentro de la misma zona de acción.

—i¿Qué?! —exclamó Emily—. ¿Cómo es eso posible?

—No lo tengo claro —admitió Adeon—. Pero las imágenes que ha captado la sonda no arrojan ninguna duda. Hay humanos poblando la Tierra.

Emily notó cómo el aire se escapaba de sus pulmones. Le costaba respirar. Después de todas las imágenes que habían visto, de las condiciones infernales que se habían sucedido tras los impactos de los restos de Selene, no era capaz de imaginar cómo dos grupos de seres humanos habían conseguido sobrevivir. La situación acababa de dar un giro de ciento ochenta grados. Si la humanidad había logrado prevalecer, todavía había esperanzas.

18
Una nueva esperanza

9 de abril de 3369

Proximidades de la Tierra

Contemplaron las localizaciones en las que Adeon había encontrado rastros de civilización. Ambos lugares estaban separados por algo más de cuatrocientos kilómetros de distancia y presentaban una abundante y frenética actividad que no dejaba lugar a dudas. Allí había presencia humana. El humo y el vapor de algunas industrias y pequeñas chabolas se alzaban en un ordenado caos alrededor del centro neurálgico. No eran equiparables a las antiguas ciudades de la Tierra, pero Adeon estimó que unas treinta mil personas podrían estar viviendo en la más grande de las dos.

—¿Dónde se encuentran esos dos lugares? —preguntó Robert.

—No puedo precisar las localizaciones —se disculpó—, pero una de ellas está en el norte de Texas, en una zona sin demasiada densidad de población en el pasado, y la otra a pocos kilómetros de Roswell, Nuevo México.

Chad soltó una ligera carcajada al escuchar que uno de los lugares estaba cerca del mítico sitio del que surgieron en el pasado todos los rumores y mitos sobre el contacto de la humanidad con civilizaciones alienígenas.

—¡Es increíble! —celebró Paula con emoción y esperanzas renovadas—. ¿Cómo han podido sobrevivir a todo lo que ha ocurrido?

—No tengo ninguna explicación que pueda respaldar lo que estamos viendo en las imágenes —respondió Adeon, que parecía genuinamente sorprendido—. Hay que tener en cuenta que las condiciones que se dieron durante el cataclismo no afectaron por

igual a todas las latitudes. El impacto fue especialmente destructivo en Europa, el norte de África, oriente medio y el territorio indochino. Es prácticamente imposible haber sobrevivido en las zonas cercanas al ecuador del planeta, pero tal vez algunos grupos de supervivientes se establecieron en zonas más próximas a los polos y, posteriormente, cuando comenzó el periodo de glaciación, migraron a zonas con climas más amables. Tampoco podemos descartar la existencia de búnkeres en lugares en los que no había peligro de impacto de artefactos. Al igual que la tripulación de la Asimov podría aguantar durante siglos dentro de la estación espacial, es teóricamente posible sobrevivir de forma similar en la Tierra. Solo hace falta algo de suerte para esquivar los impactos iniciales y la actividad sísmica posterior.

—¿Algo de suerte? —se burló Chad—. Creo que es más probable que te toque la lotería mientras te cae un rayo al mismo tiempo.

—¿A qué esperamos para ir a conocerlos? —preguntó James, que parecía ansioso por regresar a la Tierra.

—No es tan sencillo —masculló Emily—. No podemos presentarnos de esta manera mil años después. Además, os recuerdo que ni siquiera estamos en nuestra época.

—Teóricamente sí —corrigió Chad—. Han pasado más o menos los mismos años que tardamos en llegar hasta Kepler-442b.

—Ya sabes a qué me refiero —rechazó Emily—. No deberíamos estar aquí, hemos llegado a través de un agujero de Einstein-Rosen y no podemos arriesgarnos a crear nuevas líneas temporales a la ligera. No entendemos demasiado bien las consecuencias que podrían tener nuestras acciones. Podríamos causar la destrucción de nuestra propia línea temporal. Tenemos que pensar muy bien en lo que vamos a hacer. Además, puede que los supervivientes sean hostiles, que nos vean como enemigos. Hasta dudo que hablen nuestro mismo idioma, mil años pueden modificar mucho la forma de comunicarse de una civilización.

—¿Acaso no tienes una pizca de curiosidad por saber cómo han podido sobrevivir? —preguntó el biólogo.

—Claro que la tengo —se defendió ella—. Pero no podemos dejarnos llevar por nuestros impulsos. No deberíamos estar aquí. Y conocer la forma en la que sobrevivieron todas esas personas puede hacer que tengamos la tentación de recrear las mismas condiciones en otras tantas localizaciones si conseguimos regresar al pasado. Y ese tipo de cosas son las que podrían acabar destruyendo nuestra línea temporal. No quiero que nos arriesguemos de esa manera si no es necesario.

—Pero tal vez ellos dispongan de algo de renio —indicó Evelyn.

Emily miró las imágenes grabadas por la sonda. Ambas ciudades daban más la impresión de vivir en la edad de bronce que en la época en la que ellos abandonaron la Tierra. La nieve abundaba en los alrededores, donde la vegetación, sin ser demasiado espesa, parecía haber recuperado parte del esplendor de otras épocas. Pero, de cualquier manera, parecía un paisaje más propio de la estepa siberiana que del norte de Texas.

La distribución de las ciudades era de lo más curiosa. Había un centro neurálgico muy destacado alrededor del cual los edificios destartalados y sencillos se arremolinaban. Del mismo centro salía un espeso humo blanco que desaparecía al poco tiempo. El resto de las viviendas que se extendían alrededor seguían una disposición similar. Había centenares de puntos más pequeños alrededor de los cuales se erigían multitud de diminutas casas. Daba la impresión de que aquellas concentraciones fueran debidas a una fuente de calor. De todos esos lugares surgían pequeñas fumarolas de vapor, como si el calor generado en el centro de cada agrupación se extendiera por las edificaciones cercanas.

En la zona más oriental de la ciudad, el aspecto era un tanto diferente. En lugar de chozas había cultivos, pero igualmente se organizaban de manera circular alrededor de pequeñas estructuras que emitían vapor. Parece que los herederos de la Tierra habían encontrado una forma de conseguir que la nieve y el frío retrocedieran para permitirles sobrevivir en esas condiciones tan adversas. La primera impresión que se llevó fue un tanto negativa, pero viendo que disponían de algo de tecnología, tal vez tuvieran

alguna oportunidad de encontrar lo que necesitaban para regresar a su época.

—Será complicado que dispongan de renio —admitió Emily—. Pero puede que esas dos ciudades sean nuestra última esperanza.

—¿Ponemos rumbo a uno de esos dos lugares? —preguntó Huang.

—Sí, pero será mejor que aterricemos lejos de las ciudades, por si acaso —respondió Emily—. No quiero que nos tomen por una amenaza y que cunda el pánico entre los ciudadanos.

—Entendido —respondió el copiloto—. Buscaremos un lugar al sur.

Las horas siguientes al descubrimiento transcurrieron en silencio, y aunque todos tenían muchas preguntas pendientes, ninguna de ellas podía responderse con la información de la que disponían en esos momentos. Tendrían que esperar a contactar con los habitantes de las ciudades para saber cómo la humanidad había conseguido sobrevivir a semejante cataclismo.

A medida que se aproximaban al planeta pudieron contemplar con mayor nitidez el estado de la atmósfera. Aunque el azul seguía siendo el color predominante, el blanco había ganado una buena cantidad de superficie con respecto a lo que todos tenían en la memoria. Ambos polos habían aumentado su superficie helada de manera notable, pero la proporción se hacía mucho más evidente en el Polo Norte.

El color verde de la vegetación había logrado conquistar lugares que nunca pensaron que podrían tener vida. Las zonas más áridas e inhóspitas de la Tierra eran ahora auténticos vergeles llenos de vida. La nave se aproximó por la cara diurna, y aunque los impactos a lo largo de todo Centroamérica habían modificado ostensiblemente la orografía y las líneas de costa habían ganado cientos de kilómetros hacia el interior de los océanos, reconocieron de inmediato la silueta de América del Norte y los Nuevos Estados Unidos.

Emily se centró en la antigua península que fue su hogar, siglos atrás. Ahora tenía una extensión mucho mayor y su superficie

estaba cubierta por un espeso manto de color verde. Todo el continente tenía rastros evidentes de los impactos de Selene. Canadá y los estados del norte de los NUSA estaban cubiertos por una tupida capa blanca cuya extensión era sobrecogedora, como si la peor tormenta de invierno de la historia se hubiera cebado especialmente con esa zona.

La presencia de hielo disminuía poco a poco hasta casi desaparecer en el norte de México. La ausencia de nieve les permitía entrever los estragos que los impactos habían causado en la superficie. Múltiples cráteres recorrían los estados de México y el norte de Sudamérica, como recordatorios permanentes de un evento que acabó con la inmensa mayoría de los seres vivos del planeta.

Volvió la mirada hacia el norte, hacia la zona en la que la sonda había captado señales de una nueva civilización. Lo más llamativo de toda el área central era la predominancia de grandes y oscuras nubes que surgían de la superficie y se extendían a lo largo de todos los estados al oeste de Wyoming, ocultando gran parte de la costa que daba al océano Pacífico.

—¿Eso es la caldera de Yellowstone? —preguntó Emily.

—Sí —respondió Taro con seguridad—. Ese color tan oscuro es debido a la cantidad de cenizas y dióxido de carbono que se están expulsando a la atmósfera. Es sumamente interesante desde el punto de vista geológico poder contemplar la supererupción de una de las grandes calderas. La última databa de hace seiscientos cuarenta mil años.

—¿Llevaba tanto tiempo sin registrar actividad? —quiso saber Chad.

—No, es una zona con gran cantidad de movimientos y enjambres sísmicos, pero lo normal era que fueran de baja intensidad —aclaró él—. Eran muy habituales las expulsiones de gases y las explosiones hidrotermales. Pero nada comparado con el potencial destructivo de lo que estamos contemplando ahora mismo. Si os fijáis en la zona al este de la erupción, hay muchos rastros de

toda la ceniza que se ha expulsado durante los últimos mil años. Es sobrecogedor.

Todos fijaron la mirada sobre el enorme radio de acción que teñía de gris oscuro el terreno visible alrededor de la gran caldera.

—Será imposible vivir en esas zonas —murmuró Paula.

—Imposible no, pero desde luego no sería recomendable —indicó el geólogo—. A la falta de luz y las dificultades respiratorias hay que sumarle las lluvias ácidas consecuencia de la gran cantidad de dióxido de azufre que se libera en la atmósfera.

Emily revisó la gran circunferencia de terreno en la que las cenizas transportadas por las corrientes de aire se posaban sobre la superficie. Una gama de colores grises se iba haciendo cada vez más y más clara a medida que se alejaba del epicentro de la erupción. Pero se dio cuenta de algo más. Más o menos en el lugar donde se encontraba una de las dos ciudades, se entreveía el centro de un enorme cráter con una forma circular casi perfecta. Y aunque no podía verse por completo debido a las nubes y la ceniza arrastrada, era enorme si lo comparaba con el resto de cráteres y zonas afectadas por el cataclismo.

—Ese cráter es impresionante —comentó en voz alta.

—¿El que está al sudeste de Yellowstone? —preguntó Taro.

—Sí.

—Sí que lo es —asintió él, pensativo—. Supongo que ahí impactaría alguno de los fragmentos más grandes de Selene. Aunque resulta muy curioso que apenas haya otros restos en toda la extensión. Es ciertamente extraño.

—Tal vez fue el último de todos en estrellarse —comentó James, que seguía con atención toda la conversación.

—Podría ser —respondió Taro encogiéndose de hombros—. Pero está claro, por la extensión de terreno, que tuvo que ser un fragmento muy importante.

—¿No debería haber una enorme montaña justo en el punto del impacto? —preguntó Paula.

—Los restos de un choque de esas características dependerían de la composición del fragmento y del subsuelo de esa zona. Lo normal es que el fragmento de la Luna se deshiciera al impactar. Lo que estamos viendo es compatible con las imágenes que vimos en la colonia marciana.

Varias horas más tarde, tras un intenso repaso sobre la nueva geografía norteamericana, comenzaron la reentrada en la atmósfera de la Tierra. Esquivaron los enormes anillos del planeta dejando una distancia más que prudencial. Balakova y Huang realizaron la aproximación desde el sur, ya que la intensa actividad volcánica de la caldera podía llegar a interferir con los instrumentos y sensores de la Phoenix. Pronto recordaron lo que era atravesar una atmósfera densa y de un grosor suficiente como para que el rozamiento hiciera inaudibles los motores de la nave. Tendrían que desplegar satélites y sondas a grandes altitudes para poder estudiar la composición y el grosor de las nuevas capas que rodeaban la Tierra, pero, desde luego, parecían ofrecer una resistencia similar a las que tenían cuando la abandonaron.

Balakova atravesó lo que antaño había sido el estrecho de Panamá y que ahora, además de no tener ni rastro de toda la infraestructura construida por el ser humano, era unas tres veces más ancho de lo que lo fue en otra época. Después de sobrevolar el novedoso, y poblado de nuevas islas, archipiélago cubano, viró hacia el noroeste para cruzar el golfo de México en dirección al continente.

Pudieron comprobar cómo una densa vegetación había invadido por completo la península de Florida, y cómo los terrenos del *Bayou Country*, en las zonas aledañas al río Mississippi del sur de Luisiana y Nueva Orleans, antaño repletas de aguas pantanosas y una gran biodiversidad, habían desaparecido por completo para dar paso a zonas montañosas y de mucha vegetación. Todo lo que alguna vez conocieron había desaparecido para convertirse en otra cosa totalmente diferente. Tal había sido el poder destructivo y reformador de Selene.

Pronto llegaron a los territorios que conformaron el antiguo estado de Texas. La vegetación disminuyó a medida que se

adentraban en el continente y viajaban al norte. Los frondosos bosques de coníferas de los estados del Este dieron paso a una vegetación de menor altura y una concentración mucho menor. De repente, todos vieron algo que los dejó helados.

—¿Eso de ahí abajo son antiguas carreteras? —preguntó Alberto, igual de sorprendido que los demás al contemplar los restos sutiles de rectilíneos ríos de asfalto.

—¿Cómo es posible que hayan sobrevivido al cataclismo? —murmuró Chad—. El desgaste es más que evidente, pero parece más fruto del paso de los años y de la sedimentación de la actividad volcánica reciente.

Emily observó las antiguas carreteras, ahora impracticables y ocultas bajo toneladas de polvo y cenizas, pero que dejaban un evidente rastro de la antigua civilización de la que una vez formaron parte. Sobrevolaron centenares de vías abandonadas, de viaductos derruidos y de miles de esqueletos de antiguas residencias y poblados. De repente, alguien señaló al horizonte, como si acabara de ver un fantasma.

—Eso de allí… —murmuró Taro—. ¿Puede ser lo que creo que es?

—Parecen los restos de una antigua ciudad —respondió Chad.

—Por la zona que estamos sobrevolando, diría que puede ser Dallas —añadió Balakova justo después.

Todos se quedaron perplejos y absortos mirando la silueta del *skyline* de la antigua ciudad texana. Enseguida les quedó claro que ese lugar no era más que un esqueleto de lo que fue en su día. Los edificios, total o parcialmente derruidos, se mezclaban con la vegetación como en una antigua película postapocalíptica. Los rascacielos del *Downtown* de Dallas no eran más que testigos silenciosos del abandono y de la soledad que había inundado lo que una vez fue el centro neurálgico del estado de Texas.

—¿Cómo es posible que una ciudad entera haya sobrevivido casi intacta? —preguntó Taro en alto.

—Intacta creo que es ser muy generoso —se burló James, cuyo tono sonaba con la misma incredulidad que embargaba al resto.

—Sobrevolaré la ciudad para verla mejor —informó Balakova, que redirigió la señal de las ópticas de la Phoenix hacia el proyector holográfico de la cabina para que nadie se perdiera detalle de lo que ellos veían desde los asientos de los pilotos.

Desde la altura era sencillo contemplar la magnitud de la situación. La ciudad se extendía como el armazón vacío de la grandiosa urbe que fue en el pasado. Las antiguas autopistas para el tráfico terrestre habían desaparecido rodeadas de enredaderas y plantas trepadoras que solo dejaban ver los inmensos pilares, como las costillas rotas de un antiguo esqueleto. Miraran donde miraran, la naturaleza había destruido con paciencia los símbolos de acero y cristal que una vez definieron el perfil de la ciudad.

Daba la impresión de que la mayoría de los rascacielos del distrito financiero habían colapsado hacía siglos por el aburrimiento y la inactividad. Los pocos que quedaban en pie estaban cubiertos de líquenes y musgo. En los muros que daban al norte se acumulaban las capas de hielo como si se trataran de gélidas pieles que los resguardaran de los vientos septentrionales. Ese contraste entre la exuberancia vegetal y la escarcha de la ciudad le daba al lugar un aspecto fantasmal. La mitad era una jungla; la otra mitad, un mausoleo.

Miraran donde miraran, no encontraron señales de actividad humana, ni hogueras, ni senderos transitables; nada. Las plazas habían sido tragadas por humedales, y los antiguos estadios deportivos eran el nuevo hogar de bosques de más de treinta metros de altura. Resultaba sobrecogedor pensar en los miles de personas que habían recorrido esas calles que ahora solo alimentaban a nuevas raíces que erosionaban el recuerdo de una civilización extinta.

—No hay rastro de actividad humana —dijo Robert.

—Yo todavía sigo sin comprender cómo todos esos edificios han podido resistir el paso del tiempo con sus estructuras casi intactas —

dijo, señalando un grupo de edificios de hormigón que seguían de pie.

—Tal vez los supervivientes que vimos desde el espacio fueran habitantes de Dallas —sugirió James.

—Pero aunque esta zona esquivara los principales impactos —continuó el geólogo—, las condiciones posteriores a todos los que se produjeron tuvieron que convertir este sitio en un infierno inhabitable. Tiene que haber algo más. Quizá todos los habitantes de esas ciudades vengan del norte, o tal vez sus antepasados pasaran las primeras décadas refugiados en búnkeres bajo la superficie.

—O en búnkeres en el norte —bromeó James, tratando de quitar algo de tensión a la situación.

—Fuera como fuera, no vamos a averiguar nada sobrevolando la zona —dijo Emily—. Será mejor que intentemos aproximarnos algo más a esa extraña ciudad.

Balakova asintió y maniobró la Phoenix para alejarse de las ruinas de lo que una vez fue Dallas. Retomó la trayectoria anterior para desplazarse hacia el noroeste. Sobrevoló el lugar a pocos pies de altura hasta dejar atrás las ruinas de los barrios residenciales de las afueras de la ciudad, enterrados bajo cientos de años de tormentas de polvo y ceniza. Aunque era improbable que encontraran una explicación por la cual toda esa zona había permanecido, al menos en apariencia, libre de zonas de impacto como otras que habían observado en Centroamérica y los estados del este de los Nuevos Estados Unidos, Emily no podía dejar de observar las antiguas infraestructuras que se sucedían bajo la panza de la nave.

Las carreteras estaban cubiertas de un polvo grisáceo que se mezclaba con la nieve que a buen seguro permanecía sobre la superficie durante buena parte del año. Apenas sí se diferenciaban las arterias que comunicaban los pueblos y barrios de los alrededores con las grandes urbes. Cuando cruzaron una de esas arterias que transcurría hacia el noreste a unos cuantos kilómetros de Dallas, Emily recordó uno de esos sueños en los que se vio

sumida mientras se encontraba en los poblados norteños de Kepler-442b. En esa pesadilla, que concluyó con varios de los guerreros Kyambian inconscientes, Emily había recorrido parte de la carretera interestatal 35, que comunicaba precisamente Austin con Dallas.

«No puede ser casualidad», pensó para sí. «Aquel sueño tenía algo que ver con este viaje», se dijo. Los recuerdos difusos de aquella pesadilla se entremezclaron con las imágenes que llegaban desde el exterior. Lo que estaban sobrevolando no era la interestatal 35, pero la forma en la que la ceniza lo cubría todo, los tramos destrozados y los antiguos carteles con indicaciones para los transportes eran muy parecidos a todo lo que recordaba de su sueño.

Unos minutos más tarde, en una zona sin demasiados rastros de la antigua civilización, Balakova aterrizó la Phoenix. De inmediato, los militares saltaron de sus asientos como un resorte y se dirigieron a la bodega de la nave, dispuestos a crear un perímetro de seguridad. Emily y los demás, ataviados con los exotrajes, los siguieron de cerca y pisaron de nuevo la Tierra más de mil años después de haberla abandonado por última vez.

19
Alto en el camino

9 de abril de 3369

Noroeste de Dallas, Texas

Ferrara y Miller regresaron de asegurar la zona mientras el resto examinaban el terreno. Todo parecía como lo habían visto en los hologramas. Una generosa capa de ceniza cubría todo el lugar. Las plantas, no demasiado frondosas, estaban sucias por el hollín y se entremezclaban con los bloques de hielo de color grisáceo, resultado de las nieves del invierno y la ceniza que el viento arrastraba desde la gran caldera de Yellowstone, a más de mil millas de distancia.

Emily miró el cielo. Estaba encapotado y apenas se veían un par de franjas azules en dirección sur. Azul. Había olvidado lo que era contemplar esa tonalidad azul celeste que tantas mañanas la había saludado en su Florida natal. Observó las espesas y oscuras nubes que lo cubrían todo. No parecían naturales y daba la impresión de que tuvieran gran cantidad de polvo y ceniza en suspensión.

—Hay dos grados Celsius —informó Taro, revisando sus instrumentos—. El aire es respirable, pero la cantidad de materiales suspendidos en él está rozando lo poco recomendable.

—¿Dejamos los exotrajes en la nave? —preguntó Alberto.

—No —dijo Robert—. Hasta que no sepamos si los supervivientes son hostiles, será mejor que nos movamos con ellos.

—Es lo más inteligente —coincidió Taro—. Si el viento que arrastra la ceniza de la caldera cambia de dirección, estoy seguro de que no lo pasaremos muy bien.

Todos agradecieron el poder desplazarse con la seguridad y la asistencia que otorgaban los trajes, aunque más de uno añoraba

poder respirar el aire de la Tierra. Solberg, que ya había desplegado los drones, señaló hacia el norte.

—Esa extraña ciudad está en esa dirección —dijo mientras continuaba monitorizando las imágenes de los aparatos voladores.

Balakova y Huang permanecieron como de costumbre en la nave, revisándola y poniéndola a punto para una eventual misión de rescate. Robert lideró la marcha a través de antiguos campos de cultivo. Sus huellas quedaban marcadas en la fina mezcla de ceniza, polvo y nieve, y aunque algunas flores y plantas conseguían dar un toque de color al paisaje, predominaba un desolador tono gris.

Caminaron durante horas, intuyendo cómo el sol los seguía trazando un arco por detrás de las nubes que ocultaban el azul celeste que tanto añoraban. Aunque el tiempo parecía estable, pronto comenzó a soplar una ventisca helada que acabó por arrastrar las nubes. Llegó un momento en el que incluso pudieron disfrutar de la luz directa del sol. Emily caminaba junto a Robert, cuyas manos se apoyaban en el fusil de asalto. De repente, algo interrumpió el silencio monótono de los pasos sobre las placas de hielo y ceniza.

—¿Oís eso? —preguntó ella.

Robert alzó el brazo derecho con el puño cerrado para que el grupo se detuviera de inmediato. Él también lo escuchaba. Era muy sutil, apenas un susurro que llegaba ampliado gracias a la tecnología del traje. Un lamento que arrastraba el viento y cuyo tono era inconfundible. Era el grito desesperado de una mujer.

Emily miró a Robert y no les hizo falta intercambiar una sola palabra para que sus cuerpos se envararan. Su instinto les pedía que socorrieran a esa mujer que necesitaba ayuda, pero su experiencia les decía que, a veces, las cosas no eran lo que parecían. Tras haber pasado varios meses viviendo en la intemperie, organizando pequeños golpes para socavar las líneas de suministros de los Khol, conocían de sobra todos los trucos posibles para tender una emboscada. Tendrían que ir con cuidado.

Robert hizo una seña a Ferrara y a Solberg, que se acercaron a la vanguardia. El resto, que escuchaban también el lamento sin comprender lo que ocurría, permanecieron en la zona mientras los cuatro se adelantaban unos metros hasta que llegaron a una colina. Solberg, que mantenía los drones en vuelo, rastreó la zona de la que provenía el lamento.

—Parece que hay una mujer atrapada bajo una especie de carro construido con restos de metal y madera podrida —explicó.

Robert y Emily revisaron las imágenes desde el terminal de la soldado. Tal y como decía, una mujer de mediana edad y vestida con ropas grisáceas y ajadas, estaba en el suelo, debajo de un carro. El vehículo parecía estar cruzado en medio de un estrecho sendero hecho a base de miles de huellas que tenía un pronunciado terraplén a la derecha. Sin embargo, había varias cosas extrañas en la escena que les llamaron la atención.

—No llevaba carga —dijo Robert, señalando la parte trasera del carro—. Las bandas de rodadura parece que llegan desde un lateral en lugar de seguir el camino. Y ni siquiera parece realmente atrapada, más bien da la sensación de que está tumbada esperando a que ocurra algo.

—Ese carro parece pesado —añadió Emily—, pero no hay animales de tiro. Dudo mucho que ella sola haya podido arrastrarlo hasta aquí.

—Y diría que ahí hay demasiadas huellas para una sola persona —concluyó él después.

—Es una trampa —determinó Ferrara—. Bastante burda, he de decir. Imagino que tendrá algunos compinches en los alrededores que tratarán de robar las pertenencias de algún incauto que intente ayudar a la damisela en apuros.

—Amplíe el campo de visión —Robert se dirigió a Solberg—. Quiero ver los alrededores. Si estamos en lo cierto, encontraremos a los demás.

Solberg hizo que los drones sobrevolaran la zona desde más altura. No tardó mucho en encontrar a dos hombres con aspecto de

pordioseros y ropajes similares sentados al abrigo de una gran roca que bordeaba el camino. El otro dron localizó a otros dos individuos tras el solitario esqueleto de un árbol que flanqueaba el sendero unos metros más adelante del lugar del supuesto accidente.

—¿Qué ordena, señor? —preguntó Ferrara. Parecía ansiosa por entrar en acción.

Robert pareció dudar. Dentro de su cabeza se confrontaron todas las posibilidades. Podían enfrentarse a ellos para evitar que personas inocentes se vieran desposeídas de sus pertenencias, o podían dar un rodeo para no intervenir en un lugar y en una época que no les correspondía. Miró a Emily, que, tras un intercambio silencioso, asintió con seriedad pero con determinación.

—Miller —llamó Robert—. Necesito que Taro y usted se acerquen. Tenemos una emboscada que evitar aquí delante.

Robert y los demás se colocaron en posición mientras Emily se preparaba para entrar en acción. La idea era tan simple que parecía absurda. Esperaban no tener que llegar a utilizar sus armas, pero todo dependería de los cuatro hombres que había ocultos en las inmediaciones.

Emily se colocó en el sendero, que serpenteaba por una zona con una ligera depresión que había que atravesar y cortaba una pequeña colina, dejando una reducida pared vertical a la derecha. Visto desde el terreno, parecía un lugar adecuado para tender una emboscada. Supuso que los bandidos habrían dado más de un golpe en aquel lugar. Se acercó sola, pero con cautela, hasta llegar a la zona del supuesto accidente. Levantó la vista hacia las elevaciones que rodeaban el camino casi por instinto. Intuyó la presencia de los drones de Solberg sobrevolando la zona. Aunque llevar puesto el traje le daba seguridad, siempre había un riesgo en cualquier operación. Tras dar una curva, dejando una pared de tierra casi vertical en el lado derecho, vio la parte trasera del carro.

Tal y como parecía desde el aire, el vehículo era muy diferente a cualquiera que hubiera visto antes. En lugar de estar construido con un único material, parecía ser una amalgama de desechos y retales

de todo tipo. La estructura principal estaba formada por viejos tablones de madera y barras de acero o aluminio muy castigadas. Las cartolas que conformaban el cerramiento por los laterales eran placas de metal viejo, desgastado y oxidado por el paso del tiempo y que en su día pertenecieron a otras estructuras. Emily distinguió un trozo de señal de autopista y el cartel de una vieja estación de servicio, de esas que ya eran antiguas cuando la Asimov todavía no existía.

Emily se acercó tratando de parecer una simple viajera, pero con los sentidos preparados para la emboscada. Vio a la mujer tirada en el suelo, inmersa en un extraño trance, aunque sabía de sobra que estaba fingiendo. El tono de su voz era átono y anodino, como si estuviera ya cansada de disimular que estaba atrapada y solo se tratara de un trámite que cumplir para ganarse el pan. Al escuchar los pasos acercarse, giró su cabeza hacia ella y Emily pudo verla de frente. Tenía el pelo largo y castigado, y aunque era de un profundo color azabache, las canas comenzaban a asomar, especialmente en la parte derecha.

De repente, ella dio un respingo y se incorporó. Levantó las palmas de las manos y dio un par de pasos hacia atrás hasta acurrucarse contra el fondo del carro, asustada por el extraño aspecto de Emily. Su voz detuvo las monótonas quejas, y por sus aspavientos quedó claro que no estaba atrapada.

—¡Espectro! —gritó asustada—. ¡No te acerques! —añadió después en un extraño dialecto que pudo entender sin la intervención de Adeon.

Emily la observó sorprendida. Su reacción, a diferencia de la pantomima que había estado fingiendo antes, parecía genuina. Volvió a gritar, esa vez mucho más fuerte. Sus dientes, ennegrecidos y descuidados, indicaban su verdadera edad. Trató de calmarla orientando las palmas de las manos hacia ella, que continuaba retrocediendo hacia el eje intacto del vehículo, presa del pánico.

—Tranquila —le dijo—. No quiero hacerte daño.

Pero la mujer estaba fuera de sí. Llevaba puestos unos harapos sobre los que descansaba un peto hecho de retazos de placas metálicas unidas mediante viejos cables eléctricos a modo de armadura improvisada. De repente, escuchó pasos a derecha e izquierda. Los que provenían de la derecha llegaron desde lo alto; los de la izquierda lo hicieron desde un pequeño desnivel. Vio un par de cabezas que se acercaban, decididas al principio, más dubitativas después. En sus manos llevaban una especie de ballestas rudimentarias, construidas con restos de objetos de otra época, pero que resultaban igual de amenazadoras que las armas de verdad.

Los recién llegados, que iban pertrechados con las mismas placas metálicas que la mujer y el carro, se tensaron al apuntar a Emily con sus armas. Parecían tan nerviosos que a alguno le temblaban las manos. Con las rodillas dobladas, como si quisiera salir huyendo de allí, uno trató de acercarse a Emily.

—¡No te muevas! —logró articular mientras agitaba su arma nervioso.

Observó el virote que asomaba por la parte delantera del arma. Parecía una simple barra de acero como las que se utilizaban antiguamente para encofrar las estructuras de los edificios, rudimentario pero afilado y amenazador. Supuso que la aleación del exotraje, en especial el de categoría militar que llevaba puesto, sería capaz de soportar el impacto de una vara de metal disparada a esa distancia, pero, por si acaso, prefirió no tentar a la suerte y les mostró las palmas de las manos en señal de sumisión.

—Tranquilos —murmuró—. No queremos haceros nada. Mis amigos están cerca de aquí, observando todos vuestros movimientos. Será mejor que bajéis las armas.

Observó al que tenía más cerca y supuso que había entendido lo que acababa de decir, porque miró a su compañero mientras bajaba levemente el arma. Pero el otro, que estaba justo detrás de él, le dio un pequeño empujón que lo obligó a levantarla de nuevo. Y entonces se dio cuenta de lo que ocurría. Aunque era complicado saberlo debido al deplorable estado físico e higiénico que tenían

todos, supo que el hombre que la amenazaba era el más joven, y supuso que se trataba de su bautismo en la banda.

—Tira las armas —le dijo en ese extraño dialecto parecido al inglés.

—No voy armada —respondió ella agitando los dedos de las manos—. Pero mis amigos sí que lo están. Será mejor que no hagáis ninguna tontería.

El más joven de los dos volvió a dudar y miró hacia arriba, hacia la colina desde donde sus otros dos compinches los apuntaban también con sus ballestas.

—¡Tírese al suelo! —gritó una voz autoritaria desde la parte más elevada.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó la mujer, que seguía acurrucada junto al carro—. ¡Es un espectro!

—¡Cállate, maldita zorra inútil! —bramó con desprecio—. Los espectros no existen. Son solo cuentos de viejas y supercherías para asustar a los niños pequeños. Hay una mujer dentro de esa armadura, y ahora mismo se la va a quitar para entregárnosla.

Miró hacia arriba y estudió a ese hombre de pelo ralo, calva incipiente y dientes repletos de sarro que la miraba sonriente desde tres metros de altura. Era diferente del jovencito timorato que había enviado a desvirgarse con ella, y supo que a ese hombre de mirada profunda no le temblaría la mano a la hora de disparar.

—No te la quites… —susurró la mujer entre sollozos—. Te harán cosas horribles…

Lo que vino a continuación fue un tenso silencio. Emily los miró mientras mantenía las manos a la vista. Una pequeña luz de color rojo que apareció justo en la sien del que parecía el jefe de la banda le indicó que Ferrara estaba ya en disposición de acabar con la principal amenaza.

—No tienes escapatoria —advirtió el jefe con una sonrisa socarrona.

—Y yo creo que habéis intentado emboscar a las personas equivocadas —respondió ella con firmeza, pero con la adrenalina bombeando con fuerza en su corazón—. Voy a daros una última oportunidad para que podáis seguir con vida. Bajad las armas y volved por donde habéis venido. Pero ella —dijo señalando a la mujer—, se queda conmigo. No tengo ni idea de las barbaridades que habrá tenido que sufrir, pero os garantizo que se han acabado.

—¿Quién demonios te crees que eres para darnos órdenes? —espetó el hombre, con su ballesta preparada para atacar—. Ella es de mi propiedad.

Emily lo miró con tanto desprecio que tuvo que contenerse para no accionar los propulsores del traje y abalanzarse sobre él.

—Ninguna persona es propiedad de nadie —murmuró muy seria.

Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. El jefe de los bandidos disparó su ballesta. El virote salió disparado hacia Emily, que no tuvo tiempo para reaccionar. En ese mismo instante, una bala penetró el cráneo del bandido y lo atravesó, desparramando sus sesos por la cara y el pecho de su compinche, que miró la masa sanguinolenta sin comprender lo que ocurría.

Emily sintió un impacto en el pecho, pero su traje lo absorbió sin problema. Taro apareció a toda velocidad desde un lateral y se abalanzó sobre uno de los bandidos que flanqueaban a Emily. Lanzó una estocada precisa al cuello del malhechor, cuya cabeza se desprendió rodando mientras el cuerpo caía al suelo con un golpe sordo. Robert se encargó del que quedaba en pie sobre la colina. Dos disparos de su fusil bastaron para abatirlo y que acompañara a su jefe sobre la hierba gris.

Con un habilidoso y teatral giro sobre sí mismo, Taro se abalanzó sobre el último de los ladrones que quedaban en pie. Todavía amenazaba a Emily con su ballesta casera. El movimiento de la hoja plateada fue rápido y preciso. El tajo fue a la altura de la muñeca que sostenía la ballesta, que cayó al suelo junto con la mano, todavía asiéndola como si nada hubiera pasado. El bandido miró la ballesta en el suelo y después observó el muñón borboteante que

había quedado en su brazo. De repente, dio un respingo, consciente de la gravedad de la situación, y comenzó a chillar como un cerdo en el día de la matanza.

Sin mediar palabra y presa del pánico, se dio la vuelta y comenzó a correr en dirección contraria con su mano sana tratando sin éxito de cortar la hemorragia. No llegó muy lejos. El sonido de un disparo resonó como un trueno y el delincuente cayó al suelo inerte. Emily miró a su alrededor y solo vio aliados. La amenaza había sido eliminada. Revisó la zona del impacto del virote que el líder de la banda había disparado contra ella. El exotraje presentaba una pequeña abolladura, pero había resistido sin problemas la fuerza del proyectil. Recogió la barra rugosa de unos veinte centímetros que reposaba en el suelo. La fuerza del impacto la había doblado levemente y tenía la punta roma tras haber impactado contra la resistente aleación de la armadura. Sin embargo, un escalofrío recorrió su espalda al ser consciente de que el resultado habría sido muy diferente de no haber llevado puesto el exotraje.

—¿Estás bien? —preguntó Robert desde la parte superior del camino.

Ella asintió sin decir nada. Después se giró hacia el carro para comprobar el estado de la mujer, pero allí no había nadie. Supuso que había huido aprovechando el caos de la reyerta. Robert se dejó caer y utilizó los propulsores del traje para salvar el desnivel. Solberg, Miller y más tarde Ferrara se unieron al resto de sus compañeros, que aprovecharon para examinar la zona de la emboscada.

—El carro está en perfectas condiciones —dijo Miller, dando algunas vueltas a la rueda que quedaba en el aire—. Al parecer, lo han arrastrado desde esa zona y lo han volcado en el camino para tratar de asaltar a algún grupo de incautos.

Emily miró a su alrededor y vio los cadáveres de los dos asaltantes que tenía a su lado. A pesar de ser supervivientes de una civilización moribunda, no le sorprendió la ausencia de remordimientos por haber acabado con ellos. Sin lugar a dudas,

salvo quizá al más timorato, a ninguno de ellos le habría temblado la mano para quitarles la vida. Se merecían acabar de esa manera. Pero sí que se sorprendió al mirar a Robert y a Taro y no encontrar ni un atisbo de arrepentimiento en sus ojos por lo que acababa de ocurrir. Las guerras que todos habían vivido los habían insensibilizado ante el horror y la muerte. Ese grupo de hombres desesperados y sin escrúpulos no merecían su misericordia.

—La mujer ha huido hacia el norte. —Solberg interrumpió las cavilaciones de Emily—. ¿Quieres que la siga?

—No —respondió ella—. Dejémosla ir tranquila, que disfrute de su libertad. A saber qué infierno ha tenido que pasar al lado de esos cuatro monstruos. Además, creo que se dirige hacia donde vamos nosotros. Supongo que nuestra presencia aquí ya es conocida por los ciudadanos de esa extraña ciudad. Llamad a los demás, nos movemos.

20
La ciudad de los hombres

9 de abril de 3369

Noroeste de Dallas, Texas

Para cuando el resto del equipo llegó al lugar de la emboscada, Miller, Ferrara y Robert ya habían retirado el carro del sendero. Taro y Emily se encargaron de apartar los cadáveres y darles sepultura. Lejos de ser lo más adecuado, hicieron lo que pudieron por los bandidos, lo cual era mucho más de lo que merecían a ojos de Emily. Nadie se quejó cuando les contaron lo sucedido, ni se llevaron las manos a la cabeza por haber acabado con cuatro personas. La vida era cruel si había miseria de por medio y, por lo que parecía, la nueva Tierra estaba repleta de ella.

—Estamos a unos veinte kilómetros de la ciudad —informó Solberg cuando retomaron la marcha hacia el norte—. Llegaremos poco antes del anochecer.

La marcha transcurrió en silencio entre arbustos repletos de ceniza y polvo. La nieve era cada vez más abundante, aunque la tierra y el barro seguían predominando en los alrededores del camino. Se sorprendieron al encontrar cierta diversidad animal. Vieron gusanos y caracoles, insectos voladores y hasta algún pájaro revoloteando entre los escasos árboles que se cruzaban.

—¿Cómo han conseguido sobrevivir todos estos animales? —se preguntó Alberto.

—Si esta zona no se vio afectada por los impactos, puede que algunas especies lo lograran —teorizó Chad—. Cuando el meteorito que acabó con los dinosaurios se estrelló en la península del

Yucatán, muchas de las especies desaparecieron, pero hubo algunas que, por su tamaño, hábitat o su capacidad de hibernación, fueron capaces de sobrevivir. No hay motivo para pensar que en esta ocasión no haya ocurrido algo parecido.

El terreno grisáceo y monótono comenzó a desaparecer en detrimento de uno un poco más vivo. Algunos pequeños campos de cultivo asomaron en el paisaje con timidez. Sin embargo, la tierra parecía agotada y había una baja densidad de plantas, con grandes espacios vacíos entre los surcos resecos y ennegrecidos. En la lejanía, un pequeño rebaño de ovejas trataba de encontrar algún brote tierno que llevarse a la boca. El pastor, ajeno a los caminantes, descansaba tumbado debajo de uno de los pocos árboles que se veían en la zona. Sus dos perros famélicos parecían demasiada escolta para tan poco ganado.

Tras unas pocas horas de travesía, y después de cruzarse con algunos curiosos granjeros en la distancia, pudieron ver las murallas de la ciudad a la que se dirigían. Aunque tenía una longitud nada desdeñable, desde el terreno no parecía que la muralla fuera demasiado consistente. Al igual que todas las chabolas y las pequeñas granjas que se habían cruzado en el camino, estaba construida con desechos de la civilización anterior. Las planchas metálicas que conformaban los tejados se habían extraído de antiguos edificios o de indicaciones de carretera. La piedra, el metal y la madera se entremezclaban en una curiosa forma de aprovechamiento de todo aquello que había perdido su principal utilidad.

Aunque la curiosidad parecía superar el miedo que podían llegar a infundir los tripulantes de la Phoenix, algunas personas se retiraban de su paso asustadas. Dos labradores que regresaban en un viejo carro tirado por un raquítico caballo se echaron a un lado para dejarlos pasar. En la parte trasera llevaban algunas hortalizas podridas y con un aspecto que dejaba bastante que desear. Las caras de estupor de ambos reflejaban a la perfección el sentir de la mayoría de los que los veían cruzar las llanuras en dirección a la ciudad.

A lo lejos, las endebles murallas los saludaban. Construidas con retales de los mismos materiales que las chabolas, parecían más un *collage* inconexo que algo que protegiera a la ciudad de bandidos y pordioseros. Desde donde se acercaban no fueron capaces de distinguir una zona con una puerta o algún lugar desde el que poder acceder al interior. Colocados en posiciones elevadas a lo largo de la muralla había varios vigías.

—Creo que nos han visto —dijo Chad tras comprobar los aspavientos de los vigilantes.

—Somos once personas ataviadas con exotrajes sin ningún tipo de parapeto acercándonos a una fortaleza situada en un llano sin apenas vegetación y con el suelo de color gris —dijo Ferrara—. Por supuesto que nos han visto.

Emily miró los niveles de su exotraje. Todavía disponían de carga y alimento, pero no tardarían demasiado en necesitar aire y suministro eléctrico de las dos mulas que llevaban con ellos. Tal vez no fuera el mejor momento para intentar acceder a la fortaleza que tenían delante. Sin embargo, ya era tarde para ello. Miró a su alrededor y solo vio campesinos muertos de hambre. No parecían personas violentas, pero convenía estar atentos, las apariencias a veces engañaban.

Revisó la fortaleza con atención. Desde esa distancia no parecía demasiado amenazadora. Sobre el extremo superior de la improvisada empalizada, de unos cuatro o cinco metros de altura, asomaban algunas de las estructuras más altas que había en el interior del recinto. De muchas de ellas surgían columnas de vapor que se difuminaban a medida que el humo blanco ascendía hacia el cielo gris. De repente, un sonido estridente y potente surgió del interior de la ciudad. A medio camino entre una sirena y un cuerno de guerra de los Khol, el ruido sorprendió a los miembros de la expedición y puso en alerta a todos aquellos que todavía no eran conscientes de la presencia de forasteros en las inmediaciones. Ya no había nadie en varios kilómetros a la redonda que no supiera que alguien se acercaba.

Algo comenzó a moverse en el extremo occidental de la muralla. Al principio no supieron de qué se trataba, pero tras revisar las imágenes de los drones de Solberg vieron que la única entrada se encontraba en la zona oeste. Varios vehículos se disponían a abandonar la ciudad para interrumpirles el paso. De repente, uno de los drones de Solberg perdió la comunicación.

—¡Han derribado uno de los drones! —exclamó la militar.

—Retire a los demás de la zona —ordenó Robert—. Me temo que lo han tomado como un acto de agresión.

Solberg obedeció mientras el resto observaban la nube de polvo y ceniza que se levantaba alrededor de la puerta de acceso.

—Balakova, le habla el capitán Beaufort —dijo él por radio—. Tal vez necesitemos apoyo aéreo. Mantenga la Phoenix en el aire hasta nueva orden. No se acerque demasiado por el momento.

Los vehículos surgieron de la ciudad y enfilaron hacia el lugar donde se encontraban ellos. Aunque todavía estaban a un par de kilómetros, apenas tardaron unos instantes en alcanzarlos. Tres se acercaron en primera instancia, mientras un cuarto aguardaba expectante en un segundo plano. Los vehículos eran extraños; disponían de una cabina fuertemente blindada para el conductor y de un espacio para llevar soldados en la parte trasera. Por encima de los guerreros que ocupaban el remolque, pertrechados con voluminosos cascos y esas curiosas armaduras construidas a base de retales y restos metálicos de la civilización, había una torreta giratoria con un cañón doble del que asomaban dos enormes y puntiagudos virotes del tamaño de un hombre. Nadie tuvo dudas de que la fuerza de esas balistas sería capaz de atravesarlos sin esfuerzo a pesar de los exotrajes.

Los tres vehículos comenzaron a girar alrededor de ellos mientras Ferrara, Solberg y Miller los apuntaban con sus fusiles. Los guerreros de la guarnición gritaban furiosos y alzaban sus ballestas mientras el polvo y la ceniza se arremolinaban alrededor. Tras estudiar aquellos transportes y sorprenderse de que fueran eléctricos, Emily se fijó en el cuarto, detenido en el exterior del círculo y que les cortaba el paso

directo hacia la puerta de acceso a la ciudad. A pesar de parecer el más grande de todos ellos, solo había dos personas en el interior de la cabina, y las torretas del remolque ni siquiera estaban cargadas. Supuso que uno de ellos sería el líder de la guarnición.

—Bajad las armas —ordenó Robert—. No estamos en una posición ventajosa.

Ferrara y Miller evaluaron la magnitud de la amenaza y obedecieron a regañadientes, conscientes de que no todos podrían salir airosos de una confrontación, especialmente algunos de los civiles que completaban la comitiva. Tras unos instantes, más tensos y largos de lo deseable, uno de los guerreros montados en la parte posterior de uno de los vehículos recogió una especie de cono metálico abierto y se lo colocó en la boca.

—¡Tirad las armas! —gritó en ese dialecto extraño y diferente en el que les habían hablado los asaltantes del camino.

Todos miraron a Robert, que asintió sin decir nada. Las balistas eran lo único que podía acabar con ellos, pero si conseguían que los guerreros se bajaran de los vehículos, tal vez podrían equilibrar las fuerzas. Y, para ello, tenían que evitar parecer una amenaza. Todos soltaron las armas de fuego, tanto los fusiles como las pistolas que llevaban en el lateral del traje.

—¡Él también! —dijo el portavoz señalando a Taro.

Taro lanzó un prolongado suspiro. No le gustaba la idea de separarse de sus katanas, pero el resto habían obedecido sin rechistar y no le quedó otra opción que soltarse el *obi* que llevaba por encima del exotraje y en el que portaba las vainas de sus dos hojas. Dejó caer sus armas tal y cómo les había ordenado el soldado. En cuanto tocaron el suelo, dio un par de órdenes ininteligibles y los tres vehículos aminoraron la marcha hasta detenerse por completo.

El portavoz se mantuvo en silencio hasta que el polvo y la ceniza volvieron a depositarse sobre la superficie. Aunque Emily continuaba observando a las misteriosas figuras que aguardaban en el cuarto vehículo, notó cómo las miradas penetrantes e inquisidoras de los

demás los atravesaban como dagas silenciosas. Se giró hacia el portavoz justo antes de que se volviera a llevar el artilugio a la boca. No era muy mayor, calculó que rondaría la treintena, ni tampoco demasiado corpulento, pero su aspecto rudo y su piel curtida le hacían parecer muy fiero. Aunque los dientes asomaban amarillentos a través del cono metálico, a diferencia de los bandidos, él parecía tener todas las piezas dentales en su lugar.

—Está claro que no sois espectros —dijo en voz alta para que lo oyeran todos, aunque quedó claro que era Robert al que se dirigía—. ¿Quiénes sois y qué hacéis aquí?

Emily frunció el ceño al escuchar de nuevo cómo alguien utilizaba la palabra espectros para referirse a ellos, aunque fuera de forma negativa en esa ocasión. «¿Qué demonios es un espectro?», pensó mientras Robert tomaba la iniciativa para responder.

—Solo somos viajeros —dijo, levantando las manos en señal de sumisión—. Estamos de paso, aunque necesitamos repuestos para reparar nuestro vehículo.

El hombre del altavoz frunció el ceño. Emily no supo decir en un primer momento si se debía a que no se fiaba de lo que acababa de decir Robert o a que ni siquiera había entendido sus palabras.

—¿Tienen por costumbre los viajeros de su lugar de origen matar a simples caminantes? —preguntó él.

Robert y Emily intercambiaron una mirada de preocupante complicidad. Al menos ya sabían dónde encontrarían a la mujer que había escapado tras zafarse de los bandidos. Emily sintió el impulso de responder a la pregunta, pero en estos casos, había acordado con Robert no mostrarse como la líder del grupo para pasar desapercibida y evitar que los desconocidos supieran que era ella la directora del proyecto.

—Esos cuatro hombres han intentado robarnos —dijo Robert—. De hecho, ellos han sido los primeros en disparar.

Aunque la respuesta de Robert no pareció sorprenderlo, el portavoz pareció dudar. Emily notó la intención de girarse y hablar

con los ocupantes del cuarto vehículo. Estaba claro que no estaba al mando.

—Solo estamos de paso —repitió Robert—. No queremos interferir en vuestras vidas. Estamos buscando el mineral que necesitamos para realizar reparaciones en nuestro vehículo. En cuanto lo consigamos, nos marcharemos y no volveréis a saber de nosotros.

Esa última frase acabó por sembrar de dudas la mente del portavoz, que por fin sucumbió a sus instintos y se giró hacia el cuarto vehículo. Volvió a echar un vistazo a los recién llegados y, tras ordenar algo a los que compartían su transporte, descendió de un salto y se dirigió a la camioneta que esperaba fuera del círculo. Intercambió unas palabras con uno de sus ocupantes y los señaló desde la distancia mientras respondía a las preguntas de su interlocutor.

Tras una acalorada discusión en la que parecieron decidir cuál sería el trato que les esperaba, el misterioso ocupante del vehículo abrió una de las planchas metálicas viejas y oxidadas que los separaba del exterior y saltó fuera. Aunque la mayor parte del polvo y la ceniza ya se había posado sobre la superficie, todavía quedaba algo en suspensión que dificultaba la visión al arremolinarse alrededor de los vehículos por la acción del viento.

Cuando ambos hombres atravesaron el círculo, Emily pudo observar con más detalle la misteriosa figura que se acercaba hasta ellos, ataviada con una armadura no mucho más refinada, pero sin un casco que ocultara sus facciones. Tenía la piel morena y el pelo corto y oscuro, y ocultaba las marcas de algún antiguo combate detrás de una barba corta y descuidada. Él torció el gesto y los miró con dureza. Parecía mucho más corpulento que los demás.

—¿Quién de vosotros está el mando? —preguntó con seguridad y determinación en cuanto se detuvo a una distancia prudencial.

Robert dio un paso adelante mientras las balistas y todos los soldados que permanecían en los transportes se dirigían hacia él

para evitar que se aproximara demasiado a su recién incorporado líder.

—Yo.

—¿Y quién eres tú, si se puede saber? —añadió sin inmutarse.

—Soy Robert Beaufort, capitán del ejército del Proyecto Orfeo. —El líder del grupo arqueó una ceja y se quedó pensativo—. ¿Con quién tengo el placer de conversar? —preguntó después.

—Mi nombre es Drenor —respondió tras evaluar las circunstancias—. Soy el jefe de la guardia de Enok Nova. Y mis hombres creen que vuestras intenciones no son buenas.

—No buscamos problemas —insistió Robert, levantando de nuevo las manos—. Solo queremos encontrar repuestos para nuestros vehículos y nos marcharemos de la misma manera en la que hemos llegado.

—Eso no parece indicar lo mismo —argumentó Drenor señalando las armas del suelo—. Somos una ciudad pacífica y no nos gusta la gente que causa problemas.

—Solo las llevamos para defendernos de aquellos que quieren causárnoslos a nosotros —aseguró Robert.

—Puede ser —interrumpió él con un gesto de su mano—, pero imagino que eso es justo lo que diría alguien que busca causarlos.

—Puedo garantizarte que lo que te he dicho es cierto.

Drenor observó a todo el grupo con detenimiento antes de volver a estudiar a Robert.

—¿Qué harías tú en mi lugar? —le preguntó.

—Sospecharía de nosotros —admitió Robert tras un breve silencio.

—Eso es justo lo que pensaba —dijo Drenor, que se mesó su despoblada barba, reflexivo—. Y aunque agradezco tu sinceridad, me temo que no me fio mucho de vuestro curioso grupito. Sobre todo, teniendo en cuenta que, hace unos minutos, una conocida pordiosera que acostumbra a merodear por esta zona se ha presentado en las murallas de nuestra ciudad asegurando que los

espectros habían regresado y que querían matarla. No sería un buen jefe de la guardia si me dejara llevar por los delirios y los cuentos de viejas de una vulgar malhechora, pero tampoco sería muy inteligente fiarme de un grupo de extraños forasteros. Ya tenemos suficientes problemas.

—No te hemos mentido, sus compañeros atacaron primero —argumentó Robert.

—Puedo tolerar, e incluso agradecer, que alguien acabe con una peligrosa banda de delincuentes sin escrúpulos, pero no permitiré una sola mentira más. He estado observándoos desde que habéis llegado. Te he preguntado quién estaba al mando y me temo que no has sido del todo sincero, ¿no es cierto?

Drenor giró la cabeza y clavó la mirada en Emily, que se vio gratamente sorprendida por la capacidad deductiva del jefe de la guardia de la ciudad. Disfrazó la sorpresa tras una sonrisa tímida.

—Lamento la confusión y el subterfugio —dijo Emily dando un paso adelante—. Robert es el responsable de mi seguridad y de la de todo el grupo, pero yo soy Emily Rhodes, la directora del Proyecto Orfeo.

El corpulento jefe de la guardia frunció el ceño y endureció la mirada en un primer momento, pero algo hizo que su actitud se suavizara. Estudió a Emily y después miró a los demás.

—Si queréis entrar en nuestra ciudad, me temo que tendréis que abandonar esas armaduras —les dijo cruzándose de brazos.

—¡Ni hablar! —gritó Ferrara, a la que los hombres de los vehículos apuntaron de repente tras su repentina reacción.

—Yo no soy el que necesita esos repuestos —argumentó Drenor, encogiéndose de hombros—. Pero sí soy el que dicta las normas que permiten el acceso a nuestra ciudad. Y no pienso dejar que un grupo de forasteros se paseen por ella ataviados con armaduras que puedan evitar los disparos de nuestras armas.

Hubo unos instantes de desconcierto que provocaron que subiera el tono de la conversación. Robert y Emily se miraron mientras él

continuaba exigiendo que se deshicieran de sus exotrajes si querían entrar en la ciudad.

—Esta será mi última advertencia —gruñó con los dientes apretados—. Quitaos esas armaduras o no dudaremos en abrir fuego. Os puedo garantizar que nuestros cañones serán capaces de atravesarlas, no me obliguéis a haceros una demostración.

De repente, y tras comprobar la tensión que se había adueñado del emisario, Emily abrió las palmas de las manos y situó el traje en posición de abertura.

—No será necesario —respondió con genuina curiosidad por conocer la ciudad y la historia de los supervivientes de la Tierra—. Cumpliremos con vuestras exigencias si nos garantizáis nuestra seguridad.

—Solo puedo garantizaros que os presentaréis ante nuestro gobernador —respondió él levantando una mano que pareció calmar a todos los ocupantes de los vehículos—. Bienvenidos a Enok Nova —añadió justo después con media sonrisa que dejó al descubierto su amarillenta dentadura.

21
Sin opciones

4 de agosto del año 6

Wiikhaadiiz ofiz, Kepler-442b

Narya estaba hundida en la silla, con la cabeza entre las manos y respirando de forma agitada. Khaavmi paseaba en círculos alrededor del salón de la casa mientras McNeil observaba impasible cómo Lemy y su prole dormitaban ajenos a los problemas de sus amos. Iidriis había desenmascarado a Narya y les había dejado sin su mejor baza para encontrar a Yaaw, el supuesto gran maestre de la Sexta Logia.

—¿Cómo ha podido pasar? —preguntó Khaavmi mientras completaba una nueva vuelta alrededor de la mesa—. Hemos sido precavidos. Hemos tenido cuidado al dejarnos ver por las calles. McNeil ni siquiera ha salido de la casa desde que nos instalamos aquí.

—Iidriis solo te mencionó a ti —dijo Narya—. Puede que no sepa de la presencia del inspector o que Yisht está involucrada.

—Eso no ayuda a asumir el problema que ahora mismo tenemos —se quejó el teniente—. Ni tú ni yo podemos seguir a esa mujer. Yisht, además de tener otras tareas, está descartada también; es demasiado conocida en la ciudad.

—Todavía podemos seguirla desde el aire —apuntó McNeil.

Khaavmi miró al inspector. Si Iidriis no había mencionado a McNeil o a Emily puede que no supiera que había humanos detrás de la operación. Tal vez pudieran seguirla mientras visitaba el mercado y se desplazaba a los lugares habituales.

—Supongo que es lo único que nos queda —respondió él, resignado.

—Todavía tenemos la posibilidad de entrar en su casa, en la taberna y el comedor para instalar algo que nos permita ver y oír lo que pasa dentro —dijo Narya.

—¡No! —respondió McNeil, exaltado—. Ya lo hemos hablado. No pienso allanar ninguna propiedad sin que un juez lo autorice.

—¡Los jueces están comprados! —exclamó Narya.

—En ese caso, ya conoces la respuesta —contestó McNeil.

Narya ahogó un grito de frustración. A veces no soportaba la terquedad y rectitud del inspector.

—Kieran, ya sabes que normalmente te doy la razón en estas cosas —intervino Khaavmi—, pero creo que hemos llegado a un punto de inflexión. Hemos sido descubiertos. Narya tiene razón, no podemos pedirle a un juez que autorice nada de esto. No hay nadie que conozca la operación. Y ni siquiera nuestros jueces serían capaces de comprender las connotaciones del uso de la tecnología humana. Nuestro orden jurídico no contempla este tipo de cosas.

—En ese caso, tendremos que buscar otra salida —insistió sin variar un ápice su postura—. Yo soy el que tiene el control sobre la tecnología de espionaje, y no pienso permitir que se vulneren los derechos de los ciudadanos por muy culpables que estos parezcan ser.

—¡Esto es una maldita pérdida de tiempo! —se quejó Narya.

—De acuerdo —admitió el teniente, tratando de rebajar el tono—, no tenemos esa opción. Pero, entonces, ¿qué sugieres que hagamos?

—Podemos observar su comportamiento en el mercado por medio del dron —respondió él—. Y tenemos la pista del responsable de la barra del establecimiento donde toma su refrigerio. En todos estos días pasados nunca había echado leche en su bebida. ¿Por qué hoy sí lo ha hecho?

La pregunta del inspector consiguió calmar los ánimos de sus compañeros, presos de la frustración y la impotencia. Puede que ahí

tuvieran un hilo del que tirar para desenmarañar la madeja que los llevaría hasta Yaaw.

—¿Estáis seguros de que no hubo ninguna intervención por parte de Iidriis? —preguntó Khaavmi—. Un gesto, tal vez una mirada, que le indicara que hoy quería probar algo diferente.

—Nada —aseguró el inspector—. He revisado las imágenes del broche de Narya unas cincuenta veces. Adeon también descarta cualquier orden por parte de la sospechosa.

Khaavmi suspiró.

—Aunque así sea, parece bastante trivial. Sigo sin entender qué relación puede tener servirle leche en su *ghozda*.

—Acordaos de lo que nos dijo Emily antes de marchar —dijo el inspector—. La Sexta Logia se comunica con este tipo de mensajes tácitos. Cosas que puedan pasar desapercibidas por parecer cotidianas o irrelevantes.

—Pero ¿qué puede significar?

—No lo sé —reconoció McNeil—. Puede que solo sea una parte del mensaje. Un aviso de que el siguiente paso de la comunicación está listo.

—¿Crees que por eso ha mostrado su verdadera cara?

—Es una posibilidad que he barajado, desde luego.

Narya los miró sin comprender.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó, perdida.

—Resulta curioso que Iidriis haya jugado su baza más importante desenmascarándote a las primeras de cambio —explicó Khaavmi—. No ha mostrado ningún signo de conocer tu verdadera identidad durante ninguno de los días que la has seguido. Podría haberlo mantenido todo en secreto, aprovechar que sabía quién eras de verdad en su favor.

—¿Creéis que ha cometido un error?

—No podemos estar seguros —dijo McNeil—, pero esa kepleriana parece demasiado inteligente para desechar una oportunidad como

esa. Yo en su lugar te habría utilizado para soltarnos alguna pista falsa y manipularnos según le conviniese.

—¿Qué intentas ocultar, Iidriis? —preguntó Khaavmi.

—Solo se me ocurren dos opciones —dijo el inspector—. La primera y más evidente es que no se esperaba que consiguiéramos infiltrarnos en el comedor social. Si es ahí donde Yaaw y ella se comunican, le habríamos arruinado la única oportunidad para recibir información o fondos para poder mantener su ritmo de vida en la ciudad. La segunda es que esa tetera de *ghozda* con leche signifique que otra comunicación esté a punto de producirse en algún lugar público, un sitio en el que Narya estaría vigilante y podría desenmascararla.

—No tenemos solución para descartar la primera opción, más allá de vigilar las entradas y salidas del comedor social —dijo Khaavmi.

—Pero podemos seguirla desde el aire para comprobar la segunda —insistió Narya.

—No es mucho… —reconoció el teniente.

—Tal vez la situación no sea tan negativa como creemos —dijo McNeil, tratando de ver el lado positivo—. Puede que hayamos perdido a Narya, pero a cambio, la hemos empujado a cometer el error de decirnos que algo importante está a punto de ocurrir. Será mejor que descansemos bien esta noche. Mañana deberemos tener los ojos bien abiertos.

—Creo que eso va por ti —dijo Narya, mirando a Khaavmi con una sonrisa divertida.

—Me temo que tendré que declinar la oferta —respondió él—. Hay al menos otras tres tabernas que debo visitar antes de descartar el plan de encontrar a alguno de sus mercenarios.

Khaavmi se dirigió a la entrada de la casa y recogió su abrigo.

—¿Vas a volver a beber hasta caer medio muerto como ayer? —preguntó McNeil, preocupado por la salud de su compañero.

—No —respondió él sin demasiada convicción.

—No puedes ahogar todas tus responsabilidades y todo tu pasado en una jarra de alcohol —insistió—. Puede que te haga sentir bien en el corto plazo, pero a la larga no será bueno para ti.

—Por suerte, nadie te ha pedido consejo —respondió él con gesto duro.

—Solo nos preocupamos por ti —intervino Narya—. No puedes volver todas las noches con varias jarras de arborumel en el cuerpo.

—Sé controlarme.

—Ayer quedó claro que sí —respondió ella.

—¡Meteos en vuestros propios asuntos! —vociferó.

—Tu hija no va a volver por mucho que hundas tu vida en el barro —le advirtió ella, aunque de inmediato se arrepintió de lo que acababa de decir.

Él la miró con dureza. Su gestó se convirtió en una mueca contorsionada por la tristeza. Sin embargo, su reacción no fue de alguien roto por el dolor. Dando dos pasos con una agilidad que cogió a todos por sorpresa, agarró a Narya por el cuello y la empujó contra la pared.

—No vuelvas a mencionarla —dijo entre dientes. Sus ojos mostraban un enfado como nunca habían visto en el antiguo capitán de la guardia—. Nunca.

Después aflojó la fuerza y Narya tosió tras recuperar el resuello. Khaavmi desapareció de la sala y salió del edificio dando un portazo.

Caminó solo durante varios minutos. La oscuridad en el exterior ya era casi total. Los keplerianos de bien ya se habían retirado al calor de sus hogares. Y aunque su abrigo disponía de un gorro, prefirió caminar con la cabeza al descubierto, sintiendo cómo el frío nocturno le golpeaba la cara.

Sin darse cuenta, sus pasos lo alejaron de la zona más noble de la ciudad. Acabó en una de las barriadas del noreste, justo delante de una de las tabernas. Atribulado por sus preocupaciones y por el comportamiento que había tenido delante de sus compañeros, entró en ella sin pensárselo dos veces.

Recordaba bien ese sitio. No era un lugar acogedor, ni limpio, tal y como comprobó al cruzar el umbral, pero recordaba que tenían un buen arborumel. Se sentó, como de costumbre, en una mesa apartada que estaba llena de copas y jarras vacías. Aunque tuvo que esquivar el vómito de algún cliente anterior para llegar hasta ella, no le importó lo más mínimo. Necesitaba organizar su cabeza y sus pensamientos. Y, desde hacía ya algunos años, solo sabía hacerlo de una manera.

—¿Qué va a ser? —Un desaliñado y rollizo tendero con pinta de no haberse aseado en los últimos cinco años se había plantado delante de él.

—Arborumel —respondió con cara de pocos amigos—. Dos jarras. Un solo vaso.

El camarero se giró hacia la barra sin tratar siquiera de parecer amable. Regresó al cabo de un par de minutos con lo que le había pedido en una bandeja. Sin mediar palabra, lo posó en la mesa y retiró los restos del anterior cliente. Khaavmi miró fijamente el vaso que había dejado frente a él. Ese pequeño recipiente de barro era el foco de sus problemas y a la vez la solución a todos ellos.

Cogió una de las jarras y se sirvió hasta casi desbordar la copa. La sostuvo en la mano durante unos instantes, como si dudara de dar ese primer paso. Al mirarla se fijó en las heridas de sus nudillos. Todavía estaban hinchados tras la paliza que le había propinado al kepleriano que decía haberlo perdido todo. Recordó la conversación con él. Había tratado de ayudarlo a continuar con su vida, a olvidar su pasado y comenzar de nuevo. ¿Por qué era tan fácil hacerlo con los demás mientras él cometía los mismos errores una y otra vez?

Posó el vaso de nuevo en la mesa y continuó mirándolo durante unos minutos. Sintió la sequedad de su garganta, sedienta tras la caminata que lo había arrastrado hasta ese tugurio infecto. Le estaba implorando que lo bebiera, que refrescara su boca con el néctar dulzón del arborumel. «Solo una», trató de engañarse. «Necesito despejarme».

Cogió el vaso y lo apuró de un solo trago.

De inmediato volvió a servirse uno más. Y después otro. Y otro más, hasta acabar con la primera de las jarras. «Soy demasiado débil para dejarlo», se lamentó. Ya no había marcha atrás. Comenzó a servirse la segunda jarra mientras la primera comenzaba a hacerle efecto. De repente, un estruendo sorprendió a todos los parroquianos de la taberna, que giraron la cabeza hacia la puerta de entrada.

Un kepleriano de aspecto fiero y de gran tamaño irrumpió en el lugar armando un gran escándalo. Iba ataviado con un peto de cuero negro y llevaba una gran espada atada al cinturón. Sin mediar palabra, se dirigió hasta la barra y soltó una pequeña bolsa de cuero llena de monedas.

—¡No quiero ver el fondo de mi vaso en ningún momento! —gritó —. Y quiero que toda esta escoria a la que llamas clientes disfruten de una buena jarra de arborumel a mi cuenta.

El tabernero recogió la bolsa de monedas y abrió los ojos con estupor al comprobar que había mucho más de lo necesario.

—El resto del dinero utilízalo para llamar a algunas amigas y sacarme algo de comer —añadió.

El dueño del establecimiento se inclinó dándole las gracias por su generosidad, aunque en su rostro se reflejaba el miedo que le inspiraba el mercenario. Khaavmi sabía por experiencia propia que cuando un mercenario entraba en una taberna, los problemas estaban asegurados. Siempre pagaban generosamente y por adelantado, pero su taberna corría el riesgo de acabar reducida a cenizas.

Se apresuró en limpiar y prepararle la mejor de las mesas, y aunque a los clientes que tuvo que reacomodar no les hizo demasiada gracia que los colocaran en una de las esquinas más alejadas, cambiaron de opinión cuando conocieron los motivos. Por supuesto, recibieron con mucha mejor cara la jarra de arborumel que pudieron beber gratis.

Khaavmi agradeció con un gesto la suya mientras observaba desde su posición privilegiada el espectáculo que estaba organizando

el nuevo cliente. Era sencillo diferenciar a un mercenario de un soldado de la guardia. Para empezar, solían llevar muchas más joyas. En este caso, sus dedos estaban plagados de anillos de plata y oro y sus orejas cubiertas de aretes de coco y latón. Pero era la actitud lo que realmente los diferenciaba de un soldado normal. Siempre miraban a los demás por encima del hombro y no dudaban en demostrar su superioridad en cuanto tenían la ocasión.

Algunos de los parroquianos, atraídos por la pequeña fortuna de la que había presumido, comenzaron a sentarse a su alrededor. Escucharían sus historias y reirían sus gracias a cambio de poder disfrutar de algo más de arborumel a su cuenta. Khaavmi lo había presenciado muchas veces, aunque él nunca se había rebajado tanto como para mendigar un trago.

Las risas y las chanzas se adueñaron de la taberna. El mercenario aprovechaba para presumir de anécdotas y de valentía a cada oportunidad que se le presentaba. El tabernero no paró ni un momento de atender su mesa y saciar su sed de arborumel y la de todos sus nuevos amigos. Khaavmi observaba la escena con atención. Sabía que tarde o temprano alguno de sus borrachos acompañantes insinuaría o bromearía con algo que no le sentaría bien y se desataría una pelea muy desequilibrada. Miró su jarra y se dio cuenta de que no la había tocado. Por algún motivo que no entendía, se le habían quitado las ganas de sobrepasarse esa noche con el alcohol. Lo que estaba viendo era de lo más interesante. Agudizó el oído para escuchar la conversación de esa mesa.

—i…resulta que el preso se lo había hecho encima! —exclamaba el mercenario soltando una sonora carcajada que fue coreada por su séquito de lamebotas.

Las risas continuaron hasta que alguno de sus nuevos amigos le preguntó por más historias como la que acababa de contar. Henchido de orgullo por la atención que le prestaban los demás, no dudó en contar varias anécdotas de lo más macabras en las que se vanagloriaba de haber maltratado a presos indefensos y haberlos obligado a hacer cosas horribles. En un momento salió a colación el pico y la mina, aportándole a Khaavmi la confirmación que

necesitaba para certificar que ese mercenario había estado a las órdenes de Yaaw en la prisión de la mina que Emily había liberado meses atrás.

El tabernero se acercó a su mesa y se quedó sorprendido al ver su jarra llena hasta los topes. Incluso él mostró su sorpresa al darse cuenta de que prestaba mucha más atención a las conversaciones de la otra mesa que a su propio vaso. Necesitaba estar lo más espabilado posible para no perderse nada de lo que se comentaba. Unos minutos después, el mercenario, que ya había dado cuenta de al menos tres jarras de arborumel, comenzó a desafiar a sus parroquianos a vencerlo en un pulso. Al principio todos declinaron la oferta, conscientes de la superior fuerza del mercenario. Sin embargo, pronto cambiaron de opinión al ver que comenzaba a enfadarse por sus constantes negativas. Uno por uno los fue venciendo a todos. Cada vez que lo hacía, apuraba un nuevo vaso, aumentando su estado de embriaguez.

Minutos después aparecieron tres prostitutas que reclamaron la atención de la taberna. Todos observaron a las keplerianas que se acercaron hasta la mesa del fornido mercenario, que las recibió con una amplia sonrisa. Como no había sitio, se encargó de despachar a algunos de los desconocidos que se habían acercado. A partir de ese momento, todo giró alrededor de ellas. El mercenario se encargó de agasajarlas y pronto dejó de lado a todos sus anónimos amigos.

Khaavmi, que no había bebido nada más, decidió salir a tomar un poco de aire. La brisa de la noche le refrescó las ideas. Casi sin quererlo acababa de encontrar lo que tantos días llevaban buscando. Por fin tenía una pista sólida de la que tirar. Sin embargo, tendría que actuar rápido. El mercenario estaba muy borracho a esas alturas, tal y como había comprobado al verle ir a aliviar su vejiga a la letrina. Era mucho más joven y corpulento que él, puede que no tuviera otra oportunidad como esa para reducir a alguien de su tamaño y experiencia en combate.

Aguardó en el exterior a que se materializara su oportunidad. Poco a poco, los clientes de la taberna fueron abandonándola. Mientras, la fiesta del mercenario seguía en su punto más álgido en

el interior. Llegado un momento, se escuchó un fuerte estruendo, gritos y por último una buena sarta de risas. Khaavmi supuso que había estallado la primera pelea. Alguno de los borrachos habría tratado de propasarse con una de las prostitutas y el mercenario habría reaccionado con violencia. Había visto demasiadas veces ese tipo de comportamientos como para saber reconocerlos.

Minutos después, cuando el frío comenzaba a hacer mella en él, se abrió la puerta de la taberna. El mercenario y dos de las prostitutas abandonaron el establecimiento mientras los rescoldos de la improvisada fiesta todavía continuaban en el interior. La tercera, tal vez la menos agraciada, se quedó con algún afortunado parroquiano que le había caído en gracia.

—¡Qué frío hace! —dijo una de las chicas.

Él las acercó hacia su cuerpo con sus fuertes brazos.

—¡Yo os calentaré! —dijo entre risas—. Vais a recordar esta noche el resto de vuestra vida —presumió con una sonora carcajada.

Khaavmi les dejó cierto espacio para que marcharan delante de él. Los tres caminaban riendo y disfrutando de la noche, y aunque de vez en cuando tropezaban y se tambaleaban, no dejaron de avanzar. Khaavmi comenzó a valorar sus opciones. Si el mercenario hubiera estado solo, no habría dudado ni un instante. Pero con esas dos keplerianas a su lado, sus posibilidades disminuían drásticamente. Si pretendía reducirlo, podrían alertar a los vecinos con sus gritos o incluso ayudar al mercenario a defenderse si lo tomaban por un vulgar asaltante. Aunque estaba mucho más espabilado de lo normal, no se sentía capaz de enfrentarse a tres personas, ni siquiera aunque estuvieran borrachas.

Decidió esperar. Los acompañó hasta una vieja posada que había en los alrededores y después siguió su camino. Ya sabía dónde podía encontrar al mercenario, así que ya buscaría una nueva oportunidad en otra ocasión. Se recolocó el abrigo de piel y se encaminó hacia la vivienda que compartía con McNeil y, desde ese mismo día, también con Narya.

22
Enok Nova

9 de abril de 3369

Enok Nova, la Tierra

Después de que los hombres de Drenor cargaran las armas y los exotrajes de la expedición en sus vehículos, se dirigieron a la ciudad en la que serían presentados ante el gobernador. Aunque Robert había dado a Balakova la orden de sobrevolar la zona y controlar la situación desde la distancia por si fuera necesaria una intervención para sacarlos de ahí, verse de nuevo indefensos y a merced de unos desconocidos no era lo que esperaban de esa misión. Sin embargo, y aunque la situación era complicada, la curiosidad por conocer la historia de esa ciudad postapocalíptica era muy superior a la sensación que les provocaba ser prisioneros de la guardia de aquel lugar.

A medida que se acercaban a las murallas contemplaron las verdaderas dimensiones del asentamiento. Los altos muros construidos con restos de la civilización anterior eran una perfecta metáfora de la supervivencia del ser humano sobre la faz de la Tierra. Enormes piedras rectangulares y desgastadas se alternaban con las planchas metálicas y las soldaduras para proveer a la ciudad de una seguridad que hizo a Emily plantearse demasiadas cuestiones. Aunque había una que destacaba por encima de las demás: ¿cómo había conseguido toda esa gente sobrevivir al cataclismo? Sin embargo, otra pregunta comenzó a rondarle la cabeza con mucha más fuerza de lo que quería admitir: ¿de quién se defendían?

Las torretas y las balistas que estaban distribuidas en pequeños puestos de guardia a lo largo de la muralla no hicieron más que acrecentar esa sensación de que faltaban muchas piezas por encajar

en ese puzle. Los tosidos y carraspeos de Alberto y de Chad comenzaron a ser constantes. Ella también notaba ese ligero picor en la boca. Sin resultar preocupante, el alto contenido de azufre y otros compuestos poco saludables que flotaban en el aire como consecuencia de los gases de la caldera de Yellowstone les irritaban la garganta y les molestaban en los ojos.

A su alrededor, los campesinos se afanaban en concluir sus tareas antes de que acabara la jornada. Algunos de ellos se detenían boquiabiertos al paso del extraño grupo y su escolta. Emily los observó con atención. Sus cuerpos encorvados parecían castigados por la vida tan dura que llevaban. Las gruesas pieles y los voluminosos ropajes de los curiosos que detuvieron sus tareas para observarlos en la distancia le recordaron a Emily la temperatura gélida que reinaba en ese lugar. Solo tuvo que mirar al cielo para darse cuenta de que el sol no era algo habitual. El mono negro que utilizaban bajo el exotraje era suficiente abrigo para ellos, pero si la temperatura descendía mucho más durante la noche, tal vez necesitarían algunas de esas pieles para poder sobrevivir.

Cuando llegaron a la única puerta de entrada de la ciudad se toparon con una enorme plancha metálica que los separaba del interior. Después de que Drenor hiciera un gesto a los vigías de las torretas, estos desaparecieron por un momento. Tras escuchar el leve silbido de un motor eléctrico, la plancha metálica, que estaba soldada a una estructura móvil, se apartó de la entrada y dejó vía libre para que pudieran entrar en Enok Nova. Dos de los vehículos se quedaron cerca de la entrada mientras los otros dos, uno de ellos con los exotrajes y las armas en la parte posterior, continuaron al mismo ritmo que los caminantes. Otro grupo de guardias, armados con ballestas y pertrechados con las mismas armaduras compuestas por planchas de chatarra, escoltaron a los recién llegados hasta el centro de la ciudad.

No hubo demasiadas sorpresas al cruzar el umbral de la muralla. El aspecto era tal y como lo habían visto desde el espacio exterior. Multitud de chabolas y edificios destartalados y esparcidos sin orden aparente, construidos con todo tipo de materiales y restos de la

civilización anterior, se mezclaban con montañas de chatarra y escombros. Pero pronto comprobaron que se organizaban alrededor de pequeñas estructuras circulares, esparcidas sin demasiado cuidado, que emanaban vapor. Por un instante se imaginaron de nuevo de vuelta en los bosques de Kepler-442b, con las viviendas de los keplerianos organizadas alrededor de los gruesos y altos troncos de árboles milenarios. La gran diferencia era que ahí dentro no había ni un solo árbol, y los pocos que habían visto en su camino hasta la ciudad estaban escuálidos o directamente enfermos y secos. A medida que avanzaban entre las estrechas callejuelas sintieron un extraño aumento de la temperatura que mitigó parte del frío que sentían en la cara y en las manos.

Emily fijó su vista en la enorme y caótica mole de metal que se alzaba a lo lejos, en el centro de la ciudad, y que sobresalía del resto de los edificios. La torre, que no era más que un amasijo de válvulas y tuberías intrincadas, era la fuente de la mayor parte del vapor que surgía de la ciudad y se elevaba por los aires, creando una espesa neblina y dándole un aire de misterio. Parecía una enorme caldera en la que se calentaba agua. Emily estaba segura de que ese artilugio colosal estaba relacionado con el curioso aumento de la temperatura que habían experimentado al entrar en la ciudad.

Un pequeño grupo de niños de unos seis o siete años comenzó a corretear alrededor de los recién llegados. Nadie los apartó de su lado ni les dijo que se marcharan a pesar de que podrían suponer un peligro para ellos.

—¿Sois espectros? —preguntó uno de los pequeños, colocándose con curiosidad al lado de Emily.

—No sé lo que es un espectro —confesó ella con una ligera sonrisa—. Pero no, no lo somos.

—Mi padre dice que los espectros no existen —le corrigió otro de ellos, algo más pequeño y que trataba de seguir el ritmo de los demás—. Dice que son solo cuentos para asustar a los niños.

—¿Traéis combustible? —preguntó un tercero.

—No se parecen en nada a los hombres de Varken —le respondió el primero—. Además, vienen muchas mujeres.

Emily dio un respingo. Había notado algo muy extraño en ese lugar que todavía no había sido capaz de explicar. Y de repente, se dio cuenta. Había muy pocas mujeres. Miró a su alrededor y observó a los habitantes con atención. Un hombre la miraba mientras recogía unas piedras de uno de los montones de chatarra. Otro vigilaba al grupo mientras cavaba una zanja en el suelo. Un grupo de tres jóvenes habían detenido su animada conversación para contemplar a los recién llegados. Solo había hombres, jóvenes en su mayoría. Apenas había ancianos. Tras unos momentos de confusión, por fin vio a una mujer que apareció tras las pieles que tapaban el umbral de su chabola. Era de mediana edad y estaba bastante delgada, como el resto de los habitantes, pero su enorme barriga le llamó la atención. Estaba embarazada.

La proporción, a simple vista, era muy desigual. Incluso el grupo de niños que correteaba junto a ellos estaba formado solo por niños. Revisó sus caras uno por uno. Todos tenían el mismo corte de pelo, corto y asimétrico, seguramente realizado por alguno de sus progenitores. Se fijó en uno de los que permanecía en la retaguardia del grupo. Parecía más pequeño y delicado que el resto y no había abierto la boca en ningún momento. Había algo extraño en su comportamiento que llamó su atención.

—¿Por qué hay tan pocas mujeres? —preguntó Solberg, sacando a Emily de su ensimismamiento.

Nadie contestó, aunque no había sido la única en darse cuenta de la situación. Ni siquiera sus captores quisieron responder a la pregunta. Continuaron la travesía entre las calles de la ciudad. Robert le dio un leve codazo en el costado para que se fijara en un trabajador que parecía estar levantando la estructura de una nueva chabola.

—Tienen equipos de soldadura —comentó ella al ver la brillante chispa azulada.

—Este lugar es muy extraño —respondió Robert.

—Han sobrevivido a un cataclismo —argumentó ella—. Todavía no sé cómo han podido hacerlo, pero está claro que han conseguido mantener algunas de las técnicas que se utilizaban antes de que ocurriera el desastre. No sé quién será ese gobernador al que nos llevan a ver, pero creo que la conversación va a ser de lo más interesante.

Vieron algunos puestos comerciales en una de las calles aledañas. En ellos parecía venderse de todo. Había puestos de alimentación, de utensilios y repuestos, de artesanos que curtían pieles y confeccionaban ropas con ellas e incluso los había que comerciaban con chatarra y todo tipo de reliquias de una época pasada.

A medida que se acercaban a la mole de metal de la que manaba gran cantidad de vapor, la atmósfera de la ciudad se fue haciendo más opresiva y oscura. El sol apenas iluminaba, ya en su ocaso, pero el frío del exterior comenzaba a ser solo un recuerdo. Cuando llegaron a las inmediaciones de la torre, observaron que los habitantes de esa zona de la ciudad ya no necesitaban llevar apenas ropas ni pieles. Al escuchar varios ruidos en las alturas, Emily dirigió su mirada hacia las plataformas y pasarelas que había por encima de sus cabezas. Un grupo de cuatro mecánicos vociferaba entre ellos. Al parecer, trataban de arreglar alguna fuga o alguna pequeña avería en el imponente artefacto que evitaba que la ciudad se congelara entre nieve y restos de ceniza de la caldera. En la distancia, un herrero aporreaba el metal para dar la forma deseada a un tubo.

Bordearon la torre y llegaron a una zona un poco más amplia, con edificios mejor cuidados y de aspecto mucho más sólido que los que habían visto hasta ese momento. Había uno que les llamó la atención por encima de todos los demás. Era un antiguo edificio de hormigón cuadrado y muy desgastado por el paso del tiempo. Apenas era un poco más grande que las chabolas que se multiplicaban por toda la ciudad, y sobre su gruesa puerta metálica había pintados dos enormes números. Aunque la mayor parte de la pintura gris oscura se había desconchado, todavía podían distinguirse un cero y un uno que indicaban que esa era la primera

de las infraestructuras de alguna antigua instalación. Debía de tener algún tipo de importancia para la ciudad, ya que había dos guardias escoltando la puerta de entrada.

Drenor los dirigió hasta una de las construcciones que parecían más sólidas. Se detuvo justo delante de la entrada, cubierta con una ostentosa piel de animal de pelaje pardo y motas de color más oscuro. Dio algunas órdenes a sus hombres y desapareció tras la manta de piel. No tardó demasiado en regresar.

—Solo tú podrás acompañarme al interior —dijo con voz seca y expresión seria—. El gobernador nos aguarda.

Robert estuvo a punto de replicar, pero Emily se le adelantó colocando el brazo por delante del militar.

—Estaré encantada de ser recibida por vuestro gobernador.

—¿Estás segura? —preguntó Robert entre susurros.

—Tranquilo —dijo, volviéndose hacia él—. Si quisieran matarnos ya lo habrían hecho. Necesitamos encontrar algo de renio, y puede que ellos sean nuestra única esperanza, si es que son capaces de diferenciar los metales. Además, tengo muchísimas ganas de conocer su historia, de saber cómo la humanidad ha conseguido sobrevivir en estas condiciones. No nos conviene llevarles la contraria, al menos por el momento.

—Está bien —aceptó a regañadientes—. Balakova y Huang siguen preparados para actuar en caso de necesidad.

Emily asintió y se giró hacia el jefe de la guardia, que esperaba pacientemente a que le acompañara hasta el interior. Apartaron la piel de la entrada y accedieron al edificio. Cruzaron un pasillo, dejando varias estancias a ambos lados, hasta llegar a un amplio y acogedor salón iluminado por varias lámparas que colgaban del techo de unos cinco metros de altura y dispuesto en forma cónica. Para sorpresa de Emily, las vigas que sostenían el tejado metálico que había visto desde el exterior eran de madera.

En la estancia esperaban dos personas detrás de una tosca mesa, también de madera. Tras haber recorrido todo el camino que los

había llevado hasta la ciudad, y siendo consciente de la cantidad ínfima de árboles que se habían encontrado, Emily supuso que toda esa madera con la que estaba decorado el interior de la estancia sería muy ostentoso para cualquier habitante de aquella civilización. Sin embargo, para ella no dejaba de ser madera vieja y mal conservada. Emily observó al hombre que no le había quitado la vista de encima desde que habían entrado. Tenía la piel de color canela, unas tupidas cejas y los cabellos y su densa barba eran oscuros como la noche. Trató de calcular su edad, pero le resultó complicado. Tendría la edad de Robert, pero su piel curtida y sus incipientes entradas le hacían aparentar ser mucho más mayor. O tal vez era la vida en ese lugar inhóspito lo que los hacía envejecer a todos antes de tiempo.

A su lado, y para su sorpresa, se sentaba una mujer de cabellos largos y bien cuidados. Aunque parecía mayor que él, su piel conservaba un brillo natural que contrastaba con las canas que comenzaban a asomar entre el cabello de color azabache. Ambos llevaban unas túnicas finas con un cordel atado en la cintura para sujetarlas. El de él era de color gris ceniza, mientras que el de ella era azul celeste. De no ser por lo que había visto en el exterior, podría pensar que se encontraba delante de una pareja de nobles de la antigua Grecia o del Imperio Persa. No pudo evitar fijarse en los brazos de la mujer, de piel tersa y brillante, y que estaban repletos de antiguas cicatrices que trataba de disimular con una serie de pinturas o tatuajes que recorrían los antebrazos hasta llegar a los dedos de las manos.

El hombre se levantó de la silla e hizo una ligera reverencia.

—Bienvenida a Enok Nova —dijo con una voz suave y en ese extraño dialecto que entendía a duras penas—. Mi nombre es Kaelith, y esta es mi esposa, Vireen —siguió señalando a la mujer, que la saludó con un leve movimiento con la cabeza—. Lamento que hayáis tenido que desprenderos de vuestras armas y vuestras herramientas, pero teníamos que asegurarnos de que no eráis una amenaza. Es complicado mantener la paz en estos días.

—No te preocupes —asintió ella—. Es del todo comprensible.

Él la miró extrañado, como si algo de lo que acababa de decir lo hubiera sorprendido.

—Por favor, toma asiento —dijo después en un perfecto inglés, invitándola a sentarse en una vetusta silla de madera.

Emily lo observó con curiosidad. Era el primero que les hablaba en un inglés parecido al suyo. Después se sentó con cuidado, consciente de que en cualquier momento la quejumbrosa madera podría provocar que acabara en el suelo. No pudo evitar pensar en que habría sido complicado que esa antigualla aguantara el peso combinado de ella y el exotraje. Él también se sentó y le indicó al jefe de la guardia que se retirara con un gesto de su mano.

—Drenor me ha dicho que habéis venido en busca de repuestos para vuestros vehículos —continuó en perfecto inglés, pero cambiando repentinamente el tono amable que había utilizado al darle la bienvenida—. Espero que podáis encontrarlos aquí y continuar con vuestro viaje cuanto antes. Los ciudadanos de Enok Nova no son demasiado tolerantes con los extranjeros, me temo. Así que he decidido que yo mismo os ayudaré a encontrar lo que necesitáis. A cambio, solo os pido que abandonéis este lugar en cuanto os sea posible.

—Por supuesto —respondió Emily, un tanto decepcionada por la repentina frialdad del gobernador, pero complacida a la vez con su afán colaborativo—. Te doy mi palabra de que no permaneceremos más de lo necesario en este lugar. Nuestro destino está muy lejos de aquí y tenemos bastante prisa.

—Bien —asintió él, aliviado—. Pero antes de ayudaros, me gustaría aclarar algunas cosas sobre vosotros.

—Claro, lo que sea necesario.

—Drenor asegura que te has presentado como la directora del Proyecto Orfeo —dijo él con mirada cargada de suspicacia—. ¿Cómo es posible que alguien que fue enviada a miles de años luz de este lugar esté sentada ahora mismo delante de mí?

Emily tragó saliva. En ningún momento, mientras se acercaban a la Tierra y encontraban actividad en la superficie, se le había

ocurrido pensar que los supervivientes fueran conscientes de lo ocurrido en el planeta mil años atrás. El hecho de que el gobernador de esa ciudad mencionara el Proyecto Orfeo la dejó del todo descolocada.

—Yo…

Trató de decir algo, pero ninguna de las ideas que se agolparon en su cabeza sonaron convincentes. Podría contarles la verdad, pero sonaría tan artificial e increíble que sería más factible inventarse cualquier excusa.

—Me lo imaginaba, sois solo unos embusteros tratando de aprovecharse de nuestra ciudad —dijo él con gesto serio.

—No somos unos embusteros —se defendió ella sin demasiada convicción—. Pero no podemos revelar cómo ni con qué propósito nos encontramos en este lugar.

El gobernador intercambió una mirada con su esposa y ambos la escrutaron con seriedad, como si la respuesta no fuera suficiente para creerla. De repente, la mujer se levantó de su asiento con tanto ímpetu que llegó a asustarla.

—¿Te das cuenta de la situación en la que os encontráis? —bramó con vehemencia—. Tus amigos y tú estáis desarmados y a nuestra merced. Podríamos ordenar ahora mismo que os ejecuten a todos. ¿Crees que nos temblaría la mano? ¿Crees que le importaría una mierda a alguien la muerte de unos extranjeros embaucadores como vosotros?

Emily trató de mantener la calma tras la virulenta reacción de la mujer. La observó con atención mientras notaba cómo las venas de su cuello se relajaban después de su momento de furia. Drenor apareció de repente, alertado por los gritos y con una ballesta en la mano. Tras unos momentos de confusión en los que Emily pensó que su viaje concluía de esa manera tan abrupta, Kaelith se levantó de la silla y pidió tranquilidad a todos. Cuando las aguas regresaron a su cauce, el gobernador se volvió hacia su mujer y la ayudó a sentarse de nuevo. Debido a la agresividad inicial de Vireen no había caído en la cuenta de la enorme barriga que tenía y que el vestido

tan amplio que llevaba puesto había disimulado de alguna manera. Estaban esperando un hijo.

—No puedes reaccionar de esa manera —recordó Kaelith preocupado y entre susurros, casi como si Emily no se encontrara delante de ellos—. Recuerda lo que ha pasado las demás veces.

La mujer se dejó ayudar, pero en cuanto estuvo de nuevo sentada, apartó de un manotazo al gobernador. Este se quedó de pie, preocupado y sin saber cómo reaccionar. Miró al jefe de su guardia, que continuaba apuntando a la invitada con su arma, ajeno al desencuentro de la pareja. Kaelith miró al responsable de su seguridad y lo despachó de nuevo restando importancia a la discusión.

Cuando recuperaron la compostura, el gobernador se giró hacia Emily. Sus ojos no reflejaban la tirantez previa a la interrupción, sino que se mostraban vulnerables ante la precaria situación de la mujer. A simple vista parecía demasiado mayor para procrear, y por lo que había entendido, esa no era la primera vez que estaban en esa tesitura.

—Lamento este… malentendido —trató de excusar el comportamiento de su mujer—. Estamos en las semanas más críticas y cualquier agitación puede tener consecuencias desastrosas.

Emily asintió, comprensiva. Pero no supo qué decir. No podía confesar los verdaderos motivos que los habían llevado hasta allí, pero se moría de ganas por conocer la historia de esa gente. Quería preguntarles qué sabían sobre lo ocurrido hacía mil años, quería saber dónde estuvieron sus antepasados para sobrevivir al impacto de Selene contra la Tierra, cómo habían conseguido mantener esa ciudad gracias a los deshechos de la civilización anterior. Pero, sobre todo, quería saber de qué o quién se defendían.

Como si el destino estuviera escuchando sus pensamientos, las sirenas comenzaron a resonar por toda la ciudad. Los gritos de pánico de los habitantes se entremezclaban con las órdenes que los guardias intercambiaban entre ellos. Alguien llegaba, y algo le decía

a Emily que al menos una de sus preguntas iba a encontrar respuesta en unos pocos minutos.

23
Una peligrosa visita

9 de abril de 3369

Enok Nova, la Tierra

Kaelith se levantó de la silla como un resorte. Las sirenas y las voces de alarma se extendían por toda la ciudad. Emily decidió acompañar al gobernador de Enok Nova, dejando a su mujer sentada en la silla, aunque visiblemente nerviosa. Estaba segura de que tantas emociones no serían buenas para ella debido a su estado, pero no podía quedarse ahí dentro mientras el caos se desataba en el exterior. Salió del edificio y se encontró con el resto de sus compañeros, que miraban en todas direcciones sin saber qué hacer.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Emily.

—No lo sabemos —respondió Robert—. Pero todo el mundo se ha vuelto loco en cuanto han comenzado a sonar las sirenas. Creemos que alguien intenta atacar la ciudad.

Emily se giró hacia uno de los guardias que los escoltaban. Era muy jovencito, apenas tendría quince años y su cara reflejaba el pánico que se apoderaba de toda la ciudad.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó, alzando la voz por encima del caos.

El joven soldado la miró con los ojos perdidos y las lágrimas amenazando con desbordarse, pero no contestó. Emily lo agarró por los brazos y lo agitó tratando de sacarlo del estado de shock en el que se encontraba.

—¿Qué son todas estas sirenas? ¿Quién está atacando la ciudad? —repitió mientras lo zarandeaba.

Estuvo a punto de darle dos bofetadas para sacarlo de la conmoción, pero cuando casi iba a hacerlo un aroma a orines la sacudió de repente. Cuando agachó la cabeza se dio cuenta de que aquel joven estaba tan aterrorizado que no era capaz de controlar su esfínter. Lo soltó de inmediato y se dirigió al otro de los guardias que custodiaba la entrada del edificio del gobernador. Aunque parecía tener la misma edad que su compañero y su expresión era también nerviosa, mantenía el tipo mucho mejor que el otro.

—¿Qué demonios está ocurriendo? —le preguntó al agarrarlo por un brazo.

—No lo sé —tartamudeó—. Puede ser Varken y sus hombres.

—¿Quién es Varken? —insistió Emily—. ¿Y por qué es capaz de generar tanto terror?

—Es el caudillo de Enok —murmuró el soldado, que trataba de mantener la compostura ante la vehemencia de Emily—. Suele venir cada año en busca de provisiones y de nuestras mujeres. Pero no tiene sentido —añadió después—. Todavía es muy pronto.

Emily se volvió hacia el resto. Estaban indefensos sin sus exotrajes y los fusiles de asalto. Carraspeó para quitarse la picazón de garganta que le provocaba el aire de ese lugar y se dirigió hacia el gobernador, que mantenía una intensa conversación con Drenor, el jefe de la guardia de la ciudad. Por los aspavientos de ambos, no parecían tener muy claro cómo reaccionar a la situación a la que se enfrentaban. Tomó impulso y se abalanzó sobre ellos, no estaba dispuesta a que su equipo se encontrara en medio de un conflicto entre dos facciones de supervivientes.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó con vehemencia.

Drenor se giró hacia ella y la apuntó con su ballesta.

—¡No des un paso más, extranjera! —espetó el jefe de la guardia.

—Sea lo que sea lo que está pasando, podemos ayudar —respondió ella—. Devolvednos nuestras armaduras y os ayudaremos a hacer frente a ese tal Varken.

Kaelith la miró inquisitivo, como si evaluara la sinceridad de su ofrecimiento. Pero Drenor no estaba dispuesto a escucharla y apuntó el arma directa a su pecho. Un disparo a esa distancia sería mortal. Robert y Ferrara trataron de acercarse a ellos, pero otro grupo de soldados les cortó el paso, amenazando con escalar la tensión, ya de por sí desbordada.

—¡Bajad las armas! —ordenó el gobernador.

Drenor lo miró sorprendido.

—¿Te has vuelto loco? —le preguntó—. No puedes estar pensando en serio en fiarte de ella. Sus armaduras son muy superiores, podrían hacerse con la ciudad sin apenas esfuerzo.

—Haced lo que os digo —insistió él con determinación.

—Pero Varken…

—Varken está aquí porque alguno de los centenares de espías que tiene por toda la ciudad le ha informado de que hemos dado cobijo a unos extraños extranjeros —respondió él, interrumpiéndolo —. ¿Qué crees que hará cuando vea que es cierto?

—¡Pero son nuestros prisioneros! —respondió Drenor.

—Da igual lo que le digamos, no nos creerá y querrá hacerse con su tecnología.

Drenor apartó la ballesta y pareció pensar en una salida. Emily los miró a ambos, fuera quién fuera ese tal Varken, parecía tenerlos a todos atemorizados.

—Devolvednos las armaduras —pidió Emily—. Y nosotros nos encargaremos de ellos.

Kaelith la miró con un brillo de esperanza en sus ojos. Después miró al jefe de su guardia y esperó un ligero asentimiento para volverla a mirar de nuevo y soltar un prolongado suspiro.

—Si nos ayudáis a salir de esta —dijo con voz temblorosa—, os ayudaremos a encontrar los repuestos que buscáis.

Emily le ofreció la mano para sellar el trato, pero el gobernador se quedó mirándola sin saber qué significaba aquello. Tras dudar unos instantes, imitó el gesto y Emily le estrechó la mano. Después

se quedó mirándose la mano como si no supiera qué era lo que acababa de ocurrir. Sin embargo, sacudió de inmediato la cabeza y se dirigió a Drenor.

—Devuélveles sus pertenencias y enséñales cómo subirse a la muralla del oeste —ordenó—. Déjales que hablen con Varken.

—Espero que sepas lo que haces.

—Sí, yo también —repuso él.

Drenor acompañó al grupo hasta uno de los vehículos de asalto, donde descargaron los exotrajes y las armas y se las volvieron a colocar. Después se dirigieron a la misma zona por la que habían entrado. De camino pudieron comprobar cómo todos los habitantes de la ciudad se habían escondido en sus casas ante la amenaza de ese al que llamaban Varken.

—¿Qué nos puedes decir de ese tal Varken? —preguntó Emily al jefe de la guardia.

—Es el caudillo de Enok, una ciudad que hay al oeste de aquí —respondió él mientras llegaban a la zona de acceso a la ciudad—. Todo el combustible que necesitamos para que este lugar no se congele se encuentra allí, bajo su dominio. Los gobernadores de ambas ciudades llevan generaciones negociando el intercambio de bienes. Pero fue hace más de un siglo cuando el bisabuelo de Varken se sintió amenazado por la prosperidad de Enok Nova y decidió comenzar a extorsionarnos. Al principio solo fueron alimentos y chatarra, pero con el tiempo… —Hizo una pausa, como si se arrepintiera de estar contando demasiado—. Digamos que las cosas se torcieron todavía más y los ecos de aquella época se han extendido hasta nuestros días.

Subieron a una de las plataformas que llevaban hasta la zona de las torretas y que cruzaban por encima del portón móvil. Emily, Taro, Robert y Miller se encaramaron a la pasarela y miraron hacia el horizonte mientras Ferrara se colocaba en otra ubicación más apartada. Varios vehículos se dirigían hacia su posición. El polvo y la ceniza que levantaban al desplazarse les impedían comprobar la verdadera magnitud de la amenaza. Emily contó al menos seis

vehículos, similares a los que disponían en Enok Nova. Pero lo que la dejó impresionada fue lo que vio al alzar la vista de la carretera.

—¡Drones! —exclamó Miller—. ¡Tienen por lo menos una docena de drones!

Esperaron con paciencia a que los vehículos se acercaran. Kaelith y Drenor se encaramaron a la pasarela y se colocaron junto a ellos. Poco después, los drones comenzaron a sobrevolar sobre sus cabezas.

Emily intercambió una mirada con Robert. Parecía que los asaltantes disponían de tecnología lo suficientemente avanzada como para ponerles las cosas difíciles. Tendrían que andarse con cuidado. Los vehículos terrestres llegaron un poco más tarde. Agradecieron llevar el exotraje puesto para no tener que respirar el polvo y la ceniza que habían levantado las ruedas de los vehículos. Los motores eléctricos se silenciaron de golpe. El polvo aún flotaba en suspensión cuando las precarias ruedas metálicas recubiertas de goma se detuvieron delante del único acceso de la ciudad.

Una de las compuertas del vehículo principal se abrió con un chirrido metálico, fruto del óxido y de las inclemencias climáticas, que precedió el descenso de la horda de Varken. Una figura inconfundible entre los suyos descendió en primer lugar. Alto y brutalmente fornido, con una barriga prominente que no le restaba un ápice de presencia, se dejó caer del vehículo. Su barba oscura era espesa y estaba sucia. La llevaba trenzada y lucía varios anillos de cobre y acero en el extremo. Se desprendió del casco de metal coronado por una larga pluma pintada de color rojo que llevaba sobre la cabeza, para mostrar su cráneo completamente afeitado. Vestía una armadura compuesta de placas irregulares soldadas entre sí con remaches y gruesos cables eléctricos que cubrían su torso y sus voluminosas extremidades. Las placas aún conservaban los logotipos oxidados de algunas empresas olvidadas y ocultaban todos los tatuajes que recorrían su piel desde el torso y las extremidades hasta el cuello.

A su alrededor, sus hombres parecían un enjambre tribal. Iban tatuados casi por completo y tenían cicatrices ceremoniales de diferentes formas y patrones grabadas a cuchillo sobre sus pieles curtidas. Sus armaduras y sus cuerpos estaban cubiertos de pinturas de guerra negras y rojas. Aunque muchos llevaban el cabello rasurado, no eran pocos los que lucían crestas de vivos colores y piercings creados a partir de tuercas o cadenas metálicas enrolladas por el cuerpo y las armaduras. Sin embargo, y a pesar de la apariencia fiera y amenazadora de la docena de soldados que escoltaban a Varken, no fueron ellos los que helaron la sangre de Emily y los demás.

Unas veinte máquinas de aspecto humanoide descendieron de todos los vehículos. Con esqueletos metálicos y grises, la mayoría parecían estar construidos a partir de retales y piezas de otros modelos de autómata. Los colores y las formas de sus extremidades no coincidían en muchos casos con la estructura de sus torsos. Cada robot tenía la cabeza ovalada, como un cascarón compuesto por decenas de pequeños triángulos blanquecinos que funcionaban como pantallas individuales y que podían representar todo tipo de expresiones faciales y estados de ánimo. Aunque había tres o cuatro con cabezas más simples, la mayoría mostraban expresiones serias o sonrientes con diferentes estilos. De no ser por la gravedad de la situación, habría parecido una parodia infantil de las emociones humanas.

Sin embargo, sus movimientos no tenían nada de gracioso. Aunque alguno cojeaba por tener una extremidad inferior en mal estado, el resto caminaban con precisión, como una macabra y uniforme coreografía de seres metálicos. Todos llevaban pinturas tribales decorando sus torsos, con números y extraños símbolos decorativos. La mayoría iban armados con ballestas, aunque había dos de ellos, más robustos, que llevaban lanzavirotes montados en sus espaldas y articulados con servoasistencias para apuntar con precisión a sus objetivos.

Media docena de robots se adelantaron y se detuvieron formando una línea perfecta delante de la entrada de la ciudad. Luego,

apuntaron sus ballestas hacia ellos. Sus rostros eran dispares, pero todos mostraban sonrisas amplias y forzadas, como si fueran simples caricaturas. Emily comprobó que algunos de los triángulos que conformaban sus cabezas no funcionaban, dándoles un aspecto descuidado pero igual de amenazador. Tras unos instantes, parpadearon dos veces y adoptaron una expresión neutral, como si esperaran instrucciones.

El resto del convoy se desplegó sin necesidad de palabras, como animales acostumbrados al saqueo. Varios autómatas apuntaron las torretas de los vehículos hacia las defensas de la ciudad mientras los drones, silenciosos como aves depredadoras, los acechaban desde las alturas. De repente, Varken alzó ambos brazos y todo quedó en absoluto silencio. Él y otros dos de sus secuaces humanos se acercaron con parsimonia y teatralidad hacia la primera línea hasta colocarse delante de los autómatas.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Varken con voz profunda—. Mirad, muchachos. Parece que hemos llegado a tiempo para la fiesta.

Los secuaces rieron entre dientes, mostrando su absoluta falta de higiene bucal. Varken bajó los brazos y comenzó a negar con la cabeza mientras paseaba en círculos con aire distraído.

—Imaginaos mi decepción cuando me he enterado de que unos extranjeros de lo más variopinto habían llegado a Enok Nova sin que nadie me avisara de ello.

Varken clavó sus ojos en Kaelith, que rehuyó la mirada, y después lo hizo sobre Emily y Robert, como si intentara calibrar su nivel de amenaza.

—Kaelith —se dirigió de nuevo al gobernador—, estoy muy decepcionado. ¿No he sido lo bastante magnánimo con tu gente durante estos últimos años? ¿Acaso no he intentado ser lo suficientemente comprensivo después de lo que pasó con tu padre?

Emily se giró hacia el gobernador, cuyo semblante se mantenía rígido, y se dio cuenta de que ese hombre, y por extensión toda la ciudad, vivían en un infierno controlado por un diablo y su ejército de máquinas.

—Y vosotros, ¿quién demonios sois? —Se giró hacia Emily y los demás—. Esta es mi jurisdicción, yo soy el que pone aquí las reglas. Cualquier trato comercial con este estercolero con ínfulas de grandeza ha de pasar antes por la aprobación del gran Varken.

El fornido asaltante volvió a levantar los brazos cuando pronunció su nombre y un coro de vítores se alzó entre sus hombres. Robert mantuvo la mirada fija en él, sin apenas parpadear y con los músculos tensos bajo el exotraje. A su lado, Miller reposaba la mano en la empuñadura de su fusil, más como un gesto simbólico que como una amenaza. La actitud serena de los cuatro mandaba un mensaje poderoso. Eran extranjeros, pero no se arrugarían ante un caudillo postapocalíptico como él.

Kaelith tragó saliva con dificultad y dio un paso al frente, tratando de reunir todo el valor que le quedaba.

—Varken, tus hombres pueden esperar en el límite exterior —consiguió articular—. Esta ciudad no está cerrada a los tuyos, pero…

—¿Pero qué, Kaelith? —le interrumpió con firmeza. Su gesto se volvió oscuro y amenazador—. ¿Alguna nueva ley de tu hermoso consejo de pacotilla? ¿O acaso le has entregado el mando a tus nuevos amigos?

El comentario desató las risas entre las filas del matón, aunque sus autómatas continuaron impasibles mientras hablaba. El gigante musculado dio dos pasos más y se separó de sus escoltas robóticos.

—¡Abrid las puertas de inmediato! —bramó como un loco.

Emily notó cómo el grito acababa por desmoronar los restos de la dignidad del gobernador. Uno de los robots ladeó la cabeza y su pantalla mostró una expresión de súbita sorpresa. Otro de ellos, con varios triángulos muertos en su lado izquierdo, tomó una expresión amenazante, acrecentada por la incompletitud de la misma. Pero todos ellos, incluidos los que esperaban en los vehículos, alzaron sus ballestas hacia la pasarela de la muralla.

—Bajad las armas —ordenó poco después, relajando el tono—. No hemos venido aquí a pelear… todavía.

Los autómatas obedecieron al instante, como una única máquina bien engrasada. Las armas descendieron y sus expresiones se tornaron en una disparidad de muecas neutrales. Emily sintió un escalofrío. Aquellas máquinas, aunque estaban rotas y remendadas, eran frías y disciplinadas. No dudarían ni una décima de segundo en obedecer los designios de ese loco. Nunca antes se habían enfrentado a una amenaza como esa.

—Lo que pasa aquí es muy sencillo de entender —continuó Varken—. No me importa quiénes sois ni lo que queréis, pero si pretendéis cruzar este páramo helado necesitaréis contar con mi protección, como todas las ratas que viven en este estercolero.

Emily dio un paso al frente.

—No necesitamos la protección de nadie —respondió con voz firme desde las alturas—. Tampoco pertenecemos a este lugar, pero no vamos a doblegarnos ante nada ni nadie. Solo estamos de paso, pero no permitiremos que un matón de medio pelo como tú siembre el terror entre los ciudadanos libres de esta ciudad. Te recomiendo que vuelvas por donde has venido y que te lleves a tu grupo de imitadores contigo.

Las venas del cuello de Varken se tensaron como cables de acero ante el desafío que acababa de lanzarle.

—Vigila tu lengua, mujer, o Varken tendrá que hacerte callar a golpes —dijo con un brillo de odio en su mirada—. Puede que las mujeres tengan un papel importante allá de donde venís, pero aquí no sois más que animales con los que satisfacer nuestros impulsos.

Un súbito fuego comenzó a crecer en el pecho de Emily, indignada por la respuesta del caudillo. Robert tuvo que colocar la mano en su hombro para que no cometiera una estupidez. La situación ya era lo suficientemente tensa como para echar más leña al fuego.

—No queremos causar problemas —intervino Robert—. Solo buscamos repuestos para poder seguir con nuestro camino.

—¡Vaya! —Varken lo miró sorprendido—. Parece que hay un hombre entre los visitantes. Y con algo de sentido común, además.

Te sugiero que ates en corto a esa maldita mujer antes de que mi paciencia se agote del todo. Abrid la puerta ahora mismo, antes de que ordene a mis tropas que abran fuego.

De inmediato, los autómatas volvieron a cambiar su expresión y les apuntaron con sus armas. La situación volvió a tensarse. Emily notó cómo su corazón latía con fuerza. Se sentía humillada, y la reacción de Robert socavando su autoridad no había hecho más que acrecentar esa sensación de menosprecio, como si el mero hecho de ser mujer la convirtiera en una peor negociadora.

—No conviene que perdamos la calma —dijo Robert de inmediato —. Estoy seguro que podemos entendernos antes de llegar a un punto en el que todos nos arrepintamos.

Varken observó un pequeño punto de luz roja que se desplazó por la ceniza hasta sus pies y subió por su cuerpo hasta situarse sobre su cabeza. El líder de los asaltantes sonrió mostrando sus dientes negros y descuidados, consciente de que alguien lo tenía encañonado. Robert ni siquiera había tenido que dar la orden a Ferrara para que se escondiera entre las rendijas de la muralla y encontrara una línea de tiro directa hacia él.

—Como verás, todos tenemos mucho que perder —dijo Robert con una tranquilidad pasmosa.

Aunque su enfado no había disminuido demasiado, Emily no pudo evitar sentir una profunda satisfacción al ver que esa mole de músculo con poco cerebro se encontraba entre la espada y la pared. Puede que ordenara un ataque que acabara con todos ellos, pero él sería el primero en caer.

—¿Creéis de verdad que vuestras amenazas pueden amedrentar al gran Varken, caudillo de Enok y guardián supremo de los sabuesos de Elnor? —Su carcajada resonó con fuerza mientras levantaba los brazos y giraba en redondo, con el puntero láser de su cabeza fijo en su sesera—. Puede que acabéis conmigo —dijo después de detenerse de nuevo—. Pero os garantizo que todos esos sucios desagradecidos que habitan en esa cloaca a la que llamáis ciudad sufrirán la peor de las muertes a manos de mis fieles

súbditos. No quedará ningún anciano ni ningún niño con vida. Y a esa maldita ramera de Vireen, os garantizo que todo lo que disfrutó conmigo en el pasado será un paseo por el campo comparado con lo que mis sabuesos le harán esta vez.

Kaelith ahogó un grito cuando el líder de los asaltantes mencionó a su mujer. Emily apretó los dientes y los puños, dispuesta a comenzar una reyerta que no estaban seguros de poder ganar.

—¡Eres un monstruo! —exclamó, zafándose del intento de Robert por mantenerla en calma.

—¡Soy Varken! —gritó, tensando sus brazos y poniendo a prueba las juntas de su armadura.

Todos los soldados, humanos y autómatas, se pusieron en guardia de repente. Los artilleros de las torretas se agacharon para apuntar sus virotes. Los soldados que lo acompañaban en los vehículos se parapetaron detrás de lo que pudieron y apuntaron sus armas hacia la pasarela. Los gritos de frustración de Varken se escucharon en toda la ciudad. La tensión era insoportable y ya no parecía haber marcha atrás. La confrontación estaba a punto de estallar cuando Robert dio una orden a través de la radio.

De repente, el poderoso rugido de unos motores se alzó por encima de cualquier otro sonido. En apenas unos segundos, una imponente nave descendió de las alturas y maniobró hasta colocarse mirando a los asaltantes a escasos metros de sus cabezas. La Phoenix, que no disponía del cañón de riel de sus predecesoras, tenía dos grupos de lanzacohetes bajo sus estilizadas alas que Balakova no dudó un instante en mostrar a los atacantes.

La aparición de la nave provocó un cambio en la balanza de la confrontación, que pasó de estar claramente a favor de los atacantes a igualarse. Aunque las torretas de los vehículos apuntaron a la Phoenix, la determinación de los soldados humanos que acompañaban a Varken ya no era la misma que habían mostrado desde que aparecieran. Tras un par de minutos, en los que el caudillo de Enok pareció sopesar sus opciones contra la enorme nave de los extranjeros, su expresión se suavizó un poco.

—¡Está bien! —dijo alzando la voz por encima de los motores electromagnéticos de la Phoenix—. ¡Veo que tenéis recursos!

Balakova disminuyó la potencia de los estabilizadores hasta reducir el rugido a un leve ronroneo.

—Y como ya había dicho, Varken no ha venido hasta aquí para pelear con unos insignificantes extranjeros —añadió con media sonrisa de admiración—. Y a ti, maldita rata traicionera —añadió, volviéndose hacia Kaelith—, te recomiendo que elijas bien tus aliados. Tarde o temprano los extranjeros se irán, pero Varken seguirá aquí, y no será tan magnánimo como lo ha sido hasta ahora. ¡Nos marchamos!

El caudillo se dio la vuelta y aceleró el paso hasta su vehículo. El resto de sus esbirros hicieron lo mismo sin dejar de apuntar a la pasarela en ningún momento. Por último, los autómatas regresaron a los transportes para alejarse poco después entre una nube de polvo y ceniza.

Emily observó la reacción del gobernador, hundido tras las últimas amenazas de Varken. La situación en la que quedaba la ciudad no parecía muy esperanzadora, pero tendrían que hablar largo y tendido con él para conocer de primera mano las relaciones que vinculaban a aquel lugar con ese grupo de matones con demasiada testosterona. Además, la presencia de robots militares allí no era una buena señal. Necesitaban conocer la historia de los supervivientes. Después miró a Robert y recordó su enfado. Sentía que su intervención había menospreciado su autoridad y que ambos la habían apartado de las negociaciones por el mero hecho de ser mujer.

24
Divididos

9 de abril de 3369

Enok Nova, la Tierra

Tras la inesperada visita, Emily y los demás regresaron al centro de la ciudad. El gobernador caminaba junto a ellos, preocupado y con la mirada perdida. Su mente solo podía pensar en los problemas que le acarrearía haber negado la entrada de los hombres de Varken a la ciudad. Emily se compadeció de él, y el enfrentamiento le recordó los motivos por los que era importante no interferir en la vida de los demás en las misiones de viaje temporal. Era muy probable que, casi sin quererlo, acabaran de cambiar el destino de una de las últimas ciudades humanas sobre la faz de la Tierra.

En cuanto llegaron al edificio donde Emily se había reunido con el gobernador, Kaelith desapareció sin mediar palabra y los dejó a cargo de Drenor, el jefe de la guardia. El semblante del militar era serio, pero no parecía tan desesperado como el del líder de la ciudad. Les pidió a todos que lo acompañaran a una zona aledaña. Aunque no quisieron preguntar cuál era su estatus actual, la confrontación con Varken los había situado en algún punto entre ser los invitados del gobernador y estar presos por la guardia de la ciudad. Aunque lo hacían a una distancia prudencial, muchos de los guardias que se habían preparado para el enfrentamiento con los merodeadores los seguían sin perder detalle de lo que hacían.

Sin embargo, y a pesar de la aparente calma de Drenor, había algo que parecía preocuparlo.

—La nave —dijo tras unos instantes en los que miraba en todas direcciones para tenerla localizada—. Quiero que aterrice.

—Necesitaremos un lugar donde posarla —respondió Robert—. A ser posible, en el interior de la ciudad.

—Hay un espacio al este —explicó él—. Tenemos prevista una ampliación del barrio del cobre, pero por el momento creo que podrá servir.

Robert habló por radio con Balakova y Huang y estos aterrizaron la Phoenix en el lugar que les indicaron. Después, los dos pilotos fueron conducidos hasta donde se encontraban el resto de sus compañeros. Drenor les indicó que aguardaran dentro de un edificio vacío y a medio construir que solo tenía una mínima parte cubierta por un sencillo y destartalado techo.

—¿Somos prisioneros? —le preguntó Robert antes de que se marchara de vuelta al edificio del gobernador.

—No lo sé —respondió él con total sinceridad—. Lo que ha ocurrido hace un rato es un claro contratiempo para todos. Kaelith es un hombre inteligente, pero no es un soldado. Tiene que meditar cuál es la mejor solución para nuestra gente. Por el momento, os ruego que esperéis aquí.

Robert no lo retuvo y aceptó la explicación sin hacer preguntas, consciente de que la situación requería de algo de perspectiva. Cuando se volvió hacia los demás, notó la incomodidad por sentirse de nuevo cautivos.

—Y ahora ¿qué se supone que debemos hacer? —preguntó James.

—Esperar a que decidan si somos presos o no —murmuró Chad, que ya se había sentado en el suelo—. Por lo menos, seguimos llevando los exotrajes.

—¿Por qué no dejamos que esta gente solucione sus propios problemas? —preguntó el antiguo *influencer*—. No creo que nos cueste demasiado abrirnos paso hasta la nave y, al fin y al cabo, ni siquiera deberíamos estar aquí.

—Creo que ha sido nuestra presencia la que ha provocado esta situación —respondió Paula.

—Sea lo que sea lo que ha llevado a esos matones a tratar de dominar esta ciudad, parece que viene de largo. —James se encogió de hombros.

—Pero eso no es motivo para abandonar a toda esta gente a su suerte —respondió ella—. Tenemos que ayudarles.

Paula miró a Emily, que parecía estar sumida en sus pensamientos, ajena a la conversación. Después buscó la aprobación de Robert, que levantó los brazos pidiendo calma.

—Tenemos que mantener la cabeza fría —dijo él—. Por el momento no contamos con demasiada información. No sabemos cuáles son los motivos por los que ambas facciones están enfrentadas. Ni siquiera sabemos cómo han logrado sobrevivir durante tanto tiempo en un lugar tan inhóspito después de un cataclismo. Tenemos que esperar a conocer su historia y después averiguar por qué ese bastardo de Varken tiene a su servicio un pequeño ejército de autómatas.

—¿De dónde habrán sacado toda esa tecnología? —preguntó Chad—. No parece acorde con lo que hemos visto en la ciudad.

—No tengo ni la menor idea —reconoció Robert, que miró a Emily por el rabillo del ojo, esperando que interviniera en la conversación —. Pero algo me dice que tiene que ver con el motivo por el que hay humanos sobre la faz de la Tierra.

Un par de horas más tarde, cuando ya la noche se había cerrado por completo, Drenor regresó junto con una pequeña escolta de guardias. Irrumpió en el edificio abandonado y los encontró desperdigados y aburridos. Nadie parecía estar de humor para conversar.

—Vosotros dos —dijo, señalando a Emily y a Robert—. El gobernador Kaelith quiere hablar con vosotros.

Robert dio un par de pasos hacia la salida del edificio y el jefe de la guardia lo detuvo con un gesto firme.

—Nada de armaduras.

Robert suspiró, pero no discutió. Estaban en su derecho de establecer unas condiciones que garantizaran la seguridad de sus ciudadanos y dirigentes. Al fin y al cabo, ellos eran solo unos extranjeros que estaban de paso. Extendió los brazos y las manos y el exotraje se abrió por completo, liberándolo.

Emily se levantó de la esquina en la que estaba y se deshizo también del suyo. No había intercambiado palabra con nadie desde que los habían recluido en ese lugar. Apenas había preguntado a Adeon si había noticias del resto del equipo desde el crucero. Robert sabía que estaba molesta por algo, y sospechaba que tenía que ver con su intervención en la discusión con Varken, pero él solo había intentado que la conversación no escalara y se saliera de madre. El intercambio de palabras entre Emily y el caudillo había comenzado a subir de tono hasta un punto del que iba a ser complicado regresar. Por suerte, la estratagema de amenazarlos con la presencia de la Phoenix había funcionado, ya que no quería comprobar cómo de duros en combate eran los autómatas de Varken.

Drenor no les dijo nada durante el trayecto, pero Robert trató de sonsacar algo de información sobre la situación política y militar de la ciudad.

—Tiene que ser complicado defender todo este perímetro de gente como Varken —dijo.

Drenor lo observó con curiosidad, pero no parecía muy dispuesto a hablar.

—Sí que lo es —respondió lacónico.

—¿Quién es él? —preguntó justo después—. ¿Y por qué todo el mundo tiembla y se esconde cuando oyen hablar de él?

—Me temo que voy a tener que aclarar algunas cosas. —Drenor se detuvo y agarró a Robert por el brazo para poder hablar cara a cara—. No me gustáis. Aconsejé fervientemente al gobernador que no os permitiera la entrada en la ciudad. Si estáis aquí es solo porque es un líder respetado y yo acato las órdenes, como corresponde a alguien de mi posición. Así que ahórrate esta especie de conversación entre colegas con la intención de sacarme

información. No somos amigos y no me fio de ninguno de vosotros —dijo, señalándolos a ambos con el dedo índice—. Si de mí dependiera, os colgaría de una pica si con eso lográramos aplacar el agravio que hemos causado en Varken por vuestra culpa.

Robert aguantó estoicamente los reproches del jefe de la guardia y lo siguió en silencio por las calles de la ciudad. La noche ya había caído y los habitantes de Enok Nova se resguardaban en sus casas con una gran incertidumbre tras haber escuchado el sonido de las alarmas por segunda vez en un mismo día. Y aunque la cosa no había tenido mayores consecuencias, estaba seguro de que lo ocurrido en la entrada principal se había esparcido como la pólvora entre los asustados ciudadanos. Cuando llegaron al edificio del gobernador, Drenor les hizo un gesto seco con la cabeza para indicarles que entraran en él.

Llegaron a la estancia principal del edificio, donde Kaelith ya había mantenido una conversación con Emily. Sin embargo, no había nadie ni escucharon nada en las estancias aledañas. Emily ocupó la única silla que había al otro lado de la mesa, dejando a Robert sin posibilidad de sentarse. Él observó su desaire con algo de culpabilidad. Fuera lo que fuera lo que le había sentado mal, supo que él era el responsable.

—¿Se puede saber qué te ocurre? —preguntó.

—Nada —respondió lacónica sin levantar la mirada.

—¿Es por algo que he dicho?

No hubo respuesta, por lo que Robert confirmó sus sospechas.

—¿Es porque he intervenido en tu discusión con ese loco?

Ella lo miró de repente; sus ojos destilaban el enfado que la consumía.

—¿Intervenido? —preguntó retóricamente—. Me has apartado de la conversación, más bien.

—Yo…

—En cuanto la testosterona sale a pasear, está claro que las mujeres sobramos.

—No lo he hecho por ese motivo.

—Es lo que ha parecido.

—Pero no es la realidad…

—Este no es el mejor momento y lugar para tener esta discusión —interrumpió ella—. Será mejor que lo hablemos en otro momento.

Robert agachó la cabeza, dolido, pero no trató de discutir más. Poco después apareció Kaelith, cuyo semblante no era mucho más alegre. Robert comprobó que lo acompañaba una mujer con gesto serio y una prominente barriga. Al ver a Robert de pie, el gobernador llamó a uno de los guardias y le pidió que trajeran una silla para su invitado.

—Creo que no hemos empezado con buen pie —se limitó a decir mientras tomaban asiento—. Los acontecimientos nos han llevado a tomar un posicionamiento que ninguno de nosotros deseaba. Y por desgracia, creo que no tengo más opción que confiar en vosotros.

Robert observó cómo la mujer hacía un gesto de negación con la cabeza, como si no estuviera de acuerdo con la decisión que el gobernador había tomado. «Seguro que también opina que la mejor opción es entregarnos a Varken y esperar a que él pase por alto la disputa», pensó Robert. «Seguro que a cambio de mantener el *statu quo* intentarían sobornarle con un vehículo espacial y un buen número de exotrajes y armas de fuego».

—Confieso que mis consejeros no son de la misma opinión, pero creo que no es casualidad que miembros del proyecto Orfeo aparezcan justo en el momento en el que nuestra situación es tan acuciante —añadió justo después—. Me he negado a adoptar ningún tipo de acción en contra vuestra, pero me temo que eso puede que nos haya condenado a muchos de nosotros a una muerte segura. Estoy convencido de que Varken no volverá mientras estéis aquí, pero en cuanto sus espías le informen de que os habéis marchado, arrasará con la ciudad entera y esclavizará a aquellos que le resulten incómodos o subversivos.

»Se que necesitáis ayuda, y tal vez nosotros podamos dárosla, pero para poder establecer un vínculo de confianza con alguien que

solo está de paso, necesito algún tipo de garantía de que podéis ayudarnos a acabar con él.

Robert vio que la desesperación había anidado en su mirada, pero un brillo de esperanza comenzaba a surgir gracias a la idea que acababa de plantear. Kaelith les ayudaría a encontrar el renio que necesitaban y, a cambio, ellos tendrían que acabar con la amenaza que suponía la existencia de Varken. Tendrían que volver a arriesgar sus vidas. No parecía un trato demasiado justo. Robert aguardó a que Emily tomara la iniciativa en la negociación. Pudo ver cómo una sombra de duda se extendía por la cara del gobernador a medida que el silencio se prolongaba. Estaba a punto de abrir la boca para responder cuando Emily tomó la palabra.

—Nada nos gustaría más que acabar con ese malnacido —dijo—. Pero no debemos interferir en nada de lo que ocurra en este lugar. Ya hemos provocado demasiadas calamidades, y me temo que las consecuencias de una intervención mayor podrían resultar catastróficas para todos. Lo siento mucho, de verás, pero no podemos ayudaros a ganar esta batalla.

Robert contempló cómo el cielo se derrumbaba sobre el gobernador. El brillo de esperanza desapareció por completo de sus ojos y fue sustituido por el rictus serio que ya se había adueñado del resto de su cara. El suspiro que soltó de forma inconsciente le llegó al alma y no pudo más que sentir una profunda empatía por ese hombre. Se removió incómodo en su asiento al ser consciente de que acababan de sellar su sentencia de muerte.

—Creo que deberíamos debatir esto —le susurró a Emily.

Ella lo miró con gesto serio. Su cara parecía acusarlo de desafiar su autoridad una vez más, pero tenía que intentarlo de todas maneras. Entendía los motivos que Emily esgrimía para no intervenir, pero la realidad era que ya habían modificado el frágil equilibrio que reinaba en ese lugar. En cuanto se marcharan de allí, Varken tomaría represalias contra la ciudad y decenas morirían sin posibilidad de defensa. Ya habían interferido en los acontecimientos, tal vez lo más justo fuera hacerlo en el bando correcto.

—Lo hablaremos en privado —dijo ella, con tono cortante.

Robert asintió mientras el gobernador observaba la creciente tensión que había entre ambos, como si supiera que no era necesario influir en esa grieta que se había abierto entre ellos. Un ligero brillo de esperanza regresó a su mirada.

—Comprendo que sea una decisión complicada de tomar —se limitó a decir—. Pero si vais a negaros a luchar, ¿podría al menos pediros que nos dejéis algo con lo que defendernos? Armas como las que lleváis con vosotros, o tal vez algo de tecnología.

Emily respiró hondo. Su orgullo parecía no permitirle aflojar su posición, pero Robert estaba seguro de que su conciencia y empatía le hacían dudar. Fue consciente de que el cansancio estaba haciendo mella en todos ellos. Llevaban demasiadas horas despiertos.

—No podemos garantizar nada —dijo ella tras unos instantes—. Todo dependerá de que consigamos encontrar nuestros repuestos. Es todo lo que puedo decir por ahora.

Kaelith asintió con timidez. No era lo que esperaba.

—¿Somos vuestros prisioneros? —preguntó después, consciente de la importancia de la respuesta.

La pregunta pareció coger desprevenido a Kaelith, que se removió incómodo en la silla.

—Nosotros también debemos hablarlo en privado —se apresuró a decir la mujer, que no había dicho nada hasta ese momento. Emily la miró con suspicacia. El gesto serio y decidido dejaba entrever que era ella la que tomaba muchas de las decisiones—. Por el momento, os agradeceríamos enormemente que no abandonarais el edificio que se os ha asignado.

Emily aguantó la mirada desafiante que le lanzó, y tras asentir, se levantó de la silla y abandonó la estancia. No dijeron nada mientras Drenor y sus soldados los escoltaban de vuelta al edificio donde se encontraban los demás. La tensión entre ambos continuaba a flor de piel. La temperatura del exterior había disminuido notablemente, y el ruido de los generadores de la ciudad lo había hecho con ella. Al

parecer, se apagaban en su mayoría durante la noche. Robert supuso que sería para ahorrar combustible.

—¿Quieres decirme por qué te ha dado por llevarme la contraria en todas las decisiones que tomo? —preguntó Emily en cuanto los hombres de Drenor los dejaron en el interior del edificio.

La pregunta sorprendió a Robert por su vehemencia, pero también por haberla realizado delante de todos los demás, que, tras aguardar con paciencia su regreso, ahora observaban atónitos la discusión de ambos.

—Yo solo he intentado dar mi opinión, como siempre he hecho —se excusó Robert, visiblemente incómodo.

—¿Sabes lo que significa que uno de nosotros contradiga una decisión delante de civiles? —preguntó ella—. Nos hace parecer más débiles.

—No te he contradicho delante de ellos —replicó él—. Solo te he pedido hablarlo en privado, con los demás. Pero te lo has tomado de nuevo como un ataque personal a tu autoridad.

—Porque hiciste lo mismo delante de ese matón misógino y desalmado.

—¡Solo cumplía con mi deber de evitar un conflicto! —se defendió—. Pero parece que ni siquiera puedo intervenir antes de que todo estalle por los aires. La próxima vez, dispararé antes de intervenir.

—Ahórrate la condescendencia —recriminó Emily.

Taro se acercó a ambos, tratando de mediar en la discusión.

—¡Creo que ya es suficiente! —alzó la voz—. No sé qué demonios os ha pasado ahí dentro, pero nuestra situación no es la más idónea para que nos enfrentemos entre nosotros. Debemos tener claro nuestro propósito, que no es otro que conseguir ese mineral para poder salir de aquí cuanto antes.

—Creo que no todos tienen el propósito igual de claro —interrumpió Emily, en clara alusión a Robert.

—Te pido por favor que evites ese tipo de comentarios infantiles. —Taro la miró con tal seriedad que Emily se arrepintió de inmediato de haberse dejado llevar por la rabia—. Nos jugamos mucho en esta misión y no podemos dejarnos llevar por nuestros egos e inseguridades personales.

Ambos guardaron silencio.

—Y ahora, si sois tan amables —continuó—, a todos nos gustaría que alguno de vosotros nos explicara la situación en la que nos encontramos ahora mismo, absteniéndose de hacer comentarios y valoraciones subjetivas.

Ninguno de los dos pareció querer tomar la iniciativa, aunque acabó siendo ella la que lanzó un largo suspiro de resignación y tomó la palabra.

—Al parecer, algunos de los consejeros del gobernador querían entregarnos a Varken para intentar aplacar su ira —explicó—. Él nos ha ofrecido la posibilidad de ayudarnos a encontrar lo que necesitemos a cambio de algún tipo de garantía que les permita a ellos luchar contra las hordas del caudillo.

—¿Somos libres de marcharnos? —preguntó Chad.

—Dicen que lo están estudiando, lo que se traduce en que por el momento no lo somos —aclaró ella.

Taro se mesó la barba, tratando de asimilar la situación. Estaba claro que habían planteado diferentes opciones mientras ellos dos estaban reunidos con el gobernador.

—De acuerdo —dijo tras meditarlo—. Entiendo que vuestro desencuentro ha venido por la respuesta que les habéis dado.

Emily asintió, todavía dolida.

—Yo me he negado, ya que no debemos intervenir en la política local.

Taro miró a Robert al ver que Emily no quería continuar hablando.

—Yo solo he dicho que una decisión así debería ser tomada por consenso —dijo un rato después—. Es cierto que no debemos

intervenir en un conflicto que nada tiene que ver con nuestra misión, pero creo que ya solo por el hecho de estar aquí y haber llamado la atención de ese caudillo, ya hemos modificado los acontecimientos. Si ahora desaparecemos, es muy probable que muera mucha gente inocente. Solo digo que no es una decisión que pueda tomarse a la ligera.

Emily lo miró con dureza y Robert se arrepintió de dar a entender que su decisión era precipitada. Parecía un ataque directo a su buen juicio. Ella se sentó airada y se apoyó en uno de los pilares metálicos del edificio.

—Creo que será mejor que dejemos que los ánimos se templen y continuemos mañana por la mañana —convino Taro—. Pero os ruego que arregléis vuestras diferencias por el bien del grupo y de la misión. No podemos permitirnos el lujo de enfrentarnos entre nosotros. Os recomiendo que hagáis el esfuerzo de poneros en la piel del otro.

25
Callejón sin salida

10 de abril de 3369

Enok Nova, la Tierra

La noche fue gélida, igual que la relación entre Robert y Emily. Ella había intentado descansar separada del grupo, inmersa en sus cavilaciones, pero no lo había conseguido. La temperatura fue agradable al principio, pero en cuanto las calderas dejaron de funcionar, las temperaturas se desplomaron. Entre el frío, que caló sus huesos a pesar del aislamiento del mono del exotraje, y la extraña sensación que la embargaba desde la discusión del día anterior, apenas pudo pegar ojo.

Durante la primera mitad de su vigilia se había enrocado en sus ideas. Pensó que había actuado como se esperaba de ella, con decisión, como la directora del proyecto. Los comentarios y la actitud de Robert le habían sentado francamente mal. Se había sentido atacada y ninguneada, como si su juicio no fuera lo que en tantas ocasiones les había sacado de multitud de problemas y encrucijadas.

Pero algunas horas después, el cansancio comenzó a hacer mella en la gruesa coraza con la que intentaba protegerse del exterior. Recordó las palabras de Taro, pidiéndoles a ambos que se pusieran en la piel del otro. Tenía razón en una cosa, y es que no podían permitirse el lujo de enfrentarse entre ellos. Después pensó en si su reacción no habría estado provocada por la aparición de la soldado Renaud. Ver a Robert tan cómodo con ella podía haberla puesto a la defensiva. Las dudas comenzaron a aflorar entre el resquebrajado cemento que recubría su ego. ¿Y si Robert solo pretendía evitar que tomara una decisión precipitada? «¿Estoy actuando de esta manera solo por despecho?», se preguntó entre sueños ligeros y pequeñas cabezadas.

Los primeros y tenues rayos de luz atravesaron la mitad del edificio que no disponía de techo, iluminando poco a poco la estancia en la que los demás dormitaban. Podía escuchar los sonoros ronquidos de algunos de sus compañeros. Incluso le pareció oír la réplica de alguien, tratando de que cambiara de postura para detenerlos. Pero ella siguió dándole vueltas a sus propios problemas. Decidió que se había precipitado al tomar una decisión tan importante sin antes consultar las opiniones de los demás. La visita del caudillo y sus palabras despectivas la habían hecho ponerse a la defensiva. Se había sentido traicionada por la persona que más quería. Su reacción había sido contraria a la lógica. Tenía que pedirle disculpas, a él y a todos los demás.

Cuando la luz fue suficiente como para dar el día por comenzado, Emily ya tenía los ojos totalmente abiertos. A pesar del frío y de la falta de descanso, se sentía renovada. Esperó con paciencia a que todos se despertaran.

—Me gustaría pediros disculpas —les dijo después de llamar su atención—. Me he comportado de una manera impropia de alguien de mi posición. He sido una idiota y no he actuado bien.

Emily miró a Robert, que agachó la cabeza de inmediato.

—Pero, sobre todo, quiero pedirle perdón a Robert —añadió sin apartar la mirada—. Me he portado como una niña pequeña. Mis decisiones han sido fruto del enfado y la ira que ese malnacido de Varken trató de provocar en mí —añadió, sin mencionar otros motivos—. Robert no solo ha conseguido que mi torpeza no acabara provocando un enfrentamiento armado, sino que ha tratado de que nuestra decisión fuera consensuada por todos nosotros. Lo lamento profundamente, os garantizo que no volverá a ocurrir.

Robert sonrió con timidez.

—Yo quiero también disculparme contigo —dijo—. Puede que mis intervenciones, aunque estaban hechas con la mejor de las intenciones, no hayan sido muy afortunadas. Te pido perdón si algo de lo que he dicho o hecho te ha molestado.

Emily asintió, aliviada por haber sido capaz de reconducir la situación que la había martilleado la cabeza durante la noche.

—Gracias a ambos por compartir con nosotros este ejercicio de madurez —intervino Taro—. Y ahora, si me permitís, no creo que tengamos demasiado tiempo para tomar una decisión al respecto del ofrecimiento que nos ha hecho el gobernador de la ciudad.

—Tenemos que decidir si intervenimos activamente en el devenir de esta civilización —dijo ella.

—¿Qué información tenemos sobre ambas facciones? —preguntó James.

—No demasiada —reconoció—. Solo lo que hemos podido extraer del enfrenamiento dialéctico de ayer.

—Ese tal Varken parece que es el verdadero amo y señor de este lugar —murmuró Evelyn—. No había más que ver las caras de terror que tenían los soldados de la ciudad mientras él y sus hombres estaban en el exterior.

—Pero, a riesgo de parecer querer llevar la contraria, tal vez necesitemos saber más sobre cómo esta gente ha acabado así —dijo James—. A veces las apariencias engañan, y no me gustaría que apoyáramos a uno de los dos bandos y después nos diéramos cuenta de que era el equivocado.

—Sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo con James —coincidió Paula—. Necesitamos saber qué es lo que ha originado el conflicto entre ambos.

Taro miró a Emily.

—¿Crees que estarán dispuestos a atendernos a pesar de todo? —preguntó.

—Sí, creo que sí.

—En ese caso, supongo que podemos confiar en que vuestro buen juicio se imponga una vez que dispongamos de toda la información posible —añadió el geólogo.

Sin que nadie añadiera una palabra más, Emily se dirigió a la salida del edificio y saludó a uno de los dos soldados, que no se

habían movido en toda la noche de la puerta de acceso. Aunque supuso que habría muchos más en los alrededores, no los vio a simple vista.

—Nos gustaría volver a hablar con el gobernador —le dijo—. Estamos dispuestos a considerar su oferta, pero queremos mantener una conversación con él para aclarar ciertos aspectos.

El soldado, que también parecía demasiado joven para levantar un arma, asintió e intercambió una mirada con su compañero. De inmediato abandonó su puesto de guardia para dirigirse al edificio del gobernador y trasladar su mensaje. Regresó al cabo de unos minutos junto con Drenor, el jefe de la guardia de la ciudad.

—El soldado dice que habéis cambiado de parecer —dijo él con tosquedad—. Pero me temo que la oferta del gobernador ha expirado esta misma noche. Tengo órdenes de manteneros en este recinto mientras deciden qué hacer con vosotros.

Emily lo miró desconcertada. ¿Habían llegado tarde? Solo habían pasado unas pocas horas desde la conversación con el gobernador, pero algo parecía haberlo hecho cambiar de opinión. Tal vez esos consejeros que mencionó habían presionado para entregarlos a Varken, junto a su armamento y la Phoenix. Quizá pudieran sobrevivir al principio, pero Emily conocía bien a las personas como Varken, les gustaba regodearse de su poder machacando a los inocentes para creerse superior al resto. Entregarles un arsenal de armas mucho más avanzadas que las suyas no parecía una buena estrategia en el largo plazo, estaba segura de que acabaría volviéndose en su contra.

—No puedes estar hablando en serio —le dijo—. No tenemos nada que ver con esta lucha, no pueden estar pensando en entregarnos a Varken.

—Yo, por suerte, solo tengo que cumplir órdenes —respondió Drenor con expresión fría—. Y eso me obliga a asegurarme de que ninguno de vosotros salga de aquí. Así que, antes de que intentéis hacer alguna estupidez, tenéis que saber que hay muchos más guardias por los alrededores. Nuestras ballestas tienen más potencia

de lo que puede parecer a simple vista, os aconsejo no tentar a la suerte.

De inmediato, la obligó a regresar con los demás. Consternada, les contó lo que acababa de ocurrir y cómo la situación de todos ellos había cambiado de la noche a la mañana. Estaban cautivos y muy probablemente acabarían siendo entregados al caudillo que atemorizaba a los ciudadanos supervivientes.

—Creo que nos hemos metido en un buen lío —aseguró Alberto —. Si tratamos de escapar, aunque sea con los exotrajes, puede que nos veamos obligados a acabar con soldados inocentes que solo cumplen las órdenes de su gobernador.

—Y si nos quedamos aquí, seremos nosotros los que acabaremos muertos —respondió James.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Evelyn, señalando los exotrajes—. Si los usamos, puede que sus ballestas no nos afecten.

—Puede, pero los cañones que hay alrededor de la muralla no disparan virotes pequeños —descartó Robert—. Es demasiado arriesgado.

—Podemos hablar con Adeon y que sobrevuele la zona —sugirió Balakova.

—¿Y no puede acabar con las defensas de la ciudad? —preguntó James.

—Las inteligencias autónomas no pueden tomar el control de las armas de un vehículo —rechazó la piloto—. Cualquier cosa más allá de asistencias al apuntado y guiado de los misiles violaría los tratados de Washington.

—¿No podemos hacer eso desde los exotrajes? —insistió.

—Supondría un problema de seguridad. —Balakova negó con la cabeza.

—¿Y si pedimos ayuda al crucero? —sugirió Alberto—. El motivo por el que no están aquí era para evitar que las autoridades de la Tierra detectaran una nave alienígena en nuestro sistema solar.

Ahora que ya sabemos que no estamos en la época correcta, no tiene sentido que continúen allí.

—Podría funcionar —respondió Ferrara—. Podríamos amedrentarlos como hicimos con la Phoenix y ese malnacido.

—¿Y luego qué? —preguntó Miller—. Utilizamos el arma gravitatoria contra ellos si no atienden a razones.

—Nuestra misión es extremadamente importante. No solo están en juego nuestras vidas —recordó Ferrara—. Si no evitamos que los Khol se hagan con el núcleo de Eon, todo se irá a la mierda. Ellos incluidos —añadió mientras señalaba al exterior del edificio.

—¿Y ya está? ¿Nos convertimos en destructores de ciudades, como los Khol? —preguntó él.

—Son ellos los que nos mantienen cautivos y piensan entregarnos a ese caudillo —respondió ella—. No son hermanitas de la caridad. Además, podríamos demostrarles el poder destructor de la nave sin que nadie saliera herido, solo como advertencia.

Un murmullo se levantó dentro del edificio. Todos daban su opinión en pequeños corros. Emily contemplaba con interés las conversaciones, tratando de buscar una salida que los sacara del entuerto en el que se habían metido. No era lo que había esperado de la visita a la Tierra, pero las circunstancias los estaban empujando hacia un abismo del que no podrían escapar si no tomaban medidas drásticas. Cada conversación que escuchaba, cada opinión que sus compañeros daban, le hacía ver cada vez con más claridad que la única salida era la que sugería Ferrara. Con un poco de suerte, si posaban el crucero insectoide encima de la ciudad, el pánico invadiría a los ciudadanos y el gobernador no tendría otra opción que liberarlos. Si, por el contrario, no cambiaban de opinión a pesar de todo, tendrían que hacer una demostración de lo que la tecnología alienígena era capaz de hacer. «Esperemos no tener que llegar a esos extremos», pensó.

Estaba sumida en sus pensamientos, buceando entre las discusiones acaloradas de los demás, cuando escuchó otra disputa en la distancia. Venía del exterior, aunque todavía no era capaz de

entender lo que decían. Unos momentos después supo que los que discutían estaban justo a las puertas del edificio.

—…hecho lo que has podido —escuchó la voz del gobernador.

De inmediato su figura apareció en el interior del edificio. Las conversaciones de los miembros de la expedición se detuvieron en el acto y todos miraron al recién llegado con curiosidad.

—Acabo de enterarme de que habéis cambiado de opinión sobre el ofrecimiento que os hice ayer —dijo, algo alterado.

—Así era —respondió Emily—. Pero el jefe de la guardia nos ha asegurado que la oferta ya había expirado, así que me temo que tendremos que utilizar otros métodos para cumplir nuestros objetivos.

El gobernador abrió los ojos con estupor y algo de miedo.

—Lamento el malentendido, pero no creo que eso sea necesario —trató de disculparse y de calmar las aguas—. Nuestra situación no es sencilla y, por desgracia, algunos de mis consejeros no suelen confiar demasiado en mi buen juicio. Pero algo me dice que vuestra presencia aquí no es casual. Vamos, me gustaría enseñarte algo.

Emily miró a los demás para evaluar sus caras.

—Quiero que al menos dos de mis compañeros vengan conmigo.

Él la miró con el ceño fruncido, pero su expresión enseguida se volvió confiada.

—Claro —respondió—. Seguidme.

Robert, Taro y Emily siguieron al gobernador. Salieron al exterior, donde, además de los dos soldados inexpertos que custodiaban el edificio, había otro con mayor graduación, a juzgar por las condecoraciones artesanales que colgaban de su pechera. El soldado intentó disuadir al gobernador de lo que estaba a punto de hacer, pero este lo despachó con un enérgico ademán de su mano.

Caminaron un par de minutos hasta que se acercaron a esa especie de búnker que Emily había visto al llegar a la ciudad. Las imprimaciones de los números estaban llenas de huecos y

desconchones, pero gracias al tamaño del cero y el uno que coronaban la puerta de acero, todavía eran legibles.

—Vi este lugar ayer, ¿qué es? —preguntó ella.

—Aquí es donde reside el espíritu de El Sofista, el custodio de nuestro conocimiento —dijo él con cierta teatralidad.

Emily observó cómo los dos soldados que guardaban la entrada al búnker intercambiaron una mirada entre ellos, como si lo que estaba a punto de ocurrir fuera del todo excepcional. Sin embargo, no dijeron nada y Kaelith tampoco se dirigió a ellos. El gobernador se apartó las pieles que llevaba sobre los hombros y extrajo una antigua cadena de su pecho. Como colgante llevaba una llave electrónica de alta seguridad. Había visto muchas como esa cuando vivían en la Tierra. Eran llaves realizadas con aleaciones especiales de alta resistencia y talladas con láseres de precisión nanométrica. Supuso que encajaría en la cerradura que asomaba a la derecha de la enorme puerta de metal que les cerraba el paso. En el interior de la llave había una pila que duraba miles de años y que, cuando se intentaba utilizar, transmitía a la cerradura un código cuántico que se modificaba cada milisegundo y que era prácticamente imposible de falsificar. La cerradura, por otro lado, no era mecánica, sino que un sistema de láseres evaluaba la forma de la llave con una precisión inferior a diez nanómetros. Era evidente que esas instalaciones estaban allí desde mucho antes de que se fundara Enok Nova.

El gobernador miró a ambos lados, como si quisiera asegurarse que nadie lo veía a pesar de estar a plena luz del día, e introdujo la llave en la cerradura. Tras un ligero chasquido metálico, la giró hacia la derecha y las puertas comenzaron a descender hacia el suelo con un sonido chirriante. Emily comprobó que el grosor de las paredes de la cámara era tal que resultaría imposible que ninguno de los supervivientes lograra acceder al interior utilizando la fuerza. Tal vez no fuera suficiente para soportar una catástrofe de escala planetaria, pero sin duda estaba diseñado para guardar algo muy importante.

De repente escucharon gritos en la distancia. Venían desde el edificio donde les habían recibido el día anterior. Con súbita prisa, el

gobernador los invitó a entrar en el interior mientras retiraba la llave de la cerradura. Después hizo el gesto contrario desde otra cerradura que había dentro y las puertas comenzaron a cerrarse detrás de ellos. Antes de que lo hicieran del todo, Emily vio cómo Drenor se aproximaba a la carrera con algunos guardias y otros supervivientes desconocidos.

La puerta se cerró con el silbido típico de un sistema de presurización y se quedaron casi a oscuras. Tardaron unos segundos en acostumbrarse a la tenue iluminación del interior. Daba la impresión de que algunas de las lámparas que iluminaban ese lugar habían dejado de funcionar hacía ya tiempo. La estancia a la que accedieron era mucho más exigua de lo que parecía desde el exterior y solo tenía unas escaleras que descendían hacia las profundidades.

—Será un trayecto largo —dijo él con una tímida sonrisa—. Pero creo que merecerá la pena.

Taro y Robert cerraron la marcha mientras Kaelith comenzaba a descender con Emily a su lado.

—Mis antepasados se instalaron en este lugar hace muchos años —explicó el gobernador—. Se supone que debíamos protegerlo de los espectros, que ansiaban por hacerse con el control de lo que hay aquí dentro.

—¿Espectros? —preguntó Emily—. No es la primera vez que oigo hablar de ellos. ¿Quiénes son?

—No lo sabemos —respondió él con indiferencia—. Aunque muchos dicen haberse encontrado con uno, yo no los he visto nunca. Muchas veces he pensado que se trataba simplemente de una leyenda que fue magnificada o tergiversada por mis antepasados para evitar un levantamiento. La vida ahí fuera no es fácil.

Emily reprimió las ganas que tenía de interrogar al gobernador. Había tantas cosas por las que preguntar que ni siquiera sabría por dónde empezar. Supuso que lo más importante sería saber cómo consiguieron sobrevivir al cataclismo. Sin embargo, no quiso

interrumpir las explicaciones de Kaelith, que parecía dispuesto a contarles todo lo que sabía.

—Esta llave —dijo mientras se la volvía a colocar bajo las pieles —, ha ido pasando de generación en generación en mi familia. Ya desde pequeño, al igual que mi abuelo hizo con él, mi padre me enseñó este lugar, al que solo los gobernadores pueden acceder. En sus profundidades reside el espíritu de un antiguo saber, muy anterior a Enok y Enok Nova.

—Enok, ¿esa es la ciudad donde gobierna Varken?

—Si —asintió él—. Se supone que nuestra ciudad fue creada por los antiguos habitantes de Enok. Mi familia se instaló en el lugar que nos fue indicado para evitar que los espectros se hicieran con él. Según me contó mi padre, estaba relacionado con una poderosa tecnología que provocaría la desaparición de la humanidad. Aunque yo nunca he hecho caso de muchas de esas leyendas. Sobre todo, teniendo en cuenta que El Sofista asegura no saber nada sobre eso.

Emily ya había perdido la cuenta de los tramos de escaleras que habían descendido y no había ningún tipo de indicador o señal, más allá de algunas pinturas tribales realizadas por los antepasados de Kaelith, pero estaba segura de que habían bajado al menos diez plantas. En algunas de ellas la luz era más intensa y en otras más tenue; el paso de los años no había afectado a todas por igual. El deteriorado hormigón se convirtió en el único paisaje que contemplaron en su descenso a las profundidades.

—¿Sabes cuándo se trasladaron aquí tus antepasados?

—Hace muchos años de eso ya, muchas generaciones atrás —dijo el gobernador—. Y, por desgracia, hemos perdido gran parte del conocimiento que teníamos en Enok.

—¿Por qué?

—Por las disputas y la guerra entre clanes, por supuesto —respondió como si fuera evidente—. Varken no es el primer caudillo que tiene Enok. Antiguamente, las relaciones entre ambas ciudades eran muy cordiales. Mi padre solía decirme que cuando nuestra familia abandonó Enok, ambos clanes eran uno solo. Mi familia era

muy respetada y ya gobernaba por aquel entonces. Enok Nova, de hecho, se construyó con la ayuda de Enok.

—¿Y qué ocurrió para que alguien como Varken acabara mandando allí?

—Lo que ocurre siempre en estos casos. —Se encogió de hombros—. Las ansias de poder de unos pocos dinamitaron la convivencia. Mis antepasados nombraron a un administrador que se quedó en Enok. Durante un tiempo todo pareció fluir con normalidad, el comercio entre ambas ciudades era constante y las dos prosperaron en relativa armonía. Pero, como suele pasar, siempre hay alguien que desea más. Hubo un alzamiento que derrocó al gobierno de Enok y comenzó una época de terror en la que solo existía la ley del más fuerte y que llega hasta nuestros días.

—¿Cuál es la situación actual con Varken y sus secuaces? —quiso saber Emily.

De inmediato, una sombra cubrió la expresión del gobernador. Quedaba claro que la vida no era sencilla estando en su posición.

—Es… complicado —respondió tras pensar en un calificativo adecuado—. Enok dispone de una cantidad casi ilimitada de tecnología antigua. Nosotros hemos perdido toda la que teníamos. Pueden hacer con nosotros lo que quieran. Nuestro pueblo se ha dedicado a cultivar la poca tierra que es apta y a cuidar los escasos animales que tenemos. Pero las lluvias ardientes y la precariedad de nuestros equipos cada vez nos hacen más complicado garantizar la seguridad. Varken visita Enok Nova una vez al año y, cada vez que viene, sus demandas son mayores. Llegará un momento en que no seamos capaces de satisfacerlas.

—¿Qué os exige?

Kaelith guardó silencio y agachó la cabeza. De repente, se detuvo en seco. Emily notó cómo se rompía por dentro y comenzaba a sollozar. Miró a Robert y a Taro sin saber cómo actuar. Decidió animarlo colocando una mano en su espalda. El contacto físico lo asustó, pero pronto se recuperó de su malestar inspirando profundamente.

—Yo… lo siento… —dijo entre balbuceos.

—Tranquilo, sé que resulta difícil.

—Necesitamos combustible para que nuestro generador siga en marcha —explicó Kaelith—. Sin él, las calderas que calientan el suelo de toda la ciudad dejarían de funcionar. Disponemos de miles de tuberías enterradas bajo toda la superficie, las calderas calientan el agua y permiten que la temperatura del exterior aumente unos quince grados. Sin ese sistema, moriríamos en pocos días. Varken lo sabe, y explota nuestras necesidades en nuestra contra.

Hizo una breve pausa antes de continuar.

—A cambio de entregarnos algo de combustible, ellos reciben alimentos y personas.

—¿Personas? —Emily creyó no haber escuchado bien.

—Esclavos, soldados y mujeres —respondió él con tono gélido—. Los escogen cuando son jóvenes. Solo se llevan aquellos que parecen sanos y fuertes. Los que tienen suerte y sobreviven a sus salvajes pruebas acaban formando parte de su guardia. Los que tienen menos suerte, mueren o se convierten en esclavos. Por desgracia, ninguna de las mujeres tiene una pizca de suerte. Son utilizadas como esclavas sexuales por los hombres de Varken. Cuando tienen descendencia, un nuevo ciclo vuelve a comenzar. Ejército, esclavitud o muerte. Y cuando ya no les sirven, los abandonan a su suerte como si no fueran seres humanos y los condenan a vagar por el desierto helado. A veces, solo a veces, algunos logran sobrevivir y regresan a Enok Nova, en busca de una vida dura, pero mejor.

—Tu esposa —murmuró Emily.

—Sí. Vireen fue la antigua esclava de Varken —dijo con voz queda, como si la mera mención de sus nombres le doliera en el alma—. Sus constantes palizas y torturas hicieron que perdiera demasiados hijos y la desterró de Enok. Un campesino la encontró agonizando en un lodazal al oeste de la ciudad y consiguió traerla hasta aquí. Tiene muchas secuelas de aquellos días, y aunque

hemos perdido ya dos niños, todavía albergamos la esperanza de que por fin podamos tener descendencia.

Emily supo en ese mismo instante que, costase lo que costase, Varken tenía que pagar por todo el sufrimiento que había provocado a los ciudadanos de Enok Nova.

26
El mercenario

5 de agosto del año 6

Wiikhaadiiz ofiz, Kepler-442b

Narya se levantó la primera de todos. Tras haber perdido la cobertura de su espionaje, la preocupación y la impotencia por no haber cumplido sus objetivos se habían adueñado de su mente. Eso, sumado al regreso de madrugada de Khaavmi tras, presumiblemente, haberse pasado la noche en una taberna, le había complicado conciliar el sueño. Llevaba varias horas en un extraño duermevela al que decidió poner fin cuando estaba a punto de amanecer.

McNeil, al que había oído roncar sin ningún tipo de problemas en la habitación de al lado, se levantó poco después. Se encargó de sus pequeños animales antes de reparar en la presencia de Narya.

—Buenos días —saludó somnoliento.

—Buenos días —respondió ella después de apurar la taza de *ghozda* que ya estaba casi helada.

—¿Ha llegado Khaavmi? —preguntó él.

Ella solo asintió. No le extrañaba que no hubiera escuchado la vuelta de su compañero. El inspector había dormido plácidamente durante toda la noche.

—Sí, llegó hace unas horas —explicó ella.

—¿En buen estado?

—No lo sé. No me levanté a comprobarlo —explicó—. Pero imagino que estará bien, no hizo demasiado ruido al entrar.

McNeil jugueteó con uno de sus animales mientras comprobaba el estado de las comunicaciones desde su brazalete. El dron estaba

cargado y dispuesto para una nueva jornada de vigilancia aérea. Algo le decía que ese día sería importante.

En media hora el dron estaba en el aire, y tanto McNeil como Narya contemplaban las imágenes holográficas que llegaban de entre las copas de los árboles. Adeon y un técnico de la Asimov se encargaban de todo, atendiendo las peticiones de ambos para alejar o acercar la visión. Pronto comenzó a amanecer y los rayos de luz se asomaron entre las ramas de los árboles tiñendo todo de un cálido color anaranjado.

De repente, Khaavmi apareció en la sala con cara somnolienta y cansada, pero sin dar la impresión de haberse sobrepasado.

—¿Te hemos despertado? —preguntó Narya, preocupada.

—Sí —dijo él, con la voz menos ronca que la mañana anterior—. Pero no os preocupéis, pensaba levantarme pronto, tenemos que estar atentos a los movimientos de la mujer de Yaaw. He estado dándole vueltas a lo que ocurrió ayer y yo también creo que actuó de esa manera porque está tratando de ocultar algo. Espero que en breve salgamos de dudas.

—¿Qué tal ayer? —preguntó McNeil—. Tu olor corporal sugiere que no bebiste tanto arborumel.

Él lanzó un leve suspiro al recordar la forma en la que se había despedido la noche anterior. Se sentía mal por ello, pero no se disculpó.

—Iba a hacerlo —reconoció—. Pero entonces apareció lo que llevábamos tanto tiempo buscando.

—¿Encontraste a uno de los esbirros de Yaaw?

—Creo que sí —asintió.

Les explicó lo que había ocurrido la noche anterior cuando estaba a punto de sumergirse en otro pozo de autocompasión. Les habló del mercenario, de su aspecto hosco y peligroso, de la manera en la que se ganó a todos los presentes y cómo derrochó todas esas monedas invitándolos y rodeándose de parroquianos y de fulanas. Les contó cómo lo había esperado en el exterior de la taberna, cómo

lo había seguido a través de la noche y cómo había declinado abordarlo por ir acompañado de las dos keplerianas.

—Tal vez esta noche tenga más suerte —dijo—. Puede que necesite que el dron sobrevuele la posada en la que los dejé.

—¿Crees que volverá a la taberna? —preguntó Narya.

—Suele ser la manera de actuar de muchos mercenarios —explicó él—. Trabajan para alguien que les paga una buena suma por sus servicios, amasan una pequeña fortuna y la dilapidan en unas pocas semanas para volver a empezar un nuevo ciclo.

—Pero antes tenemos que asegurarnos de vigilar bien a la señora Iidriis —dijo McNeil—. De momento, es nuestra baza más fiable.

Khaavmi asintió y se sentó junto a ellos. Las imágenes del dron enfocaban la antigua calle en la que Narya había vivido durante la última semana. La mañana se levantaba tranquila, no había nubes en el cielo y la temperatura, aunque fría, era soportable. Decenas de keplerianos de las familias más influyentes y acomodadas de la ciudad comenzaban a asomar por las puertas de sus casas para dirigirse al trabajo o dedicarse a sus negocios. Todavía no tenían noticias de la mujer de Yaaw, aunque sabían que continuaba en el interior de su vivienda.

McNeil miró la hora en las imágenes. Aunque Iidriis era una mujer extremadamente puntual en sus costumbres, llevaba más de dos minutos de retraso con respecto a lo que estaban acostumbrados. Narya y Khaavmi lo notaron nervioso. Comenzaron a pensar que, debido a lo ocurrido durante el día anterior, la mujer de Yaaw les había dado esquinazo y había conseguido huir de la ciudad.

De repente, McNeil soltó todo el aire de sus pulmones. La puerta de la vivienda de la kepleriana se abrió y del interior surgió la figura elegante y aparentemente frágil de Iidriis. Sin mirar si alguien la seguía o no, tomó el mismo camino que recorría todas las mañanas en dirección al mercado. El dron se movió al mismo ritmo que ella mientras los tres investigadores observaban en silencio, atentos a cualquier gesto o interacción con otro transeúnte que les diera una pista de lo que tramaba.

No vieron nada sospechoso antes de que llegara a la primera de las zonas con puestos comerciales. Pasó de largo del de verduras en el que compraba alguna cosa todas las mañanas. Después esquivó el puesto de especias con cuya comerciante solía mantener una animada conversación. No hizo ningún caso al tendero que acababa de poner varias docenas de huevos encima de su mostrador y se afanaba en colocar las aves desplumadas y listas para cocinar en los colgantes de su puesto. Ese día no hizo lo que acostumbraba a hacer.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Khaavmi.

—No tengo ni idea —respondió Narya.

McNeil los mandó callar con un gesto de su mano. Algo le decía que estaban a punto de descubrirlo. Iidriis cruzó el mercado y se dirigió a un pequeño puesto de carne que había en una esquina. Ese fue el único momento de su paseo en el que Iidriis miró en todas direcciones para comprobar que nadie la seguía. Después intercambió algunas palabras con el dueño y este descolgó unas longanizas de su tienda. Se las envolvió y se las entregó sin más. Con la bolsa cargada, regresó al otro extremo del mercado y pasó por todos los puestos que frecuentaba en estricto orden de visita hasta que concluyó los recados y regresó a su casa, tal y como hacía todos los días.

—¿Qué acabamos de ver? —preguntó Narya, que no entendía nada.

—Ha comprado carne —murmuró Khaavmi.

—Nunca lo había hecho, ni en ese ni en otros puestos —respondió ella—. Y sin entrar a valorar que esa es demasiada cantidad para una sola persona, ¿longanizas?

—Sí, no parece uno de esos alimentos propios de este barrio —convino Khaavmi.

—Tampoco las ha pagado —añadió McNeil.

—¿Qué? —preguntó Khaavmi—. No puede ser.

McNeil manipuló su brazalete para volver a mostrar las imágenes. Narya y Khaavmi las revisaron con gran interés. Tal y como había advertido el inspector, no había entregado nada a cambio del paquete de carne.

—¿Era eso lo que quería ocultarnos? —preguntó el teniente al cabo de un rato—. ¿Que en realidad consume carne como la mayoría de habitantes de la ciudad?

—Hay algo que se nos escapa —opinó Narya.

Ambos miraron a McNeil, que observaba una y otra vez la escena sin decir nada ni cambiar el gesto de incomodidad que solía tener cuando no entendía algo.

—¿Tú qué opinas? —le preguntó Khaavmi al cabo de un rato.

—Que todo lo que hemos visto es ciertamente relevante —dijo—. Hasta ahora se había comportado como una persona metódica. Sus hábitos habían sido casi estrictos hasta el momento en el que el encargado de preparar su infusión decidió echar leche en la tetera. Desde ese mismo instante, nada de lo que ha hecho ha seguido el mismo patrón que dominaba su día a día. Pero creo que necesitamos saber qué hay en esa bolsa para poder hacernos una idea de lo que acabamos de ver.

—¿Qué es lo que necesitas ver? —preguntó Narya—. Hemos visto que le ha envuelto unas longanizas.

—Sí, pero algo no encaja —insistió él—. Nadie monta semejante numerito para atiborrarse de carne.

Khaavmi se mesó la barbilla. La única manera de salir de dudas sería hablar con el dueño del puesto, pero, si estaban en lo cierto, eso llamaría la atención de Yaaw y de sus colaboradores. Perderían la poca ventaja que les quedaba. La otra opción pasaba por allanar la casa del matrimonio, pero estaba seguro de que tendría que hacerlo a escondidas de sus compañeros mientras Iidriis estuviera en el comedor social, ya que McNeil nunca les permitiría hacerlo.

—Esperaremos a ver lo que ocurre durante el resto del día para tomar una decisión —dijo por fin—. De mientras, vigilaré a nuestro

mercenario por si podemos explotar esa vía en paralelo.

Horas más tarde, después de acompañar a Iidriis hasta el comedor social, el dron estuvo libre para vigilar la posada en la que había pasado la noche el mercenario que había encontrado Khaavmi en la taberna. Las prostitutas salieron a mediodía, pero él tardó unas horas más. El dron lo siguió por la ciudad en silencio y desde las alturas. Comió algo de lo que le ofrecían en un puesto callejero en el que asaban espetos de carne y pescado, arrojó al anciano tendero unas monedas tras discutir con él sobre la calidad de la comida y continuó su camino.

Atravesó una avenida con paso distraído hasta que llegó a una caballeriza. Allí lo vieron acariciar un *fhore* de pelo largo y de color pardo. Conversó durante unos instantes con el mozo encargado de alimentar a los animales con forraje. Le pagó sus servicios con una moneda y continuó su camino hasta llegar a otra de las tabernas de la ciudad.

—Creo que tengo trabajo —dijo Khaavmi, levantándose de la mesa.

—¿Estás seguro de que no quieres que te acompañemos? —preguntó Narya.

—No, prefiero ir solo —respondió él—. Mucha gente me conoce. Sería extraño que me vieran aparecer con alguien.

—Llévate al menos el comunicador para que podamos ver lo que ves y hablar contigo —le pidió ella—. Por si necesitas nuestra ayuda.

Khaavmi declinó la oferta con un gesto de la mano.

—No os preocupéis por mí —respondió—. Sé apañármelas solo.

Recogió su chaqueta de piel del colgador y la colocó bajo su brazo antes de salir al exterior. Narya se acercó antes de que se fuera.

—Ten mucho cuidado —le dijo. Su preocupación era sincera.

—Lo tendré —respondió él con una sonrisa.

Caminó por la ciudad sintiendo cómo el frío calaba sus huesos. Esperaba poder aprovechar la nueva oportunidad que el mercenario le acababa de brindar. Pero antes necesitaba sentirse vivo, sentir cómo el viento gélido le acariciaba la cara y le aclaraba las ideas. A unos cuantos metros sobre su cabeza, la lluvia comenzaba a empapar las hojas de los árboles que cubrían la ciudad. Pronto comenzaron a caer las primeras gotas al suelo. Aunque todavía no era de noche, la luz había disminuido ostensiblemente en los últimos minutos. Aun así, no se apresuró y disfrutó de un tranquilo paseo por la ciudad.

Algunos niños correteaban por las calles, tratando de aprovechar los últimos rayos de luz antes de que sus padres los reclamaran para cenar. Llegó hasta el puesto callejero de comida en el que se había parado el mercenario. Le pidió un espeto de pescado, ya que tenía mejor aspecto que el de carne, y el anciano se lo tendió con una sonrisa y un mendrugo de pan. Khaavmi se tomó unos minutos para degustar los pequeños pececillos asados que conformaban su improvisada cena. Estaban deliciosos. Se sentó en una piedra cercana con forma de banco y alzó la vista hacia las copas de los árboles. Supuso que allí estaría el dron, silencioso, incansable y vigilante. Sin darse cuenta, acabó sonriendo y mostrando el espeto al manto rojizo que los cubría.

No dudó en repetir de nuevo. Aunque era una ración generosa, necesitaba llenar el estómago para aguantar la noche tan larga que lo esperaba por delante. Volvió a mirar el espeto de carne con dudas. Su padre había sido cocinero y, durante su niñez, había observado muchas veces cómo manipulaba los alimentos. A pesar de no haber heredado la pericia e inquietudes culinarias de su progenitor, sabía diferenciar la comida pasada a la perfección. Así que volvió a pedir un espeto de pescado, que devoró de la misma forma que el anterior. Pronto estuvo del todo saciado.

Enormes gotas comenzaron a caer del cielo, despacio al principio, pero con bastante fuerza cuando se plantó delante de la taberna. Aunque había un desvencijado cartel en la puerta, tenía mucho mejor aspecto que el local de la noche anterior. Por algún motivo, el

mercenario había decidido cambiar de lugar para gastar su fortuna. El sonido de una pequeña banda de música que amenizaba la lluviosa tarde llegaba desde el interior. Recibió una bocanada de calor nada más entrar y el olor rancio a paja podrida, sudor y vómito seco se le clavó en las fosas nasales; le hizo sentir como en casa.

Hacía mucho tiempo que no visitaba esa taberna. Era mucho más espaciosa que la del día anterior y tenía dos chimeneas para calentar las dos estancias que la conformaban. Echó un rápido vistazo a su alrededor y pronto encontró al mercenario. Estaba solo, sentado en una de las esquinas, y parecía querer pasar desapercibido después del espectáculo de la noche pasada. De inmediato revisó el resto del lugar. La barra estaba a la izquierda de la puerta. Justo al lado encontró a los tres keplerianos que tocaban instrumentos de cuerda y percusión. Mientras uno de ellos cantaba una animada canción sobre la caza y la vida nómada, el resto le hacían los coros. Detrás de la barra, una kepleriana entrada en carnes y de aspecto bonachón lo recibió con una sonrisa alegre y sincera.

—Teniente Khaavmi —saludó—. ¡Qué agradable sorpresa verlo por aquí!

Él le devolvió el saludo y buscó con la mirada un lugar en el que poder sentarse sin llamar demasiado la atención y poder vigilar al mercenario.

—¿Qué va a querer tomar? —preguntó ella.

—Una jarra de vuestro arborumel —pidió él con amabilidad.

—Ahora mismo se la lleva mi hijo a la mesa —respondió ella.

Khaavmi se sentó en la esquina opuesta de donde se encontraba el mercenario. Desde su posición tenía visión completa de casi toda la taberna, pero al tener una sala en forma de ele y haber muchas mesas ocupadas, perdió la visión de la entrada. No pudo evitar darse cuenta de que el mercenario había elegido una posición desde la que podía observarlo todo. Incluido a él.

El joven muchacho le llevó la jarra de arborumel junto con un pequeño vaso de madera. Khaavmi le entregó unas monedas por el servicio y se sirvió. Su intención era no beber para estar en plenas

facultades, pero ante la posibilidad de que lo estuvieran observando, decidió dar el primer trago. Tuvo que reconocer que era un buen arborumel, con el punto justo de acidez y dulzor. Se sirvió otro vaso para aparentar, aunque no lo tocó de inmediato.

El grupo tocaba canciones populares mientras comenzaban a sonar los primeros aplausos acompañando la percusión. El ambiente cálido del interior de la taberna y el calor del alcohol comenzaban a desinhibir los espíritus de los keplerianos presentes. Khaavmi trató de vigilar a su objetivo por el rabillo del ojo. Sentado en una silla con respaldo, se entretenía viendo cantar a los parroquianos con una ligera sonrisa en la boca. Si había notado su presencia en la taberna, aparentaba no importarle en absoluto.

Las horas pasaron y las vejigas de los clientes comenzaron a necesitar una tregua. Las visitas a las letrinas empezaron a parecer una curiosa romería de borrachos implorando aliviarse. En una de estas, Khaavmi llegó a coincidir con el mercenario, y aunque había destartaladas paredes de madera que separaban los cubículos, pudo escuchar cómo no era solo la vejiga lo que necesitaba vaciar. Tenía que haber elegido el espeto de pescado.

Por culpa de la ingesta de comida en mal estado y de las jarras de arborumel que no pararon de llegar a su mesa, Khaavmi notó al mercenario mucho más borracho que el día anterior. Eso le obligaba a tener que actuar esa misma noche. Él solo había bebido un par de jarras, por lo que el alcohol nivelaría la diferencia de fuerza y entrenamiento que los separaba.

Media hora después, y tras la enésima visita a las letrinas, el mercenario se dirigió a la puerta de salida. Khaavmi se envaró al perderlo de vista y se levantó con cautela. Se asomó a la esquina de la taberna que le impedía ver el resto del establecimiento y lo vio increpando a la dueña, que lejos de amedrentarse, blandía un enorme garrote.

El mercenario abandonó la taberna dando tumbos y con la impresión de estar a punto de caerse en cualquier momento. Khaavmi aprovechó para seguir sus pasos con aparente tranquilidad.

—¡Qué desfachatez! —le decía la mujer a su hijo—. Acusarme a mí de que nuestro arborumel causa diarrea, ¿cómo se atreve?

—Algunos no saben beber —respondió su hijo con calma.

La banda de música, que había parado momentáneamente por el intercambio de opiniones subido de tono, reanudó su repaso de los grandes éxitos que triunfaban en cualquier taberna. Khaavmi espero un par de minutos a que el mercenario se alejara del local y salió al exterior. Ya no llovía, pero hacía bastante frío y se puso el abrigo. El suelo estaba algo embarrado, por lo que no le costó encontrar las huellas que buscaba.

Aunque le había dado cierta ventaja, lo vio a lo lejos, a unos cincuenta metros, tratando de mantener la vertical mientras caminaba de vuelta a la posada. Tenía que aprovechar esa oportunidad. Se acercaría con cuidado por detrás y lo dejaría inconsciente de un golpe en la cabeza. Con un poco de suerte, no tendría que enfrentarse a alguien más joven, fuerte y entrenado que él.

El mercenario dobló una esquina hacia la izquierda, todavía a varios metros de distancia. Khaavmi aceleró el paso para no perderlo de vista. Trató de no hacer demasiado ruido, aunque el barro del suelo no le permitía pasar del todo desapercibido. El frío del exterior contrastaba con el calor que emanaba su propio cuerpo, fruto del alcohol y de la adrenalina que lo gobernaba. Giró siguiendo el rastro de las huellas, pero dejó de verlas a los pocos metros. Miró un poco más adelante, pero allí no había nadie.

Khaavmi se quedó petrificado. Las huellas se cortaban en mitad de la calle y no había nada más. Miró hacia el otro lado, pero tampoco vio nada. De repente, escuchó a alguien correr hacia él. Para cuando se quiso dar cuenta, la mole de músculos y huesos del mercenario había caído encima suyo.

El choque fue brutal y sacudió todos sus huesos hasta el tuétano. Por la dureza del impacto, soltó la piedra que acababa de recoger del suelo para dejar fuera de combate al mercenario. Ambas figuras acabaron revolcadas en el barro de la calle. Khaavmi trató de

recuperar el control, dolorido y mareado en el suelo mientras su rival se levantaba después de haber rodado por encima de él. Se acercó dispuesto a acabar con el trabajo.

—¿Crees que no te vi ayer en la otra taberna? —preguntó entre gritos. Por un momento pareció no estar tan borracho como aparentaba—. ¿Quién coño eres?

Khaavmi trató de levantarse, pero su cuerpo estaba entumecido y, a juzgar por el dolor en un costado, ese animal le había roto una costilla. No tuvo tiempo de reaccionar. El mercenario le propinó un fuerte puntapié en el costado que le hizo ver las estrellas.

—¿Por qué me seguiste anoche? —bramó, acercándose de nuevo a él.

Khaavmi trató de respirar, pero apenas pudo coger aire sin partirse de dolor y solo pudo toser. El mercenario lanzó un nuevo puntapié, que esta vez acertó a bloquear con el brazo. Aun así, el dolor fue notable y no consiguió que su rival cesara en su empeño. Lo agarró de la chaqueta y lo levantó del suelo con una facilidad pasmosa. Khaavmi maldijo de inmediato su larga temporada en la Torre del Vigía, en la que adelgazó más de lo deseable.

Casi sin fuerza para contrarrestar el vigor y la juventud, sus caras quedaron alineadas a pesar de que el mercenario era unos centímetros más alto que él.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar.

Khaavmi, manchado de barro y dolorido, solo pudo sonreír y soltar una carcajada histérica. Su plan se había desmoronado como un castillo de naipes. Un mercenario como ese estaba habituado a sospechar, a cubrir sus espaldas ante cualquier eventualidad. Ahora tocaba pagar el precio por su soberbia. El cabezazo impactó con gran violencia en plena cara.

Mareado por el descomunal golpe, apenas notó cómo la sangre manaba de su nariz hasta teñir el barro de su cara de un color rojizo que apenas se distinguía en la oscuridad de la noche. Ofuscado por la falta de una respuesta, el mercenario lo zarandeó una y otra vez, repitiendo hasta la saciedad la misma pregunta.

—¿Quién demonios eres? —insistió mientras lo sostenía con una mano y le propinaba dos directos con su puño izquierdo—. ¿Qué quieres de mí?

Aprovechando que había vuelto a pisar con firmeza el suelo y que su rival se centraba en su tren superior, Khaavmi lanzó una patada que golpeó en la entrepierna del mercenario, que se arrugó gimiendo sin aliento. Pero, a pesar de su pequeña victoria, cayó al suelo mareado en cuanto el mercenario lo soltó. Haciendo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban, se levantó lo más deprisa que pudo y propinó un gancho de derecha en la cara de su oponente, que todavía se quejaba por el impacto anterior. El dolor que sintió en sus costillas fue tan intenso que el siguiente golpe tuvo que darlo con el otro puño.

El mercenario encajó ambos sin vencerse del todo, pero el tercero fue lento y previsible y lo detuvo con suficiencia, agarrando el puño de Khaavmi justo antes de que impactara en su cara. Con una sonrisa, lo retorció hasta obligarlo a arrodillarse en el suelo. Después lo golpeó de nuevo en la cara, y luego otra vez más. Khaavmi escupió el charco de sangre que se le había formado en la boca y su cuerpo se venció de puro dolor y agotamiento.

El mercenario aprovechó para ponerse encima de él y castigar con saña su ya maltrecha cara. Cuando se cansó de golpearle, le agarró por el cuello con ambas manos y comenzó a apretar. Khaavmi sintió cómo la vida se le escapaba con el último aliento que lograba salir de su garganta. Batió las piernas para tratar de zafarse de la presa de su enemigo, pero era demasiado pesado y él estaba muy cansado ya. No quería luchar más, solo quería dejar ese mundo en el que ya nada lo retenía. Pero, sin embargo, se defendió. Golpeó la cara de su rival a pesar de estar casi exhausto, de notar que la fuerza lo abandonaba a marchas forzadas. A pesar de su empeño por sobrevivir, sus intentos parecían meras caricias en comparación con la potencia del mercenario.

Finalmente dejó de patalear y miró hacia un lado con el rabillo del ojo. Su vista comenzó a nublarse mientras la vida se le escapaba entre los dedos. Vio algo justo a su lado. Algo que llevaba en la

mano antes del ataque. Una piedra. En un último y desesperado intento por sobrevivir, extendió la mano derecha y la cogió para golpear en la sien del mercenario con las últimas fuerzas que logró reunir. El sonido fue seco y sordo, como si se hubiera roto una madera.

Khaavmi, con la garganta liberada y el aire volviendo a entrar en sus pulmones a trompicones, comenzó a toser. Trató de levantarse antes que su rival, pero cayó al suelo, aturdido por la falta de oxígeno y el dolor de todo su cuerpo. Lo consiguió a la segunda. Miró al mercenario, que permanecía inerte sobre el barro. Un brillante charco oscuro comenzaba a mezclarse con el lodo que lo impregnaba todo. Estaba muerto, y con él, sus esperanzas de encontrar a Yaaw.

27
El Sofista

10 de abril de 3369

Enok Nova, la Tierra

Siguieron bajando escaleras mientras Kaelith les explicaba cómo era la vida en Enok Nova. Emily, sin embargo, no podía dejar de pensar en las vidas de todos esos niños y niñas que eran forzados a viajar a Enok para ser tratados como esclavos o cosas peores, sin ningún tipo de humanidad.

—¿Nunca os habéis planteado defenderos de Varken y su ejército? —preguntó Robert.

—¿Qué podemos hacer? —se quejó él—. Ya has visto los pocos soldados de los que disponemos en la ciudad, y la mayoría son demasiado jóvenes y débiles para enfrentarse a los hombres de Varken. Y eso por no hablar de los autómatas.

—¿De dónde han salido esos robots?

—De Enok —aseguró él—. La antigua ciudad subterránea estaba llena de ellos. Se encargaban de hacer los trabajos duros. Muchos de esos mismos robots se utilizaron para construir la ciudad que ahora asaltan por órdenes de su caudillo.

—¿Ciudad subterránea? —preguntó Emily con los ojos muy abiertos. Podría resultar interesante para saber cómo sobrevivieron al cataclismo.

—Sí, donde se levanta la actual Enok hay unas instalaciones subterráneas —dijo él, restándole importancia—. Yo no he estado nunca, pero mi padre solía decirme que eran majestuosas, nada que ver con el lugar al que estamos a punto de llegar.

—¿Qué sabes de esa ciudad? —insistió ella—. ¿Sabes quién la construyó?

—No, mi padre no me habló demasiado de los comienzos —respondió—. Sé que era enorme y que allí vivieron muchísimas personas, muchas más de las que hay ahora. Hasta que algo sucedió.

—¿Qué fue lo que ocurrió? —preguntó ella al ver que no continuaba.

—No estoy seguro —respondió él—. Al parecer, en la ciudad vivía un espíritu al que todos honraban y que se supone que existía desde la época de los antiguos. En aquellos tiempos, los ciudadanos de Enok convivían sin problemas, sin facciones enfrentadas ni hombres malvados. Ese espíritu, al que todos llamaban Madre, se encargaba de que no les faltara de nada: les proporcionaba cobijo y alimentos, los mantenía calientes y los resguardaba de las lluvias ardientes. Era el paraíso.

»Un buen día, Madre desapareció y los abandonó a todos a su suerte. Lo último que supieron de ella es que ordenó a los habitantes de la ciudad que encontraran este lugar y lo defendieran de los espectros, unos seres malvados y esquivos cuyo único afán era el de destruir a Madre y a todos los hijos de Enok. Debieron de ser unos meses muy caóticos. Según tengo entendido, todo en Enok dejó de funcionar. El caos y la incertidumbre se extendieron por toda la ciudad, que se sumió en la oscuridad en un abrir y cerrar de ojos.

»Por suerte, mis antepasados lograron reinstaurar el orden y comenzaron a organizar un éxodo masivo. Tras mucho sufrimiento, encontraron el lugar del que les había hablado Madre. Se dice que justo delante de la puerta por la que hemos entrado, hubo una cruenta batalla contra los espectros en la que murieron centenares de enokianos valientes que dieron la vida por Madre y Enok.

»Sé que vencimos. Pero los espectros se batieron en retirada, a la espera de otras batallas. Los habitantes de la antigua Enok decidieron quedarse en la superficie y cultivar la tierra. Era una vida mucho más dura y complicada, pero eran libres para hacerlo. Además, mis antepasados estaban obligados a custodiar este lugar, por si regresaban los espectros.

—¿No habéis vuelto a saber nada de ese espíritu al que llamaban Madre? —Emily miró a Robert y a Taro, intrigada.

—No —reconoció él—. Se supone que ella volvería cuando lográramos acabar con los espectros y nos permitiría regresar al paraíso del interior de la Tierra en el que vivíamos felices. Se cree que nunca regresó porque no acabamos del todo con ellos. Pero yo pienso que ya no la necesitamos más. Antes controlaba todo lo que nos daba el sustento, ahora somos nosotros los que lo hacemos —añadió orgulloso.

—¿Qué hay de la antigua ciudad? —preguntó. Se sentía un poco cansada por la falta de descanso y por descender tantas escaleras, pero tenía mucha curiosidad por conocer la historia moderna de la humanidad.

—Sigue en su sitio, si es eso lo que quieres saber. —Se encogió de hombros—. Varken y sus hombres fundaron otra ciudad con el mismo nombre en la superficie.

—¿No vive nadie en la antigua?

—No. Según tengo entendido, sería imposible —aseguró—. No funciona nada allí abajo y todo está sumido en la más profunda oscuridad. Incluso el aire es raro en el interior.

—¿No funciona nada?

—No, todo dejó de funcionar cuando Madre desapareció, incluso los robots que se encargaban de todo. Fueron nuestros antepasados quienes lograron ponerlos en marcha de nuevo.

—¿Quién los construyó?

—No lo sé —respondió distraído—. Solo sé que estaban en la antigua ciudad. Imagino que todo es obra de los antiguos, ellos eran capaces de construir grandes urbes de metal y cristal. Mi padre me dijo una vez que su bisabuelo le había contado a su abuelo, que una vez visitó una de esas ciudades. Obviamente estaba abandonada y a medio derruir, pero dice que los edificios llegaban hasta los cien metros de altura. ¿Lo podéis creer? ¿Quién querría hacer algo tan alto?

Emily miró con ternura la inocencia que habitaba tras la poblada barba del gobernador. Era evidente que no tenía todos los conocimientos sobre el pasado que querían saber. Pero, a su manera, visto a través del crisol del tiempo y del boca a boca familiar, Kaelith podía darles algunas pistas importantes sobre lo que había ocurrido para que la humanidad continuara poblando la faz de la Tierra. De alguna forma que todavía escapaba a su conocimiento, lo habían conseguido.

—Pero, ¿qué hay de vosotros? —contraatacó el gobernador—. ¿Sois de verdad del proyecto Orfeo?

Emily valoró lo que podía decirle. Él les había contado muchas cosas, y todas daban la sensación de ser sinceras, al menos desde su punto de vista limitado. Parecía justo hacer un intercambio de información que saciara su curiosidad. Aun así, tenía claro que no podía hablarle sobre los insectoides y los viajes temporales.

—Sí —dijo ella—. Al igual que en tu caso, alguien de mi familia fue el director del proyecto cuando salieron de la Tierra.

—¡Vaya! —dijo, mostrando gran interés—. Así que por eso tenéis ese enorme dron volador.

—Sí —respondió con una sonrisa.

—¿Por qué habéis vuelto? —preguntó—. ¿No encontrasteis ese lugar del que habla El Sofista? ¿Cómo se llamaba?

—Kepler-442b.

—¡Eso! —confirmó él con entusiasmo.

—Sí, lo encontramos —respondió sin dar más detalles—. Pero hemos tenido que volver, ya que necesitábamos algo que no podíamos encontrar allí.

Observó su reacción. Daba por hecho que Kaelith no tendría conocimientos suficientes sobre la naturaleza del proyecto ni sobre la teoría de la Relatividad General, por lo que no tendría que darle ninguna explicación sobre cómo habían conseguido regresar antes de que, desde su punto de vista, hubieran siquiera llegado a su destino.

De hecho, Emily se dio cuenta de lo increíble que era la situación. En teoría, la Asimov estaba en ese mismo instante a más de un siglo de distancia de llegar al agujero negro en el que perderían unos nueve mil años debido a la dilatación del tiempo provocada por la descomunal fuerza gravitatoria.

—Sí, algún mineral —se limitó a confirmar él.

—Eso es —dijo Emily—. Solo necesitamos un poco de renio y volveremos a nuestro lugar de origen.

El gobernador asintió y se giró hacia Taro y Robert, que seguían detrás de ellos, incansables y silenciosos. Aunque la gravedad era menor que en Kepler-442b y el descenso se había hecho ameno con la conversación, comenzaban a sentir algo de fatiga. El aire era cada vez más pesado y viciado. Solo de pensar en el camino de vuelta, a Emily comenzaron a fallarle las fuerzas.

—Ya llegamos —añadió él, que, a pesar de su aspecto frágil, parecía aguantar bien la actividad física.

Un par de minutos después, la monótona escalera que no hacía más que girar sin descanso hacia la derecha se convirtió en una pequeña estancia cuadrada. La luz era tenue en ese lugar, pero se intensificó en cuanto el gobernador puso un pie en el suelo del pequeño distribuidor. En el otro extremo de las escaleras, a escasos diez metros, había una puerta similar a la que les había dado acceso a las escaleras. Tenía rastros de óxido, pero había también unas extrañas marcas en el metal que parecían indicar que alguien había intentado abrirla por la fuerza sin éxito.

Miraron alrededor, pero no encontraron nada más que hormigón. Ningún cartel, ninguna inscripción, nada que indicara el tipo de instalación en la que se encontraban. Kaelith se aproximó hasta un viejo cojín descolorido y desgastado que había en el suelo a tres metros de la puerta. Delante de él había unas piedras desgastadas de forma ovalada que estaban colocadas unas encima de otras como si fueran una especie de escultura mística. Emily supuso que Kaelith visitaba ese lugar para despejarse de los problemas del exterior y meditar.

—Disculpad —les dijo—. No suelo venir aquí con compañía, así que me temo que no tengo cojines para todos.

Ella le respondió con un gesto, quitándole importancia. Después revisó cada recoveco de la estancia, que solo parecía ser un punto de seguridad más para llegar a las instalaciones de verdad. Kaelith sacó de nuevo su colgante e introdujo la llave. Vieron que esa puerta, a diferencia de la que había en la superficie, tenía dos ranuras más. Kaelith giró su llave hacia la derecha.

De repente, las luces se atenuaron de nuevo y un holograma se presentó ante ellos. A diferencia del que encontraron en la colonia de Marte, ese era un hombre. Iba vestido con un elegante traje negro de corte italiano y una impoluta camisa blanca como la nieve, aunque no llevaba la clásica corbata que se estilaba con ese tipo de prendas.

—Hola, Kaelith —saludó el elegante asistente virtual—. Veo que hoy has venido acompañado.

Emily comprendió de repente el porqué del perfecto inglés del gobernador. Al ser la única persona con acceso a ese lugar, había podido practicarlo con el asistente de las instalaciones.

—Hola, Sofista —respondió él, asintiendo—. Estos son algunos miembros del Proyecto Orfeo, están aquí para conseguir algunos repuestos que necesitan en Kepler-442b.

El asistente los miró sin cambiar un ápice su semblante, pero Emily pudo sentir cómo los escrutaba. Los asistentes como ese disponían de una base de información muy amplia que podían complementar con nueva información. Por norma general se les podía preguntar sobre cualquier cosa de la que tuvieran conocimiento, pero no se les consideraba inteligencias artificiales al no disponer de una capacidad de razonamiento y acción completas. La mayoría se limitaban a hacer de interfaz entre la información y los usuarios, pero sabía perfectamente que Ada y Alan no eran las únicas inteligencias artificiales que se habían desarrollado en secreto. Ese elegante asistente podía ser consciente de que era imposible que alguien del Proyecto Orfeo se encontrara en esa fecha

y en ese lugar. Notó cómo una gota de sudor se deslizaba por su espalda, entre el hueco que el mono había dejado con su piel.

—Emily Rhodes, nacida el 6 de octubre de 2270, hija de Emma y Steven Rhodes, director del proyecto Orfeo —dijo mirándola a ella—. Se unió al proyecto para partir en la expedición Copérnico, pero un atentado terrorista acabó prematuramente con el arca y su participación quedó en suspenso hasta años más tarde. Partió de la Tierra rumbo a Kepler-442b el 30 de julio de 2297 con la expedición Asimov, que el proyecto había desarrollado en secreto tras los rumores sobre un posible atentado. Fue considerada una niña prodigio. Se graduó en Ingeniera Electrónica en la Universidad de Florida y realizó su doctorado sobre inteligencias artificiales. Sus estudios sobre el entrenamiento de redes neuronales avanzadas fueron todo un referente en su campo durante los años posteriores a su partida.

Emily no pudo evitar ruborizarse al descubrir que su trabajo había sido de tanta utilidad. Después, el asistente se giró hacia Taro y Robert y repitió la misma retahíla de datos con cada uno de ellos. Suspiró de alivio cuando el asistente concluyó sus explicaciones sin mencionar el detalle de que no deberían estar en la Tierra.

—Bienvenidos —saludó el asistente con absoluta indiferencia—. ¿Cómo puedo ayudaros hoy?

—Mis amigos necesitan encontrar algo para poder marcharse —dijo él—. Y, si nos ayudas a encontrarlo, ellos nos ayudarán a nosotros a acabar con Varken y sus secuaces.

El Sofista los miró con ojo crítico y después se centró en Kaelith.

—Todavía es pronto para que Varken regrese —dijo él, simulando que consultaba su muñeca.

—Ayer volvió, alertado por alguno de sus espías —informó el gobernador—. Gracias a ellos evitamos que entraran en la ciudad, pero sé que en cuanto se marchen, él volverá. Y me temo que no será muy indulgente.

—Bien, parece un trato justo —respondió el asistente—. ¿Qué es lo que necesitáis?

—¿Podríamos, antes de continuar con esto, hacerte algunas preguntas? —intervino Emily.

—Claro —dijo con una ligera sonrisa—. Me encanta responder preguntas.

—¿Qué es este lugar?

—Me temo que no podré contestarte —se disculpó—. El propósito de estas instalaciones es información reservada.

—¿Por qué hay tres cerraduras?

—Eso también es información reservada.

—Kaelith, ¿nunca has abierto esa puerta? —preguntó.

—No.

—Entonces, ¿no sabes qué hay al otro lado?

—No —volvió a negar.

—¿Ni dónde están las otras dos llaves que encajan en las cerraduras?

—No, tampoco. —Se encogió de hombros.

Emily lanzó un suspiro de resignación. El asistente les daría poca información sobre esas instalaciones. Tendría que buscar otra estrategia para intentar sonsacarle algo. Aunque no consiguiera nada importante, tal vez podrían hacerse una idea de la naturaleza de ese lugar.

—Enok, la ciudad subterránea de la que el pueblo de Kaelith surgió, ¿forma parte de la misma infraestructura que este sitio?

El asistente pareció dudar, como si estuviera asumiendo qué parte de la información reservada ya había sido revelada por Kaelith.

—Eso es información reservada —dijo, sin embargo.

Emily tomó la evasiva del asistente como una respuesta afirmativa y trató de controlar su frustración y pensar en una nueva pregunta, mucho más difusa. Decidió comenzar por el principio.

—¿Saben los habitantes de Enok lo que ocurrió en la Tierra hace mil años?

—Alguna vez lo supieron —respondió el asistente—. Pero el conocimiento se ha ido perdiendo de generación en generación. Ahora mismo, yo soy la única fuente de información previa al cataclismo de la que disponen.

—¿Kaelith no sabe lo que ocurrió?

—No —dijo el asistente—. ¿En qué le ayudaría eso a superar sus problemas del día a día?

—¿Qué es lo que no sé? —preguntó el aludido.

Emily explicó de forma sencilla lo que había pasado. Incluso el Sofista le mostró las imágenes que ellos tantas veces habían visto ya. Kaelith no daba crédito a lo que veían sus ojos y ahogó un grito cuando vio el resultado de las simulaciones.

—Tengo motivos para creer que Enok era alguna especie de proyecto secreto que se construyó para que algunas personas pudieran sobrevivir al impacto —dijo Emily—. Ese espíritu al que llamáis Madre no era más que la inteligencia artificial que controlaba las instalaciones. Los antiguos construyeron ese lugar para que sus descendientes, vosotros, pudierais sobrevivir.

—Pero, entonces, ¿quiénes son los espectros? —preguntó él, aturdido—. ¿Y por qué querrían acabar con Madre?

—No lo sé —reconoció Emily—. ¿Quiénes son los espectros? —preguntó a su vez al Sofista.

—Lo desconozco —aseguró—. Solo sé de ellos por lo que los antepasados de Kaelith me contaron hace ya tiempo.

—¿Qué sabes de Madre? —preguntó ella.

—En realidad, muy poco —respondió él—. Sé que se encargaba de sus instalaciones y que, un buen día, desapareció sin más.

Emily volvió a suspirar. El Sofista no parecía ser nada más que un asistente.

—¿Qué sabes de lo que ocurrió en el cataclismo?

—Nada, en realidad —reconoció—. No dispongo de información posterior al 7 de abril de 2343.

Emily recordaba esa fecha con claridad. Era la fecha en la que Michael se había dirigido al mundo en el famoso discurso que habían escuchado en su corta estancia en las colonias marcianas. Parecía lógico pensar que ese día fuera el último en el que esas instalaciones tuvieran contacto con el exterior; al fin y al cabo, no quedaría nadie con vida. Sin embargo, una pregunta que llevaba tiempo sobrevolando su cabeza, regresó a su mente. Si había un momento para hacerla, era sin duda ese.

—¿Cómo pudieron sobrevivir estas instalaciones a un evento de categoría planetaria?

—Eso es información reservada —respondió al instante.

—¿Reservada? —insistió Emily, algo cansada por la falta de colaboración del asistente—. Los que tienes delante representamos un gran porcentaje de los últimos seres humanos del planeta. ¿Quién crees que va a poder acceder a estas instalaciones? ¿Por qué sigues tratando de ocultar algo cuyo propósito tal vez haya dejado de tener sentido?

—Es mi objetivo y mi deber obedecer todas las órdenes que se me dieron —respondió con total indiferencia.

—¡Las premisas de tus objetivos han cambiado radicalmente! —insistió ella.

—No para mí.

Lanzó un grito de desesperación y realizó varios aspavientos para tratar de soltar la frustración que la consumía por dentro. ¿Por qué todo tenía que ser tan complicado y rígido? ¿Por qué esas malditas máquinas no eran como Ada, flexible y atenta? Se tomó unos instantes hasta volver a respirar de forma pausada. Miró a Taro y a Robert, que la observaban sin intervenir. Sabían que, en ese estado, solo necesitaba algo de espacio y de tiempo para recuperar la cordura.

—Tal vez sea lo mejor que resolvamos el asunto del renio —dijo, cuando estaba a punto de claudicar.

—Sí, algo me dice que no vamos a sonsacarle mucho más a este asistente —respondió Taro.

—Está bien, volvamos al tema que nos ha traído hasta aquí abajo —continuó ella—. ¿Sabes dónde podemos encontrar renio?

—Sí —respondió lacónico.

—¿Dónde? —preguntó tras esperar una explicación que no parecía llegar.

—Eso es información reservada —dijo de nuevo.

Se dio la vuelta para mirar a sus dos compañeros, que parecían igual de frustrados que ella. No había manera de conseguir sonsacar algo de interés a ese asistente. Tenía que probar algo nuevo, así que trató de recordar cómo se creaban ese tipo de personajes. Era una de esas asignaturas que se estudiaban al principio de la carrera universitaria. La mayoría eran muy rígidos, pero solían incluir algún tipo de módulo de empatía. La empatía, por norma general, les permitía establecer un vínculo con su interlocutor, lo que ayudaba a que fueran mucho más efectivos en sus tareas.

Miró después al gobernador. Según había entendido, tanto él como todos sus antepasados se habían dedicado a bajar hasta ese lugar para hablar con él durante los últimos cientos de años. Se imaginó al primero de sus ancestros que entró allí. Acababan de vencer a los espectros, y estaría ansioso por recuperar a esa inteligencia a la que llamaban Madre. Sin embargo, se encontraron con un asistente desconectado que no tenía mucha más información, aparte de todo el conocimiento histórico de la Tierra, como había demostrado recitando sus fichas personales.

Intuyó que las visitas de ese primer antepasado serían cordiales. Pero a medida que pasaron los años, sus descendientes comenzaron a bajar a este lugar para utilizarlo como si fuera una especie de confidente personal, alguien a quien contarle todo lo que ocurría en el exterior y tal vez pedir consejo. El Sofista parecía conocer bien la situación de Kaelith con Varken y sus matones, así que no era descabellado pensar que podía haber generado cierta empatía con

él. Al fin y al cabo, era parte de su programación. Decidió probar suerte.

—No queremos comprometer tus objetivos —aclaró Emily—. Tampoco nos interesa lo que hay en estas instalaciones. Pero hemos hecho un trato que nos vemos obligados a cumplir de la misma manera que tú lo haces con este lugar. Necesitamos ese renio; de lo contrario, no podremos ayudar a Kaelith. Si no nos dices dónde podemos encontrarlo, nos estás obligando a marcharnos de aquí. Dejaríamos a Kaelith y a su familia solos frente a Varken y a sus secuaces. Puede que nunca volvieras a verlo. Ni a él, ni a nadie de los suyos.

Por primera vez desde que comenzara la conversación, lo vio dudar. El Sofista miró a Kaelith. Después la miró a ella y luego volvió a mirarlo a él otra vez.

—Había suficiente renio en los almacenes de la antigua ciudad de Enok —dijo por fin.

Emily hizo un esfuerzo titánico para ahogar el grito triunfal que le subía desde el estómago. Consiguió mantener la compostura a pesar del éxito de su estratagema. Ese era el momento ideal para hacer el resto de preguntas. Sin embargo, primero debían consolidar la información sobre el renio.

—¿Está bajo tierra? ¿En las antiguas instalaciones de donde surgieron los antepasados de Kaelith?

—Sí —respondió el Sofista.

—¿El mismo lugar al que se accede a través de una ciudad que está bajo el control de Varken?

—Sí.

Miró al asistente con suspicacia. Creía haberle tendido una trampa, pero de repente tuvo la sensación de que podía ser ella la que estuviera cayendo en una. ¿Podría ser que ese asistente los estuviera utilizando a ellos para acabar con el régimen que amenazaba a su amigo Kaelith? Desde luego, sería un movimiento

muy audaz por parte de un simple asistente, pero decidió seguirle el juego.

—De acuerdo —aceptó—. Imagino que a la antigua ciudad se accederá por alguna estructura similar a la que hay en la superficie.

—Así es.

—¿Existe algún plano del interior de la ciudad? —preguntó.

—Eso es información reservada —dijo el Sofista—. Y no lo necesitáis para recuperar el renio, solo debéis encontrar los almacenes del edificio central. En el subsuelo de la propia ciudad.

—Bien —respondió ella—. Tendrá que valer con eso.

—¿Qué necesitamos para entrar? —preguntó Taro—. ¿Hay algún tipo de llave como la que has utilizado para entrar aquí?

—No, la puerta de acceso quedó abierta cuando desapareció Madre. Gracias a eso, mis antepasados pudieron salir de allí —respondió Kaelith—. Enok Nova y la Enok de la superficie están construidas en parte con materiales que se extrajeron del interior de la ciudad. Una de las responsabilidades más importantes del administrador de Enok es, precisamente, la de gestionar el acceso a los materiales y la tecnología de la antigua ciudad.

—Y ahora mismo, es ese malnacido el que controla el acceso —añadió Emily.

—Según las imágenes que tenemos de la otra ciudad, existe también un perímetro amurallado —recordó Robert—. Tendremos que abrirnos paso hasta la entrada de la ciudad antigua.

—Está muy bien protegida —dijo Kaelith—. Aunque Varken y sus hombres se pasan el día peleando entre ellos por diversión y maltratando a sus esclavos, su ejército de autómatas es más que suficiente para mantener el perímetro a salvo. Nadie puede acercarse a varios kilómetros sin que ellos lo sepan.

—Tendremos que encontrar una manera de entrar en ese lugar —dijo Emily.

—Será mejor que nos pongamos manos a la obra —dijo Taro—. Nos queda una buena travesía hasta la superficie.

Emily se giró hacia las escaleras. Solo de pensar en tener que regresar por ellas hizo que se sintiera muy cansada. Trató de no pensar en ello y volvió a mirar al asistente, que había observado impasible la conversación para asaltar Enok. Miró su porte serio y orgulloso. No era un asistente como los que habitualmente se encontraban en las instalaciones públicas. Por norma general, los que tenían que atender al público se parecían mucho más a la que se habían encontrado en la colonia de Marte.

Eso le hizo pensar en las razones que llevarían a elegir a una personalidad digital como la del Sofista. Lo habitual en instalaciones civiles era utilizar una personalidad femenina. Era una práctica que siempre había llamado su atención y que perpetuaba ciertos estereotipos sexistas. Se remontaba a siglos atrás y se basaba en la percepción de que la voz de una mujer resultaba menos amenazadora y más servicial que la de un hombre. Había cientos de estudios sociales que respaldaban ese tipo de prácticas, que se reducían a situar asistentes femeninas en instalaciones civiles y asistentes masculinos en instalaciones militares. Los militares seguían siendo incapaces de recibir información de una mujer. Lo sabía muy bien, porque ese fue el motivo por el cual creó a Ada con una personalidad femenina. Quería romper esa hegemonía y sustituir a Alan, la personalidad que gestionaba la estación espacial Galileo.

Eso le hizo plantearse algunas cuestiones.

—¿Estas instalaciones pertenecieron al gobierno de los Nuevos Estados Unidos?

—Solo en parte —respondió el asistente—. El gobierno de los NUSA formaba parte del conglomerado de países que construyeron este lugar.

La respuesta acabó por destapar las sospechas que habían estado rondando por su cabeza.

—¿A qué departamento o proyecto pertenecían estas instalaciones?

—Formaban parte del proyecto Atlas.

Robert y Taro fruncieron el ceño mientras Emily confirmaba todo lo que se temía. El descubrimiento de ese lugar era muy relevante para recolocar las piezas del rompecabezas que había permitido a la humanidad continuar poblando la Tierra.

—¿Bajo la dirección de quién se construyó este lugar?

—Todo estaba a cargo del director Michael Patterson —respondió el asistente—. Nacido en Newark, Nueva Jersey el 21 de marzo de 2274. Hijo de Mary y Phillip Patterson, una asistente social y un obrero de la construcción. Participó en los últimos años de existencia del proyecto Orfeo, aunque su solicitud de participación en la expedición fue denegada en dos ocasiones. Después de la partida del arca Asimov, se unió al proyecto Atlas como responsable del área tecnológica terrestre. Tras varios años destacando por sus capacidades de gestión, acabó siendo nombrado director del proyecto. Su discurso final pasó a la historia como la última retransmisión realizada en la Tierra antes del impacto.

El holograma modificó la imagen y Emily volvió a ver a su antiguo colaborador convertido en un anciano. El mismo que había conspirado para destruir la estación espacial Asimov, ahora parecía ser el héroe que había salvado a la humanidad de la extinción. Algo no cuadraba.

28
La valentía del hombre sabio

10 de abril de 3369

Enok Nova, la Tierra

El camino de regreso fue lento y mucho más silencioso que el de descenso. Además del esfuerzo necesario para volver a subir los cientos de peldaños que los separaban de la superficie, Emily tenía mucho en lo que pensar. Saber que el proyecto Atlas estaba involucrado en la construcción de todas esas infraestructuras la había sorprendido sobremanera. ¿Por qué lo ocultaron?

Pero lo que más le extrañaba era que Michael Patterson estuviera detrás de todo. Desde que se celebrara el juicio condenatorio de Jonathan Wiśniewski en la Asimov, Emily había pensado mucho sobre su antiguo colaborador. Compartió muchas horas con él, creando las redes neuronales que acabarían conformando el cerebro artificial de Ada, y acabó por considerarlo como algo parecido a ese hermano pequeño que nunca tuvo.

El vacío que sintió al enterarse de que había sido una de las partes necesarias para cometer el sabotaje de la estación espacial fue tal que le costó semanas recuperarse del shock. Nunca se había sentido tan engañada y decepcionada en su vida. Pero, de repente, en solo unos pocos días, descubría que él mismo había sido el responsable de preservar la vida en la Tierra. Era una mezcla de acciones muy extraña y poderosa. Saboteó uno de los proyectos para perpetuar la especie, pero acabó colaborando activamente en la construcción de otro.

Por aquel entonces, cuando Michael compartía proyecto con ella, muchas sectas fundamentalistas y grupos sociales de ambos

extremos del espectro político se opusieron a todo lo que representaba el Proyecto Orfeo. Pero en ningún caso podría imaginar que alguien fuera capaz de sabotear y asesinar a miles de personas como había ocurrido con el caso de la Asimov o con el atentado que acabó con la Copérnico, que, dicho sea de paso, fue un auténtico milagro que solo se cobrara dos vidas.

Emily había pensado muchas veces en toda esa gente, y aunque en determinados aspectos podía compartir algunas de las reclamaciones, entendía que existía una motivación detrás de todo ello. La reclamación en la que coincidían todos esos grupos era la obligatoriedad de haber nacido bajo un proceso de terapia genética. Los embarazos naturales habían dejado de ser algo habitual en la Tierra. Los niños venían al mundo en una placenta artificial, monitorizada en todo momento y que se desarrollaba desde gametos modificados genéticamente para evitar enfermedades congénitas. Al tratarse de terapias que no estaban al alcance de todos los bolsillos, se tildó al proyecto Orfeo de elitista. Y, en cierta manera, Emily lo comprendía, a pesar de que había una razón detrás de esa política de acceso: maximizar la calidad del material genético disponible.

Aunque seguían existiendo placentas artificiales y material genético inédito en la Asimov, el proyecto quería adelantarse a cualquier problema encontrado en el destino permitiendo y fomentando la procreación natural. Al igual que había ocurrido con Paula y Gorka, y con todos los supervivientes de la estación espacial Galileo, la selección de los individuos había permitido esquivar toda una serie de enfermedades de transmisión genética que habrían puesto en riesgo la viabilidad del proyecto. Pero, aun con todo, entendía las críticas. De hecho, el proyecto llegó a relajar las condiciones de acceso, permitiendo a personas no nacidas mediante esa tecnología realizarse pruebas de calidad genética para acceder al proyecto. Robert, sin ir más lejos, estaba allí gracias a esas nuevas condiciones. De cualquier manera, las quejas y demandas de esos grupos no les daban derecho a atentar contra las instalaciones del proyecto.

Emily llevaba meses pensando que, de alguna manera, Michael se había sentido apartado por todo lo ocurrido. Ella había intentado sin éxito que lo aceptaran en el proyecto, y tal vez esa frustración lo había empujado hacia alguno de esos grupos radicales. Pero ¿por qué aceptar después un puesto en el proyecto Atlas para salvar solo a una pequeña parte de la humanidad? ¿Qué era lo que había ocurrido para que cambiara su forma de pensar? Puede que se arrepintiera años más tarde de haber colaborado en el sabotaje, o tal vez tener familia cambiara su forma de pensar. Supuso que nunca lo sabría.

El cansancio se apoderó de su cuerpo cuando todavía le faltaban varios tramos de escaleras. Emily recordó las circunstancias en las que habían entrado allí. Kaelith parecía haberlos metido en el búnker de manera irregular, en contra de las recomendaciones de sus consejeros. Habían pasado varias horas, pero recordaba a Drenor, el jefe de su guardia, tratando de acercarse a la entrada para evitar lo que estaba a punto de ocurrir. De alguna manera, Kaelith parecía no tener tanto poder como cabía esperar del gobernador de la ciudad. Esperaba no causarle más problemas de los que ya tenía.

—¿Por qué Drenor quería evitar que nos metieras aquí dentro? —preguntó.

Kaelith resopló al recordar lo que les esperaba en el exterior.

—Miradme bien —dijo, mostrando su cuerpo famélico y débil—. No soy un guerrero ni un luchador. Me he pasado media vida hablando con el Sofista. Tengo muchos conocimientos sobre las sociedades antiguas, pero no soy capaz de entender cómo funciona la mía. Solo sé que, si no eres fuerte, no te toman en serio. Ni siquiera mis propios consejeros de gobierno lo hacen. Para ellos soy solo un pelele al que manejar.

—¿Y Varken?

—Varken prefiere tener a alguien como yo al mando —respondió con amargura y resignación—. Y todos los demás son conscientes de ello. De lo contrario, me habrían quitado de en medio hace ya

mucho tiempo. Soy el tonto útil que utilizan para no tener que dar la cara con él.

Emily vio un brillo de furia en su mirada. Aunque fue fugaz, se compadeció por la situación del gobernador. Vivir bajo el yugo de un caudillo que explota a tu pueblo y estar rodeado por personas que no te toman en serio no parecía la mejor de las situaciones.

—Pero espero que todo cambie —añadió con esperanzas renovadas—. Tal vez con vuestra ayuda podamos revertir la situación. Y no lo digo por la mía, nada de lo que pueda hacerme Varken va a acabar conmigo. Pero me gustaría que el bebé que estamos esperando pueda vivir en un lugar en el que la violencia no sea el eje principal de todo. Quiero que Enok Nova sea libre por fin, que la siguiente generación pueda comenzar a recuperar todo lo que perdimos al abandonar la ciudad subterránea.

—Veremos lo que podemos hacer —respondió Emily.

Recorrieron por fin el último tramo de escaleras y tanto ella como Taro tuvieron que apoyarse en sus rodillas para recuperar el aliento. Aunque la gravedad era menor a la de Kepler-442b, habían subido sin apenas descanso, y su desarrollo físico no era el más adecuado. Kaelith, que parecía estar más que acostumbrado a recorrer ese camino, los miró con una ligera sonrisa de comprensión y esperó a que recuperaran el resuello antes de sacar de nuevo su llave y abrir la puerta de metal que los separaba del exterior.

De inmediato escucharon actividad al otro lado. Para cuando la puerta se abrió, ya tenían una docena de ballestas apuntándoles. Poco después apareció Drenor y se abrió camino hasta ellos.

—Por fin os dignáis en regresar —les dijo con gesto serio—. Esto es del todo irregular, gobernador.

—Diles a tus hombres que bajen las armas —ordenó Kaelith sin demasiada seguridad.

—No —negó él—. El consejo ha decidido entregar a los extranjeros a Varken. Ahora mismo son nuestros prisioneros.

—No —insistió, alzando la voz—. Ellos van a ayudarnos a acabar con Varken y sus secuaces.

—Me temo que esa decisión no me corresponde a mí tomarla —siguió Drenor—. Solo sé que tengo que llevar a los presos junto con los demás.

—Entonces, tendrás que llevarme preso a mí también —respondió, interponiéndose entre los soldados y ellos.

Drenor tomó aire, visiblemente irritado por la obstinación del gobernador. Después hizo un gesto a sus soldados para que no bajaran las armas.

—No me obligues a hacer algo que no quiero hacer, Kaelith —advirtió.

—Tranquilo —le dijo Emily, colocando la mano en su hombro—, no queremos causar más problemas de los que ya tienes. Iremos con Drenor. Tú intenta convencer al consejo para que podamos trazar un plan para liberar Enok.

Él la miró y dudó, pero poco después vio cómo ese brillo de rebeldía repentina desaparecía de su mirada. Se apartó y los soldados volvieron a apuntarles con sus armas. Drenor lo miró como quien mira a un chiquillo díscolo, pero con algo de alivio por no tener que cumplir su promesa. El grupo de soldados escoltó a los tres de vuelta al edificio en el que esperaban los demás mientras los ciudadanos de Enok Nova contemplaban la escena con prudente curiosidad.

Cuando llegaron a la improvisada prisión vieron que estaba mucho más vigilada y protegida que cuando marcharon. En el interior aguardaban todos los demás, que se levantaron del suelo cuando Emily entró por la puerta.

—¡Pensábamos que os había pasado algo! —dijo Evelyn, aliviada.

—Estábamos a punto de organizar una operación de rescate —añadió Chad—. Nos ha costado mucho retener a Ferrara.

—¿Dónde habéis estado todo este tiempo? —preguntó Paula.

—El gobernador nos ha enseñado un lugar de lo más interesante —reveló Emily.

Les contó lo que habían visto, lo que habían hablado con el gobernador y toda la información que les había revelado el Sofista, incluyendo la pertenencia de esas instalaciones al proyecto Atlas.

—¿Había tres cerraduras? —preguntó Ferrara.

—Sí —confirmó Emily.

—Eso significa que hay otras dos ciudades subterráneas.

Emily la miró extrañada, no se le había ocurrido esa opción.

—¿Cómo estás tan segura de eso? —preguntó—. No hemos encontrado ninguna otra ciudad poblada en la superficie.

—Porque no parece que tenga mucho sentido que los responsables del proyecto dejaran todas las llaves en el mismo lugar, ¿no? —explicó—. Además, si lo que hay detrás de esa puerta es un arma, cabría esperar la colaboración de las tres ciudades para poder utilizarla.

—¿Un arma? —preguntó Emily—. No creo que sea un arma lo que hay ahí dentro.

—¿Cómo estás tan segura?

—Las civilizaciones se han ido al garete, ¿contra quién sería necesario utilizar un arma?

Ferrara se encogió de hombros.

—Entonces ¿qué puede haber allí abajo tan importante como para estar oculto por unas medidas de seguridad tan estrictas?

—No lo sé. —Emily imitó el gesto de la sargento—. Tal vez, tecnología para recuperar la situación atmosférica previa. Una especie de sistema de terraformación como el que recuperamos de la Galileo.

—¿Y dejar la supervivencia de la especie en manos de la colaboración entre tres ciudades aisladas? —preguntó Miller—. No parece tener mucho sentido.

—Quizá buscaban que no cometiéramos los mismos errores del pasado —comentó Chad.

—Sea lo que sea lo que hay ahí abajo, ahora mismo no es nuestra prioridad —intervino Robert—. Tenemos que encontrar el renio.

—¿Y qué se supone que debemos hacer de mientras? —preguntó Ferrara—. ¿Esperar a que el consejo haga caso al gobernador? Opino que deberíamos salir de aquí, cueste lo que cueste.

—Negativo. No quiero poner en riesgo las vidas de nadie si no es necesario —respondió Robert—. Estaremos atentos y esperaremos noticias del gobernador.

—Con el debido respeto, señor, pero puede que para cuando el gobernador le eche un par de huevos, ya sea demasiado tarde —insistió Ferrara—. Si Varken vuelve a presentarse en la ciudad sin que Balakova maneje la nave, perderemos la oportunidad de salir de aquí.

—Lo sé, y aun así, he tomado mi decisión —zanjó Robert—. Además, Adeon puede manejar la nave de forma autónoma. Solo necesita un humano para utilizar el armamento. Nos sigue valiendo como método disuasorio.

—¿Y si avisamos a los demás para que vengan con el crucero hasta aquí? —sugirió James—. No hay mejor arma disuasoria que una nave alienígena de casi un kilómetro de longitud.

—Lo hemos sopesado mientras estabais fuera y no sabíamos si ibais a volver —explicó Paula.

—No tenemos por qué utilizar el arma gravitatoria —prosiguió James—. Pero yo si fuera un enokiano, me lo haría encima.

—Ese será nuestro plan B —asintió Emily—. Pero prefiero que nadie vea una enorme nave alienígena, al menos si podemos evitarlo.

—Démosle una oportunidad al gobernador —concluyó Taro.

Kaelith entró airado en el edificio del gobierno de la ciudad. Estaba dispuesto a plantar cara a sus consejeros, a cambiar las cosas de una vez por todas. Su pueblo ya había aguantado demasiado, tenían que acabar para siempre con la amenaza de Varken. Recorrió el pasillo que conducía al salón del consejo, donde a buen seguro los demás esperaban su llegada. Escuchó voces discutiendo al otro lado. Pero cuando estaba a punto de cruzar el umbral se detuvo. Su determinación se diluyó como la sal en el agua. Dudó. Él no era un líder militar. Si ni siquiera era capaz de hacerse valer delante de sus propios consejeros, ¿cómo iba a plantarle cara a Varken?

Retiró la mano del pomo de la puerta y dio media vuelta, con la mirada perdida y su mente rebosante de dudas. ¿Serían esos extranjeros suficiente para acabar con Varken para siempre? Llevarlos ante el Sofista le había servido para verificar su relato, pero seguía sin garantías de que ellos pudieran acabar con su ejército de autómatas.

«Forman parte del proyecto Orfeo», pensó. «Eso tiene que significar algo. Tenemos que aprovechar la oportunidad, puede que no tengamos otra nunca más»

—¿Piensas seguir dudando mucho tiempo? —dijo una voz femenina desde el otro lado de la antesala en la que se encontraba.

Él se giró y vio a Vireen sentada en una silla de mimbre, observándolo con semblante serio. Se puso nervioso, como siempre que hablaba con ella. Desde que regresó a la ciudad después de pasar media vida como la esclava sexual de Varken, Kaelith apenas se había atrevido a mirarla a los ojos. Aunque la admiraba y la respetaba por todo lo que había sido capaz de aguantar, su presencia lo seguía intimidando como la primera vez que la vio.

Tras ser abandonada por Varken, Vireen fue capaz de recorrer la distancia que separaba Enok de Enok Nova. Caminó sola durante días, alimentándose de lo poco que encontró a lo largo del camino. Un campesino nómada la halló medio muerta, con el cuerpo demacrado y los dedos de los pies congelados por el frío. El hombre

la salvó de una muerte segura y la acogió en su casa, donde logró que recuperara las fuerzas. Después la llevó hasta Enok Nova para que los curanderos de la ciudad hicieran algo con sus dedos ennegrecidos. Le tuvieron que amputar siete, pero, a pesar de seguir convaleciente y muy débil, tuvieron que dejarla bajo vigilancia hasta asegurarse de que no era una espía de Varken. Aun así, logró reducir a los guardias que la custodiaban y trató de escapar de la ciudad. Drenor, que había sido recién nombrado jefe de la guardia fue el único que logró reducirla, así de salvaje era su espíritu. Kaelith contempló la escena obnubilado, como si estuviera delante de una amazona indómita, capaz de acabar con el mejor de los guerreros de Enok Nova.

Después de lograr que se calmara, descubrieron que había sido una de tantas niñas robadas por Enok en la época en la que su padre había sido el gobernador. Durante los días siguientes a su reaparición, el consejo de gobierno decidió que la mujer sería ideal para tratar de darle descendencia. Organizaron su boda en menos de dos semanas y ambos acabaron unidos a un desconocido sin darse cuenta.

La primera noche fue muy tensa. Él ni siquiera fue capaz de acercarse a ella, que lo miraba con odio y desconfianza. Al carácter obligatorio de la unión había que sumarle el hecho de que ella era una de las niñas robadas por el antecesor de Varken cuando su padre todavía era el gobernador de Enok Nova. Eso colocaba a Kaelith en una situación de lo más incómoda, ya que él mismo tendría que entregar a algunas de las niñas de la ciudad a Varken de la misma manera que su padre lo había hecho con ella. Vireen, que anhelaba la libertad, solo deseaba escapar de su nueva prisión.

Con el paso de los meses, ambos se fueron acercando. Vireen vio que no solo era inofensivo, sino que se trataba de un pusilánime controlado por un pequeño grupo de consejeros que lo manejaban a su antojo, como a una marioneta. Y aunque en un principio le generó rechazo, ya que ella estaba acostumbrada a las demostraciones de fuerza de los hombres salvajes y despiadados de Enok, comenzó a verlo de otra manera. A pesar de sus constantes

desplantes, era dulce con ella y parecía tener grandes conocimientos. Sabía cómo arreglar la tecnología y cómo cuidar los cultivos para evitar que la ceniza los echara a perder. Era capaz de comprender por qué a veces la lluvia era ardiente. Durante su gobierno, Enok Nova había experimentado un crecimiento sin precedentes, llegando a tener la mayor población de las últimas generaciones. En cierto modo, ella comenzó a ver el verdadero valor que había tras esa fachada de hombre delgaducho y tímido.

Trató de cambiarlo, intentó que plantara cara a su propio consejo. Él era el gobernador, y no ellos. Pero había sido incapaz; a la hora de la verdad, siempre se arrugaba delante de sus consejeros. Aunque sus ideas disruptivas fueran mucho mejores que las de ellos, siempre se plegaba a la corriente conservadora que le venía impuesta por los más ancianos.

—Yo… estoy pensando —se excusó él.

Ella entornó los ojos, consciente de que ese era el paso previo antes de claudicar, como hacía siempre.

—¿Vas a comportarte como un hombre de una vez por todas? —lo retó—. Dentro de poco tendremos un hijo o una hija. No quiero que se avergüence de la clase de hombre que es su padre.

—No es tan sencillo —se excusó—. En el consejo no se fían de los extranjeros.

—Seguramente tengan razones para ello, ¿y qué? —argumentó ella—. ¿Puede haber algo peor que el control que Varken tiene ahora mismo sobre la ciudad?

Él agachó la cabeza y no dijo nada. Era evidente que ella tenía razón, pero si fracasaban, la situación empeoraría sin duda.

—Esos extranjeros son diferentes a nosotros —siguió ella—. La mujer que los lidera no tiene miedo, lo he visto en sus ojos. Eso solo puede significar que se saben superiores a Varken. Tenemos la oportunidad de asestarle un gran golpe, hacerle pagar por todo lo que ha hecho, por todo lo que sus predecesores nos hicieron.

—Pero será casi imposible hacerse con el control de Enok —farfulló él—. Tienen un ejército de robots a su servicio.

—¿Has visto el tamaño de la nave que tienen los extranjeros? —preguntó ella—. Tú mismo me dijiste que Varken se había arrugado ante semejante muestra de poder.

—Y así fue.

—Entonces, entra ahí y aprovecha la oportunidad —le espetó—. La mujer parece dispuesta a colaborar, no podemos quedarnos de brazos cruzados.

—Si no lo conseguimos, las consecuencias serán desastrosas para todos.

—Entonces, haz lo posible por tener éxito —respondió.

Él guardó silencio. Su respiración se volvió agitada, como si estuviera reuniendo la valentía para hacer frente a su consejo.

—¡Deja de dudar! —lo empujó—. Entra ahí y pon en práctica todo lo que hemos hablado. No apartes nunca la mirada y mantén la cabeza erguida. ¡Tú eres el gobernador y no ellos!

Kaelith recuperó de sopetón todo el aplomo que había perdido al quedarse en el umbral de la puerta. La abrió de un empujón y entró dentro de la sala del consejo para asegurarse de que se cumplirían sus órdenes.

29
Conoce a tu enemigo

10 de abril de 3369

Enok Nova, la Tierra

La incertidumbre que vivieron durante esas dos horas fue terrible para Emily. Sentía una y otra vez la mirada de Ferrara sobre su nuca, exigiéndole que entrara en razón y pasaran al ataque en lugar de esperar a que los llevaran al matadero. Kaelith había prometido convencer al consejo para que intentaran asaltar Enok y acabar con Varken y su reinado de terror. Pero el tiempo pasaba sin tener ninguna noticia de él y cada vez comprobaba la hora con mayor asiduidad. No quería tener que abrirse paso hasta la Phoenix, pero lo haría si se veían obligados. Además, Virgil podría llevar el crucero insectoide hasta donde estaban en muy poco tiempo, aunque esperaba que nada de eso fuera necesario.

Robert se había asomado tímidamente al exterior para comprobar si las palabras de Drenor eran ciertas y había más seguridad. Así era. Además de una mayor presencia de soldados en los alrededores del edificio en el que se encontraban recluidos, pudo ver guardias colocados a lo largo de la precaria muralla de la ciudad, a cargo de esas balistas que parecían capaces de perforar placas de metal de gran grosor.

Chad caminaba nervioso por la estancia mientras Taro descansaba en posición de loto. Aunque el japonés era capaz de mantener la calma en casi cualquier circunstancia, el mero hecho de verlo en ese estado de meditación era señal inequívoca de que la situación era complicada. De repente, escucharon voces y pasos que se acercaban. Taro abrió los ojos y se incorporó de inmediato. Todos se agolparon cerca de la puerta de entrada para ver quién o quiénes estaban organizando ese pequeño alboroto.

—Abrid paso —escucharon a alguien dirigirse a los guardias.

Kaelith apareció de repente en el interior del edificio. Emily lo observó. Se le notaba nervioso, pero la sonrisa de su boca la tranquilizó de inmediato. Era una sonrisa de total satisfacción, y supo que había conseguido su objetivo. Los miró uno por uno antes de hablar, como si estuviera paladeando una victoria dulce tras muchos años de amargas derrotas.

—Quiero disculparme en nombre de la ciudad de Enok Nova por haberos mantenido cautivos en este lugar —les dijo—. Pero, tras deliberar con el consejo de gobierno, hemos decidido devolveros la libertad.

Hubo una ronda de suspiros entre los presentes, que celebraron que la situación por fin volviera a la normalidad.

—He hablado con vuestra líder y he decidido que os ayudaremos a encontrar ese mineral que os hace falta. Sin embargo, para lograr vuestro objetivo tendremos que entrar en la antigua ciudad de Enok, que está custodiada por Varken y sus secuaces.

Hizo una pausa para que todos asumieran que iban a tener que entrar en combate.

—Eso nos lleva a la segunda parte del trato —continuó con un tono más serio—. He acordado con el consejo de gobierno que nos ayudaréis a liberar a Enok Nova de la tiranía de los caudillos de Enok. Una vez venzamos a Varken y consigamos el material necesario para arreglar vuestro vehículo, deberéis continuar con vuestro camino hacia el lugar a donde os llevaban vuestros pasos antes de llegar aquí.

Hizo una nueva pausa para mirarlos a todos.

—¿Tenemos un trato? —preguntó poco después.

—Tenemos un trato —dijo Emily, extendiendo su mano.

Kaelith, que ya había aprendido lo que significaba ese gesto, se la estrechó con energía, sellando el pacto que los liberaría de décadas de esclavitud y de abusos indiscriminados.

—¡Excelente! —exclamó él, satisfecho. Después alzó la vista y revisó el lamentable estado en el que se encontraba ese lugar, con tan solo medio techo construido—. Será mejor que salgamos de aquí antes de que la otra mitad del techo se venga abajo.

Más tarde, Emily, Robert y Taro, fueron conducidos a la misma sala del consejo donde Kaelith había discutido con sus consejeros sobre la colaboración con los extranjeros. Drenor los acompañó hasta la antesala. No dijo nada en todo el camino, pero su semblante duro expresaba mucho mejor su sentir que cualquier palabra que saliera de su boca.

Allí dentro aguardaba también Vireen, que observaba la escena desde un lugar apartado, siempre atenta y en un segundo plano. Emily supo por su mirada que influía en la política mucho más de lo que aparentaba. Kaelith los invitó a pasar a la sala del consejo, donde se encontraron con una sencilla mesa construida a partir de una plancha metálica. Por su aspecto artesano, saltaba a la vista que ese no había sido el propósito original de ese enorme trozo de metal.

Alrededor de la mesa había varias sillas vacías, pero también cuatro hombres de diferentes edades. Iban ataviados con unas túnicas de color púrpura adornadas con extraños detalles y artilugios, sin duda extraídos de algún montón de chatarra del mundo antiguo. Emily reconoció componentes electrónicos, cables y transformadores a los que se les había dado un segundo uso como adornos distinguidos. Supuso que para ellos sería una señal del estatus del que disfrutaban formando parte del consejo.

Los cuatro hombres se pusieron en pie en cuanto el gobernador entró en la sala. Aunque parecía una muestra respetuosa, Emily no pudo evitar pensar en la hipocresía que demostraban. Según habían escuchado a Kaelith, ellos eran los mismos que lo ninguneaban y lo obligaban a seguir sus consejos, gobernando desde las sombras. Y aunque podía entender el miedo que los había empujado a actuar de

esa manera, la reunión los pondría cara a cara con aquellos que los querían entregar a Varken.

Esperaron a sentarse a que Kaelith ocupara su lugar en la cabecera de la mesa, que además de ser irregular tenía un montón de abolladuras y desconchones. Los consejeros se quedaron en un lado y ellos tres, en el otro. Tenerlos tan cerca les permitió observarlos con detenimiento. Su proximidad al gobernador en la mesa era proporcional a la edad que tenía cada uno de ellos. El más cercano era un anciano al que una enorme cicatriz en la cara le cruzaba un ojo vidrioso y sin vida. Su expresión no era demasiado amistosa si la comparaba con las de los demás, dando a entender que no estaba conforme con su presencia en la mesa de diálogo.

El resto de los consejeros iban recorriendo los rangos de edad hasta el último, un joven imberbe y enfermizo que no tendría ni veinte años y que necesitaba mejorar su dieta con urgencia. Los otros dos guardaban silencio mientras el más anciano no les quitaba el ojo de encima.

—Bien, como ya sabemos, nuestra intención es entrar en Enok —empezó Kaelith cuando los demás se sentaron—. Me temo que Varken no nos dará permiso para ello, por lo que tendremos que hacerlo por la fuerza. El equipo de la directora Rhodes se encargará de trazar un plan de acción para que podamos acabar con las defensas de la ciudad.

Kaelith miró a Emily y le dedicó una tímida sonrisa.

—Por otro lado —continuó después de hacer una pausa—, necesitaremos contestar a todas las preguntas que ayuden al equipo del proyecto Orfeo a hacerse una idea de lo que se encontrarán en Enok.

—Esto es una locura —saltó el anciano—. Estás a tiempo de detener este sinsentido, Kaelith. Si fracasas, Varken no se detendrá hasta reducir este lugar a cenizas.

—La decisión está tomada —respondió él, haciendo un gran esfuerzo por mantener su postura y no sucumbir ante la mirada dura e inquisitiva de su consejero.

—¡Joven insolente! —bufó el anciano—. Tu padre nunca habría osado llevarnos la contraria.

—Mi padre no está aquí —respondió él con terquedad—. Y dejaremos este tema. Debemos centrarnos ahora en el motivo de esta reunión.

—Te arrepentirás de esto. —La amenaza del anciano quedó flotando en el silencio que sobrevino tras la discusión. Su ojo sano se posó sobre ella. Emily detectó una gran inquina en el consejero, que a buen seguro estaba acostumbrado a un Kaelith más dócil y obediente.

—Directora Rhodes, si es tan amable —Kaelith le hizo un gesto—. Pregunte lo que necesiten saber.

—Gracias, gobernador —comenzó con una leve inclinación de cabeza—. Lo primero que nos gustaría conocer es cuántas personas viven en Enok y, de todas ellas, cuántas forman parte del ejército de Varken.

Emily vio cómo el anciano se cruzaba de brazos. No parecía muy dispuesto a colaborar, así que miró a los demás consejeros. El segundo en edad y rango, que atendía al nombre de Ravelk, tomó la palabra:

—En Enok viven unas mil quinientas personas —dijo—. De esas, solo doscientos hombres forman parte de la guardia personal de Varken. El resto son esclavos, mujeres y algunos niños, aunque muy pocos logran sobrevivir en ese lugar. La falta de higiene y la violencia de los mayores acaba con ellos incluso antes de nacer.

Emily se imaginó cómo debía de ser vivir allí. Decenas de mujeres sometidas a los deseos carnales de los hombres de Varken, sin ningún tipo de higiene ni medidas sanitarias. La vida era un milagro y una tortura al mismo tiempo.

—¿Cómo se organiza la guardia de la ciudad? —preguntó Robert —. ¿Varken tiene lugartenientes en los que confíe?

Ravelk soltó un sonoro bufido.

—Varken no se fía ni de su sombra —reveló—. Y no es para menos, está rodeado de bastardos que ansían su posición dominante. No sería el primero que acaba siendo asesinado por sus propios hombres. Y, respondiendo a tu pregunta, él es el líder supremo de la ciudad, pero si tuviera que elegir a alguien como segundo al mando, ese sería sin duda Kelmar. A diferencia de Varken, que siempre va de cara, Kelmar es calculador y sibilino. Pero no os dejéis engañar, es tanto o más despiadado que Varken.

—¿Cómo consigue a sus hombres si nacen tan pocos niños? —preguntó Taro.

—Los roban, por supuesto —señaló Ghoren, el tercero de los consejeros, que tendría la misma edad que Kaelith—. Kelmar fue compañero mío de juegos cuando éramos niños. El predecesor de Varken en el trono se lo llevó hace ya muchos años.

—¿Nació aquí?

—La inmensa mayoría lo hicieron —aclaró Ravelk—. Muchos de los hombres de Varken también son de los nuestros.

—Pero, si son niños criados aquí, ¿por qué no se han revelado en contra de esta barbarie?

—Porque los someten —aseguró el más anciano—. Los arrancan de los brazos de sus madres cuando todavía son muy jóvenes y allí los someten al peor de los infiernos. Los atan, los torturan, los arrastran y los vejan hasta que sus mentes claudican. Solo aquellos mentalmente más fuertes son capaces de soportar un proceso tan brutal, pero, por desgracia, nunca vuelven a ser los mismos. Se convierten a un sistema brutal que los moldea a imagen y semejanza de Varken.

—¡Qué horror! —suspiró Emily.

—Pero, aunque sea por simple humanidad, alguno tiene que arrepentirse de cometer sobre otros niños inocentes las mismas tropelías que cometieron con ellos —añadió el anciano.

—Sobreviven muy pocos, y los que lo hacen, enloquecen —aseguró Ravelk, que dedicó una mirada al gobernador—. Hay algún

caso aislado, pero no suele ser lo normal. Incluso para ellos es complicado escapar de ese infierno.

—¿Hay alguna manera de conversar con alguno de los lugartenientes del ejército sin Varken de por medio? —preguntó Robert.

—Si lo que intentan es buscar una traición —intervino el anciano —, será mejor que se vayan olvidando. Puede que consigan que Varken acabe asesinado, pero otro ocupará su lugar, y lo hará con una demostración de violencia inusitada e innecesaria para presentarse ante el resto de los hombres. Son salvajes y, por lo tanto, solo comprenden el lenguaje de la violencia. Hacer un pacto con Enok Nova o con unos extranjeros —pronunció la palabra de manera muy despectiva—, los hará parecer débiles. Eso provocaría su caída inmediata. Ya se ha intentado en el pasado y no salió bien.

Emily asistió en silencio a las disertaciones de los consejeros. Mientras el más joven parecía estar solo de oyente, como si todavía estuviera aprendiendo el oficio, los demás parecían querer dar sus opiniones. La vehemencia y desdén con el que hablaba el más anciano era más que notable. Teniendo en cuenta que se le suponía una mayor sabiduría, supuso que su oposición al plan de actuación se contagiaría sobre los demás. Deberían tenerlo en cuenta para poder separar la información útil de la contaminada por la subjetividad.

—De acuerdo —aceptó Robert, que manipuló su brazalete para mostrar un plano aéreo de la ciudad de Enok, cerca de la antigua población de Roswell, en Nuevo México—. ¿Qué nos pueden decir de sus defensas?

—Son inexpugnables —aseguró Ravelk.

—¿Alguno de vosotros ha estado allí dentro alguna vez? —quiso saber Emily.

—Tanto Ravelk como yo mismo —dijo el anciano—. Y es tan difícil entrar en ese lugar como salir de él. Tu vida corre peligro incluso cuando la visita solo es debida a la entrega de la cuota mensual de alimentos y animales.

El anciano se señaló la cicatriz de la cara, dando a entender que su ojo muerto era consecuencia del desaire de alguno de los caudillos durante el transcurso de una de esas visitas. Emily se estremeció en la silla al imaginarse en una situación similar, indefensa frente a un grupo de salvajes sin escrúpulos.

—¿Qué más nos pueden contar? —insistió Robert.

—La muralla es más sólida que la de Enok Nova —respondió el segundo de los consejeros—. Nunca ha sido tomada, por lo que no ha tenido que ser reconstruida jamás. Está reforzada con puntales de acero extraídos de la ciudad antigua. Es imposible derribarla. Además, al ser mucho menos extensa que la nuestra, disponen de defensas por todo el perímetro.

Robert contó los puestos de vigilancia que había sobre las murallas de la ciudad. No había duda de que había muchos más que en Enok Nova.

—¿Están todos siempre ocupados?

—Sí —respondió el consejero—. Y no solo para controlar lo que ocurre en el exterior. Varken es muy inteligente en ciertos aspectos. Trata bien a sus hombres, les consigue mujeres y alimento, les proporciona bebidas alcohólicas y diversión en forma de duelos. A cambio, ellos solo tienen que trabajar duro para controlar lo que ocurre en el interior de la ciudad.

»Cualquier conato de insurrección por parte de sus hombres es dirimido en el pozo de combate, donde cualquiera puede desafiar a muerte a otra persona. Los mantiene ocupados y les ofrece sangre a cambio de sumisión.

—¿Qué hay de los robots?

—Forman parte de la guardia personal de Varken —aclaró Ravelk —. Creemos que son controlados por uno de sus esclavos más fieles.

—¿Quién es ese esclavo? —preguntó Emily, viendo un posible punto débil en la defensa de la ciudad.

—No lo sabemos —respondió el más anciano—. El anterior murió asesinado por el propio Varken hace un par de años. Además,

Varken lo mantiene aislado. Nadie, ni siquiera sus lugartenientes, pueden hablar con sus esclavos personales. No es posible hablar con nadie de Enok sin que Varken lo sepa. Sus drones sobrevuelan la ciudad de manera constante. Como ya os hemos dicho, es inexpugnable.

Robert hizo una pausa en el interrogatorio que el resto aprovechó para observar el holograma que demostraba todo lo que acababan de hablar.

—¿De cuántos autómatas dispone? —preguntó Taro.

—No lo sabemos a ciencia cierta —aseguró el segundo consejero —. Pero teniendo en cuenta que había miles dentro de la antigua ciudad, podrían disponer de todos los que quieran. Aunque dudo que sean más de cincuenta.

Cincuenta era una cifra que no podían obviar. Sin conocer las características ni su forma de operar, era muy complicado trazar un plan de contingencia. Pero desde luego, sería algo de gran importancia en un hipotético ataque. Los robots no fallaban un disparo, no se cansaban ni tenían remordimientos. Además, Emily estaba convencida de que sus servomotores dedicados tendrían más potencia que los de los exotrajes. La confrontación directa quedaba descartada.

—¿De dónde sacan la energía para utilizarlos? —preguntó ella.

—Disponen de dos estaciones de recarga. Los líquidos que corren por sus circuitos tienen que ser purgados y reconstituidos después de varias semanas de uso —explicó el gobernador—. Hace mucho tiempo también disponíamos de estaciones como esas para nuestros robots.

—Espera, ¿has dicho líquidos? —interrumpió ella.

—Sí, los robots se alimentan de una batería líquida que recorre sus circuitos y que necesita ser renovada cada cierto tiempo —respondió Kaelith con una expresión de orgullo por conocer una tecnología de la que ellos no tenían constancia—. Pero no puedo dar muchos más detalles, desconozco cómo funciona esa especie de sangre robótica.

—¿Qué ocurrió con los robots que teníais en Enok Nova?

—Fueron destruidos en diferentes ataques desde Enok, hace ya mucho tiempo —reveló el gobernador, que se encogió de hombros—. Como ya sabéis, ayudaron a construir este lugar y convivieron entre nosotros durante los primeros años. Pero cuando surgieron los primeros caudillos, enseguida se dieron cuenta de que representaban un riesgo. Ellos se quedaron con muchos, pero la mayoría fueron destruidos y convertidos en chatarra.

Emily torció el gesto. No disponer de tecnología similar los colocaba en inferioridad de condiciones con respecto a Varken. Decidió ahondar en el tema para hacerse una idea de qué podían utilizar para asaltar la ciudad rival.

—¿De qué tecnología disponemos en Enok Nova?

El gobernador miró a sus consejeros, que guardaron silencio.

—¿Que nos sirva de algo? —preguntó el gobernador—. Nada, aparte de los vehículos blindados en los que os trajeron hasta aquí.

—Pero disponéis de un sistema de calderas bastante complejo —esgrimió Emily—. ¿No tenéis ninguna otra tecnología similar de la que podamos hacer uso?

El gobernador pareció pensar en la respuesta, pero acabó por sacudir la cabeza negativamente.

—No, solo disponemos de aquello que nos permite sobrevivir —dijo por fin—. Las calderas, el generador y todo lo necesario para arreglar las averías: soldadores, herramientas y repuestos. Nada que pueda ser utilizado en contra de Varken y sus secuaces.

—¿Hay alguna forma de comunicarse con ellos? —preguntó Robert.

—¿En qué sentido? —quiso saber Kaelith, que parecía llevar la voz cantante en cuanto a tecnología se refería.

—¿Conocéis la radio?

—¡Ah! Te refieres a los sistemas para hablar con otras personas en la distancia. —El gobernador cayó en cuenta—. Drenor dispone de algunos aparatos antiguos para comunicarse con sus hombres,

pero cada vez tenemos menos y muchas veces no somos capaces de arreglarlos. Pero no, no existe un sistema de comunicación directa con Enok.

Emily pensó en lo que acababa de decir Kaelith. Si nadie podía comunicarse con ellos, ¿cómo habían conseguido enterarse tan pronto de su llegada a Enok Nova? Ambas ciudades estaban separadas por más de cuatrocientos kilómetros de distancia. Eso, por tierra, llevaría más de cuatro horas a buen ritmo, teniendo en cuenta la ausencia de infraestructuras. Eso solo dejaba dos opciones posibles: o había alguien en Enok Nova que disponía de un sistema de comunicación directo con Varken, o alguno de sus drones estaba permanentemente espiando la ciudad. Estudió las reacciones de los consejeros para tratar de averiguar si alguno de ellos podía estar pasando información al caudillo, pero lo único que encontró fue la mirada inquisitiva del consejero de más edad.

—Al llegar vimos grandes montones de chatarra —dijo Emily—. Si hace tiempo se destruyeron los autómatas, ¿dónde se tiraron los restos?

El gobernador la miró con curiosidad. Creía entender lo que pretendía, pero por su reacción posterior, pareció no verlo factible.

—Hay algunos vertederos antiguos no muy lejos de aquí —respondió—, pero no creo que podamos recuperar demasiado. Han pasado muchos años. Además, no disponemos de ninguna estación de recarga.

—Bueno, eso déjalo de nuestra cuenta —respondió ella.

—¿Qué pretendes hacer, mujer? —preguntó el anciano con tono hostil—. Cualquier ataque que intentemos a esa fortaleza nos será devuelto por diez. No sabéis con quién estáis jugando.

—¡Oh! No pretendo atacar la fortaleza. —Emily negó haciendo aspavientos—. Pero si no podemos atacarlo, tendremos que ofrecerle algo con lo que podamos negociar una tregua.

Robert la miró con el gesto torcido. No sabía qué era lo que estaba pasando por su cabeza, pero imaginaba que tenía un plan. Supuso que tendría que descubrirlo cuando llegara el momento.

30
Pacto con el Diablo

10 de abril de 3369

Enok Nova, la Tierra

Tras concluir la reunión en la sala del consejo de Enok Nova, Kaelith les indicó que los acompañarían a su nueva residencia, mucho más acorde con la situación actual que la anterior. La luz del sol era ya bastante tenue y el atardecer comenzaba a teñir la ciudad de un color anaranjado. Drenor, el jefe de la guardia, los acompañó hasta la entrada de sus nuevas dependencias. Y aunque seguía sin estar de acuerdo con el giro que había dado la situación, no dijo nada. Era un hombre extraño, no parecía como los demás soldados que custodiaban la ciudad. Era decidido y serio. No daba la impresión de ser de esas personas que rehúyen una pelea. Parecía un soldado de verdad.

El nuevo edificio era mucho más grande y tenía mejor aspecto que el otro, cuyo techo podía venirse abajo en cualquier momento. Era de reciente construcción y estaba dividido en diferentes estancias. Dentro se encontraron con el resto de sus compañeros, salvo Balakova y Huang, que habían pedido regresar a la nave para tenerla a punto en caso de necesidad.

Por orden de Kaelith, les habían llevado algo de comida. Nada de lo que había parecía demasiado apetecible, pero estaban hambrientos y James, Alberto y Chad ya la habían probado. Había verduras y algo de carne, tal vez cordero, aunque no parecía ser de un animal muy bien alimentado.

Robert apartó a Emily antes de que hablaran con los demás.

—¿Qué es lo que tienes pensado? —preguntó entre susurros.

—Igual es solo una idea estúpida —respondió ella—. Pero…

Ella lo miró a los ojos. Esos profundos ojos verdes en los que se había perdido tantas veces. Esos a los que ella no era la única que podía mirar.

—No he podido hablar contigo a solas desde lo que pasó el otro día —dijo en un susurro.

—No pasa nada —respondió él—. Está olvidado.

—Sí que pasa. Y creo que es importante que te pida disculpas —añadió—. No sé qué me pasó, pero creo que perdí la perspectiva. Ese hombre es un monstruo y logró sacar lo peor de mí.

—No te preocupes —insistió él—. Es agua pasada. Tal vez yo no tuve suficiente tacto para manejar la situación.

—No, tú hiciste lo que debías. Evitaste una confrontación que no podíamos ganar.

—Espero que tu idea nos haga tener más opciones —sonrió él—. ¿Qué es eso de hacer un trato con él?

Emily miró en todas direcciones, como si temiera que alguien estuviera escuchando.

—Es solo una idea —repitió—. Pero creo que será mejor que no hablemos aquí dentro.

Robert se envaró.

—Creo que hay un topo —confesó ella—. Si lo piensas bien, Varken y sus secuaces llegaron a Enok Nova poco después de nuestra llegada.

—¿Crees que uno de los miembros del consejo está pasando información a Varken?

—El más anciano de todos ha tratado de dinamitar todo lo que se nos ocurría como posible vía de escape —respondió.

—Pero ¿qué es lo que Varken podría ofrecerle a cambio?

—No lo sé —reconoció—. Pero hay algo extraño en toda esta situación.

—Ven —dijo él cuando terminaron de hablar—, será mejor que volvamos con los demás.

Cuando regresaron, Taro les estaba poniendo al día de lo que había ocurrido en la reunión con los consejeros. El subdirector del proyecto se abstuvo de hacer valoraciones subjetivas sobre cualquiera de los miembros del consejo y solo les contó la situación en la que se encontraban de cara a organizar una operación con la que derrocar a Varken.

—Deberíamos reducir ese sitio a cenizas —opinó James.

—No seas bruto —le recriminó Alberto—. Hay personas inocentes ahí dentro, esclavos que viven en condiciones infrahumanas.

—No podemos lanzar un ataque frontal —zanjó Emily—. Le ofreceremos un trato a Varken.

—¿Un trato? —preguntó Paula, cuyos ojos se abrieron como platos—. ¿Creéis de verdad que ese malnacido va a querer hacer un trato con nosotros?

—Le ofreceremos algo que no podrá rechazar —siguió Emily, que les hizo un gesto con la mano para que guardaran calma y silencio. Todos comprendieron que no debían hablar en ese lugar—. Vamos a aparcar el tema de Varken por el momento —añadió para evitar que el silencio se prolongara—. Me muero de hambre.

A la mañana siguiente, y tras haber dormido relativamente bien, Emily hizo llamar a Drenor. A pesar del cambio de actitud que habían detectado en la seguridad de la ciudad, todavía se sentían muy vigilados. Además de los dos soldados imberbes que patrullaban alrededor de su edificio, continuaban viendo demasiada actividad en los alrededores. Drenor apareció unos minutos después.

—Necesitaremos nuestros exotrajes de vuelta —pidió.

—¿Con qué propósito? —preguntó él, evaluando si existía una intención oculta.

—Desconocemos cuándo van a hacernos falta —explicó Emily—. Si los enokianos deciden hacernos una visita, necesitaremos que estén en perfectas condiciones. Al igual que los autómatas de

Varken, tenemos que recargarlos con asiduidad con oxígeno y energía.

Él la miró con desconfianza, pero ella le mantuvo la mirada con seguridad hasta que se convenció de que no había segundas intenciones.

—Está bien —dijo él—. Os los traeremos aquí.

—Podéis llevarlos a nuestra nave —propuso ella—. Nosotros nos encargaremos de dejarlos en el interior.

—¿En vuestra nave?

—Sí, claro. No hay otra manera de cargarlos —mintió, evitando mencionar los depósitos de suministros que habitualmente llevaban en las mulas—. Y también sería conveniente disponer de nuestros autómatas. De momento, no necesitamos nuestras armas.

Él asintió y desapareció entre los edificios. Emily aprovechó para movilizar a todo el equipo y acercarlos hasta la nave. Mientras esperaban a los exotrajes, los reunió a todos en la cabina del pasaje.

—No disponemos de mucho tiempo hasta que Drenor nos traiga nuestro material —les dijo—. Que estemos aquí dentro pone nervioso al jefe de la guardia, así que os ruego que no me interrumpáis.

Esperó a que todos asintieran.

—Creo que hay un topo en el consejo del gobernador —reveló con gesto serio—. Así que solo hablaré una vez del plan que seguiremos. Les he dicho que vamos a intentar aplacar la ira de Varken haciendo una especie de ofrenda, un trato para que nos permita acceder a la antigua ciudad. Si estoy en lo cierto y algo de esto llega a sus oídos, parecerá que hemos decidido aceptar la situación. Eso nos dará algo de tiempo mientras preparamos un plan de ataque de verdad. Tengo alguna idea en la que tenemos que trabajar, pero, con un poco de suerte, puede que podamos desenmascarar al miembro del consejo que se comunica con Enok.

»El topo ha de ser alguien cercano al gobernador para poder conocer de primera mano todo lo que ocurre aquí —continuó—. Creo

que se trata de Tharnok, el más anciano de sus consejeros. La manera en la que se opone a cualquier cosa que digamos me hace sospechar de él. Solberg, me gustaría que uno de los drones lo siga a todas horas. Con discreción —recordó—, esta gente sabe lo que es un dron, tendrás que ser muy cuidadosa.

—Sin problema —asintió ella.

—Paula, Balakova —se giró hacia ellas—. Varken llegó solo horas después de que apareciéramos en la ciudad, eso significa que el topo dispone de un sistema de comunicación directa. Sé que el jefe de la guardia cuenta con alguna radio para hablar con sus lugartenientes. Necesitamos que preparéis algo que rastree todas las frecuencias posibles para comunicarse a cientos de kilómetros de distancia, teniendo en cuenta que no hay satélites orbitando el planeta.

Ambas asintieron con determinación.

—La otra opción es que haya un dron sobrevolando la ciudad e informando en tiempo real al caudillo —añadió—. Necesito alguna idea para descartar esa teoría. Solberg, Paula, pensad en algo para comprobarlo.

—Déjalo de nuestra cuenta —respondió Paula, que dedicó una mirada cómplice a Solberg.

—Bien, eso era lo que necesitaba escuchar —agradeció—. Y, por último, Huang. Necesito que envíes un mensaje a los demás. Quiero tener el crucero sobre la superficie como garantía. No deseo utilizar esa baza, pero me temo que voy a necesitar el conocimiento y la pericia de nuestros ingenieros. Explícales la situación y que se aproximen sin que nadie los vea. Que busquen un lugar en el que aterrizar que esté lo suficientemente cerca para intervenir, pero no tanto como para ser vistos desde las ciudades. Que usen el sentido común.

—Entendido —respondió él.

—Eso es todo —concluyó—. Y recordad que estaremos siendo observados en todo momento. Mantened los ojos y los oídos bien

abiertos, cualquier cosa extraña que veáis que podamos utilizar a nuestro favor nos será de gran utilidad.

Emily dio por concluida la breve reunión justo cuando el vehículo en el que Drenor transportaba todo el material incautado enfilaba la zona donde descansaba la Phoenix. Salieron de la nave y se subieron para ponerse sus trajes. Regresaron al interior de la nave junto con las dos mulas y colocaron los trajes en sus respectivas estaciones de carga. Poco después, todos excepto Solberg, Paula y los dos pilotos, salían de nuevo dispuestos a jugar un papel de cara a la galería.

—Necesitamos hablar con el gobernador —le pidió Emily a Drenor —. A solas.

Él la miró con suspicacia, pero no abrió la boca. Sabía que estaban tramando algo y que querían jugar a un juego peligroso. Tal vez más de lo que creían.

—Solo espero que no estéis subestimando a Varken —se limitó a decir—. Es un cabronazo muy duro de pelar. Y es mucho más inteligente de lo que parece.

Drenor desapareció y regresó con el gobernador al cabo de unos minutos. Ambos traían el semblante serio. Aunque el gobernador trató de disimularlo tras una sonrisa amable, supo que la reunión del consejo había continuado sin ellos.

—¿Querías verme?

—Sí —confirmó ella—. Si pretendemos hacer un trato con Varken, necesitaremos materia prima. Nos gustaría visitar ese antiguo vertedero del que nos hablasteis ayer.

Él la miró con una ceja en alto.

—Como queráis —aceptó tras unos momentos de duda—. Pero ya os adelanto que solo hay chatarra. Son cosas que ni siquiera nosotros hemos sido capaces de aprovechar.

—No creo que eso sea un problema —respondió ella con una sonrisa—. ¿Sabes llegar a ese lugar?

—Sí, aunque está a varios kilómetros de aquí, y me temo que yo no sé cómo manejar un vehículo —se excusó.

—Eso no será un problema —dijo ella con una amplia sonrisa—. No pensamos ir por tierra.

Emily casi disfrutó de la expresión de pánico que se adueñó de la cara del gobernador. Saber que iba a montarse en una nave voladora no parecía de su agrado.

—Yo también conozco el lugar —intervino Drenor—. Iré en lugar del gobernador.

—No será necesario —se defendió él, en un inusitado gesto de valentía.

—No pienso dejar que unos extranjeros se lleven al gobernador. —Drenor se envaró—. Yo iré con ellos.

—Podéis venir los dos si queréis. —Emily se encogió de hombros —. No tenemos nada que ocultar. De hecho, parte de mi equipo se quedará en la ciudad, como muestra de buena voluntad.

Minutos después, el gobernador y el jefe de la guardia estaban sentados en la cabina del pasaje junto a Robert, Ferrara, Solberg y Paula. Taro y los demás se quedaron en la ciudad, investigando por su cuenta en busca de algo que les fuera de utilidad. Balakova aseguró las fijaciones de los dos invitados. El gobernador se agitaba nervioso en la silla.

—¿Por qué es necesario atarnos? —preguntó.

—Es simplemente una cuestión de seguridad —explicó la piloto—. Pero puedes estar tranquilo, no va a ocurrir nada.

Emily siguió la operación con curiosidad. Incluso el impertérrito Drenor parecía nervioso por realizar su primer vuelo. Debía de ser una sensación de lo más extraña para ellos. Suponía que conocían algo de la historia de la humanidad, por lo que sabrían que el vuelo fue algo habitual en el pasado, pero la práctica siempre era más compleja que la teoría. Se sorprendió a sí misma disfrutando de las reacciones de los dos enoknovakianos.

Cuando Balakova comenzó la maniobra de despegue, casi pudo sentir la fuerza con la que ambos se agarraban a los apoyabrazos de sus asientos. Aunque la piloto trató de que fuera lo más suave posible, pasaron unos momentos de tensión hasta que la nave se estabilizó a una altura suficiente.

La piloto siguió las indicaciones previas y recorrieron los pocos kilómetros que los separaban del vertedero del que hablaban. Ya recuperado de la impresión inicial, el gobernador trató de indicar a través de las imágenes del proyector holográfico el lugar exacto. Era una enorme zanja natural por la que los antepasados de Kaelith habían despeñado todo aquello que les resultaba inservible. La mayoría sería metal oxidado, tuberías y cables inservibles y una plétora de cachivaches y tecnología que en su día resultó de utilidad, pero que había dejado de ser necesaria para la supervivencia en la superficie. Emily esperaba encontrar allí lo que habían ido a buscar.

Después de aterrizar en la explanada situada en la parte superior de la grieta, Emily se encargó personalmente de soltar las sujeciones de sus invitados. Mientras los ojos de Drenor parecían indicar que no había sido para tanto, los del gobernador le decían que había sido angustioso, tal y como atestiguaban las perlas de sudor que decoraban todavía su frente.

Una vez fuera, comprobó que sus compañeros habían cumplido con las indicaciones que Huang les había enviado. Tres cazas insectoides descansaban en las inmediaciones, ocultos entre la escasa vegetación. Emily y los demás se acercaron para saludar a Erik, Min y Lin.

—¿Ahora pilotamos los cazas? —preguntó Emily, sorprendida.

—Era la única manera de acercarnos a este lugar sin levantar sospechas —respondió Erik con una sonrisa—. He de admitir que, aunque son complicados de utilizar en un primer momento, son rápidos y seguros.

—Habéis tardado menos que nosotros en llegar —respondió ella con estupor—. ¿Dónde está el crucero?

—A cincuenta kilómetros en dirección norte —dijo Min.

—¿Os ha visto alguien?

—Creemos que no —afirmó Erik—. ¿Qué hacemos aquí?

De repente, una figura pequeña saltó de uno de los cazas y se acercó a toda velocidad hacia ellos. Drenor reaccionó de inmediato interponiéndose entre ellos y la criatura, que lo observó con curiosidad mientras sacaba su ballesta y la apuntaba. La criatura se movió divertida a un lado y al otro, haciendo que el jefe de la guardia lo siguiera con su arma, como si de un juego se tratara.

—¿Qué demonios es eso? —exclamó él.

—Tranquilo —le dijo Emily, colocando la mano sobre el arma para que este la bajara—. Este es Virgil, y está con nosotros.

Drenor miró con recelo al pequeño autómata insectoide y después a Emily para evaluar sus palabras. Dio un pequeño respingo cuando Virgil lanzó unos molestos crujidos con los palpos.

—¡Hola! —se escuchó poco después.

—¿Puede hablar? —preguntó el gobernador, fascinado.

—Claro que puedo hablar —se irguió, falsamente ultrajado—. Y puedo hacer muchas más cosas —añadió mientras agitaba las pinzas de sus patitas.

—¡Fascinante!

Una vez consiguieron calmar los ánimos de Drenor, quien, a pesar de guardar el arma, no quitó el ojo de encima del insectoide durante un buen rato, Emily se encargó de hacer las presentaciones y poner al día a sus compañeros.

—Pero ¿qué es lo que esperas encontrar ahí abajo? —preguntó Lin—. Hemos echado un vistazo por encima y solo se ve chatarra y metal viejo y oxidado.

—Quizá haya algo de mayor utilidad —respondió ella, acercándose al borde del precipicio.

Recorrió toda la extensión del barranco utilizando los sentidos ampliados de sus implantes oculares. La mayoría, tal y como había adelantado Lin, era metal oxidado. Había trozos de vigas combadas, grandes planchas de metal corroídas, cableado viejo y seguramente

inservible. Chatarra. Sin embargo, Emily señaló una zona un poco más alejada, en el otro extremo del barranco.

—Allí —dijo—. Será mejor que nos coloquemos los exotrajes y preparemos las mulas. Creo que nos costará acceder a esa zona.

Regresaron a la Phoenix y prepararon todo el material necesario para llegar hasta allí ante la atenta mirada de Kaelith y su escolta, que seguía sin fiarse demasiado de que hubiera un insecto mecánico gigante revoloteando cerca de él. Emily, Robert y Ferrara se colocaron sus exotrajes para descender varios metros hasta el lugar que había señalado.

Utilizaron las mulas para colgarse de ellas y bajaron con cuidado. La montaña de chatarra no era del todo estable y había demasiados huecos en los que se podía introducir la pierna por completo si no se andaban con cuidado. Robert fue el primero en posarse sobre la chatarra. Emily lo dirigió desde arriba mientras ella descendía en rápel. Hacía meses que no se tenía que colgar de un cable, pero se felicitó al ver que no había perdido la práctica.

Cuando llegó a la superficie, posó los pies sobre una enorme plancha de metal oxidado que presentaba unas laceraciones transversales. Caminó con cuidado sobre ella a pesar de que notó cómo se abombaba bajo su peso. Aunque todo parecía ser extremadamente frágil, caminaban con cierta tranquilidad al no haberse desprendido de los arneses que los unían a las tres mulas por medio de tres finos pero robustos cables. Después saltó sobre una viga torcida y la atravesó para llegar hasta una montaña de pequeñas piezas de metal de utilidad desconocida. Continuó con cuidado hasta donde Robert revisaba un montón de deshechos. Mientras, Ferrara cerraba la marcha tras descender en último lugar.

Emily se agachó en cuanto llegó a la misma zona en la que Robert revisaba el hallazgo.

—¿Crees que funcionarán todavía?

—Seguramente no, por eso los desecharon —respondió ella—. Pero no tienen mal aspecto y debe de haber cientos. Tal vez

podamos ensamblar unos pocos a partir de las piezas que recuperemos.

Ferrara se incorporó al grupo y observó las decenas de cabezas y miembros colocados en muy diferentes posiciones y que formaban una macabra escena.

—¿Esto era lo que veníamos a buscar?

—Restos de autómatas —dijo Emily con satisfacción—. Si conseguimos sacarlos de aquí y que Virgil y Min los revisen, estoy segura de que podremos utilizarlos para algo.

—¿Quieres enfrentarse a Varken con un pequeño ejército de robots oxidados? —Ferrara la miró sorprendida.

—No, estoy casi segura de que no lograremos reunir suficientes piezas intactas para formar un ejército que haga sombra al de Varken. Pero creo que le podremos preparar una pequeña sorpresa. Ayudadme a subir a estos caballeros.

Con ayuda de las mulas y los arneses, comenzaron a sacar buena parte de los esqueletos metálicos que encontraron entre toda la cantidad de chatarra vieja y deshechos. La tarea fue ardua y se prolongó en el tiempo. Horas más tarde comenzaron a caer algunos copos de nieve. Emily agradeció estar dentro de su exotraje, ya que la temperatura en el exterior de Enok Nova era bastante inferior a la que había dentro. Las calderas de la ciudad se encargaban de que las bajadas de temperatura apenas se notaran.

La luz del sol ya había desaparecido por completo cuando Ferrara, Robert y Emily regresaron a la zona superior del barranco. El resto, ataviados con prendas de abrigo, se habían encargado de clasificar los restos que habían recuperado del vertedero. En total había casi una cincuentena de esqueletos, cabezas y conjuntos de extremidades. El estado de cada uno de ellos era muy dispar. Los había con los cuatro miembros cercenados, decapitados, a los que les faltaban diferentes piezas e incluso con enormes agujeros ennegrecidos en el pecho.

Durante todo el día, Virgil y Min habían aprovechado para estudiar el ensamblaje de los robots. Los esqueletos metálicos

estaban obviamente basados en la anatomía humana, pero Min reconoció que el diseño era muy diferente al que se había utilizado durante las épocas pasadas en las que la humanidad había construido tecnología similar. Con ayuda de Adeon, lograron mapear todos los sistemas y Virgil pareció comprender el funcionamiento.

—¿Creéis que podéis hacer algo con ellos? —preguntó Emily cuando ya estaban todos cargados y asegurados en la bodega de la Phoenix.

—Sí —dijo Virgil dando un saltito—. Aunque la mayoría está en mal estado, creo que podremos construir unos cuantos a partir de lo que tenemos.

—Me alegra escuchar eso —sonrió Emily—, aunque no disponemos de mucho tiempo. Calculo que solo tendremos un par de días antes de que Varken se entere de lo que estamos haciendo y comience a impacientarse.

Min resopló y se llevó las manos a la cabeza.

—Me gustan los retos —dijo—, pero recuperar una tecnología desconocida y en malas condiciones es un proceso que lleva tiempo.

—Me hago cargo —trató de tranquilizarlo con una ligera sonrisa —. Pero no tienen que ser capaces de hacer todo lo que hacían antes de acabar en esa zanja. Con que puedan caminar mientras transportan algo relativamente pesado, será más que suficiente.

31
La solución

6 de agosto del año 6

Wiikhaadiiz ofiz, Kepler-442b

Narya llegó minutos después de acabar la pelea. Khaavmi caminaba con gran dificultad de vuelta a casa. El dolor se había adueñado de su cuerpo y le costaba respirar. A la nariz rota y la cara deformada por la hinchazón había que sumarle las dos costillas fracturadas y una torsión en una de las rodillas. Tenía toda la ropa empapada de barro y sangre.

—¡Khaavmi! —gritó—. ¿Estás bien?

Ella se asustó mucho al verlo de esa manera, con la sangre manando a borbotones de la nariz y los labios.

—Tenías que haber visto al otro —respondió él, intentando esbozar una sonrisa que se acabó convirtiendo en una mueca.

—Ven conmigo. —Narya le ofreció su hombro para ayudarle a moverse—. McNeil ha llamado a un equipo de su gente para que vengan.

—¡Qué honor! —dijo, pasando su brazo por los hombros de ella.

Narya condujo al teniente a través de la oscuridad de las calles. El silencio era generalizado en la ciudad, y solo era interrumpido por el gorgoteo que provocaban sus pasos al hundirse en el barro que habían provocado las lluvias del día anterior.

Pasaron por delante de las viviendas de Iidriis y de la suya propia, donde McNeil salió a ayudarlos.

—Estás hecho un desastre —dijo el inspector.

—Lo sé —asintió él—. Me temo que ya soy demasiado viejo para esta mierda.

Lo condujeron hasta un claro en las afueras de la ciudad. Justo antes de llegar, vieron luces en la lejanía. Cuatro soldados humanos ataviados con exotrajes se aproximaban a ellos.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó uno de ellos al acercarse.

—Le han dado una paliza —respondió el inspector.

Khaavmi intentó quejarse. Le habría gustado repetir que el otro había salido peor parado, pero solo pudo toser un poco más de sangre.

—¿Lo vais a llevar a la estación? —preguntó McNeil.

—Dependerá del diagnóstico —dijo uno de los sanitarios—. Si no es necesaria una intervención quirúrgica, lo llevaremos a la base Magallanes.

Lo subieron en una camilla autómata que recordaba vagamente a las mulas y los siguieron hasta el transporte, que estaba medicalizado. Le hicieron un escáner y comprobaron que tenía destrozada la zona interna de la nariz.

—Me temo que lo tendremos que llevar a la Asimov —anunció el sanitario—. El quirófano de la Magallanes no está equipado para este tipo de intervenciones.

McNeil se giró hacia Narya, que sostenía la mano de Khaavmi.

—Yo iré con él —se ofreció—. Cuida de mis animales hasta que vuelva.

Ella dudó. Tampoco quería separarse de Khaavmi, pero supuso que tendría más sentido que fuera él quien lo acompañara.

—De acuerdo —aceptó—. Yo me encargaré de los animales.

Khaavmi miró a la kepleriana y se forzó por intentar hablar a pesar de todos los aparejos que habían comenzado a ponerle.

—Busca al sargento Ghaaf —le dijo con dificultad—. Dile que se encargue él de la investigación sobre el mercenario. Traté de evitarlo…

—Guarda fuerzas —susurró ella, acariciando su mano por última vez—. Yo me encargo de esto.

Se despidió de sus compañeros mientras lo introducían en una burbuja camilla y lo preparaban para viajar a la Asimov. La nave comenzó a ronronear y la puerta de la bodega se cerró, dejando a Narya fuera. Rodeado de plástico y de todos los aparatos médicos que le habían puesto, Khaavmi miró al inspector McNeil. Aunque su cara estaba tan hinchada que su campo de visión se había reducido drásticamente, pudo ver su expresión. McNeil no era muy expresivo, pero había aprendido a interpretar sus gestos. Lo notaba preocupado, sí, pero había algo más en su cara. Estaba sonriendo, triunfal.

—Has resuelto el caso —dedujo—. Ya sabes cómo llegar hasta Yaaw.

Él se limitó a asentir.

Horas más tarde, tras la intervención quirúrgica, Khaavmi fue trasladado de vuelta a la casa de Wiikhaadiiz ofiz en la que estaban viviendo. Yisht acudió a interesarse por su estado, y aunque todavía estaba algo aturdido por la anestesia, movía los ojos y podía hablar con los demás. Los aparatosos vendajes que llevaba alrededor de su nariz provocaban que su voz sonara extraña y gutural.

—¿Qué tal se encuentra? —preguntó a McNeil.

—Bien, la operación ha sido un éxito —explicó el inspector—. Se recuperará.

—Estás hecho un asco —dijo la antigua ayudante de Khikhya al verlo postrado en la cama, con la cara y el cuerpo cubiertos de vendajes y la pierna inmovilizada.

Él sonrió con dificultad.

—Has montado un buen revuelo —añadió después—. A Ghaaf le ha resultado muy difícil hacerse cargo de la investigación. He hablado con la dueña de la taberna. Después de cómo la trató el mercenario, nos ayudará a desviar la atención sobre ti. Aunque te recomiendo que te tomes unas pequeñas vacaciones hasta que todo esto pase.

—No creo que le queden ganas de meterse en más problemas —bromeó el inspector.

—¿Quién era ese mercenario? —preguntó Yisht—. Por más que intento averiguar cosas sobre él, nadie parecía haberlo visto hasta ayer.

Khaavmi hizo ademán de responder, pero McNeil se le adelantó.

—El teniente iba detrás de la pista de algún mercenario que trabajara para nuestro amigo Yaaw. Como la directora Rhodes logró desmantelar su principal fuente de ingresos y después acabó con los Khol, muchos de los mercenarios que tenía a sueldo se quedaron sin trabajo de la noche a la mañana. Algunos habrán seguido fieles al gran maestre de la Sexta Logia, pero la mayoría vagan por las ciudades libres en busca de algún otro benefactor. Mientras tanto, malgastan sus ganancias entre alcohol y prostitutas.

—Entiendo —respondió ella—. Visto cómo acabó la reyerta de ayer, imagino que nos habremos quedado sin una pista que seguir.

—McNeil ha resuelto el caso —murmuró Khaavmi en voz baja.

Yisht lo miró, esperando que el inspector se explicara, pero los ruidos que llegaron desde la puerta de entrada lo interrumpieron antes de que pudiera contestar. Narya y Ghaaf, el fornido compañero de Khaavmi, entraron justo en ese instante en la habitación donde reposaba el herido. Narya se acercó a él, asustada por el aspecto frágil e indefenso de su compañero.

—¿Qué tal estás? —preguntó, cogiéndole la mano.

—Bien —respondió—. Aunque los doctores de la nave me han dicho que el dolor comenzará pronto.

—¿Qué ha ocurrido con la investigación? —preguntó Yisht.

—Está todo solucionado —respondió Ghaaf—. Gracias a las declaraciones de los dueños de la taberna, que han jurado que nadie salió detrás del mercenario. La mayoría de los vecinos de la zona dicen no haber escuchado la pelea, y los que lo hicieron, no se ponen de acuerdo en lo ocurrido. Así que, por el momento, todo

apunta a un ajuste de cuentas o a una banda de amigos de lo ajeno que asaltaron a un borracho y se les fue de las manos.

Khaavmi miró a McNeil, esperando encontrarlo nervioso por tan flagrante falta de ética y profesionalidad. Pero el inspector parecía tranquilo, como si hubiera asumido que era un mal necesario para salvar la reputación y la vida de su amigo. Algo había cambiado en el preciso y recto inspector humano.

—Gracias —dijo Khaavmi.

—El inspector McNeil estaba a punto de comentarnos cómo ha resuelto el caso justo cuando habéis llegado —comentó Yisht.

Narya se giró hacia él.

—¿Lo has resuelto? —preguntó, sorprendida—. ¿Ya sabes cómo encontrar a Yaaw?

—No exactamente —sonrió—. Pero al menos he logrado saber cómo Iidriis podía continuar manteniendo su tren de vida sin tener ingresos aparentes.

—¿Ya sabes cómo recibe el dinero?

—Sí —respondió él—. Y lo hace a la vista de todo el mundo.

El inspector aguardó unos instantes para saborear su momento preferido de los casos, cuando resolvía el problema.

—Ayer, mientras esperábamos a que le hicieran el escáner en la nave de transporte —empezó, señalando a Khaavmi—, revisé las imágenes del dron. Gracias a que Narya estaba muy preocupada por ti, decidimos mantener el dron sobre la taberna. —La joven se ruborizó al escuchar la indiscreción—. Tenemos toda la pelea registrada y grabada con infrarrojos y sensores de calor, por lo que vimos lo que ocurría en todo momento y pudimos ir en tu ayuda.

»El caso es que el dron nos siguió al regresar hasta la nave. Grabó todo el trayecto, incluido cuando pasamos por delante de la casa de Iidriis. Allí detecté movimientos extraños en los callejones aledaños. El primer día que hicimos el seguimiento de la mujer de Yaaw, recuerdo que comentasteis lo raro que os resultaba ver *thaamnis* en un barrio como este, rico y limpio. Me aseguré de que

esos animales tenían el mismo material genético que lo que nosotros llamamos ratas.

Hizo una nueva pausa.

—Resulta que había una concentración anormal de *thaamnis* en uno de los callejones que dan a la casa de la señora Iidriis. Después, solo tuve que sumar dos más dos para llegar a la conclusión. Yaaw envía a alguien a la ciudad con dinero, y tal vez algún mensaje, para entregar a su mujer. Para evitar levantar sospechas, generaron un código de comportamiento que se encargan de mantener. Para ello, el enviado de Yaaw necesita la participación de al menos dos cómplices.

»En primer lugar está el responsable de la barra del establecimiento donde Iidriis disfruta de su *ghozda*. Cuando recibe la señal por parte del enlace, sabe que a la mañana siguiente tiene que recoger el paquete. Ahí es donde entra en juego nuestro segundo cómplice: el dueño de ese puesto donde se vende carne. Iidriis ha demostrado durante estos últimos días que sigue una dieta mayormente vegetariana. Por eso nos sorprendió que ayer comprara unas longanizas en el puesto de carne.

—El dinero está dentro de las longanizas —murmuró Narya.

—Correcto —asintió él—. Y como no las consume, se deshace de ellas tirándolas en el callejón, atrayendo a todas esas alimañas, que pelean entre ellas por hacerse con tan preciado botín.

—En ese caso, solo tenemos que esperar a que el emisario de Yaaw regrese y seguirlo hasta su escondite —indicó Yisht.

—Creo que podemos hacer una visita a esos dos comerciantes que colaboran con un prófugo de la justicia —propuso Ghaaf.

—Sí —convino Yisht—. Pero de una manera que no espanten a aquel que nos puede dar la llave para llevar al líder de la Sexta Logia ante la justicia.

—Yo me encargo de acompañar a Ghaaf para que sepa quiénes son —se ofreció Narya.

A la mañana siguiente, después de que Iidriis realizara sus compras habituales, Narya salió a la calle como si se tratara de un día cualquiera. Llevaba puesto el comunicador para poder hablar con el resto. Ghaaf entró en el mercado por el otro lado para no levantar sospechas, sin llamar la atención más de lo necesario. Cualquiera podía ser un espía de la Sexta Logia dispuesto a informar a su líder sobre la actividad que cercaba a su esposa.

Narya paseó por los puestos, como de costumbre, pero no compró nada. Cuando llegó al de carne, revisó distraída el género que tenía el tendero. No parecía carne de muy buena calidad, pero vista la escasez de alimentos que había en todas partes, no le extrañaba que ese puesto tuviera éxito entre la alta sociedad. Esperó a que Ghaaf estuviera en posición y compró una pequeña pieza de carne, tal y como habían acordado para señalar al tendero.

—De acuerdo —dijo el sargento—. Creo que sé quién es. Tiene una pequeña granja en las afueras. No es muy grande, así que dudo que le genere demasiado dinero. Encaja con el perfil de alguien que colaboraría con Yaaw. Le haremos una visita esta misma noche.

Se despidió del dueño del puesto y se dirigió directa a la taberna en la que la mujer de Yaaw paraba antes de dirigirse al comedor social. Narya entró en el establecimiento y se colocó en la misma mesa en la que se sentaba Iidriis, ya que sabía de sobra que ella no vendría a esas horas. El camarero más joven se le acercó poco después para tomarle nota de lo que quería. Mientras el encargado de la barra le servía el vino espirituoso que había pedido, informó por radio de que la persona a la que buscaban estaba en su lugar.

Justo en el instante en el que el camarero le llevaba a Narya su bebida, la puerta se abrió. Ghaaf entró y miró a su alrededor como si buscara a alguien. Después se acercó a la barra y se dirigió a la persona que estaba a cargo, justo la que Narya acababa de señalar.

—¿Es usted el dueño del establecimiento? —preguntó el sargento de la guardia de la ciudad.

—Así es —respondió él—. ¿En qué puedo ayudarle, sargento?

—Estoy buscando a alguien que ha robado una bolsa de monedas a una anciana —mintió—. Era un joven, como de esta altura. —Colocó su mano a la altura de su pecho—. Vestía con ropa harapienta y un testigo asegura que ha entrado aquí.

Él lo miró con estupor.

—Me temo que esa persona ha cometido un lamentable error —respondió nervioso—. Llevo toda la mañana aquí y le aseguro que no he visto a nadie con esa descripción entrar en este lugar.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Ghaaf.

—Vuzhoz —respondió él después de tragar saliva.

—Verá, señor Vuzhoz —dijo Ghaaf con cara seria—. La señora a la que ha robado es alguien muy influyente. Comprenderá que necesito registrar la trastienda para asegurarme de que no está ocultando nada.

—Por supuesto —respondió él con calma, consciente de que no encontraría nada—. Venga conmigo.

Ghaaf lo siguió por una pequeña puerta que había detrás de la barra y, tras cruzar un pequeño pasillo, le mostró la cocina del establecimiento. Ghaaf husmeó en el interior y comprobó que no había nadie.

—¿Lo ve? —dijo él.

Ghaaf cerró la puerta, interponiéndose entre él y su única escapatoria. El dueño de la taberna lo miró sin entender.

—Le ruego disculpe este pequeño teatro —dijo Ghaaf—. Pero verá, señor Vuzhoz, me temo que no ha habido ningún robo.

A última hora de la noche, cuando la oscuridad era total y la ciudad ya dormía, Ghaaf regresó a la vivienda donde Khaavmi se recuperaba de sus lesiones. McNeil y Narya lo recibieron en la sala.

—¿El teniente Khaavmi sigue en la habitación?

—Tenía dolores —respondió Narya—. El inspector McNeil le ha dado las medicinas que los suyos le han proporcionado y se ha

dormido.

—Bien, no es necesario que lo molestemos —asintió Ghaaf.

—¿Cómo ha ido la visita a nuestro amigo comerciante?

—Le ha faltado muy poco para echarse a llorar —resumió—. Pero dice lo mismo que el dueño del establecimiento.

—¿Es la misma persona la que contacta con ambos? —preguntó McNeil.

—Sí, de eso no hay duda.

—Bien, nunca hemos estado tan cerca de dar con él —celebró Narya con la mirada brillante.

—¿Crees que intentarán avisar a Yaaw? —preguntó McNeil.

—Por la manera en la que se han asustado, no lo creo —dijo Ghaaf con una sonrisa traviesa—. Puedo ser muy persuasivo. De cualquier manera, he puesto vigilancia cerca de sus viviendas y comercios. Más para que sepan que estamos cerca que por otra cosa.

—Daré órdenes de vigilarlos desde el aire en todo momento —añadió McNeil.

—¿Cuál es el plan a partir de ahora? —preguntó Narya.

—Esperaremos a que nuestro misterioso contacto aparezca de nuevo y lo seguiremos —dijo Ghaaf—. Él será quién nos lleve hasta Yaaw y lo que queda de la Sexta Logia.

—Los llevaremos ante la justicia —añadió McNeil.

32
El espía

11 de abril de 3369

Alrededores de Enok Nova, la Tierra

Tras un día ajetreado recuperando los esqueletos de varias decenas de robots, se desplazaron hasta la localización donde el Vigilante les aguardaba con el crucero insectoide. Aunque la tarea de recuperar el mayor número posible de autómatas era complicada, Virgil parecía excitado con la sola idea de poder arreglar todos esos despojos desmembrados y roñosos.

—Lo conseguiremos —le había dicho a Emily justo antes de embarcar de vuelta en la Phoenix—. Tengo muchas ideas y repuestos en la nave para aplicarles la energía necesaria. Podremos hacer grandes cosas en dos días.

Emily y los demás les ayudaron a descargar todo el material para llevarlo al crucero. El Vigilante salió del interior con una plataforma móvil en la que cargaron todos los restos. Por suerte, el gobernador no se encontraba bien después del vuelo, un poco más ajetreado y largo, y pudieron convencer a Drenor para que ambos aguardaran en el interior de la Phoenix. De esa manera, evitaron que pudieran ver la imponente mancha de oscuridad que era la nave alienígena.

Tras despedirse de sus compañeros y dejarles trabajando a contrarreloj, regresaron a la Phoenix para después desplazarse hasta Enok Nova. Ya era noche cerrada cuando regresaron a la nave. La nieve les había dado un pequeño respiro, y aunque todavía quedaban algunas nubes aisladas cubriendo el cielo, el espectáculo era increíble. Emily se detuvo al lado de Robert y Ferrara.

—¡Es precioso! —dijo.

Los restos de la Luna que no habían impactado contra la superficie habían formado los anillos que habían visto desde el espacio. Durante el día, la luz del sol incidía entre el polvo y las pequeñas rocas que flotaban en perfecta armonía alrededor de la Tierra. El efecto, aun siendo espectacular, no era muy diferente al de tener una nube longitudinal que ocultaba o reflejaba la luz del Sol en función de su posición. De noche, sin embargo, la estampa era mucho más que eso.

Con la ausencia de una luna esférica que reflejara la luz del sol, era el anillo terrestre el que se encargaba de hacerlo. Desde la superficie se percibía como una franja curva de luz tenue, con bordes irregulares, pero que nacía en el horizonte y cruzaba el firmamento, evitando que pudieran contemplar las estrellas de la Vía Láctea. Los fragmentos más grandes se iluminaban parcialmente, mientras que los más pequeños formaban una neblina amarillenta que en conjunto conseguían reflejar la luz solar, dándole al cielo nocturno un resplandor perpetuo imposible de ignorar. Bajo esa tenue luminiscencia, las noches ya no eran noches, sino que daba la impresión de que se habían convertido en un crepúsculo sin fin que se empeñaba en recordar a la humanidad la ausencia del satélite que tantas veces los cautivó.

—Es realmente bello —dijo Ferrara, que pocas veces se quedada sin palabras.

—Este era nuestro hogar —añadió Robert con tono melancólico.

—Aunque nuestras vidas nos lleven muy lejos de aquí, siempre lo será —concluyó Emily antes de regresar a la Phoenix.

Dedicó los siguientes dos días a pasear por Enok Nova, a interesarse por sus ciudadanos y su situación mientras trazaba un plan en su cabeza. Kaelith la acompañó la mayor parte del tiempo. Recorrieron todos los recovecos de la ciudad mientras sus gentes se acercaban al gobernador y le pedían ayuda. Ayuda para salvar a sus hijos, a sus nietos y a sus cosechas.

Había muy pocos niños en las calles, y Emily vio a muy pocas mujeres también, algo que no cuadraba muy bien con la cantidad de hombres que había en la ciudad. Supuso que la mayoría de las mujeres y niños se ocultaban de la vida pública para no llamar la atención. Observó a los hombres y sus ajetreadas tareas. El día a día en la ciudad se reducía a arreglar las infraestructuras y limpiar la ceniza que de vez en cuando caía del cielo. La mayoría estaban débiles y mal alimentados, sería un suicidio plantear un enfrentamiento con Varken. No le haría falta demasiado para arrasar la ciudad entera.

Nunca había visto tanta miseria junta. La vida en aquel lugar era muy dura, tanto que casi no se veían ancianos. La esperanza de vida no era demasiado larga. A la situación tan complicada provocada por Varken había que sumarle las dificultades que se desplazaban con el viento en forma de cenizas y lluvias ácidas. Emily todavía sentía ese picor en la garganta, señal de que el aire no era del todo respirable. Observó que muchas de las pobres gentes de Enok Nova tenían llagas en la piel, puede que debido al dióxido de azufre que se liberaba en la caldera de Yellowstone, que, al juntarse con el agua de lluvia, formaba ácido sulfúrico y destrozaba todo lo que encontraba a su paso.

Emily intuyó que ese era el motivo por el que encontró a tantos hombres subidos en los tejados de sus edificios. Necesitaban un suministro continuo de chatarra para reparar sus chabolas. Supo enseguida por qué estaban condenados a tratar con Enok; les hacía falta mucho material de la antigua ciudad subterránea para poder arreglar todo lo que se estropeaba.

—¿Por qué no os marcháis de aquí? —le preguntó Emily en uno de sus paseos matinales.

—Yo mismo me he hecho esa pregunta mil veces —respondió él, con gran pesar.

—Este lugar no es seguro —insistió ella—. Y nada os ata a él.

—Lo sé, pero muchas de las personas que viven aquí todavía siguen creyendo en la misión que nos fue encomendada al ser

liberados de la ciudad subterránea.

—¿Que tenéis que defender este lugar de unos supuestos espectros?

—Sí.

—No creo que existan tales espectros —dijo Emily—. Eso supondría que alguien más ha sobrevivido al cataclismo que creó los anillos. Y créeme cuando te digo que hemos revisado todo el planeta. No hay nadie más. Estáis solos.

Él la miró con su inseguridad habitual, pero vio algo de esperanza en su mirada. Esperanzas por encontrar una vida mejor para su gente, un lugar en el que la lluvia no fuera letal una de cada diez veces. Sin embargo, la esperanza se desintegró enseguida, como si el viento se hubiera encargado de llevársela por delante.

—¿A dónde vamos a ir con toda esta gente? —preguntó—. Míralos, apenas podemos sobrevivir aquí. De no ser por las calderas, muchos de ellos estarían ya muertos. Cada día fallece alguna persona. Nuestra esperanza de vida apenas llega a los cincuenta años y tenemos que esconder a nuestros niños para evitar que los espías de Varken los señalen cuando vienen a por esclavos. Además, no llegaríamos muy lejos, Varken no lo permitiría.

»Ya tuvimos un éxodo hace cientos de años, cuando fuimos liberados de la ciudad subterránea. Una cuarta parte de la población falleció en el proceso de establecernos en la superficie, y otros tantos lo hicieron antes de llegar aquí. Las condiciones del exterior fueron demasiado duras para la mayoría, estaban acostumbrados a las comodidades del mundo subterráneo. Y muchos de los que ves aquí no sobrevivirían a un nuevo éxodo. Solo podemos resistir, como hemos hecho siempre. Pero lucharemos si esos a los que llamamos espectros deciden hacer acto de presencia.

Ella lo miró con tristeza. Entendió de inmediato que se encontraban entre la espada y la pared. Si se quedaban allí, Varken y los que vinieran después de él seguirían oprimiéndolos como hasta ahora. Pero si se marchaban, las expectativas no eran mucho más halagüeñas. Y tenía razón en algo: él no lo permitiría. De hecho,

estaba convencida de que se enteraría mucho antes de que pudieran preparar un éxodo de esas características. Emily sospechaba del consejero más anciano de Kaelith, pero podía haber muchos más espías dentro de la ciudad.

—Algunos grupos trataron de moverse hacia el sur, donde las temperaturas son algo más amables —le contó—. Pero eran grupos muy pequeños, para no levantar sospechas. Nunca volvimos a saber de ellos. No resulta sencillo sobrevivir ahí fuera.

Guardaron silencio durante un buen trecho, perdidos entre sus pensamientos. Pero, de repente, Kaelith dio un respingo. Después la miró con curiosidad.

—¿Tú viviste en las ciudades que los antiguos tenían en la superficie? —exclamó.

—Sí —confirmó ella con media sonrisa.

—¿Cómo era vivir allí?

—Era muy diferente —le explicó—. Mi ciudad se llamaba Orlando. Estaba a más de dos mil kilómetros de este lugar. Y aunque yo nací años después del impacto de Belial, la vida era considerablemente más sencilla que la que tenéis vosotros aquí. Las personas habitábamos en ciudades mucho más grandes que estas, como la antigua ciudad que hay cerca de aquí, con grandes rascacielos, edificios inteligentes y transportes voladores que nos permitían cubrir grandes distancias.

»Teníamos de todo, pero no sabíamos apreciarlo —siguió con un suspiro—. No había robots como los que hemos rescatado del vertedero, pero disponíamos de autómatas e inteligencias artificiales que hacían casi todo el trabajo duro. En casi todas las casas había un autómata para hacer todas esas pequeñas tareas que todo el mundo odiaba hacer. Pero, aun así, había mucha gente que necesitaba tener la mente ocupada para no pensar en el futuro. Recuerdo que mi abuela era una de ellas, no soportaba que los autómatas hicieran su trabajo. —Sonrió al recordar a su querida abuela Karen.

»Mi familia vivía en una casa enorme en una barriada de las afueras —le explicó—. Nuestra casa era tan grande que ahora, después de tantos años, me parece un enorme desperdicio de espacio. Mi época fue un poco diferente, ya que vivimos bajo la amenaza de una catástrofe que no acababa de ocurrir. Yo fui una privilegiada por muchos motivos. Mi padre era alguien importante y pudo darme una vida tranquila, alejada de todos los disturbios y problemas que se sucedían en otras partes del mundo. Además, gracias a él pude optar a inscribirme en el proyecto. De lo contrario, habría acabado como mis compañeros de colegio o de universidad.

—¿Muertos?

—Sí, todos murieron. Hace ya muchos años, supongo —reconoció ella, melancólica—. Nunca hice muchos amigos, ¿sabes? Supongo que en parte era debido a que mi generación creció sabiendo que una gran roca podía precipitarse sobre nuestras cabezas en cualquier momento. Resultaba difícil hacer planes a largo plazo cuando sabes que tus días están contados, aunque no supieras cuánto tiempo te quedaba. Fueron tiempos extraños. Cuando estaba en la universidad, era habitual escuchar casos de gente que se quitaba la vida, no había muchas esperanzas.

—¿Universidad?

—Si, es un lugar donde las personas jóvenes aprendíamos un oficio —le explicó—. Sin embargo, viéndolo con perspectiva, creo que tuvimos la oportunidad de vivir plenamente. Veo las dificultades que tenéis ahora y se me parte el corazón.

—Para nosotros es lo normal —respondió él—. No conocemos otra vida, ni otro lugar. Esto es lo único que tenemos.

Emily miró con empatía. A pesar de ser un hombre menudo y temeroso, había que reconocer su entereza. Tener que lidiar con una situación como la que tenían en Enok Nova no resultaba sencillo. Tenían que encontrar la forma de ayudar a toda esa gente a tener una vida mejor.

Emily esperaba nerviosa a que el plazo de dos días acabara. Quedaban solo unas horas. Virgil, Min y los demás habían encontrado diversos inconvenientes en la mayoría de los autómatas recuperados. Los que no tenían problemas en los procesadores los tenían en los servomotores, y los que no tenían fallos aparentes tampoco funcionaban. Comenzaba a pensar que había sido demasiado optimista con el plazo que les había dado a sus compañeros. Recuperar tecnología abandonada desde hacía tanto tiempo y expuesta a lluvias ácidas y condiciones atmosféricas tan adversas estaba resultando ser una quimera.

Había dejado de preguntar cada poco tiempo y se había centrado en las pesquisas de Paula y Solberg.

—¿Habéis encontrado algo?—preguntó Emily al entrar en la sala de comunicaciones de la Phoenix.

—Puede —dijo Solberg con cierto aire de misterio.

—¿Habéis seguido al anciano?

—Sí, pero no es una persona con demasiada movilidad —intervino Solberg—. Solo se mueve de su casa al edificio del gobernador. No parece que tenga mucha vida social. No hemos encontrado nada que nos llamara la atención.

—¿Y las señales de radio?

—Hemos estado rastreando todas las frecuencias —respondió Paula con una sonrisa que vaticinaba un hallazgo importante—. Hemos escuchado las conversaciones de Drenor con sus hombres.

—¿Y?

—No hay nada extraño —respondió ella—. Son de lo más normal, tirando a muy aburridas. La típica conversación anodina entre militares. No te ofendas. —Paula miró a Solberg.

—No lo hago —respondió ella, divertida—. De hecho, son especialmente aburridos, ni un solo comentario soez o fuera de tono.

—¿Nada más?

—Nada más, hasta hace media hora —reveló Paula con una sonrisa triunfal.

Paula reprodujo las grabaciones que habían detectado.

—¿Qué es eso, código morse? —preguntó.

—Más o menos —respondió ella—. Hemos intentado traducir los pitidos a código morse, pero el resultado no tenía ni pies ni cabeza.

—¿Puede ser por un problema con su dialecto?

—Lo hemos pensado, pero seguía sin encajar. Pero luego nos hemos dado cuenta de algo.

—¿De qué?

—De que en Enok Nova no saben leer ni escribir.

Emily abrió los ojos como platos. Durante los días que llevaban en la superficie de la Tierra no se había parado a pensar en ese tipo de detalles. Sin tecnología para aprender, sin colegios en los que enseñar y sin disponer de métodos tradicionales para poder escribir, como el papel, la capacidad de hacerlo se había ido olvidando hasta perderse por completo.

—Pero entonces, ¿cómo son capaces de comunicarse con Enok?

—¡Oh! Fácil, están escribiendo, pero no en morse —reveló Paula —. Adeon nos ha ayudado a estudiar la comunicación y ha dado con una variación que parece adaptarse a su dialecto.

—¿Qué variación?

—La mayoría de los caracteres están representados al revés — dijo Adeon—. La representación de la letra A, por ejemplo, lo realizan con un pitido largo y uno corto en lugar de por uno corto y uno largo como en el morse tradicional. Aparte de eso, se han introducido nuevas letras para adaptar el lenguaje a su dialecto y otras han cambiado su codificación con respecto a la original. Pero hemos conseguido descifrar el mensaje.

—¿Y qué dice?

—No hay cambios por el momento. Los extranjeros siguen sin desvelar sus planes —recitó Paula.

—¿Ha habido respuesta?

—Todavía no.

—¿Quién puede ser el que envía estos mensajes?

—Alguien que disponga del material para hacerlo y que además conozca el lenguaje —dijo Solberg.

—Y acceso a la información que se quiera transmitir —añadió Paula, a lo que Solberg asintió.

—Pero para conocer un lenguaje con el que poder comunicarte tienes que haberlo aprendido de alguna manera —razonó Emily—. ¿Quién puede haber aprendido un lenguaje de Enok estando a cuatrocientos kilómetros de distancia?

—¿Alguien que haya pasado su infancia allí? —sugirió Paula.

Emily pensó en Vireen, la mujer de Kaelith. Según le había confesado el propio Kaelith, su mujer había sido desterrada de Enok después de ser una de las esclavas de Varken. ¿Y si eso hubiera sido solo una estrategia para introducir un topo en el círculo cercano del gobernador?

—Y con acceso a una radio —recordó Solberg.

—¿En qué frecuencia se está haciendo la comunicación?

—Es de largo alcance —dijo Paula—. A diferencia de las que utilizan los hombres de Drenor para hablar entre ellos.

La inusitada seguridad de Drenor también había llamado la atención de Emily. Y era alguien que disponía de los medios para emitir un mensaje. Tal vez era el momento de dar otro de sus paseos con el gobernador.

—Creo que es demasiado precipitado sacar conclusiones —admitió Emily—. Necesito conocer la respuesta al mensaje. Imagino que el receptor estará ahora mismo esperando delante de la radio. Quiero que tratéis de descartar a los miembros del consejo que veáis en la calle. Por lo menos hemos descartado que Varken nos vigile con uno de sus drones.

Salió de la Phoenix, se encaminó hacia el edificio del gobernador y lo hizo llamar.

—¿Hay algún problema? —le preguntó él nada más llegar—. Esta hora no es la habitual para pasear.

—No, ninguno —respondió ella al ver que llevaba una escolta formada por dos soldados—. Simplemente tengo a todo el mundo ocupado y no tenía nadie con quien conversar.

Caminaron sin rumbo, como de costumbre. Y aunque les dieron algo de espacio, los dos soldados que Drenor había designado para que escoltaran al gobernador estaban demasiado cerca para mantener una conversación sin oídos indiscretos.

—Veo que Drenor sigue recelando de nosotros —le dijo, señalando a los escoltas con un gesto de su cabeza.

—Sí —respondió con una sonrisa tímida—. Es una suerte tenerlo de nuestro lado. De no ser por él, esta ciudad habría sucumbido hace tiempo.

—Es muy diferente al resto de los soldados —comentó ella—. Mientras que la mayoría son muy jóvenes y timoratos, él parece alguien seguro, como si estuviera curtido en mil batallas.

—Es que lo está —respondió Kaelith—. Fue uno de los niños robados por los predecesores de Varken.

Emily se giró de inmediato hacia el gobernador. Esa revelación resultaba muy interesante después de escuchar la transmisión en morse que acababan de interceptar desde la Phoenix. Haber sobrevivido al infierno al que son sometidos los niños de Enok Nova tras ser arrancados de las faldas de sus madres tal vez explicara más cosas que la evidente diferencia de carácter que tenía el jefe de la guardia. Y si había pasado su infancia en Enok, quizá conociera el código morse modificado que acababan de detectar Paula y Solberg. Él podía ser el espía.

—¿Un niño robado? —preguntó—. Pero ¿cómo llegó hasta aquí?

—Escapó —respondió Kaelith con cierto orgullo en su mirada.

—Creía que nadie podía escapar de allí.

—Y así es —asintió el gobernador—. Es la única persona que lo ha conseguido.

—¿Cómo lo hizo?

—Nunca habla sobre ello —respondió él—. Creo que le resulta muy doloroso.

—¿Cuándo ocurrió todo eso?

—Hace diez años, justo cuando Varken empezó a gobernar la ciudad —explicó—. Su fuga fue de hecho el detonante para que Varken tomara el control de Enok. Los hombres que rodean a los caudillos siempre están atentos a cualquier muestra de debilidad de su superior para poder hacerse con el control de la ciudad. La maniobra de escape de Drenor vino a decirles que era el momento de un cambio de líder. Hubo una violenta rebelión y Varken desafió a su predecesor. Todo cambió después de un combate a muerte. Creo que te puedes imaginar las consecuencias.

—Y Drenor apareció en Enok Nova justo después —dijo ella, tratando de remarcar la correlación entre ambos hechos. Kaelith la miró con suspicacia.

—¿Intentas decir que Drenor puede ser un espía de Varken?

Emily le hizo un gesto para que bajara la voz. Si sus sospechas eran ciertas, los soldados que los acompañaban a pocos metros de distancia podrían estar escuchando.

—No, no tengo ni idea, pero parece muy conveniente que el mismo evento que encumbró a Varken haya concluido con el jefe de la actual guardia de la ciudad llamando a la puerta.

El gobernador recibió la revelación como una bofetada. El jefe de su guardia, el mismo al que confiaría su vida, podía ser un espía infiltrado del mayor enemigo de la ciudad. No podía ser. Era imposible que fuera un espía.

—No puede ser —balbuceó.

—Mi equipo ha detectado una conversación codificada entre Enok Nova y los hombres de Varken —reveló ella entre susurros—. Todo lo que digamos puede estar siendo escuchado. Hay un espía entre los tuyos.

La mirada de Kaelith se hizo sombría. Resultaba evidente que no se esperaba una traición de esa magnitud. Sobre todo, de alguien

como Drenor.

—No puede ser —repitió. Su cara, sin embargo, era el reflejo de un puñal clavado en lo más profundo de su corazón.

33
La ofrenda

14 de abril de 3369

Enok Nova, la Tierra

Eran las dos de la madrugada cuando sonó el intercomunicador de la Phoenix. Emily dormitaba en su camarote cuando sus implantes oculares y auditivos comenzaron a avisarle de que tenía una llamada. Al principio de manera sutil, y con mayor intensidad a medida que pasaban los segundos. Dio un respingo al tercer tono de alarma, alterada por haber interrumpido la fase de sueño profundo.

Se incorporó demasiado rápido, con el corazón todavía en la garganta, y carraspeó antes de contestar.

—¿Sí? —preguntó. Vio a Min al otro lado, desde el crucero alienígena.

—Siento molestarte a estas horas —le dijo. Parecía cansado—, pero creo que tenemos buenas noticias y no aguantábamos más para dártelas.

—¿Qué ocurre?

—Después de todos los problemas que hemos sufrido para ensamblar a los autómatas, hemos tenido que afrontar un grave imprevisto con el sistema eléctrico. Al parecer, utilizan una especie de batería líquida autorregenerativa.

—Sí, algo similar a la sangre —asintió Emily, que recordaba la conversación que había mantenido con Kaelith.

—Sí, ¿cómo lo sabes? Bueno, supongo que ya no importa —respondió él—. Se trata de un sistema del que siempre se había teorizado, pero que no había visto nunca implementado. Al parecer, desde que nos marchamos la tecnología ha avanzado bastante.

—Algo me dice que parte del presupuesto del proyecto Atlas se invirtió en esa tecnología.

—El caso es que Virgil y el Vigilante funcionan gracias a un sistema similar a ese, aunque algo más avanzado. Los autómatas son capaces de aguantar durante semanas con una misma carga, pero acaban necesitando recargas periódicas, a diferencia de nuestros amigos, que son capaces de reponer ese líquido a partir del mismo aire que respiramos.

»Nuestra primera idea había sido la de utilizar fuentes de alimentación similares a las que usan nuestras mulas —continuó—. Hemos desmontado una de ellas.

—No será la que está rotulada con el logotipo de la Copérnico, ¿verdad? —interrumpió ella, un poco alterada. Le tenía mucho aprecio a esa mula, que había sobrevivido a multitud de situaciones. Su software era mucho más avanzado que el de las demás, lo que la había traído de cabeza. Aunque empezaba a ver un posible motivo por el que eso podía haber ocurrido.

—No, es una de las de la Asimov, ¿por qué? —preguntó él.

—No, tranquilo, por nada —dijo aliviada—. Pero si necesitáis alguna pieza, utilizad las demás.

—De acuerdo —aceptó él sin hacer más preguntas—. El caso es que, al final, no conseguimos hacerlo funcionar. Las tomas de corriente están separadas de una manera muy extraña, sin que todo pase por un transformador general. Virgil se pasó ayer todo el día adaptando uno de los robots ensamblados a partir de las piezas de repuesto que ha encontrado en la nave. Como el sistema es más parecido al de sus autómatas, ha conseguido hacerlo funcionar en uno de ellos.

—¡Eso es genial! —exclamó ella—. Por fin una buena noticia.

—Eric está creando una interfaz para poder controlarlos de forma telemática, pero Lin ya ha encontrado la manera de poder programarlos para que se comporten como queramos —explicó—. La parte mala es que todavía tenemos solo un prototipo, y me temo que no tenemos piezas de repuesto suficientes para todos los

autómatas que hemos recuperado. Virgil calcula que podríamos llegar a tener seis unidades operativas como mucho.

—Eso es más que suficiente para lo que tengo en la cabeza —le respondió ella—. ¿Cuánto tiempo necesitaréis para tener esas seis unidades?

—Un día más —respondió él—. Tenemos la suerte de que Virgil y el Vigilante no necesitan descansar como nosotros. Aunque no hemos dormido desde hace muchas horas, estamos tan cerca de conseguirlo que nadie quiere parar ahora.

—Os diría que descansarais lo que podáis, pero conozco muy bien esa sensación en la que os encontráis, tan cerca del éxito.

—Te mantendré al día de los avances —respondió él.

—Gracias, y trasládale a los demás mi agradecimiento. Buen trabajo —felicitó.

Unas horas después despertó de nuevo, aunque en esa ocasión fue debido a la alarma que se había puesto a las seis y media de la mañana. Después de desayunar algo en el comedor de la nave junto con Evelyn y Huang, apareció Ferrara, que la llamó para que la acompañara a la bodega.

Emily se excusó con los demás y acompañó a la militar. Encontró la bodega algo más desordenada de lo habitual. Tanto Solberg como Paula y la propia Ferrara habían estado trabajando en sus cometidos.

—Tengo lo que me pediste —dijo, señalando una de las cajas oscuras que se amontonaban bajo una de las mallas de estiba que fijaban la carga al suelo. Abrió una y dejó que Emily viera el dispositivo, un cubo de casi medio metro de lado con una pequeña pantalla de control.

—¿Permite accionarlo por control remoto? —preguntó ella.

—Sí —respondió extrayendo un detonador—, y también mediante temporizador y de manera manual. Aunque te recomiendo que no hagas esto último. Si hubiera satélites todavía alrededor de la Tierra

podríamos configurarlo para que se activara cuando entrara en un determinado rango de coordenadas, pero, por desgracia, me temo que no disponemos de esa posibilidad.

—Creo que es perfecto así —respondió ella.

—Espero que tu plan funcione —añadió la militar—. No tenemos muchos más cómo este.

—Funcionará —respondió con seguridad.

Después se dirigió a la sala de comunicaciones de la Phoenix y saludó a Chad y a Taro, que se dirigían al exterior a recoger muestras de la superficie terrestre para su posterior estudio. Aunque su ayuda no era necesaria para llevar a cabo el plan que tenían entre manos, toda la tripulación se había buscado tareas para no desperdiciar el tiempo. Taro se había enterado de que el agua para los ciudadanos de Enok se extraía de varios pozos excavados en el subsuelo, y aunque no disponían de un laboratorio completo como el de la base Magallanes, analizar el agua y la tierra que utilizaban para los cultivos les ayudaría a entender cómo había afectado el impacto de Selene a la superficie terrestre.

Emily encontró a Solberg y a Paula enfrascadas con las imágenes de los drones. Algo parecía tenerlas muy ocupadas, ya que ni siquiera se dieron cuenta de que había entrado en la sala de comunicaciones. Paula se sobresaltó al ver a alguien moverse por el rabillo del ojo.

—Perdona, debería haber llamado —se disculpó.

—No, tranquila —respondió ella, todavía con el corazón en la garganta.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó.

—Sí —respondió Solberg—. Nuestro espía ha recibido una respuesta muy escueta: Bien. Informad de cambios.

—No es mucho —dijo Emily, algo decepcionada.

—No es nada —se quejó Paula—. Seguimos sin saber quién es el topo. Todos los consejeros de Kaelith estaban en sus respectivas casas cuando se ha transmitido el mensaje.

—¿Y Vireen? —preguntó Emily.

—La mujer del gobernador no se ha movido del edificio desde que llegamos —respondió Solberg—. Dudo mucho que podamos descartarla. En el estado en el que se encuentra su embarazo no creo que se mueva de ahí.

—Y yo, además, os traigo un sospechoso más —reveló Emily—. Tengo motivos para pensar que Drenor, el jefe de la guardia de la ciudad, pueda ser el infiltrado.

Solberg y Paula dudaron. Aunque solo habían hecho el seguimiento de los cuatro consejeros y de Vireen, disponían de las imágenes de los lugares a los que se habían desplazado. Solberg manipuló el terminal para que Adeon lo revisara.

—Drenor estaba fuera de rango en el momento en el que se ha recibido el mensaje —dijo la monótona voz de la IA.

—¿Fuera de rango?

—Las imágenes del dron solo han cubierto la zona por la que se han desplazado los consejeros —explicó la militar—. Sus residencias se encuentran cerca del edificio del gobernador, por lo que no hemos tenido que ascender demasiado.

Emily se quedó pensativa. Le quedaba claro el motivo por el cual no podían descartar al jefe de la guardia. Pero tal vez hubiera otra manera de encontrar al receptor del mensaje.

—¿Sería lógico pensar que las comunicaciones se hagan siempre a las mismas horas del día? —preguntó.

—Puede tener sentido, en los mensajes no se especifica cuando será la siguiente —convino Paula.

—¿Y si triangulamos la señal con tres drones? —propuso Emily—. Detectando la potencia de la misma en el momento de enviar el mensaje podríamos conocer el punto exacto desde el que se emite.

—Ya lo había tenido en cuenta —dijo Solberg—, pero solo uno de los drones está preparado para recibir señales de radio en esa frecuencia.

—¿Y no disponemos de repuestos? —preguntó Emily.

—No. —Paula agitó la cabeza—. Aunque si extraigo el módulo de comunicaciones de un par de exotrajes podría modificar los otros dos drones para que puedan hacerlo.

—Hazlo —asintió Emily—. Necesitamos saber quién es el topo. Y cuanto antes, mejor.

Paula y Solberg asintieron y se pusieron manos a la obra. Emily supuso que el espía no se arriesgaría a ser descubierto si no existían novedades de las que informar. Así que tendría que asegurarse de que tuviera algo que decir.

Salió de la Phoenix y se encaminó de nuevo al edificio del gobernador. Los dos soldados de la entrada, ya acostumbrados a su presencia, la dejaron pasar sin hacer preguntas. Entró hasta la antesala desde la cual se accedía a la sala de juntas. Allí no había nadie. Abrió la puerta con cuidado y se asomó al interior solo para comprobar que también estaba vacía. Cerró de nuevo y se volvió para ver dónde podría encontrar al gobernador. Recordó el camino hasta la habitación donde él y su mujer la habían despachado nada más llegar a la ciudad. Recorrió los pasillos hasta encontrar el lugar y llamó a la puerta.

—Adelante —escuchó a una voz femenina al otro lado.

Cruzó el umbral hasta encontrarse de frente con Vireen. Los oscuros ojos de la mujer del gobernador se clavaron en ella. Estaba tumbada sobre un costado, descansando su prominente barriga sobre una cama hecha a base de cojines de tela. Sin resultar demasiado lujosos, supuso que serían de la mejor calidad que podría encontrarse en Enok Nova.

—Kaelith no está aquí —le dijo sin apartar la mirada. Emily sintió de inmediato el tono hostil en sus palabras.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Está cumpliendo con su cometido de gobernador —respondió con sequedad. La miró de arriba abajo, como si la evaluara. Pero, de repente, como si se arrepintiera de haber utilizado un tono tan duro con ella—. Puedes esperar aquí, si lo deseas.

Emily dudó. Esa mujer parecía no verla con buenos ojos, pero algo le decía que todo lo que hacía Kaelith pasaba antes por su aprobación. Si ella no hubiera creído conveniente que su marido se relacionara con ellos, era más que probable que los habrían entregado a Varken para aplacar su ira. Aceptó la invitación porque precisamente ella era una de las personas sospechosas de poder estar enviando información a Enok. Aunque su llegada a Enok Nova fue traumática, según Kaelith, no podía asegurar que no fuera algo igualmente pactado.

—¿Estás segura de que no molesto? —preguntó.

Ella se limitó a señalar otro grupo de cojines que había en el suelo, justo delante suyo. Emily se sentó encima de sus propias piernas, aunque imaginaba que había otras posturas mucho más cómodas. Vireen no le quitó el ojo de encima en ningún momento, había algo en esa mujer que la ponía en alerta. Tal vez fueran las cicatrices de sus brazos, o quizá su expresión hosca, siempre atenta a lo que ocurría a su alrededor, como un águila observando una liebre desde cien metros de altura, siempre dispuesta a atacar.

—¿Para qué necesitas a Kaelith? —preguntó la mujer.

—Quiero organizar una reunión urgente con él y con los consejeros de la ciudad.

Ella la miró con suspicacia, como si la culpara de todo lo que estaba a punto de ocurrir con Varken y sus secuaces.

—¿De qué se trata?

—Preferiría hablarlo con él personalmente, si no es molestia —respondió Emily, intentando no parecer descortés.

Ella sonrió levemente y la estudió de nuevo. Le pareció ver un atisbo de admiración. Emily supuso que las mujeres de este mundo nuevo eran sumisas y obedientes, acostumbradas a hacer todo aquello que se les pidiera. Hubo un silencio incómodo en el que ambas se sostuvieron la mirada, como si compitieran por ver quién la aguantaba más tiempo.

—Reconozco que tienes agallas —dijo Vireen con voz pausada—. Pero creo que tú y los tuyos no sabéis bien dónde os estáis metiendo. Varken es un hombre despiadado, y es mucho más inteligente de lo que su absurdo reino de testosterona parece indicar.

—Lo sabemos —respondió ella—. Por eso estamos yendo con pies de plomo.

—No me gustas —dijo de repente—. Y tampoco me fío de vosotros. En una situación normal, os habríamos entregado a Varken y habríais acabado atados a un poste mientras la lluvia ácida consumía vuestros cuerpos. Lo divertido de esa tortura es que acabas pasando tanta sed que te planteas beber el líquido que, además de calmarla, te destroza por dentro. Es una muerte lenta y dolorosa.

Emily tragó saliva, tratando de que no se le notara la incomodidad. Por alguna razón, y a pesar de su estado, esa mujer la ponía muy nerviosa.

—Pero he de reconocer que, desde que habéis llegado, Kaelith ha cambiado su actitud —continuó—. Él asegura que sois parte de la historia de la humanidad, poco menos que héroes. —Una sonrisa de incredulidad se asomó en su rostro—. Llevo años tratando sin éxito de que demuestre algo de seguridad en sus acciones, de que se comporte como un hombre y no como el niño que en realidad es. Siempre queriendo bajar a ese maldito lugar a aprender cosas sobre el mundo de los antiguos. Tratando de averiguar cómo funcionaba una civilización que no va a regresar en lugar de pensar en cómo plantar cara a esa maldita alimaña de Varken.

Percibió la inquina con la que pronunciaba su nombre. De inmediato supo que ella no podía ser la espía. La forma en la que sus ojos reflejaron el profundo odio que habitaba en su alma era imposible de simular. Lo odiaba con todo su ser. Y mientras ella farfullaba y pronunciaba improperios en su dialecto, Emily se imaginó el infierno por el que tenía que haber pasado la mujer que tenía delante. Plegada a los designios de un caudillo postapocalíptico

que abusaba de ella y de muchas otras mujeres, que maltrataba y asesinaba con total impunidad y al que solo le preocupaba cómo aumentar su ya descomunal ego. Dejó que se explayara con total libertad.

—¿Para cuándo esperáis al bebé? —preguntó, tratando de buscar un tema más amable.

Pero la pregunta, lejos de relajarla, hizo que se tensara sobre los cojines. Emily se arrepintió de inmediato. Según Kaelith, la antigua esclava de Varken había tenido varios abortos involuntarios. Quizá una pregunta tan inocente como la que acababa de hacer le trajera recuerdos amargos. La respuesta se hizo esperar, pero, aun con todo, contestó con tranquilidad.

—Me faltan tres semanas —respondió, lacónica.

—Eso no es nada —dijo ella con una sonrisa—. ¿Sabéis el sexo de la criatura?

—¿Cómo demonios vamos a saberlo? —Ella la miró contrariada. Emily se dio cuenta de inmediato de que, al igual que los keplerianos, no disponían de la tecnología necesaria para algo así.

—Disculpa —dijo Emily—. Nosotros tenemos aparatos que nos permiten saberlo antes del nacimiento.

La respuesta pareció aplacar a la mujer. Sin embargo, una idea fugaz cruzó la mente de Emily. Estaba a punto de expresarla en voz alta cuando alguien irrumpió en la estancia.

—Vireen, acabo de… ¡Oh! Emily, ¿va todo bien?

La postura que había tomado Emily en los cojines era tan extraña que se tuvo que levantar para poder darse la vuelta. Aunque había reconocido el timbre de voz tan característico del gobernador, cuando no hablaba con ella lo hacía en el dialecto de los enoknovakianos.

—Necesitaba hablar contigo con cierta urgencia —respondió ella —. Aunque Vireen y yo estábamos manteniendo una interesante conversación.

Él las miró a ambas. Parecía contrariado por verlas juntas, pero enseguida recuperó el control de sus emociones.

—Bien, ¿qué necesitas?

—Me gustaría que tus consejeros estén presentes, si puede ser —respondió, alargando el misterio.

—De acuerdo, como desees —dijo tras meditarlo brevemente.

Kaelith avisó a los dos soldados que hacían guardia a la entrada del edificio y ambos abandonaron su puesto para obedecer las órdenes recibidas. Los consejeros acudieron unos minutos después y se unieron a Kaelith y Emily en la sala del consejo. El único ojo sano del consejero más anciano se clavó en ella nada más entrar en la estancia.

—¿Qué demonios hace esta mujer aquí? —espetó.

—Ella es la que ha convocado este consejo —le respondió el gobernador.

—¿Una mujer extranjera va a dictarnos ahora la manera en la que tenemos que hacer política? —preguntó retóricamente—. ¿Has perdido el poco juicio que te quedaba?

—Esto es del todo inaceptable —añadió el segundo en edad.

—Os ruego que os sentéis y escuchéis lo que tenga que decirnos —pidió el gobernador con voz calmada pero firme, ajeno a las críticas de sus consejeros.

—Vigila tus amistades, Kaelith —le advirtió el anciano—. La situación con Varken está tomando una dirección peligrosa.

—¡He dicho que te sientes y atiendas! —espetó el gobernador. El grito los sorprendió a todos. El anciano lo miró incrédulo, pero obedeció sin rechistar. Emily lo miró asombrada. Incluso ella podía percibir ese cambio de actitud del que acababa de hablar con Vireen.

Todos los ojos, incluido el del humillado Tharnok, se clavaron en ella, que carraspeó para aclararse la garganta. Todavía no se había acostumbrado al picor que le provocaba el aire del exterior.

—Como sabéis, hemos estado trabajando en algo —les dijo—. Somos conscientes de que nuestra situación es precaria. No

deseamos comenzar un enfrentamiento con Varken, sobre todo teniendo en cuenta que su ejército de robots es muy superior a cualquier fuerza que nosotros podamos reunir desde aquí.

»Por ese motivo, hemos decidido que lo más sensato es negociar con él una desescalada de la situación —continuó—. Como todos vosotros sabéis, necesitamos encontrar algo en el interior de la antigua ciudad para poder continuar con nuestro camino. Hemos preparado un pequeño obsequio que compartiremos con ellos a cambio de que nos garantice vuestra seguridad y de que podamos comenzar una ronda de negociaciones con él en persona.

—¿Una ofrenda? —masculló Ravelk, el segundo de los consejeros —. Varken no aceptará negociar, eso presupone que ambas partes se encuentran en el mismo nivel, algo que él jamás aceptaría reconocer.

—Aceptará.

—¿Cómo estás tan segura, mujer? —preguntó el más anciano.

—Porque le ofreceremos algo que no podrá rechazar.

—¿El qué? —insistió.

—La forma de arreglar antiguos autómatas y un sistema de recarga de energía alternativo.

Todos la miraron asustados, incluido Kaelith.

—¿Piensas entregarle a Varken los autómatas que habéis recuperado del vertedero? —preguntó el gobernador. Su mirada reflejaba la traición que en esos momentos se estaba cometiendo.

—Sí —dijo ella, aguantando a duras penas la mirada inquisitiva de Kaelith. Casi se derrumba al percibir su decepción, aunque se obligó a ser fuerte. Los motivos eran lo suficientemente importantes como para hacerlo de esa manera, tenía que parecer real—. He entendido por vuestras reacciones que la única manera de afrontar la relación con Varken es desde la sumisión. Tendremos que confiar en que nuestro regalo le satisfaga lo suficiente como para aceptar negociar con nosotros el acceso a la antigua ciudad.

Todos se miraron temerosos. Emily tenía claro lo que parecía: la situación se podría reconducir durante algún tiempo, pero Enok Nova acabaría pagando un precio muy alto cuando Emily y los demás se hubieran marchado. Aun así, el más anciano de los consejeros parecía el más satisfecho de todos ellos.

—Reconozco que no es lo que esperaba —se limitó a decir—, pero podría funcionar. Tal vez, si es capaz de sacar algo de provecho de la situación, nos deje a los demás de lado. Y algunos autómatas más para su ya numeroso ejército es un buen punto de partida para comenzar unas negociaciones.

Emily miró a los demás, que parecieron asentir a lo que decía su colega de más edad. Después observó a Kaelith, que mantenía la cabeza agachada, sumido en sus propios pensamientos, aunque ella sabía que se sentía traicionado. Sintió la necesidad de revelarle el plan que tenía en marcha, pero necesitaba desenmascarar antes al traidor que informaba de todos los movimientos que se producían en la ciudad.

Kaelith dio por concluida la junta extraordinaria y los consejeros abandonaron la sala. El gobernador se reunió con su mujer en el exterior. Emily aguardó en segundo plano hasta que estuvieron solos.

—¿Qué es lo que ha ocurrido ahí dentro? —Vireen los miró con suspicacia.

—He informado al consejo de lo que quiero que Varken sepa —reveló Emily—. Kaelith, sé que ahora mismo piensas que no me lo merezco, pero te pido que confíes en mí. Vamos a intentar ayudar a tu pueblo.

Él la miró. Las lágrimas todavía amenazaban con saltar de sus ojos, pero frunció el ceño y un nuevo fuego de esperanza surgió desde el interior de su mirada. Inspiró con profundidad y ahogó su congoja.

—Confío en ti —dijo.

Ella colocó una mano en su hombro y lo miró con determinación. Ese hombre había demostrado tener personalidad durante los

últimos días. Dada la situación de su gente, lo único que necesitaba para que su verdadero yo saliera a flote era tener algo de esperanza. Nunca la había tenido hasta que ellos aparecieron en el horizonte.

—Y ahora —continuó Emily—, como muestra de nuestra buena voluntad, os ofrezco algo. ¿Queréis conocer el sexo de vuestro bebé?

Ambos la miraron extrañados y después se miraron el uno al otro. Una sonrisa emergió en sus caras, una que era sincera y auténtica. Él la cogió de la mano y la ayudó a levantarse del suelo.

—Sí, claro que nos gustaría —aceptó ella.

—Podréis verlo, si así lo deseáis —les explicó—. Nuestra enfermera puede haceros un análisis a ti y al bebé, para comprobar que ambos estáis bien.

Los dos sonrieron de nuevo. Después de todo, aun viviendo en un lugar tan duro y peligroso, aun teniendo una vida tan complicada, el nacimiento de un hijo siempre era un buen motivo para tener esperanzas de que todo puede ir a mejor.

34
Revelaciones

14 de abril de 3369

Enok Nova, la Tierra

Kaelith y Vireen acompañaron a Emily a la Phoenix, donde Solberg y Paula trabajaban incansables para poder desplegar los drones antes de que llegara la supuesta hora del envío del mensaje. Con el numerito de Emily en la sala del consejo se habían asegurado de que el espía tuviera alguna novedad de la que informar a Varken. Solo necesitaban tener los tres drones en el aire en el momento en el que el traidor se sentara a transmitir el mensaje en ese pseudocódigo morse con el que se comunicaba con Enok.

—¿Está todo listo? —les preguntó.

Ambas miraron a los acompañantes de Emily, que parecieron dudar en dar una respuesta clara.

—Tranquilas —respondió ella—. Ninguno de ellos es el topo.

—En diez minutos estaremos en disposición de testear los drones —respondió Paula.

—Perfecto, mantenedme informada de cualquier novedad.

Se despidieron y Emily condujo a los futuros padres a la enfermería a través del pasillo de la planta de acceso a la nave. Cuando llegaron, la encontraron vacía.

—Adeon, localiza a Evelyn y dile que venga de inmediato a la enfermería.

—Está dándose una ducha —informó la IA, para sorpresa de Vireen—. ¿Es urgente?

—No, puede esperar.

—Le digo que se acerque en cuanto acabe —concluyó Adeon.

Emily miró a la mujer del gobernador. Por primera no le inspiró temor, sino que vio la verdadera fragilidad que habitaba debajo de la piel de la mujer intimidante y dura que había visto hasta ahora. La vio nerviosa, a ambos, en realidad, como lo estaría cualquier pareja que va a conocer el sexo y el estado de salud de su hijo.

—¿Es seguro? —preguntó Kaelith con voz queda.

—Es absolutamente seguro —los tranquilizó—. La tecnología que tenemos en la nave es del todo fiable. Yo misma puedo someterme a la prueba si con eso os quedáis tranquilos. No estoy embarazada, pero veríais el movimiento de mis órganos internos. Es una sensación extraña ver lo que ocurre en el interior, pero os aseguro que es inocua para el bebé y totalmente indolora.

La explicación pareció tranquilizarlos a ambos, que se agitaban nerviosos mientras esperaban a que Evelyn se presentara en la enfermería. Cinco minutos después, la enfermera apareció algo apresurada. Llevaba el pelo todavía mojado y su ropa estaba húmeda por el agua que todavía goteaba de su cabello.

—No era urgente —la tranquilizó Emily—. Podías haberte secado con total tranquilidad.

—Adeon no me ha dicho de qué se trataba, solo que no parecía urgente —respondió—. Pero, aun así, he preferido no arriesgarme.

—Culpa mía, no le he dicho de qué se trataba —se disculpó.

—No pasa nada —dijo restándole importancia mediante un gesto con la mano—. Bien, ¿qué ocurre?

—Están esperando un bebé —le contó Emily—, y no conocen el sexo. Les he ofrecido la oportunidad de que les hagas una ecografía y que compruebes que el feto está bien.

Kaelith abrazó instintivamente a su mujer al escuchar lo que estaba a punto de pasar.

—¡Oh! —dijo Evelyn girándose hacia Vireen—. ¿De cuánto tiempo estás?

—Me faltan tres semanas para salir de cuentas —respondió ella.

—Ya veo. —Torció la cabeza para mirar con perspectiva su barriga mientras se colocaba unos guantes de látex—. Haremos un par de pruebas de lo más sencillas —siguió la enfermera con total tranquilidad y una amplia sonrisa—. Podéis estar tranquilos, no duelen ni son perjudiciales para nadie.

Ambos respiraron aliviados.

—¿Habéis pensado en nombres? —les preguntó para intentar que se relajaran. Ambos se miraron con complicidad.

—La verdad es que no —respondió ella—. Sin saber si es niño o niña…

—En nuestra antigua sociedad se podía elegir el sexo del bebé, por lo que las parejas ya solían tener algunos nombres seleccionados —les contó Evelyn—. Pero estoy segura de que se os ocurrirá alguno precioso.

Ellos asintieron, todavía nerviosos.

—Ahora voy a necesitar que te apartes la ropa que llevas puesta en la parte de la barriga —le pidió—. Y que te coloques en esta zona de aquí.

Vireen hizo lo que le pedía la enfermera y se colocó sobre la base de uno de los aparatos de la enfermería. Había una marca para poner los pies en la parte inferior y una columna automatizada que acababa en un cilindro hueco en la parte superior.

—Ahora necesito que levantes los brazos.

La mujer obedeció y la máquina se puso en marcha con un zumbido eléctrico. El cilindro de la parte superior ajustó su diámetro y comenzó a descender hasta llegar a la zona abdominal de Vireen.

—Puedes bajar los brazos y apoyarlos aquí —le dijo mientras manipulaba el terminal.

De repente, un holograma cobró vida delante de ellos. La imagen de la ecografía en tres dimensiones mostraba a un bebé aparentemente sano. No se trataba de una imagen plana, sino de una proyección volumétrica con todo lujo detalles. No solo veían la silueta y la piel sonrosada del bebé, sino también la actividad

bioeléctrica de su cerebro, el flujo sanguíneo de sus vasos o su diminuto corazón latiendo con un ritmo rápido pero constante. El sonido de los latidos comenzó a invadir la estancia. Vireen se llevó las manos a la boca y se echó a llorar. Las lágrimas también afloraron en un emocionado Kaelith que no pudo evitar acompañar el llanto de su mujer.

Proyectadas sobre los diferentes órganos se indicaban las métricas internas estimadas: saturación de oxígeno, presión intracraneal, eficiencia pulmonar y elasticidad ósea. Evelyn amplió el centro de la imagen y el corazón del feto ocupó casi la totalidad del holograma. Lo giró mientras todos contemplaban el maravilloso regalo que la naturaleza estaba a punto de hacerles.

Vireen observaba boquiabierta mientras Evelyn revisaba la frecuencia y la regularidad de los movimientos sistólicos y diastólicos, asegurándose de que los medidores asociados a las válvulas representaran valores correctos. Descartados los síntomas de una insuficiencia cardíaca fetal y arritmias, revisó la coordinación de los movimientos basales y devolvió la imagen a su tamaño original.

—El corazón está perfecto —les dijo con una sonrisa—. Su actividad neuronal es del todo normal. Vamos a ponerle algo de música para ver su reacción a los estímulos sonoros.

Manipuló el terminal hasta que comenzó a sonar la *Pequeña serenata nocturna* de Mozart. Nuevos indicadores aparecieron en su cerebro, que pareció reaccionar a la música con total normalidad. Incluso pareció agitarse algo al escucharla.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Vireen, sorprendida—. Se está moviendo.

—Es una pieza de música clásica —sonrió la enfermera—. Está demostrado que la música hace reaccionar a los bebés de manera positiva.

Kaelith y Vireen intercambiaron miradas de alegría.

—De acuerdo, supongo que es el momento de revelar el sexo del bebé —continuó, dando un aire de misterio a la frase. Manipuló de

nuevo el terminal y giró el ángulo del holograma hasta que nadie tuvo dudas.

—Es una niña —balbuceó Vireen.

Un súbito nerviosismo comenzó a crecer en la madre, hasta el punto de que la máquina presentó una alerta sobreimpresionada en el holograma. Las pulsaciones de Vireen comenzaban a ser demasiado altas.

—Será mejor que te tranquilices —le aconsejó Evelyn, sin entender cuál era el verdadero problema. La alegría previa a la revelación se había esfumado y empezó a sollozar y a maldecir—. ¿No era lo que esperabais?

La enfermera se volvió hacia Emily en busca de una explicación a la reacción tan extraña de la pareja. Ella enseguida entendió lo que le ocurría.

—Algunas mujeres son secuestradas y convertidas en esclavas sexuales —le contó con el corazón en un puño—. Si hubiera sido un niño, sería el descendiente del gobernador y estaría a salvo. Pero siendo una mujer, llamará demasiado la atención de Varken o de sus sucesores.

—¡Tenéis que sacármela! —exclamó ella. Su voz sonaba desesperada—. ¡Tenéis que llevárosla con vosotros! —suplicó entre lágrimas.

El gobernador se aproximó hasta ella y trató de calmarla sin éxito. Evelyn desconectó la imagen holográfica de la niña, que comenzaba a agitarse debido a lo que ocurría en el exterior.

—Emily, por favor. —Kaelith la miró con ojos implorantes—. Tenéis que llevárosla con vosotros. Este no es un lugar seguro para una niña. Por favor…

Ella los miró, comprensiva. Pero no podían hacerlo, no estaba bien separar a una niña de sus padres. No era justo. Además, tal vez esa fuera una de esas cosas que provocarían un desgarro en el tejido espacio-temporal.

—Vamos a luchar para que nada de eso sea necesario —les dijo, decidida—. Vuestra hija podrá crecer sana y salva junto a sus padres.

—Varken no lo permitirá —respondió Vireen, desconsolada.

—Varken no volverá a haceros daño —interrumpió ella con determinación—. Os lo garantizo.

Ambos se miraron y aceptaron sus palabras con un gesto de asentimiento. Evelyn ayudó a la mujer a salir del ecógrafo y Emily los acompañó hasta el distribuidor de la nave. Los notó emocionados y vulnerables pero, a tenor de sus intentos desesperados por buscar una vida mejor para su hija, supo que harían lo que fuera por ella.

Justo cuando estaban a punto de salir, aparecieron Paula y Solberg con una de las cajas en las que transportaban los pequeños drones civiles de vigilancia que habían modificado para poder triangular la señal de radio que enviaba información a Varken y sus hombres.

—¡Estamos preparadas! —informó Solberg.

—Bien, ponedlos en el aire, tenemos pocos minutos —respondió Emily, mirando la hora en su muñeca.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kaelith.

—En breve nos pondremos unos pasos por delante de Varken. —Emily lo miró con aire misterioso—. Será mejor que no sepáis demasiado.

Los despachó con el mayor de los tactos y los observó alejarse de la Phoenix. Él no se separó de ella en ningún momento. Aunque el desenlace no había resultado como pensaba, al menos sabían que la niña que esperaban estaba en perfectas condiciones. Solo confiaba en poder acabar con Varken para que toda esa gente pudiera tener por fin un lugar en el que vivir con tranquilidad.

Mientras se alejaban, Solberg echaba a volar los tres drones, que ya estaban adaptados para encontrar el origen de la señal de radio que el espía utilizaba para enviar mensajes a Enok.

—Volvamos al interior —indicó Solberg—. Los drones han cogido más altura de lo habitual. Todo está en orden.

Regresaron a la sala de comunicaciones de la nave y revisaron las imágenes que enviaban los tres artefactos voladores.

—¿Tenemos localizados a todos los sospechosos? —preguntó Emily.

—El gobernador y su esposa acaban de entrar de nuevo en el edificio de gobierno —informó Adeon—. Los consejeros descansan en sus respectivos lugares de residencia. El jefe de la guardia está revisando el perímetro con algunos de sus hombres.

—Bien, queda poco tiempo para la hora del mensaje —comprobó Emily.

Los minutos hasta la hora señalada pasaron muy lentos. Las ópticas de los drones captaban la vida cotidiana de la ciudad. Algunos soldadores trataban de arreglar las envejecidas estructuras metálicas de los edificios mientras los agricultores atendían sus cultivos en los invernaderos que había en el interior y el exterior de la ciudad. Un pastor gobernaba su rebaño de famélicas ovejas con indiferencia mientras el mercado bullía con todo tipo de productos.

Emily observó con detalle la ciudad. Era mucho más grande de lo que parecía en realidad. La mayoría de las viviendas se encontraban en el interior de las murallas, donde el calor generado por las calderas permitía una vida un poco más cómoda. Sin embargo, y al igual que ocurrió en las ciudades medievales europeas, alrededor de la muralla se habían construido muchas chabolas aprovechando las planchas metálicas para utilizarlas como pared y ahorrar algo en materiales. Allí vivían cerca de treinta mil personas, según le había confesado Kaelith en uno de sus paseos matutinos.

Por motivos obvios, recordó las ciudades keplerianas. Dos civilizaciones separadas por más de mil años luz y que, sin embargo, compartían algunas cosas. La vida los había tratado de una manera injusta. Emily tenía claro que la humanidad estaba muy lejos de la perfección casi mecánica de los insectoides, que había cometido multitud de errores a lo largo de su historia. Pero también tenía claro

que había gente buena, gente inocente y trabajadora que no se merecía acabar así, viviendo en condiciones infrahumanas bajo el dominio de un déspota. Habían conseguido liberar a los keplerianos de los Khol; conseguirían hacer lo mismo con los ciudadanos de Enok Nova. Solo de esa manera la humanidad podría prosperar y soñar con recuperar la grandeza perdida.

Por fin se cumplió la hora señalada. Las tres miraron nerviosas sus relojes.

—¿Estáis seguras de que funcionan los drones?

—Sí —confirmó Solberg—. Lo hemos comprobado dos veces.

—Las antenas de la nave tampoco captan ninguna señal —añadió Paula—. Todavía no hay ningún mensaje.

—Tal vez el espía no transmita siempre a la misma hora —dijo la militar.

Emily suspiró. Quizá tuviera razón y había algo que se les escapaba. Aun así, estaba segura de que tarde o temprano enviarían otro mensaje, solo era cuestión de tiempo. Aunque comenzaba a dudar si tenía sentido esperar mirando las pantallas como un pasmarote.

Pasaron otros cinco minutos.

—Algo me dice que no sirve de nada que sigamos aquí esperando —dijo Emily—. Adeon, ¿puedes…?

—¡Espera! —interrumpió Paula—. Detecto algo.

Emily se giró de inmediato hacia la terminal de comunicaciones. Las imágenes de los drones comenzaron a dibujar unos enormes círculos que ocuparon casi la totalidad de la imagen. Los pequeños autómatas voladores estaban preparados para moverse en cuanto recibieran la señal para calibrar la intensidad de la misma y poder estimar el punto concreto de la emisión. El sistema era muy similar al de los satélites de geoposicionamiento que se utilizaban en la Tierra, solo que algo más rudimentario, ya que la señal de radio del espía no incluía metadatos para facilitar su posicionamiento.

Aun así, los círculos comenzaron a aclararse de forma precisa. Con un solo dron habría salido un área demasiado amplia, dado que había múltiples puntos en la superficie que compartían distancia. Pero con tres, la cosa cambiaba. El punto de intersección de las áreas individuales les daría el lugar exacto desde el que se transmitía la señal.

Poco a poco se fue minimizando el área de intersección hasta apuntar inequívocamente a una de las chozas.

—¡Lo tenemos! —exclamó Paula.

—Adeon, avisa a Robert y a Ferrara —ordenó Emily—. Haremos una visita rápida al inquilino de esa casa.

La operación se preparó con total celeridad mientras los drones continuaban vigilando, atentos a que nadie saliera o entrara. Emily estudió el sencillo edificio cuadrado. Desde el aire parecía uno más entre tantos. Situado al lado de una de las calderas que emanaban vapor al calentar el agua con el que se templaba el subsuelo de la ciudad, permanecía ajeno a lo que estaba a punto de ocurrir.

—¿Qué decía el mensaje? —preguntó Robert mientras los cuatro militares y Emily se colocaban sus exotrajes.

—Los extranjeros han desistido y preparan una ofrenda para negociar —respondió Emily—. Justo lo que esperaba que dijera.

—¿Qué queréis que haga yo? —preguntó Paula.

—Tú quédate vigilando las imágenes, por lo que pueda pasar —ordenó Emily—. Busca a Taro y dile que venga de inmediato.

Paula asintió y les dejó en el vestuario mientras se preparaban para la operación. Ferrara recogió uno de sus fusiles de largo alcance y revisó la recámara y el punto de mira virtual que se proyectaba en su implante.

—Voy tomando posiciones en los edificios de al lado —informó, adelantándose a las órdenes de Robert.

—Sea discreta, no queremos que nadie avise al traidor —le pidió.

—¿Alguna vez no lo he sido? —se despidió con una sonrisa.

Una vez se enfundaron los exotrajes, se prepararon para salir de la nave. Taro apareció de repente, exhausto por haber llegado corriendo.

—¿Qué ocurre? —preguntó jadeando y tratando de recuperar el resuello.

—Paula te pondrá al día —le dijo Emily—. Necesito que avises de inmediato al gobernador.

Taro asintió y ellos salieron de la nave en perfecta sincronía, con paso firme y ligero. Emily iba parapetada detrás de los tres militares, que caminaban como si ejecutaran una coreografía ensayada miles de veces. Robert lideraba el grupo, avanzaba ligeramente agachado y revirado, vigilando el flanco derecho mientras Miller lo seguía haciendo lo mismo con el izquierdo. Pronto se parapetaron en los edificios aledaños.

Robert quería evitar que los hombres que Drenor tenía apostados en las murallas los vieran y dieran la voz de alarma. Además de evitar poner en sobre aviso al topo, no quería comprobar la eficacia de las balistas contra los exotrajes. Sabía que las ballestas de los bandidos que los habían asaltado no tenían suficiente potencia para atravesar la armadura, pero la cosa cambiaba cuando entraban en juego los enormes proyectiles de las defensas de la ciudad. Recordaba lo que las lanzas de los Khaavahki les habían hecho a sus hombres durante el sitio de la base Magallanes. No podía permitirse el riesgo de perder a nadie más.

Fusil en mano, apoyó la espalda contra la plancha oxidada de uno de los edificios aledaños ante la atenta mirada de algunos ciudadanos, que no se imaginaban lo que estaba a punto de ocurrir. Hizo un par de señas a los demás para que tomaran posiciones y se deslizó hacia un lado para controlar el puesto de vigilancia más cercano. El guardia miraba con parsimonia el interior de la ciudad. Esperó pacientemente con el puño de su mano cerrado y alzado hasta que el vigía se dio la vuelta para controlar el perímetro exterior de la muralla.

En ese mismo instante, dio la orden de avanzar. Llegaron hasta la entrada del edificio, una sencilla plancha metálica que saltó por los aires después de que Robert le propinara una potente patada con el exotraje. Él se apartó del paso y Solberg y Miller entraron con perfecta coordinación en el interior. Robert esperó a que ambos cruzaran el umbral y entró justo después, con Emily a su lado.

El edificio era sencillo, de una única planta, como la mayoría de chabolas de la ciudad, aunque era algo más espacioso de lo que parecía desde el exterior. Solberg y Miller comprobaron que las dos estancias que se abrían a ambos lados del pasillo de entrada estaban vacías. Robert continuó recto hacia la más grande. Allí, asustado por la irrupción, había un joven que intentaba esconder algo en un recoveco.

Viéndose acorralado, trató de escapar esquivando a los tres militares. Sin embargo, no llegó muy lejos, ya que Miller lo agarró de la pechera y lo alzó por los aires. El golpetazo al tumbarlo de espaldas contra el suelo lo dejó casi sin respiración. Miller aflojó la presa, consciente de que ya no iría muy lejos. Sus tosidos tratando de recuperar el aire perdido lo hicieron rodar por el suelo. Emily lo reconoció de inmediato al colocarse bocarriba de nuevo.

—Es uno de los consejeros —dijo sorprendida—. Pero jamás habría sospechado de este.

Se trataba del tercer consejero de Kaelith. Emily lo había visto reaccionar con timidez en las reuniones del consejo. Parco en palabras, se había limitado a asentir y a alinearse con todo lo que decían sus colegas de mayor edad. Sin embargo, algo no cuadraba.

—¿Qué estabas haciendo? —le preguntó Robert cuando recuperó el resuello.

Los miró pasmado, con una mezcla entre terror y vergüenza del que se sabe acorralado. Sin embargo, no dijo nada.

—He encontrado la radio —reveló Solberg, que se había acercado al lugar en el que lo habían encontrado.

Era una vieja caja de metal con aspecto de pertenecer a otra época. La cuasi perfección de sus formas daba a entender que se

trataba de una reliquia construida con una tecnología muy superior a la que les rodeaba. Solberg abrió la caja y en su interior encontraron un viejo emisor de radiofrecuencia. Su estado de conservación era muy precario, pero logró encenderlo. A su lado, un dispositivo casero hacía las veces de llave telegráfica mediante la cual el consejero enviaba las señales a través de las ondas de radio.

—Ni siquiera dispone de un micrófono —dijo la soldado—. Creo que por eso lo mandaban en morse.

Aguardaron con el consejero en el suelo hasta que llegó Taro acompañado de Kaelith. Justo detrás de ellos entró Ferrara, a la que Robert se había encargado de avisar del desenlace de la operación. El gobernador observó la escena, con todos los exotrajes rodeando al consejero, que continuaba arrugado en el suelo. La mirada de Kaelith se le clavó en lo más profundo de su ser.

—¿Qué demonios significa esto? —Miró a Emily en busca de respuestas.

—Este es el espía que ha estado durante todos estos años enviando información a Varken y sus secuaces —le dijo—. Interceptamos la comunicación que acababa de hacer y lo hemos sorprendido escondiendo el dispositivo en un compartimento secreto.

Kaelith miró de reojo el dispositivo que Solberg sostenía en sus manos.

—Ghoren —llamó con un hilo de voz.

El asustado consejero, que apenas superaría la treintena, no pudo aguantar la mirada de su superior.

—¿Qué significa todo esto? —Silencio—. ¿Cómo has podido traicionarnos de esta manera? —le preguntó, visiblemente afectado por la deslealtad—. Después de todo lo que hemos pasado juntos. ¿Qué diría tu tío si supiera lo que has estado haciendo?

La sola mención de su familiar hizo que el consejero le devolviera la mirada. Pero Emily no detectó vergüenza en ella. Algo no encajaba, y tal vez esa fuera la pieza que faltaba. Aquel hombre,

aunque tenía un cargo importante, era de complexión débil, casi enfermiza, como todos los que vivían en la ciudad, salvo tal vez Drenor, el jefe de la guardia.

—¿Es este hombre uno de los que han sido liberados a su suerte de Enok?

Kaelith la miró sin entender, pero de inmediato negó con la cabeza.

—No, ha vivido aquí durante toda su vida. Somos de la misma edad y compartíamos una estrecha amistad. Su tío formaba parte del consejo de mi padre y solíamos colarnos en la sala de reuniones para escuchar lo que decían los mayores. Todo iba bien hasta que mi padre y su consejero de mayor edad fueron asesinados por Varken. Yo ascendí y su tío pasó a ser mi primer consejero. Él fue quien propuso a Ghoren como consejero de menor rango.

—Déjame adivinarlo —interrumpió ella—. ¿Su tío escapó o fue misteriosamente liberado por los enokianos?

Kaelith la miró con suspicacia.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Había algo que no encajaba —explicó ella—. Las transmisiones se realizan en un código muy concreto. Me atrevería a decir que tan solo unos pocos lo conocen. Pero como en todos los protocolos de comunicación, tiene que haber al menos dos personas que lo dominen, uno a cada lado. Estaba segura de que se trataba de Tharnok, ya que él mismo se vanagloria de haber escapado de ese infierno. Pero no caí en la cuenta de que estas comunicaciones podían llevar más de una generación produciéndose.

»El tío de Ghoren llevaba años informando a Enok de vuestras conversaciones y decisiones. Apuesto a que tu padre y su primer consejero lo descubrieron y fueron traicionados por él —elucubró—. Imagino que pactaría con Varken que su sobrino continuara con el espionaje para él. Ghoren fue el que avisó de nuestra llegada. Por eso Varken y sus robots fueron capaces de recorrer toda esa distancia tan rápido, casi sin darnos tiempo a establecernos.

—¿Es eso cierto? —Kaelith miró a Ghoren con desprecio, pero este se limitó a mirar hacia otro lado.

El gobernador se encendió de pronto y lanzó un puntapié directo a las costillas de su amigo de la infancia.

—¡Contesta, maldito traidor! —espetó, fuera de sí.

Robert y Miller lo agarraron para que la cosa no pasara a mayores, pero Emily les hizo un gesto para que lo soltaran. Dejaron que el gobernador se abalanzara sobre él y le propinara varios puñetazos. Cuando la sangre comenzó a manar en abundancia de la nariz y la boca del detenido, Emily decidió que ya era suficiente y ella misma lo levantó del suelo casi sin esfuerzo. Después dejaron que las aguas se calmaran.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ferrara.

—Lo sacaremos a escondidas —dijo Emily—. Puede que haya más espías viviendo entre los ciudadanos de Enok Nova. No queremos que Varken sepa que hemos desenmascarado a uno.

—Y la radio, ¿la destruimos? —preguntó Solberg.

—No, esperaremos la respuesta de Varken —dijo con una sonrisa —. Y responderemos mañana. Ahora tenemos ventaja.

35
El caballo de Troya

14 de abril de 3369

Enok Nova, la Tierra

Horas más tarde, cuando Drenor ya se había llevado al consejero traidor a un lugar seguro y apartado, lejos de las miradas indiscretas, Emily esperaba a que pudieran recibir la respuesta al mensaje que Ghoren había enviado a los secuaces de Varken. Tenían que mantener el subterfugio si querían disponer de algo de ventaja sobre el caudillo de Enok.

Había dejado que Kaelith decidiera si poner sobre aviso al resto de los miembros del consejo. Aunque podía haber más espías, si el método de comunicación era el envío de mensajes de radio cifrados, se enterarían y otro espía sería descubierto. Dejar que Varken supiera que su espía en el consejo había sido desenmascarado sería un precio módico para descubrir otro del que no tuvieran constancia. Por ese motivo, Emily había ordenado que los tres drones sobrevolaran la ciudad en todo momento, escaneando todas las frecuencias de radio posibles.

Quedaban solo unos minutos para que llegara la respuesta desde el otro lado y Emily se removía nerviosa en la silla del comedor de la Phoenix. Robert y Ferrara permanecían de pie, sumidos en sus propios pensamientos. Solberg había enviado otro de los drones a estudiar Enok desde las alturas, pero había tenido que retirarlo, ya que los propios drones de Varken lo habían descubierto a pesar de encontrarse a casi mil metros de altura.

Aun así, habían podido comprobar las fuertes medidas de seguridad de la ciudad. Entrar en un lugar fortificado como Enok no parecía sencillo. El perímetro era mucho más pequeño que el de Enok Nova. Sus vigías eran en su mayoría robots, aunque siempre

había varios hombres patrullando de forma constante las calles y las murallas. Si Robert caminaba pensativo alrededor de la mesa era porque no las tenía todas consigo.

Tenían que contar con que las fuerzas de Varken eran muy superiores en número y tal vez en tecnología. No sabían si, además de un pequeño ejército de robots, disponía de algo más. Y para rematar, contaba con cientos de rehenes entre esclavos, niños y concubinas para sus hombres. Cuando se movía de esa manera era porque dudaba de la efectividad de su plan, había demasiadas incógnitas.

Por lo poco que habían podido ver en las imágenes del dron, la ciudad, al igual que Enok Nova, estaba construida alrededor de una estructura cúbica de hormigón. Emily supuso que en el caso de Enok se trataba del acceso a la ciudad subterránea, el lugar del que salieron los supervivientes hace cientos de años. Era un edificio mucho más grande que el que les había enseñado Kaelith hacía unos días y que los llevó hasta el asistente virtual conocido como el Sofista. Por el tamaño de la puerta de entrada, quedaba claro que estaba diseñado para la introducción de materiales o maquinaria pesada en la ciudad.

Esas instalaciones habían sido construidas por el Proyecto Atlas, por lo que Emily había comenzado a dudar de la verdadera naturaleza del proyecto. Puede que desde un principio la idea fuera la de construir un búnker gigante que permitiera la supervivencia de un gran número de individuos. En realidad, no era tan diferente a lo que había sido el proyecto Orfeo. La única diferencia entre ambas soluciones era que en un caso los elegidos viajarían en una estación espacial y en el otro permanecerían bajo tierra hasta que las condiciones del exterior fueran las adecuadas.

Aunque quedaba patente que la idea había funcionado, a Emily le asaltaban tantas dudas que llegó a maldecir su suerte porque el Sofista no les había revelado apenas nada sobre la naturaleza del proyecto, tan solo la información de dominio público. Para empezar, estaba la forma en la que habían esquivado los impactos. La superficie de esa zona parecía haberse librado de manera milagrosa

del cataclismo. Dallas, a diferencia de otras ciudades más al este y al sur, seguía en su sitio. Lo mismo había ocurrido con otras pequeñas poblaciones por las que habían sobrevolado. Resultaba demasiado oportuno que el proyecto hubiera elegido justo uno de los lugares que se librarían de los primeros impactos.

Después estaban los terremotos y las condiciones infernales que sobrevinieron al impacto inicial. Aunque en esa zona no había fallas ni límites de placas tectónicas, la caldera de Yellowstone estaba muy cerca. Un movimiento inoportuno en la corteza terrestre y toda esa estructura podría colapsar, enterrándolos a todos en la ciudad. La única explicación posible a ambos misterios era que la tecnología humana había avanzado tanto en la predicción de los impactos de Selene y en la construcción de estructuras subterráneas como para poder solventar los problemas.

Y después estaba el tema de los autómatas, que fueron prohibidos hacía ya mucho tiempo. Muchos años antes de que supieran de la existencia de Belial y de las consecuencias catastróficas que supondría para todo el planeta, la humanidad se enfrentó a una de las mayores crisis de la historia. La Cuarta Guerra Mundial fue uno de los máximos exponentes de la barbarie humana. Tras más de un siglo de relativa calma desde la anterior gran guerra, las tensiones entre las grandes potencias mundiales volvieron a aflorar tras una serie de crisis y depresiones económicas.

En un mundo dominado por las inteligencias artificiales y los autómatas cognoscentes, la guerra comenzó a librarse detrás de un grueso telón, fuera de la vista de la mayoría. Para cuando la humanidad se dio cuenta de lo que había detrás de los sabotajes y los fallos sistémicos de determinadas infraestructuras, ya era demasiado tarde. Las inteligencias artificiales que dominaban en la sombra las antiguas potencias mundiales decidieron dar un paso más en la deshumanización de los conflictos. Se desplegaron ejércitos de autómatas para contener a las masas descontentas por la situación en el orden mundial. Esos ejércitos disponían de una capacidad destructiva sin precedentes, pero carecían de alma y de empatía. Lo que sí que tenían eran serios problemas de seguridad

que una inteligencia artificial enemiga podría explotar para causar el mayor número de bajas en el bando contrario.

Después de que millones de personas murieran asesinadas en el evento, que se catalogó como La Rebelión de las Máquinas, se descubrió que las inteligencias artificiales en las que los gobiernos habían descargado toda la responsabilidad de la defensa de las naciones habían llegado a conclusiones drásticas en contra de las leyes de la robótica y los acuerdos establecidos. Las matanzas de aquellos días fueron tan sangrientas e indiscriminadas que algunas de las naciones implicadas se vieron obligadas a refundarse.

Tras el armisticio y la desconexión de los sistemas autónomos de defensa, los nuevos gobiernos prohibieron en sus actas fundacionales la utilización de cualquier inteligencia no biológica en la toma de decisiones de los Estados Mayores de todo el planeta. En lo que se conoció como los tratados de Washington, las naciones del mundo decidieron prescindir, además, de los autómatas con forma humana. Por ese motivo no había habido androides desde la época anterior al impacto y los únicos autómatas que existían en los proyectos eran los que se encargaban de tareas de mantenimiento. Y por eso, las inteligencias artificiales como Ada no disponían de libertad suficiente para desplegarse fuera de los sistemas matrices que los vieron nacer.

De modo que la presencia de autómatas en Enok era muy llamativa. ¿Qué había ocurrido en la superficie de la Tierra después de marcharse ellos para que algo tan presente en la sociedad previa al impacto fuera recuperado de nuevo? Tampoco pudo evitar pensar que no habían encontrado ninguna referencia a ese cambio de paradigma, ni ningún resto físico que lo respaldara, en su visita a las colonias marcianas. Fuera lo que fuera lo que ocurriera para permitir el uso de autómatas, era una cuestión que solo había afectado a los supervivientes de la Tierra.

Emily seguía dándole vueltas a sus pensamientos cuando la voz de Adeon la sacó de su ensimismamiento.

—Min quiere hablar contigo —anunció.

Ella dio un respingo, y aunque tardó en reaccionar, le alegró tener noticias desde el crucero alienígena. El otro equipo llevaba días sin apenas descanso y no había querido atosigarles con llamadas constantes. Vio a un cansado Min a través de su implante ocular. Sin embargo, se intuía una tímida sonrisa de satisfacción en sus labios.

—Lo tenemos —dijo orgulloso—. Contamos con seis autómatas operativos y a la espera.

—¡Fantástico! —exclamó ella, que vio con satisfacción cómo todas las piezas del puzle comenzaban a encajar—. Pasaremos a buscarlos en cuanto pongamos el plan en marcha.

—Bien, estaremos preparados.

—Ahora, descansad un poco, imagino que estaréis agotados. Buen trabajo.

Min asintió con pesadez y se despidió. Emily sintió las miradas de ambos clavadas sobre ella y les explicó la situación. Poco después consultó su reloj y se levantó.

—Ya es la hora —dijo—. Será mejor que volvamos a la sala de comunicaciones.

Allí continuaban Paula y Solberg, revisando con celo las imágenes de los drones. La situación parecía normal. Nadie había reparado en el arresto del consejero y el día se encaminaba hacia su final con cada vez menos luz.

—¿Alguna novedad? —preguntó al entrar.

—No, nada —dijo Paula, aburrida—. Kaelith todavía no ha convocado a los demás consejeros para darles la noticia.

—Se le notaba afectado por la traición —recordó Emily—. Al parecer, se conocían de toda la vida. Démosle tiempo para asimilarlo. ¿Qué hay del mensaje de Enok?

—Todavía no se ha cumplido el plazo —respondió Solberg después de consultar la hora.

Emily pasó algunos minutos revisando las imágenes de los tres drones. La luz del sol apenas llegaba ya a la superficie por culpa de las nubes plomizas que habían proliferado a lo largo del día y porque

estaba ya anocheciendo. Fueron testigos del paso a infrarrojos que hicieron los tres artefactos para poder seguir teniendo una visual de la ciudad. El tiempo pasaba y el mensaje no llegaba. Paula y Solberg cambiaban de postura cada poco rato mientras los recién llegados a la sala se movían inquietos detrás del puesto de control. No concebían una forma en la que Varken se hubiera enterado de lo ocurrido, pero Emily empezaba a darse cuenta de que era mucho más astuto de lo que parecía por su aspecto rudo y salvaje. Supuso que tendría que serlo para evitar que un grupo de opositores de su propia guardia se levantara contra él para apartarlo de su trono.

De pronto, en las imágenes se sobreimpresionaron unas ondas de color verde y trazo fino que se asemejaban a los latidos de un corazón.

—Ya empieza —dijo Solberg, incorporándose en la silla en la que estaba recostada.

El mensaje se prolongó durante unos largos instantes, durante los que contuvieron la respiración mientras los caracteres se dibujaban en la terminal hasta formar una frase con sentido. Después de eso, solo hubo silencio.

—¿Qué tipo de ofrenda? —leyó Solberg—. Asegurar que no es una trampa.

—¿Y ahora? —preguntó Paula.

—Ahora, a esperar a mañana para responder y poner el plan en funcionamiento —respondió Emily con satisfacción. El mensaje concordaba con lo que esperaba.

—Pero ¿qué les vamos a responder?

—Algo intermedio —sugirió Emily—. Si negamos con rotundidad que pueda ser una trampa, sospecharán. La respuesta ha de ser ambigua. Tenemos toda la noche para pensarlo.

—Y ¿después?

—Después, ejecutaremos el plan —respondió con determinación —. Será mejor que descansemos, mañana puede ser un día muy largo.

La mañana siguiente se levantó lluviosa. Las nubes que se habían formado durante la tarde anterior habían dejado abundantes precipitaciones. Por suerte, la mayoría de las borrascas que se formaban en esa zona del mundo seguían proviniendo mayoritariamente del este, por lo que no arrastraban todos los compuestos sulfúricos que lanzaba la caldera de Yellowstone. Eso suponía un riesgo para todos los ciudadanos de Enok Nova, pero también para la operación que Emily tenía en mente. Por fortuna, la lluvia no era lo suficientemente ácida como para preocuparse por ella. Lo que sí encontraron en el exterior fue una gran cantidad de barro.

Emily salió tras tomarse su ración diaria de cafeína y se dirigió hasta el edificio del gobernador, donde se encontró con Kaelith y Vireen, más tranquilos tras el carrusel de emociones que habían vivido el día anterior. Notó que la mirada de Vireen ya no le provocaba esa sensación de tensión que había sentido hasta hacía poco. Su expresión se había suavizado y parecía una simple mujer preocupada por el devenir de los acontecimientos en su estado. Algo normal, teniendo en cuenta la situación en la que se encontraban.

Kaelith la saludó con aparente tranquilidad, pero notó cómo los problemas se acumulaban en su atribulada cabeza.

—He convocado al consejo esta mañana —le dijo—. Tengo que advertir al resto de la situación en la que nos encontramos. Creo que, en el fondo, todos sospechábamos que podrían darse situaciones como esta, pero nunca pensé que Varken estuviera tan dentro de nuestra estructura. Intentaremos ser más selectivos en las próximas ocasiones.

—Recibimos una respuesta al mensaje de Ghoren ayer a última hora —les contó Emily.

—Y ¿qué decía? —quiso saber el gobernador.

—Creo que cuanto menos sepáis será mejor para todos —respondió—. No quiero que nadie se entere de que conocemos la manera en la que Varken estaba al tanto de lo que ocurría en Enok Nova.

Él asintió sin rechistar. Pero, aunque daba la impresión de haber asumido la situación en la que se encontraban, encontró esperanza cuando lo miró a los ojos.

—Ayer, cuando salimos de la sala del consejo después de que anunciaras que ibas a entregar algunos autómatas a Varken, me sentí hundido —confesó—. Creía que las pocas opciones de conseguir que nuestra vida mejore se esfumaban de nuevo. Me pediste que confiara en ti. Solo quiero que sepas que lo hago. Confío en ti.

—Te lo agradezco —respondió ella—. Intentaremos ayudaros a pasar página y que los ciudadanos de Enok Nova por fin sean libres de decidir su destino.

—Gracias —dijo Vireen, que se acercó a ambos—. Por todo.

Ella observó cómo se acariciaba la prominente barriga. En cualquier momento, la niña que crecía en su interior podía decidir que había llegado la hora de venir a ese mundo cruel y sanguinario. La responsabilidad que había asumido enfrentándose a Varken y sus matones empezaba a ser muy grande. Tal vez demasiado para un pequeño grupo de viajeros en el tiempo.

Si bien tenían la opción de acabar con todo en unos segundos, utilizando el arma gravitacional del crucero insectoide, había demasiada gente inocente en Enok como para planteárselo. Además, todavía no tenían muy claro cómo eso podía afectar a la integridad del espacio-tiempo. El plan tendría que funcionar, pero sin poner en riesgo la vida de nadie.

—Solo he venido para deciros que abandonaremos la ciudad durante unas horas o tal vez un día completo —les dijo.

—¿Va a comenzar todo? —preguntó Kaelith.

—Sí —respondió ella—. Esperemos que todo salga bien y que podamos regresar con buenas noticias.

Los dejó preparando el consejo. Justo cuando ella abandonaba el edificio, aparecía por una esquina de la calle Tharnok, el más anciano de los consejeros, que le dedicó una dura mirada mientras

trataba de acercarse sin manchar demasiado de barro las pieles con las que se cubría. Dada su avanzada edad, era un milagro que pudiera moverse con tanta soltura. Se alejó sin intercambiar una palabra con el anciano y regresó de vuelta a la nave para dar comienzo al siguiente paso del plan.

Con toda la tripulación ya vestida con sus exotrajes y montada en la cabina del pasaje, Balakova despegó de Enok Nova y se alejaron de la ciudad hacia el norte, al encuentro del crucero alienígena y el pequeño grupo de autómatas que Virgil y los demás habían preparado para llevar a cabo el plan. El viaje fue corto, apenas duró unos minutos. El siguiente paso era recuperar los autómatas y viajar hasta las inmediaciones de la ciudad gobernada por Varken con mano dura.

Accedieron al crucero y recorrieron sus laberínticos pasillos hasta llegar al taller donde Virgil y los demás había estado trabajando sin descanso durante los últimos días. Lo encontraron todo patas arriba. Centenares de piezas viejas estaban esparcidas por toda la estancia. Había gran cantidad de herramientas desperdigadas. Pero, en el centro del taller, seis figuras esbeltas y estilizadas resaltaban entre todo el caos reinante.

Una figura pequeña revoloteaba ansiosa alrededor de otra más grande, embebida en una de las interfaces de comunicación insectoide que Emily ya había utilizado en alguna ocasión. Entonces, el pequeño autómata se giró y los vio llegar. Se acercó a ellos esquivando y escalando varios montículos de chatarra de los que había desperdigados.

—¡Ya está! —escucharon la entusiasta voz del pequeño.

—Ya lo veo —respondió Emily, fijando su vista en los seis robots, que todavía estaban conectados por algunos cables a la nave—. ¿Los demás están descansando?

—Sí, han trabajado sin parar durante muchas horas —respondió él—. Los seres humanos podéis ser muy audaces cuando os lo proponéis, pero cometéis más errores cuando estáis cansados —

añadió, cambiando el tono por otro menos alegre—. ¿Quieres que los despierte?

—No, no —respondió—. Se han ganado el descanso con creces.

—Desde luego —aseguró Virgil—. Vigilante y yo estábamos haciendo las últimas pruebas. Aunque ahora solo veas seis, hemos utilizado piezas de cuarenta droides diferentes para conseguir lo que tenéis delante. Y hemos tenido que añadir tecnología humana e insectoide para lograr suministrarles energía.

Emily esquivó una montaña de chatarra para verlos de más cerca. A simple vista parecían uniformes, como si acabaran de salir de la factoría de ensamblaje. Solo si te detenías a examinarlos con atención se veían las diferencias en el origen de las piezas ensambladas.

—Parecen nuevos de verdad —exclamó James, al que Alberto dio un manotazo cuando estaba a punto de tocar uno de ellos.

—Hemos dado un tratamiento a las aleaciones metálicas, ya que los restos estaban bastante deteriorados por las lluvias ácidas —explicó el pequeño—. No van a durar mucho tiempo, pero al menos no se desmontarán a causa de una fractura inoportuna.

—Por eso parecen tan uniformes —dijo ella al acabar de dar una vuelta completa.

—¿Queréis ver una demostración? —preguntó Virgil mientras se giraba para mirar a todos los demás.

—¡Claro! —agradeció Chad—. Por eso estamos aquí.

Virgil se giró de inmediato y dio un par de volteretas hasta una interfaz insectoide de menor tamaño que había en el otro extremo del taller. Tras unos instantes de expectación, las mangueras y cables que conectaban con los droides se soltaron de repente entre un mar de niebla y un siseo de gas. Una vez que se disipó el humo, un zumbido eléctrico creciente inundó la sala. La expectación fue en aumento, pero de manera inconsciente, todos dieron un par de pasos hacia atrás.

De repente, las cabezas formadas por decenas de pequeños triángulos que les daban ese aspecto ovalado se encendieron al unísono. Emily vio unos pocos bloques de algunos de los robots que no se encendieron o lo hicieron en un color diferente al blanco neutral que tenían el resto. Era tan solo la evidencia de que alguno de ellos no estaba bien conectado o simplemente no funcionaba.

Sin tiempo para observar otras disfunciones, los seis autómatas comenzaron a moverse con una sincronización aterradora e iniciaron una especie de marcha militar sin trasladarse del sitio, tan solo levantando las rodillas y moviendo los brazos para mantener el equilibrio. Sus cabezas mostraron de repente un rostro humano, casi real, lo que provocó la sorpresa de los presentes. Cada una de sus expresiones era diferente, aunque se movieran al mismo ritmo, convirtiendo la demostración en algo todavía más extraño. Tres de los rostros eran femeninos, mientras que los otros tres eran masculinos. De no ser por que alguno de los módulos triangulares seguía fallando, habrían resultado muy convincentes.

Aunque la robótica había tenido avances mucho mayores y más impresionantes que los que estaban contemplando, era la primera vez que veían algo parecido con sus propios ojos. Todos miraban boquiabiertos la precisión con la que se movían.

Virgil les ordenó saltar de forma consecutiva y por parejas, ejecutando una especie de ola que hizo que Evelyn y Paula demostraran su admiración con aplausos y vítores. Después, los hizo saltar dando un giro de ciento ochenta grados. La primera vez todo ocurrió según lo esperado, pero la segunda, uno de los androides que estaban en la fila central tropezó y se precipitó hacia su compañero, que logró esquivar la embestida y provocó que el primero acabara con sus huesos metálicos sobre una montaña de chatarra.

De inmediato se acabó la demostración. Los otros cinco robots se quedaron quietos, con las cabezas iluminadas en blanco y esperando nuevas órdenes. Virgil se deshizo de la interfaz de comunicación y salió despedido hacia el accidentado robot. Incluso el Vigilante, que

parecía estar dedicado a otras tareas, se quitó su interfaz para ayudar al pequeño a levantar el robot.

—¡Lo siento! —se disculpó con efusividad, dando brincos alrededor de los demás—. Hay algunos fallos en los rotores que hacen girar las articulaciones. A veces pasa. Espero que no se dé demasiado, ya que no disponemos de muchos repuestos.

—Tendrá que valer —dijo Emily sin demasiada convicción—. Necesitamos comenzar con el plan. ¿Cómo los manejamos?

—Podemos programarlos para que hagan lo que queramos o simplemente darles una orden —dijo una voz que atravesó la puerta del taller.

—Min —saludó Emily—. No era necesario que nos acompañaras. Sé que habéis trabajado hasta la extenuación.

—De ninguna manera iba a perderme el baile de graduación —dijo con una gran sonrisa, aunque el cansancio era más que evidente en él.

Entre Virgil y Min lo dispusieron todo y los seis autómatas recorrieron los intrincados pasillos del crucero hasta la rampa de salida. Luego subieron hasta la bodega de la Phoenix y entre Ferrara y Miller los aseguraron con unas cinchas. Una vez estuvieron todos a bordo, Emily los reunió para explicarles los pormenores de su plan. Era relativamente sencillo y todos pensaron que podría funcionar, pero había varios factores que resultaban imprevisibles y en los que tendrían que intervenir si querían conseguir su objetivo.

Balakova y Huang llevaron la Phoenix hasta una distancia prudencial, a casi una hora a pie de los límites de la ciudad de Enok. De inmediato comenzaron los preparativos para la operación. Mientras el resto se colocaban los exotrajes en los vestuarios, Robert se acercó a Emily.

—¿Estás segura de esto? —le preguntó—. En cuanto empecemos, no habrá marcha atrás.

—Tenemos que intentarlo —dijo Emily—. La gente de Enok Nova, la humanidad al completo, merece otra oportunidad. Tenemos que

evitar que personas como Varken tomen el control de la situación por la fuerza. Es imposible tener una vida normal en estas condiciones.

—Lo conseguiremos —asintió él—. Les daremos esa segunda oportunidad.

Cuando estuvieron listos, desestibaron los androides y los prepararon para el viaje. Los dispusieron en tres filas de dos y colocaron una camilla entre ellos. Ferrara puso una caja hermética en la camilla e hizo una señal a Min para advertirle de que ya estaba. De inmediato, los robots se agacharon a recoger la camilla y comenzaron a desplazarse en dirección a la ciudad de Enok mientras el resto de la tripulación regresaba al interior de la nave.

—¿Tenemos claro el mensaje que debemos enviar? —preguntó Paula, atenta a la hora de enviar el mensaje.

—Sí —confirmó Emily—. No parece una trampa. Os han enviado varios robots.

Paula tenía la radio incautada en una de las mesas de la sala de comunicaciones. Con ayuda de Adeon, tradujo cada uno de los caracteres en los tonos cortos y largos del código que utilizaba el espía de Varken para comunicarse con ellos. Inicialmente había pensado en que fuera Adeon el que se encargara de emular una transmisión real, pero teniendo en cuenta que Varken disponía de robots que podrían distinguir la perfección de un código perfectamente emitido, creía más seguro hacerlo ella a mano.

—Ya es la hora —anunció cuando estuvo preparada.

—Espera un par de minutos —le indicó Emily—. Ghoren nunca envió los mensajes a la misma hora. Démosle más autenticidad.

Dos minutos después, Paula encendió la antigua radio y comenzó con la transcripción del mensaje. Punto por punto y raya por raya fue pulsando la llave del transmisor para emitir los tonos cortos y largos. Cuando acabó, hizo un gesto con su pulgar para indicar que todo se había transmitido correctamente.

—Solberg —llamó—, envía el dron para comunicarnos con ellos. Mantenlo a cierta distancia de los androides. Quiero que lo vean, pero que no se sientan amenazados por su presencia.

La soldado lo preparó y todos esperaron viendo las imágenes del avance de los autómatas a lo largo de la llanura que los llevaría hasta la ciudad de Enok, a solo unas millas de la antigua ciudad de Roswell, en Nuevo México. Pronto vieron las murallas de la ciudad a lo lejos.

Las tres parejas de droides se plantaron a veinte metros de los límites de la ciudad. Las fortificaciones que la protegían eran mucho más altas que las de Enok Nova. Solberg mantuvo el dron a una distancia prudencial para evitar cualquier movimiento extraño por parte de las defensas de la ciudad.

De repente, la actividad en la parte superior de las murallas se volvió frenética. Tres drones salieron del interior y rodearon a los droides para estudiarlos de cerca. Una vez aseguradas sus intenciones, varias figuras se asomaron al borde del perímetro. A lo largo de la parte frontal de la muralla se entreveían cuatro balistas defensivas similares a las de Enok Nova, armadas con virotes que podrían atravesar casi cualquier cosa. En la cabina de la Phoenix contuvieron la respiración. Ese era el momento en el que todo el plan podía irse al traste.

Pasaron unos instantes hasta que una figura, ataviada con un casco metálico coronado por una gran pluma roja, asomó por encima del borde de la muralla. Su barba era poblada y oscura y estaba adornada con diversos anillos. Varken había decidido presenciar por sí mismo la ofrenda de la que ya había oído hablar.

—¿Qué demonios significa esto? —preguntó alzando la voz. El silencio en la ciudad era sobrecogedor y su voz sonó grave y aterradora.

Solberg adelantó su dron con cuidado hasta colocarlo a una distancia prudencial. Un holograma con la cara de Emily apareció justo delante del séquito que portaba la ofrenda.

—Saludos, Varken de Enok —dijo ella con tono diplomático—. Creo que no hemos empezado con buen pie. Te ruego por favor que aceptes estos robots que hemos logrado recuperar con nuestra tecnología. Portan una fuente de energía infinita que os permitirá olvidar el combustible con el que tenéis que recargar vuestros generadores.

Varken no respondió, se dedicó a pasear por la muralla, mesándose la barba.

»A cambio, solo os pediremos acceso a la antigua ciudad —continuó ante su pasividad—. No deseamos interferir en la política local. Tan solo estamos de paso. Nuestra nave sufre una avería y necesitamos un mineral que creemos que solo podemos conseguir en la ciudad subterránea. Una vez tengamos lo que necesitamos, nos marcharemos para no volver jamás. Te doy mi palabra.

La oferta solo recibió el silencio como respuesta. Emily casi pudo escuchar cómo algunos de sus compañeros tragaban saliva. De aquella decisión dependería el éxito del plan.

—No lo va a aceptar —masculló James entre dientes.

—No seas cenizo —le recriminó Alberto.

De repente, Varken, que seguía paseando sobre la muralla, se detuvo en seco y alzó los brazos al cielo.

—¡De acuerdo! —gritó—. ¡Abrid los portones!

Los suspiros de alivio fueron generalizados en la cabina de la Phoenix. Nada más dar la orden, los dos portones de metal reforzado comenzaron a girar sobre los goznes. Con un sonoro chirrido, los autómatas tuvieron vía libre para entrar en la ciudad más peligrosa de la Tierra.

Cinco de los robots se pusieron en marcha. El sexto trastabilló y estuvo a punto de caer al suelo. De nuevo, contuvieron la respiración. Un fallo como ese podía hacer sospechar al caudillo. Pero, por suerte, pudo mantener la vertical en el último momento y continuar con el resto de sus metálicos compañeros. El plan de Emily parecía haber funcionado. Varken había mordido el anzuelo y había

metido un pulso electromagnético en su propia ciudad. Ahora solo tendrían que apretar un botón para que su ejército de robots y drones cayeran inutilizados. El resto de las fuerzas defensivas no serían rival para la potencia de fuego de la Phoenix combinada con los exotrajes.

—¡Ya está! —exclamó Chad, alzando los brazos en señal de victoria—. ¡Se lo han tragado!

Las celebraciones y los vítores se extendieron por la nave mientras Emily acariciaba el detonador que descansaba en su mano. El PEM que acababan de introducir en la ciudad no era demasiado potente, por lo que tenía que esperar a que lo colocaran en el centro de la ciudad. Levantó la tapa que cubría el botón rojo con cuidado, preparada para generar el caos.

—Colocaos los cascos de los exotrajes —ordenó al resto—. Balakova, nos ponemos en marcha.

Los motores de la nave comenzaron a ronronear con suavidad mientras la expectación se acrecentaba. De repente, las imágenes del dron de acompañamiento desparecieron del proyector holográfico.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, sorprendida.

—Hemos perdido la señal —dijo Paula.

—¿Y el PEM?

—No está.

—¿Cómo puede ser eso posible? —Emily se giró hacia ella.

—Creo que tienen un inhibidor de frecuencias —se lamentó.

Emily apretó el botón del detonador varias veces sin que ocurriera nada. La terminal le indicaba que se había perdido la conexión con el artefacto. Fuera lo que fuera lo que había pasado, tendrían que improvisar otro plan.

36
El gran maestre

5 de septiembre del año 6

Wiikhaadiiz ofiz, Kepler-442b

Narya revisaba su petate, distraída. Todavía no había amanecido y los nervios le habían impedido dormir como requería un día tan señalado como ese. Había preparado la mochila en el mismo momento en que habían descubierto que alguien enviado por Yaaw se encargaba casi una vez por semana de comunicarse con Iidriis a través de un puesto de venta del mercado. La operación la habían preparado entre Ghaaf y Khaavmi, que ya estaba casi recuperado de sus heridas.

Salió de su habitación y se encontró con el teniente en la zona común, preparando el fuego para calentar el agua. Su mochila estaba apoyada en el suelo, junto a la puerta de salida.

—Pensaba que sería la primera en levantarme —dijo ella en voz baja para no despertar a McNeil, que seguía roncando en su cama—. ¿Tú tampoco has podido dormir?

—Nunca lo hago el día de una operación importante —respondió él en el mismo tono mientras se sentaba en una silla a contemplar cómo las llamas del fuego comenzaban a crepitar.

—Vaya, el gran teniente Khaavmi está nervioso. —Sonrió—. Pensaba que para alguien acostumbrado al peligro como tú, esto sería como dar un paseo al atardecer.

—No estoy nervioso —negó agitando la cabeza—. Pero para mí significa mucho poder poner fin a la Sexta Logia.

—¿Es porque formaste parte de ella?

Él asintió y guardó silencio durante unos instantes.

—Esta operación supondrá el fin de algo que ha estado corrompiendo nuestra sociedad desde hace miles de años —explicó con seriedad—. Una podredumbre que ha acabado con familias enteras de keplerianos inocentes solo por disputas políticas y beneficios personales.

Ella se acercó y colocó la mano sobre su hombro. A pesar de su pasado, creía entenderlo muy bien.

—Supongo que hoy se acabará todo —añadió ella.

—Así es —asintió.

Permanecieron unos segundos sin decir nada hasta que Khaavmi se levantó y colocó un par de leños más consistentes en el hogar de la vivienda. Después, rellenó la pequeña olla con agua de un pellejo y la colocó sobre la estructura metálica que había sobre el fuego. McNeil apareció poco después.

—¿Alguna novedad? —preguntó Khaavmi.

—No, ninguna —respondió él—. Anoche encargué a Adeon que me despertara si el dron veía algún tipo de movimiento en los alrededores de la posada. Acabo de preguntarle y me ha dicho que todavía no se ha movido.

—Bien —asintió Khaavmi—. Será mejor que estemos preparados. Puede que decida salir pronto. Ghaaf y los chicos están ya avisados. Os recomiendo desayunar fuerte —les dijo—, no sabemos cuándo podremos volver a comer algo.

McNeil y Narya se sentaron a la mesa mientras Khaavmi acababa de preparar el *ghozda*. Comieron pan, queso y carne de la noche anterior que calentaron en el fuego. Justo cuando acabaron de recogerlo todo, McNeil recibió una llamada de Adeon.

—El objetivo acaba de salir a la calle —anunció la IA.

—Gracias —respondió, sorprendiendo a los demás.

—¿Y bien? —preguntó Narya.

—Ha salido a la calle.

—Nos movemos. —Khaavmi se colgó la mochila al hombro—. Avisaré a Ghaaf.

McNeil se colocó un viejo y ajado hábito de los Gaal-El que Liikmi les había prestado y Narya le ayudó a colgarse la mochila de comunicaciones que necesitaban para mantener el canal abierto con la estación espacial y el dron. Después salieron al exterior, donde ya había amanecido y la actividad de la ciudad volvía a cobrar vida para dar comienzo a un nuevo día.

Avanzaron por las calles y pasaron desapercibidos hasta alejarse del centro de la ciudad. McNeil se movía incómodo debajo del hábito, las fibras rozaban su piel y le obligaban a rascarse cada poco tiempo. A pesar de todo, controlaba con asiduidad la situación del dron y en todo momento sabían dónde se encontraba su objetivo, que en realidad resultaron ser dos. Al parecer, el contacto de Yaaw, un kepleriano de mediana edad que se desplazaba en un carro tirado por dos *fhores*, viajaba con una kepleriana de la misma edad. Aunque fingían ser marido y mujer, McNeil supo que no lo eran. Apenas hablaban, como si todo eso no fuera más que un trabajo como otro cualquiera. En una zona apartada cerca de la salida noreste de la ciudad, Ghaaf y una decena de soldados armados los esperaban.

Khaavmi se acercó a ellos mientras McNeil se fijaba en los tres animales sin montura que llevaban de las riendas.

—Me alegro de veros —saludó.

—Tienes una pinta horrible —bromeó Ghaaf—. Pero creo que es la que tenías antes de la paliza.

—El otro acabó peor —se apresuró a responder.

—Suerte que tuviste una piedra a mano —le recordó.

Ambos se miraron y comenzaron a reírse a carcajadas. Luego se fundieron en un abrazo en el que Khaavmi pudo comprobar la verdadera magia que obraban los matasanos humanos, ya que no sintió ningún dolor a pesar del abrazo de oso que le dedicó el gigantón.

—¿Alguna novedad sobre nuestro objetivo? —Ghaaf se giró hacia McNeil, que ya se había deshecho del hábito Gaal-El que tantas molestias le producía.

—Está a poco más de un kilómetro de aquí —explicó.

—Bien, mantendremos una distancia prudencial —convino Khaavmi.

—No pretenderéis que me suba a una de esas bestias, ¿verdad? —preguntó el inspector cuando estaban a punto de echar a andar.

—Ellos llevan el carro vacío —explicó el militar—, van a ir mucho más rápido de lo que nosotros podríamos avanzar a pie.

—Pero yo nunca he montado en uno de esos —respondió McNeil, dando un par de pasos hacia atrás, con la mirada llena de terror.

—Es sencillo, solo tienes que sostener las riendas con determinación —aseguró Ghaaf—. Además, son los *fhores* más dóciles que teníamos en los establos.

McNeil se arrugó de inmediato. Aquello resultaba demasiado para él. Acababa de tener que despedirse de sus pequeñas mascotas y ahora le pedían que montara sobre una bestia cuadrúpeda de olor extraño y sucio pelaje. Narya se acercó y se agachó junto a él. Le pasó el brazo por encima de los hombros y trató de ayudarlo a calmarse.

—No tienes por qué hacerlo si no quieres —le dijo con voz suave —. Podríamos llevarnos la mochila de comunicaciones y tú podrías regresar a Wiikhaadiiz ofiz, si quieres.

McNeil comenzó a calmarse al escuchar que había otras opciones que no incluían tener que enfrentarse con esas bestias.

—Pero hay otra opción más, que tal vez quieras tener en cuenta —siguió ella.

—¿Cuál?

—Puedes venir conmigo en mi *fhore* —dijo—. Yo me encargaré de todo y tú solo tendrás que agarrarte a mí. Te prometo que no notarás nada y que en cuanto te sientas incómodo, te bajaremos y podrás regresar a casa.

Él levantó la cabeza, aunque no llegó a mirarla a los ojos.

—¿No tendré que decirle a uno de esos animales por dónde tiene que ir?

—No, yo lo haré —sonrió. El inspector se tranquilizó de nuevo y se puso en pie—. ¿Lo intentamos?

Él asintió. Después, aseguraron la mochila de comunicaciones a uno de los animales y Narya se subió en otro. Entre Ghaaf y Khaavmi auparon al inspector y lo acomodaron en el *fhore*. El animal ni se inmutó al sentir el peso combinado de ambos. En cuanto estuvo asegurado en la grupa, McNeil se agarró con fuerza a la cintura de Narya, que notó de inmediato la presión del inspector en su torso.

—Quizá no sea necesario agarrar con tanta fuerza —dijo con suavidad para que aflojara el abrazo.

Una vez estuvieron preparados para marchar, Khaavmi dio la orden de seguir la senda que los llevaría hasta los dos sospechosos de colaborar con la Sexta Logia. Durante los primeros kilómetros la marcha fue lenta, y Narya trató de evitar que el animal hiciera algún movimiento brusco que provocara un aumento en la fuerza del abrazo del inspector. Pronto pareció encontrarse más cómodo y fue aflojando la presa. Fue a partir de ese instante cuando el grupo aceleró algo la marcha y pudieron recortar distancias con sus objetivos.

El día transcurrió en una tensa calma. Pararon a comer algo cuando McNeil vio a través de su implante que la extraña pareja de keplerianos lo había hecho un kilómetro más adelante.

Unas horas después, cuando el sol ya había comenzado a descender, los dos keplerianos que conducían el carro abandonaron el sendero por el que transitaban y llegaron a una enorme granja que ocupaba todo el espacio que había entre cuatro enormes árboles milenarios, donde les recibieron dos keplerianos de aspecto rudo.

—Esos no parecen granjeros —comentó Ghaaf al ver las imágenes holográficas que proyectaba el brazalete de McNeil.

—Creo que hemos llegado al lugar que estábamos buscando —dijo Khaavmi—. ¿Ese chisme nos puede indicar cuántos hay en esa granja?

McNeil no contestó, pero manipuló las ópticas del dron para que este les proporcionara imágenes con las firmas de calor de los alrededores. Encontraron otras cinco figuras, además de un montón de animales en los establos. Una de esas figuras parecía estar encaramada a uno de los árboles.

—Habrá que eliminar en primer lugar al que está de guardia —dijo Ghaaf.

Khaavmi asintió mientras su mirada se centraba en la mancha amarillenta que permanecía quieta en el interior del edificio de madera.

—¿Ese es Yaaw? —Narya se anticipó a su compañero.

El asintió con la cara seria. Se acercaba el momento clave que habían estado preparando durante tanto tiempo. Por fin acabarían con la Sexta Logia y llevarían a su gran maestre ante la justicia.

—Prepárense —ordenó a sus soldados—. Esperaremos a que se duerman para atacar.

Esa noche cenaron a oscuras. McNeil no quitaba ojo de las imágenes del dron. El vigía del árbol había bajado de su puesto y había sido sustituido por otro. Narya está sentada a su lado para conservar algo del calor que no podía retener por no poder encender una hoguera.

—¿Qué está haciendo? —preguntó ella, centrándose en un minúsculo hilo de calor que parecía emanar de él.

—Está vaciando su vejiga —respondió McNeil.

—¿Sin bajarse del puesto? —Arrugó la expresión.

Él se encogió de hombros y centró su atención en el resto de la granja. Los animales descansaban tranquilos en los establos, ajenos a lo que estaba a punto de ocurrir con sus dueños. Adeon había rotulado cada una de las firmas de calor que detectaban las ópticas del dron, así que sabían quién era Yaaw. Khaavmi y Ghaaf eran muy optimistas con la operación, y aunque todo parecía indicar que nadie

en la granja se esperaba un ataque, el inspector había presenciado suficientes redadas como para saber que algo podía salir mal.

Acarició el arma que llevaba en un lateral. No le gustaban demasiado, ya que era algo sobre lo que no tenía control. En realidad, las detestaba. Pero su animadversión no fue óbice para que no tuviera que entrenarse con ellas en la academia. De hecho, se le daba bastante bien disparar. No fue el mejor de su promoción, pero obtuvo muy buenas referencias de sus instructores. Simplemente, no le gustaba lo que ocurría al otro lado del cañón.

—¿Te quedarás conmigo en la retaguardia? —le preguntó a Narya.

—¿Durante el asalto? Sí, yo iré a tu lado. Dudo mucho que Ghaaf y Khaavmi nos dejen meter las narices.

Como si los hubieran escuchado hablar de ellos, ambos aparecieron entre las sombras nocturnas.

—Hemos encontrado un pequeño camino que llega a la granja desde un arroyo. El rumor del agua ayudará a camuflar nuestro ruido —aseguró Khaavmi—. Controlaremos al vigía con el dron y lo eliminaremos. Después, entraremos en la granja.

—¿Es la hora? —preguntó Narya.

—Sí —confirmó él—. Pero preferiría que os quedarais aquí los dos.

—De ninguna manera —se quejó ella—. No intervendremos, pero iremos con vosotros.

Él la miró con orgullo y admiración. Esa kepleriana era una guerrera nata, habrían saltado chispas entre ellos si la hubiera conocido unos años atrás. Sonrió y asintió, dando por buenas sus quejas.

—Ambos iréis los últimos.

Ghaaf movilizó a los suyos y rodearon el camino hasta llegar al arroyo del que les habían hablado. Khaavmi y él encabezaban la marcha, aunque se volvían con asiduidad para comprobar que el vigía seguía en su lugar. Rodearon la granja por la parte trasera y se

colocaron en posición. Khaavmi les hizo gestos a todos para que ninguno hiciera ruido. Cuando estuvieron dispuestos y el vigía miraba en otra dirección, Ghaaf se asomó desde treinta metros de distancia con una flecha apoyada sobre su arco y tensó la cuerda.

Aguantó la respiración y apuntó como solo un maestro como él era capaz de hacer. La flecha salió disparada del arco con un ligero crujido y surcó los aires hasta clavarse en la nuca del vigía, que se desplomó sobre la barandilla de la plataforma en la que se encontraba camuflado. Después se giró con una amplia sonrisa de satisfacción e hizo un gesto a los demás para que desenvainaran sus armas y se prepararan para el asalto.

McNeil les mostró la situación del resto dentro del interior de la granja. Nadie parecía haberse dado cuenta de su presencia. Khaavmi y Ghaaf se repartieron a los soldados y eligieron sus objetivos. Ghaaf se encargaría de los tres mercenarios restantes y Khaavmi de los supuestos granjeros y de Yaaw. Cuando estuvieron delante de la puerta de entrada, Ghaaf miró a su teniente como si le pidiera permiso para comenzar. McNeil y Narya aguardaban expectantes detrás de todos los soldados. Khaavmi suspiró e hizo un leve gesto con la cabeza. Comenzaba el asalto.

Ghaaf abrió de sopetón la puerta de la granja y los soldados se colaron en el interior del edificio. Sabían de sobra a dónde se tenían que dirigir, así que no tardaron en tirar abajo las puertas de las habitaciones. El caos se apoderó de la quietud de la noche mientras los animales descansaban a sus anchas en el cobertizo de la parte de atrás. Gritos, golpes y el sonido del acero entrechocando se extendieron por doquier mientras Narya y McNeil, pistola en mano, se adentraban en el interior.

Dejaron a un lado del pasillo la refriega que los hombres de Ghaaf mantenían con los mercenarios. Aunque serían rivales duros de pelar, la diferencia numérica desequilibraba la balanza en una dirección clara. Siguieron al grupo que lideraba Khaavmi cuando giraron por uno de los pasillos. El grupo se dividió a su vez en otros dos; tres soldados entraron en la habitación donde dormían los supuestos granjeros y los otros dos y Khaavmi, en la de Yaaw.

La calma regresó a la granja pocos minutos después. Dos soldados habían muerto al intentar acabar con los tres mercenarios y otros dos resultaron heridos. Al parecer, uno de los mercenarios dormía siempre con su arma debajo de la almohada y se defendió con fiereza cuando se vio acorralado en el barracón. Eso provocó que Khaavmi, a pesar de la victoria, no estuviera demasiado contento con la operación.

—Todo ha acabado —se había limitado a decir.

Yaaw estaba maniatado en su habitación y los dos granjeros en la suya. Los cuatro mercenarios que defendían la granja habían caído a manos de los soldados de Ghaaf.

—¿Dónde está Khaavmi? —le preguntó Narya a uno de los soldados cuando vio que todos salían al exterior.

—Interrogando al líder de la banda —le respondió uno de ellos—. Nos ha pedido que ayudemos al sargento con los heridos.

Narya asintió, aunque sabía que no podrían hacer mucho más. Era una excusa para poder hablar con el gran maestre a solas. Ella misma acababa de ayudar a Ghaaf a curarlos, solo tenían algunos cortes superficiales provocados por la afilada hoja del mercenario, se pondrían bien. Por desgracia, no podrían decir lo mismo de los dos soldados cuyos cuerpos se disponían a cargar en el carro de los granjeros. Se limpió las manos de la sangre de los caídos y cogió su petate.

Sonrió a McNeil, que ya descansaba mucho más tranquilo y había devuelto su arma al lugar que le correspondía. Después, entró de nuevo en el edificio y recorrió el pasillo en silencio. Llamó a la puerta en la que Khaavmi y Yaaw estarían manteniendo una conversación de lo más interesante.

—Adelante —escuchó antes de abrir.

Narya se asomó con timidez, como si no quisiera molestar. Al ver que se trataba de ella. Khaavmi se levantó de la silla en la que estaba sentado para acercarse a la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó en voz baja.

—Ghaaf me ha pedido que te avise —respondió—. Han subido los cadáveres de nuestros soldados al carro, pero quiere comentar contigo algo sobre los de los mercenarios.

Él asintió, pero se giró dubitativo hacia el gran maestre, que permanecía atado en la silla.

—Yo me encargo de vigilarlo —se ofreció Narya al verlo dudar.

Khaavmi se giró hacia ella y sonrió.

—Está bien —respondió—. Iré a ver qué ocurre.

Khaavmi abandonó la estancia y Narya se quedó a solas con Yaaw, el gran maestre de la Sexta Logia. Estaba atado e indefenso, ya no haría mal a nadie más.

—¿Qué pasa? —quiso saber Khaavmi en cuanto llegó.

—Hemos cargado los cadáveres en el carro —respondió el sargento—. Y he ordenado a algunos cavar cuatro agujeros para los mercenarios.

—¿Y qué problema hay?

—¿Problema? —lo miró sin entender—. Como no quieras decir unas palabras al darles sepultura.

—Y ¿para qué me has hecho llamar, entonces?

—Yo no te he hecho llamar —respondió Ghaaf, frunciendo el ceño.

Khaavmi se quedó petrificado. Eso solo podía significar una cosa.

Un alarido terrorífico se escuchó desde el interior de la granja. Era un grito desesperado, visceral y lleno de dolor.

«No, no puede ser», pensó Khaavmi mientras regresaba a la granja lo más rápido que pudo.

Los gritos se sucedían mientras cruzaba el pasillo. Trató de abrir la puerta de la habitación, pero estaba atrancada por dentro. Alguien había colocado algo que le impedía abrirla. Los gritos se hicieron más intensos.

—¡Narya! —gritó desesperado—. ¡Abre!

Nadie contestó. Solo gritos de dolor y sufrimiento.

—¡Narya! —repitió, golpeando con todas sus fuerzas—. ¡Abre la maldita puerta!

Ghaaf, McNeil y dos de los soldados entraron a toda prisa al escuchar sus gritos. Ghaaf apartó a Khaavmi de en medio y cogió algo de carrerilla para tratar de tirar abajo la puerta, pero no cedió tras el primer envite. Los gritos continuaban en el interior, aunque poco a poco iban bajando de intensidad. Consiguió mover unos centímetros la puerta en una segunda acometida, pero no logró abrirla lo suficiente como para poder entrar. Los gritos habían dejado paso a un silencio atronador. La puerta, junto con la silla estratégicamente colocada, cedió al tercer empellón. Khaavmi se quedó sin habla al ver el dantesco espectáculo que se encontraron dentro.

Narya estaba de rodillas, con los brazos sobre su cabeza y llenos de sangre hasta los codos. Sus ropas estaban teñidas del mismo color carmesí que el enorme charco que empapaba la sucia y vieja madera del suelo. Los miraba con los ojos vacíos y una sonrisa definitiva en la cara.

Detrás de ella, sentado en la silla, permanecía el cuerpo inerte de Yaaw, el último gran maestre de la Sexta Logia. Narya le había arrancado los ojos y le había rajado el vientre de arriba abajo. Sus tripas decoraban el suelo, desparramadas, convirtiendo la granja en una macabra metáfora de las muertes que la orden se había cobrado durante milenios.

37
La primera Enok

15 de abril de 3369

Alrededores de Enok, la Tierra

La situación había cambiado de forma radical. Los pasos previos del plan habían funcionado a la perfección. Varken había mordido el anzuelo y había permitido que el caballo de Troya que habían preparado entrara en la ciudad de Enok sin más problema. Sin embargo, cuando parecía que todo iba a resultar tan sencillo como apretar un botón, se habían topado con un inhibidor de frecuencia que les impedía disfrutar de una victoria completa.

Emily se quedó callada, con el inútil detonador en la mano y la necesidad de improvisar una salida. Acababan de perder su mejor baza y ahora Varken puede que quisiera cumplir con su parte del trato. Quizá tuvieran tiempo para estudiar que lo que llevaban los droides no era una fuente de energía ilimitada. Tal vez sus propios robots habían sido capaces de detectar el PEM y encender el inhibidor de frecuencias por seguridad. O simplemente tenían más espías en Enok Nova de lo que parecía en un primer momento. Sin embargo, nadie entre los enoknovakianos conocía los verdaderos planes, ¿cómo explicarle lo que es un impulso electromagnético a alguien que no entiende la tecnología de los antiguos?

Ahora se les abría por delante una encrucijada. Sin señal con la que poder acabar con sus autómatas, el siguiente paso tendría que ser hablar con Varken para negociar. Si sospechaba que lo habían intentado engañar, sería poco menos que un suicidio. Los robots de los que disponía el caudillo igualaban la balanza tecnológica, pero los superaban en número en una proporción insalvable. Y aunque ellos disponían de la Phoenix y del crucero alienígena, Emily no estaba segura de querer utilizar esas bazas. Al fin y al cabo, seguía

habiendo gente inocente dentro de la ciudad. Una batalla abierta provocaría demasiados daños colaterales.

Fue Ferrara la que rompió el silencio.

—Ahora solo nos queda la opción de atacar de frente —dijo, sin aparentar que le pareciera una mala idea.

—No, hay demasiados civiles dentro —recordó Robert.

—Pero ya hemos perdido el factor sorpresa —adujo ella—. La única manera de recuperarlo es tirar esas puertas abajo con la Phoenix, generar confusión y después entrar a saco.

—Siguen teniendo a los autómatas. —Robert la miró con seriedad —. No tengo claro que tengamos superioridad. Tal vez no consigamos ganar en una batalla.

Emily los observó discutir. En el fondo, sabía que solo había una opción.

—Seguiremos con el plan establecido —dijo.

—¿Qué? —Paula la miró sorprendida—. ¿Sin el PEM?

—Entraré ahí e intentaré conseguir el renio —continuó ella—. Después, cuando salga, me acercaré hasta el PEM y lo accionaré manualmente.

—¿Entrar ahí? —Ferrara casi se atragantó—. ¿Te has vuelto loca?

—No hay otra alternativa —se defendió—. El resto de opciones pasa por iniciar una batalla que no sé si podemos ganar.

—No puedes estar hablando en serio —respondió la sargento.

—Yo la acompañaré —anunció Taro.

Todos se volvieron hacia el geólogo.

—¿Tú también te has vuelto loco? —preguntó Chad.

—Emily tiene razón —respondió él, mirándola con determinación y complicidad—. Pero va a necesitar alguien que sepa distinguir el renio de otros metales.

Ella asintió mientras el resto guardaban silencio.

—Capitán —llamó Ferrara—, no puede permitir esto. Se van a meter en la boca del lobo. Es un suicidio.

Robert los miró a ambos, primero a Taro y después a Emily. Sus ojos se clavaron en ella y el estómago le dio un vuelco al pensar que podía perderla, pero vio en ella la seguridad de quien sabe que está haciendo lo correcto.

—No puedo obligarlos a recapacitar cuando creo que es la opción en la que menos vidas se ponen en riesgo —dijo Robert—. Pero prometí proteger a los miembros del proyecto con mi vida si fuera necesario, así que no me queda otro remedio que acompañarlos para asegurarme de que están bien.

Emily lo miró con preocupación. Aun sabiendo que su decisión era la correcta, resultaba imposible no poner en peligro a algunos de sus amigos. Dejó de planteárselo de esa manera y dio gracias por poder contar con todos ellos para cubrirle las espaldas.

—A la mierda, yo también voy —decidió Ferrara.

—Y yo —respondió Miller.

Robert los miró, y aunque podía ordenarles que se quedaran, decidió que cinco era un buen número para afrontar una misión suicida.

—Solberg, me temo que tendrá que quedarse a defender la nave —decidió Robert—. Intente controlar la zona con otro dron. Si las cosas se ponen muy feas, márchense de aquí, olvídense de todo, busquen el renio que necesitan en otro lugar y regresen a nuestra época. Tendrán que arreglar todo el embrollo temporal sin nosotros.

Ella asintió obediente, aunque un poco defraudada por perderse la fiesta.

—Bien, está decidido —zanjó Emily—. Será mejor que nos movamos antes de que a Varken le dé por abrir la caja del PEM.

—Pero ¿qué es lo que pensáis hacer? —preguntó Chad—. ¿Llamar a la puerta y preguntar por Varken?

—Algo así —respondió ella.

Cuando llegaron a la puerta delantera de la ciudad vieron el dron. Todavía flotaba, fijo en el mismo lugar, sin poder recibir órdenes ni enviar las imágenes de sus ópticas a la Phoenix. Se plantaron en el mismo punto en el que los androides habían esperado a que Varken se asomara a la muralla. A pesar de la seguridad que les aportaban los exotrajes, el tamaño de los virotes cargados en las defensas de la ciudad asustaba bastante. Emily sabía de sobra que la puntería de los autómatas no necesitaría de segundas oportunidades para acabar con ellos. Un único disparo y morirían atravesados como la aceituna de un Martini.

Esperaron un par de minutos mientras veían cómo autómatas y humanos armados con ballestas y machetes se situaban a lo largo de toda la muralla. Los observaban desde las alturas en silencio, como amenazantes gárgolas de una antigua catedral cristiana. La figura de Varken apareció de repente en lo más alto de su atalaya.

—Empezaba a pensar que ya no vendríais —les dijo con sorna.

—Hay un largo trecho hasta aquí —respondió Emily sin dar más detalles, pero tratando de calibrar la reacción del caudillo. ¿Sabía ya que lo que le habían entregado podría devolverlos a la edad de piedra?—. ¿Has considerado nuestro ofrecimiento?

Él lanzó una carcajada socarrona.

—Directa al grano —dijo después—. Eso me gusta en una mujer. Habrá trato si les enseñáis a nuestros técnicos cómo habéis reparado los autómatas de ese vertedero.

Emily se tomó unos momentos para responder, más con la intención de no parecer desesperada que por otro motivo. De ninguna manera pensaba enseñarles nada a esos matones de tres al cuarto.

—De acuerdo —dijo tras aparentar pensar en ello—. Lo haremos.

Varken sonrió e hizo un par de señas a uno de sus acólitos. Poco después, unos chirridos metálicos anunciaron la apertura de las enormes hojas de cinco metros de altura. Ante ellos apareció un pequeño escuadrón de autómatas armados con ballestas. Antes de que se pusieran en marcha, los robots los rodearon para escoltarlos

hasta el interior de la ciudad. Ferrara amagó con levantar su fusil, pero Robert la disuadió con un gesto de la mano. No tenía sentido tratar de amedrentar a un cerebro digital que no sentía miedo ni piedad.

Caminaron junto a los droides y cruzaron el umbral de entrada a la ciudad. Miraran donde miraran había soldados y autómatas vigilando cada paso que daban. Sin embargo, también había otras personas. Decenas de esclavos encadenados por el cuello y las cuatro extremidades parecían distraerse con su llegada del suplicio al que eran sometidos a diario. Emily los miró con una mezcla de repulsa y lástima. Estaban desnutridos, vestían harapos y, dado el estado ruinoso y descuidado de la ciudad, daba por hecho que sufrirían todo tipo de enfermedades. Los portones comenzaron a cerrarse nada más sobrepasar los límites. Estaban atrapados en el interior. O negociaban con Varken, o se verían obligados a luchar para recuperar la libertad.

En un solo vistazo estimó que habría más de cien esclavos a la vista. Algunos de los hombres de Varken los trataban peor que a animales, propinándoles patadas por distraerse de sus tareas. Había ratas y excrementos de animales por doquier. Montañas de inmundicia se repartían por todas las esquinas. Edificios destartalados, y probablemente superpoblados, se mantenían en pie casi de milagro. La ciudad era un estercolero en el que, si eras un esclavo, la vida resultaba un castigo mucho peor que la muerte.

Los autómatas los condujeron durante unos metros más hasta llegar a una pequeña zona abierta. Varken descendió de la muralla por una lateral y se acercó a ellos. No llevaba el casco puesto, pero iba ataviado con unas suntuosas pieles de animal que casi rozaban el limo del suelo. En la mano llevaba dos cadenas unidas a dos hombres de los que tiraba como si se tratara de sus mascotas. Iban ataviados solo con un taparrabos y una especie de pasamontañas de cuero que solo dejaba libre la zona de los ojos y de la boca. Entre los gruñidos y aullidos de pura excitación que emitían pudieron ver los pocos dientes ennegrecidos que les quedaban. La escena resultaba tan macabra que les fue muy difícil racionalizarla.

Los dos hombres se acercaron y Varken tuvo que tirar con fuerza de las cadenas para evitar que los salvajes se abalanzaran sobre ellos, presos de un frenesí animal. Al verse corregidos por su dueño, ambos se enseñaron los dientes y se enzarzaron en una pelea entre ellos que pareció hacer las delicias de su dueño. Tras calmarlos con un puntapié, entregó las dos cadenas a uno de sus lugartenientes y se dirigió hacia los cinco recién llegados. Después comenzó a girar alrededor de ellos, observándolos con atención.

—Reconozco que los tenéis bien puestos —dijo, utilizando su particular dialecto—. Hay que tener arrestos para entrar en este lugar como lo habéis hecho vosotros. Debéis de estar muy desesperados —añadió tras detenerse y hacer una breve pausa.

—Hemos venido para que puedas cumplir tu parte del trato —respondió Emily, que trataba de sonar lo más convincente posible.

—El trato, claro —dijo él pensativo—. Necesitáis acceder a la ciudad subterránea para encontrar algo que nuestro pueblo tiene.

—A cambio, os quedáis esos seis autómatas junto con la fuente de alimentación. Y, además, nuestros técnicos explicarán a los vuestros cómo lo han conseguido —le respondió ella—. Lo que necesitamos no es de utilidad para vosotros, es un trato más que justo.

Varken escuchó con atención y pareció aceptar las condiciones, ya que asintió repetidas veces.

—Parece interesante —dijo mostrando sus dientes ennegrecidos —. Pero me temo que lo tengo que declinar.

Emily apenas logró ocultar su decepción, no esperaba que ese hombre tan deleznable rechazara el ofrecimiento. Y ahora, los cinco se veían en desigualdad numérica, rodeados de autómatas enemigos y en el peor lugar posible de toda la Tierra. No tenían ninguna posibilidad de escapar con vida de ahí.

—A menos que… — continuó Varken para sorpresa de todos.

—A menos que, ¿qué? —Emily mantuvo la calma a pesar del silencio y la sonrisa malévola de su interlocutor.

—Vuestras armaduras parecen de lo más interesantes —las miró con interés—. Habrá trato si nos entregáis las cinco.

Emily aguantó la respiración. Los exotrajes eran lo único que les aportaba cierta ventaja en esa situación. Si se las entregaban acabaría con las pocas posibilidades de salir con vida de la ciudad. Dependerían solo de la palabra de un hombre como Varken. Trató de pensar en otra salida, pero lo cierto es que no tenían muchas más opciones que fiarse del monstruo que los amenazaba.

—Necesito tu palabra de que cumplirás tu parte del trato y nos dejarás marchar cuando consigamos lo que hemos venido a buscar.

Él levantó los brazos, tratando de aparentar una inocencia que todos sabían que no tenía.

—Claro —sonrió con una mueca siniestra—. Tenéis mi palabra.

—De acuerdo —dijo ella—. Llévanos hasta la ciudad.

—Creo que no me he explicado con claridad —respondió él con una mueca—. No habrá excursión si no nos entregáis las armaduras.

—Ni hablar —se quejó Emily—. Ya os hemos entregado suficiente, ahora te toca a ti cumplir tu palabra.

—Creo que no sois conscientes de la situación —insistió él tras hacer un gesto a uno de los autómatas.

El robot se alejó del grupo y volvió poco después con una joven andrajosa y desmejorada. El androide la lanzó a los pies de su caudillo y este la agarró por la nuca para levantarla.

—¿Cómo te llamas?

—Koleen —balbuceó ella, muerta de miedo.

De repente, Varken sacó un enorme cuchillo de su cinturón y lo colocó en el cuello de la joven.

—Haced lo que os digo o ella muere —amenazó.

Emily tensó las mandíbulas y dio un paso hacia él para tratar de liberar a la mujer. Él hizo un rápido gesto con la cabeza y apretó aún más el cuchillo contra la garganta de su rehén. Un latigazo sonó

desde la distancia y un enorme virote se clavó en el fango justo delante de Emily.

—Creo que a todos nos gustaría probar la resistencia de esas armaduras —se burló él—. Pero si das un paso más, me obligarás a tener que conformarme con cuatro. Y, ahora, os toca obedecer lo que se os dice.

Emily apretó los puños con rabia. Los exotrajes eran lo único que los separaba de estar en manos de ese monstruo.

—No tenemos todo el día —apremió él, inflexible. Del cuello de la muchacha comenzó a manar un hilo de sangre.

Emily se giró hacia los demás y asintió. Robert lanzó un suspiró mientras Ferrara apretaba las mandíbulas para evitar partirle el cráneo a la mole de carne y músculos que tenían delante. Salieron de sus exotrajes y se quedaron con los monos de color negro, indefensos, dentro de la ciudad del enemigo. El hedor que les llegó de repente fue tan intenso que tuvieron que ahogar las arcadas. Las heces que se mezclaban con el barro en el suelo y la falta de higiene generalizada producían una mezcla difícil de ignorar. Sería complicado acostumbrarse a eso.

La sonrisa de Varken se ensanchó en su cara. Emily no supo discernir si era porque había conseguido más de lo que esperaba casi sin esfuerzo o porque se burlaba de su candidez por haberse entregado sin siquiera tratar de pelear. Los miró con intriga, pero Emily encontró cautela, como si no se fiara de lo que estaban viendo sus ojos.

—Muy bien —dijo, por fin—. Tú podrás bajar a la ciudad. El resto esperará aquí mientras buscamos lo que necesitáis.

—No —respondió ella—. Necesito que al menos él venga con nosotros. —Señaló a Taro—. Yo no soy capaz de distinguir el material.

Él lo miró extrañado. Lo veía diferente a los demás. Para alguien de una comunidad tan pequeña, en la que en solo unas pocas generaciones se habrían mezclado todas las razas supervivientes del proyecto Atlas, ver los rasgos asiáticos de Taro resultaba cuanto

menos curioso. Su sonrisa desapareció mientras lo hacía, aunque regresó en cuanto comprobó que no se trataba de una amenaza.

—Como quieras —asintió unos instantes después.

Emily suspiró para sus adentros. Tener que viajar a las entrañas de la Tierra acompañada de ese bastardo le iba a resultar complicado y peligroso. Poder ir al menos con Taro era un alivio. Se giró hacia Robert y se miraron a los ojos. A pesar de los últimos acontecimientos, no hicieron falta palabras para saber lo que pensaba el otro. «Ten mucho cuidado», se dijeron.

Varken hizo un gesto con la mano.

—Venid por aquí —les dijo.

Lo siguieron entre las callejuelas y edificios destartalados en los que se entreveía la situación infrahumana en la que vivían la mayoría de los habitantes de la ciudad. Se cruzaron con mujeres famélicas y niños desnutridos que correteaban entre montañas de inmundicia y deshechos. A Emily le dio la impresión de que todos los adultos estaban encadenados por el cuello a algún edificio, del que parecían no poder escapar. Miraran donde miraran, solo encontraron miseria y dolor. No había esperanzas de escapar de ese lugar, los robots y los hombres de Varken vigilaban con recelo todo lo que ocurría en el interior de la ciudad. Era el infierno sobre la Tierra.

Varken los condujo hasta una enorme plaza circular en la que la colosal boca de un edificio de hormigón les dio la bienvenida. Su tamaño era varias veces el de la boca de entrada a las instalaciones por las que habían descendido con Kaelith, y en este caso las hojas de la entrada estaban abiertas. Las estructuras de metal que había en el interior del edificio le hicieron pensar que llevaban muchos años así.

En el exterior, justo delante de la entrada, había una gigantesca estructura circular construida a base de desechos. Ocho grandes barras de metal la cruzaban. En cada una de ellas había cuatro esclavos. En el centro había antiguos cables y cadenas enrolladas en torno al eje de la estructura. Las pisadas y los surcos horadados en el barro al paso de los esclavos indicaban que se trataba de una

enorme polea. Al parecer, iban a descender en un precario montacargas accionado por la fuerza de esos pobres hombres.

A un lado, en la misma explanada, vieron los seis robots que les habían entregado junto con el artefacto. Dos de los hombres de Varken escoltaban a otros tantos esclavos, que los estaban examinando con profesional curiosidad. Varken y el pequeño ejército de robots que los acompañaba los condujeron alrededor de la enorme polea y llegaron hasta la abertura de la entrada. El interior, de unos treinta metros de largo por veinte de ancho, estaba completamente vacío. Tan solo vieron los cables tensos del artefacto que llegaban hasta la estancia interior, canalizados por nuevas y complejas poleas para luego desaparecer por unos huecos a ambos lados del suelo. Parecían haber utilizado algunos conocimientos de física básica para necesitar una menor fuerza a la hora de mover la plataforma.

Varken vociferó algunas órdenes a sus acólitos y uno de ellos le entregó una vieja lámpara de baterías. Comprobó su funcionamiento antes de dar la orden a los encargados del ascensor, que hicieron restallar sus látigos para que los esclavos comenzaran a moverse. Los soportes de las poleas chirriaron y empezaron a soltar el cable. El bloque que conformaba el suelo de la estancia por completo comenzó a descender y las paredes mostraron las primeras marcas del roce de la plataforma durante cientos de años de subidas y bajadas a la antigua ciudad.

El caudillo había decidido bajar escoltado solo por cuatro de sus robots, dando por hecho que sería suficiente para mantener a raya a dos humanos indefensos y desarmados. Emily miró a Taro mientras todavía llegaba la luz del exterior. Él negó con la cabeza al calcular que no podrían hacer frente a esos cuatro autómatas. El geólogo era ducho en el manejo de las armas tradicionales japonesas, pero sus antepasados no tuvieron en cuenta los avances de la tecnología a la hora de concebir y perfeccionar sus artes marciales. Varken no tardó mucho en encender la lámpara.

El viaje era lento y transcurría entre el chirrido que hacían las paredes y el quejido de las estructuras que conducían los cables.

Ninguno era un experto en estructuras, pero el peso de la plataforma en la que se movían parecía lo bastante importante como para poner en duda el aguante del ingenio. Sin embargo, Varken parecía relajado mientras sostenía la lámpara.

Cuando ya habían perdido la cuenta del tiempo y de los metros que habían descendido, la pared frontal comenzó a desaparecer y un enorme hueco se abrió ante sus ojos. Tanto Taro como Emily trataron de medir las dimensiones de la bóveda que estaban viendo. No fueron capaces, era enorme. Ni siquiera la potente luz que salía de la lámpara les permitió calcular la distancia hasta el otro lado, pero supusieron que debía de haber varios cientos de metros. Emily miró hacia arriba. No tenía claro de a cuántos metros de profundidad estaban ya, pero la luz que llegaba desde el edificio de entrada le parecía un minúsculo punto que brillaba a mucha distancia sobre sus cabezas.

Continuaron descendiendo y dejaron atrás la bóveda, que tendría otros treinta metros de altura según los cálculos de Emily. El siguiente tramo de bajada se hizo incluso más largo que el anterior. Varken no intercambió ni una sola palabra con ellos durante el descenso. Se le veía cómodo, sentado en el suelo y gruñendo de vez en cuando. Después de dejar atrás la superficie y su mezcolanza de olores y sensaciones, la sequedad del ambiente los sorprendió a ambos. Incluso después de descender durante tantos minutos, no había ni pizca de humedad en el interior.

Parecieron pasar horas bajando, pero al comprobar su muñeca solo había transcurrido una. De repente, una poderosa ráfaga de viento casi los tira hacia atrás. Varken, que se había preparado para ello, lanzó una carcajada al verlos tambalearse. Delante de ellos apareció un nuevo espacio. La plataforma emitió un último chirrido y se detuvo por fin con un ruido seco y grave. Solo entonces Varken pareció despertar de su particular trance. Se levantó del suelo de un salto y enfocó la lámpara al frente. Lo que vieron los dejó sin respiración.

En la más completa de las oscuridades se encontraron con un gigantesco espacio. Se trataba de la ciudad fantasma en la que la

humanidad había sobrevivido a la mayor catástrofe de su historia. Bajaron de la plataforma y entraron en el espacio abierto. Ambos aguantaron la respiración hasta soltar todo el aire de sus pulmones, presos de un profundo estupor al comprobar que todo eso lo había conseguido construir el Proyecto Atlas.

La luz de la lámpara era muy potente a pesar de su antigüedad, pero ni con eso era suficiente para poder comprobar la verdadera magnitud de lo que estaban viendo. Un enorme y oscuro edificio les dio la bienvenida. No supieron calcular su altura, pero Emily no recordaba haber visto jamás un rascacielos como ese en la superficie. Varken los condujo bordeando el edificio por la derecha. Emily solo tenía ojos de admiración al ver lo que habían logrado construir los ingenieros de su generación. Era colosal, de más de quinientos metros de altura. Mientras miraba hacia arriba, Taro le propinó un suave codazo para que mirara al frente. Más allá del edificio, otra mole de iguales características se levantaba junto a otro de los lados del espacio.

—Hay otro edificio —murmuró ella, demostrando su total sorpresa.

—Algo me dice que hay muchos más —dijo el geólogo—. Fíjate en los lados del perímetro de este espacio. Parecen tener una forma geométrica, diría que puede ser un octógono. Si en cada lado hay un edificio, eso son ocho como este.

Emily lanzó un ligero silbido.

—En realidad hay nueve edificios —comentó Varken, que seguía con atención la conversación—. Hay uno más grande en el centro. Cuesta creer que nuestros antepasados construyeran esto con sus propias manos, ¿verdad?

Emily recordó de pronto las palabras del Sofista. Le había dicho que el renio se encontraba en los almacenes del edificio central, en el subsuelo de la ciudad.

—¿Es ahí dónde vamos? —preguntó ella—. ¿Al edificio central?

—Sí, aunque en realidad no sé lo que estamos buscando —Varken se giró hacia ellos.

—Tenemos que encontrar el subsuelo del edificio central —respondió ella—. Allí tiene que haber un almacén con lo que necesitamos.

El caudillo clavó la mirada en ella, como si estuviera evaluando la verdad de sus palabras. Sin decir nada, se encogió de hombros y siguió caminando. Unos instantes después acabaron de rodear el edificio, cuya base, al igual que el espacio en el que se encontraban, era octogonal. El otro que se elevaba a su lado era igual en apariencia, aunque Emily se dio cuenta de que a ambos les faltaban multitud de planchas y estructuras de metal en la superficie.

Las calles eran tremendamente anchas y estaban desiertas, pero los desperdigados restos de chatarra antigua indicaban que en algún momento habían estado llenas de vida. Solo cuando comenzaron a recorrer el camino hacia el centro del silo repararon en la titánica torre que se alzaba justo en el medio. Era todavía más grande que las demás, y las ocho torres del perímetro conectaban con ella a través de al menos dos anchas pasarelas. Una de ellas se situaba a un tercio de la altura total de las torres perimetrales; la otra, a dos tercios. Se unían en la torre central por medio de sendas plataformas con forma de anillo que parecía permitir el desplazamiento entre los edificios de alrededor. Era como una ciudad futurista.

Se trataba del lugar más impresionante que cualquiera de ellos había visto en su vida. Caminaban tan extasiados y sorprendidos que por poco se olvidan de la situación tan precaria en la que se encontraban.

—¿Cuánta gente viviría aquí? —preguntó Emily.

—Fíjate en el tamaño de las bases —señaló Taro—. Deben de medir por lo menos cien metros. Cada uno de estos edificios puede haber albergado a cien mil personas. Y el edificio central es mucho más grande que los otros ocho. Es una locura.

—Aguantaron aquí dentro durante cientos de años hasta que fueron liberados —razonó ella, como si decirlo en alto la ayudara a asimilar la magnitud de lo que veían sus ojos.

—Imagínate cómo son los sistemas de control de todo este lugar —siguió el geólogo—. A grandes rasgos, es como mantener el soporte vital de una estación espacial durante generaciones. Sistemas de energía, de reciclaje del aire y del agua, alimentación… Bajo estas calles tiene que haber mucho más de lo que vemos si en este lugar vivía más de un millón de personas.

—Un millón… —repitió ella entre susurros.

Siguieron el camino en silencio hasta el gran rascacielos del centro. Ni siquiera el eco de sus pasos era audible dado el gran espacio que se abría sobre sus cabezas. No eran capaces de localizar el techo desde ahí abajo. El ambiente, aunque era respirable, se notaba cargado. Aquel lugar llevaba cientos de años sin energía. Los sistemas de depuración llevaban demasiado tiempo parados, y el aire estaba viciado a pesar de la corriente que casi los tira al suelo.

Cada uno de los ocho lados del edificio principal mediría más de ciento cincuenta metros. El área de la base tenía que ser monstruosamente grande. Los enormes pilares de la construcción los recibieron desde una descomunal zona diáfana en la que gran parte del material que la rellenaba había sido desmantelado por completo hacía ya mucho tiempo. Una enorme rampa que conducía hacia el subsuelo había sido excavada directamente en el hormigón. Los escombros se habían reutilizado para proporcionar firmeza al desnivel, cuyo acabado era irregular. Por el aspecto, los antepasados de Varken y Kaelith habían tomado la decisión de horadar el piso para acceder a los niveles inferiores del edificio principal. Supuso que la falta de energía que sobrevino al evento que los liberó los obligó a tomar decisiones drásticas para acceder a ciertos lugares de la ciudad. Quizá alguna puerta que no pudieron abrir o algún sistema de seguridad que no les permitió el paso.

Descendieron de nivel con los robots siempre atentos a sus movimientos. En cuanto pisaron el nivel inferior, Varken se giró hacia ambos y los miró.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Qué es lo que estamos buscando?

Emily miró a Taro a su vez, que se mesó la barba, tratando de intuir el aspecto que podría tener lo que estaban buscando.

—El renio puro suele almacenarse en contenedores normales —dijo—. No es un metal reactivo cuando se almacena sólido, aunque en determinadas circunstancias, como alta humedad o temperatura, se almacenaba en atmósfera inerte, utilizando argón. Intuyo que no es el caso, así que buscamos un contenedor sencillo. Podría estar almacenado casi de cualquier manera.

—¿No lo habrán utilizado los antepasados de Kaelith para construir alguna cosa?

—Lo dudo. —Taro agitó la cabeza con seguridad—. Es uno de los metales con mayor punto de fusión, por era es tan apreciado. Dudo mucho que los enokianos hayan conseguido llegar a esas temperaturas en las sencillas forjas que hemos visto en ambas poblaciones.

—Una caja sencilla —repitió Varken, con cara de no estar muy satisfecho con una descripción tan abierta.

Después de lanzar un suspiro de resignación, se giró para conducirlos alrededor del primer gran almacén. Al disponer de solo una lámpara, fue él el que los guio por los inmensos pasillos que formaban un complejo laberinto de estanterías de varios metros de altura. Emily y Taro revisaron por encima lo que descansaba sobre cada una de las baldas. Había miles de sacos perfectamente organizados y apilados. Aunque había muchos huecos en las pilas, señal de que los supervivientes esquilmaron esa zona del almacén, Taro comprobó que eran diferentes materiales de construcción. Había sacos de arena, de cal y yeso, también cemento y otros materiales más modernos y resistentes.

Atravesaron otro largo pasillo con sacos de tierra y fertilizantes. Taro se sorprendió de la cantidad de material que había allí. Todo lo que vieron era suficiente para alimentar a miles de personas durante al menos una década. Más adelante encontraron listones de madera tratada que, aunque no estaban en un perfecto estado de conservación debido al tiempo transcurrido, todavía eran utilizables.

Cambiaron de pasillo una y otra vez. Encontraron listones de acero y otras aleaciones, bloques de combustible prensado para altos hornos, bidones con diversos tipos de aceites, combustibles e incluso compuestos corrosivos debidamente almacenados. Pero no había ni rastro de nada remotamente parecido a lo que estaban buscando.

Llegó un momento, cuando ya habían recorrido más de la mitad del almacén, en el que Varken se giró hacia ellos.

—No parece haber nada que coincida con lo que estamos buscando —dijo.

—Tiene que estar aquí —aseguró Emily—. El Sofista nos dijo que este era el lugar donde debíamos mirar.

Varken soltó un bufido.

—Ese maldito espíritu no es de fiar —dijo con tono despectivo.

—Pero él asegura que está aquí abajo —insistió Emily—. No se me ocurre ninguna razón por la que quisiera engañarnos.

Varken pareció pensar sobre el problema. Tras un breve monólogo interior, tomó una decisión.

—Hay otro nivel como este —anunció—. Aunque es más pequeño. Seguidme.

Los condujo a través de los pasillos del almacén principal hasta una de las esquinas del mismo, donde encontraron unas escaleras que descendían. Bajaron cuatro niveles hasta llegar a una puerta, o más bien a lo que quedaba de ella. Alguien había horadado la gruesa pared en la que se había incrustado una puerta de seguridad, que había quedado tumbada en el suelo, como un autómata caído tras quedarse sin energía. Las escaleras continuaban descendiendo hacia las profundidades, un claro indicativo de que había muchos más niveles en el subsuelo.

Nada más entrar pudieron comprobar que ese almacén era más pequeño que el del nivel superior, pero con un material mucho más selecto. Taro y Emily intercambiaron una mirada cómplice al comprobar que allí había todo tipo de armamento, explosivos y otros contenedores de origen militar.

Tras rebuscar entre recipientes de todo tipo llegaron a una zona en la que había multitud de cajas apiladas. A Emily le recordó de inmediato a los estantes que habían encontrado en la colonia marciana, donde consiguieron el neodimio.

—Tiene que estar por aquí —aseguró Taro.

Después de recorrer varios pasillos, dieron con una estantería que solo tenía dos contenedores pequeños de aluminio. Taro manipuló los cierres y abrió uno de ellos. En una placa de metal grabado pudieron ver una pequeña ficha del contenido: Re75.

—¡Bingo! —exclamó el geólogo mientras revisaba las delgadas barritas de metal plateado que descansaban en una ajada cama de espuma acolchada.

—¿Habrá suficiente? —preguntó Emily.

—Sí —dijo él extrayendo un par de lingotes—. En cada uno de estos estuches hay cincuenta onzas, eso es más de un kilogramo, que fue lo que nos pidió Virgil.

—Bien —asintió ella—. Cojamos uno y dejemos el otro aquí.

Taro devolvió los lingotes a su sitio y cerró de nuevo el estuche, satisfecho. Varken se asomó para observar el motivo de su pequeña excursión a las profundidades de la tierra y arrugó la expresión al ver que solo se trataba de unos bloques de metal sin aparente utilidad para él.

—¿Todo esto por unos trozos de piedra? —preguntó sorprendido.

—Es un metal con unas características muy específicas —respondió Taro—. Los antiguos lo utilizaban para algunas de sus tecnologías que les permitieron conquistar el espacio.

Él se encogió de hombros, como si no entendiera gran cosa o le diera exactamente igual la utilidad de aquellas barras.

—Lo que sea —añadió con indiferencia—. ¿Necesitáis algo más de este lugar?

Emily estuvo tentada de revisar los contenedores militares que acababan de ver nada más entrar en ese segundo nivel del almacén, pero se contuvo, consciente de que cualquier intento por revertir la

situación en la que se encontraban podría ser considerada por Varken como un acto hostil. Si ni siquiera él mismo había considerado oportuno revisar el contenido de los maletines militares, no sería ella quién le abriría la puerta de un nuevo método para esclavizar a los ciudadanos de Enok Nova.

—No —respondió finalmente—. Esto es justo lo que veníamos a buscar.

Regresaron por donde habían llegado, recorriendo de nuevos las enormes avenidas que separaban los colosales edificios, y se volvieron a colocar en la plataforma por la que habían descendido. Una vez estuvieron todos dentro, Varken dio un tirón de uno de los cables que sostenían la plataforma y, al cabo de un rato, comenzaron a ascender. Sintieron la brisa del aire que entraba desde el hueco de la superficie, que se acrecentó hasta convertirse en un pequeño vendaval cuando el hueco de acceso a la antigua ciudad se hizo más y más exiguo. En cuanto sobrepasaron el límite superior de la abertura, el viento cesó por completo.

Varken, que ya se había sentado en el suelo, apagó la lámpara y se quedaron a oscuras. Emily alzó la vista hasta ver un pequeño y lejano punto brillante. Notó el quejido de su estómago al ser consciente de que llevaban casi seis horas en ese lugar. La sed después de la caminata y la tensa espera la acuciaba. Buscó al caudillo entre la oscuridad y encendió los infrarrojos de su implante para poder observar su cara. No le gustó nada lo que vio. Tenía una expresión siniestra de satisfacción que hizo que se le helara la sangre. Él no podía saber que ella era capaz de verle, por lo que le hizo pensar que algo no iba bien. Los autómatas no permanecían en posición relajada, sino que, a diferencia de lo que había ocurrido en el descenso, les apuntaban a ambos con sus ballestas.

De inmediato pensó en Robert y los demás. Los habían dejado arriba, solos y sin la protección de los exotrajes. Un escalofrío le recorrió la espalda al pensar en lo que estaban a punto de descubrir. El ascenso resultó incluso más largo que el descenso, y Taro, al igual que ella, se removía nervioso, sin saber cómo actuar. Nada de lo que pudieran hacer sería suficiente para reducir a los autómatas. Se

dieron cuenta de que estaban a merced de la voluntad de un hombre despreciable para el que la vida humana no tenía más valor que la de los excrementos que abundaban en el exterior.

Los minutos pasaron y el minúsculo punto de luz de la parte superior se fue haciendo más y más grande. Cuando estaban a punto de asomar al nivel de la superficie, Emily notó cómo los autómatas se acercaban más a ellos. Algo cambió en su actitud. Sus cabezas, apagadas hasta ese mismo instante, se encendieron de repente y mostraron todo tipo de expresiones amenazadoras. Apuntando con sus ballestas a ambos, supieron que las intenciones de Varken nunca habían pasado por cumplir su parte del trato. La amplia sonrisa que tenía en la cara al incorporarse indicaba que solo había aceptado para ver qué era eso tan importante que necesitaban.

Nada más asomar al exterior, un grupo de otros cinco autómatas y cinco soldados armados con ballestas los rodearon. En la distancia, al otro lado de la explanada, más allá de la enorme rueda giratoria accionada por los esclavos, Emily vio a Ferrara, Miller y a Robert. Estaban desarmados, de rodillas y rodeados por otro grupo de esbirros del caudillo. Estaban atrapados.

38
Sin salida

15 de abril de 3369

Enok, la Tierra

—¿Qué significa esto? —Emily se volvió hacia Varken, que los miraba con expresión satisfecha.

—¿Creíais de verdad que iba a dejaros salir de aquí con vida después de haber intentado introducir un artefacto explosivo en mi ciudad? —preguntó con una gran sonrisa.

Emily lo miró con expresión sombría, aunque trató de disimular su sorpresa por la inexactitud de su descubrimiento. «Así que piensa que el PEM es un artefacto explosivo», pensó para sus adentros. Él contempló su reacción ahogando una carcajada. Se sabía ganador de la batalla y ni siquiera había tenido que mover un dedo. Habían cometido el error de pensar que cumpliría con su palabra y habían entrado en la boca del lobo. Incluso habían dejado sus exotrajes por voluntad propia y ahora estaban atrapados y a su merced.

—Imagino que querréis reuniros con vuestros compañeros. —Hizo un gesto con la cabeza para indicarles que comenzaran a andar hacia el otro lado de la explanada.

Emily obedeció a regañadientes mientras dos de los autómatas los empujaban sin miramientos en esa dirección. Atravesaron la distancia que los separaba mientras trataba de buscar una salida para el embrollo en el que se encontraban. Vio al resto de sus compañeros indefensos, con los brazos detrás de la cabeza mientras sus rodillas se hundían en el abundante fango que cubría el terreno. Un único intercambio de miradas con Robert le permitió darse cuenta de la soberana estupidez que acababan de cometer. Daba igual que creyera que habían intentado introducir un potente

explosivo en la ciudad, tenía claro que Varken habría actuado de la misma manera fuera cual fuera el devenir de los acontecimientos. Deseaba la tecnología que ellos poseían y no pararía hasta tenerla en su poder. Por desgracia, lo había entendido cuando ya era demasiado tarde para reaccionar.

Miró en todas direcciones mientras se acercaban a sus compañeros. La situación a su alrededor no era muy diferente de la que se encontraron al entrar en la ciudad. Había muchos guardias en los alrededores, pero se les veía relajados. Varken creía tener la situación bajo control. Detrás de sus compañeros se encontraban los seis autómatas que habían tratado de embaucar al caudillo de la ciudad. Estaban inactivos, inertes y expectantes, como si todo lo que ocurría a su alrededor no fuera con ellos. En el suelo, justo entre todos ellos, descansaba el estuche de color negro con el dispositivo electromagnético con el que pretendían acabar con todo el escuadrón de robots que servía a las órdenes de Varken.

Pensó en las alternativas. Pensó en que, si fuera capaz de distraer a los guardias, tal vez podría acercarse hasta el artefacto y accionarlo. Seguirían teniendo que acabar con los guardias de carne y hueso que vigilaban la escena con interés, pero al menos se quitarían de en medio a la mayor fuerza defensiva de la ciudad. Recapacitó mientras se acercaba a sus compañeros, pero no se le ocurrió una manera de conseguir unos valiosos segundos que le dieran la oportunidad de revertir la situación. Se imaginó corriendo hacia el PEM y a la docena de robots que había en las inmediaciones abalanzándose sobre ella mucho antes de dar los primeros dos pasos. Si había una salida, no la encontró.

Los androides que los escoltaban los obligaron a ponerse de rodillas junto con el resto de los prisioneros. Robert la miró de soslayo, tan solo para comprobar que se encontraba en buen estado. Aunque no intercambiaron ni una sola palabra, no les hizo falta. Sus miradas pedían disculpas al otro. En un caso, por no haber podido hacer nada por evitar la situación, y en otro, por haberlos arrastrado a todos hasta ese lugar sin tomar las precauciones necesarias.

Varken sonreía satisfecho mientras los extranjeros que habían desafiado su autoridad delante de los enoknovakianos se postraban indefensos ante su control absoluto de la situación. Emily temió que los ejecutaran ahí mismo. Nada se lo impedía, solo tenía que dar la orden y cualquiera de los autómatas que tenían alrededor podría ensartarles una saeta en el cráneo. En ese momento fue consciente de que todo se había acabado, de que ya no había esperanzas. Sus vidas acabarían en ese lugar alejado de cualquier tipo de civilización. Imaginó sus cuerpos sin vida cayendo inertes sobre el lodo que cubría la ciudad. Pero lo único en lo que pensaba era en tener una ocasión para poder despedirse de él, para decirle todo lo que se había guardado en su interior. Una última oportunidad para decirle que lo quería y cuánto se arrepentía de que todo acabara así. Le hubiera gustado construir un futuro junto a él, tener una familia y poder cumplir su sueño de vivir en una granja como la que sus abuelos tenían en los alrededores de Marsella. Pero no podría ser, sus vidas acabarían de forma abrupta con un poco de suerte, o esclavizados hasta que sus cuerpos no pudieran sufrir más si así lo deseaban sus captores.

Una lágrima se deslizó por su mejilla a pesar de que la expresión de su cara era vacía. Hacía ya mucho tiempo que había aceptado que en cualquier momento las cosas podían salir mal y acabar muerta en cualquier esquina del universo. Por primera vez en mucho tiempo se encontró sin una salida, había tirado la toalla. Sus pensamientos la llevaron a repasar todo lo que los había llevado hasta esa situación. El gran viaje que habían emprendido al embarcarse en la estación espacial Asimov, la búsqueda de su padre, el descubrimiento de la sociedad kepleriana y la destrucción de los ejércitos de los Khol. Otros tendrían que ser los encargados de solucionar el problema que el último de los insectoides les había planteado. Miró el estuche que Taro había dejado a su lado, donde estaba el renio que habían venido a buscar. Supo que el resto de sus compañeros serían capaces de conseguirlo en otro lado, o incluso que Virgil y los demás encontrarían una forma de arreglar el dispositivo sin necesidad de ese metal. El almirante Bauer y la

capitana Mei lograrían que el proyecto evitara todo lo que los insectoides temían. Encontrarían la manera de impedir que la misma existencia del universo se viera comprometida.

Sumida en esa espiral de autocompadecencia, lamentándose por el error que los había llevado hasta ese futuro lejano, casi no advirtió que dos guardias se acercaron azarosos hasta Varken y le dijeron algo al oído que apenas pudo escuchar sin modificar la sensibilidad de su implante auditivo. Solo escuchó la palabra defensa. De repente, notó la agitación entre sus propios compañeros. La cara de satisfacción de Varken fue sustituida por una de creciente preocupación. Algo ocurría en algún lugar de la ciudad que requería su presencia. Desapareció de su vista como alma que lleva el diablo.

—¿Qué está pasando? —preguntó Ferrara.

Sin tiempo para responder, uno de los autómatas se acercó a ella y le propinó un puntapié en la espalda que la hizo rodar por los suelos.

—¡Silencio, escoria! —dijo el androide con voz metálica y amenazadora. Su cara mostraba una expresión iracunda.

Emily se giró poco a poco para no llamar la atención de los robots y pudo ver el revuelo que se había formado con el rabillo del ojo. Todos los guardias y autómatas que había apostados en lo alto de la muralla habían dejado de interesarse por lo que pasaba en el interior de la ciudad y miraban al exterior. Algo ocurría en la parte delantera. Emily y Robert se miraron y supieron que sus amigos venían a por ellos a pesar de que les habían ordenado que no lo hicieran.

Robert miró a su alrededor, arriesgándose a llamar la atención de los cinco robots que todavía los custodiaban. Por desgracia, su situación no había mejorado demasiado a pesar del revuelo. No tenían ninguna posibilidad mientras los autómatas siguieran junto a ellos.

De repente, una fuerte explosión llegó desde la entrada de la ciudad. Se escucharon gritos de pánico, los guardias y los pocos esclavos que no estaban encadenados a algo trataron de huir del caos sin rumbo claro. Emily miró a los que se encargaban de

accionar el elevador de acceso a la ciudad subterránea. Todos estaban encadenados a la estructura metálica, por lo que no tuvieron más remedio que agacharse, sin entender lo que ocurría. Reconocieron de inmediato el característico sonido de los motores electromagnéticos de la Phoenix, que sobrevoló la ciudad a decenas de metros de sus cabezas. Huang y Balakova acababan de lanzar un misil para abrir un paso en la muralla de entrada a la ciudad.

De inmediato, tres de sus guardianes salieron a la carrera hacia el mismo lugar al que se habían ido Varken y sus hombres. Tal vez esa era la oportunidad que estaban esperando. Emily miró a Robert y después a los dos autómatas restantes, que parecían ajenos a todo lo que ocurría en la distancia y solo tenían ojos para ellos. Robert levantó la rodilla izquierda del fango y apoyó el pie en el suelo. Miró a Ferrara, que asintió e hizo lo mismo. Después extendió los dedos de la mano y comenzó a encogerlos uno por uno. Cuatro… tres… dos… uno.

Ferrara y Robert tomaron impulso y se levantaron a la vez. Cada uno de ellos salió corriendo en una dirección diferente. Ferrara lo hizo hacia la zona derecha del mecanismo que accionaba el elevador y Robert hacia la izquierda. Casi sin tiempo de reacción, los autómatas salieron detrás de ellos. No tardaron mucho tiempo en alcanzarlos y derribarlos, haciéndolos caer sobre el barro. Taro y Miller aprovecharon el desconcierto para hacer lo mismo en dirección contraria. Los esclavos que permanecían encadenados a la rueda comenzaron a agitarse y a gritar, como si estuvieran celebrando una pequeña victoria, aunque supieran que nadie podría hacer frente a la mayor potencia de los androides.

Una vez inmovilizados y aturdidos los primeros prisioneros, los robots fueron conscientes de que otros dos se habían escapado y salieron en su búsqueda con premura, dejando a Ferrara y a Robert retorciéndose en el suelo embarrado. Ese era el momento que Emily necesitaba para manipular el PEM. Se levantó deprisa y se colocó entre los seis robots que Virgil y los demás habían recuperado.

—¡Defended la posición! —ordenó, aunque nada cambió en su postura, seguían inertes.

Emily los dejó a un lado y se concentró en la tarea. Abrió el estuche y apartó la tapa de un empujón. Revisó el terminal del dispositivo, que parpadeaba indicando que no había conexión con el detonador. Navegó por los menús buscando la forma de activar la detonación manual. Notó cómo le temblaban las manos y sintió que la adrenalina le corría por las venas. Sin levantar la cabeza, escuchó los gemidos de Miller y Taro al ser alcanzados por los autómatas. No tenía mucho tiempo.

Rechazó las opciones de configuración y diagnóstico del sistema. La potencia del núcleo reflejaba un noventa y ocho por ciento de carga. Seleccionó la opción del procedimiento de armado del dispositivo. Un nuevo menú le permitía seleccionar el tipo de pulso de entre tres opciones que recorrían el espectro de intensidad y alcance. A mayor intensidad le correspondía un menor alcance. Sin conocer demasiado el modo de operación del dispositivo, seleccionó la opción intermedia. Después pulsó la opción de ráfaga única. Escuchó cómo los pasos de uno de los autómatas se acercaban desde un lateral. Tenía que darse prisa.

Seleccionó la opción de sistemas embebidos y defensa de entre las opciones de espectro de interferencia y, por último, apareció la pantalla de autenticación de seguridad. Había tres opciones, código alfanumérico, huella retiniana y confirmación mediante ADN. Notó cómo el calor le subía por el cuello hasta la cabeza. No sabía cuál elegir, no disponía de un código, pero tampoco sabía si el sistema la reconocería como alguien autorizada para manipular el dispositivo. Seleccionó la opción de ADN y un pequeño pulsador digital se liberó de su tapa. Colocó el dedo índice mientras escuchaba los pasos cada vez más cerca. Sintió un pequeño pinchazo justo antes de que una barra de progreso le indicara que su ADN estaba siendo analizado.

—¡Vamos! —gritó desesperada por la tardanza, como si insuflarle ánimos a esa máquina pudiera hacer que fuera más rápido.

Sintió los pasos justo detrás de ella. El proceso acabó y, para su sorpresa, consiguió acceso a la última de las pantallas. Esta le solicitaba la confirmación para la activación del dispositivo junto con un mensaje que indicaba que la operación no podría deshacerse. Se

dispuso a aceptar la opción cuando una mano metálica la agarró del brazo y la empujó hacia atrás. Emily cayó al barro maldiciendo por haberse quedado a solo unos segundos de confirmar la operación. Los seis robots recuperados seguían impasibles a pesar de la orden que les había lanzado. Estando boca abajo pudo ver la expresión fría y calculadora de la máquina que acababa de echar por tierra sus esfuerzos. «No», pensó para sus adentros. «Hoy no».

Utilizando todo lo que tenía en su interior, se levantó de un salto y se lanzó hacia el dispositivo. Justo en ese momento, el autómata la agarró por la nuca y detuvo su intentona. Sin embargo, seguía teniendo las manos libres. Extendió la derecha y rozó el terminal con la punta de los dedos. El androide tiró de ella hacia atrás y la lanzó por los aires. Lo último que vio en la terminal fue una cuenta regresiva que había comenzado en el número treinta.

Aturdida por la potencia superior del robot, se acurrucó en el suelo para intentar evitar nuevas represalias. Él la levantó por los aires una vez más y la lanzó hasta la zona de la que había escapado, donde se encontraban todos los demás, aturdidos y doloridos tras el intento de fuga. El barro la recibió con un duro golpe, pero, aun con todo, su mente seguía lo suficientemente despejada como para llevar la cuenta mentalmente.

Veinticinco.

El ruido del caos de la batalla y los gritos de los esclavos contrastaban con el silencio que habían dejado atrás. La ciudad entera estaba patas arriba.

Veinte.

El estallido de varias de las balistas llegó desde las zonas cercanas a la muralla. Los virotes silbaban al atravesar el denso aire para aterrizar en el barro con un fuerte y seco sonido.

Quince.

La Phoenix regresó desde el norte haciendo otro vuelo rasante. Un nuevo bufido surcó los aires para acabar estallando en uno de los laterales de la muralla. La explosión se mezcló con los gritos desesperados de los guardias de Varken que la custodiaban.

Diez.

Los disparos de las ballestas y los choques del metal contra el metal se entremezclaban en la zona este de la ciudad, donde parecía haber comenzado a librarse una batalla encarnizada entre las defensas de esta y una fuerza de ataque desconocida.

Cinco.

Emily se acurrucó en el barro para recibir la potente fuerza de choque del PEM. El plan original, que incluía una incursión posterior en la ciudad, partía de la base de que el dispositivo dejaría fuera de combate a las fuerzas militares automatizadas. Ellos estarían en el exterior de la ciudad, ataviados con los exotrajes de categoría militar que les aislaba del poder destructivo del arma.

Tres.

El inhibidor de frecuencias les había obligado a cambiar de estrategia, pero sin los exotrajes, sus propios cuerpos quedaban a merced del dispositivo.

Dos.

Para su desgracia, el implante ocular y auditivo que llevaban en el interior de sus cabezas funcionaba de la misma manera que cualquier otro dispositivo electrónico y eran susceptibles de ser destruidos por un impulso electromagnético.

Uno.

Ya en su día, Emily sufrió las consecuencias cuando soldados de Khaavahki, bajo las órdenes de Khikhya, le aplicaron un táser.

El pulso pasó inadvertido para la mayoría, pero ellos sintieron un dolor punzante en la zona posterior del cráneo. Emily ahogó un grito y notó que la cabeza le estallaba de dolor. Toda la zona izquierda de su cuerpo recibió una descarga que la recorrió de arriba abajo, como si un rayo la hubiera alcanzado. Perdió la visión en el ojo y dejó de oír nada por ese oído. Aun así, fue capaz de escuchar los gritos de dolor de Ferrara y Miller, retorciéndose en el suelo. Logró abrir a duras penas el ojo derecho y, aunque todo estaba borroso, pudo ver cómo dos figuras metálicas caían al suelo como si se trataran de

peleles. A su espalda, justo en el lugar donde descansaban los seis robots amistosos, escuchó el choque de los cuerpos de metal entre sí. A lo lejos, aunque con gran dificultad, pudo oír los gritos de estupor y desesperación de la batalla.

Reunió todas las fuerzas que fue capaz de encontrar tras la descarga y trató de levantarse del suelo. Todo le daba vueltas, y su único ojo no lograba enfocarse en ningún lugar. No pudo llegar a ponerse de pie y cayó estrepitosamente hacia un lateral. El dolor de cabeza se hizo insoportable. No era capaz de coordinar el movimiento de sus extremidades para poder ayudar a sus compañeros, que seguían dando vueltas en el suelo, gimiendo desnortados e indefensos. Le pareció ver que algo se movía cerca de ella, pero no supo diferenciar de quién se trataba. Clavó una rodilla en el suelo, pero su cuerpo se venció de nuevo y volvió a caer.

—¡Emily! —escuchó con esfuerzo a alguien que la llamaba.

Creyó reconocer la voz de Robert y, aunque escuchaba con dificultad y distorsión, supo que provenía de la figura borrosa que se acercaba hasta ella arrastrándose por el fango.

—¡Robert! —acertó a pronunciar.

La figura se giró hacia ella con dificultad y se precipitó de nuevo al suelo tras intentar incorporarse, justo como le acababa de pasar a ella. Localizó a otras dos figuras tras mover la cabeza en todas direcciones, pero le faltaba una cuarta. Alguno de sus amigos no se movía. La que parecía ser Robert se acercó hasta ella y se agarraron de los brazos para poder mantener erguido el tren superior. Estaban de rodillas y el mundo daba vueltas a su alrededor como si estuvieran en un tiovivo. Aun con todo, se las apañaron para palpar con preocupación la cabeza del otro. Cuando ambos se aseguraron de que el otro estaba bien, sus cuerpos se fundieron en un sentido abrazo.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Sí, creo que sí —respondió ella sin demasiada seguridad—. Tengo la mitad de la cabeza fuera de combate y todo me da vueltas, pero creo que estoy recuperando la visión en el ojo derecho.

Emily observó a Robert, su párpado izquierdo estaba medio cerrado y su mirada parecía errática, pero supuso que estaba en la misma situación que ella.

—Tenemos que encontrar a los demás —le dijo él.

Ella asintió y ambos se soltaron. Se movieron a cuatro patas por el barro en dirección a los otros bultos que se agitaban a su alrededor. Emily se topó con Miller y Robert con Ferrara. Ambos tenían los mismos problemas, estaban mareados y con la mitad de sus sentidos funcionando a medio gas. Al menos, estaban de una pieza.

—¡Taro! —llamó cuando soltó a Miller, que se recuperaba poco a poco del pulso.

Nadie contestó, y tampoco detectó ningún movimiento que no fuera provocado por sus compañeros. Casi había recuperado la visión en el ojo derecho cuando escuchó un leve quejido a unos noventa grados a su derecha. Enfocó la visión y vio una figura oscura que trataba de incorporarse sin éxito. Clavó su pierna derecha en el fango y se esforzó para ponerse de pie. Apoyó las manos en las rodillas y se mantuvo unos instantes hasta que su cabeza se acostumbró. Después se incorporó poco a poco hasta erguirse por completo y comenzó a arrastrar los pies. Los dos primeros pasos fueron tímidos, pero recuperó algo de su fortaleza al dar el tercero. Se acercó a la figura y se dejó caer de rodillas. Estaba boca abajo y no era capaz de moverse con libertad. Lo ayudó a incorporarse con dificultad.

—Taro —llamó—. ¿Te encuentras bien?

—Yo… —acertó a articular—. ¿Qué ha pasado?

—El PEM ha acabado con nuestros implantes —le respondió—. Tenemos que movernos. Creo que están atacando la ciudad.

Una nueva explosión en la distancia los sorprendió cuando se reagruparon alrededor del dispositivo. Ferrara se apoyaba en Robert mientras Taro lo hacía sobre Emily y Miller, que ya habían recuperado gran parte del equilibrio. La visión de Emily era lo bastante nítida

como para diferenciar a los esclavos que se agitaban alrededor de la inmensa rueda del elevador.

—Necesitamos los exotrajes —dijo Ferrara con dificultad.

—No sé dónde están —respondió Emily, echando un vistazo alrededor.

—Se los llevaron cuando Taro y tú os marchasteis con Varken —explicó Robert.

—Tampoco tenemos mucho tiempo —dijo Emily—. Hay que salir de aquí. Ya tenemos lo que vinimos a buscar.

Emily se agachó para recoger el maletín con el renio que habían encontrado en los almacenes de la antigua ciudad mientras Miller soportaba el peso muerto de Taro.

—Tenemos que aprovechar el desconcierto que el ataque está causando entre las defensas de la ciudad.

—Pero escucho una refriega en la zona de entrada —señaló Ferrara con dificultad—. Alguien está atacando a las fuerzas defensivas, puede que el resto esté en peligro. Tenemos que ayudarlos.

—No podremos ayudar a nadie si nos quedamos aquí —respondió Robert—. Tenemos que avanzar hasta la entrada.

El humo comenzaba a extenderse por todo Enok mientras los cinco se acercaban con cautela a las posiciones defensivas. Los guardias de las murallas laterales habían abandonado sus puestos en cuanto había estallado la refriega para tratar de repeler el ataque. A medida que avanzaban, Taro y Ferrara recuperaron algo de movilidad y comenzaron a valerse por ellos mismos. Siguieron el ruido de la batalla entre las descuidadas avenidas de la ciudad hasta que pudieron ver lo que ocurría.

Decenas de soldados de Varken luchaban con cuchillos y machetes contra las fuerzas atacantes. Al principio no reconocieron a ninguno de ellos, pero pronto Emily señaló a Drenor, el jefe de la guardia de Kaelith. Las fuerzas defensivas de Enok Nova se habían desplazado hasta allí para apoyar el ataque aéreo de la Phoenix.

Varios de los autómatas de Varken yacían inertes en el lodazal de la zona este de la ciudad haciendo compañía a algunos cadáveres de ambos ejércitos. Tras unos instantes de confusión, vieron en la distancia las siluetas de dos exotrajes abriéndose paso entre una muralla defensiva.

Emily trató de encontrar un hueco entre el caos que se extendía delante de ellos. La muralla defensiva estaba destrozada en varios puntos como consecuencia de los diferentes ataques de la Phoenix. El humo de las explosiones se elevaba todavía por la zona y dificultaba aún más la visión de lo que ocurría. Aun así, le pareció encontrar un posible hueco entre los escombros por el que podrían escabullirse. De repente, de entre todo el fragor de la batalla, se elevó una voz grave y amenazadora que llamó su atención.

—¡Vosotros! —espetó con rabia—. ¡Pagaréis por esto!

Varken se interpuso entre la salida de la ciudad y el grupo. Iba acompañado de dos de sus guerreros, que iban armados con machetes y tenían el cuerpo cubierto de sangre. El caudillo levantó su machete y se lanzó contra el grupo. Emily se sintió acorralada, sin apenas fuerzas y con los sentidos embotados. Les resultaría imposible repeler los ataques de tres guerreros experimentados y corpulentos.

Sin tiempo para reaccionar, el líder de los enokianos se plantó delante de ellos y lanzó un machetazo de arriba abajo. Robert, que estaba a su lado, reaccionó a tiempo y la empujó hacia un lado mientras él se impulsaba hacia el contrario. La hoja del machete pasó silbando entre ambos ante la rabia desatada del caudillo. Su atención se centró en Robert, al que le supuso una mayor preparación militar. Boca arriba en el fango, vio cómo Varken volvía a levantar el machete y a descargarlo sobre él. Rodó a tiempo para que lo hundiera en el barro, pero la viscosidad del terreno no le permitió tomar demasiado impulso como para separarse del todo. Sin poder reaccionar, volvió a preparar otro machetazo. Robert no tuvo tiempo de reacción y creyó que todo acabaría ahí. Sin embargo, un grito irrumpió en la escena y Emily se lanzó hacia el caudillo con toda la rabia que pudo reunir. Fue como chocar contra un muro de

carne y hueso. Con la poca carrerilla que pudo tomar y la diferencia de peso entre ambos, fue incapaz de moverlo del sitio. Pero al menos logró detener el ataque mortal que estaba a punto de ejecutar.

Miller y Ferrara se enfrentaron con uno de los acólitos del caudillo. Armado con dos dagas de tamaño considerable, los miraba con una sonrisa traviesa, consciente de su superioridad. Jugueteó con sus armas antes de dar un paso hacia delante y lanzar un primer tajo horizontal con su mano derecha. Con su ojo izquierdo inoperativo, resultaba muy complicado anticipar los golpes desde ese lado. Y aunque Ferrara fue capaz de dar un ligero salto hacia atrás, la afilada hoja del cuchillo logró cortar el material del mono que llevaba puesto a la altura del abdomen. Sintió el dolor repentino de la laceración en la zona del estómago. Por suerte, el material era lo suficientemente grueso como para evitar una herida mortal. Con el cuchillo de la otra mano lanzó otro ataque al aire, más con la intención de evitar que Miller se acercara que para herirlo de verdad.

El tercero de los enokianos se lanzó hacia Taro sin pensarlo. Todavía no había recuperado la visión completa en el ojo derecho y la cabeza le seguía doliendo como si le hubieran golpeado con un martillo, pero pudo reaccionar a tiempo y desviar el machetazo dando un paso a un lado y apartando los brazos del atacante con ambas manos. Furioso por la agilidad inesperada de su contrincante, que además parecía encontrarse en un estado deplorable, el soldado lanzó otra estocada directa al cuello. Por suerte, lo hizo desde el flanco derecho de Taro, por lo que pudo parar el golpe con el antebrazo. Aprovechó la sorpresa del guardia para asestar un directo a su mentón que lo enfureció todavía más.

Varken apartó a Emily de un manotazo y la tiró al suelo. El choque contra el líder de la ciudad la había dejado aturdida y aquel golpe casi le da el toque de gracia. Trató de levantarse de inmediato, pero tenía a Varken encima y este la pisó en la espalda con violencia. Las vértebras de su espalda crujieron bajo el peso del caudillo y el dolor recorrió todos los nervios de su cuerpo como una descarga eléctrica. Él sonrió consciente de su victoria y elevó el

machete dispuesto a acabar con ella. Emily levantó la vista del fango y vio cómo una figura delgada pero muy ágil se lanzaba contra Varken. Lejos de poder desequilibrarlo, Robert se encaró en un combate cuerpo a cuerpo con una mole de músculo a la que sería complicado vencer.

Ferrara, en lugar de amilanarse por la herida de su abdomen, se abalanzó sobre el soldado y le lanzó un directo. Él retrocedió un paso con suficiencia y después otro más al evitar el envite de Miller, que repitió el mismo gesto que su compañera. Sorprendido por la competencia de sus rivales, el guardia recolocó los cuchillos detrás de los antebrazos y les lanzó una sonrisa retadora. Antes de que pudieran siquiera reaccionar, se abalanzó sobre ellos. El primer golpe volvió a ser para Ferrara, que lo bloqueó colocando ambos brazos en la trayectoria del brazo. Viendo que ella había logrado cubrirse, dio un giro sobre sí mismo y lanzó otra estocada directa a la cabeza de Miller, que se agachó a tiempo para evitar el filo del arma. En un movimiento coordinado, Ferrara se acercó por la derecha y Miller por la izquierda. Ambos lanzaron sendos ataques que él esquivó con maestría para después contraatacar de nuevo. En esa ocasión fue Ferrara la que logró esquivarlo, pero el soldado logró impactar con la empuñadura de su cuchillo en la cara de Miller, que retrocedió con el labio partido y un reguero de sangre cayendo por su mentón.

Espoleado por la rápida reacción de Taro, el guardia contraatacó con rabia. Taro, a pesar de tener medio cuerpo entumecido y no poder ver ni oír lo que ocurría a su izquierda, bloqueó y esquivó cada uno de los envites de su rival. Notó cómo su enemigo se encendía más y más, presa de la impotencia. En uno de los bloqueos que hizo, la mano de Taro agarró la muñeca con la que sostenía el machete y aplicó una fuerza desmedida en los huesecillos. El soldado de Varken lanzó un rugido a medio camino entre la frustración y el dolor que hizo que tuviera que soltar el arma. Trató de soltarse de la presa lanzando patadas y forcejeando con la otra mano. Taro esquivó una de sus patadas, pero el movimiento lo obligó a soltar la muñeca del soldado, que aprovechó para ganar

algo de espacio mientras recuperaba el movimiento en su dolorida articulación.

Robert agarró de ambas muñecas a Varken, que todavía sostenía el machete en su mano. La sonrisa del caudillo contrastaba con la cara de esfuerzo de Robert. No podría aguantar mucho tiempo compitiendo con él a fuerza bruta. Con un movimiento de su muñeca, situó el filo justo delante de la cara de Robert, que comenzó a echarse hacia atrás y a inclinarse para evitar que la hoja lo alcanzara. El enorme líder soltó una profunda carcajada y adelantó su cara hasta pegarla al lomo del machete. Después sacó la lengua y lamió los restos de sangre que recorrían la hoja mientras sus ojos resplandecían con el brillo del odio. Poco a poco, Robert sucumbió a la superior fuerza de su rival. La presión que hacía sobre sus muñecas lo obligó a ponerse de rodillas, momento que aprovechó Emily para propinarle una patada en el costado. Él giró la cabeza, totalmente fuera de sí, y soltó la presa que ejercía contra Robert para asestar un nuevo golpe con el reverso de su mano que la pilló desprevenida. Ella notó el dolor en su mandíbula y cayó al suelo aturdida. Robert aprovechó la distracción para, tomando impulso con sus piernas, levantarse del suelo con el puño en alto y asestar un *uppercut* que impactó de lleno en el mentón del forzudo. Por primera vez, Robert pudo sentir que Varken era vulnerable. El golpe lo sorprendió de verdad y el sonido de sus mandíbulas entrechocando le hizo pensar que había conseguido romper algunas piezas dentales. Él, aturdido todavía por el puñetazo, miró a Robert con ojos vidriosos y escupió varios molares. En su mirada encontró la vulnerabilidad que estaba buscando. Tal vez no tuviera la batalla ganada como creía.

El soldado que luchaba con Miller y Ferrara comenzó a girar alrededor de ambos en busca de un buen ángulo para intentar un nuevo ataque. Parecía intuir que algo les pasaba, ya que había conseguido herirlos a ambos desde el punto muerto que representaba el lado izquierdo de sus caras. Tras pensárselo bien, lanzó un nuevo ataque. Ferrara esquivó el primer tajo descendente haciéndose a un lado. Ella lanzó un directo hacia su mentón que él

esquivó agachándose. Después contraatacó desde la posición inferior y lanzó una cuchillada hacia arriba que estuvo a punto de encontrar el abdomen de Miller, que tuvo que dar un paso atrás para evitar el filo. Ferrara trató de agarrar al soldado de uno de los brazos, pero él se zafó con facilidad, haciendo una finta y girando en redondo sobre su cuerpo. Acabó el movimiento lanzando sendas estocadas que cortaron el mono de Miller en la espalda y el de Ferrara en el brazo derecho. Ambos sintieron la sangre manar por su cuerpo. El soldado los miró con una sonrisa en la boca, preparado para lanzar un nuevo ataque.

Sin tiempo para descansar, el rival de Taro se lanzó al suelo para recoger de nuevo el machete. Taro se acercó con agilidad y colocó su pie encima de la hoja para evitar que este la recuperara. Aprovechó su posición ventajosa para golpear con la rodilla en la cara del soldado. Aturdido, no pudo evitar el movimiento circular del geólogo, que pasó una pierna por encima del cuerpo de su contendiente y lo agarró por el cuello desde su espalda. Taro apretó la presa con ambos brazos bien sujetos y soltó todo su peso hacia atrás para cortarle la respiración y alejarlo del arma. A pesar del dolor en la cabeza, y de notar cada latido de su corazón como si algo lo golpeara con violencia, mantuvo la presa con firmeza mientras el soldado trataba de zafarse sin éxito. Estiró los brazos en un intento desesperado por recuperar el arma y defenderse de su atacante mientras notaba cómo la vida se le escapaba entre los dedos. Trató de arañar y agarrar a Taro, pero la superficie del mono lo dificultaba todo. Pronto dejó de patalear.

Varken los miró enfurecidos. Después de escupir las piezas dentales que Robert le acababa de romper, lanzó un grito y se golpeó la cabeza con furia, tratando de intimidar a sus contrincantes. Se lanzó contra ellos con determinación y una chispa de odio en su mirada. Lanzó una estocada que apuntaba directamente al cráneo de Robert, pero este logró hacerse a un lado justo en el último momento. Después lanzó otra para evitar que Emily se acercara. Estaba fuera de sí y había fijado a Robert como objetivo principal de su ira. Lanzó otra nueva estocada que impactó en el lateral de la

pierna de Robert, causándole una buena herida. Ahogó un grito y se tiró al suelo, tratando de alejarse de su radio de acción. El caudillo sonrió mostrando algunos huecos en su dentadura, consciente de que no se le podía escapar la victoria.

Miller se hizo a un lado para esquivar la embestida del otro guardia de Varken. Logró evitar el filo de la hoja de milagro. Ferrara lanzó un ataque aprovechando que el ímpetu de su arremetida había dejado su flanco desguarnecido. Golpeó con saña en el costado del soldado para que soltara al menos uno de sus cuchillos. A pesar de que su complexión no era tan ancha como la de Varken, el soldado aguantó el envite y se giró hacia ella para tratar de detener los golpes que le lanzaba. Bloqueó casi todos y logró dar un paso a un lado para alejarse del cuerpo a cuerpo, donde veía que no tenía tanta ventaja contra la furia de esa mujer. Sin embargo, no tuvo en cuenta que su movimiento de escape lo dejó de espaldas a Miller, que aprovechó su despiste para agarrarlo con una pinza con ambos brazos que logró inmovilizar al guardia, que intentó zafarse utilizando sus piernas y lanzando cabezazos hacia atrás. Uno de ellos impactó de lleno en la nariz de Miller, que, a pesar de la fuerza del impacto y de que comenzaba a sangrar con abundancia, logró mantener la presa. Ferrara saltó con decisión sobre él y le asestó varios golpes. El primero directo al estómago, después dos al mentón que lo dejaron aturdido. Con gran destreza y rapidez, retorció la muñeca del soldado hasta que este dejó caer uno de los cuchillos. Lo recogió del suelo y, con toda su fuerza, se lo clavó en la yugular.

Varken miró a Robert con satisfacción. Por fin había podido reducir a su rival más peligroso y se disponía a dar el golpe de gracia. Miró a Emily con el rabillo del ojo y lanzó un par de estocadas de advertencia para evitar que se acercara a ayudar a su compañero. Sin dar más tiempo para que recuperara la vertical, Varken alzó el machete y descargó un golpe con furia. Robert vio la hoja acercarse y trató de deslizarse en el suelo, pero el fango le impidió traccionar lo suficiente y resbaló quedando a merced de su enemigo. Cerró los ojos a la espera de la estocada final. Sin

embargo, solo sintió el aire desplazado cerca de su cara. En lugar del golpe, escuchó el sonido inconfundible del acero chocando contra el acero. Abrió los ojos y se encontró con Taro, que había recogido el arma de su contrincante y había logrado detener el golpe en el último momento. Varken se agitó furioso al ver que su presa se le volvía a escapar.

El caudillo dio un paso atrás y Taro maniobró el arma con maestría, trazando varios círculos en el aire. Aunque el filo y el material de esa arma no eran los adecuados, tuvo que reconocer que estaba bien equilibrada y era cómoda de manejar. Tomó la postura defensiva y dirigió el brazo izquierdo hacia Varken, retándolo con un gesto de la mano. Este bufó ultrajado por la osadía de su nuevo rival y se lanzó hacia él como un animal furioso. Sus movimientos eran ágiles y sus estocadas, poderosas, pero no eran rival para la depurada técnica de Taro. A pesar de no contar con la visión en ambos ojos, desvió todos y cada uno de sus golpes con una suficiencia insultante. El musculoso líder rugió de impotencia al ver cómo sus mejores golpes resultaban inútiles contra la agilidad de ese extranjero. Lanzó una nueva oleada de ataques y Taro aprovechó cada uno de ellos para lanzar un contraataque. Lo alcanzó primero en la pierna izquierda y después asestó un tajo ascendente en el abdomen que también lo hirió en el brazo derecho.

El caudillo se detuvo al ver la facilidad con la que Taro lo había alcanzado. Trató de recuperar el aliento y lanzó otro grupo de ataques, aunque cada vez eran más débiles y precipitados. Taro los paró todos. Aprovechó un error de cálculo en el último de ellos para lanzar un nuevo tajo que lo alcanzó en la espalda. La sangre comenzó a manar de la herida con abundancia. Lejos de amilanarse, se dio la vuelta y siguió tratando de alcanzar a su rival. Sus golpes se volvieron lentos y erráticos, y Taro decidió que había llegado la hora de acabar con él. Premiaría su valentía con un final rápido. Varken lanzó una estocada horizontal que Taro desvió con facilidad. Después trató de alcanzarlo con la punta de su machete, sin éxito. Desesperado, ganó algo de distancia y cargó contra Taro alzando su machete para asestar un golpe descendente. Taro se hizo a un lado

y, con una elegante finta fruto de sus años de duro entrenamiento, asestó un único golpe a la altura del cuello. Y aunque no logró decapitarlo, la herida fue suficiente para hacerlo caer de rodillas.

Varken se llevó la mano al cuello y comprobó la cantidad de sangre que perdía. Sus ojos se volvieron vidriosos y, en un último momento de lucidez, supo que ese era el final. Su cuerpo se venció hacia adelante y cayó a plomo sobre el lodazal. En solo unos segundos se formó un generoso charco de sangre que se mezcló con el barro de la ciudad de Enok.

39
Por fin libres

15 de abril de 3369

Enok, la Tierra

El humo de las explosiones cubría gran parte de la ciudad cuando los sonidos de la batalla dieron paso a un tenso silencio. Emily ayudó a sus compañeros heridos. Aunque no revestía de gravedad, Miller había sido el peor parado de los cinco. Los cortes que presentaba no eran muy profundos, pero el golpe que había recibido en la cara había conseguido romperle la nariz. Necesitaban que Evelyn se lo tratara con cierta urgencia. Tras recoger algunas armas de los soldados caídos, se acercaron a la zona principal del conflicto, en los alrededores de la entrada a la ciudad.

Encontraron multitud de cadáveres de ambos bandos. Varios muchachos jóvenes y de aspecto desnutrido habían caído en la refriega y sus cuerpos estaban desperdigados por el campo de batalla. Aun así, no tardaron en encontrar a Paula y a Chad, que, provistos de sus exotrajes, habían sido capaces de acabar con gran parte de las fuerzas defensivas.

—¡Emily! —gritó ella mientras se acercaba con premura y preocupación al ver la sangre de Miller—. ¿Estáis bien?

—Sí —respondió ella—. Nuestros implantes se han frito por culpa del PEM. Estamos todavía un poco aturdidos, pero estamos bien. Miller y Ferrara necesitan atención médica.

Paula los acompañó a través de las avenidas y se acercaron a la puerta de entrada, que estaba destrozada tras haber recibido el impacto de un misil de la Phoenix. La situación todavía era caótica, con muchos heridos desperdigados por la zona reclamando atención sanitaria. Vieron a Alberto y a Evelyn en una de las esquinas, donde

había algo de revuelo. Al parecer, uno de los virotes de las defensas había atravesado el hombro de James Coogan a pesar de llevar el exotraje puesto. Emily se acercó preocupada.

—Tranquilos —les dijo Evelyn—, está bien. Ha perdido algo de sangre y tiene el hombro fracturado por varios sitios, pero hemos conseguido extraer el proyectil.

Emily miró a un lado y vio la barra de metal de casi dos metros de longitud descansando en el suelo y con la parte puntiaguda teñida de rojo. James estaba tendido en el suelo, apoyado sobre los amasijos de metal que habían quedado tras el asalto. A pesar de lo aparatoso de la situación y del boquete en el exotraje, él permanecía consciente y bromeaba con los demás, comentando lo que había pasado. Evelyn había aplicado espuma cicatrizante sobre la herida para detener la hemorragia y controlar el dolor.

Dejaron a Miller en buenas manos y Emily y Robert recorrieron la zona para comprobar la situación por ellos mismos. Sus sentidos seguían algo embotados, pero eso no les impidió hacerse una idea de la destrucción que habían causado en la ciudad. Al otro lado de la muralla se encontraron con Kaelith y Drenor, que aligeraban el dolor de sus soldados malheridos ayudándolos a morir. Kaelith los miró con tristeza, pero en su mirada encontraron también determinación. El líder de Enok Nova había dado un cambio radical en su expresión corporal. Iba ataviado con una armadura confeccionada a partir de deshechos, pero la portaba con un orgullo que merecía el respeto de sus hombres. Sobre su cabeza, un elegante casco coronado por un pequeño grupo de plumas de colores que le daba un aspecto regio. Él se acercó a ambos y los saludó con efusividad, aunque su expresión adelantaba la cantidad de pérdidas que había sufrido su ejército.

—Me alegro de veros con vida —dijo—. Ha sido una batalla dura —se lamentó—. Pero por fin mi pueblo ha sido liberado de la tiranía de la antigua ciudad.

—¿Por qué habéis hecho esto? —preguntó Robert, sorprendido por el desenlace de los acontecimientos.

Él se giró para mirarlo a los ojos. Parecía un hombre nuevo, más sabio y más seguro de sí mismo. No se asemejaba en nada al hombre timorato que habían conocido días atrás.

—Hace poco, mi mujer y yo conocimos a la que será nuestra hija —explicó—. Y por primera vez en toda mi vida he comprendido lo que significa sentirse responsable de alguien. —Apartó la mirada, como si se avergonzara de algo—. No he sido un buen líder para mi gente. He sido un cobarde, igual que lo fue mi padre antes que yo. Debimos tomar esta decisión hace mucho tiempo. Que todos esos niños y niñas fueran arrancados del seno de sus familias para formar parte del ejército de esclavos de Enok es una culpa que mi familia cargará durante muchos años sobre sus hombros.

»Sé que sin vuestra intervención no habríamos llegado muy lejos, pero debimos tener mucho más amor propio para no dejarnos pisotear —añadió con seguridad—. Os agradezco de corazón vuestra ayuda. Gracias a vosotros, mi pueblo vuelve a ser libre para decidir su porvenir.

Kaelith extendió la mano hacia Emily. Ella se la estrechó y asintió sin añadir nada más a lo que había dicho el gobernador. Su silencio era todo lo que él necesitaba.

Una semana después, la mayoría de las heridas ya se habían curado. Otras, sin embargo, tardarían mucho más en sanar. La vida sería muy diferente durante los años venideros. Los supervivientes del cataclismo por fin podrían vivir una época de reconstrucción y esperanza. Como primeras medidas tras la batalla de Enok, Kaelith había decretado la liberación de todos los esclavos y la ejecución de los pocos soldados de Varken que habían sobrevivido. Aunque la medida podía parecer demasiado severa, quería mandar un mensaje contundente a los ciudadanos: todo el sufrimiento provocado tenía consecuencias, y aunque no podrían reparar el daño causado durante tantas generaciones, las ejecuciones de sus antiguos verdugos ayudarían a cicatrizar las heridas en el futuro.

La segunda medida fue poner a Drenor al frente de la recuperación de Enok. La extracción de material y herramientas de la antigua ciudad volvería a democratizarse. Todo ciudadano que necesitara material para protegerse del frío y de las inclemencias del tiempo hallaría lo necesario bajo la superficie. Muchos edificios de la ciudad serían derribados por completo para volverlos a construir desde los cimientos. Los esclavos que accionaban el elevador serían sustituidos por robots recuperados de los vertederos de los alrededores. Una vez que Min enseñó a los técnicos de Kaelith cómo podían volverlos a poner en funcionamiento, todo pareció recuperar la normalidad. La ayuda de los autómatas fue crucial para todos.

Durante esa semana, Virgil y el Vigilante trabajaron en arreglar la tecnología que les permitiría volver a comunicarse con la época y el lugar del que provenían. Modificaron su funcionamiento para impedir que volviera a ocurrir lo mismo adaptándolo a la forma de pensar humana. A partir de ese momento se gestionarían los comandos de otra forma, evitando el procesado de dos órdenes diferentes de forma simultánea.

La Phoenix se encontraba en la zona exterior de la entrada principal de Enok Nova. Una pequeña comitiva de soldados, junto a los consejeros del gobernador y otros personajes importantes de la ciudad, se habían reunido en la explanada de acceso. Emily descendió de la nave ataviada con su exotraje pero sin el casco. Todo estaba listo para la partida.

—De nuevo, gracias por todo lo que habéis hecho por nosotros —dijo Kaelith con una pronunciada reverencia.

—Me temo que somos nosotros quienes debemos agradeceros vuestro sacrificio —respondió Emily—. Fue vuestro pueblo el que consiguió derrotar a Varken y a sus secuaces. De no ser por vosotros, todavía seguiríamos presos en el interior de Enok.

—Me temo que debo insistir —reiteró él—. Nunca habríamos podido conseguirlo sin vuestra ayuda. Varken era demasiado poderoso y vosotros nos enseñasteis el camino hacia la libertad.

Emily los miró a ambos. Vireen estaba a su lado, sonriente. Desde la liberación de la ciudad, los ciudadanos de Enok Nova se habían librado de una gran carga. La mujer del gobernador era el fiel reflejo de la situación anímica de su pueblo. Había pasado de ser una mujer de expresión dura y mirada afilada a mostrar su felicidad a cada ocasión. Miró su enorme barriga. Parecía a punto de dar a luz. A Emily le habría gustado mucho conocer a la primera niña nacida en libertad en Enok Nova en mucho tiempo, pero era consciente de que no debían permanecer más tiempo en ese lugar. Ya se habían arriesgado mucho cambiando el curso de las cosas durante su inesperada visita a la Tierra del futuro.

—¿Ya habéis decidido un nombre? —preguntó.

—No, todavía no. —Ella agitó la cabeza—. Tenemos varias opciones, pero esperaremos a tenerla en brazos para decidirnos.

Emily sonrió con sinceridad al ver la ilusión que reflejaban las miradas de ambos.

—Será una niña con suerte, os tendrá a los dos.

—Y todo te lo debemos a ti, a todos vosotros —añadió Kaelith, agradecido.

Vireen se giró hacia uno de los soldados que acompañaba la comitiva, que portaba algo encima de un cojín de finos y delicados detalles. Recogió lo que había sobre él y se giró de nuevo hacia Emily.

—Este es el cuchillo de la fundación de Enok Nova —dijo Kaelith mientras Vireen se lo tendía a ella—. Es el arma con la que nuestros antepasados lograron derrotar al líder de los espectros en la batalla por la liberación de esta ciudad.

Emily miró el antiguo cuchillo. Cabría esperar que se tratara de una pieza construida a partir de chatarra y deshechos de la civilización anterior, pero la realidad era que se trataba de una pieza muy ligera de un material avanzado. Emily lo recogió y lo observó con detenimiento. Era de color oscuro, y tanto el mango como la hoja estaban hechos de una única pieza. Aunque llevaba el traje, pudo sentir que era ligero, incluso parecía mantener el filo después

de tantos años. Supo que esa arma había sido fabricada con una tecnología muy superior a la que sus ojos habían visto en el interior de las ciudades. Imaginó que para ellos tendría un valor incalculable.

—Queremos que lo tengas tú —añadió el gobernador—. Es una de las reliquias más importantes de nuestro pueblo. Creemos que tú, como nuestra libertadora, eres la persona ideal para custodiarlo.

Ella los miró agradecida, aunque no creía ser merecedora de semejante honor.

—No puedo aceptarlo —respondió, tendiéndoselo de vuelta—. Es un símbolo de vuestros orígenes, es demasiado importante.

—Nuestra libertad para poder ofrecértelo es el único símbolo que necesitamos tener —respondió Kaelith, que levantó las palmas de ambas manos, rechazando el gesto de Emily.

—Será un recuerdo de lo que habéis conseguido en este lugar —dijo Vireen—. Una manera de que siempre llevéis a nuestro pueblo con vosotros.

Emily comprobó que ambos estaban decididos a entregárselo, así que no tuvo más remedio que aceptar el ofrecimiento.

—Será un honor para nosotros —dijo.

—¿Qué haréis ahora? —preguntó Kaelith—. ¿A dónde iréis?

—Regresaremos a nuestro lugar de origen —respondió ella—. Volveremos a comenzar la misión que nos trajo aquí.

—Os deseamos la mejor de las suertes —dijo él extendiendo la mano abierta en señal de respeto.

Emily se la estrechó y lo atrajo hacia ella para darle un abrazo. Aunque llevaba el exotraje puesto, pensó que era la mejor manera de despedirse de ese lugar. A partir de ese momento, ese hombre sería el único líder de los supervivientes del cataclismo que había acabado con la mayor parte de la vida en el planeta que los había visto nacer. Después de soltar a Kaelith, hizo lo mismo con Vireen, que dejó que una lágrima escapara de su ojo derecho.

—Os deseamos la mayor de las suertes en vuestra misión —dijo Kaelith con solemnidad.

—Gracias —respondió ella, echando un último vistazo a la ciudad —. Espero que disfrutéis de una vida y una paz duraderas.

Después, echó un último vistazo a la ciudad y se giró hacia la rampa de acceso a la Phoenix. Dio unos pasos y, justo antes de entrar en la nave, se detuvo. Por algún motivo, se acordó de la última vez que había pisado la Tierra, mil años atrás. Se agachó y acercó la cabeza al suelo para besar su planeta por última vez.

El resto de sus compañeros aguardaban en la cabina del pasaje. Ella se sentó sin decir nada, con el cuchillo todavía entre sus manos. Balakova y Huang comenzaron con la maniobra de despegue que los llevaría de vuelta al crucero insectoide y, de ahí, a su lugar de origen.

40
Una nueva esperanza

21 de abril de 3369

Enok Nova, la Tierra

El ambiente de la habitación había comenzado a caldearse. Kaelith se desprendió de su cazadora de piel y se acercó al lecho. Vireen estaba postrada en la cama, respirando con rítmica dificultad y la expresión deformada por el dolor. Tenía el pelo recogido en una cola de caballo, pero varios de sus mechones negros formaban tirabuzones al pegarse a la superficie perlada de su frente. Tenía las rodillas dobladas y los músculos tensos. Él se acercó a la cabecera y la miró con ansiedad mientras le ofrecía la mano. Ella la apretó con fuerza mientras trataba de mantener el ritmo agitado de la respiración.

Recostada sobre el otro lado de la cama, una de las matronas ancianas de la ciudad animaba y guiaba a la mujer del gobernador.

—Respira hondo, vas muy bien —dijo la anciana de cabellos plateados y anchas caderas—. Cuando sientas la contracción, intenta empujar con fuerza, así evitaremos los desgarros.

Vireen asintió mientras su gesto se contraía de dolor y apretaba los dientes obedeciendo a la matrona.

—No cierres los ojos, intenta concentrarte en un punto fijo —le recordó—. No desfallezcas, ya viene. Ambas lo estáis haciendo muy bien.

Kaelith le secó el sudor de la frente para evitar que este le cayera sobre los ojos. Ella le apretó la mano hasta hacerle daño, pero él no se quejó y continuó acariciándola para que no se sintiera sola.

—Empuja —dijo la matrona con voz suave pero firme—. Ya casi está.

Vireen lanzó un grito que sobresaltó a Kaelith, que se mantuvo a su lado a pesar de todo. La matrona se concentró en la criatura, que ya comenzaba a asomar por el cuello del útero, y se colocó entra sus piernas en una postura cómoda que le permitiera liberar ambas manos. Presionó levemente el periné para controlar la velocidad y evitar problemas indeseados. Después, puso sus manos cerca de los inflamados labios del canal de parto y, sin apartar la mirada, le dio nuevas directrices.

—Ya está saliendo la cabeza. Respira conmigo —le dijo mientras realizaba gestos rítmicos con su torso—, no empujes aún. Deja que tu cuerpo lo haga por ti.

Unos instantes después, asomó una nariz diminuta. La matrona, armada con una tela limpia y blanca, apartó los restos sanguinolentos de la placenta de los orificios respiratorios para permitir que el bebé respirara con normalidad. Tras comprobar que el cordón umbilical no estuviera enredado alrededor del cuello, se volvió hacia ella.

—Todo va bien —le dijo—. Ya no queda nada.

Cuando la cabeza estaba ya fuera, la matrona supo que quedaba un último punto crítico: los hombros. Recogió la cabeza con la mano derecha y comenzó a girar el cuerpo de la criatura mientras comenzaban a asomar los hombros. Utilizó la mano izquierda para presionar con cuidado la zona baja del abdomen de Vireen y ayudar a que el bebé tomara el ángulo perfecto para el alumbrado. Nada más asomar los hombros, el resto del cuerpo se deslizó con facilidad, favorecido por los fluidos. Colocó la mano en la espalda del bebé y lo ayudó a dar el último paso.

Después levantó a la pequeña, exponiendo el cordón que todavía la unía a su madre, y esperó con paciencia a que el resto de la placenta saliera. La pequeña se agitó de repente e intentó abrir los ojos tímidamente. Un ligero balbuceo y los movimientos de sus pequeñas extremidades le indicaron a la anciana que los pulmones del bebé estaban en perfectas condiciones.

—Ya está aquí —dijo la matrona con una sonrisa amable—. Es una niña muy hermosa. Y está muy sana.

Vireen respiró por fin con tranquilidad. Agotada y temblorosa por el esfuerzo realizado, le dedicó una mirada cargada de orgullo y cariño a Kaelith, que no se había apartado de ella en ningún momento. Ambos miraron a la pequeña, que se agitaba llena de vida en los brazos de la matrona. Esta la cubrió con unas mantas limpias y se la entregó a Vireen, que la acurrucó en su pecho con una maestría maternal innata.

La anciana aprovechó su liberación para recoger dos pequeñas pinzas que colocó en ambos extremos del cordón umbilical. Después utilizó un cuchillo ceremonial muy afilado para cortar el punto de unión entre madre e hija.

—El cordón se caerá solo en una semana —les dijo—. Es hora de que cuidéis a vuestra hija y descanséis. Las próximas horas serán cruciales para ambas. Procura que no se levante ni haga esfuerzos —añadió mirando a Kaelith.

—Yo me encargo, Erunth —respondió el gobernador, que solo tenía ojos para las dos mujeres de su vida—. Gracias por todo.

La anciana asintió complacida y dedicó una última mirada a la niña antes de levantarse del lecho sobre el que descansaban madre e hija. Recogió con rapidez todos los utensilios y abandonó la estancia tras pedirles que la llamaran si había algún problema con la niña, por nimio que este pareciera.

—Ni siquiera ha llorado —dijo Kaelith, posando la mano sobre el abdomen de la pequeña.

—Sé que está predestinada a hacer grandes cosas —respondió Vireen con dificultad tras el esfuerzo—. Será muy valiente.

—Ambas lo sois —asintió Kaelith, que dedicó una cariñosa caricia a su mujer.

Se miraron con dulzura y orgullo por la bendición que acababan de recibir. Tras la derrota de Varken se había abierto una nueva época de tranquilidad y prosperidad. El nacimiento de su hija era el

colofón a unas semanas en las que sus vidas habían cambiado por completo. Y mucho de eso se lo debían a la expedición del proyecto Orfeo.

—¿Has pensado en cómo la vamos a llamar? —dijo Vireen—. Emily no me parece un mal nombre.

—No, no lo es —admitió el gobernador—. Pero sería injusto con el resto de la tripulación, todos hicieron un gran sacrificio para conseguir nuestra libertad. Creo que tengo uno mucho mejor.

—¿Cuál? —preguntó ella.

—Según el Sofista, el proyecto Orfeo abandonó la Tierra hace mil años con destino a una de las estrellas que ilumina nuestro firmamento por las noches. Esa estrella, llamada Kepler-442, pertenece a una constelación conocida como la Lira. Creo que Elyra es un gran nombre para nuestra hija.

—Elyra —pronunció Vireen con suavidad mientras acariciaba los carrillos de la niña—. Me gusta.

La aventura continua en:

Viaje al verano (El Proyecto Orfeo, Libro 10)

¡Haz clic en la imagen o el enlace arriba para reservarlo!

VIAJE AL VERANO
EL PROYECTO ORFEO
LIBRO 10
FRANK J. CAVILL

Nota del autor:

Espero que hayas disfrutado del libro. Si es así, te agradecería en el alma si pudieras poner tu opinión en Amazon. Me ayuda enormemente pues otros lectores leen las opiniones y se guían por ellas a la hora de comprar libros. Como soy un autor autopublicado necesito de tu apoyo. Sólo tienes que ir a la página de Amazon o seguir este enlace:

Escribir mi opinión

Muchas gracias,

Frank J. Cavill

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a todos los que han hecho posible que este libro salga adelante. Es muy difícil condensar en unas pocas líneas lo que ha significado para mí todo el apoyo y buenos consejos que he recibido desde que decidí embarcarme en esta aventura. Y aún a riesgo de no conseguir mi cometido, lo intentaré:

A mi gran amigo y mentor Pedro Urvi. Tú me enseñaste el camino y me ayudaste a recorrerlo. Todo esto ha sido posible gracias a ti. Miles de gracias.

A todo el equipo de Peterson Publishing. En especial a Mon, Luis y Kenneth por empujarme a recorrer el camino de baldosas amarillas. Sin vosotros nada de esto hubiera tenido sentido. Muchas, muchas gracias.

A Ana C., Miguel G., Andrea E. y Nuria M. por ser los mejores *alpha readers* que alguien pueda tener. Vuestros consejos, correcciones e ideas han sido vitales para que esto llegara a buen puerto. ¡Muchísimas gracias!

A David C., con el que me embarqué en esta aventura. Sin ti nada de esto habría ocurrido. Espero que nuestros caminos continúen en paralelo y que podamos disfrutarlo juntos. ¡Nos vemos al final del trayecto!

A Susana R. L., si Pedro es el padre de este libro, tú, eres la madre. Tus consejos y tus correcciones me han permitido llegar hasta aquí. Guardo con cariño tus enseñanzas. Espero ser un digno alumno de la mejor maestra posible. ¡Muchas gracias!

A Pilar García por diseñar las portadas que hacen posible que esta gota de agua destaque en el mar. ¡Gracias por todo!

A Tanya, por ser la guardiana del lenguaje, la vigía de la perfección. Nada de esto sería igual sin tu capacidad y tu mirada crítica. ¡Un millón de gracias!

A Aitor C. por tus explicaciones e ideas sobre mecánica orbital y astrodinámica. Gracias a ti, todo es mucho más realista. ¡Gracias de

verdad!

A mis padres, gracias a su esfuerzo soy lo que soy. Espero que os sintáis orgullosos de lo que he conseguido. Gracias por dármelo todo.

A mis hermanas, por estar siempre donde se las necesita, por animarme con mis locuras y por acompañarme a lo largo de todo este camino. ¡Mil gracias!

Al resto de mi familia, sobrinos, tíos, primos, cuñados y demás. ¡Muchas gracias!

A todos mis amigos y amigas, por estar siempre ahí. Un pedacito de esta novela también es vuestra. ¡Gracias!

A ti, lector, por elegir mis libros. Espero que hayas disfrutado de la lectura y que me acompañes durante el resto de aventuras. Nuevamente, me gustaría pedirte que pusieras una reseña positiva para que otros puedan disfrutar de este maravilloso mundo que hemos creado. Muchas gracias, de corazón.

Y, finalmente, a Yuvi, la luz que guía mis pasos, mi inspiración. La única persona capaz de aguantar mis tonterías. Todo esto es por ti.

Muchas gracias a todos y un fuerte abrazo,

Frank J. Cavill.

Todos mis libros en Amazon

Haz clic en el enlace para descubrirlos

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: **Frank J. Cavill**

Web: **frankjcavill.com**

X: **@FrankJCavill**

Facebook: **FrankJCavill**

Threads: **@frankjcavill**

Instagram: **@frankjcavill**

TikTok: **@frankjcavill**

Bluesky: @frankjcavill

Mail: **frankjcavill@gmail.com**

Copyright © 2026 Frank J. Cavill
Todos los derechos reservados

Viaje al verano (El Proyecto Orfeo, Libro 10)

¡Haz clic en la imagen o el enlace arriba para reservarlo!

VIAJE AL VERANO
EL PROYECTO ORFEO
LIBRO 10
FRANK J. CAVILL